

Elizabeth Edmondson

C U A N D O
E L L A G O
S E H I E L A

*Dos mansiones inglesas,
un encuentro
que lo cambia todo.*

Lectulandia

En Londres, en vísperas de la Navidad de 1936 los periódicos hablan de la ola de frío que ha hecho que se hielen los lagos del norte del país.

Movida por la nostalgia, la joven Alix Richardson decide regresar a la mansión familiar, en Westmoreland para pasar las fiestas en compañía de sus hermanos, a pesar de la perspectiva de reencontrarse con su altiva y difícil abuela.

No es la única que regresa: todos los miembros de la familia Richardson se reencuentran en la casa para celebrar la Navidad.

También se reúnen los miembros de la familia Grindley la mansión vecina con la que comparten una larga historia.

Y, entre ellos, el misterioso y atractivo Hal.

Sin embargo, detrás de la aparente calma de la vida familiar se ocultan viejos rencores, pasiones y secretos muy antiguos. Curiosa y decidida, con una madurez nueva.

Alix decide desenmascarar de una vez por todas los fantasmas del pasado, en una decisión que tendrá consecuencias imprevistas.

Lectulandia

Elizabeth Edmondson

Cuando el lago se hiela

ePub r1.0

Titivillus 17.06.2019

Título original: *The Frozen Lake*
Elizabeth Edmondson, 2005
Traducción: Libertad Aguilera
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

MANCHESTER GUARDIAN

Abril 1921.

Ultima hora.

VECINO DE WESTMORELAND FALLECE EN UN ACCIDENTE DE MONTAÑISMO.

Neville Richardson, hijo mayor de *sir* Henry y *lady* Richardson de Wyncrag, murió a principios de mes al sufrir una caída mientras practicaba escalada en los Andes. De cuarenta y un años de edad, deja viuda, Helena, un hijo y dos hijas. El hijo menor de *sir* Henry, Jack Richardson, que fue galardonado con la Cruz Militar, había muerto en Francia en 1917.

MANCHESTER GUARDIAN

Diciembre 1936.

El paisaje alcanza su máxima belleza cuando el lago aparece cubierto de hielo transparente y el brillo de la luz del sol lo irradia con un sinfín de

colores relucientes, hasta convertirlo en un ópalo engarzado en una guirnalda blanca. Al atardecer, los páramos cubiertos de nieve adoptan todas las tonalidades posibles, desde el carmesí más intenso al dorado más tenue. La escarcha bordea arroyos y ríos, y el hielo dibuja siluetas con sus dedos helados en las ventanas, tejiendo etéreas telas de araña entre los setos y los páramos. El aliento se congela en el aire, el pelaje negro de los ponis parece espolvoreado de blanco, con sus riendas y pestañas cubiertas de una ligera capa de hielo, y los carámbanos se enredan en los lanudos mechones de las ovejas locales mientras pastan bajo la nieve.

No se recordaba una helada como esta desde el invierno de 1920 a 1921, y las noticias de que los grandes lagos del norte se están congelando no solo ha ocupado titulares en nuestros periódicos locales, sino también ha sido el tema de algunas columnas de los grandes diarios londinenses, que recogen información de la helada que se está produciendo a nivel internacional. En este momento, los norteños afilan sus patines y observan los cielos claros y las noches estrelladas para asegurarse de que el clima no va a cambiar, mientras que los exiliados en Inglaterra y el extranjero recuerdan días helados vividos en el norte hace mucho, y cierran los ojos ante sus actuales calles grises para recrearse con la imagen y el recuerdo de los cielos de invierno deslumbrantes, con aire límpido, sin humo, hollín ni gases. En su imaginación, vuelven a patinar de extremo a extremo del lago junto a los elevados páramos, mientras sus cuchillas afiladas rasgan el hielo. Entonces, las orejas y los dedos les hormiguean y se sienten invadidos de una alegría inmensa.

INVIERNO 1936

Capítulo 1

LONDRES, CHELSEA.

¿Por qué no iba al norte en Navidad?

Alix Richardson cascó dos huevos en un cuenco y los batió con un tenedor. Cecy Grindley no había pretendido criticarla ni entrometerse con sus palabras, se había limitado a formular una simple pregunta. Aunque su amiga de la infancia conocía bien los sentimientos de Alix hacia su abuela, no consideraba que fueran motivo suficiente para mantenerla lejos de Wyncrag.

Probablemente, Cecy tenía razón. Alix bajó la vista hasta el cuenco que preparaba sin ningún entusiasmo. No le fascinaban las tortillas, pero últimamente parecía comer más de la cuenta.

Comida de vida solitaria.

Había otras personas que pasaban la Navidad en familia. Acostumbraban a hacerlo así, aunque cada año —después de cada estancia— se arrepintieran y juraran que una y no más. Los que no gozaban de familia imaginaban que aquellos encuentros navideños eran el colmo de la felicidad y la calidez, sin saber que tenían un sinfín de posibilidades de terminar de manera desastrosa, gracias a disputas familiares, viejas rencillas que avivaban el resentimiento, o ataques de nervios que estallaban en medio del desfile de carnes asadas y los lingotazos de *brandy*.

Alix encendió el fogón donde estaba la sartén y observó la nuez de mantequilla disolverse y chisporrotear. La Navidad en Wyncrag no era así. La abuela podía alzar las cejas, pero jamás había alzado la voz. Ni la ira ni las discusiones a voz en grito tenían cabida en aquella casa. Las niñerías quedaban restringidas a la habitación de los niños, pero más allá de aquellas puertas protectoras, los buenos modales y el miedo a la abuela mantenían la casa serena y ordenada. Al menos, en apariencia.

Vertió los huevos batidos sobre la mantequilla e inclinó la sartén conforme empezaban a hacerse. Hubo un tiempo, una vez, en que en Wyncrag se oían risas y voces alegres. Pero eso fue cuando ella, Edwin, Isabel y sus padres aún formaban una familia.

Alix recordaba con nitidez a su hermana volviendo a casa, a Wyncrag, después de un día de caza, antes de que la escarcha cuajara y la nieve cayera de los páramos. Ya con catorce años, Isabel gozaba de una puntería fuera de serie, a diferencia del resto de su familia, que a pesar de su gusto de salir a pasear con un arma bajo el brazo no compartía la pasión de sus vecinos por la caza.

Se recordaba también a sí misma deslizándose, patinando y lanzándose por el hielo con Edwin, su hermano gemelo, aquel mes de diciembre.

Aquellas vacaciones comenzaron con la casa llena de ruidos y gritos entusiasmados de los niños, que correteaban de un lado para otro, y habían terminado con el sonido de un sinfín de palabras frías y susurradas. Fue su última Navidad juntos.

Se sirvió la tortilla en un plato que había sacado de la estantería y la llevó a la mesa de la otra habitación. Se llenó un vaso de vino y se metió un bocado de tortilla en la boca, sin ni siquiera saborearla.

Recordó aquellas conversaciones que terminaban abruptamente cuando ella o Edwin entraban en una habitación. Recordó, con una claridad que empezaba a inquietarla, cómo su madre le levantó una vez la voz a la abuela, quien contestó con una serie de respuestas retorcidas e indescifrables, escupidas todas ellas en voz baja.

Bebió un poco de vino; habría podido ser vinagre o naranjada. Isabel estaba enferma, eso les habían dicho a los gemelos. No les contaron qué tenía, solo dijeron que se trataba de algo infeccioso, por eso debía seguir encerrada en la otra punta de la casa. Alix recordaba nítidamente, al escudriñar en la memoria de su niñez, el momento en que llegó al salón y encontró a Rokeby tirando distraídamente las decoraciones navideñas. La tía Trudie estaba junto a él, arrancando velas y adornos del árbol y apilándolos de cualquier manera en una caja de *crackers*, en lugar de envolver cada uno de ellos en un pedazo de papel de seda y meterlos en el arcón de madera donde se guardaban habitualmente.

Alix apartó el resto de su tortilla a un lado del plato. Estofado del norte, pensó. Hacía mucho no comía estofado del norte. La gente de Londres no sabía nada del estofado, ni de desayunar gachas, gachas con azúcar moreno y nata de la granja. El abuelo comía las suyas a la manera escocesa, con sal, pero ella las tomaba con azúcar y nata. Pudín de chocolate. Si volvía a casa, la cocinera le haría uno de sus púdines de chocolate, siempre deliciosos, con aquella salsa de chocolate famosa en todos los lagos y cuya receta se guardaba bajo llave.

Alix se levantó y llevó el vaso y el plato a la cocina. Los metió en el fregadero; su asistenta fregaría al día siguiente. Preparó café y miró sin ver el agua caliente que se derramaba de la cafetera.

Rompió sus lazos con Wyncrag cuando se marchó de allí dispuesta a hacer su propia vida. ¿Es que las tradiciones no significaban nada para ella? ¿No añoraba los villancicos, el pudin de ciruelas y los paquetes colocados bajo el árbol?

No.

Pero sí añoraba el lago y las colinas, el aire helado y cortante en las mejillas, y volvió a extrañar la sensación de volar sobre el hielo, bajo cielos azules, fríos y puros. Y el pudin de chocolate y el estofado. Por no hablar de la deliciosa caza que había en aquella época del año. También el pan, no se puede comprar pan como es debido en Londres. En Wyncrag, el chico del panadero aún reparte el pan cada mañana, una cesta de hogazas envueltas en un paño, siempre calientes.

Si volvía, ¿existía el riesgo de caer de nuevo bajo el yugo de la abuela? Seguro que no, ya no.

Si volvía a Wyncrag por Navidad —no serían más que unos días, después de todo— podría pasar horas y horas con Edwin. Hablar, pasear, patinar y reír, como hacían antes. Llevaba evitándolo desde que empezó a vivir en el sur, aunque sabía que bajaba varias veces al año a Londres. Lo echaba de menos, pero la intimidad de su relación le hacía creer que era aconsejable no verlo tan a menudo. La conocía demasiado bien y sentía que la empatía entre ambos era capaz de tocarle fibras sensibles que era mejor dejar estar. Había elegido abandonar el norte y a su familia, mientras que la decisión de su hermano fue quedarse. Para Edwin era más sencillo. La abuela no lo gobernaba con la ferocidad que aplicaba a sus descendientes femeninas, así que podía tener su casa en Lowfell y mantener un pisito en Londres, privilegios que ella jamás habría podido conseguir.

A pesar de todo, en aquel momento y repentinamente, ansiaba volver a verlo. Y también estaba Perdita: había mucha diferencia entre los doce y los quince años; ¿quería que su hermana fuera una completa extraña cuando se volviesen a encontrar?

Veía al abuelo cuando venía a Londres, dos o tres veces al año. Por muy cabezota que se hubiese vuelto, seguía siendo un hombre cariñoso. Él le escribía, le proporcionaba todo tipo de noticias y se la llevaba a cenar a alguno de sus restaurantes favoritos, lugares oscuros y tranquilos, en los que

los camareros se movían con paso suave y la comida era sustanciosa, bien guisada y muy reconfortante.

En primavera, se habían ido juntos a Alemania una semana. Él había estudiado y pasado bastante tiempo allí siendo joven. Había querido que sus hijos y sus nietos hablaran aquel idioma y contrató a una institutriz y a varios tutores alemanes para que se lo enseñaran. Sacudía la cabeza ante la nueva Alemania, *el amargo fruto de Versalles*, como él la llamaba. Alix se lo había pasado bien allí, había probado estafalarias delicias berlinesas en compañía de jóvenes amistades de los amigos del abuelo. Confió en que el abuelo no percibiera la diferencia entre la gente de su edad y los ciudadanos responsables y serios que él conocía tan bien, aunque lo cierto es que siempre había tenido la habilidad de ignorar todo aquello que no podía cambiar. Ella lo quería, pero sabía que su mundo y sus modos eran para él un libro cerrado: daba las gracias a Dios por ello. A él le encantaría que regresara aquel año a Wyncrag. No había tardado en leer y romper la nostálgica carta que le había llegado, como siempre a final de año, incluyendo un generoso cheque y el recuerdo de cuánto la echaba de menos en Navidad.

Era una tontería. La época del año, la irritante decoración navideña, el sentimentalismo pegadizo de la estación.

Por supuesto que no iría al norte. Era una estupidez.

Y una idea que jamás se le habría ocurrido a ella de no haberse encontrado a Cecy mientras hacía compras de Navidad en Harrods. Cecy, una Grindley de Grindley Hall, sus vecinos más cercanos en Westmoreland y una de sus más viejas amigas.

Le había hecho más ilusión ver a Cecy de lo que pensaba, su sonrisa familiar, sus alegres ojos tras gafas redondas y un mechón de pelo rubio intentando escapársele del moño. Cecy pertenecía a la época anterior a su vida azarosa y desordenada de su pasado reciente. Entonces se burlaba de la amistad; ahora daba gracias porque quedara algo profundo de lo que no se hubiera reído o que hubiera pisoteado.

Aquellas últimas semanas, pensó, que había estado recordando su mala época, le habían provocado la añoranza de la calidez de la amistad sencilla. La amistad, no el deseo insensato de no estar solo ni un momento del día o de la noche. Su libreta de direcciones, que en un tiempo había sido su biblia, estaba llena hasta los topes de nombres y números de teléfono de gente de la que no quería volver a saber nada en su vida. Aquella agenda ahora estaba encerrada en su escritorio.

Aún no tenía ni idea de por qué se había levantado una mañana más temprano de lo habitual, con resaca e incómoda, y había concebido un odio instantáneo y cegador por el hombre tendido a su lado, de quien solo podía ver bien una pierna masculina colgando de un lado de su cama. No era peor que los otros, incluso puede que fuera mejor; inofensivo, con algo de encanto, capaz de llevarse la soledad a cambio de unos instantes de pasión.

De repente no quiso saber nada más de él. Le apartó la pierna, le tiró la ropa encima y lo echó del piso. Cuando volvió del trabajo a casa aquella tarde, descolgó el teléfono, desconectó el timbre de la puerta y se metió en la bañera a leer los libros para niños que había comprado a la hora del almuerzo: *The Phoenix and the Carpet*, *Alicia en el país de las maravillas* y *What Katy Did*.

Confiaba en que se le pasara aquel estado de ánimo, en regresar en poco tiempo a su escenario; pero aquello no había sucedido. La animación de la noche le pareció frágil; su vivacidad, sin objetivos y vacía; la ronda de fiestas y clubes nocturnos, sin sentido; la sofisticación, superficial e insatisfactoria. Era como una serpiente que hubiera mudado la piel y estuviera esperando los nuevos dibujos que formarían sus escamas. Se bañó mucho, bebió poco, declinó todas las invitaciones, huyó de la vuelta de las esquinas y se escondió en las puertas de las tiendas para evitar a los conocidos que habían sido sus compañeros de los últimos meses.

Y ahora aparecía Cecy, que le sonreía como siempre. Se sintió culpable por haber dejado que se enfriaran las relaciones con sus antiguos amigos. Estaba muy bien desentenderse de la familia, pero Cecy no era parte de su familia. Alix sabía que estaba en Londres, que era estudiante de medicina en uno de los hospitales grandes, pero no había hecho ningún esfuerzo por verse con ella.

Sugirió una película.

Hay una nueva de Cary Grant en el *Odeon*. Con Bettina Brand. La cola da la vuelta a la manzana.

No importa —repuso Cecy—. Afrontemos la cola y vayamos.

Era un buen programa, pasaban unos dibujos animados antes del noticiero Pathé y de la película. Les hicieron mucha gracia los dibujos, aunque su estado de ánimo ligero se desvaneció con las imágenes granuladas de las noticias de un mitin en Berlín.

—Desde luego marchan bien, eso no se les puede negar —dijo una mujer de la fila de detrás.

Algo de esa disciplina no les vendría mal a todos los haraganes de este país.

Ese Hitler ladra: grita, berrea y se le dispara el brazo al aire todo el tiempo. Y el bigote, ¿has visto algo tan tonto alguna vez?

Me pone la piel de gallina, él y todos esos con uniforme todo el tiempo.

Chsss.

Las escenas de Hitler en aquel mitin dieron paso a filas de bellezas alemanas, que rebosaban salud en un campamento de fuerza a través de la alegría, fulares que ondeaban con pautas sincronizadas; después, un plano de miembros de las juventudes hitlerianas relajándose con enormes tanques de cerveza, en bancos de una taberna rural toda de madera, con montañas de cumbres coronadas de nieve al fondo.

—Por fin —dijo Cecy mientras se arrebujaba con más comodidad en su butaca, los compases de la música de órgano se desvanecían y las cortinas volvían a abrirse con un susurro para mostrar al león de la MGM rugiendo.

Aunque se acostó tarde y se vio acosada por el insomnio, Alix consiguió abandonarse a un sueño inquieto en las primeras horas de la mañana. Como resultado, se quedó dormida y consiguió llegar a la oficina por los pelos, firmó en el libro a las nueve y un minuto. El recepcionista le puso mala cara, llevaba tiempo intentando pillarla en falta alguna vez.

—Gracias, señor Milsom —repuso ella con alegría. Evitó el antiguo y diminuto ascensor en medio del hueco de la escalera, y empezó a subir los tres pisos hasta su oficina en el departamento de redacción publicitaria.

Aunque «oficina» era un término generoso para referirse a un cuartucho ganado a un trastero, con apenas espacio para un pequeño escritorio, una silla y una estantería que se tambaleaba llena de listines atrasados (avispadamente abandonados allí por otros miembros del personal), un diccionario de sinónimos (esencial, al que siempre le seguía la pista y recuperaba al poco tiempo tras ser sustraído de la estantería), un diccionario (edición de 1912, el departamento de redacción había pedido prestada la más moderna y jamás había sido devuelta), un ejemplar ajado del atlas de anatomía de Gray (inestimable para los clientes farmacéuticos y para los productos aburridos pero provechosos del tipo remedio-para-todo), el Anuario de Críquet Wisden del último año (un misterio, ese), diccionarios de citas y refranes (casi tan bien vigilados como el Roget), y varias novelas malas abandonadas, que las mecanógrafas pedían prestadas en los días aburridos y que se guardaban allí por ser el único espacio disponible en las estanterías.

Una mañana provechosa con la cuenta de EasiTums —«Para el sentimiento irritable que te quita las ganas de vivir»— dejó su escritorio libre de tareas inmediatas, y a la una y diez estaba en la cabina telefónica de la esquina de la calle.

Intentó llamar a Edwin primero al número de su estudio, podía tener suerte y prefería localizarlo allí que arriesgarse a telefonar a Wyncrag. Cogió el auricular, marcó el número de la operadora, y pidió una llamada a larga distancia. Hubo una pausa prolongada, sonidos de conexión, la operadora le dijo que metiera monedas y consiguió línea.

La voz de su gemelo llegó desde el otro lado de la línea, felizmente familiar.

—¿Alix?

Oh, Edwin, sí, soy yo. Mira, me preguntaba... —En ese momento no supo qué decir—. ¿Es verdad, está el lago helado?

Se está poniendo muy bien. Dale unos días más con esta helada y estaremos patinando. Todos juran que no hay señales de que vaya a cambiar el tiempo. Venga, sube, ¿o es que no puedes soportar apartarte de las luces brillantes de Londres?

Si tú supieras. Estaba planteándomelo, pero la abuela...

Estará encantada.

Han pasado más de tres años.

Casi nada, y además, es tu casa. Ven en cuanto puedas escaparte. Pero de todos modos no te traigas al hombre de tu vida.

No lo hay. —El silencio al otro lado de la línea hablaba por sí solo—. Edwin, ¿estás ahí?

—Hazme saber en qué tren llegas, para que te vaya alguien a buscar, Lexy —dijo.

El empleo de su nombre de la infancia, rescatado tras tanto tiempo, la hizo parpadear.

Mejor llamo a la abuela.

Yo se lo diré. Le diré que te he llamado y te he convencido para que vengas al norte. Y ya buscaré tus patines, los llevaré al herrero si hay que afilarlos.

La operadora les interrumpió, con voz indiferente.

Sus tres minutos han concluido.

Capítulo 2

LONDRES, WHITEHALL.

Saul Richardson miró desde la alta ventana. En la acera, el tráfico de Whitehall se agitaba arriba y abajo, los coches y taxis parecían numerosísimos insectos negros, la librea roja de los autobuses de dos pisos era un destello de brillo en la oscuridad de la lluvia. Una tropa de guardias a caballo pasó al trote, los cascos repiqueteaban en el asfalto, los uniformes de los jinetes y el destello de sus corazas añadían otra pincelada de color a la escena. Los caballos negros sacudían cabezas y crines, tiraban de las bridas, ansiosos por regresar a los establos, lejos del aguanieve que caía.

Se dio la vuelta y miró en la otra dirección, hacia Parliament Square. La abadía de Westminster y la achaparrada St. Margaret, ambas ennegrecidas por el hollín, tenían un aspecto antiguo, frío y poco acogedor. El gran edificio gótico de las Cámaras del Parlamento tampoco animaba el panorama. Un agente de policía solitario y con capa montaba guardia a las puertas de la Cámara de los Comunes. No había bandera ondeando encima de la torre de St. Stephen; la cámara había levantado la sesión durante las festividades de Navidad, y los miembros del Parlamento estaban fuera en sus distritos electorales, paseándose por el extranjero en busca de datos o misiones del gobierno, o preparando las maletas para irse de vacaciones a climas más cálidos. Solo los miembros del parlamento como Saul, un ministro menor del Gobierno de Su Majestad, estaban aún en la ciudad, sirviendo a su rey y a su país.

La puerta se abrió y un joven de ropa, pelo y expresión suaves, entró en la sala.

—Los periódicos de la mañana, señor. He señalado un par de reseñas para que les eche una ojeada.

—Gracias, Charles —repuso Saul, aún mirando fuera de la ventana. Charles tosió, Saul miró a su alrededor—. ¿Qué sucede?

—Los lagos se están helando, o eso dice el Times.

—¿Los lagos? ¿Qué lagos? ¿De qué está hablando? ¿Canadá, Estados Unidos?

—Su lago, señor. Pensé que podría interesarle.

—¿Mi lago?

—En Westmoreland.

—Echaré un vistazo a los periódicos en un momento.

—Tiene que contestar estas cartas.

—Déjelas encima de la mesa.

—¿Algo más, señor?

—No, no... ¿Por qué?

—Porque si no me necesita durante un rato, me acercaré a Downing Street y recogeré esos papeles del gabinete.

—¿No pueden enviar un mensajero? Bueno, está bien —Saul esperó a que la puerta se cerrara por completo y después rodeó su escritorio y cogió el periódico. Hizo caso omiso de los disturbios en Turquía— demonios, siempre había disturbios en Turquía, —las alarmantes noticias del Lejano Oriente y la tensa situación en España. Charles, joven e insolente zopenco, había doblado el periódico por una fotografía aérea de unas cumbres cubiertas de nieve que se erguían sobre aquella sábana de agua tan familiar, que refulgía en medio de un esplendor helado.

Saul leyó el pie de foto y el artículo que acompañaba a la fotografía. Después lanzó el periódico encima del escritorio y regresó a la ventana, con los brazos cruzados. Tenía la extraña sensación de ser dos hombres. Uno de ellos era el hombre trajeado con la chaqueta negra y el pantalón gris a rayas del mundo oficial, con la cara pálida, sin un pelo fuera de sitio; el otro existía a quinientos kilómetros al norte, vestía prendas de *tweed*, botas marrones y patines en los pies, con el pelo desordenado por el viento y las mejillas relucientes a causa del frío.

Alargó la mano hasta el teléfono y cogió el auricular.

—Póngame con la señora Richardson, por favor —un minuto más tarde sonó el teléfono—. ¿Jane? Voy a cancelar la visita de Navidad al distrito electoral. Nos vamos al norte. Llama a mamá y dile que iremos. Después del fin de semana, me parece. Nos acercaremos en coche. Te dejo a ti los preparativos.

Colgó el auricular, cruzó la sala dando grandes zancadas, descolgó el abrigo del perchero, se lo puso, se enrolló la apagada bufanda alrededor del cuello del abrigo, y con el bombín en la mano, salió de la habitación.

—Volveré a eso de las... pongamos que a las cuatro —le dijo al pasar junto a ella a la mujer con cara de bollo tras la enorme máquina de escribir—. Dígale a Charles que se encargue de esos papeles, no, no se me puede localizar.

Al poco, estaba fuera en el pasillo y se dirigía a paso ligero hacia los ascensores. No quería abandonar Londres sin ver a Mavis.

Capítulo 3

LONDRES, KNIGHTSBRIDGE.

El teléfono sonó sin descanso. Jane Richardson veía, como si estuviera allí, los teléfonos repiqueteando, y oía sus agudas alarmas: en el salón, en la oficina de Rokeby, en el estudio de Henry, en el vestidor de Caroline.

Al final, alguien cogió el teléfono en mitad de un timbrado, y Jane oyó una voz áspera y con acento francés responder:

—¿Hola?

—¿Quién es? —preguntó Jane, ahora también cortante.

—Lipp.

—Lipp. Quién si no. ¿Por qué contestas al teléfono?

—No hay nadie más para cogerlo. ¿Es la señora Saul?

Cómo odiaba que la llamaran señora Saul.

—Lipp, después de todos estos años seguro que sabes cómo contestar al teléfono. Si no tienes más remedio que hacerlo, por favor indica el número. No digas solo *hola*. Es de escasísima ayuda. Podría haber llamado a cualquiera, y tampoco entiendo por qué tienes que contestar tú al teléfono. ¿Dónde está Rokeby? Tienes que saberlo —claro que lo sabía. Lipp siempre sabía dónde estaba todo el mundo.

—Rokeby está ayudando al señor Henry con el generador.

—Vaya, qué desgracia —le era imposible entender por qué un hombre de la edad y posición de su suegro, que además mantenía la servidumbre completa, sentía la necesidad de atender en persona el generador—. Ve y dile a *lady* Richardson que quisiera hablar con ella, por favor.

Oyó un golpe cuando Lipp dejó el auricular; lejos, en Londres, Jane escuchó el taconeo de Lipp desvanecerse en la distancia cuando la doncella de su suegra subió por las escaleras.

Lipp debía de haber dejado el aparato demasiado cerca del borde de la mesa, pues se oyó un roce, un golpe y un rebotar. El auricular colgaba del cable, de un lado a otro y chocaba contra la pata de la mesa a cada vez. Escuchó un crujido, más golpes y rebotes, después oyó la voz de Caroline.

—¿Jane?

—¿Cuelgo este, señora? —interrumpió la voz de Lipp.

—Sí —respondieron al unísono Jane y Caroline.

Clonc.

—Qué mujer tan horrible —dijo Jane por lo bajo.

—¿Qué has dicho? ¿Nada? Te he oído hablar con toda claridad. No importa. ¿Cómo está Saul?

—Perfectamente. Quiere que vayamos a Wyncrag en Navidad.

Los tonos cristalinos de Caroline llegaron a través de la línea, con tanta claridad como si estuviera de pie a su lado; la voz de Caroline sonaba así al teléfono.

—Os esperaba. ¿Cuándo venís?

—Saul aún no lo ha decidido. Pretende ir en coche, así que tendrá prisa por salir de Londres antes de que empiece el éxodo navideño. Algún día de la semana que viene, ya te informaré. Perdita llega esta semana, supongo. ¿Quién más estará allí?

—Edwin quiere convencer a Alix para que venga.

—¡Alix! Dios santo, ¿después de todo este tiempo? ¿Has tenido noticias de ella?

—Me han llegado noticias tuyas, que ya es bastante. Al parecer frecuenta compañías inapropiadas.

—Alix ya es mayor como para decidir qué compañías le son apropiadas, Caroline. No es una niña. Si empiezas con eso en cuanto ponga los pies en Wyncrag, es probable que te encuentres con que se da la vuelta y se marcha. Yo, desde luego, lo haría.

—Tu opinión sobre este asunto me resulta del todo irrelevante.

Como su opinión sobre todo lo demás, en realidad.

—Además, no creo que venga.

El sonido del auricular al colgar, una pausa y otra voz que le graznó:

—Ha disgustado a *madame* —de nuevo era Lipp.

—*Madame* me ha disgustado a mí.

—Ya no es joven, debería tener más consideración.

—Gracias, Lipp. ¿Algo más?

—*Madame* desea que vaya a Bond Street para recoger unas sábanas que ha encargado. Puede traerlas en el coche.

—Adiós —repuso Jane con firmeza. Volvió a colocar el auricular en su sitio con un cuidado deliberado y se quedó totalmente quieta, con las manos cruzadas sobre el regazo. No tenía ni un pelo fuera de su lugar; desde los

elegantes zapatos grises, pasando por la falda gris claro y la chaqueta y jersey de cachemir grises, que cerraba con un sobrio broche de diamantes, hasta su rostro sin mácula y la media melena a la altura de la barbilla, era el retrato de la perfección.

Por fuera, todo estaba en calma. Por dentro, hervía. Hubiera deseado tirar el teléfono al otro lado de la habitación, golpear la mesa con las manos, gritar y dar patadas. Wyncrag. Cómo odiaba Wyncrag. Casi tanto como la casa de Surrey, con sus ridículas vigas de madera y sus pomposos intentos de parecer una auténtica casa de campo. Casi tanto como odiaba aquel piso, con sus larguiruchos muebles franceses, sus valiosas alfombras, cuadros y espejos. Perfecto. Estéril. Apropiado. Al igual que ella era la esposa más perfecta y apropiada posible para un político prometedor.

Abrió la cajetilla de tabaco y cogió un cigarrillo. Lo encendió con el pesado mechero de plata que había sobre de la mesa, un horrendo mechero con forma de sopera, y abrió un ejemplar de *Country Life*, hojeando las páginas llenas de fotografías de deseables propiedades en venta.

Sus ojos se posaron sobre una fotografía pequeña, en blanco y negro. «Mansión Impey —leyó—. Edificio del siglo xv que mantiene muchas características originales, necesita mejoras y modernización. Jardines, garajes, establos, laberinto, un pequeño lago, prado, tres hectáreas y media en total».

En sueños, pensó. En esos sueños en los que vivía cómoda y relajada en el campo, en una vieja y apacible casa, llena de pasillos enrevesados y escaleras inesperadas. Perros. Ponies. Palomas revoloteando alrededor de un palomar. El barro y el hielo del invierno; la primavera repentina; los aromas profundos del verano, la hierba recién cortada, el heno, las rosas; los árboles de otoño en un despliegue de color. El roce del follaje al ser cruzado por niños con botas de agua.

Pensar en todo eso era echar sal en la herida. Le resultaba insoportable seguir soñando. Se arrastró de vuelta al mundo real, al aquí y ahora. Olvídate de mansiones, del campo y de las rosas, se dijo.

Niños.

Los niños que Saul no le dejaba tener. O, más bien, los hijos que la madre de Saul no quería que tuviera, dado que ella y su marido eran primos y los peligros de la endogamia, como Caroline le había planteado de manera tan encantadora, eran demasiados para arriesgarse.

Cerró de golpe la revista, se puso en pie, pegó profundas caladas al cigarrillo, hizo listas mentales. Primero Saul: su ayudante se encargaría de su ropa. Sus patines, ¿estaban allí o en Wyncrag? Los binoculares. Libros,

regalos, tendría que terminar sus compras a toda prisa. Su mente fue saltando de una cosa a otra. El vestido de noche que debía retocar. Su agenda de compromisos, con todos los días próximos a Navidad y Fin de Año llenos de cócteles, cenas y bailes; había que anularlos todos, pedir disculpas, tener tacto, vigilar cada palabra. Cualquier descuido podía suponer un voto menos.

El tiempo que dedicaba al distrito electoral de Saul era siempre un tiempo empleado en caminar sobre aguas movedizas. Demonios, debía mentir y engañar. «*Sir Henry*, el padre del señor Richardson no está muy bien». Qué ridiculez, su padre estaba como un roble, con la energía de tres hombres corrientes. Los votantes de Saul no podían saberlo, gracias a Dios, él se presentaba a una circunscripción del sur.

¿Su madre, entonces? ¿*Lady Richardson*? Imaginarían una frágil belleza, que caminaba con bastón, con pelo plateado... Una rosa marchita. Era mejor que la imaginasen así a que viesan a aquella mujer bajita y fuerte, de párpados caídos, ojos de halcón y el pelo aún con rastros del rico castaño de su juventud. ¿Qué le granjearía a Saul más simpatías: ser comparado con su padre o con su madre?

Qué cansada estaba de todo aquel maldito asunto; y pensar en lo contenta que se puso cuando salió elegido, cuando era tan evidente que él estaba encantado. Parecía más un niño pequeño al que le acaban de dar el regalo que quería que un hombre hecho y derecho embarcándose en una carrera política.

Apagó el cigarrillo con violencia contenida, después hizo sonar el timbre para que viniera la doncella.

Capítulo 4

SS GLORIANA, alta mar, golfo de Vizcaya.

Las olas eran altas y profundas, el agua oscura y cubierta por aquella especie de alfombra espumosa. Hal Grindley se había ajustado bien su impermeable, se había subido el cuello, y había metido sus manos heladas en los profundos bolsillos. No llevaba sombrero, el viento se lo habría arrancado en un segundo.

Estaba de pie en el mismo lugar de la barandilla en donde se ponía cada noche del viaje desde que salió de Bombay. Desde ahí había observado una enorme luna alzarse brillante sobre el mar oscuro, y había visto las estrellas del sur dar paso a las constelaciones más familiares del norte, que desprendían minúsculos destellos en los cielos helados de diciembre. Allí, noche tras noche, había sentido en toda su intensidad la extraña suspensión de la realidad que proporciona el viaje marítimo. Allí había pensado en Margo, velada tras velada, intentando ordenar sus sentimientos, amortiguar el daño, darle una dimensión adecuada a los hechos.

Ella había ocupado su mente durante todos aquellos meses desde su partida de San Francisco; lo acompañaba en sus sueños mientras cruzaba y volvía a cruzar Australia, mientras afrontaba el sofocante calor del verano, mientras se sentaba en las galerías de la India escuchando los siniestros sonidos nocturnos del este. Al final, a medida que los mares se volvían más grises y bravos, alcanzó el estado de indiferencia que había anhelado. Una puerta se cerró tras él y con ella puso fin a los años pasados con Margo, hasta reducir su traición al sencillo susurro de una ola que se rompe, espuma lanzada al aire y que se desvanece en la masa de agua.

Esa noche en la que el *SS Gloriana* se abrió paso entre las aguas del golfo de Vizcaya no había estrellas que ver.

Se oyó una puerta al otro lado del puente y escuchó el sonido lejano de los carillones que avisaban a los pasajeros para la cena. Echó una última mirada a la negrura de la noche, y volvió a tomar conciencia del calor, la luz, y el zumbido constante de los motores del barco. Regresó a su camarote para dejar

el abrigo; ya estaba vestido para la cena, aunque se le había torcido la pajarita al abrocharse el cuello del impermeable. Se colocó correctamente la pajarita y emprendió de nuevo el camino por el pasillo, sin mostrar la más mínima perturbación por el balanceo del barco.

El amplio comedor estaba casi vacío. Se le acercó un camarero y le susurró al oído que la disposición de asientos habitual había sido cambiada temporalmente, dado que había muy pocos pasajeros cenando. Le pidió que lo siguiera a una mesa en la que ya estaban sentadas algunas personas; los comensales le sonrieron con la confianza de quienes son inmunes al mareo.

Los pequeños dispositivos de seguridad de madera, concebidos para que la vajilla y los cubiertos no se cayeran al suelo, habían sido colocados en todas las mesas, y mientras el camarero le apartaba la silla y él cogía su servilleta, los vasos de su plaza tintinearón. El camarero los colocó en su sitio con destreza. Hal se extendió la gruesa servilleta sobre las rodillas y se volvió hacia sus compañeros de mesa.

Era inevitable que alguno de los comensales fuera *lady* Gutteridge. Era la esposa del gobernador de las Provincias Centrales de la India, y volvía con las niñas para prepararse para la temporada social londinense del año siguiente. Nada en el mundo podía dominar su inmensa vitalidad, y desde luego, tampoco iba a ceder ante unas simples olas. Se preguntó si sus dos hijas estarían contentas de haber podido quedarse en sus camarotes, apartadas durante unas horas de la supervisión implacable y apremiante de su exigente madre.

Las dos hermanas se habían fijado en Hal en los escasos instantes en que podían escabullirse astutamente de la vigilancia materna. Una de ellas había asegurado que era un hombre excesivamente mayor para ser interesante, además opinaba que estaba demasiado seguro de sí mismo y que parecía ser muy duro para jugar con él. La otra estaba fascinada, atraída precisamente por las mismas cualidades que repelían a su hermana, encantada con su aspecto enjuto y oscuro. Su expresión sardónica la hacía estremecerse, y lo encontraba profundamente perturbador cuando sonreía, ya que entonces le brillaban sus ojos casi negros y desplegaba una atractiva sonrisa sesgada.

¿Iba a estar en Londres durante la temporada? Quiso saberlo cuando lo arrinconó durante una partida de un juego de aros de tablero.

Perdía el tiempo, decía su hermana. Hal Grindley, quienquiera que fuese, desde luego no figuraba en la lista de mamá, además, no sabían nada de él ni de su gente. Se mostraba reacio a hablar de la escuela, el regimiento y la universidad, esos pilares de la sociedad, y su manera de vestir lo convertía en

un hombre inclasificable, aunque sus trajes de gala bien cortados solo podían provenir de las manos de un sastre londinense pero... ¿y esos calcetines amarillos?

Los rumores decían que procedía del norte de Inglaterra, que había vivido en América y viajado por toda Australia y Dios sabía por dónde más; claros signos de que aquel hombre no reunía los requisitos necesarios como compañero, ni para el baile ni para la vida.

Era todo verdad, pero el daño ya estaba hecho, y a lo largo del año siguiente su hija se convertiría en la desesperación de su madre, al rechazar por sensibleros y tontos a todos los jóvenes deseables que le presentaban con la esperanza de que les diera su aprobación y, finalmente, se quedaría con la opción más inapropiada: un político laborista en alza aunque no demasiado joven. —«¡De todas las personas horribles, querida...!»— que tenía algo parecido a la misma mente de azogue y a la autoridad natural que la habían enamorado en el caso del enigmático señor Grindley.

El obispo colonial sentado frente a Hal le preguntó adónde iría cuando desembarcaran en Inglaterra.

—A Westmoreland —replicó sin dudar. Los lagos se habían helado y tenía familia allí.

No añadió que visitar a su familia no formaba parte de su plan inicial, pero la historia de los periódicos llegó a bordo cuando el barco había amarrado en Gibraltar y desencadenó en él una añoranza sobrecogedora de sus colinas natales. Envió algunos telegramas y se retiró a su camarote con una repentina sensación de alivio provocada por los recuerdos de sus inviernos de la infancia, vividos junto al lago y a las grandes cumbres, patinando bajo el cielo claro y brillante, montando en trineo y en veleros sobre hielo, devorando pasteles de carne caliente sobre el hielo, y Nanny riñéndole cuando entraba helado, hambriento y cansado, listo para dormir doce horas y volver al hielo, seguir patinando y caerse una y otra vez entre sus amigos.

Podía ver Grindley Hall, ¿habría introducido Peter algún cambio? ¿Y la nueva mujer de Peter? No parecía muy interesante, y desde luego no admitía comparación alguna con la graciosa y vital Delia, a quien él había adorado y que había huido una noche de verano con un poeta escocés. Tras su marcha, tuvo que pagar un alto precio por su nueva vida en un castillo de las tierras altas escocesas, ya que Peter dio rienda suelta a su dolor y a su ira, impidiéndole cualquier contacto con sus hijos. Hal sabía que solo se

comunicaba con ellos mediante medios clandestinos, escribiéndole a Nanny a una dirección distinta de Grindley Hall.

Hal no la culpaba. Él mismo había huido también. De manera menos escandalosa pero igualmente efectiva. Como Delia, había buscado refugio de su familia entre bohemios y artistas, solo que en su caso, él sabía que aquellos a quienes había abandonado sentían alivio por su ausencia. En el seno de los Grindley daba la impresión de que a Hal lo hubieran cambiado de cuna al nacer, pues no compartía ninguno de los dos grandes intereses que absorbían a la familia: matar bichos y hacer dinero.

Tras una cena que tenía que constar de los cinco platos habituales, a pesar de la tormenta y del mar embravecido, Hal y el obispo se refugiaron de *lady* Gutteridge en la sala de fumadores, un lugar demasiado masculino incluso para una mujer con tanta confianza en sí misma como la que ella tenía. Allí, entre el aroma de los buenos puros y las sillas de cuero, se sentaron en amigable compañía, el obispo sosteniendo un *whisky* y Hal, un vaso de *bourbon*.

El obispo desvió la charla sobre el norte helado a una de sus grandes pasiones; la pesca. La pesca con mosca, concretamente, y soltó una larga perorata sobre lanzamientos, moscas, estanques en oscuros lugares y presas que habían conseguido huir hacía mucho.

A Hal le resultó agradable escuchar aquel monólogo, pues había crecido rodeado de armas y carretes. En la casa familiar la obsesión por la caza y la pesca de los Grindley se materializaba en *deliciosos* objetos, tales como un enorme salmón encerrado en una vitrina de cristal rodeada de juncos verdes y sobre una placa en la que se decía que había sido pescado por Gertrude Grindley en 1898.

Aquel particular trofeo había terminado —no sabía cómo— en su cuarto, donde al principio le produjo pesadillas y después se limitó a unirse a la lista de cosas que no le gustaban de su hogar. Casi prefería el pescado a las cabezas astadas de ojos tristes, a los armiños, comadrejas y zorros disecados que algún ancestro enloquecido por la taxidermia había coleccionado con tanta avidez y que invadían todas las habitaciones de la casa en mesitas auxiliares y estanterías.

Las palabras del obispo atrajeron repentinamente su atención:

—... Y por supuesto, solía pescar allí con su tío, Robert Grindley. Murió, he oído.

—¿Tío?

—¿No es usted el chico del bueno de Nicholas Grindley? También está muerto, claro, no queda ninguno de esa generación excepto una hermana, que debe de ser su tía Daphne. Usted tiene que ser el hermano pequeño de Peter. Yo fui a la escuela con Peter, lo tuve de novato un año. Lo llamábamos el número cien. Por el negocio familiar, claro.

—Ah, sí —Hal recordaba demasiado bien sus propios sobrenombres de Jeyes, como el limpiador sanitario, y el terror de los gérmenes. A Roger le llamaban Cisterna, recordó, algo que nunca pareció preocuparle.

—¿Cómo está Peter? ¿Sigue bien? Oí lo de su mujer; un escándalo, desde luego. Aunque se ha vuelto a casar.

—Sí. Nos vemos poco, con esto de vivir en el extranjero.

—Sí, sí, usted siempre fue el raro que estaba fuera.

Hal empezó a alarmarse.

—Le agradecería que no mencionara que conoce a mi familia. A *lady* Gutteridge, quiero decir...

El obispo estalló en carcajadas.

—No, no, ya vi desde el principio que no estaba por la labor y no tengo ningún deseo de hacer travesuras. De todos modos, Grindley Hall es estupendo, pero yo diría que sus ambiciones van más allá del hijo menor de un caballero del norte, si no le importa que se lo diga.

—Precisamente. En cualquier caso, con ese tipo de mujer todas las precauciones son pocas.

—Desde luego, desde luego. Puede confiar en mí. Sí, Peter Grindley, qué recuerdos me trae eso. Recuerdo un año, habíamos subido hasta el lago Loweswater con un par de cañas...

Hal empezaba a lamentar que el obispo hubiera cogido aquella enfermedad tropical que lo había dejado tan delgado y amarillo, aparentemente incapaz de continuar con su ministerio al otro lado del mar. Al obispo no parecía importarle. Mientras sus episcopales pensamientos pasaban de los peces de antaño a los placeres acuáticos aún por llegar, la sensación de aburrimiento que Hal experimentaba con tanta frecuencia cuando pasaba tiempo con su familia y sus amigos empezó a arrebatarle lo mejor de su naturaleza bondadosa y de sus ejemplares modales. Se puso en pie.

—Creo que me voy a acostar —dijo mientras estiraba una mano para equilibrarse a la vez que el barco daba un bandazo a causa de una ola más grande de lo normal.

—Buena idea —repuso el obispo, con la mente henchida de vapores del *whisky* y de anécdotas pescando.

Hacía un frío terrible el día que el barco amarró en Tilbury y Hal se despidió del obispo en la nave de aduanas. El obispo se dirigía a una sede episcopal en el *West Country*. Hal iba a pasar la noche en su club en Londres. Dedicaría el día siguiente a asuntos profesionales y negocios, y después cogería un coche cama nocturno hasta el norte. Al lago helado.

Capítulo 5

YORKSHIRE.

Perdita Richardson no esperaba una carta de su mejor amiga, Ursula Grindley, al menos no tan cerca del final del trimestre. Y sin embargo, ahí estaba, oculta dentro de un ejemplar ajado de las *Suites* de Couperin gracias a la pericia de una doncella del colegio muy atenta y generosamente sobornada.

Las cartas en el Colegio para Señoritas de Yorkshire, donde Perdita estudiaba interna, se consideraban objetos peligrosos, y leer una carta ilícita suponía un problema tan grande como recibirla, pues las jóvenes señoritas estaban vigiladas constantemente. Bastaban veinte segundos en una clase práctica sin tocar una nota para que una profesora apareciera en la puerta preguntando por qué descuidaban su estudio. Ojos de halcón que te conducían a la biblioteca, mientras recorrías los pasillos, cuando entrabas en el comedor; los espías estaban en todas partes, en los dormitorios y en la sala común. El aseo ofrecía una posibilidad, pero para eso había un horario, y normalmente una cola fuera de la puerta.

Perdita empezó a tocar una oleada de arpegios con la mano izquierda, mientras se metía la carta en el corselete con la derecha. Más tarde, ya se las apañaría para deslizársela dentro del calcetín, y después, por la tarde, haría el truco del cordón roto.

—No sé qué les pasa a los cordones de tus botas, Perdita Richardson. Se te rompen siempre. —La señorita que controlaba los juegos, con cara avinagrada, sospechaba que se trataba de una treta, pero no podía negar que el cordón estaba partido en dos y después de inspeccionarlo minuciosamente se veía obligada a declarar que había sufrido una ruptura natural a causa de un apropiado desgaste.

—Creo que es porque las botas de *hockey* me vienen pequeñas —añadió Perdita solícita—. Deben de forzar los cordones.

—Me encargaré de que te proporcionen un nuevo par de botas para el próximo trimestre. Ve y ponte un cordón nuevo. Vuelve en cinco minutos.

Podía alargar eso a siete u ocho, pensó Perdita mientras corría hacia los vestuarios. Una vez allí, se quitó la bota, que en realidad había encontrado en el cajón de objetos perdidos, y sacó su propia bota con el cordón en perfecto estado. Después se sentó en las taquillas de madera, extrajo la carta de su escondite en el calcetín y comenzó a leer.

Empezaba sin preámbulos; una simple precaución por si caía en manos hostiles:

Ya sé que queda muy poco para que termine el trimestre, pero tenía que escribirte para ponerte al día, porque no te puedes ni imaginar cuántas cosas hay aquí por hacer. Lo más importante es que la oveja negra de la familia estará pronto con nosotros; por si no sabes quién es, se trata de mi tío Hal. No lo conoces, ni yo, o si lo conozco era tan pequeña que no me acuerdo, ¡porque se marchó hace muchísimos años a América! ¡Sí, ese es!

Bueno, con el lío que han armado, cualquiera diría que está a punto de llegar un archicriminal. Lo que pasa es que no soy capaz de descubrir qué es eso tan terrible que se supone que hizo, aparte de apuntarse a clases de arte dramático en Cambridge ¡y después irse a Londres a trabajar como actor teatral! Eso fue antes de marcharse a América. No sé, ¿qué tiene de malo un actor? Ya sabes cómo se pone papá, que grita y se queja «de ese tipo de gente». Dice que los actores son todos un hatajo de mariquitas y se pone colorado si piensa que le he oído... y se imagina yo no sé qué. Los músicos y los pintores son también mariquitas, por supuesto, cuando son hombres. Si son mujeres es que no las han educado como es correcto y probablemente carecen de encanto, tienen los tobillos gordos y la culpa es de sus padres por no haberlas controlado más. Cuanto más viejo, más Victoriano. Lo que tendría que controlar es su temperamento, que deje en paz a su hija: alterarse tanto y ponerse tan rojo no puede ser bueno para su salud.

Le he pedido a Nanny que me hable de Hal. Siente debilidad por él, eso se nota. Dejó caer que sus hermanos le llamaban el Descuido, porque es mucho más pequeño que ellos. Tiene treinta y ocho años, dice, y papá cincuenta y cinco, y el tío Roger cincuenta y dos, así que se llevan bastantes años, eso está claro. La abuela tenía que ser muy vieja cuando lo tuvo. Nunca le han perdonado que no volviera de América cuando murió la abuela, pero Nanny dice que papá no le envió un cable hasta que estuvo seguro de que ya era demasiado tarde para que llegara al funeral.

Y no solo les parece mal que sea actor. También les indigna su dinero. En mi familia siempre es la misma historia... Hal se llevó una tercera parte del negocio cuando el abuelo murió, y eso a papá aún le duele; teniendo en cuenta

que él se llevó la casa además de las acciones, no me parece que papá sea muy justo. En cualquier caso, todos pensaban que como era actor y no muy bueno —total, nadie ha oído hablar de él, ¿no?— vendería sus acciones, se gastaría el dinero y viviría en la miseria. Pero no lo ha hecho, las acciones siguen a su nombre. Están maquinando algún negocio y necesitan sus acciones para llevarlo a cabo. De ahí el lío: ¿les pondrá las cosas difíciles?

Los Grindley tienen pensado reunirse. El tío Roger y la tía Angela ya han llegado, con Cecy. El tío Roger sigue martirizándola porque quiere estudiar medicina. La tía Angela dice que Hal es un buen hombre, pero que no le interesan en absoluto ni el deporte, ni la caza. También era listo, y ya sabes cuánto sospecha papá de cualquiera que sea listo, porque los libros, las obras de teatro y todas esas tonterías no son más que una pérdida de tiempo y no forman parte del mundo real, que quiere decir lavabos, tazas y bañeras. No sabes la suerte que tienes de que el dinero de tu familia provenga de aburridas y viejas obras de ingeniería y no de porcelanas sanitarias. Nicky tumbó a un chico este trimestre porque se hartó de sus chistes sobre cosas que se iban por el váter. Por lo tanto, muerto de vergüenza se siente como en casa, pero no le importa lo más mínimo; odia la escuela.

De todos modos, eso no es todo. Eva la Exquisita (nuevo nombre para mi horrenda madrastra, ¿te gusta?) ya se ha predispuesto en contra de Hal, no me preguntes por qué, y dice que en lugar de haber anunciado su llegada, tendría que haberse esperado a que lo invitaran. Pues habría tenido que esperar sentado, la verdad. La tía Angela dice «Tonterías, es su casa» o algo similar, pero a Eva no le gusta. Después llegó un cable desde Lisboa donde se nos decía el nombre del barco en que venía, el *SS Gloriana*. Cuando el tío Roger lo oyó, puso el grito en el cielo: «Ese barco no hace la travesía del Atlántico, es un navío de la compañía peninsular y oriental, la P. & O. y viene y va a la India y Australia». Y eso los desquició aún más, ¿pero recibe las cartas que le envían a Nueva York sobre las acciones, y además, qué demonios habrá estado haciendo en Australia y en la India? Como si nadie hubiera ido allí antes.

Mi hermanastra Rosalind volverá de su colegio para señoritas en Munich. No la conoces, pero ya te he contado lo horrenda que es —bueno, será— con Eva la Exquisita como madre. Papá piensa que es maravillosa, no deja de hablar de su conducta, de su excelente educación y de su estupendo aspecto; cualquiera diría que es un caballo. Solo que no tiene nada de caballo, es tremendamente bonita aunque con aire aburrido, y muy afectada. Se comporta como si el Hall fuese una reminiscencia de la Edad Media (y ahí le doy la

razón), y a mí me trata como a una campesina. Simon no puede quitarle los ojos de encima, en mi vida he visto nada tan baboso, y no quiere oír ni una palabra en su contra. Ha vuelto de Cambridge, tan tristón como siempre, sabe que papá no quiere ni oír hablar de que se una al ejército después de la universidad; el hijo mayor tiene que ocuparse del negocio, así son las cosas. De verdad, menuda pareja forman mis hermanos, pero por lo menos Nicky no tiene el seso sorbido por la bella Rosalind. Espera a verla.

Tengo que terminar, o acabaré escribiendo tantas páginas que no podrás tirarlas por el váter, espero que sea Jowetts, necesitamos que el dinero siga entrando para pagar la ropa cara de Rosalind y los tratamientos de belleza de Eva. Oh, y adivina, vamos a dar un baile en Navidad, ¡hurra!, pero es en honor del decimoséptimo cumpleaños de Rosalind. Me dan ganas de vomitar. Ya me gustaría que mi padre diera un baile en mi honor.

Estoy deseando verte y hablar con calma de todo esto.

Besos.

P. D. Cecy dice que ha estado intentando convencer a la gemela de E (mejor no mencionar su nombre) para que vuelva por Navidad. Espero que lo haga.

Capítulo 6

LONDRES.

Edwin había conocido a Lidia en las escaleras del Instituto Fotográfico de Londres. Para ser más exactos, había tropezado con ella; ella estaba de rodillas, fregando, y él no miraba por dónde iba.

—*Bloder Idiot* —exclamó.

—*Oh, Entschuldigung, ich habe Sie nicht gesehen* —respondió él sobresaltado—. Le he tirado el cubo —prosiguió en inglés.

—No pasa nada —murmuró mientras se ponía en pie y se limpiaba las manos en el desgastado delantal. ¿Por qué la miraba así aquel hombre?

—Lo siento —volvió a decir—. ¿Puedo llevarle el cubo dentro?

Se apretó el cubo al pecho y retrocedió.

—No, no. No sería correcto.

A Edwin le importaba un comino lo que resultaba o no correcto. Cogió el cubo con firmeza y la siguió hasta los escalones del sótano para dejarlo allí. Después volvió a subir a la acera y, después de encenderse un cigarrillo, se quedó junto a las rejas.

No tuvo que esperar mucho antes de que ella subiera, ahora vestida con un abrigo oscuro y viejo y un sombrero indescrutable.

—Oh —dijo cuando lo vio—. ¿Por qué sigue aquí?

—La estaba esperando. ¿Ha terminado su trabajo por ahora? Pues la invitaré a un café. No, no proteste, es lo mínimo que puedo hacer después de haberle tirado el cubo por los aires.

Caminó con ella un buen rato, hasta un sitio que conocía cerca de Harrods. Un chef húngaro había abierto un salón de té que estaba cosechando muchísimo éxito, donde compraban y degustaban sus exquisitas tartas y pasteles las clases altas.

Ella no vaciló en absoluto al cruzar la puerta a pesar de sus pobres ropas, sino que alzó orgullosa la barbilla y entró. El propietario la observó con una mirada de desaprobación momentánea, después reparó en el traje bien cortado, si bien informal, de su compañero y los guio hasta una mesa.

Edwin pidió café y pastas.

—No creo que sea necesario que le pregunte a una vienesa si le gustan estas pastas —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo sabe que soy de Viena?

—Por su acento. Estudié en Viena un tiempo.

—Usted no tiene acento vienes.

—No, aprendí alemán de niño, con una institutriz alemana.

—¿Mira siempre a la gente? ¿No se considera un gesto de mala educación en un inglés?

No parecía en absoluto avergonzado.

—Soy fotógrafo. Siempre miro cuando veo algo o alguien que quiero fotografiar.

La luz desapareció de su rostro y sus enormes ojos oscuros se volvieron cautos.

—¿Fotografías?

—No son el tipo de fotografías que está pensando —repuso con rapidez—. Nada desagradable ni deshonroso.

Evidentemente, era ese tipo de fotografías en las que ella estaba pensando. No se llega siendo una refugiada pobre y atractiva a un país extranjero sin que te hagan determinadas proposiciones. Si ella hubiera elegido esa opción, jamás habría tenido que fregar un escalón y tampoco vestiría aquella ropa. No dijo nada más, pero le dio un mordisco a su marillenkuchen y con el delicioso bocado de albaricoque, todos sus recuerdos de Viena, tan decididamente apartados de su mente, regresaron de golpe.

Sonrió.

No pudo evitarlo, y jamás se habría imaginado el efecto que aquella sonrisa tendría en Edwin, que se quedó paralizado, con la vista en blanco.

Había pensado que tenía una cara interesante. La disposición de las mejillas, la nariz y la boca le llamaron la atención como artista, no como hombre. Ahora estaba abrumado.

No quería volverlo a ver, no quería que la fotografieran, deseaba que la dejaran sola. No reparó en él mientras la seguía por callejuelas lúgubres hasta una casa en Bloomsbury. Cuando metió la llave en la cerradura de la puerta principal, que necesitaba urgentemente una mano de pintura, miró arriba y abajo de la calle, como si presintiera que la estaba mirando; él se había escondido detrás de una furgoneta aparcada y ella no lo vio.

Giró la esquina para disimular y se metió en un establecimiento que se anunciaba como quiosco y estanco. Un hombrecillo con bigote atendía el

mostrador y saludó a Edwin con una voz en la que se detectaba un deje de acento extranjero. Edwin compró un periódico y un paquete de tabaco.

No había más clientes en la tienda, y no resultó difícil entablar conversación con aquel hombre. Las maneras relajadas y nada autoritarias de Edwin animaban a la gente a hablar con él, y enseguida consiguió ponerse al corriente de la identidad de todos los vecinos que vivían en la calle Cranmer, incluidos los inquilinos del número dieciséis. Los propietarios de la casa eran una pareja de ancianos que alquilaban habitaciones para sobrevivir con una minúscula pensión. Sus únicos huéspedes actuales eran un joven matrimonio. El hombre era inglés y la mujer, austriaca. Con ellos vivía desde hacía algunas semanas la hermana de la mujer, que acababa de llegar de Viena.

—Música —prosiguió el hombrecillo, y los ojos le brillaban encantado—. Toca el piano. Durante horas. Bach, sobre todo, y Scarlatti. Precioso, precioso. —Después se le ensombreció la mirada—. ¿No será usted un agente?

—Cielo santo, ¡no! —repuso Edwin desconcertado—. ¿Parezco un policía?

—No se trata solo de la policía, también están los funcionarios de Interior, que vienen y hacen preguntas desagradables en zonas como esta. Aquí hay muchos extranjeros. Pero la señora Jenkins, la hermana de la música, está casada con un inglés, tiene un pasaporte británico, lo he visto, sé cómo es. Yo fui alemán, pero ahora también tengo pasaporte británico.

—¿La hermana tiene pasaporte?

—Solo uno austriaco, si lo tiene. Ha venido como refugiada, su cuñado lo arregló. Costó bastante, porque es escritor y tiene poco dinero. Aun así, la señora Jenkins trabaja, y gana algo de dinero, de modo que se han apañado. La señora Jenkins estaba muy preocupada por su hermana, porque son judíos, como yo. Hoy en día no es seguro ser judío.

—No, supongo que no —repuso Edwin sin reparar en lo inadecuado de su respuesta—. Me consta que la hermana de la señora Jenkins... no recuerdo su nombre... —Se quedó mirando al quiosquero.

—Weiss. Lidia Weiss.

—La señorita Weiss trabaja de limpiadora. No tendría que estar limpiando suelos si es música.

El hombre sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—No, no, desde luego que no. Es terrible para sus manos. Los músicos deben cuidar sus manos, y el agua y el frío no son buenos para los huesos y los músculos. ¿Pero qué trabajo hay aquí para un músico recién llegado al

país? Hay músicos a patadas por un penique. Yo mismo conozco a un violonchelista de reputación internacional que sobrevive fregando en un restaurante. Un violinista, un artista maravilloso, se encarga de un baño público; y las historias que cuenta de lo que ocurre en esos sitios te ponen los pelos como escarpas, qué raros son los ingleses. Un amigo mío que toca la trompa tiene algo más de suerte, es un tipo grande y fuerte y trabaja en un club nocturno, en la puerta. —El hombrecillo extendió las manos en un gesto de desesperación—. Lidia Weiss tiene suerte, está bien educada, y habla bien inglés. Si no lo hiciera, le habría costado hasta encontrar trabajo como limpiadora.

—Ya veo —repuso Edwin.

Solo le llevó dos días trabar amistad con Richard Jenkins, un joven delgado y agradable enfrascado en una larga novela ambientada en el Gales medieval. Esa obra iba a proporcionarle una fortuna; Edwin lo dudaba, y cuando regresó con Richard para cenar con lo que cada uno llevaba, vio que Lidia también lo dudaba, pero era demasiado amable para decirlo. Le había entregado la comida que había traído con él a una aliviada Anna Jenkins, que se preguntaba cómo arreglárselas para alimentar con una sopa de tomate ya aguada y una lata de sardinas a cuatro personas, y después se volvió para que le presentaran a Lidia. Lo miró como si hubiera visto un fantasma.

Aunque no se conocían, Richard se movía más o menos en los mismos círculos londinenses que Edwin, y tenían amigos en común entre el grupo de escritores, pintores y músicos bohemios que se esforzaban por vivir de sus talentos varios. Hacia el final de la noche, Lidia parecía haber superado su desconfianza hacia Edwin. Se sentó al ajado piano tras la cena y tocó para ellos. Edwin no apartó la mirada de ella en ningún momento, sus ojos la recorrían entera, desde su rostro arrebatador a las manos rojas e hinchadas.

Ella empezó a visitarlo en sus habitaciones en Londres, una de las cuales había dispuesto como un pequeño estudio. La primera vez que fue llevó consigo a su hermana Anna. Finalmente, tras unos cuantos té y degustaciones de pastas vienesas más, un recital en el Queen's Hall («un amigo me ha dado las entradas, es un pena desaprovecharlas», mintió), y una noche en el cine, acudió a sus habitaciones sola.

Se negó a casarse con él.

—¿Por qué, por qué? —Le preguntó desesperado mientras estaban sentados en su estrecha cama—. ¿Qué tengo de malo? Estoy enamoradísimo

de ti, ¿es que tú no sientes nada?

—No tienes nada de malo, pero yo sí lo tengo todo. Soy extranjera, y judía, y Richard me ha contado que vienes de una familia rica e importante. Me odiarían. Además, soy mayor que tú, y los hombres tienen que ser mayores que las mujeres con las que se casan.

—¡Cuatro años! No es ni una generación. Una de mis tías está casada con un hombre quince años menor que ella, y son muy felices.

—Da igual. Y además. —Era difícil decirle que se había acostado con él por el alivio y la comodidad que le proporcionaba, no porque lo quisiera. Anhelaba calor humano y compañía, necesitaba desahogar el dolor por la muerte de sus padres en un accidente de tren y para olvidar— al menos, por un tiempo —la pérdida de su primer amante, un berlinés que había desaparecido en los campos de concentración por algún delito menor de desobediencia al Estado y que había muerto allí en circunstancias misteriosas. Después de hacer el amor, lloró en el hombro de Edwin por la gente que se había ido, por el país que había amado, por los judíos que se habían quedado.

Edwin jamás había sido testigo de una emoción tan cruda, quería apartarse de ella, pero acabó aún más enamorado de su refugiada vienesa.

Más tarde supo que era clavicembalista, no pianista. Algo muy poco práctico, pues si los pianos buenos ya eran difíciles de encontrar, los clavicémbalos no había forma alguna de hallarlos. Edwin le suplicó que dejara el trabajo de limpiadora y se fuera a vivir con él aunque no deseara casarse, pero ella se negó. Entretanto, siguió destinando parte de su escaso salario para pagarse unas clases de taquigrafía y mecanografía dos veces por semana.

Edwin tenía que volver al norte. Le rogó que lo acompañara. Su estudio no estaba en la casa de sus abuelos, le dijo, sino en el piso de abajo de una casa del pueblo.

—La casa es toda mía, con varias habitaciones, un baño, una cocina. Es un pueblo pequeño, pero amistoso. El aire es magnífico... Hay colinas — añadió en vano.

Ella sacudió la cabeza y salió de la cama para ponerse sus gastadas ropas y salir a limpiar las escaleras del Instituto Fotográfico. Edwin dio vueltas por la calle Cranmer y se dirigió a su hermana, Anna, que lo miraba triste.

—Estará mejor cuando encuentre otro trabajo. Se sentirá más a gusto cuando pueda trabajar en recintos cerrados y usar la cabeza, sin verse obligada a tener las manos dentro del agua todo el día. Entonces podrá tocar bien y recordar quién y qué es realmente.

«Igual que tú», pensó Edwin, aunque era demasiado amable para decir algo así. Igual que Anna, que era licenciada en Química y daba gracias por un trabajo de ayudante de laboratorio en una escuela para chicas.

—Por favor, convéncela. No hago nada de esto porque me dé pena, ¿lo entiendes?

—Lo sé. Es porque la quieres. Por desgracia, el amor llega cuando nadie lo llama, y así... —Se encogió de hombros.

La marcha de Edwin no hizo que los suelos se volvieran más fáciles de fregar, pero tocar el piano sí se le hacía cada vez más difícil y doloroso. Edwin le escribía cada día, le mandaba cartas apasionadas y le enviaba fotografías de cascadas, lagos y capillas en minas.

—¡Menudo artista! —decía Richard cuando las veía.

Lidia estaba de acuerdo, mientras las guardaba en silencio al fondo de la maleta gastada donde almacenaba todas sus posesiones terrenales. Hizo la cena; Anna no se encontraba demasiado bien. Se mareaba con frecuencia en esos días, decía que le molestaba el olor de los productos químicos. Sabía que ese no era el motivo, también lo sabía Lidia, pero ninguna de las dos lo comentó.

Más cartas, más fotografías, esta vez escenas nevadas, de día y de noche..., un mundo encantado, pensaba Lidia. «¿Sabes patinar? —Le escribió—. Ya, imagino que es como preguntarle a un pato si sabe decir cuac. Recuerdo que me contaste cómo era la Navidad en la montaña. Aquí pronto patinarán en el lago».

Entonces Anna le dio la noticia a Richard; él se mostró encantado y le dijo que no se preocupara por el trabajo: creían que era soltera, ¿de dónde iba a salir el dinero? El rostro enjuto de Richard dejaba adivinar su férrea determinación y tres días más tarde anunció que había aceptado un empleo. Enseñaría en un colegio privado para chicos de Sussex, un trabajo con residencia que le proporcionaba una casita. No, eso no le impediría trabajar en su libro. Los maestros disfrutaban de largas vacaciones, había sido un insensato por no buscar un empleo así mucho antes. Sí, echaría Londres de menos, pero el aire y la comida del campo eran lo que su Anna necesitaba en un momento como aquel. Tenía que empezar a principios del trimestre de Cuaresma, pero podían mudarse a la casa cuando quisieran.

Evidentemente, Lidia vendrá también, dijo.

Lidia miró el rostro cansado pero radiante de su hermana.

—Más adelante, a lo mejor —comentó, e hizo tantas horas extra como pudo para pagar por el billete de tren al norte y comprarse unos patines.

Capítulo 7

SUSSEX.

El teléfono sonó en la cabaña 3 de las instalaciones de la Compañía Aeronáutica Gibson, y su agudo timbre sobresaltó a Michael Wrexham. Parpadeó, levantó la vista de las medidas que estaba tomando y alargó la mano para responder a la llamada.

—¿Michael? Soy Freddie. ¿Podemos hablar?

—Dime —Michael Wrexham se apoyó el auricular en el hombro y puso una señal en la hoja que tenía delante. Estaba sentado encima de un taburete alto junto a una mesa de dibujo. Un potente flexo pinzado a la mesa proyectaba un círculo de luz sobre su trabajo. Más allá de las ventanas empañadas del edificio de madera, se escuchaban los copos que se posaban— casi inadvertidos —en la oscuridad. Una estufa al otro lado de la cabaña la mantenía caliente, aunque cargada. Había tres mesas de dibujo y un escritorio con una máquina de escribir. Solo él seguía allí; hacía rato que los demás se habían marchado a casa, y la máquina de escribir estaba cubierta por su tapa desde las cinco y media en punto.

—¿Te has dado cuenta del tiempo que hace o estás tan ensimismado en tus aviones de las narices que ni siquiera te has percatado de la nevada?

Michael volvió la mirada a la ventana más cercana.

—Sí, ahora que lo mencionas, aquí está nevando.

—Esta nevando casi en todas partes. Especialmente en el norte. ¿Qué vas a hacer en Navidad? ¿Te darán días libres?

—Ahora es difícil, Freddie. Hay un poco de lío.

—Eso es lo que dices siempre. Mira, escucha, necesito urgentemente salir a patinar. Sé que no voy a convencerte para que te vengas a Suiza, pero ¿qué me dices del distrito de los lagos? Tienes que haber leído que todos los grandes lagos se están helando. Podríamos alojarnos en una posada, he llamado y van a quedar dos habitaciones libres en una que se llama El Faisán, en Westmoreland: una cancelación. La había reservado una familia, pero el padre ha cogido sarampión, ya ves tú, pobre hombre. Lo siento por ellos, se

van a perder toda la diversión. Un colega del hospital dice que te cuidan bien, y la comida no está mal. El posadero, el señor Dixon, me guarda las habitaciones hasta mañana por la mañana. Venga, dime que vienes. Podemos dar paseos y patinar, es una oportunidad maravillosa para que esos músculos trabajen y respiren un poco de aire fresco. No le sirves a nadie encerrado en tu oficina todas las horas del día.

Michael se rio.

—Debo confesarte que no me encuentro en plena forma. Pero no creo que me pueda librar del trabajo —vaciló—. Es que ahora está difícil, ya sabes cómo son las cosas. Mira, déjame ver qué puedo hacer. Te llamo en cuanto tenga un momento, tanto si sí como si no.

—Vale. Hablamos luego.

—Hasta luego, Freddie.

Colgó. Se sentó erguido en su taburete, cavilando. Westmoreland. Cerró los ojos un minuto, vio los páramos, el lago helado, el paisaje escarpado de tantas vacaciones de la infancia. Hacía años que no regresaba. Dieciséis, le respondió su memoria con precisión, desde que tenía doce.

Se inclinó una vez más sobre su mesa de dibujo, con la regla de cálculo en la mano, murmurando entre dientes. Se abrió la puerta y un golpe de aire frío le dio en el cogote.

—Cierra la puerta —gritó, después se giró y descubrió a un hombre alto y con barba erguido en el umbral, con los hombros de la chaqueta cubiertos de nieve. Giles Gibson pateó el suelo, y dejó un charco de nieve derretida junto a sus zapatos de cuero bajos—. Perdone, señor —se excusó Michael—. No sabía que era usted.

—Es tarde. Tendría que estar en casa.

—Quería terminar estos números.

—¿Para el Pegaso?

—Sí.

—¿Le falta mucho para acabar?

Se irguió y se pasó una mano por el pelo.

—Una hora más y estará listo.

—Termínelo y venga a mi despacho, ¿quiere?

—Sí —repuso Michael, con la cabeza centrada de nuevo en el trabajo.

—No más de una hora. Esta noche tengo una cena. No puedo llegar tarde o Marjorie se molestará.

—Sí. Quiero decir, no. Allí estaré.

El despacho de Giles Gibson estaba en otra cabaña de madera, al otro lado de la pista de aterrizaje. Michael sintió que el frío le cortaba el aliento, y emprendió una carrerita contra el viento. La nieve le caía en la cara y los gordos copos que se posaban sobre sus pestañas le obligaban a parpadear continuamente. Subió de un salto los tres escalones de la cabaña de Gibson y llamó a la puerta al tiempo que entraba.

—Vaya, cómo nieva —dijo mientras se sacudía.

Gibson ya tenía puesto el abrigo, estaba sentado detrás de su escritorio y metió unos papeles en un cajón antes de cerrarlo y guardarse la llave en el bolsillo.

—Venga, le llevo a su pensión, no puede volver a casa en bicicleta con este tiempo.

—No es tan malo —protestó—. Aun así, le agradecería que me llevase.

—Hablaremos por el camino —Gibson apagó la luz de su escritorio y lo siguió fuera, cerró la puerta y comprobó que quedara bien cerrada. Después los dos se apresuraron, con las cabezas gachas, hacia los edificios principales, rodeando el límite de la zona subterránea donde Gibson tenía aparcado el coche.

—Entre —le invitó Gibson y él dio la vuelta hasta el asiento del conductor—. Esperemos que arranque.

El motor hizo algunos ruidos abatidos, gruño, tosió, y se sumió en el silencio.

—Yo lo haré —dijo Michael y cogió la manivela.

—Cuidado, que pega unas coces terribles —le avisó Gibson cuando se puso delante del coche.

—Tenía razón con lo de las coces —dijo Michael al subir al coche, mientras se apretaba el hombro. Cerró dando un portazo.

Salieron intentando ver algo mientras los limpiaparabrisas emprendían una batalla perdida contra la nieve.

—Me ha llamado hoy un amigo mío —dijo Michael—. Quiere que vaya con él unos días a Westmoreland. Cuentan que los lagos se van a helar y que podríamos patinar. Es muy aficionado a los deportes de invierno.

Gibson aprobó su idea sin vacilar.

—Excelente. Le vendrá como anillo al dedo. Aire fresco y algo de ejercicio. Le harán muchísimo bien.

—Le dije que no creía que pudiera ir.

—¿Eso hizo?

—Si me deja ahí al final, yo puedo continuar caminando. Así puede girar a la derecha y volver a la carretera principal.

Gibson paró el coche en el arcén.

—Llame a su amigo, o póngale un telegrama y dígame que irá. —Levantó una mano cuando Michael abrió la boca para protestar—. No, es una orden. Acabe lo que tenga que hacer con Pegaso, y después no quiero volver a verlo hasta enero.

Michael salió del coche, le dio las gracias a Gibson por el viaje y cruzó, pisando la nieve crujiente y prístina hasta la pequeña casa adosada en la que se alojaba. El salón estaba iluminado, pero el resto de la casa se hallaba a oscuras. Su casera le había dejado una nota. «La cena está en el horno, me he ido a casa de la señora Knight, le pone nerviosa la nieve».

A la señora Knight le ponía nerviosa todo. Sin duda pensaba que algún muñeco de nieve llamaría a su puerta, dispuesto a la rapiña y el saqueo. Arrugó la nota y la tiró al fuego de la cocina. Echó algo más de carbón, y sacó el plato de comida del horno. Pan de carne espeso y una patata aplastada con grumos. ¿No le había dicho Freddie que la comida en El Faisán era buena?

Se comió la cena y se sentó mirando las llamas mientras bebía una taza de té. Estaba cansado, tenía que admitirlo. Sentía sus huesos cansados tras meses de largas horas sin tregua. ¿Afectaba aquella fatiga a su trabajo? Incluso los cálculos más simples le exigían ahora más tiempo que antes. A lo mejor Gibson tenía razón y necesitaba salir un poco.

Cerró los ojos, su mente voló al norte helado. Hacía dieciséis años que no iba; dieciséis años desde que estuvo a punto de morir de neumonía. Lo habían encontrado vagando por un bosque, con un resfriado terrible, eso fue lo que le contaron cuando estuvo fuera de peligro, y regresó de aquellos días febriles sin recordar nada de las vacaciones de invierno.

Dejó caer su barbilla a la altura del pecho, la gata atigrada de su casera saltó hasta su regazo y le clavó las uñas en las piernas; él se desperezó y se quedó dormido.

Su casera lo encontró allí cuando volvió horas más tarde.

—Míralo, durmiendo como un niño —le dijo a la gata—. Le prepararé una buena taza de chocolate y lo despertaré para que se vaya a la cama. —Le miró la cara, resultaba interesante incluso durmiendo; le gustaban los hombres de verdad, en especial los tipos como él, que le hacían recordar lo que era ser joven. Lástima que pasara tanto tiempo en su trabajo, ¿qué oportunidad iba a tener para conocer a una joven dama si estaba todo el tiempo trabajando?

Vertió la pegajosa bebida en su taza, y lo sacudió suavemente por el hombro.

—Despiértese, señor Wrexham, es hora de ir a la cama, y le he preparado una buena taza de chocolate.

Parpadeó y se despertó con una sacudida.

—Me debo de haber quedado dormido. Cielo santo, ¿esa es la hora? Oh, gracias, muy amable. —Miró dubitativo la taza, detestaba el chocolate—. Me lo llevaré arriba, si no le importa.

Se lo llevó al baño y lo tiró por el lavabo.

Capítulo 8

YORK.

¿Dónde estaba Perdita?

Había tantas chicas en la enorme nave de York Minster... Filas y filas de abrigos de franela gris, un mar igualmente gris de sombreros, todos con su banda morada. Es cierto que no eran completamente idénticas, las había de todas las alturas y tamaños, pero también, a esa edad, las chicas pegaban estirones, así que su hermana podía haber crecido casi un palmo.

Al estirar el cuello en un esfuerzo por repasar a la congregación, perdió la entrada en el himno y empezó a cantar demasiado tarde, ganándose de este modo una mirada de reproche de la mujer alta y con sombrero de fieltro sentada a su lado. Señor, pero si eran los mismos villancicos que él había cantado en la escuela hacía mil años, ¿es que nada cambiaba? El villancico terminó y un coro invisible cantó unos cuantos versos incomprensibles en inglés medieval; a continuación, una mujer con el pelo gris completamente rígido y la boca apretada, enfundada en una falda propia de una maestría de Cambridge, subió al púlpito y empezó a leer la historia de la Anunciación.

El oficio religioso llegó a su fin, el obispo vestido de rosa y oro levantó el báculo para dar la bendición, el organista atacó con los primeros acordes del *Adeste fideles* y la majestuosa procesión de clérigos mayores y menores, directora, sirviente y coro se abrió paso por el pasillo central.

Allí estaba Perdita. Era una de las chicas del coro y llevaba una sobrepelliza blanca que le venía corta y el pelo castaño oscuro apartado de la cara en dos trenzas despeinadas. Su cara parecía pálida y sin expresión mientras cantaba las últimas notas. Volvió la cabeza para observar las espaldas que avanzaban desde el coro. ¿Cuánto le costaría largarse de allí? Él metió su programa de la ceremonia en el compartimiento del asiento delantero, entre el libro de himnos y el de oraciones, y empezó a abrirse paso entre sus devotos vecinos, que se arrodillaban o sentaban con las cabezas inclinadas en actitud de oración.

Padres enfundados en abrigos oscuros lo miraron con desdén, desaprobando claramente su abrigo de *tweed* y sus pantalones de pana. Sus esposas torcieron el gesto y profirieron pequeños murmullos de consternación ante sus descorteses intentos de escapar. Por fin, llegó al pasillo y era libre para apresurarse hacia el extremo de la catedral, antes de quedar totalmente empantanado en la marea de colegialas que saldrían de las primeras filas.

Zapatos marrones de todas las tallas le pisaron, músculos entrenados en el *hockey* lo apartaron de en medio, se le clavaron codos firmes en los costados; qué alivio alcanzar un lugar seguro enfrente de la pantalla del coro y meterse debajo de una enorme urna de vegetación navideña. No había perdido de vista el coro cuando desapareció en la lejanía del pasillo norte. Estaba seguro de que todas las chicas del coro tendrían que pasar por allí antes o después.

Lo hicieron, y parecían piezas de ajedrez con las túnicas moradas y las pellizas blancas ahora sobre los brazos u hombros.

—Edwin, qué bien, me alegro mucho de verte. No estaba segura de si vendría alguien a por mí. —Perdita señaló la túnica y la pelliza—. Tengo que meter esto en el cesto de la ropa y coger mi abrigo y mi sombrero. ¿Me esperas aquí?

—No me puedo mover —contestó—. Jamás había visto tantas chicas en mi vida, son terroríficas.

Ella le dedicó una de sus enormes sonrisas y se metió dentro.

Se estaba formando un cocodrilo gris gigante en el pasillo sur, las profesoras vestidas con falda iban de arriba abajo como perros pastores, organizando a las niñas por parejas y recogiendo a las más rezagadas.

—Venga, niñas, tenemos un tren que coger. Fiona, ponte el sombrero recto. Mathilda, ¿dónde están tus guantes? Deirdre, ¿cuántas veces tengo que decirte que no te sostengas sobre una sola pierna?

—Me pican las medias —dijo la desafortunada Deirdre, que había estado rascándose con fuerza la espinilla con el borde de sus discretos zapatos de piel marrón.

—¡Deirdre! Mira que mencionar la ropa interior en público, ¿en qué estás pensando?

El vaho de su aliento dejaba constancia del frío; no parecía que hiciese tanto en un primer momento, pero la helada había traspasado las antiguas piedras y ahora se le estaban entumeciendo los pies. Seguro que tenía la nariz

roja; los padres y chicas que pululaban a su alrededor tenían todos las narices y las mejillas coloradas.

Por calentitos que fueran los abrigos y las pieles, nada podía amortiguar el frío ártico de York Minster en un día de diciembre. El frío había sido extrañamente duro, incluso para el norte de Inglaterra, pero él tampoco recordaba haber estado en el Minster sin pasar frío.

Frío como la piedra. Se quedó observando la enormidad de la nave, en la que las grandes puertas del oeste permanecían abiertas, y por las que salía en masa la congregación hacia la pálida luz del sol de invierno. Entonces llegó Perdita a su lado.

—Me alegro de que hayas venido a buscarme; hacer este viaje en tren es horrible. Nos pasamos cinco horas en un compartimento cargado, o sentadas en andenes helados, y detesto tener cambiar de tren aquí, allí y en todas partes.

Otra profesora del regimiento de hierro gris —más gris de pelo y expresión que de atuendo— se les echaba encima.

—¡Perdita Richardson!

Perdita le soltó el brazo rápidamente.

—Este es mi hermano, Edwin; la señorita Hartness.

Los ojos de la señorita Hartness, presos de la incredulidad, lo repasaron de pies a cabeza.

—Parece muy mayor para ser tu hermano.

A él le divirtió la ocurrencia.

—Creo que mi abuela les avisó de que vendría.

—La directora recibió un telegrama de *lady* Richardson sobre este asunto, creo. Normalmente no permitimos que nuestras chicas se marchen con sus hermanos. Vosotras, las chicas sin padres, siempre dais problemas a la escuela.

Edwin se volvió hacia Perdita.

—¿Tienes equipaje?

La señorita respondió por ella.

—Los baúles y las maletas de las chicas se enviaron por tren hace dos días. Perdita lleva una maleta de una noche.

La señorita Hartness seguía mirando con desconfianza; ¿pensaría que era un impostor intentando raptar a la chica? Quería a su hermana, pero la mujer tendría que darse cuenta de que si tuviera tales intenciones, elegiría un bellezón, no una chica desgarrada como Perdita.

La mujer seguía hablando.

—Ahora bien, lo que yo pienso...

Se ahorró sus probablemente poco halagüeños pensamientos pues en ese momento, una figura con aspecto de pájaro, vestida con un elegante abrigo rojo y la cabeza tocada con un sombrero a la última, salió disparada de la muchedumbre.

—Edwin, querido, ¿has venido a recoger a Perdita? Esta es mi Grace, no es más que un bebé, este es su primer trimestre en el Colegio para Señoritas, ¿verdad, cariño?

Una niña diminuta con el pelo rubio en dos tensas trenzas miró a su madre con ojos grises calmados.

—Mamá, anda, no me llames bebé.

Edwin besó a la mujer, estrechó la mano de la criatura, que le dirigió una mirada fría, y después se apartó para hablar con una amiguita.

—Hola, Lucy —dijo él—. ¿Está Rollo contigo?

—Ha ido a ver dónde se ha metido Watkins, aquí siempre se libra una batalla campal al final del trimestre. —Se inclinó hacia delante para darle un besito en la mejilla—. Me alegro de verte, querido, dicen que el lago va a helarse de orilla a orilla, si es así, pasaremos allí el Fin de Año. Dales recuerdos a Caroline y a Henry. Adiós, Perdita, que pases una feliz Navidad, claro que sí, la Navidad es siempre estupenda en Wyncrag.

La expresión de la señorita Hartness parecía menos desconfiada, pero seguía apretando los labios igual que antes.

—Conoce a la señora Lambert, por lo que veo.

—Es una prima —estaba claro que aunque a la señorita le había complacido comprobar que no se trataba de un impostor gracias a la identificación familiar, no acababa de aprobar a la vivaz y elegante Lucy Lambert.

—Muy bien, Perdita —dijo la señorita Hartness—. Puedes irte.

—Feliz Navidad, señorita Hartness.

Le metió prisas a Perdita, mientras se despedía y deseaba unas felices Navidades a sus amigas y profesoras.

—Venga, niña. Que nos queda mucho camino hasta Westmoreland.

—¿Es verdad? —preguntó—. ¿Se ha helado el lago?

—Aún no, pero Riggs dice que el hielo cuajará y si lo hace, el lago se congelará de norte a sur y de este a oeste.

—¿Se congelará del todo? Espero que sí, lo deseo todos los años, pero no pasa nunca. ¿Podré patinar hasta la isla?

—Desde luego que sí, y de un extremo a otro si se congela tanto como la otra vez.

—¿Cuándo fue eso?

—El invierno antes de que nacieras —volvió a cogerla del brazo—. Parece que fue hace mucho y mírate, ya eres una damita.

—Solo una colegiala, no una damita, por desgracia.

—¿Por qué no una damita? —Ya habían llegado a la puerta oeste y habían salido fuera, al aire frío. Hasta allí llegaba el inconfundible olor de carbón ardiendo; desde los dos bloques de casas apiñadas a lo largo de las calles Stonegate y Petergate se elevaba una columna de humo hasta el cielo claro.

—Para las colegialas está bien tener un aspecto como el mío. Para una damita, es una desgracia.

Era fácil percibir una cierta decepción tras aquel tono de voz supuestamente neutro y uniforme.

—A mí me pareces muy guapa, tonta.

—Eres mi hermano, estás acostumbrado a verme. Pero cualquier otro solo pensaría que soy una colegiala rara y grandota.

—¿Quién lo piensa?

—Bueno, todos —repuso Perdita. Cambió de tema—. ¿Dónde has aparcado el coche?

—En la plaza St. Helen. No muy lejos. ¿Dónde tienes la bolsa?

—Las maletas están todas en fila en el suelo junto a las cocheras, por allí. ¿Dónde vamos a almorzar?

—Había pensado que parásemos en El Zorro y los Sabuesos. Allí dan bien de comer y supongo que estarás hambrienta.

Condujeron hacia el Norte a través del puente de Borough por la gran carretera. Hacía frío dentro del coche de Edwin, y numerosas nubes blancas y algodonosas empezaron a surcar el cielo a medida que cobraba fuerza el viento del este.

—Ya hay mucha nieve en el suelo —Perdita agradecía la manta de viaje que Edwin le había enrollado alrededor. Se sopló en los dedos para calentárselos—. ¿Está bien la carretera?

—Lo estaba ayer, y no ha nevado en serio desde hace dos o tres días.

—¿Has sacado fotos por el camino?

—Unas cuantas. La luz era bastante extraña a principios de la tarde, justo antes de que empezara a ponerse el sol. Muy clara, con buenos contrastes.

Se sentaron en una mesa de la taberna situada frente a una chimenea que ardía con fuerza y comieron platos rebosantes de pastel de jamón y puerros.

Eran los únicos clientes del local, aparte de una pareja de pastores y del tabernero, un hombre fornido de espesas cejas, que parecía tener tiempo de sobra para hablar.

—Diría yo que sopla para tormenta. Mejor no se retrasen si van lejos.

—A Westmoreland —repuso Perdita, mientras rebanaba la última cucharada de crema de su postre.

Edwin se levantó de la mesa y la apartó para que Perdita pudiera salir. Pagó la cuenta y se despidieron alegremente del tabernero y de los clientes antes de salir para enfrentarse al azote del viento, que ahora soplaba del noreste. Enviaba ráfagas de nieve que bailaban por el patio de la taberna cuando Edwin le abrió la puerta del coche a Perdita. Limpió los copos que caían del parabrisas antes de meterse y obligar al coche a *revivir*.

Tras unos cuantos kilómetros, los cielos se aclararon y la nieve fue amainando. En los lugares en que apenas había cuajado, las recias ovejas de los páramos, con la lana cubierta de hielo y nieve, buscaban matas que arrancar y mascar mientras miraban el coche pasar por la estrecha carretera. Había unos cuantos vehículos más. Dejaron atrás un carro de granja, el caballo de tiro apoyaba sus enormes cascos con cuidado sobre la superficie irregular, con el lomo protegido de la intemperie por una vieja manta que el carretero le había echado encima. El conductor, bajo un sombrero de fieltro ajado, permanecía sentado con los hombros encogidos por el frío y las riendas prietas entre las manos, enfundadas en mitones. Les saludó lentamente mientras se apartaba para dejarlos pasar. Apareció en dirección contraria un furgón de correo, que recibió la presencia de otras personas en aquel desolado lugar con un alegre bocinazo.

Perdita tenía mucho frío para cuando llegaron a Sedburgh, y agradeció la sugerencia de su hermano para hacer una parada.

—Podemos estirar las piernas un rato.

—Eso quiere decir que te gustaría sacar unas fotos —repuso ella. Salió del coche y dio unos cuantos pisotones al suelo para vencer la rigidez, mientras se echaba aliento sobre los dedos entumecidos.

—Solo de esta calle al atardecer, con la luz en las ventanas.

—Mucha exposición —agregó Perdita, a quien le gustaba ayudar a su hermano en su trabajo—. ¿Llevas trípode en el coche?

—En el asiento de atrás.

Los vecinos del lugar iban y venían ocupados en sus asuntos sin apenas prestarle atención mientras montaba el aparato. Uno o dos se pararon a saludarlo, y el vicario detuvo sus zancadas unos minutos para charlar.

—Necesitará cadenas más adelante —le advirtió al reemprender su camino.

Perdita no preguntó si Edwin tenía cadenas. Nacida y criada en el norte, estaba acostumbrada a los inviernos fríos y los pasos cerrados; cualquier conductor que se aventurara en esta época del año sin un juego de cadenas metido en el maletero se buscaba problemas. Seguro que Edwin también llevaría pala, y una linterna potente metida dentro de un par de botas de agua tiradas tras el asiento del conductor.

Perdita estiró el cuello para echar un vistazo al cielo desde la ventanilla del coche. Habían salido las primeras estrellas. Los potentes faros del coche proyectaban largos rayos en la superficie helada de la vía. A medida que la carretera iba subiendo, la nieve se volvió más densa, y detuvieron el coche para poner las cadenas. A partir de ese momento avanzaron a paso de caracol, pues la nieve cubría algunas zonas de hielo traicionero.

—La abuela se va a poner hecha una fiera —dijo Perdita al mirar su reloj—. Con suerte llegaremos a las ocho.

—El último servicio en el Minster, mucha nieve por el camino —repuso Edwin.

—Y no nos hemos parado aquí y allí para sacar fotos. No te preocupes, no voy a decir nada. Además me echará la culpa a mí pase lo que pase, si llegamos tarde; siempre lo hace. ¿Podemos haber pinchado?

—Pinché, de camino a York.

—Ahí está.

—O cenamos en punto o no cenamos, no pienso hacer nada hasta haberme dado un baño de agua caliente.

—No te entretengas —le avisó Perdita, cuando por fin giraron y se metieron por las puertas del camino que se enroscaba hasta la fachada de la casa. Nunca sabía si esa era la manera en que más le gustaba la casa: una silueta en sombra, desolada, con almenas y torres improbables recortadas contra el cielo estrellado y luces que brillaban en algunas de las grandes ventanas de piedra. En su mayoría, estaban a oscuras, y las pesadas cortinas mantenían la luz dentro y el frío fuera. Llegar allí a plena luz del día tenía su propio encanto, solo que diferente, y revelaba el enorme despliegue de arcos y los detalles de ornamentación labrados alrededor de puertas y ventanas. El abuelo de *sir* Henry había construido la casa según su propio proyecto tras una prolongada visita al continente, durante la que los palacios del Renacimiento y los castillos bávaros le impresionaron por igual.

La puerta principal empezó abrirse cuando aparcaron, la luz se derramó sobre los amplios escalones de piedra y Rokeby bajó con paso solemne para ayudar a Perdita a salir del coche.

Perdita saludó al mayordomo con entusiasmo.

—Hola, Rokeby.

—Bienvenida a casa, señorita Perdita.

—Lo meteré en los establos —dijo Edwin—. Que venga alguien a por las maletas y las otras cosas, ¿vale, Rokeby?

El mayordomo asintió y siguió a Perdita hasta el recibidor. Había un fuego encendido en la inmensa chimenea y las lámparas de la pared —enormes antorchas medievales del siglo diecinueve—, iluminaban la parte superior de los muros, en los que las cabezas astadas tintineaban, llenas de campanillas y espumillón.

—La tía Trudie ha estado ocupada —comentó Perdita, mirando a su alrededor—. Alegra un poco esas cabezas tan horripilantes, ¿no te parece?

—La señorita Trudie ha logrado dar un toque muy navideño —contestó Rokeby, cuyos labios estaban sellados a la hora de hablar del caos que la excéntrica dama provocaba en cuanto la inspiraba el espíritu de la Navidad. Grandes ramas de abetos y espinosos manojos de acebo habían sido depositados en el secadero, una habitación enorme junto a la cocina, de losas de piedra, donde se daba de comer a los perros y se hacía el trabajo sucio en la mesa de madera que había en el centro. El jardinero y sus dos ayudantes habían sido obligados a realizar el servicio; se había llamado a una de las doncellas, con manos hábiles, para que dejara de limpiar el polvo y confeccionara flores de papel; habían enviado a Eckersley en el coche grande para que comprara todo tipo de delicias chillonas en el Woolworth más cercano, e incluso a él, Rokeby, le habían ordenado que hiciera buen uso de su inusual estatura y subiera y bajara de escaleras para enganchar guirnaldas y banderines en varios lugares inaccesibles.

—Todo el mundo ha subido a vestirse —le dijo a Perdita—. Su baúl aún no ha llegado, me atrevería a decir que el clima ha causado algunos retrasos.

—Bueno, ya encontraré algo. Pero mejor me espabilo, no quiero que la abuela se enfade mi primera noche en esta casa.

—Claro que no —coincidió Rokeby con total sinceridad—. La señorita Alix está arriba, acaba de llegar y ha subido directamente.

La cara de Perdita se encendió.

—¿Está aquí? —Se dirigió a las escaleras y empezó a subir los escalones de dos en dos.

Capítulo 9

WYNCRAG, WESTMORELAND.

Alix se encontraba en el segundo rellano, observando la rápida ascensión de Perdita. Cuando llegó a los últimos escalones su hermana vaciló y miró hacia arriba con expresión insegura.

—¿Alix? ¿Eres tú?

—Hola, Perdy.

Perdita subió lentamente hasta el final de la escalera y se reclinó contra la amplia barandilla mientras observaba a su hermana de arriba a abajo.

—Has cambiado. Pareces muy distinta —su voz sonaba brusca, pero Alix sabía que no era más que timidez.

—Tú también, qué alta estás, Perdy. —Y después se le escapó la risa—. Señor, llevas el traje de *tweed* de la escuela, ¡madre mía!, me había olvidado de lo horrible que era.

Perdita perdió algo de timidez y sonrió.

—¿A que sí? La verdad es que este era el tuyo. A mí me queda un poco estrecho.

—Tienes pecho, más de lo que yo tenía a tu edad. ¿Aún os obligan a llevar esas lamentables faldas verdes para los juegos?

Perdita asintió.

—Tendrás que cambiarte para la cena —le dijo Alix—. En cinco minutos si no queremos llegar tarde. No creo que la abuela sea menos quisquillosa con la puntualidad de lo que era.

—No... No lo es. ¡Oh, ayúdame! —Perdita salió disparada hacia la puerta de su cuarto.

Alix la siguió dentro.

—Te puedo echar una mano con los corchetes, si quieres.

La habitación de Perdita era grande, como casi todas las de Wyncrag, y estaba cubierta de paneles de madera; su tatarabuelo debió de talar medio bosque para satisfacer su amor por los paneles cuando construía la casa. Bajo los pies había una gruesa moqueta. Todas las habitaciones tenían moqueta,

que sus ocupantes agradecían durante los largos y fríos inviernos. Cortinas de terciopelo, forradas y vueltas a forrar hasta que casi se mantenían en pie sin apoyo, colgadas de los altos ventanales. En la chimenea de mármol ardía el fuego, pero apenas aliviaba el frío de la estancia.

Perdita se agachó para quitarse los zapatos y las medias, después estiró los pies helados hacia el fuego.

—El problema es que casi hay que tostarlos antes de sentirlos calientes, especialmente después de ir en el coche de Edwin. —Se los masajeó un rato antes de caminar sobre la moqueta hasta el inmenso armario de caoba. Abrió las puertas de par en par y se quedó mirando la ropa que había dentro, cada prenda estaba protegida por papel de seda y con una bolsita de lavanda colgada en cada percha.

—¿Lipp? —preguntó Alix. Tenía que ser ella; la lavanda y Lipp iban unidas en Wyncrag.

—Lipp —repuso Perdita, mientras descolgaba un vestido azul oscuro y lo dejaba sobre la cama, robusta, de cuatro columnas y con un elevado montículo como colchón. Consiguió salir de la chaqueta, blusa, chaleco y corpiño y se quitó por abajo la falda *tweed* y la combinación. Después rebuscó en un cajón y encontró un sujetador.

—Qué bonito —dijo Alix. Parecía una prenda interior poco propia de Perdita; se hacía una idea bastante precisa de las pocas cosas bonitas que su hermana pequeña debía de poseer.

—Fue un regalo de la tía Dorothea, la abuela no sabe que lo tengo, aunque supongo que ahora sí lo sabrá si Lipp ha estado hurgando en mis cajones. Tendré que esconderlo.

—Ya imagino que no te lo puedes llevar a la escuela.

—Dios santo, no; los sujetadores están prohibidos en la escuela por la supervisora, que los considera inmorales y frívolos.

Rebuscó un par de medias, Alix notó que no eran de seda, pero por lo menos no tenían un color tan horrendo como el deprimente marrón de las de su uniforme. Una combinación de cuerpo entero completaba su ropa interior y después se metió el vestido por la cabeza.

Alix se levantó para ayudarle a abrochárselo por la espalda, mientras Perdita se miraba algo insegura en el espejo de dentro del armario.

—Bueno —fue lo único que dijo antes de embutirse en una torera de noche, de color carbón con hilos metálicos.

Estaban en la puerta justo cuando sonó el gong y la voz de Rokeby retumbó hasta el piso de arriba anunciando la cena.

El comedor de Wyncrag era largo, alto, y estaba iluminado solo con velas. *Lady Richardson* consideraba que la cena con luz eléctrica era vulgar. Había dos chimeneas, y ambas ardían con entusiasmo. Alix conocía esos fuegos desde hacía mucho; si te sentabas cerca te torrabas y se te ponía la cara colorada; si te sentabas lejos te helabas y se te ponía la carne de gallina. Su abuelo le hizo una señal para que se acercara y se sentara a su lado. Su calurosa bienvenida ya había conseguido por sí sola que el viaje mereciese la pena, pensó, mientras sonreía con cariño a la tía *Trudie*. El abuelo se había alegrado mucho de verla. A diferencia de su esposa.

Alix había estado pensando en su abuela de camino al norte. Cuando los otros dos pasajeros abandonaron el tren en *Crewe*, tras desearle feliz Navidad, se quedó sola en el compartimiento de primera clase del *Lakeland Express*, preguntándose si *lady Richardson* mostraría algún tipo de alegría al verla de nuevo.

No, no debía esperar un recibimiento cálido, al menos, no de la abuela. Levantó la cortinilla junto a su asiento y miró el paisaje invernal que iba oscureciéndose. Las colinas coronadas de nieve estaban iluminadas por brillantes estrellas; oyó el agudo pitido de la locomotora al doblar por una curva, su aullido flotó en la blancura remota del paisaje. El tren pasó un pueblo a toda velocidad, y por un momento pudo ver la torre cuadrada de una iglesia antes de que la locomotora se precipitara en la oscuridad de un corte en la montaña profundo y bordeado de roca.

La ventanilla se empañó por el humo. Volvió a bajar la cortina y se recostó en su amplio asiento mientras alargaba el brazo para encender la luz encima del lugar vacío junto a ella. Las cinco y media; casi dos horas y media para llegar. Cerró los ojos, escuchando el chucuchú constante del tren. Siguió con los ojos cerrados, el libro en su regazo resbaló al suelo, y se hundió en un duermevela abarrotado de imágenes de colinas y nieves.

La despertó el sonido que hizo la puerta del compartimiento al abrirse. El alegre «Estamos llegando, señorita *Richardson*», pronunciado con el familiar acento de los páramos y los lagos, le indicó que ya estaba en casa.

—Aún faltan unos minutos —añadió el revisor al verla ponerse en pie de un sobresalto—. No hace falta darse prisa.

Hacía mucha falta darse prisa. No quería perderse ni un minuto, no, no podía desperdiciar ni un segundo del mundo helado a su alrededor. Recogió

sus pertenencias, tomó el libro del suelo y se detuvo un instante frente al espejo para recomponerse el pelo bajo el sombrero. Cuando el tren tomó la curva del andén ya estaba en el pasillo y estiraba del grueso agarradero de cuero para bajar una ventanilla. El aire oscuro la envolvió, un frío ártico, pero tan fresco y limpio que deseaba aspirarlo en grandes bocanadas, liberar sus pulmones y su cabeza del humo y las prisas de Londres. El olor agrio y sucio de Euston quedaba en otra dimensión, seguro que no habitaba el mismo mundo que aquel.

Después, a través de la humareda del vapor vio una figura recia, bajita y de piernas arqueadas con polainas. Aquella silueta avanzaba por el andén mal iluminado a través de la pequeña muchedumbre de gente que esperaba. Eckersley, con sus polainas, la gorra de chofer ligeramente inclinada y su rostro ajado sonrió al verla.

—¡Eckersley, cuánto tiempo!

—Demasiado, señorita Alix, ¡qué contentos estamos de tenerla en casa! ¿Es todo su equipaje, ese que lleva el mozo? Tengo el coche justo fuera. Deme esa maleta.

Ojalá la bienvenida de la abuela hubiera sido la mitad de afectuosa. Había subido diligentemente a la habitación de *lady* Richardson nada más llegar, para ser recibida con una cortesía perfecta y rígida. Y Alix supo, sin cruzar palabra, que su abuela desaprobaba totalmente su nueva y elegante imagen, así como todo lo que se decía de su vida en Londres.

Ahora había llegado el turno de Perdita de saludar a sus abuelos, y Alix apreció la tensión en el cuerpo de la joven mientras se dirigía, con paso firme y pesado, hasta el extremo de la mesa de la abuela.

—Buenas noches —dijo, inclinando la cabeza para recibir el beso helado de su abuela.

—Has llegado terriblemente tarde de Yorkshire, Perdita. Estaba preocupada.

—Allá vamos —susurró Edwin mientras se metía en su silla y le dedicaba a la tía Trudie una sonrisa de complicidad. Después se volvió y sonrió a Alix.

Qué estupendo volverlo a ver: el pelo oscuro cayéndole sobre la frente como siempre, sus largos dedos desmigajando el bollo de pan, los ojos grises, espejo de los suyos, encendidos por el placer de tenerla delante.

La atención de la abuela había pasado de Perdita a su nieto, y estaba claro para todos los que la conocían que, a pesar de su tranquilo tono de voz, estaba

muy enfadada con él.

—No puedo explicar cuánta angustia he sentido, Edwin. De noche, y con la nieve, tú y Perdita, sin ningún mayor cerca. De lo más inapropiado.

—¿Qué tiene de inapropiado? Somos hermanos, no una pareja en una cita romántica. Y tengo veinticuatro años, no soy ningún *boy scout* que se muera de miedo por un poco de nieve.

—Esa no es la cuestión.

—Buenas noches, Edwin —intervino *sir* Henry con la intención de rescatarlo—. Rokeby, deja de dar vueltas y sírvele al señor Edwin una copa de vino. Edwin, pareces tener frío. Me temo que la calefacción central no funciona esta noche como es debido —prosiguió, claramente interesado en desviar la atención de su esposa de los deslices de sus descarriados nietos.

Wyncrag tenía calefacción central en toda la casa, un lujo extraordinario que escandalizaba a los vecinos que no usaban otra cosa que no fuera carbón. Los pasillos, baños y habitaciones calientes se consideraban blandos y muy poco ingleses. Sin embargo, *sir* Henry había viajado y apreciaba la calidez de algunas de las casas estadounidenses que había visitado. Consideraba una novedad inteligente el hecho de entrar en un salón o un baño sin descubrir que la temperatura bajaba varios grados.

—Es carbón de mala calidad y no va bien para la caldera —añadió. Cuando los kilómetros de tuberías que había instalado en todas las habitaciones y pasillos transportaban una corriente de agua caliente, tal y como se suponía que debían hacer, la casa era un remanso de calor muy acogedor. Pero el avanzado sistema luchaba contra una caldera temperamental que producía agua o demasiado fría o casi al punto de ebullición—. Traerán mañana más carbón de Hardens, y diré que se pueden llevar el resto de la última remesa, jamás había visto algo como eso. Ni siquiera puedo imaginar de dónde procede y, desde luego, no es adecuado para el uso doméstico.

Sirvieron la sopa. Trudie, particularmente ensimismada, empezó a relatar una anécdota sobre los perros, de modo que la tensión se diluyó. Entonces *lady* Richardson reparó por primera vez en lo que Perdita llevaba puesto.

—¿Pero cómo vas, niña? Pareces salida de un orfanato.

—Perdona, abuela —contestó Perdita mientras se concentraba en su plato—. No me queda muy bien, pero no he tenido tiempo de buscar nada más. —Estiró un brazo para avivar una vela que ardía con luz parpadeante, y se oyó un rasgón de tela bien fuerte—. Madre mía, creo que se me ha roto la manga —dijo, y levantó el brazo para comprobar el daño.

—¡Perdita!

—He crecido demasiado.

—Vaya que sí —intervino Edwin—. Casi no la he reconocido en el Minster.

—También me han crecido los pies —añadió Perdita—. Los zapatos del colegio son terriblemente incómodos. Parece que se me queda todo pequeño.

Lady Richardson lo desaprobaba.

—Considero de lo más inadecuado que sigas creciendo a tu edad. Yo alcancé mi altura máxima cuando tenía doce años. Mañana miraremos tus cosas, Perdita, y decidiremos qué hacer con tus vestidos. Lipp podría alargarlos y sacarlos.

—No importa demasiado, ahora en las vacaciones iré en pantalones casi todo el tiempo.

—Aún así, no vas a ponerte los pantalones de montar por la noche, y espero no verlos tampoco en las comidas. A ver si se pueden arreglar algunos de mis vestidos viejos para ti, aunque me temo que eres demasiado alta.

—No, abuela, de verdad —dijo Alix—. Eso es terrible. No puedes pedirle a Perdita que lleve vestidos heredados. Parecerá un espantajo, tiene quince años y ya casi es adulta.

—Con quince años está muy lejos de ser adulta.

—Bueno, no sé —intervino Perdita insensatamente—. Fíjate en Julieta. Este trimestre hemos representado *Romeo y Julieta* y...

—No sé en qué estará pensando tu profesora de inglés; no es una obra adecuada para las chicas de tu edad. Las emociones son malísimas para las chicas.

—Si Perdita ha crecido, tendrá vestidos nuevos —sentenció su abuelo—. Si el frío continúa, subirán hasta aquí muchas familias a pasar las Navidades y el Año Nuevo, y eso implica que se darán también muchas fiestas. Por lo menos, así era en mis tiempos. Perdita necesitará uno o dos vestidos largos.

—Es demasiado joven para eso —dijo *lady Richardson*.

—Es demasiado alta para nada más —repuso *sir Henry*, evaluando a su nieta.

Perdita estaba acostumbrada a que la gente hablara de ella como si no se encontrara presente, así que le hincó al diente a su cordero con guisantes y le pidió a Edwin que le pasara el agua. Después sonrió a Alix con ganas.

—¿Has traído montones de ropa preciosa? Edwin me contó que te habías convertido en el colmo de la elegancia la última vez que te vio, pero no le creí. Hace años que no vienes, y entonces solo llevabas trajes de *tweed* que

hacían bolsas por detrás y jerseys oscuros. Me encanta el color del vestido que llevas, ¿dónde compras cosas tan bonitas?

—Te dejaría que te probaras toda mi ropa, pero has crecido tanto que no te valdrá.

Perdita suspiró.

—Quieres decir que soy demasiado grande. No te preocupes por herir mis sentimientos, lo sé.

—Es una suerte que Alix esté aquí —intervino la tía Trudie, mientras perseguía un guisante en su plato—. Seguro que está al día de la última moda, y nos podrá decir qué ponernos.

—La ropa de Alix sería totalmente inadecuada para Perdita. —La voz de la abuela sonaba dura, y Alix sintió que le sobrevenía la familiar punzada de alarma. Aunque, esta vez, las palabras severas no se dirigían a ella—. No le metas ideas en la cabeza, por favor, Trudie. Las modas de Londres están muy bien allí, pero no aquí.

La abuela no había cambiado, pensó Alix, mientras esperaba que la doncella le pasara el pudin. Ni un ápice. Después, su atención se centró en el plato colocado ante ella. Pudín de chocolate, qué buena era la cocinera, le servía su postre favorito en su primera noche.

Estaba claro que a Perdita también le gustaba el pudín de chocolate, pero no había ninguna necesidad de que la abuela la atacara tan rápido.

—No tanto, Perdita. Por favor. El chocolate no te va bien.

Perdita tomó rápidamente otra cucharada. La amable tía Trudie distrajo a su madre con una pregunta sobre flores, y consiguió que Perdita acabara su postre en paz.

Cuando era niña, la abuela también debió de disfrutar de cosas como el chocolate, pensó Alix mientras paladeaba su pudín. No podía haber sido tan austera toda su vida. De las paredes del comedor colgaban los retratos de familia, y la abuela estaba sentada justo delante de un cuadro de ella misma cuando era joven, una belleza vital, con un traje de seda rosa con polisón, el pelo recogido con primor, un escote amplio sobre su pálido pecho, un abanico en la mano. Era obra de un pintor francés, y había causado, le contó el abuelo, un escándalo la primera vez que fue expuesto en la exposición estival de la Academia.

—Se dijo que no era un retrato adecuado para la hija de un profesor de Cambridge. Pero sí se ajustaba perfectamente a la realidad, ese era el aspecto que tenía tu abuela la noche que la conocí. En un baile.

Era raro que la abuela no hubiera descolgado jamás aquel cuadro. Nadie reconocería ahora a la chica de la pintura en la mujer con aspecto de halcón que se sentaba bajo el cuadro. La vida la había despojado de la alegría. Tenía un encanto tremendo, eso le había contado a Alix una vez un viejo amigo de la familia.

—Cuando estaba recién casada, era tan encantadora que solo tenía que sonreír a un hombre para atraerlo a su lado.

Alix jamás había percibido ningún tipo de encanto. Sus ojos se desviaron al cuadro colgado en la pared al otro extremo de la mesa, un retrato tres cuartos de un joven con el uniforme de oficial del ejército: Jack Richardson, muerto en combate en 1917.

—Tienes su barbilla, Perdy —le dijo señalando con un gesto de la cabeza el cuadro.

Se hizo el silencio total en la mesa. ¿Qué demonios habría dicho para que la abuela mirara de aquella manera? ¿Aún lloraba a su hijo pequeño, casi después de veinte años? Todos sabían que había sido su favorito; probablemente, jamás se recuperaría de su pérdida.

Más tarde, cuando Perdita subió a acostarse entre bostezos, Alix y Edwin se quedaron por fin a solas. El abuelo estaba en su estudio, la abuela se había ido a su cuarto, la tía Trudie había sacado a los perros a dar una última carrera. Sin mediar palabra, se dirigieron a la sala de billar. Era su vieja guarida predilecta, una habitación difícil para los oídos indiscretos, puesto que se encontraba junto al estudio y tenía solo una puerta. Allí se sentían a salvo de los fisgoneos de Lipp, aunque como Edwin observó, no se podía estar seguro de nada en lo que a ella concernía.

Alix había pasado suficiente tiempo en el mundo para saber que Lipp no sería tolerada en ninguna casa normal.

—La gente no se deja acobardar por sus sirvientes —le dijo a Edwin mientras él le entizaba un taco.

—La gente no contrataría a Lipp como doncella. Se ha convertido en un auténtico monstruo.

—Los ojos, oídos y pies de la abuela.

En la sala de billar se estaba tranquilo, con sus sillones y sofás de piel mullidos, los grabados y mapas en las paredes de madera, la suave alfombra bajo los pies, la iluminación atenuada, y la superficie verde del tapete, con las bolas rojas y blancas brillando bajo la lámpara suspendida encima de la mesa.

Hablaban en voz baja para ajustarse al tranquilo entorno. Fuera de las ventanas encortinadas, en un mundo blanco solo iluminado por una fina tajada de luna creciente y el brillo helado de las estrellas de invierno, el silencio era absoluto; dentro solo se oía el crepitar del fuego y los golpes de los tacos contra las bolas.

—La abuela detesta a Perdy —dijo Alix—. No me lo habías dicho nunca.

—Cuando pasas aquí la mayoría del tiempo, como yo, no te das cuenta. Aunque debo admitir que hoy me ha dejado de piedra el modo en que ha tratado a Perdy.

—Es mucho peor que conmigo, y eso ya era bastante malo. Tenemos que hacer algo. No puede ser bueno para Perdy convertirse en el foco de tanto reproche, crecerá pervertida, si sigue así.

—Perdy es más dura de lo que crees. O por lo menos, lo parece. Supongo que ha desarrollado algún tipo de caparazón; bueno, no hay más remedio, ¿no? Gracias a Dios por los internados, mira lo que te digo.

—¡Quién se iba a imaginar que alguna vez diríamos algo así!

Edwin cogió un taco y se inclinó sobre la superficie verde de la mesa.

—¿Qué pasa con Jack y la abuela? —preguntó Alix. Al volver tras una ausencia de tres años, tres años que la habían llevado a la independencia y a fortalecer sus propios juicios, le había llamado la atención lo compleja que parecía su abuela. También le había llamado la atención la habilidad de la abuela para aplastar y reducir a todos los miembros de la familia. A todos los miembros vivos, quería decir—. Ahí hay algún misterio; hay algo más, aparte de los años de pena.

—Creo que es mejor, mucho mucho mejor no indagar más, Lexy.

—¿Pero no tienes ganas de saberlo?

—¿Por qué estaba más unida a Jack que al resto de sus hijos? No, la verdad. Era su benjamín, y por algún motivo la conmovía en un modo que ninguno de los otros consiguió. Además, murió joven, demasiado joven como para decepcionarla, diría yo. No trajo a casa ninguna novia insatisfactoria, ni se buscó su propio camino, ni estableció una familia por su cuenta que le arrebatara el cariño por su madre. Por lo que he oído, era terco, incluso desagradable, a juzgar por lo poco inclinada que la gente del pueblo se muestra a hablar de él; vamos, los que lo recuerdan. Debes de haberte percatado de que la tía Trudie nunca lo menciona, e intenta hablar de él con Rokeby y verás como se cierra como una almeja.

—Así que sigue siendo nuestro misterioso tío Jack —dijo Alix, mientras bostezaba con ganas y dejaba el taco encima de la mesa—. Señor, qué

cansada estoy. Me voy a la cama, creo; ¿apagas tú las luces? —Le dio un afectuoso beso a su hermano en la enjuta mejilla.

—Que duermas bien, Lexy. Y bienvenida a casa.

Capítulo 10

GRAN CARRETERA DEL NORTE.

Como había llegado pronto a la oficina y había trabajado sin ni siquiera parar para tomarse el almuerzo, Michael dio carpetazo a los últimos detalles del diseño del Pegaso a media tarde. Deseó feliz Navidad a sus colegas y a Giles Gibson, regresó a tiempo a su habitación alquilada para recoger su equipo y su maleta y cogió el tren de las cuatro treinta y cinco a Waterloo. De allí, tomó un taxi desde la estación hasta el piso de Freddie en Marylebone High Street.

—Justo a tiempo para la cena —le anunció su amigo, mientras apilaba juntas sus maletas, ya hechas y a la espera, en su pequeño recibidor—. Había pensado en sacar entradas para un espectáculo, pero al final no lo he hecho, por si te hacía perder el tren.

—Comprarme una entrada, teniendo en cuenta el cansancio que siento, habría sido tirar el dinero a la basura —repuso Michael disimulando un bostezo—. Me dormiría en cualquier espectáculo. ¿Dónde cenamos?

Llegaron al Soho y disfrutaron de una pausada cena italiana en Bertorelli's.

—Mañana nos levantamos temprano, amiguito —le dijo Freddie cuando regresaron a su piso—. Tenemos un largo camino por delante, y no creo que las carreteras mejoren a medida que subamos hacia el norte.

Así que Michael fue despertado sin misericordia de un sueño profundo a las siete de la mañana siguiente y se sentó frente a un abundante desayuno de beicon y huevos preparado por el ayudante de Freddie.

—Deja de mirar el reloj —se quejó Michael cuando Freddie volvió a comprobar otra vez la hora y le impidió que empezara otra tostada.

—Tenemos que ponernos en marcha, no hay necesidad de estropear el viaje cogiendo un atasco.

Freddie era un maníaco de los coches, y su gran Bentley constituía su mayor orgullo y su alegría. Como detestaba conducir un coche cerrado, bajaron la capota y, bien acicalados con chaquetas de cuero y cascos, con bufandas alrededor del cuello, guantes en las manos y recias gafas sobre los ojos, atravesaron el denso tráfico de Londres, en dirección a Potter's Bar y la gran carretera del norte.

A pesar de las capas de ropa protectora tenían tanto frío como para agradecer una parada para tomar café en Baldock. Michael pidió que le rellenaran un gran termo y pronto volvieron al coche camino de Grantham.

—No me gusta el Lincolnshire —dijo Freddie—. Nunca conduzco por este paisaje sin desear encontrarme entre los peñascos del norte.

—A mí tampoco me fascinan los pantanos —coincidió—. No importa, pronto veremos las colinas, y mañana estaremos sobre el hielo, o por lo menos deslizándonos en trineo.

—Hace dieciséis años que el lago se heló completamente, según dicen. No puedo esperar para ver cómo es y salir con los patines. Suelo practicar en pista en Londres, pero no tiene nada que ver con patinar a cielo abierto.

—Yo estuve allí hace dieciséis años.

—¿Qué? ¿En Westmoreland? ¿Aquel último invierno que heló?

—Ese invierno.

—¿Qué edad tenías?

—Doce años. No fueron unas vacaciones demasiado buenas para ninguno de nosotros, yo me constipé y después cogí una neumonía. Jamás volvimos a los lagos después de aquello. Mi madre no se veía con ánimo de regresar al norte.

—Así que hace dieciséis años que estuviste allí. No me extraña que no parecieras entusiasmado cuando te llamé y te propuse el plan. Es comprensible si viviste una mala experiencia allí cuando eras niño.

—Si no me apunté directamente fue porque me preocupaba dejar mi trabajo, eso es todo. Me alegro de que mi jefe casi me echara; tengo la intención de pasar todas las horas de luz sobre el hielo o en la nieve. Llevo encerrado en la oficina demasiado tiempo y necesito ponerme en forma.

Los últimos kilómetros del viaje fueron lentos y tediosos, las oscuras carreteras comarcales estaban cubiertas de una fina capa de hielo y las enormes farolas iluminaban la filigrana helada de los setos que bordeaban la carretera y convertían las ramas y troncos de los árboles en motivos siniestros. Se sintieron aliviados cuando llegaron a la posada, y allí la solícita señora Dixon les mostró las habitaciones de vigas bajas, suelo crujiente y paredes de

madera decoradas con grabados desvaídos, mapas enmarcados y artículos de cobre. Los fuegos titilaban en las chimeneas, y en el piso de abajo, mientras esperaban que se sirviera la cena, un enorme leño ardía en una chimenea de piedra de siglos de antigüedad.

La posada estaba llena, y la conversación giraba en torno al lago.

—Se aguanta estupendamente —dijo un hombre de mediana edad y tupido bigote—. Han traído sus patines, ¿no?

—Desde luego —repuso Freddie—. Estaremos patinando a primera hora, justo lo que venimos buscando, ¿no es así, Michael?

Michael, medio adormilado junto al calor del fuego, asintió.

—¿No he leído en algún sitio que la última vez que heló encendieron hogueras encima del hielo? —preguntó Freddie.

—A mí no me preguntes —respondió bostezando—. No me acuerdo mucho de aquel invierno.

—Vaya que sí —contestó el posadero, que entraba para llamar a sus huéspedes a cenar—. Había braseros para asar castañas para calentarse las manos, y también una gran hoguera. Algunos patinaban con enormes antorchas encendidas, bueno, menudo espectáculo era aquello.

—Parece más bien la Inquisición sobre Hielo —murmuró Freddie cuando se dirigían al comedor para tomar una sopa reconfortante.

Descubrieron que se sentaban a la misma mesa que el hombre del bigote, con dos mujeres jóvenes. El hombre era abogado en Manchester, según les dijo. Las jóvenes sonrieron y contaron que eran profesoras de educación física. Una de ellas dejó caer que le encantaban los deportes de invierno, ¿no estaba de acuerdo en que el lago helado estaba casi a punto?

Gente agradable y de lo más normal, pensó Michael mientras se bebía la sopa y dejaba vagar la mirada por el pequeño comedor. Había una familia sentada en la mesa de al lado: el padre, la madre y dos chicos morenos de unos catorce y dieciséis años. Tenían una hermana pequeña, rubia, que se divertía haciendo bolitas de pan y tirándolas dentro de la sopa ignorando las protestas de su madre. Un hombre mayor, alto y delgado, ocupaba una mesa pequeña, tenía un monóculo en un ojo y un libro junto a su plato. Gente tranquila que disfrutaba de un respiro de sus trabajos y obligaciones, igual que él.

Gente normal que pronto podría verse arrastrada por la guerra, si lo que Giles Gibson decía era cierto. Michael se preguntaba si la perspectiva de la guerra era la causa de aquel ligero sentimiento de incomodidad que, de otro

modo, no podía explicar. Probablemente, solo se trataba del cansancio tras un largo y frío viaje en coche.

—Dicen que una glamorosa estadounidense ha alquilado una casa por aquí para Navidad y fin de año —anunció la joven a su lado—. Prácticamente no la ha visto nadie, pero la mujer de la oficina de correos está segura de que es artista de cine.

El abogado se rio.

—Para la gente en un lugar tan apartado como este, cualquier estadounidense de visita es inmediatamente una estrella de cine. Qué vendría a hacer aquí una estrella de cine, eso me gustaría saber a mí.

—¿Patinar?

—En Estados Unidos tienen muchísimos deportes de invierno, querida. No hace falta cruzar el Atlántico para buscar hielo y nieve. Nosotros nos entusiasmos porque no estamos acostumbrados a un clima tan frío y helado como este, pero a los estadounidenses no les impresiona, créame.

Parecía decepcionada.

—Espero que sea famosa, me encantaría pedirle un autógrafo si realmente lo fuera.

—Si es famosa y está por aquí, supongo que viajará de incógnito, y no le dará las gracias si le pide un autógrafo —dijo Freddie—. La veremos sobre el hielo con gafas oscuras y una bufanda cubriéndole el pelo y la cara, enfundada en ropa ancha para que no podamos identificarla por sus piernas. Todas las estrellas de cine con *glamour* tienen piernas preciosas, ya lo sabe.

Las jóvenes se rieron.

—Va acompañada, o eso me dijo la mujer de la oficina de correos. Su marido, supongo, pero nunca se sabe con la gente del cine, ¿no?

La mujer de la mesa de al lado les echó una mirada ceñuda y frunció los labios en un gesto de desaprobación. Sus hijos escuchaban con avidez la discusión sobre la visitante americana, y los fulminó con los ojos antes de empezar a hablar sobre el aburrido tema de si la bufanda que le había comprado al tío Bobbie resultaría lo suficientemente caliente para aquel clima tan duro.

Tras la cena, el abogado se llevó a Freddie al bar para echar una partida al tejo inglés.

—Hace años que no juego —dijo Freddie.

—Bien, así le ganaré. Mejor que jugar contra los lugareños, menuda gracia tienen con los medios peniques.

Michael vagó por la sala que hacía las veces de bar y salón, con la pipa en la mano, y pidió un *brandy*.

—Y algo para usted —le dijo al propietario.

Se sentó en un banco junto al fuego, y el propietario se le unió a los dos minutos, con una jarra de cerveza amarga en la mano. Se sentaron en amigable silencio mientras Michael encendía su pipa; después, el hombre habló.

—No sabe cómo nos alegramos de que usted y el doctor Kerr pudieran venir, señor Wrexham. Estábamos a punto de meternos en un lío por esas dos habitaciones vacías. Con este tiempo no debería haber problemas para llenarlas, dirá usted, pero rechazamos a dos huéspedes, y hubiéramos quedado muy mal si no llegan a venir y se nos hubiesen quedado las habitaciones libres, porque insistieron en tomar la habitación si no venían, y yo no los quería bajo mi techo.

—¿Por qué, que tenían de malo? —preguntó Michael por pasar el rato, mientras observaba el humo de la hoguera enroscarse chimenea arriba.

—Si los hubiera visto... —El propietario arrugó los labios y sacudió la cabeza—. En el momento en que entraron, buscándome, pensé, ay, esto hay que pensárselo, porque si estos dos no vienen buscando problemas, yo no me llamo Robert Dixon. Uno de ellos llevaba el pelo muy corto. No hay nada de malo en el pelo corto, pero tampoco hace falta que parezca que te lo has afeitado a cuchilla. Hirsuto, lo definiría yo. Ese era el más grande de los dos. Aunque era el otro el que hablaba. También llevaba el pelo corto, pero más como un caballero, no sé si me explico. Y hablaba muy bien. Me pareció, solo por un momento, que lo había visto en alguna otra parte antes, pero mi mujer dice que no, que eso es solo mi imaginación.

Se detuvo para pegarle un buen trago de su cerveza, y Michael dio un sorbito a su *brandy*, bastante adormilado ya.

—Y eso fue todo. Yo les dije con amabilidad, pero eso sí, con mucha firmeza, que estábamos al completo y que probablemente seguiríamos así hasta el Año Nuevo.

Michael se despezó, pues tenía la sensación de que se esperaba de él que expresara el debido interés.

—¿Y qué es lo que no le gustó de ellos, señor Dixon?

—Le confesaré lo que no me gustó, y usted me dice si hice mal. No llevaban esos uniformes que han prohibido, pero creo que podrían haberlo hecho.

—¿Uniformes?

—Sí, hombre, esas camisas negras; parecía que se pondrían por dos monedas ese uniforme que les gusta llevar a los seguidores de Mosley.

—Dios santo —dijo Michael, ahora totalmente despierto—. ¿Quiere decir que eran fascistas ingleses?

—Pues sí, eso creo —repuso el propietario complacido con la reacción de Michael—. He visto a gente de esa en Manchester, y llevan un aspecto que no me gusta nada. Ahora, dígame, señor Wrexham, ¿qué habría hecho usted en mi lugar?

—Bueno, no creo que tuviera ningún interés en alojar bajo mi techo a dos fascistas con camisas negras, si eso es lo que eran, y diría que estaba usted en lo cierto. ¿Qué diantres harán aquí arriba? Queda un poco lejos de los lugares que suelen frecuentar, me parece.

—Dijeron que habían subido a hacer deporte. A patinar y todo eso, como el resto de los huéspedes. «Para endurecernos un poco», dijo uno. «Y por negocios», repuso el otro. Bueno, no parecía que les hiciera falta ningún otro endurecimiento, eso desde luego, y no quisiera saber qué negocios pueden tener.

—Así que los rechazó.

—Pues sí. Por eso, como le digo, me alegré tanto cuando el doctor Kerr nos volvió a llamar para confirmar las habitaciones para él y para usted.

—Me pregunto dónde habrán ido.

—Pues mire, eso se lo puedo decir. Alquilieron unas habitaciones en casa de la señora McKechnie en la parte alta de la ciudad. Ella no es tan quisquillosa, le daría una habitación a Pedro Botero si pudiera pagarla. Es escocesa, ya me entiende usted.

—Bueno, bueno —dijo Michael—. Pues esperemos que se dejen de tonterías de las tuyas por aquí arriba.

—Puede confiar en el joven Jimmy Ogilvy para eso. Es nuestro policía, y vaya si es grande también. Estaba pensando en pasarme mañana por su casa y hablarle de esos dos, puede que quiera informar a sus superiores de qué está pasando. Por si acaso.

Capítulo 11

LONDRES, PIMLICO.

La señora Sacker se percató inmediatamente de que el hombre era policía. También supo, antes de que le enseñara su tarjeta, que no era de la comisaría local ni del Departamento de Investigación Criminal. Incluso la más respetable de las caseras de Londres tenía contacto con la policía; a veces se trataba de preguntas sobre sus inquilinos, ya que en ocasiones hacían investigaciones de rutina sobre los residentes, temporales y permanentes, de las casas y calles de los alrededores. Las caseras están en su hogar a menudo. Observan. Catalogan bien a la gente, incluso con astucia, solo así se aseguran de cobrar el alquiler con regularidad.

—Mis caballeros pagan dos guineas a la semana —le dijo al hombre con abrigo oscuro mientras le dejaba pasar por la puerta principal. No tenía ningún sentido retenerlo en el umbral para que otros ojos vigilantes tomaran nota llenos de regocijo.

—Uno de sus inquilinos tiene problemas, ¿no, señora Sacker?

El hombre se quitó el sombrero y la siguió escaleras abajo, hasta la cocina, amplia y de techos altos. Se estaba calentito, había un asiento junto a la cocina y ella le ofreció tomar té.

—¿Solo caballeros? —preguntó.

Frunció el morro.

—Solo caballeros. Las mujeres, por respetables que sean, son un problema. Vamos, de un caballero se espera que alquile habitaciones, ¿pero una dama? No, si es una dama se queda en casa. Con sus padres si no está casada, o vive con una hermana o una tía. No me parece bien que las mujeres salgan a trabajar, yo nunca lo he hecho.

—Muchas mujeres tienen que ganarse la vida, señora Sacker, igual que el resto.

—Les quitan el pan de la boca a los hombres. Una cosa es que una viuda como yo alquile habitaciones y cuide a unos cuantos caballeros, eso es trabajo

de mujeres y no tiene nada de malo. Pasearse estirada por una oficina y que les paguen sueldos como a los hombres es otra cosa completamente distinta.

—Supongo que tendrá cuidado al elegir sus huéspedes. Hay que ser precavido en su negocio para mantener una buena reputación. Diría que no pasa mucho tiempo con las habitaciones vacías.

La señora Sacker no se dejó engañar. Intentaba adularla para que colaborase. Bueno, estaba dispuesta a ayudar a la policía en sus asuntos tanto como cualquiera, pero los asuntos de la policía consistían en atrapar criminales, no en andar rondando y preguntando por sus inquilinos, que de criminales no tenían nada.

—Mis caballeros suelen quedarse. Están bien cuidados, ¿por qué deberían trasladarse?

—¿Y cuánto tiempo lleva el señor Roberts con usted?

Ajá. Iba a por el señor Jago. Pues era una persona de la que no iban a obtener ninguna información, ¿y por qué? Porque era un caballero reservado.

—Muy respetable, así es el señor Roberts —repuso—. Hace más de un año que está aquí. Un hombre perfectamente educado, es fácil darse cuenta de que se trata de un caballero que ha tenido niñera y ha asistido a los colegios adecuados. Todo perfección, ese es el señor Roberts.

—¿No se aprenden tan buenos modales en el ejército? —preguntó el policía gentilmente.

—Sí y no. Mientras están en el ejército la mayoría pone cuidado en guardar su ropa en orden, les gusta tener los zapatos limpios, se cambian los cuellos, ese tipo de cosas. Pero alguien como el señor Roberts está claro que pasó por un colegio privado. Por ejemplo, sus cepillos. Tiene un par, encima del tocador. Con sus iniciales, JR, en el dorso, y debajo un número. No un número del ejército, es un número de solo dos cifras, 44. Ese es un número de escuela. En ese tipo de escuelas todos tienen el suyo. Con clavos en la suela de los zapatos y marcado en las etiquetas de sus nombres. Se daría cuenta nada más hablar con él, habla como el caballero que es y tiene unos modales magníficos, ni siquiera necesita pensar en ellos, le han enseñado a comportarse así desde que aprendió a ponerse en pie.

—¿Entonces es inglés?

—Sí, es inglés —su voz sonaba indignada—. Tan inglés como usted y como yo.

David Pritchard era gales por parte de padre y de madre, pero tenía suficiente cabeza como para no introducir ni pizca de su personalidad en la conversación.

—Me han dicho una o dos personas con las que he hablado, que lo conocen y que su inglés no siempre suena actual. Que utiliza algunas expresiones pasadas de moda.

La señora Sacker sonrió. Si eso era todo lo que tenían...

—Es su estilo. Lo que llaman afectación. «Convivir con un pasado señorial» me dice. Prefiere algunas de las viejas costumbres, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Entonces no es extranjero. No es francés, ni nada de eso.

—¡Francés! Jamás tendría un francés en mi casa.

—Ha alojado a huéspedes extranjeros. Nuestros informes dicen que una vez hospedó a un holandés. Y a un tal señor Schiller, de Viena. Y a uno o dos irlandeses.

Así era el servicio secreto, sospechaba que cualquier extranjero podía constituir un peligro, mientras dejaba que esos comunistas cometieran asesinatos delante de sus narices. Bueno, si iban detrás de unos irlandeses, el señor Roberts no tenía qué temer.

El inspector Pritchard vio la mirada de alivio en su rostro. No dijo nada y tomó otro sorbo de té.

—No sabe qué está diciendo cuando llama a los irlandeses extranjeros —dijo la señora Sacker—. Hablan el mismo idioma que nosotros. No está bien decir que son lo mismo que los italianos o los franceses. Y el señor *van Hoek* bien podría haber sido inglés por cómo lo hablaba. Se dedicaba al comercio de quesos, vino para estudiar nuestros métodos, me dijo. Yo misma siento debilidad por el queso holandés, me gusta el queso que sabe siempre igual.

El inspector Pritchard asintió con la cabeza, aunque antes se comería un trozo de caucho que un pedazo de queso edam.

—Entonces está usted segura de que el señor Roberts no es irlandés.

—Bastante segura, y para que vea que es inglés, le he visto el pasaporte, lo guarda en el primer cajón en su cuarto.

—Ahora está fuera, ¿verdad?

—Sí, está visitando a unos amigos por Navidad, al igual que otros tantos millones de ingleses del todo respetables.

—¿Puedo echarle un vistazo a ese cajón? ¿Para ver que ese pasaporte está ahí?

—Pues no. No sin una orden de registro. Pero para que se quede tranquilo, está allí, porque esta mañana le he subido una pila de ropa y he metido sus pañuelos en ese mismo cajón, y el pasaporte está allí. Así que no se ha dado a la fuga.

—Dígame, ¿por qué ha pensado que sospechamos que pudiera abandonar el país?

Se levantó de la mesa y fue a la cocina para mover la enorme tetera unos centímetros a un lado. Su porte era rígido, un efecto resaltado por el vestido recto, gris y con un largo pasado de moda. El inspector Pritchard supuso que su corsé era inflexible y estaba firmemente abrochado, aunque no sabía ni para qué se molestaba, las huesudas como ella no tenían necesidad de encerrarse entre ballenas, pues ya venían tensas de por sí.

—Si no, ¿por qué motivo querría saber si lleva con él su pasaporte?

—¿Tiene la dirección actual del señor Roberts?

—No, no la tengo.

—¿No le envía correo?

—No hace falta —y cerró la boca al decirlo.

¿Era porque le guardaba el correo o porque no recibía cartas?

—Disponemos de unos datos que nos llevan a pensar que el señor Roberts está relacionado con el movimiento fascista.

—Ser fascista no es un delito, que yo sepa.

—Las ideas políticas de un hombre son asunto suyo, estoy de acuerdo, pero cuando la política degenera en violencia, se convierte en asunto de la policía.

—¿Violencia? ¿El señor Roberts? Por favor... Si se hubiera visto en alguna acción violenta, yo lo sabría, y nunca lo ha hecho. Esa es la verdad.

—No estoy acusando al señor Roberts de ninguna acción violenta, pero al movimiento al que pertenece no le importa usar cualquier medio, incluida la violencia, para conseguir sus fines.

—Eso es lo que usted dice. No veo que ninguno de ustedes salga a detener a los rojos cuando hacen de las suyas. Es la gente como usted, que no para con lo de España y lo de Hitler, quien da auténticos problemas. Un ciudadano de cualquier país dispuesto a mantener a raya a esos bolcheviques merece nuestro apoyo.

El inspector Pritchard se levantó.

—¿Ni siquiera puede ayudarnos diciéndome qué lugar ha ido a visitar? ¿Ha ido al campo o a otra ciudad?

—Creo que ha ido a la costa del sur —dijo y retomó su refinado acento inicial—. Le acompaño fuera.

Su superior escuchó el informe de la visita del inspector Pritchard.

—Confirma las sospechas que teníamos sobre las simpatías de la señora Sacker. ¿Qué sabemos de ella?

—Solo que el nombre de su difunto marido era Sacher, no Sacker, y que era austriaco nacionalizado.

—Ah. ¿Cree que Roberts merece seguir siendo investigado?

—Creo que deberíamos seguir vigilándolo.

—Difícil, si no sabemos dónde ha ido. ¿Piensa que está en la costa sur?

—En absoluto. No a menos que haya caído en Hastings una nevada copiosa de la que yo no haya oído hablar. Vi una lata de cera en la cocina, y es del mismo tipo que usa mi hijo pequeño para sus patines de bota cuando sale de viaje para practicar deportes de invierno. Dígame, señor, ¿dónde se puede patinar sin salir del país? Aparte de en las pistas, que no creo que sea donde ha ido a pasar las vacaciones.

—Este invierno, casi en cualquier parte donde haya lagos.

—Exactamente. Podría ser Escocia, podría ser este lado de la frontera. Pero vi una postal con una foto del monte Helvellyn encima de la chimenea de la señora Sacker. Podría ser suya, o podría no serlo. De todos modos, ha ido a alguna parte del norte, de eso estoy seguro.

—No puede haber salido al extranjero, ¿verdad? Podría tener dos pasaportes.

El inspector Pritchard sacudió la cabeza.

—No, diría que está limpio. Espero encontrar todos sus papeles en regla, no aparecerá nada raro. Tratamos con un auténtico profesional, de eso no hay duda.

—Pues lo dejo en sus manos, entonces. Manténgame informado.

WESMORELAND

Capítulo 12

—¡Bueno! —Dijo *lady* Richardson cuando Perdita entró a todo correr en el comedor—. ¿Hay un incendio?

—Perdona, abuela —repuso Perdita mientras echaba un vistazo al aparador—. Tengo hambre y no quería llegar tarde.

Lady Richardson la miró por encima de la tetera de plata.

—Llegas tarde. No entiendo por qué, ya que no te ha llevado mucho tiempo arreglarte. Llevas pantalones de montar, por lo que veo.

—En cuanto desayune voy a los establos.

—Te quedan un poco grandes, ¿me equivoco?

Perdita se tiró de la cintura. La sostenía un cinturón de tela, un añadido necesario para unos pantalones que superaban en varios centímetros su talla.

—Son de la tía Trudie. No me entra ninguno de los míos. Me quedan pequeños. Estos, por lo menos, son largos, solo un poco anchos de cintura.

Alix entró en la sala, besó a sus abuelos y se unió a Perdita frente al aparador.

—Cielo santo, Perdy, ¿qué llevas puesto? Pareces un espantapájaros.

—Vaya, muchas gracias —repuso Perdita roja como un tomate.

Alix se habría querido morder la lengua al recordar de repente lo que significaba tener quince años, cuando cualquier comentario adverso parecía una crítica tremebunda.

—No me he expresado bien. Son los pantalones los que parecen de espantapájaros.

El daño estaba hecho. Perdita mantuvo la cabeza gacha mientras metía un enorme cucharón de plata en la fuente de gachas.

—Son de Trudie —intervino la abuela—. Al parecer, a la niña ya no le van bien los suyos.

El abuelo levantó la mirada del *Times*.

—Lo que a mí me parece es que Perdita necesita más ropa aparte del par de vestidos del que hablábamos. ¿De dónde saca Trudie su ropa de montar?

—Se la manda hacer. En Harold Simpkins, creo —contestó Alix, ya que la abuela no respondió.

—Muy bien. Que venga y le tome a Perdita las medidas para lo que necesite. No la podemos tener corriendo por el campo con pantalones grandes. Qué dirá la gente.

Era una frase típica del abuelo, especialmente divertida si se tenía en cuenta que siempre le había dado igual lo que cualquiera pensara de él o de su familia. La abuela, en cambio, sí que daba peso a lo que dijera la gente. No es que le importara su opinión, pero consideraba que atraer la atención sobre uno mismo era de mala educación.

—Mucha gente compra sus pantalones en Partridges —dijo Perdita mientras dejaba de mirar sus gachas—. Yo también podría. Sería más rápido.

—¿Ya hechos? —Preguntó la abuela—. No va a poder ser.

—Puede que no ajusten tan bien —intervino Alix—. Tienen que ser cómodos para cabalgar.

—Eso ya lo sé. Solo pretendo que no sea un trastorno.

—Ya ha quedado claro que tu vestuario necesita una puesta a punto —añadió el abuelo—. Ve a algún sitio elegante y cómprate lo que quieras. Que después me envíen las facturas.

—¿Qué Perdita vaya a comprar sola? De ninguna manera.

—No estoy sugiriendo que vaya sola. Alix puede acompañarla.

El rostro de la abuela parecía una máscara, su boca permaneció inmutable.

—Alix no tiene la menor idea de lo que resulta adecuado.

Alix se mordió la lengua para no replicar y mantuvo un tono de voz neutro.

—Si de lo que estamos hablando es de trajes hechos a medida, no creo que sea una cuestión de lo que es adecuado, más bien de lo que podemos encontrar de su tamaño, porque Perdita está muy alta. Una chica con suerte —añadió con la intención de arreglar el desafortunado comentario sobre el espantapájaros—. Hay mucha ropa que sienta mejor si eres alta.

—Pues eso —dijo su abuelo—. Va a llevar un buen rato recorrerse todas las tiendas. Hay que ir a Manchester, no encontraréis nada que merezca la pena más cerca. No querrás ir a Manchester, Caroline, no en esta época del año.

Ahí la había pillado. La abuela detestaba las multitudes, y una ciudad bulliciosa atestada de gente haciendo compras navideñas le parecía un infierno. Alix dio la espalda a la mesa y se acercó al aparador, levantando las tapas del siempre delicioso desayuno de Wyncrag. La que estaban montando porque a una colegiala se le había quedado pequeña la ropa. Llenó su plato a

rebosar de beicon, huevos, salchichas, tomates y setas. Hacía tiempo, cayó en la cuenta, que no se sentía tan hambrienta como entonces.

—Un plato generoso, sin duda —comentó su abuela cuando Alix se sentó a la mesa y desplegó la servilleta.

—¿Té o café, señorita Alix? —preguntó la doncella, de pie junto a ella con dos enormes cacharros de plata en cada mano.

—Café, por favor, Phoebe, y muchísima nata, si Perdita ha dejado algo.

Perdita terminó de echarse nata en las gachas y limpió con el dedo la gota que caía antes de pasársela a Alix.

—Devuélvemela cuando termines.

—Ya te has puesto más que suficiente nata, Perdita —espetó la abuela—. Es mala para tu complexión.

—Tampoco es que tenga ninguna complexión de la que hablar —repuso Perdita—. ¿No era nuestra madre esbelta y elegante? Me han dicho que parecía una foto del Vogue.

—Helena era una mujer sumamente elegante —contestó el abuelo desde detrás de su periódico—. Invertía en buena ropa, y a Neville le entusiasmaba verla con sus mejores galas. «Cómprate algo bonito» decía, y ella le hacía caso. Ropa, y joyas también. Le compró algunas piezas excelentes, y era un placer vérselas puestas.

—Helena era una mujer casada —repuso la abuela con frialdad—. Y americana —«Casada, bien; americana, mal», se dijo Alix para sí—. Por favor, pásame la mermelada, Alix. Perdita, ¿seguro que vas a tomar otra tostada?

—Sí —contestó Perdita mientras untaba una rebanada con una densa capa de mantequilla—. Tengo que coger fuerzas para salir a la nieve. Si no, podría morir congelada de frío y solo encontrarían un pálido cadáver en el hielo.

Enfundados en botas, chaquetas y gorros de lana, Alix y Edwin salieron remolcando el largo trineo. Era viejo, había pertenecido a su abuelo en su infancia y tenía aquellos extravagantes patines curvos de la época.

—¿Qué tal por el huerto de abajo? —Preguntó Alix—. Por la parte que desciende casi hasta el borde del lago, desde allí siempre ha habido un buen descenso.

—Cuando hayamos practicado un poco más —contestó Edwin—. Al principio estaremos oxidados, ¿cuándo fue la última vez que fuiste en trineo? Seguro que tendremos problemas con los árboles. Además, la diversión por

ahí consiste en saltar al hielo, y si lo hiciéramos, podríamos acabar empapados, por ahí es donde llega el arroyo al lago.

—Pues entonces vayamos por Pagan's Field —Alix lo cogió por el brazo y caminaron sobre la nieve en amigable silencio, el trineo resbalaba con suavidad tras ellos por encima de la capa helada.

—¿Qué pasa, Lexy? —Acabó por preguntar Edwin, que no dejaba de observarla—. Oí que habías roto con John. ¿Es verdad? No me escribiste, y no me gusta husmear en los asuntos ajenos. Eres muy quisquillosa, chica.

Le dio un cariñoso apretón en el brazo.

—El amor es el demonio, ¿no crees, Edwin? Se desea tanto... y cuando va mal, es el sabor más amargo de la tierra.

—¿Tan mal fue?

—Recogió sus cosas y se marchó, ya sabes. Jamás le gustó ser mi amante, le torturaba la conciencia. Sentía que la pureza de su alma estaba mancillada.

—Oh, Señor. ¿Por qué no te casaste?

—Casi lo hicimos, estábamos comprometidos aunque no fuera de manera oficial, pero no paraba de decir que el matrimonio era un sacramento para toda la vida, que unía cuerpo y alma aquí y en el otro mundo. Una cosa bastante espeluznante, la verdad. No era capaz de dar el paso, no cuando veía el matrimonio como un sacramento y no solo un anuncio en el Times, un chaqué con sombrero de copa, y un señor y señora de los que, a partir de entonces, había que intentar sacar lo mejor, como hace todo el mundo. A él le preocupaba lo que le sucedería a su alma inmortal si todo iba mal, como suele ocurrir en tantos matrimonios. Está mejor así, lo sé; habríamos sido infelices juntos... Los tres.

—¿Los tres? —Edwin se detuvo en seco y miró a su gemela con sorpresa—. Alix, ¿qué quieres decir?

—Que habríamos sido tres, eso es todo. Él, su conciencia y yo. No había sitio para los tres en la misma cama, a eso me refiero.

—Y su conciencia lo azuzaba tanto que te abandonó.

—Sí, por una criatura virginal de gran perfección; como ves, no podía competir.

—¿Alguien que conozcamos?

Su risa poco tenía de alegre.

—La Virgen María, tonto. Se ha metido en la iglesia, se ha hecho monje.

—Dios del cielo —repuso Edwin totalmente conmocionado—. Me parece que no conozco a nadie que quisiera convertirse en monje. ¿Un monje católico? Qué bien que lo mantuvieras lejos de la abuela, ya sabes lo que

opina de los católicos romanos. Bueno, confiemos en que estudiar minuciosamente su conciencia lo haga del todo infeliz. No era lo bastante bueno para ti. Me alegro también de verte otra vez con tu fea ropa vieja. ¿Ha sido tu manera de reaccionar a su abandono por intereses más elevados?

—Más bien. Me volví un poco loca en general. Pero no hablemos de eso, aún me hace sentir fatal. Háblame de ti. ¿Qué tal tu vida amorosa?

—Pues un infierno, ya que preguntas —Edwin se agachó y reunió dos puñados de nieve, a los que dio forma de bola y apretó.

Alix hizo otra pelota de nieve y empezó a darle vueltas.

—Tú haces el cuerpo y yo me encargo de la cabeza.

Edwin amontonó la nieve y empezó a darle palmaditas hasta que adquirió forma humana. Alix le puso encima la cabeza y le hizo una nariz con forma de patata.

Se apartaron y observaron la robusta figura blanca.

—No está mal —dijo Edwin—. Tendremos que buscarle un sombrero.

Alix rebuscó en el suelo apartando la nieve y logró encontrar dos piedras negras para los ojos.

—Y una zanahoria de la cocinera.

Edwin enrolló su bufanda alrededor del cuello del muñeco de nieve.

—Vas a coger frío sin ella.

—No, yo estaré sanísimo con tanto ejercicio, mientras que este pobre hombre debe quedarse quieto con este frío. Ya la recogeré cuando vuelva y veremos si hay alguna otra bufanda vieja por ahí.

—Sí que parece estar solo. ¿Le buscamos pareja?

Edwin se rio.

—¿Toda la suerte para él? Además, podría no gustarle. Mañana volveremos y le haremos un gemelo, le hará mejor compañía.

«Menuda pareja estamos hechos», pensó Alix, mientras cogían un atajo, subían por un muro de piedra seco, pasaban por encima el trineo y lo enviaban deslizándose por delante de ellos.

—¿Por qué es un infierno tu vida amorosa, porque ha salido de tu vida, porque es una arpía o porque ya está casada con otro, como por ejemplo, tu mejor amigo?

—Tú eres mi mejor amigo, Lexy. No, no está casada, no es una arpía y tampoco se ha ido. Es solo que no siente por mí lo que yo siento por ella.

El que besa y el que pone la mejilla, como había pasado con ella y John.

—¿Nos hemos visto? ¿La conozco?

Sacudió la cabeza.

—No.

—¿Me gustaría?

Hizo un gesto de impaciencia.

—Yo diría que sí. ¿Cómo voy a saberlo? Me gustaría que la conocieras. Le he pedido que suba, le he dicho que puede alojarse en las habitaciones del piso de arriba de mi estudio tanto tiempo como quiera. Pero no va a venir.

—Háblame de ella. ¿Cómo se llama?

—Lidia.

—¿Es guapa?

—Hermosa, no guapa. Tiene el tipo de rostro atemporal de los retratos, su apariencia no es moderna. Sonrió, después de conocernos. Se metió directamente en mi corazón y eso fue todo. Un amor atravesado y sangrante, como el de las canciones.

—¿Dónde la conociste?

—En el Instituto de Fotografía.

Alix sintió una punzada de celos; que suerte tenía Edwin al encontrar a una mujer que compartía su amor por la fotografía.

—¿Es fotógrafa?

—No, fregaba las escaleras.

—¡Edwin!

—No es una mujer de la limpieza, es una refugiada —dijo él con impaciencia—. Su auténtica profesión es la música, casualmente. Imagina cómo afecta a las manos de una clavicembalista tenerlas todo el día dentro de un cubo de agua.

—¿Clavicembalista? Un instrumento muy poco común —dijo Alix, sin querer insinuar a Edwin que encontraba algún problema, aunque ya detestara a aquella intrusa extranjera. ¿A quién le importaban sus manos?

Habían llegado a Pagans Reíd, una extensa pendiente de nieve virgen que crujía bajo sus pies. El trineo era lo suficientemente amplio para que se sentaran ambos, y lo remolcaron una y otra vez colina arriba y abajo. La carrera terminaba en una franja de suelo plano, por la que uno de los ríos de los páramos bajaba en meandros hasta el lago. Los matorros detenían el trineo a trompicones bastante antes de la ribera helada del río, que era poco más que un arroyo en aquel momento y discurría emitiendo destellos entre pequeños cantiles de nieve, socavados por la parte de abajo.

A veces alguno de los dos bajaba solo y se caía de bruces, con la cara a pocos centímetros de la nieve. Alix terminó en el suelo tras uno de esos descensos, y se quedó tumbada en la nieve riendo, olvidándose de la tal Lidia, ahora estaba fría, mojada y más contenta de lo que recordaba desde... desde Dios sabía cuándo; no recordaba cuándo era la última vez que se había caído así.

Edwin la ayudó a ponerse en pie.

—Si te quedas ahí, vas a constiparte, y ya sabes cómo detesta la abuela a quienes moquean.

Alix se sacudió la nieve.

—¿Por qué nunca está enferma?

—Tiene migrañas.

—Casi nunca, solo cuando se la saca de quicio de verdad, y como ella se asegura de que todo el mundo haga exactamente lo que desea, eso ocurre muy pocas veces.

Por un momento, Edwin dejó de hacer una enorme bola de nieve.

—¿Sabes que no se me había ocurrido nunca que le venían las migrañas cuando alguien le lleva la contraria? Debo decir que en cuanto Lipp empieza a arrugar el morro y murmurar sobre los pinchazos de *milady*, corro a cubierto.

—Tú puedes, por supuesto, huir a Lowfell. Y supongo que el abuelo se encierra en su estudio tal y como ha hecho siempre. Hay que decir a favor de la abuela que nunca busca comprensión cuando la tumban sus migrañas.

—Dicen que son terriblemente dolorosas.

—Pero admitir el dolor sería un signo de debilidad.

Edwin la miró fijamente a los ojos.

—Tú sabes de eso. Has heredado ese mismo estoicismo, solo que el dolor que no reconoces es el emocional.

Sorprendida, Alix esquivó su bola de nieve y empezó a hacer una propia. ¿Era eso cierto? No le gustaba pensar que podía parecerse a la abuela en nada. ¿Se negaba a admitir que sufría? Sí, probablemente sí, prefería lamerse las heridas a solas y alzar un muro entre ella y cualquier persona bienintencionada, por amable que fuera.

Le lanzó la bola a Edwin con una fuerza inusual, él protestó, se rio y se sacudió la nieve de los hombros.

—Bicho, más que bicho, se me ha metido por el cuello. Quédate ahí que te voy a dar a probar de tu propia medicina.

—Primero tendrás que cogerme —dijo Alix, mientras resbalaba y se deslizaba colina abajo para escapar de sus largos brazos.

Con los ojos y las mejillas relucientes por el esfuerzo, entraron en casa por la puerta de atrás y dejaron las botas en el pasillo de losas de piedra.

—Ahora subiré para recoger su ropa húmeda, señorita Alix —gritó Phoebe al pasar por la cocina con calcetines mojados, dejando un rastro de huellas.

Rokeby rondaba por el recibidor.

—Hay una carta para usted, señor Edwin, la han enviado desde Lowfell.

—Gracias —repuso Edwin, más preocupado por sus pies fríos que por cualquier carta. No esperaba que fuera de Lidia, y nada que no fuera ella podía suscitarle el menor interés.

Perdita llegó trotando al recibidor, con la cara roja por el aire frío y la indignación.

—Jo —dijo—. El abuelo estaba hablando de los Grindley, porque Rokeby dice que Roger y Angela ya están aquí, y yo dije que me preguntaba si habrían sacado ese horrible hurón disecado que tienen en el retrete del piso de abajo, porque Angela montó jaleo la última vez que estuvieron en el Hall, y la abuela me oyó y la tomó conmigo que no veas. ¿Pero por qué es tan terrible mencionar un hurón disecado?

Alix no prestaba mucha atención a Perdita; estaba demasiado ocupada observando la cara de Edwin mientras leía la carta.

—Me trata como a una niña; no sé por qué. Alix, no estás escuchando ni una palabra de lo que digo.

—Eres la última de la camada —dijo Alix—. La última de todos los hijos y nietos que han vivido aquí, bajo su yugo. No durará otra generación, nosotros no traeremos aquí a nuestros hijos, así que la abuela aprovecha al máximo el poder que aún le queda antes de que se desmorone del todo.

—Edwin podría vivir aquí. Cuando el abuelo muera, aunque yo apostaría a que va a vivir para siempre, y espero que lo haga.

—¿Ves a Edwin viviendo en Wyncrag sin el abuelo si la abuela siguiera viva? No lo hará si le queda un gramo de sentido común. Edwin, ¿no son malas noticias, verdad? Parece que te has quedado de piedra.

—No, no, no son malas noticias en absoluto —Edwin metió la carta de nuevo en el sobre y se volvió hacia Rokeby, que lo estaba esperando.

Se le encendieron los ojos de alegría; ¿qué decía la carta para que tuviera aquel aspecto?, se preguntó Alix.

—Tengo que enviar un telegrama. Urgente.

—¿Por qué está tan emocionado? —Le preguntó Perdita a Alix mientras Edwin se apresuraba hacia la biblioteca—. Se ha quedado blanco. ¿Sabes de

quién era la carta? Tú también pareces un poco pálida.

—¿Ah, sí? Será el efecto de la luz. Pregúntale luego a Edwin, me parece que ahora no quiere que lo molesten. —Debía de notarse, pensó, la expresión dura de los celos, el saber que quienquiera que hubiera escrito aquella carta— Lidia, seguro, —estaba cerca de Edwin de un modo en que ella, su gemela, jamás podría estarlo. Y que, con aquella nueva relación, se crearía una distancia más entre ella y su hermano. Algo difícil de aceptar, tras casi veinticinco años. Había llegado a convencerse de que algo así jamás ocurriría, dado que las novias entraban y salían de la vida de Edwin, y ninguna había sido jamás nada especial.

¿Se había planteado por un instante cuan excluido se debía de haber sentido Edwin en los últimos años, cuando ella había estado tan ensimismada en su propia relación amorosa? No creía que le importara, tenía su trabajo, sus propias aficiones, y pudiera ser que con ese extraño don que compartían para saber cómo se sentía el otro, adivinara, incluso antes que ella, que John la dejaría, que no iba a convertirse en parte de su vida.

Esa misma conexión entre ellos le hizo darse cuenta de que Lidia no era como sus otras novias. Había tenido aventuras y amigas, e incluso un romance algo más serio, pero ninguna le había robado el corazón de la manera en que lo había hecho esta mujer. Si así fuera, enamorarse de ella supondría una diferencia tremenda para Edwin, y por lo tanto, también para ella.

Una refugiada. ¿Qué tipo de refugiada? Pensó en los rostros inexpresivos y borrosos que se veían en las fotos de los periódicos, cargamentos desembarcados o bajados de un tren. Rostros inexpresivos porque estaban más allá de la desesperación. ¿Por qué experiencias habría pasado Lidia, qué le habría ocurrido a su familia, a sus amigos? ¿Lloraría por una vida perdida en otro país, era ese el motivo por el que no quería a Edwin, acaso se le había agotado la capacidad para desarrollar nuevos sentimientos?

¿Y por qué Edwin se había enamorado tan perdidamente de ella, y por qué razón ella lo rechazaba? Consideraba cruel negarse a casarse con él para después escribirle cartas que le iluminaban la mirada y lo hacían correr a enviar telegramas. A lo mejor Lidia iba a venir al norte, después de todo. Y eso estropearía la Navidad y el lago helado, para todos. Para ella, porque anhelaba tener a Edwin sin compartirlo con nadie. Para la casa entera, si Lidia resultaba ser tan inadecuada como parecía que lo era. Nadie había más intolerante que la abuela, nadie menos feliz de aceptar a un desconocido como marido o esposa para cualquiera de su familia.

Edwin pasó volando por el recibidor, sus zapatos sonaban en el suelo.

—Salgo a la oficina de correos.

—Vamos —respondió Perdita con rapidez—. ¿A que sí, Alix? Quiero ver el hielo desde el otro lado del lago.

—Pues daos prisa —dijo Edwin—. No tengo un momento que perder.

Alix se sentó con él en el asiento de delante, y Perdita se apretujó en el pequeño espacio tras los asientos.

—Pero qué incómodo es esto, tendrías que buscarte un coche más grande.

Edwin se concentró en sacar el coche sin incidentes por el hielo que acechaba a la entrada del camino, y por la estrecha y enrevesada carretera comarcal que conducía hasta el *ferry*.

—Iba a pedirlos que me acompañarais las dos mañana a Manchester. Tengo cosas que hacer allí y vosotras pensabais salir de compras. Pero si vas a ponerte grosera con mi coche, retiro la invitación, Perdy.

—Me encantaría ir a Manchester, y Úrsula no llega hasta el viernes, así que mañana sería perfecto —contestó Perdita—. ¿Pero no podemos coger un coche decente, por favor? Me voy a quedar hecha un cuatro para siempre si voy hasta Manchester así, solo serviré para las paradas de monstruos.

Un carretero que venía en la dirección contraria detuvo su caballo para decirle a Edwin que el *ferry* no funcionaba.

—Está helado y duro como una piedra, no vale la pena romper el hielo para sacar el barco, ya no. Tendrá que dar la vuelta por la parte ancha del lago, señor Edwin.

Edwin le dio las gracias, maldijo y dio la vuelta con cuidado en una entrada con numerosos surcos sobre el barro helado.

Media hora más tarde, cruzaban el puente y aparcaban fuera de la oficina de correos. Sus hermanos sacaron a Perdita de aquella incómoda posición y ella se quedó junto al coche sacudiéndose como un caballo.

Edwin desapareció en la oficina. Alix y Perdita se acercaron a la orilla del lago. Había unos pocos e intrépidos patinadores sobre el hielo, aunque no se aventuraban más allá de las barreras de cuerda en las que colgaban las señales de «PELIGRO, HIELO FINO». Una tropa de niños se deslizaban extasiados sobre la superficie helada, bajo la atenta mirada del agente Ogilvy. Perdita le saludó con la mano, y él patinó hasta ellas con elegancia.

—Hola, Jimmy. ¿Cómo se está portando el hielo?

—Estupendamente, señorita Perdita.

—¿Podremos cruzar el lago entero patinando?

—Cuando quiera, siempre y cuando vaya con cuidado y no pase por las zonas por donde desemboca el Wyn, nunca hiela bien por allí. Quitaré esos carteles mañana por la mañana. Calculo que ahora ya se aguanta y que se mantendrá sólido una buena temporada. Nadie prevé un deshielo en breve.

Edwin salió de la oficina de correos.

—Listo —dijo satisfecho. Se fijó en la cara de Alix—. ¿Tienes frío, chica? Te has vuelto blanda después de tanto tiempo en Londres.

Capítulo 13

Hal no reconoció al chofer.

No esperaba que el coche fuera el mismo pero ¿quién era el hombre de pie junto al reluciente Delage? ¿Qué había sido de Wilbur? Aún era joven, tenía la edad de Hal, había sido compañero de infancia y adolescencia en sus primeras excursiones páramo arriba, a las minas de plomo y al lago. Y el uniforme, ningún chofer de Grindley había llevado jamás un uniforme como aquel excepto en las ocasiones más formales. ¿Era la llegada de Hal a la estación una ocasión formal? No se lo parecía. Con todo, allí estaba, un hombre moreno de cándidos ojos marrones que se llevaba la mano al sombrero y le preguntaba, en un acento que no tenía nada del norte de Inglaterra si era el señor Henry Grindley.

Eso lo sobresaltó. Nadie lo llamaba Henry desde hacía más de quince años, y antes de aquello tampoco lo hacían muy a menudo; solo los directores de escuela y los extraños. Había sido Hal para todos desde que era un bebé.

El chofer ayudó al mozo a cargar el equipaje de Hal en el maletero de su coche. Después abrió la puerta de atrás, le saludó y ocupó su puesto tras el volante.

Le resultaba extraño encontrarse en un entorno tan familiar sentado en la parte trasera de un coche conducido por un hombre uniformado de gris en vez de ser el copiloto de Jerry Wilbur o, incluso, en vez de ser él su propio piloto.

Se inclinó hacia delante.

—¿Cómo se llama?

—Parsons, señor.

No le creyó, pero lo dejó pasar.

—¿Dónde está Wilbur?

—No lo sé, señor.

—Pero sí sabes quién es Wilbur.

O era, ¿le habría pasado algo y nadie se había molestado en comunicárselo? Nanny le habría escrito sobre ello, le escribía cartas con cierta regularidad, si bien la mayoría eran indescifrables, con una caligrafía endiablada. Ahora que lo pensaba, las cartas recientes mencionaban cambios en el Hall. Esos cambios, corrigió, no habían sido para mejor, al menos no

según Nanny. Dado que era una mujer terriblemente conservadora de la cabeza a los pies, no había prestado demasiada atención a sus quejas. La nueva esposa de Peter habría tenido que introducir algunos cambios, las nuevas esposas los hacían siempre. Lo había visto a menudo en el caso de las nuevas esposas en Estados Unidos, donde sus amigos de ambos sexos se metían y salían de los matrimonios con una facilidad asombrosa.

—Sí, he oído hablar de Wilbur. Era el anterior chofer.

Así que Wilbur se había marchado. Hal se sintió consternado por un instante; ¿cuántos quedarían de sus otros amigos? No se le había ocurrido pensarlo, pero quince años era mucho tiempo para esperar que todo siguiera igual. Él había cambiado hasta el punto de no ser reconocible, así que no podía esperar en serio que en Grindley Hall siguiera todo como estaba. Qué infantil, y qué infantil era también su decepción por no ser recibido por Wilbur.

—¿De dónde es? —le preguntó al chofer.

—De España. Soy español.

Mejor no seguir preguntando. El hombre podía ser un republicano o un seguidor del general Franco, y Hal no tenía ganas ni de curiosear ni de ofender. Raro que no hubiera preferido quedarse para luchar por cualquiera de los bandos.

—No pertenezco a ningún bando —dijo el hombre como si le hubiera leído el pensamiento a Hal—. Tengo familia, tíos, hermanos que luchan en ambos bandos, este odia a los curas, aquel otro apoya a Franco hasta la muerte. Así que me fui. Es mejor, así por lo menos a mi madre le quedará un hijo para que la entierre cuando se haga vieja y se muera, un hijo que no está loco ni pelea para locos.

—Así que ahora trabaja en Grindley Hall.

El hombre se encogió de hombros expresivamente.

—Suerte tengo de tener trabajo. —Se calló por un instante, después estalló en una inesperada y contagiosa carcajada—. Me siento como en casa. En España, mi familia pelea entre sí. Aquí, en la fría Inglaterra, he descubierto que las familias también pelean entre sí.

Hal no quería saber más. Se reclinó en su asiento, mirando el atardecer, y el español, probablemente arrepentido de su arrebato verbal, se quedó callado mientras conducía con pericia por las carreteras invernales. Estaba a media hora de la estación, pero le parecieron solo minutos cuando entró por la puerta corredera al Hall, con los grifos de piedra de Grindley apostados a cada lado de la puerta. Hal sugirió una vez que un par de váteres serían el mejor

emblema para la familia, pero nadie lo encontró divertido. Grindley no asumía bien el humor que versaba sobre la fuente de su riqueza.

El camino de entrada estaba más arreglado de lo que lo recordaba, la nieve había sido barrida de la gravilla que crujía sonoramente bajo los anchos neumáticos. Hal levantó la vista hacia la familiar fachada de la casa en la que había nacido, sin estar convencido de si sentía placer o tristeza por volverla a ver. La enorme puerta principal se abrió de par en par cuando llegó el coche, y una doncella vestida con un traje negro formal y delantal y cofia almidonados salió para esperarlo encima de los escalones de entrada.

Hal tampoco la reconoció, ni a ella ni su elegante uniforme. Las doncellas del Hall de su época eran un grupo diferente, convenientemente vestidas con uniformes de mañana o tarde, pero jamás tan esbeltas y estiradas como aquella señorita. Miró directamente a Hal y le dijo al conductor que llevara el coche a la parte de atrás y descargara el equipaje del caballero inmediatamente.

—La señora Grindley se encuentra arriba, descansando antes de la cena —informó a Hal mientras la seguía por el recibidor de ajedrezado blanco y negro—. El señor Grindley llegará a casa a las seis y media. El té está servido en la sala, el señor y la señora Roger Grindley están allí, acaban de llegar. Es por aquí.

—Gracias, sé por dónde es —repuso Hal. Cruzó el recibidor y abrió la fina puerta blanca que daba a la sala. Se detuvo en el umbral, mientras miraba a su alrededor con sorpresa. Había algo diferente en el recibidor, pero no había sabido decir qué. En ese momento se dio cuenta, ¿dónde estaban todos los animales disecados?

La sala ocupaba un lateral de la casa desde la parte de delante a la de atrás, una estancia larga, ancha y con ventanas que daban a la terraza. Habían desaparecido los pesados damascos, la alfombra estampada, los voluminosos sillones y sofás; estaban, con casi total seguridad, donde el oso disecado con una bandeja en las patas, varias cabezas nobles de venados, la pareja de armiños que se miraban el uno al otro desde dos ramas, una lechuza perpleja, y el zorro con la cabeza vuelta como sorprendido de descubrir a los sabuesos.

El suelo del parqué brillaba a sus pies. Había delicadas alfombras persas distribuidas aquí y allá. Dos profundos sofás con sencillas fundas rosa oscuro enfrentados junto a la chimenea, además de otros asientos en tonos más pálidos de frambuesa que tenían un aspecto profundamente incómodo.

—Dios Santo —dijo sin poder contenerse—. El diseño de interiores ha llegado a Grindley Hall. No me lo puedo creer.

Su observación fue recibida con una carcajada y miró hacia el sofá, donde una mujer alta y rubia, aún riendo, se levantaba tendiéndole sus brazos.

—¡Hal, querido! Qué aspecto tan distinguido tienes, no te habría reconocido.

—Angela —dijo, y la besó con cariño en ambas mejillas. Le sorprendió descubrir las arrugas alrededor de sus ojos. ¿Qué edad tenía? Cuarenta y tantos, pero el aspecto cansado de ojos y boca no se debía solo a los años. Aquello debía de ser tensión, no edad. Bueno, estar casada con Roger difícilmente podía considerarse un lecho de rosas.

—Me alegro de verte, Hal —dijo su hermano.

Roger no había cambiado, pensó Hal al estrecharle la mano. Estaba más gordo, pero era suficientemente alto para no parecer aún obeso. La principal diferencia residía en su aire de prosperidad y éxito; la imagen que le habían otorgado sus ascensos en la abogacía. Recordó vagamente una frase de una de las cartas de Nanny.

—¿No eres abogado de la Corona ahora, Roger?

Roger asintió, y su ancho y atractivo rostro denotaba satisfacción.

—Obtuve el rango hace más de cinco años. Pensé que Peter te lo habría dicho.

—Es que viajo tanto —repuso Hal disculpándose. Tendría que haber escrito, por supuesto, debería haberlo hecho, pero nunca escribió a sus hermanos. Y por supuesto, convertirse en abogado de la Corona era un gran paso para un abogado, aunque aquello no le resultaba especialmente importante visto desde su mundo del teatro al otro lado del Atlántico.

Una mujer mucho más joven que Angela, pero con la misma bella complexión, estaba de pie junto a la ventana.

—¡No puedes ser Cecy!

—Lo soy. Hola, tío Hal.

—Cielo santo, Cecy. La última vez que te vi eras solo piernas y coletas.

Se hizo el silencio. Angela lo rompió con un interrogatorio cortés sobre su viaje: vaya época del año para hacer frente al golfo de Vizcaya; ¿había sido muy duro?; ¿se había quedado en Londres?, Peter les había dicho que su barco llegaba hacía dos días; ¿le había enseñado alguien su cuarto?

—No le di oportunidad a la doncella —repuso Hal—. ¿Qué le ha pasado a Wilbur, Roger?

—¿Wilbur? Ah, el chofer. Se metió en el ejército, creo. Eve encontró a este hombre que tienen ahora, es extranjero, si por mí fuera no lo habría empleado, parece más bien un rufián. De todos modos, Eve dice que es barato

y conduce muy bien. Peter le deja la cuestión del servicio. Ya verás que ha habido muchos cambios por aquí. Era inevitable, después de tantos años.

De nuevo, se hizo un silencio. A Hal se le pasó por la cabeza que la tirantez en el ambiente no se debía a su llegada. La bandeja del té seguía intacta en una mesa baja junto al fuego. Fuera lo que fuera lo que la familia de Roger había estado haciendo, no era tomar una taza de té de bienvenida tras un largo viaje en coche. Reparó en que Cecy estaba ansiosa por abandonar la estancia y se deslizaba discretamente por detrás de los sofás hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Cecy? —preguntó su padre secamente.

—Arriba. A vestirme. Hay que planchar mi vestido, tendré que pedírselo a la doncella. No sabe cuál me voy a poner esta noche —y diciendo eso salió disparada hacia la puerta hasta desaparecer.

—Niños —gruñó Roger—. No te has casado, ¿no, Hal?

—No —repuso Hal.

—Son el mismo demonio. Al principio son todo sonrisas y hoyuelos y casi no molestan a nadie, pero al minuto siguiente causan infinidad de problemas. Te veré en la cena, entonces —añadió mientras se dirigía a la puerta.

—¿Qué está tramando Cecy? —le preguntó Hal a Angela, que se había vuelto a sentar. Cogió una revista de papel cuché y empezó a hojear las páginas—. ¿Es que mi sobrina ha elegido a algún hombre indeseable?

—Eso sería sencillo de arreglar —contestó Angela—. Los novios inadecuados son un juego de niños en comparación con la elección de carrera universitaria, al menos en lo que a Roger respecta.

—¿Carrera?

—Ni preguntes. Medicina, me temo.

—¿Cecy quiere recibir formación médica? ¿De médico? ¿No de enfermera? Perdona, la pregunta sobra siendo tu hija. Bien por ella.

—Estoy de acuerdo contigo, pero a Rover jamás le gustó la idea, y sabe que Peter se va a meter con él piensa que es demasiado blando.

—¿Interpreto que Peter ejerce de cabeza de familia?

—Es un papel que cada vez desempeña con más intensidad —dejó la revista otra vez en la mesa y se levantó—. Bueno, me tengo que ir a vestir.

—Dime una cosa —preguntó Hal—. ¿Qué ha pasado con las fieras?

—¿Las fieras?

—Los animales disecados.

—Ah, los armiños y todos esos pobres ciervos de ojos tristes. A Eve no le gusta estar rodeada de animales muertos. Así que los descolgaron y los

sacaron. No puedo estar más de acuerdo. Había un hurón con cara de malo posado en el guardarropa del piso de abajo. Cuando le dije a Peter que le revolvió las tripas, no me habló en una semana. Pero yo tenía razón. Tenía la costumbre de desaparecer allí durante horas, con la pipa y el periódico. Ya no lo hace y ha perdido ese aspecto estreñido que tenía.

Hal le abrió la puerta. Atravesaron el recibidor, se abrió la puerta principal y entró a grandes zancadas una colegiala con la cara colorada y un grueso abrigo azul marino, una mochila colgada al hombro, y un palo de *hockey* en una mano y un hinchador de bicicleta en la otra. Entró gritando a Simón que ya podía ir bajando y pedir disculpas por haberle cogido su hinchador, el que funcionaba, y habérselo cambiado por el suyo malo, que vaya jugarreta le había hecho, concluyó con un alarido triunfante.

Se detuvo, cogió aire, los vio allí de pie y se dirigió hacia ellos.

—Tía Angela, ya estáis aquí. ¿Ha venido Cecy? Qué tarde llego, y todo porque se me ha pinchado una rueda y el mal bicho de Simón cambió los hinchadores. —Miró a Hal con interés nada disimulado.

—Este es tu tío Hal, Úrsula.

Hal miró a la chica con más atención. Así que esa era la pequeña de Peter. Claro que sí, pensó con una punzada repentina. Claro que sí: ahora que su cara recuperaba el color natural, veía perfectamente el parecido.

—Eres clavada a Delia —dijo.

De repente sintió un golpe de aire helado a su espalda cuando la puerta principal se abrió y se cerró de nuevo, y se dio la vuelta para ver a su hermano mayor observándolo con ojos fríos mientras se quitaba los guantes de cuero.

—Ese es un nombre que en esta casa ya no se menciona —dijo Peter sin más—. Úrsula, ¿qué haces todavía con la ropa del colegio? Sube a tu cuarto y cámbiate inmediatamente —se volvió hacia Angela—. Vaya, veo que Roger ha llegado.

—¿No vas a decirle hola a Hal? Hace dieciséis años que no lo ves.

A juzgar por la expresión de Peter, habría pasado gustoso otros dieciséis más sin ver a su hermano pequeño.

—Tienes muy buen aspecto —comentó mientras se alisaba el cabello ralo con una mano y observaba el de Hal, corto pero innegablemente denso.

—Tú también, Peter. Me alegro de volver a verte —comentario que era cierto, a pesar del aura de la hostilidad apenas controlada que parecía desprender su hermano.

—He establecido la regla inquebrantable —iba diciendo Peter en voz alta — de que bajo ningún concepto se debe hablar de Delia, especialmente

delante de los niños. Por lo que a ellos respecta, podría estar muerta. Se le ha prohibido tener ningún contacto con ellos, con el total consentimiento de los tribunales, debo añadir. Son conscientes de lo perversa que ha sido y no tienen el más mínimo interés en relacionarse con ella. No debería explicártelo, cualquiera con un mínimo de tacto... Bueno, es de suponer que en América es todo distinto.

—Sí, allí hay muchos más divorcios, sin duda.

Peter dio un respingo al oír aquella palabra.

—Eso los llevará a su ruina. Es monstruoso todo lo que consiguen las mujeres hoy en día, va contra la naturaleza y contra cualquier sentimiento noble. Esas llamadas mujeres modernas no son más que putas. Perdona, Angela, no es una palabra que debiera usar delante de ti.

—No es una palabra que debieras usar para referirte a tu exmujer —dijo Angela por lo bajo cuando pasó a su lado en dirección a las escaleras.

Hal no tenía muy claro qué nobles sentimientos podía albergar Peter, y quedó profundamente escandalizado al oír hablar de su antigua cuñada en términos tan duros. Se contuvo. Estaba allí por el lago helado, nada más, y evitaría —en la medida de lo posible— discutir con cualquiera de sus hermanos.

Pensó en sus dos hermanos mientras seguía a la doncella por la elegante escalera. ¿Por qué se había casado una mujer como Angela, tan inteligente y, a ratos, cáustica, con su hermano Roger? Había sido guapo, eso pudo influir, y a lo mejor su prometedora carrera en la abogacía hacía prever que sería un hombre de mundo. Resultaba aún más sorprendente que el ultraconvencional Roger se hubiera enamorado de una médico entre todas las personas posibles. Roger nunca había visto con buenos ojos el voto femenino. Jamás había mantenido en secreto su opinión.

Tal vez Angela hubiera pensado que podría continuar con su profesión después de casada, y a lo mejor había abandonado su trabajo en contra de su voluntad, a pesar de disponer de toda la ayuda que necesitaba en la casa y con los niños. Debía de saber que después de tantos años, sería casi imposible recoger los jirones de su carrera médica. No digamos lidiar con la hostilidad de Roger.

Hal sabía perfectamente que Roger siempre se salía con la suya, no por la fuerza, como Peter, sino siendo desagradable de continuo. Al verse enfrentada con el mal carácter y la grosería de su marido respecto de su lugar en la sociedad, el hogar y su probable incompetencia si regresaba a su profesión, Angela había elegido sin duda el camino más tranquilo.

Solo Cecy se había escapado a sus planes; y estaba claro que eso a Roger le repateaba y lo contemplaba como una traición.

—Le será asignada una de las doncellas, señor, dado que no ha traído su propio ayudante —dijo la doncella mientras le mostraba la habitación roja—. La cena es a las ocho y media, a partir de las ocho se sirven bebidas en la sala.

Confiaba en que le dieran su antigua habitación, arriba en el último piso, con ventanas que daban detrás del muro, pero la doncella lo condujo hacia la habitación roja de la primera planta. Siempre había sido la habitación de invitados, pero la última vez que había estado allí, era una habitación con la pátina de los años y algo ajada. Ahora la pintura relucía, y la estancia tenía un aspecto limpio, ordenado y coqueto. El papel de la pared con dibujos de rosas hacía juego con el edredón, las sillas, los cojines y la alfombra bajo la cama. Hizo una mueca al recordar el batiburrillo de muebles y las cortinas de damasco rojo descolorido de antaño, así como la colección de animalitos de porcelana encima de la chimenea.

Cogió una de las espesas toallas del lavamanos, un color crema, la otra verde, y fue a buscar un baño vacío.

—Me preguntaba cuándo encontrarías tiempo para subir un momento y venir a verme —dijo Nanny.

Hal, al que le gustaba solazarse en la bañera, había acortado su baño y se había vestido a toda prisa para subir las escaleras de dos en dos y llegar a los dominios de Nanny.

—No te habría gustado que subiera cubierto de manchas del tren —le dijo agachándose para darle un abrazo. No era una mujer pequeña, pero ahora le parecía que le sacaba una cabeza. Estaba convencido de que no estaba tan encorvada cuando se marchó.

—Más de quince años, y eso es mucho tiempo a mi edad, mis huesos ya no son tan fuertes como eran —comentó—. Le digo a mi médico que mis huesos hagan lo que quieran mientras conserve los sesos, y hasta el momento, los conservo. Y tú te habrás estado asomando por la ventanilla del tren para ponerte perdido, ¿cuántas veces te he dicho que no hagas eso? Un hombre perdió una vez la cabeza al meterse el tren en un túnel, ¿quién dice que no puede volver a ocurrir? Ahora siéntate, tenemos diez minutos antes de que debas bajar, y no puedes llegar tarde, pues la señora Grindley, como debemos llamarla, aunque se me atraganta, se enfada si la gente llega tarde. Se enfada por casi todo, de eso ya te darás cuenta tú solo. Que no te engañe, tiene una

voluntad de hierro, toda su belleza es como esas ramitas que se ponen los soldados en los cascos.

—Camuflaje.

—Sé como se llama, señorito Listo —le respondió con rapidez.

No pudo evitar sonreír al escuchar su antiguo mote de niño. Peter era el señorito Malgenio y Roger, el señorito Deslenguado cuando Nanny se enfadaba con ellos.

—¿A quiénes has visto? —Sus nudillos podían parecer demasiado grandes para sus manos, y su pelo estar cano y ralo, pero su voz era queda y segura, y aquellos ojos azul claro, tan amables como siempre.

—A Angela, y a un par de encantadoras sobrinas.

—Cecy y Úrsula. Menuda picara está hecha esa.

—¿Úrsula? Se parece a su madre, ¿verdad?

—Mayor desgracia aún. No le facilita la vida en absoluto, déjame que te diga. ¿Y tus hermanos?

—Bueno, los he visto a los dos, y he enfadado a Peter porque he mencionado el nombre de Delia, y he inquietado a Roger porque he aludido a que tiene una hija inteligente.

—Imagínate, Cecy doctora.

—Ella también se parece a su madre.

—No me gustan las mujeres médicos. Nunca me han gustado y nunca me gustarán. Con todo, hay quienes las prefieren, ¿y quién dice que no tienen derecho a elegir?

—Bueno, Nanny, si va a estallar la guerra, necesitarán todos los médicos que puedan conseguir.

—No va a haber otra guerra. Y no vayas por ahí sugiriendo que sí va a haberla o el señor Peter se pondrá aún de peor humor. No piensa consentir ninguna conversación belicista en el Hall, esas son sus palabras exactas.

Típicos de Peter los edictos como ese. ¿Adoptaría esa misma conducta en el trabajo? Hal lo dudaba. La guerra traía contratos gordos, y Peter no se pondría el último de la cola para eso.

—El señor Peter confía en que los alemanes mantendrán controlados a los bolcheviques —dijo Nanny, y su tono era de clara aprobación; detestaba a esos rojos, como ella los llamaba.

—Papá no tiene ni idea —dijo una voz clara y juvenil desde la puerta—. Hola, Nanny. ¿Me puedes abrochar el vestido? —Úrsula entró en la habitación con una mano a la espalda aguantándose un vestido verde más bien poco favorecedor—. Hola otra vez, tío Hal. Me imaginaba que estarías aquí,

informando a Nanny. Querrá saber todo lo que has hecho desde la última vez que la viste.

—Diría que eso va a llevar algo de tiempo —contestó Hal.

—Esa lengua, Úrsula —Nanny le abrochó los últimos botones y Úrsula se enderezó—. Cinco minutos para ponerme al día —dijo Nanny. Y después añadió dirigiéndose a Hal—: No salgo mucho últimamente. Úrsula es mis ojos y mis oídos.

—Bueno, Nanny, el hielo aguanta —dijo Úrsula mientras se sentaba en un puf que dejó escapar una especie de silbido cuando se hundió en él—. Eso es lo más importante. Antes de que termine el fin de semana estará todo el mundo patinando por el lago, eso es lo que dicen.

Hal se apoyó contra una cómoda, demasiado grande para la habitación, una pieza de mobiliario que supuso que Nanny se había apropiado de otra parte de la casa. Úrsula tenía el color de Delia, además de los rasgos y la voz de su madre: pelo del color de una escotilla de cobre, ojos azul intenso y una cara pálida. Hasta sus manos eran las de Delia, advirtió cuando se metió un mechón de cabello detrás de la oreja.

No pudo seguir con su avalancha de noticias. La gente de la que hablaba eran en su mayoría extraños. Hasta que le contó a Nanny las noticias de Wyncrag.

—Perdy ha vuelto, regresó anoche de la escuela. Llegó tarde a cenar, y *lady* Richardson la despedazó, le dijo que no debería estar fuera en un coche con Edwin, su hermano, y yo pregunto, ¿por qué no?

—*Lady* Richardson tiene sus motivos —respondió Nanny—. ¿Ha llegado ya Alix?

—Ah, sí, vino en tren, el mismo tren en el que has debido de llegar tú, tío Hal. Si hubiera esperado un día, habríais podido llegar juntos. Aunque tal vez no la reconocieras después de todo este tiempo. Tiene un aspecto increíblemente elegante. Al parecer, Nancy, *Lady* Richardson está más seca que un palo con ella, y Perdy ya anda metida en líos.

—¿Qué ha hecho Perdy? —preguntó Nanny.

—Ha crecido.

—Ponedme al día —dijo Hal—. ¿Quién es Perdy?

—Perdita Richardson —contestó Nanny—. De tu época. Tendrías que acordarte, te lo conté todo en las cartas. La más pequeña de Helena, la que nació justo antes de que Helena e Isabel murieran en Estados Unidos. En un accidente de coche, una tragedia terrible. Seguro que te acuerdas. No fue mucho después de que te fueras.

—Sí —le había escrito a *lady* Richardson y había recibido una carta breve y seca en la que le agradecía las condolencias—. Debió de quedar destrozada, perder a su hijo poco antes y después a su nuera.

La cara de Nanny adoptó una expresión rigurosa, con los labios apretados, una mueca que recordaba a la perfección de su infancia, la cara que decía «Y hasta aquí hemos llegado, de ese tema no voy a decir ni una palabra más».

Capítulo 14

«Otra velada asquerosa».

Así la describió Úrsula en su diario aquella noche.

«Nadie excepto tía Angela parece alegrarse de ver al tío Hal, tiene que ser horrible para él volver a casa y encontrarse con que se le trata igual que a un perro callejero. Sabía que Eve se comportaría del modo más altanero posible con él, ya se quejó a papá de lo incómoda que resultaba la visita de Hal justo ahora que Rosalind está a punto de ponerse de largo, pues ahora menos que nunca necesita que se la relacione con personajes dudosos. Con más personajes dudosos, querrá decir. No creo que el tío Hal tenga ni idea de por qué papá quería que viniera al Hall. Yo creo que solo ha venido por el lago helado, si no, ni se hubiera acercado. No creo que papá y Roger tarden en empezar a agobiarlo con lo de las acciones. Creen que yo no tengo ni idea de ese asunto, si no lo creyeran, no hablarían del tema tan alegremente. Y a Eve le da una rabia terrible que necesiten el consentimiento de Hal para vender, lo trata como un ser inferior por su trabajo de actor. ¿Se puede ser más anticuada? Algunos actores son espléndidos. No creo que el tío Hal lo sea, porque en ese caso habríamos oído hablar de él, pero tampoco tiene pinta de pelagatos, que es como Eve parece verlo. En mi opinión, diría que las cosas le van fenomenal, tiene el aspecto de alguien a quien le importa un rábano lo que la gente como Eve pueda opinar. Y en su mirada hay un aire burlón, como si encontrase divertida esta situación. Ojalá yo también la encontrara».

Capítulo 15

Hal dio un paseo hasta Wyncrag después del almuerzo. Parte del camino lo anduvo acompañado por Angela y Cecy, que se dirigían al pueblo, pues Cecy quería comprarse allí unos patines nuevos. Fue un paseo lento debido a la abundante nieve, pero a Hal le mejoró el ánimo poder respirar aquel aire puro y frío y ver los brillantes picos recortados contra el cielo azul de invierno. Cada muro de piedra, cada campo y cada árbol le resultaban familiares; los años transcurridos se desvanecieron y volvió a los días de su juventud, ansiosa y repleta de expectativas y ambición.

Se le había metido entre ceja y ceja que se convertiría en un gran actor, uno de los pocos tocados por la musa Talía de toda su generación; estaba seguro de que maravillaría al público con sus interpretaciones de papeles clásicos, su Hamlet, su Macbeth y Benedicto serían la comidilla de Londres y sabría atraer a públicos inteligentes y sensibles para que disfrutasen con él de la complejidad de las obras modernas.

Las cosas no habían salido como esperaba. «¿Cuántos de los sueños que tenemos a los veinte se cumplen?», se preguntó a sí mismo, mientras seguía el camino que conocía de sobra en dirección a Wyncrag. No pisaba nieve virgen, así que estaba claro que las dos casas aún seguían manteniendo su relación constante, muchos otros pies habían recorrido el sendero desde la última nevada. Observaba aquella blancura helada y descarnada porque se resistía a levantar la mirada para ver en la realidad lo que ya veía en su mente: la extraordinaria fachada de Wyncrag. Cuando alzó los ojos, se quedó sorprendido. Estaba tal y como la recordaba, aunque parecía menos real que las imágenes que guardaba en su memoria. Se asemejaba más al escenario de una película que a un edificio real del norte. ¿Una película sobre qué? Un cuento de hadas, a lo mejor, con todas aquellas torrecillas nevadas. O podría ser el decorado de Hamlet, con un príncipe rubio rondando por las almenas de Elsinor, un mundo cerrado de oscuridad y secretos.

—Pasa, pasa —le invitó *sir* Henry, saludándolo como si llevara quince días fuera en lugar de quince años—. Vamos a pedir que nos preparen un café en un momento. Estaba ahora mismo preguntándome si echar más arena en el camino de entrada —prosiguió, mientras caminaban juntos hasta la casa—.

Te has perdido la ocasión de coincidir con los jóvenes, los gemelos y Perdita se han ido a Manchester. Las ruedas del coche les patinaban cuando han salido, por eso me he acercado a mirar. Claro, pienso en ellos como si tuvieran tu edad y de eso nada, no eran más que niños la última vez que los viste, y a la pequeña Perdy ni la conoces.

—Lo sentí mucho cuando me enteré de su tragedia —dijo Hal.

—Escribiste una carta muy amable, muchas gracias.

—Tenía mucho aprecio a Neville y Helena, y perderlos a los dos el mismo año... también a Isabel. Fue duro.

¿Duro? ¿Es que solo podía encontrar esa palabrita tan torpe para hablar de una tragedia así? La gran pérdida para *sir* Henry había sido Neville, su hijo, no Helena, por supuesto. Helena jamás había alegrado tanto el corazón de su suegro, jamás había convertido un día gris en glorioso, jamás le había dado alas a sus pies con solo mirarlo, con sonreírle, con volver la cabeza.

—Lo fue... Fue duro —iba diciendo *sir* Henry—. Pero ahora pertenece al pasado, sucedió hace mucho y ya no pienso en ellos demasiado. Ojalá Neville se hubiera salvado, pero no estaba de Dios, y nada bueno se obtiene lamentándonos, fue descuidado y no se puede ser descuidado en un precipicio.

Hal tuvo que buscar las palabras para hablar del hijo mayor de *sir* Henry. ¿Era tan difícil? Le gustaba Neville, qué caray, lo admiraba.

—Era un montañero avezado. Es una actividad peligrosa, pero él sería la última persona de quien hubiera dicho que corriera riesgos innecesarios.

—Las montañas son implacables, y me atrevería a decir que si tenía que marcharse, murió feliz entre sus queridas montañas. Tuvo suerte de sobrevivir a la guerra, pero esa misma suerte se le acabó cuando fue a escalar los Andes. Siempre había querido hacerlo. Bueno, todos tenemos que vivir nuestras propias vidas. —No dijo nada mientras guiaba a Hal por una puerta lateral—. Vamos a mi estudio, querrás ver a Caroline y a Trudie, pero pueden esperar hasta que hayas entrado en calor y me hayas contado qué has estado haciendo. Menuda bienvenida te habrán dado en el Hall, ¿eh? —apostilló con una mirada sagaz—. Habrás encontrado muchos cambios. Tu hermano es un insensato por haberse casado con esa mujer, pero seguro que de eso ya te has dado cuenta tú solo.

Hal se rio, contento de no entrar en la sala. Quería tiempo para adaptarse a un Wyncrag sin Helena. Se maldijo por ser tan tonto, tenía que concentrarse en el aquí y ahora, no dejar que los recuerdos de aquellos años volvieran a colarse en su vida. Señor, qué joven era entonces. De ahí venía la vehemencia

que se había apoderado de él al regresar a Wyncrag. Un pálido reflejo de aquellos sentimientos con los que se había deleitado a los veinte años y perdido en la agonía del primer amor, el nada raro amor de un hombre muy joven por una mujer mayor y muy atractiva.

Caminó alrededor de las paredes de madera, observando los grabados arquitectónicos que allí colgaban y que tan familiares le resultaban.

—Apenas he intercambiado nada más que unos cuantos comentarios civilizados con Eve, pero seguro que tiene buena intención.

Sir Henry lo miró con escepticismo, pero no añadió nada más cuando *Rokeby* entró con el café y saludó a Hal con cortesía formal. A Hal le encantó volver a verlo, y le impresionó reparar en el hecho de que los años lo habían convertido en el perfecto modelo de mayordomo.

—Siéntate, colócate junto al fuego —dijo *sir Henry*, señalando uno de los dos sillones ajados de cuero frente a la chimenea—. Añade un tronco, tenemos que mantener a Hal en calor, ya no estará acostumbrado a nuestro frío norteno.

—No soy tan débil como cree —protestó Hal—. Nueva York puede ser muy crudo en invierno, y voy casi todos los años a Vermont para practicar deportes de invierno. Allí hace frío de sobra para recordarle a cualquiera *Westmoreland* en diciembre.

—Pero ningún sitio es exactamente igual al lago, ¿eh? Te lo tiene que parecer, o no estarías aquí. No me digas que la invitación de Peter fue tan cálida como para hacerte venir. Te quiere aquí por una cuestión de negocios, eso lo sé, pero solo eso no te habría hecho venir, ¿me equivoco?

—No —coincidió Hal, muy agradecido por el café caliente al que *Rokeby*, sin preguntar, añadió un chorrito de *whisky*.

—Para combatir el frío, señor Hal.

—Este frío los está trayendo a todos de vuelta —prosiguió *sir Henry*—. *Alix* no aparecía por casa desde hace tres años, bueno, ella y su abuela no siempre están de acuerdo, pero no ha podido resistir el lago helado. Vive y trabaja en Londres, ya ves.

Hal recuperó los recuerdos de los gemelos, allí en *Wyncrag*. *Alix* había sido una niña seria con sonrisa repentina y mirada demasiado adulta para su edad; *Caroline* era muy severa con ella, recordaba, tan estricta como si hubiera sido una niña díscola y obstinada. En aquellos días no se parecía nada a *Helena*; ¿se parecería a ella de adulta? El pensamiento lo alarmó un poco.

—¿Se parece a *Helena*? —preguntó sin poder controlarse.

—No, tiene más de mi familia, se parece mucho a mi hermana a su edad. Edwin es el que tiene más de su madre.

—Alix estaba muy unida a Edwin —dijo Hal—. Eran inseparables, eso sí lo recuerdo.

—Es frecuente entre gemelos, pero crecen y cada uno hace su vida. Edwin se dedica a la fotografía, ¿lo sabías?

—Sí, y también que se está haciendo un buen nombre en su campo. ¿No le importa que no siga sus pasos, que no se convierta en ingeniero?

—Jamás tuvo una mente matemática, le habría amargado si le hubiera obligado. A Perdita sí se le dan bien las matemáticas, pero tiene la cabeza llena de caballos y música, y por supuesto, las chicas no pueden ser ingenieras.

—Algunas lo son en Estados Unidos.

—La gente hace de todo en América. No, cuando me muera, habrá que vender la fábrica. Aún me quedan unos años antes de dejarlo, y si hay otra guerra, hasta nosotros los viejos tendremos que arremangarnos.

—Venía pensando en Jack cuando he pasado por el monumento a los caídos en la guerra. Ya perdió un hijo, esperemos que no tenga que sacrificar también un nieto.

—Ah, Jack —dijo *sir* Henry mientras se limpiaba los restos de café de la punta de su espeso bigote con un gran pañuelo de seda—. Como he dicho, cuando se llega a mi edad, se tiene una perspectiva diferente de esas cosas. Es posible que Jack no hubiera sido capaz de sentar la cabeza después de la guerra. Tenía habilidad para ser un buen ingeniero, una mente matemática, y siempre fue un chico listo, pero su actitud... —se interrumpió con un suspiro.

Hal se quedó sorprendido. Siempre había dado por supuesto que los Richardson no tenían ni idea de cómo era Jack. Él lo había tratado con extremo cuidado desde que descubrió en sus propias carnes qué tipo de hombre era. ¿Habría prosperado tras la guerra de haber sobrevivido? No en una comunidad civilizada. Estaba aquella chica de Askrigg, aquello había sido un asunto feo, y Neville le contó, tras la muerte de Jack, que su hermano pequeño había tratado a Jane muy mal, emocional y físicamente, y que no era la única mujer que tenía motivos para lamentar el día en que había conocido a Jack.

En su momento le pareció que *sir* Henry y Caroline no habían llorado a su hijo pequeño lo suficiente. La guerra había agotado a *sir* Henry, le había desecado las emociones. Pero ¿y Carolina, tía Caroline, como siempre la había llamado? Habría dicho que amaba a Jack por encima de todas las cosas,

pero su autocontrol gélido tampoco delataba un dolor desesperado. Sencillamente, se había vuelto más cerrada y reservada, más exigente con la docilidad y la obediencia de sus hijos y nietos.

Hal reparó en que *sir* Henry había vuelto a hablar, y captó las últimas palabras:

—De todos modos, esta es época de paz y buena voluntad, y harías bien en no mencionar la posibilidad de una próxima guerra mientras estés en el Hall. Caroline tampoco quiere oír hablar del tema, así que yo sigo mi propio consejo.

«Ostras —pensó Hal—. Nada cambia». Ese era el motivo por el que se había marchado nervioso, sin experiencia, lleno de expectativas, al nuevo mundo, a un país que no estaba dividido ni por la guerra ni las clases.

—Te gustará Alix —dijo *sir* Henry inesperadamente—. No le ha resultado fácil, pero es una mujer más moderna que nadie en esta casa. Buena en su trabajo, además —añadió con orgullo—. Gana cinco libras a la semana.

—¿Lo necesita? —preguntó Hal sorprendido. Seguro que ningún Richardson, y especialmente ninguna mujer Richardson, tenía que ganarse la vida.

—Lo prefiere, aunque posee su propio dinero. De mi hermana, que dejó una fortuna considerable y la dividió entre los hijos de Neville. Neville era su favorito. Y Saúl no tiene hijos.

Eso debía de ser triste para Jane Richardson, a quien resultaba evidente que le habría gustado tenerlos. ¿Cuántos años tendría ahora? Más o menos, su misma edad. Le gustaría volver a verla.

—Saúl y Jane llegan hoy en coche, probablemente a la hora de cenar. Está aquí todo el mundo, Hal, todos los que siguen vivos. Me alegro de que haga este frío y de que haya helado, ¿quién sabe dónde estaremos todos dentro de un año?

—¿Cree que estallará pronto la guerra?

—Sí. Con suerte tendremos hasta el final de la década sin ella.

—¿Tiempo de negociar la paz?

—Tiempo de rearme —respondió *sir* Henry, siempre tan realista.

Capítulo 16

Jane se negó a bajar a desayunar. Saúl se inquietó.

—Ya sabes que madre no aprueba que desayunemos en la cama.

—Si no quieres pedirle a Chard que me suba una bandeja, no desayunaré. Saúl estaba horrorizado.

—Eso la va a enfadar aún más.

Jane se echó por los hombros la chaqueta de cama y alisó las mantas por encima de sus rodillas.

—Pues de ti depende, desaprobación o enfado. A mí me trae totalmente sin cuidado. De todos modos tampoco desayuno demasiado y, digas lo que digas, no pienso bajar a ese mausoleo de comedor para enfrentarme a un aparador cargado de bandejas de plata llenas de comida indigesta.

—Si vas a salir a la nieve, tendrás que desayunar como es debido.

—No pienso, así que no hace falta.

El hielo y la nieve no poseían ningún atractivo para Jane. Ya tenía suficiente hielo dentro como para que le importase el del lago. Además, ella había sido criada en el *West Country*, así que no estaba acostumbrada a las heladas anuales ni al patinaje que habían formado parte de la vida de Saúl desde su infancia. Jamás había viajado a Suiza a practicar deportes de invierno, nunca había esquiado o patinado, y recordaba perfectamente una aparatosa caída de trineo cuando era pequeña y la nieve, por una vez, cuajó en los profundos caminos y las suaves y onduladas colinas de su condado natal.

Sus mejores meses siempre eran los del verano: tenis sobre hierba verde y mullida, paseos a caballo por los caminos serpenteantes entre los riscos, salidas por el campo para que los perros hicieran ejercicio. No eran para ella aquellos páramos inhóspitos e invernales, blancos y estériles, tan estériles como ella.

Llamaron a la puerta, y Chard, su doncella, entró en la habitación con una bandeja que le puso a Jane en el regazo. Retiró rápidamente la ropa que su señora se había puesto la noche anterior, preguntó si necesitaba algo más y desapareció.

Jane se recostó de nuevo contra los cojines, sonriendo para sí. Su suegra detestaba que llevara con ella a su doncella a Wyncrag; Caroline opinaba que

los miembros de la familia debían apañarse con el personal de la casa. A Jane no le gustaba que la atendiera una extraña.

—No será una extraña —se quejaba Saúl cada vez que surgía el tema—. Te atenderá Phoebe, la conoces desde hace años.

—Todos y todo es extraño en Wyncrag.

Jane dio un sorbo a su café. Eso, por lo menos, sí que era bueno en Wyncrag. Respondía a una de las pocas reglas domésticas de su suegro: el café tenía que ser fuerte y bien hecho. Se hacía mandar los granos desde Londres, y se aseguraba de que se moliera convenientemente en una máquina especial traída de Italia.

Se comió una tostada, apartó la bandeja a un lado y salió de la cama. La habitación estaba inusualmente iluminada; eso significaba que había amanecido otro día helado, sin nubes, con reflejos de la nieve y del hielo colándose en cada habitación de la casa. Cogió su pitillera del tocador y sacó un cigarrillo. Lo metió en la boquilla, lo encendió e inhaló profundamente, expulsó el humo echando la cabeza hacia atrás.

Estaba cansada, débil; esas pastillas para dormir que le había recetado el doctor Barber eran demasiado fuertes. La noche anterior solo había tomado media. Que llegara pronto *El mundo feliz*, no le vendría nada mal una dosis de la droga de la felicidad de Huxley. ¿Cómo la llamaba? *Soma*, eso era. Píldoras para dormir por la noche, píldoras para aliviar las punzadas del día. Entrecerró los ojos, incapaz de volver a mirar un día de aquella existencia tan vacía. Sabía exactamente cómo pasaban los minutos.

Saúl iría a ver a su madre después del desayuno, formaba parte del ritual invariable de sus visitas a Wyncrag. Caroline lo interrogaría, querría saber de su carrera, sus colegas, los planes e intenciones del gobierno sobre este o aquel tema. Saúl, como un niño ansioso por recitar la lección aprendida, deseoso de satisfacer a un profesor exigente, lo soltaría todo, se desvivía por la aprobación de su madre.

—Nunca te cases con un hijo pequeño —había sido una de las máximas de su madre—. Si te gusta un hijo pequeño, pide conocer a su hermano mayor.

—¿Qué pasa si el mayor está casado, mamá?

—Busca en otra parte. Todos los hombres son más o menos iguales cuando de matrimonio se trata. Mientras sea bueno y tenga dinero, serás feliz. La felicidad de una mujer está ligada a su casa, su familia y su vida social, su marido en realidad no es tan importante para ella como vosotras las jóvenes parecéis pensar.

Su madre habría hecho mejor en advertirla contra los hijos de en medio, un hijo como Saúl con un hermano mayor admirado, uno pequeño atractivo y gallardo, y un sentimiento de inferioridad perpetuo como resultado.

Era irónico que Saúl fuera ahora el único que quedaba. Había ocupado el lugar de ambos, el mayor y el más pequeño, aquel en el que descansaban las esperanzas de su madre, el hijo que su padre recibía como único varón. Cumplían con las formalidades pero sabían, como él, que nunca sería más que la sombra de sus hermanos perdidos.

Saúl había llorado sinceramente a su hermano mayor cuando murió en las montañas de Sudamérica; había querido y admirado a Neville desde la más tierna infancia. Jane no sabía cómo había reaccionado a la muerte de Jack en 1917. Tantas muertes en una época horrible, y Saúl había tenido que enfrentarse a la suya propia cuando regresó a los horrores de Francia. Solo había sido suerte, suponía, que él hubiera sobrevivido y Jack no.

Le resultaba extraño ahora, tantos años después, que no pudiera recrear el terrible dolor y sentimiento de pérdida que se había apoderado de ella cuando supo de la muerte de Jack. Su vida habría sido totalmente distinta si Jack hubiera regresado de las trincheras. Habrían podido casarse, tener hijos, ser felices.

Jane apagó el cigarrillo, aplastándolo contra un plato de porcelana sobre el tocador. Los sirvientes de Caroline no ponían ceniceros en las habitaciones; su suegra no aprobaba que se fumara en el piso de arriba. Le tembló la mano.

¿Casarse con ella? ¿Jack? No. No habría querido casarse con ella. Si le hubiera hablado del niño que llevaba en su vientre, su hijo, le habría pegado, habría negado la paternidad, le habría dicho que fuera a una mujer que supiera qué hacer y le pidiera que se deshiciera de él. Incluso habría intentado librarse de él a patada limpia.

Tenía dieciséis años cuando la sedujo en casa de sus padres. En el jardín de rosas, la primera vez. Con aquel acto violento y rápido, la había sacado a empellones de su romance juvenil para meterla en la dura realidad de una relación amorosa con un hombre violento. Él disfrutó de la experiencia, exaltado por la mezcla de excitación, miedo y sumisión, y la repitió tantas veces y en tantos lugares como pudo. Mintió a sus padres, a sus hermanas, a sus amigos, a todos, para conseguir escabullirse una hora en sus habitaciones. Todas las veces juraba que sería la última, y todas la volvía a convencer, su violencia se derretía en palabras roncadas y lascivas a las que no podía resistirse.

Años más tarde, leyó lo que la esposa de Byron había contado, cómo el noble poeta había corrompido deliberadamente a una mujer joven y sin experiencia. Su señoría había disfrutado con su degradación y humillación, la había obligado a aceptar como normales cosas que ninguna mujer debería soportar en contra de su naturaleza.

A Jane jamás le había gustado la poesía de Byron.

A pesar de todo, cuando Jack murió, se sumió en la tristeza. ¿Por qué sufría tanto?, se preguntaba ahora, aún sorprendida por la fuerza de las viciosas cadenas con las que Jack la había tenido atada.

Tuvo un aborto, y después, un año más tarde, se casó con Saúl. Naturalmente, había sido cosa de Caroline. Caroline sabía lo suyo con Jack, o se lo había imaginado, y Jane aún seguía sospechando que el matrimonio había sido la manera de su suegra de comprar su silencio y mantenerlo todo dentro de la familia.

Esa era la única presión que ejercía sobre Caroline, así como el motivo por el que imponía su criterio en aspectos irrelevantes como la cuestión de la bandeja del desayuno y su doncella. Incluso ahora su relación con Jack sería tachada de escándalo si saliese a la luz. Solo había que pensar en cómo dañaría una revelación de ese tipo la carrera de Saúl; ¿cómo sobreviviría a un escándalo que implicaba tanto a su hermano como a su esposa? ¿Cuánto daño podría hacer a la familia Richardson!

Jane suspiró y cogió otro cigarrillo. Aquellos fantasmas siempre volvían para atormentarla cuando estaba en Wyncrag. ¿Por qué no se había divorciado de Saúl hacía años? ¿Por qué no se divorciaba ahora?

La misma pregunta de siempre y la misma respuesta de siempre. Le había sugerido un divorcio, había suplicado, le había implorado que lo aceptara. Él se mantenía firme. Si se divorciase, tendría que dimitir de su puesto en el gobierno. Así que, en lo referente a él, no había nada más que discutir. Jane sospechaba que tenía una amante, pero no disponía de pruebas ni tampoco imaginaba quién podría ser.

Ella misma había pensado en mantener un romance escandaloso, que resultara imposible de ignorar. Solo que, ¿con quién? ¿Cómo? Lo cierto era que el trato que Jack le había dado había destruido su propia capacidad para amar.

Los pensamientos le daban vueltas y vueltas como un disco en un gramófono, la aguja se clavaba en los surcos gastados y sonaba continuamente la misma vieja canción. No tenía dinero ni medios para ganarlo.

Cómo envidiaba a Alix, su educación, la libertad de que disponía para encontrar trabajo y ser pagada por él. La generación de su sobrina era afortunada si se comparaba con la suya; ¿se daban cuenta de la suerte que tenían? Sus madres deseaban que se casaran, pero muchas hijas desarrollaban sus propios puntos de vista y habían elegido un tipo de vida distinto.

Solo que ella no quería tener una profesión ni tampoco deseaba revivir la edad de Alix, Ella quería una familia propia, como siempre la había soñado. Jamás le había pasado por la cabeza que no seguiría un esquema predecible: noviazgo, matrimonio, hijos. Ni en sueños habría imaginado que Saúl le negaría tener hijos únicamente por el miedo de su madre a lo que ella llamaba una mala herencia. Jane a veces se preguntaba si el miedo real de Caroline se basaba en la sordomudez que habían padecido uno o dos miembros de la familia en anteriores generaciones, o a la herencia redoblada de la naturaleza retorcida de Jack.

Hizo sonar el timbre para llamar a la doncella y le pidió que le preparara un baño y su ropa. Se bañó, se vistió, se puso crema en la cara, había que protegerse contra los elementos de Wyncrag; siempre había demasiada humedad, o hacía demasiado viento, o demasiado frío. Y en ocasiones, en verano, demasiado calor, un calor sofocante que parecía bajar de las colinas.

Silbó para llamar a los perros mientras buscaba un par de botas en el guardarropa del piso de abajo; eran enormes, todos los Richardson tenían los pies grandes. Encontró unos calcetines de pescar y unas botas que le podrían valer, y salió de la casa con los dos *setters* de Henry retozando a su alrededor.

La blancura tendría que haberla animado, pero solo le recordó la historia de la Reina de las Nieves y la astilla de hielo, un cuento que odiaba cuando era niña. Brillaba el sol, pero su pálida imagen no daba nada de calor. Cruzó la terraza y bajó las escaleras por uno de los caminos que llevaban al lago. Allí, en la orilla helada, tiró palos a los perros, mientras los veía resbalar y deslizarse por el hielo, después salían corriendo hasta la nieve dando brincos, dejando charquitos amarillos helados en arbustos y piedras.

No había mucha gente en el hielo, estaba demasiado lejos de los puestos de pasteles calientes y castañas asadas en braseros. Había dos hombres patinando algo más allá de la orilla, patinadores fuertes, que saltaban y daban vueltas. Los movimientos llenos de gracia y vigor del más alto le recordaron a Jack. Eso no podía ser. Jack estaba muerto y enterrado, gracias a Dios. No tenía ningún sentido recrearse en viejas heridas como había hecho aquella mañana.

Pasó una pareja patinando. Un hombre de aspecto atlético que tenía que ser extranjero; los ingleses nunca se vestían así para patinar. La mujer patinaba con facilidad y estilo, dibujaba elegantes figuras hacia dentro y hacia fuera. Llevaba el pelo oculto bajo un gorro de lana, y gafas de sol. Ambos dieron la vuelta recorriendo un gran arco para volver patinando tranquilamente al otro lado del lago.

Jane caminó con lentitud por la orilla, apartaba torpemente guijarros a patadas, tiraba piedras a los perros para que las recogieran y las dejaran a sus pies con expresión triunfal. Finalmente llegó la hora de volver, de guardar las botas y lavarse las manos de la baba y el pelo de perro, de presentarse justo a tiempo para que su suegra la sometiera a un frío escrutinio y su suegro le diera las gracias con amabilidad por haber sacado a los perros. Maldito Wyncrag; maldito, maldito Wyncrag.

Los perros salieron a la carrera delante de ella a medida que se acercaron a Wyncrag y desaparecieron por un lateral de la casa. Ella abrió la puerta trasera, colgó las correas en una percha junto a las otras y se metió por el pasillo que llevaba al recibidor. Se dio de bruces con Lipp, que le echó una mirada de desaprobación con sus ojillos redondos.

—Aquí esta, señora Saúl. Nos preguntábamos dónde habría ido.

Jane hizo caso omiso de Lipp, y se ahorró un mal pensamiento para Caroline; sabía exactamente lo que Lipp quería decir con «nos preguntábamos».

—*Lady* Richardson quiere verla —dijo Lipp, como si Jane no la hubiera oído la primera vez.

Jane hizo ademán de pasar.

—Gracias, Lipp, la veré durante la comida.

Lipp se atravesó en su camino, una mujer pequeña pero recia e imponente.

—Quiere verla ahora.

—Ahora voy a quitarme la ropa de salir. Después de eso iré a mi habitación y me asearé antes de la comida, donde sin lugar a dudas veré a mi suegra. Por favor, hazte a un lado, Lipp, quiero pasar.

Lipp vaciló, la fulminó con la mirada, pero dio un paso atrás.

—La señora no va quedar complacida.

Jane se quitó los guantes, se desenrolló la bufanda del cuello y se la tendió a Chard, que había oído su voz y se había acercado corriendo para ayudar. Cogió el abrigo de Jane y esperó a que se quitara el sombrero. Jane se peinó con las manos, se quitó las botas y metió los pies en los zapatos que había dejado en el guardarropa.

Lipp seguía allí de pie, poniéndole mala cara a la elegante doncella londinense de Jane, que no le prestó la más mínima atención y, con la cabeza bien alta, se llevó el montón de ropa.

—Eso es todo, Lipp —le dijo Jane de camino a las escaleras.

—La señora está preocupada por la señorita Perdita, y quiere saber dónde ha ido.

—No he visto a Perdita en toda la mañana, puedes decirle eso —ya estaba en el primer rellano.

—¿No la ha visto durante su paseo?

—No —Jane llegó a su puerta y a la seguridad de su habitación.

Aquella mujer le daba escalofríos. Siempre recorriendo sigilosa toda la casa, espionando para informar a Caroline. Jane se sentó frente al tocador, cogió un pompón para empolvase la cara y eliminar el enrojecimiento de las mejillas y descubrió que le temblaba la mano. ¡Y todo por una criada! Solo que no era por eso, el temblor se lo provocaba la señora de la criada, la que la llenaba de rabia silenciosa. Caroline.

La puerta se abrió y Saúl entró.

—Lipp ha ido a ver a madre echando chispas, no has sido desagradable con ella, ¿verdad?

Jane se dio la vuelta sobre el taburete giratorio.

—¿Desagradable? ¿Con una criada? ¿Por qué tendría que serlo? Lipp ha sido tan impertinente como de costumbre, eso es todo.

—Dice que mamá te ha pedido que vayas y no has querido ir.

—Tu madre va a estar en la comida, me puede ver entonces. Dado que detesta la impuntualidad, he subido para lavarme las manos. El gong va a sonar en cualquier instante.

—¿Por qué quería verte mamá?

—Al parecer, solo para saber dónde está Perdita. Y resulta que no lo sé.

—Perdita no debería salir sola, sabe cuánto le preocupa a mamá. Esta gente joven no tiene ninguna consideración por sus mayores. No es bueno que alguien de la edad de mamá se disguste.

Jane terminó de empolvase la nariz y colocó el pompón otra vez en el cuenco de cristal tallado. Abrió la tapa de su pintalabios.

—Caroline se disgusta por todo, trata a esa chica como si fuera un animal salvaje al que hay que tener atado. A lo mejor tú sabes por qué es tan dura con ella. Yo no veo ningún motivo para tanta severidad.

—No puedes decir eso, Jane. No es fácil educar a una chica sin padres. Caroline ha sido más que una madre para Perdita.

No, había sido mucho menos que una madre. Pobre Perdita.

—Perdita está en esa edad extraña en que no es una niña ni una mujer, no sabe cómo comportarse ni qué decir. Es una edad difícil para cualquier chica, y sin una madre para guiarla no es de extrañar que sea tan torpe y extraña. Quiere cariño, un buen corte de pelo y ropa bonita. Una chica necesita toda la confianza que pueda, no una abuela que la mantiene recluida en la habitación de los niños y la trata como a una cría. A veces pienso que Caroline odia a Perdita, y no adivino por qué.

Saúl se puso blanco.

—Qué ridiculez. Mamá tiene mucha experiencia con chicas jóvenes, ha criado a dos, aparte de Alix. Por fuerza sabe más del asunto de lo que puedas saber tú.

—¿Te refieres a que no tengo hijas? Bueno, todos sabemos de quién es la culpa de eso.

El gong sonó desde el recibidor. Jane se echó perfume detrás de cada oreja, se puso en pie, se alisó la falda y se quitó un pelo del brazo de su blusa. Sin mirar a Saúl, se dirigió a la puerta, esperó a que se la abriera y salió. Él la siguió sacudiendo la cabeza.

Capítulo 17

Hal estaba patinando, feliz de haber escapado de Grindley Hall por la tarde, contento de hallarse lejos de sus hermanos y de las miradas suspicaces de Eve. Allí, en la suave y brillante superficie del lago, con las montañas blancas y malva de su infancia por encima de su cabeza, se sentía en paz. Por primera vez desde que llegara a Inglaterra pensó que, después de todo, a lo mejor no había sido un error regresar.

Dentro del Hall sentía claustrofobia y descubrió que los recuerdos que allí se apiñaban en su mente solo le causaban inquietud. No era un problema de espacio, el Hall era grande y estaba lleno de habitaciones, muchas de ellas se usaban pocas veces: la biblioteca, la sala de música, la sala de grabados, los despachos, las habitaciones, los desvanes polvorientos. El problema residía en su memoria, aunque había olvidado esos recuerdos durante años, o por lo menos, los había condenado al último rincón de su conciencia.

Peter había sido el tipo de niño y de joven al que los adultos elogiaban por sus cualidades de liderazgo. Había sido dotado de una complexión grande y musculosa y era un jugador de *rugby* de primera, un jinete temible y un jugador de tenis al que le gustaba ganar. Lo que más disfrutaba era practicar cualquier actividad deportiva, especialmente alguna en la que pudiera derrotar a sus contrincantes. Cuando esos contrincantes cambiaban los pantalones cortos por trajes oscuros, su afán por ganar aumentaba aún más. Muy poca gente conseguía sacarle partido en cualquier competición comercial o financiera.

Roger, de constitución similar, había sido muy aplaudido en la escuela como capitán de críquet y había corrido la media milla en un tiempo récord. Había nacido, o eso solía decir su madre, con el cerebro de un abogado; un chico y un hombre lógicos, con memoria retentiva, y poseía el mismo espíritu competitivo que su hermano mayor. En su caso, sus contrincantes existían en el interior del recinto de los juzgados, y allí encontraba el mismo placer demoliendo a sus oponentes que el que sentía su hermano haciendo negocios.

Así que la famosa escuela privada del norte a la que habían asistido sus hermanos se mostró encantada de recibir a otro joven Grindley que adornaría la tabla de honor y traería copas y gloria a su casa y escuela.

Solo que Hal no era como sus hermanos. Era de constitución diferente, destinado a ser más alto que ellos, y considerablemente más enjuto, el tipo de hombre que no se convertiría en fornido o corpulento a medida que creciera. No mostraba interés ni habilidad en el *rugby* o cualquiera de los deportes de equipo, y su gracia sobre el hielo o su brillantez al timón de una barca no le granjearon ningún prestigio en la escuela. Era, incluso peor, una especie de empollón, un chico con la nariz siempre metida en un libro, al que le gustaban la poesía, la música y, horror de los horrores, el teatro.

Como es natural, los abusos entraron a matar. Con bastante menos naturalidad, descubrieron que era una suerte de cápsula de veneno. No tan enclenque como parecía, y con poca inclinación a seguir cualquiera de las reglas de las peleas, consideraba espinillas, ojos y genitales objetivos perfectamente legítimos. Por si fuera poco, su lengua viperina dejaba patidifusos a los más burros de los duros. Corrió la voz de que era mejor dejarlo en paz. Su escuela sintió orgullo y desconcierto cuando se marchó a la universidad cubierto de becas y alabanzas de la facultad que había escogido, pero en general, se alegraron de verlo desaparecer, y dieron gracias porque no quedaran más jóvenes Grindley que subvirtieran el orden establecido de la escuela.

Hal había llegado a la conclusión, en los lejanos Estados Unidos, de que tras casi dieciséis años, su antiguo hogar y su familia no podían seguir dándole miedo. Qué idea más tonta, se dijo mientras patinaba elegante y velozmente sobre el hielo. Tampoco se trataba tanto de terrores como de viejas hostilidades y de íntimo dolor. Una vez desvanecidas las grandes emociones, irrumpían los conflictos triviales de los primeros veinte años de su vida. Cuando se marchó, su intención era sacudirse de sus pies y para siempre el polvo de Inglaterra, especialmente el de aquellas hectáreas del norte. Estados Unidos, tan lejos, tan contrario a todo lo que implicaba el apellido Grindley, era el lugar idóneo para él. Incluso se había cambiado su nombre profesional, quería dejar atrás el último rasgo de pertenencia a la familia. Solo que, ahora que reparaba en ello, Grindley Hall corría por sus venas y latía en su cabeza; algunos cambios eran posibles, otros no.

—Patinas de maravilla —le dijo Cecy, quien se acercó deslizándose a su lado—. ¿Patinabas mucho cuando vivías en casa, antes de marcharte definitivamente?

—Claro, cada año de mí vida desde que aprendí a andar —contestó—. Igual que tú. Aún sigo patinando en invierno cuando puedo escaparme.

—¿En qué estás pensando? —le gritó su sobrina mientras se separaba de él patinando hacia atrás. Era una patinadora excelente, bien coordinada, se movía con rapidez, facilidad y sin esfuerzo. Igual que él, aunque no podía ver realmente el parecido, pues nunca se había parado a pensar qué aspecto tenía sobre hielo.

—En los Estados Unidos, en la iluminación de Navidad de Nueva York.

—Pareces añorarlo —la voz de Cecy sonaba sorprendida, ¿por qué tendría que añorar Nueva York? Lo normal era lo contrario, debería echar de menos esto cuando se encontrase lejos, pero ahora que estaba aquí, en su casa, entre su familia y sus colinas, ¿cómo podía sentir nostalgia de Nueva York?

—Supongo que sí. Dicen que todos tenemos dos ciudades natales, donde nacemos y el lugar donde vive nuestro corazón.

—¿Y Nueva York es el lugar de tu corazón?

—Es posible. Desde luego, me gusta.

—¿Más que esto? —preguntó Cecy, y la borla roja de su gorro la siguió cuando dio una vuelta de trescientos sesenta grados y señaló los lagos, montañas y cielo.

—Es posible.

—Eso es solo porque Eve te pone de los nervios. Nos pone de los nervios a todos, a mamá la hace gruñir como nadie, y hasta papá, que nunca critica nada de lo que hace el tío Peter, piensa que es una falsa.

—¿Una falsa? —No era la palabra que le habría venido a la mente a Hal.

—De momento contigo solo ha actuado como la señora de la casa. Espera a que empiece a hablarte de arte, entonces entenderás lo que quiero decir con falsa.

—¿Tiene dotes artísticas?

—Podrías llamarlo así —Cecy patinó a su lado mientras cogían velocidad, después se detuvo en seco con una lluvia de cristales de hielo a sus tobillos—. Espío a Úrsula, y ahí está Perdy con ella, tiene que ser ella, ¡cielo santo, cómo ha crecido! ¿La conoces? No había nacido aún cuando te marchaste, es curioso, pensar que ha crecido aquí como tú y que no os conocéis de nada. —Ahuecó las manos junto a la boca y pegó un grito formidable—. ¡Ursy! Trae a Perdita para que conozca al tío Hal.

—¿Quieres conocer a mi tío Hal? —preguntó Úrsula, mientras ella y Perdita se dirigían con paso majestuoso a través del hielo con las cuerdas del trineo en las manos.

—Supongo.

—Dios santo, eres clavada a tu tío —exclamó Hal cuando le presentaron a Perdita.

—No me dé la mano, tengo el guante empapado y si me lo quito, solo encontrará carne fría y mojada. ¿A qué tío se refiere?

—A tu tío Jack.

—¿Era desgarbado como yo?

—Alto desde luego, muy apuesto y atractivo.

—Vaya, qué bien —dijo sin entusiasmo—. Solo que para un hombre es distinto —se frotó la punta de la nariz con el guante helado—. Me parece que me estoy congelando. ¿Tú qué opinas, Cecy?

—Que solo tienes frío, diría yo. Vete a casa y tómate algo caliente, así se te pasará.

—Eso es lo que íbamos a hacer cuando nos has llamado —señaló Úrsula—. Patinas muy bien, tío Hal —añadió mientras se enrollaba la cuerda en la muñeca para agarrarse mejor.

—¡Oye! —les gritó Cecy cuando se marcharon patinando—. Si se os entumecen los dedos de las manos o de los pies, o la nariz, frotaos con algo de nieve la parte que os duela.

Úrsula contestó levantando la mano, y desaparecieron en la oscuridad que caía sobre ellos.

—Es hora de que nosotros también volvamos —dijo Cecy—. Qué pronto se hace de noche.

Hal no estaba escuchando.

—¿Quién es esa? —preguntó mirando a una figura solitaria que patinaba junto a la orilla, mientras se deslizaba con movimientos largos y lentos.

Cecy levantó la cabeza y miró los últimos rayos del sol que se ponía.

—Es Alix. Vamos a acercarnos y le cortamos el paso.

—Parece ensimismada en sus pensamientos —empezó a decir Hal, pero Cecy ya se había ido, volando sobre hielo y saludando con las manos al mismo tiempo.

Hal salió detrás de ella, y llegó justo en el momento en que Alix levantaba la cabeza sobresaltada y decía:

—Ah, eres tú, Cecy, menudo salto me has hecho pegar, embistiéndome así.

Era la voz de Helena, el mismo timbre y tono. Ni rastro del acento americano que siempre conservó, pero el resto igual. Por un momento, Hal sintió un dolor en el corazón, un sentimiento de angustia tan inesperado que cerró los ojos, se le entrecortó la respiración.

El hielo estaba lleno de fantasmas. Lleno de gente que se parecía a otra gente, de gente de su pasado, o que le recordaba a alguien, pero no sabía decir a quién.

Antes de conocer a Perdita, había visto dos figuras distantes patinando en medio del lago. Por un momento, los años desaparecieron, y él se encontraba de pie en la orilla, observando a los hermanos Richardson rozando el hielo. Neville, rápido y decidido; Jack a toda velocidad, sin sonreír, pero con una expresión de alegría salvaje en el rostro. Una visión inusual de sus emociones; Jack había nacido con la habilidad de enmascarar sus sentimientos.

Por supuesto, cuando salió de su ensoñación, vio perfectamente que los hombres no se parecían en absoluto a Neville y Jack, había sido solo un efecto de la luz del sol y las sombras que habían despertado a los fantasmas de su mente.

También estaba la mujer que él y Cecy habían visto cuando se alejaron de la orilla de Grindley. Una mujer con pantalones amarillos y el gorro a juego, otra buena patinadora, que daba vueltas, piruetas y saltaba sobre el hielo.

—Esa es la misteriosa inquilina de la granja Grindley —le había dicho Cecy—. Úrsula dice que los del pueblo piensan que debe de ser una artista de cine. De incógnito. Es americana, a lo mejor la conoces.

Hal se había reído.

—Hay ciento cincuenta millones de personas en Estados Unidos, y una buena parte son mujeres jóvenes.

Cecy también se había reído.

—Pensamos en América como si fuera Londres, donde siempre te estás encontrando gente que conoces sin querer.

—¿Creen que es alguna actriz en concreto?

—No, no la han reconocido, pero lleva gafas de sol.

—Muy sensata, sobre todo, para el hielo. Puede que también yo me busque unas —aguzó la vista hacia la mujer que se movía deprisa, ahora ejecutando series de ochos—. Pero bueno, la verdad es que sí me resulta algo familiar.

¿Qué era, aquella manera de erguir la cabeza? ¿Su sonrisa? Algo removía sus recuerdos, pero se alejó tan rápido como había llegado.

—¿Vas mucho al cine? ¿O te aburre porque te lo sabes ya todo por tu profesión?

—Me encantan las películas —dijo.

—¿Has salido en alguna?

—No, tengo que confesar que no.

—Pensaba que todos los actores en Estados Unidos acababan en Hollywood —Cecy sonaba decepcionada—. ¿Ni siquiera has estado allí?

Oh, desde luego que había estado. Había pasado temporadas con los aristócratas de Hollywood, invitado en casa de los Fairbanks, cenado con los Chaplin, bailado con Adele Astaire.

—Soy más de teatro —contestó.

No le había ocultado intencionadamente a su familia en Inglaterra los detalles de su carrera. Si alguno de ellos hubiera mostrado el más mínimo interés por él después de que su madre muriera, les habría enviado recortes, les habría hecho saber que se había convertido en un director de teatro con éxito y reconocido, que trabajaba bajo el nombre de Henry Ivison, su primero y segundo nombre. Si alguno hubiera mostrado el más mínimo interés en el teatro y hubiesen dado con su nombre, habrían atado cabos. Probablemente no; lo que sucedía al otro lado del Atlántico no parecía importarles lo más mínimo. No era probable que pudiera proporcionarle a Peter información útil sobre compañías americanas rivales o contarle a Roger anécdotas o cotilleos legales, así que no les importaba oír hablar de una carrera dramática de tercera categoría.

Alix fue una decepción, excepto la voz, pensó. Era una pena que aquella alegre niña de diez años se hubiera convertido en una joven de aspecto frustrado e insatisfecho.

—¿Dónde está Edwin? —preguntó Cecy, mientras se quitaba los guantes y se echaba vaho en las manos.

—Ha ido a recoger a alguien a la estación —repuso Alix sin más.

—¿Se va a quedar en Wyncrag?

—¿Quién?

—El amigo al que ha ido a recoger.

Alix se quedó en silencio por unos instantes, después dijo:

—Es una amiga. Se alojará en su casa de Lowfell. Él no estará allí, se queda en Wyncrag en Navidad y Fin de Año.

—¿Una novia? —preguntó Cecy.

—Es algún tipo de refugiada —dijo Alix—. No tiene casa. Ya sabes que Edwin tiene un gran corazón.

—Eso es muy generoso por su parte —dijo Cecy. Después miró con más atención a Alix—. A ti no te lo parece.

—Es generoso, sí. Solo espero que no se aproveche de él.

—¿Es fotógrafa?

—Música. De Viena. Judía.

—Cielo santo —dijo Cecy—. ¿Lo sabe *lady* Richardson?

—No se lo ha dicho.

—Mejor no contárselo a Eve, o bajará a ofrecerle un trabajo en la cocina por diez libras al año.

Eso hizo sonreír a Alix.

«Debería sonreír más a menudo», pensó Hal, impresionado al comprobar que la sonrisa transformaba su rostro. No, no se parecía en nada a su madre, pero tenía una buena complexión ósea y un rostro interesante. Era más fascinante que guapa, pero ¿de qué estaba tan harta? A lo mejor era de tanta *organizada* y como su abuela, o de aguantar los gestos quijotescos de Edwin sin que antes los comentara con ella. Gemelos o no gemelos, ella y Edwin debían andar por los veinticuatro o veinticinco, y a esa edad Hal no habría hecho caso alguno a lo que una hermana o hermano pensara sobre sus acciones. Pero él tampoco había tenido nunca una relación tan estrecha como la de aquellos dos, así que no era demasiado justo juzgar su reacción ante el comportamiento de Edwin.

—Tengo que volver —dijo Alix—. Me alegro de volverlo a ver, señor Grindley.

—Mejor Hal. Soy el que te tiraba de las trenzas, ¿no te acuerdas?

En ese momento sí que se rio con ganas.

—No, no me acuerdo, y estoy segura de que eras demasiado mayor para hacer tal cosa.

—¿No te parece que se ha convertido en una belleza? —le preguntó Cecy mientras se alejaba.

—Es muy atractiva, a pesar de que tiene mala cara —dijo Hal, casi para sí—. Me pregunto qué le corroe por dentro.

Cecy saltó disparada a defender a su amiga.

—No le ha resultado fácil volver, hace tres años que no regresa. Tuvo una pelea terrible con su abuela antes de marcharse y no le dieron ni un penique. Lo pasó muy mal en Londres, se vio obligada a subsistir con un salario minúsculo y a vivir en agujeros horribles.

Le sorprendió oír eso.

—¿Una Richardson con problemas de dinero? Seguro que tiene su propio capital. *Sir* Henry me dijo que lo tenía, estoy seguro.

—Ahora sí, pero entonces no. *Sir* Henry es uno de sus albaceas, y *lady* Richardson no permitió que le diera una pensión del dinero de sus padres. *Sir* Henry siempre hace lo que *lady* Richardson quiere con tal de vivir tranquilo. Alix podría haberlo discutido con sus otros albaceas, pero son gente como mi

padre, habrían opinado que debía vivir en casa y así no necesitaría dinero. Entonces, por suerte, murió una tía abuela suya y les dejó a ella y a Edwin algo de dinero, y eso le facilitó las cosas.

Cecy cogió a su tío del brazo y ambos patinaron juntos hasta la orilla Grindley.

—Edwin debe de haberla disgustado. Están muy unidos, y seguro que el motivo principal por el que ha vuelto es poder pasar algún tiempo con él. Así que por muy buena que sea la causa que ahora ocupa su mente, es natural que ella se haya disgustado.

Lo que inquietaba a Alix debía de ser algo más que un hermano ocupado en una buena causa, pensó Hal, pero no lo dijo. Dudaba que Cecy quisiera escuchar su opinión, resumible en que su amiga padecía un anticuado ataque de celos. Cecy parecía pensar que la buena obra de Edwin era una mujer de cierta edad; él, Hal, le habría dicho que apostaría lo que fuera a que se trataba de alguien mucho más joven.

Alix emprendió el camino de vuelta a Wyncrag cruzando el lago. Su sensación de abandono desapareció en un arrebato repentino de alegría; siempre había adorado el lago al final del día, en invierno, ver las sombras y las cumbres a toda velocidad sobre el hielo, el brillo de los retazos de luces azules apagándose a medida que el día se transformaba en atardecer.

Así que ese era Hal Grindley, se dijo a sí misma, mientras llegaba al embarcadero de Wyncrag, cuyos postes de madera se alzaban siniestros sobre el hielo. Se agarró a uno para ayudarse a salir a la pequeña franja de guijarros junto al embarcadero, su mano resbaló sobre la piel de hielo.

Se sentó para soltarse los patines. No lo recordaba demasiado bien, siempre había estado a la sombra de su hermano mayor. Y catorce años era mucha diferencia a esas edades; ella era una niña, y él un joven. Ahora sabía que a su yo adulto no le iba a gustar como persona.

¿Por qué? Se preguntó mientras trepaba por la resbaladiza orilla, con los patines colgando de los dedos fríos. Porque tenía todas las reconocibles señales de sofisticación de las que ella se había apartado. Era uno de ellos, pertenecía al tipo de gente de los que había huido, esas personas que le provocaban hastío de sí misma y de los demás.

Una cosa era segura, no se quedaría mucho tiempo en Westmoreland. Si había algún pez fuera del agua, ese era Hal Grindley.

Aunque no parecía estar asfixiándose. No importaba, unos cuantos días en Grindley Hall lo devolverían deprisa y corriendo a Londres, a Nueva York o a

donde quiera que fuese que pertenecía. A menos que la mujer de Peter fuera un encanto, y según Edwin, no era el caso.

—Una trepa —había sido su veredicto—. Y llena de pretensiones artísticas. Habla de vorticismo.

—Buf.

No, no parecía el tipo de hombre que pudiera soportar aquello. Se iría enseguida. Lo hizo desaparecer de su mente, prefería volver a los pensamientos que la dominaban: Edwin y la tal Lidia.

Capítulo 18

Tenía frío y estaba asustado.

Se vio solo entre los árboles. Oía a alguien más —o algo— en el bosque, fuera en la oscuridad, pisando por el suelo helado. Estando despierto su razón le habría dicho: un ciervo, o un tejón. Su sueño le decía: peligro. Fuera lo que fuese, aquella criatura que gruñía y sollozaba era más terrorífica que cualquier animal del bosque.

Michael soñaba en color aquella noche. La mayoría de los sueños que recordaba eran en color. Los más vagos, los sueños menos memorables, que olvidaba en cuanto llegaba la mañana, eran sueños sin color, en el sepia de las viejas fotografías.

Este sueño no era vago, no era sepia, y estaba lleno de amenazas. La maleza, quebradiza por la escarcha, se rompía bajo sus pies. Las ramas que oscilaban muy por encima de él lanzaban nieve al suelo; el sonido era siniestro y extraño.

Estaba muy oscuro, eso era lo peor. Aunque la luna saliera de detrás de las nubes que le pasaban por delante, la luz no podía penetrar aquel bosque helado. Los árboles eran demasiado densos, demasiado espesos, estaban muy juntos; había quedado encerrado entre los árboles, atrapado en una caverna helada de troncos y ramas.

Se estremeció, estaba sudando. De manera inconsciente se destapó mientras arremetía contra árboles y arbustos. ¿Cómo podía tener frío y sudar al mismo tiempo?

Más ruidos, más crujidos; una especie de chillido, cortado en seco; una respiración afanosa. Fuera lo que fuese, se estaba acercando. Sabía que tenía miedo, lo percibía, debía de atraerlo el olor del miedo. Los animales podían oler el pánico. Se lo había dicho su padre una vez que le ladró un perro.

Un jabalí. Era un jabalí salvaje, estaba seguro, con los ojos rojos y enfurecidos, echando espuma por la boca, con los colmillos afilados. Había visto un jabalí en Hungría.

Se revolvió en la cama, confundido incluso en sueños. En el sueño era un niño, pero el jabalí de Hungría formaba parte de su vida adulta. Y los jabalíes hacía mucho que habían desaparecido de los bosques de Inglaterra. Excepto

que..., pensó, mientras su sueño lo arrastraba de vuelta a la oscuridad, cualquier cosa podía vivir en un sitio tan salvaje, frío y desolado como aquel.

La criatura estaba ahora en silencio. Esperaba que él se moviera. En cuanto lo hiciera, se abalanzaría sobre él entre la maleza, para embestir, desgarrar, rasgar.

Aun así, debía moverse. Tenía que encontrar una salida. Sí, eso era. Seguir adelante, deslizar primero un pie y después el otro para no hacer ningún ruido. No pisar las ramitas ni tropezar con una piedra. Debía concentrarse.

Entonces, un grito resonó en la espesura.

Huyó. Corría como alma que lleva el diablo entre la maleza, que lo arañaba y retenía. Zarcillos, afilados y fríos, se alargaban hacia él, raíces negras y enroscadas intentaban apresar sus pies. Sombras que susurraban le rozaban la cara. Corrió tapándose; después, no pudo correr más. Se detuvo, incapaz de respirar, apoyando su espalda contra un árbol.

El grito sonó otra vez. Un grito de dolor. De miedo. ¿De protesta? Cortado en seco como sesgado por una guillotina.

La criatura había encontrado su presa. Había matado, así que, a lo mejor, solo a lo mejor estaría saciada, no se molestaría en correr tras él.

Ahora solo se oía el leve sonido de un sollozo. ¿Era él quien sollozaba? No, era otro, era otra cosa. Tenía la boca seca, el corazón le latía desbocado.

—Buenos días, señor Wrexham —le despertó la voz alegre de la señora Dixon—. Otro día estupendo. Le he traído agua para que se afeite y una taza de té.

Oyó un tintinear de porcelana, taza contra platillo, cuando la señora Dixon dejó el té en la mesita junto a la cama.

Michael peleó con la sábana enrollada alrededor de su cuerpo, que le cubría la cara y le inmovilizaba los brazos.

—Madre mía, menuda noche ha pasado, señor Wrexham, ¡no hay duda! Y también debe haber tenido frío, con las mantas en el suelo.

Sintió que le echaba la colcha sobre los pies, y con esfuerzo se desembarazó de las sábanas arrugadas.

—Estaba soñando.

—Espero que no fuera el pastel que tomó anoche para la cena, porque lo hice yo.

La tranquilizó inmediatamente.

—Oh, no, no fue eso, señora Dixon. Es un sueño que se me repite a veces. De cuando era niño. Ahora ya no lo tengo muy a menudo, pero era tan vivido

que parecía real. La señora Dixon se mostró comprensiva.

—Qué cosa más molesta son los sueños, que vienen a perturbar el cuerpo cuando necesita descansar después de un día duro. ¿Para qué servirán? Me gustaría saberlo.

Michael se incorporó con esfuerzo y alcanzó las mantas.

—Su fuego aún no se ha apagado, lo avivaré un poco y le echaré más carbón, la habitación se calentará en un periquete.

Michael se bebió el té al tiempo que observaba el enorme trasero de la señora Dixon, sobre el que colgaba el lazo del delantal, mientras insuflaba vida a las brasas moribundas. Había en ella un aire de normalidad y de realidad que lo alivió. La luz del día se llevó consigo el miedo, el jabalí y los gritos como había hecho siempre, pero el recuerdo persistente seguía perturbándolo. Hacía más de cinco años que no tenía aquel sueño, y esta vez había sido diferente de todas las demás noches en el bosque oscuro. Aquella noche se había desplazado, por primera vez, hacia el grito. Tenía la sensación de que si la señora Dixon no lo hubiese despertado, habría descubierto qué lloraba en el bosque.

No estaba seguro de querer saberlo.

—Ahora arderá estupendamente —le dijo la señora Dixon en tono reconfortante mientras colgaba el atizador del gancho—. Vístase y baje a por un buen desayuno, estará hambriento después de pelear con sus sábanas durante toda la noche.

—¿Una mala noche? —le preguntó Freddie cuando Michael se le unió a una mesa redonda muy bien pulida. La hija del posadero llegó con una bandeja cargada de platos, y les sirvió dos buenas raciones de huevos, beicon, salchichas, setas, pan frito y tomate.

—Sueños raros —dijo Michael, mientras sacaba su servilleta del servilletero y se la extendía sobre las rodillas—. ¿Eso es mostaza?

Freddie le pasó el bote de mostaza.

—Has tenido pesadillas porque trabajas demasiado. Ya te dije que te estás pasando. Aquí arriba, con el aire fresco, el ejercicio y la buena comida, dormirás como un tronco. Yo lo hago.

—Es un sueño que solía tener cuando era más joven.

—¿No te pusiste malo la última vez que estuviste aquí? Dijiste que habías sufrido alucinaciones por culpa de la fiebre. Que te acosaban en sueños.

Los sueños de otra gente eran siempre un aburrimiento, ¿por qué le habría contado nada a Freddie?

—Supongo que se deberá a haber vuelto aquí después de tanto tiempo. Me ha traído recuerdos, eso es todo. ¿Por qué no dejamos pasar el hielo por un día y nos vamos a dar una vuelta con el coche? Para quitarme las telarañas.

El señor Dixon entró en la sala cuando estaban discutiendo dónde podían ir. Les sugirió una excursión a Fiend's Fell; la carretera estaba despejada; ese paso no se bloqueaba nunca, les aseguró. Ofrecía una vista preciosa, más de cincuenta kilómetros en un día claro, y había un buen *pub* a mitad camino, en el que podían parar a tomar una pinta y comer algo. Freddie subió a por un mapa, y se retiraron a la salita a fumarse una pipa e investigar la ruta concienzudamente.

El señor Dixon no necesitaba mapas.

—Mejor no vayan por ahí —les dijo en un momento que pasó por la salita de camino al bar. Les señaló el camino que habían escogido con la punta de un cuchillo—. Hay hielo y nieve de todo tipo, y Joe ha pasado por ahí esta mañana y me ha dicho que se ha caído un árbol. Mejor que vayan bordeando el lago y cojan esta carretera de aquí, es transitable, y se une a la otra un poco más arriba.

—Excelente —dijo Freddie poniéndose en pie. Le dio un golpe a la cazoleta de la pipa contra el costado del cenicero—. ¿En diez minutos, Michael?

Michael se fue animando a medida que avanzaban por la enrevesada carretera que bordeaba la orilla del lago. Los patinadores madrugadores ya estaban sobre el hielo, volaban y daban volteretas, surcando la brillante superficie.

—Ahí están esos malditos camisas negras —dijo Freddie—. Es una pena que hubiera alguien dispuesto a alojarlos, nadie los necesita por aquí cerca.

Michael observó a los dos hombres mientras avanzaban por el hielo. Buenos patinadores, muy rápidos, no dejaban espacio para nadie que se cruzara con ellos. Un chico, que correteaba inseguro con los patines para evitarlos, perdió el control y chocó contra el más alto, quien lo apartó bruscamente, con lo que el muchacho acabó dando vueltas por el hielo.

—Cerdo —dijo Freddie indignado—. Que tropiecen conmigo en el hielo, solo pido eso.

—Si son de los abusones, no hay ningún peligro de que se metan con nadie de su tamaño.

—Tendrían que echarlos del pueblo. Que se queden en las ciudades, que están llenas de tipos dispuestos a enseñarles lo que piensan de su fascismo majadero.

—Es el futuro —dijo Michael, volviendo la cabeza para seguir viendo a los dos camisas negras patinando.

—Espero de verdad que no lo sea.

—Mira en Italia y en Alemania. El fascismo gusta, ofrece esperanza a quien no la tiene.

—Hitler y su panda de zafios pueden hacer lo que quieran en el continente, siempre y cuando no lleguen aquí. No lo van a hacer. Los ingleses tienen suficiente sentido común para no dejarse engañar por un puñado de matones vestidos con uniformes ridículos.

—Yo habría dicho que a los alemanes tampoco les falta sentido común.

—Y no les falta, pero se dejan enredar por cualquier demagogo que pasea.

Michael pensó en lo que Gibson había dicho sobre la manera en que los alemanes estaban construyendo aviones, pero no quería discutir con Freddie.

Freddie frenó, Alemania quedó de pronto completamente olvidada.

—Damisela en apuros, declaro.

Michael la había visto también, sentada en la orilla junto a la carretera, estirándose los cordones de las botas. Tenía a su lado unos patines, y la cara colorada y con aspecto enfadado. Los saludó cuando aminoraron.

—¿Pueden llevarme? A cosa de un kilómetro y medio por esta misma carretera. No puedo caminar muy bien.

—Diría que se ha torcido el tobillo —dijo Freddie. Echó el freno de mano, y salieron los dos del coche.

—Venga, apóyese en mí —dijo Michael—, la subiremos a bordo en un momento.

—Gracias —fue dando saltitos hasta el coche—. Creo que puedo subir sola.

—Así solo va a empeorar las cosas —dijo Freddie—. Deje que Michael la ayude.

Michael la cogió y la sentó en el asiento del pasajero.

—Vaya, pero entonces no queda sitio para usted.

—Yo iré andando —contestó Michael alegremente—. Me apetece estirar las piernas.

—No sabe cómo se lo agradezco.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Wyncrag. Las puertas están un poco retiradas de la carretera, pero no puede perderse. O si no mire, hay un atajo campo a través. Yo iba a encaminarme por ahí, pero este endemoniado tobillo no compartía mi misma

opinión. No tendrá problemas con esas botas. No puede equivocarse de casa, parece que la construyeron los hermanos Grimm.

—En ese caso, sé perfectamente a qué casa se refiere. Cogeré el atajo y nos vemos allí.

Michael cruzó la cerca por una escalera y empezó a caminar en la dirección que había indicado. Esa casa era increíble... No le importaba nada verla un poco más de cerca; la había contemplado desde la orilla contraria del lago, donde la carretera se metía entre los árboles y subía casi hasta la cumbre del páramo. Se había preguntado quién viviría allí.

El camino ya había sido recorrido por otros antes que él, y la nieve apelmazada estaba congelada y era muy traicionera; le resultaba más fácil pisar por la nieve virgen a cada lado del camino. Andaba lentamente, llegó a un muro de piedra, lo cruzó por otra escalera, y tras seguir un estrecho sendero que bordeaba un bosquecillo, salió a lo que parecía claramente un sendero de entrada. Lo habían limpiado de nieve y le habían echado arena, así que sería más fácil subir ese último trecho. Una chica muy guapa, pensó, llamaba la atención incluso estando contrariada.

Habría apostado algo a que no llegarían aquel día a Fiend's Fell. Una pena, esa mañana no se consideraba a sí mismo una buena compañía. La chica tendría sin duda alguna una madre, que revolotearía e iría de aquí para allá alrededor de su hija herida. Se desharía en agradecimientos para con sus rescatadores, les ofrecería refrescos, almuerzo... Qué aburrimiento.

Trudie llegó al recibidor en cuanto Alix entró cojeando, apoyada en Freddie.

—¡Alix! ¡Cariño! ¿Pero qué te has hecho? Un accidente patinando, bueno, alguien tenía que acabar pegándose un porrazo en el hielo. ¿Te has roto algo? —Entró como un torbellino en la sala antes que ellos y ahuecó unos cojines en un cómodo montoncito al final de un enorme sofá—. ¡Ahí! Alix, dime dónde te duele. Rokeby, pídele a Phoebe que venga inmediatamente, que traiga hielo y paños. ¿Llamamos al médico?

—No te preocupes, tía Trudie —dijo Alix con tono cansino. Le dolía el tobillo bastante—. Se me ha soltado el patín y me he torcido el pie. Eso es todo. No necesito un médico. Pero sí voy a quitarme la bota, creo se me está hinchando el tobillo.

—Déjeme a mí —dijo Freddie—. Le quitaré esta cosa en un santiamén.

Desabrochó la bota, desanudó el cordón y sacó el pie. Le alcanzó un cojín donde apoyarlo.

Alix, pálida, le dio las gracias. Phoebe entró corriendo en la habitación con una bandeja en la que había paños blancos doblados. En la otra mano llevaba un cubo de hielo.

—La cocinera dice que hay que poner compresas frías y calientes si se trata de un esguince. Ya se está encargando ella de las toallas calientes.

—Seguro que está bien —dijo Trudie mientras retorció uno de sus vaporosos chales, un asunto de gasa rojo oscuro, en un nudo alrededor de su cuello—. Solo espero que no se haya roto nada.

—Me he torcido el tobillo, eso es todo —insistió Alix.

Freddie estaba reconociendo el tobillo. Sus manos eran firmes, sabían lo que se hacían, se movían cuidadosas.

—En efecto, solo es eso. Si descansa estará en perfecto estado en uno o dos días. Las compresas le aliviarán el dolor y le bajarán la hinchazón.

Alix reparó en Lipp, agazapada en una esquina, mientras Freddie la ayudaba a subir al sofá. Se desvaneció, escabullándose para buscar a la abuela, sin duda. Que llegaría y... Oh, demonios, ahí estaba.

—¿Qué está pasando aquí? —La abuela se hallaba de pie en la puerta, observando a Freddie con ojos fríos y antipáticos. Lipp rondaba a sus espaldas.

—Hay alguien en la puerta —le susurró Phoebe a Rokeby, que se las apañó para rodear a su señora y atravesó el recibidor hasta la puerta.

Alix, ligeramente mareada por el dolor en el tobillo, escuchó a Michael anunciarse a Rokeby, después lo vio fuera, en el recibidor, contemplando la escena del salón. La abuela estaba ahora junto al sofá, apartando a Freddie; la expresión de su boca era una línea severa de disgusto; cómo detestaba cualquier tipo de drama.

—Si Alix se ha caído, lo único que necesita es paz y tranquilidad. No tanto ir y venir. ¿Quién es usted? —interrogó a Freddie.

—Este es Freddie, abuela. Me ha traído en su coche. No puedo caminar bien porque me he torcido el tobillo en el hielo. Eso es todo.

—¿Cómo sabes que eso es todo?

—Oh, sí que lo es —dijo Freddie—. La he reconocido. No se ha roto ningún hueso.

Demonios de abuela, ya estaba congelándolo con esa mirada suya de gran señora.

—Abuela, me ha ayudado. Estoy convencida de que sabe lo que se dice.

—¿Por qué estás tan segura?

Se notaba por la manera en que le había reconocido el tobillo que sabía lo que se estaba haciendo, pero por supuesto no tenía ningún sentido explicarle eso a la abuela. En ese momento Freddie se apartaba; no era de extrañar. Bonita recompensa por ser un buen samaritano. Oh, Señor, ahora entraba el otro hombre en la habitación; dos hombres jóvenes y extraños. A la abuela le iba a dar un síncope.

—Permítame que le presente a mi amigo, Frederick Kerr —estaba diciendo el recién llegado, frío y distante y con aspecto de no tener intención de hacer buenas migas con la abuela. Con ese pelo rojo encendido, debía de tener un carácter de aupa, aunque a juzgar por la firme línea de la mandíbula, había aprendido a controlarlo—. Mi nombre es Michael Wrexham. Nos alojamos en el Faisán. Pasábamos por la carretera cuando vimos a esta joven dama con aspecto de estar dolorida.

La abuela intentaba intimidarles todo lo que podía, su voz sonó gélida cuando se dirigió a Michael. ¿Por qué tenía que comportarse siempre así?

—¿Quién es usted? ¿Un juez del dolor? ¿Acaso está cualificado?

Alix se puso colorada, sabía que la abuela era capaz de pensar que estaba fingiendo que se había torcido el tobillo solo para atraer la atención de dos hombres jóvenes.

Michael hizo caso omiso de aquel tono tan ácido.

—No, pero mi amigo es médico.

—Vaya. Con no demasiada experiencia, sin embargo.

—No, no mucha —dijo Freddie con una sonrisa—. Pero tengo sólidos conocimientos de huesos, fracturas y similares, porque es mi especialidad. Estoy formándome como cirujano ortopédico.

Alix la miró desafiante.

—Y yo les agradezco que me trajeran, pues de otro modo tendría que haber vuelto a la pata coja, que no me hubiera divertido lo más mínimo.

Entonces llegó el abuelo, observó a los jóvenes de arriba abajo, pero de manera perfectamente civilizada. ¿Era suyo el Bentley? Un coche magnífico. ¿Se había hecho daño Alix? Bueno, pero nada serio; bien, bien, que descansara el pie y se pusiera compresas, estaba convencido de que con eso bastaría. ¿Podría echar un vistazo bajo el capó? Eso le encantaría. Se tenían que quedar los dos a almorzar; no, no, de ningún modo iba a dejarlos marchar.

—Rokeby, dile a la cocinera que seremos dos más para comer.

Él y Freddie desaparecieron, y a la abuela le quedó solo el pelirrojo, ¿cómo se llamaba? Michael, eso era, para desahogar su cólera. Alix vio comprensión en sus ojos. ¿Hacia ella o hacia la abuela? Era imposible de

decir. ¿Por quién la tomaba la abuela, por una ninfómana, incapaz de abstenerse de seducir a cualquier hombre que pasara? Cerró los ojos, se sentía algo mareada.

—Creo que deberíamos dejarla a solas —dijo Michael.

—Sí —intervino Trudie, que estaba envolviéndole un paño frío alrededor del tobillo—. Yo me quedaré aquí con ella, estoy segura de que se habrá repuesto para la hora de la comida.

—Por supuesto que sí. No veo necesidad de armar tanto alboroto por un tobillo torcido. Phoebe, ve a buscarle a la señorita Alix unas zapatillas. Rokeby, lleve una bandeja a la biblioteca para la señorita Alix, difícilmente va a poder sentarse a la mesa si debe tener el pie en alto.

Salió del salón con malos modos, no sin echar una última mirada helada a Michael.

—Lo siento —dijo Alix desde el sofá—. Es su manera de ser.

—Este joven parece suficientemente sensato como para no tomárselo a mal —dijo Trudie mientras le dedicaba una de sus sonrisas—. Vaya fuera con su amigo, ¿quiere? Estará mejor que aquí dentro, ¿no cree?

—Debe de estar pensando que somos una familia rarísima —dijo Alix con ansiedad cuando Michael salió.

—Bueno, es que lo somos. ¿Por qué debería importarle o importarnos a nosotros lo que él piense? Él y su amigo almorzarán y se marcharán. No vamos a volver a verlos.

—Claro que vamos a volver a verlos. Ya conoces al abuelo. Seguro que los invitará a cenar en Navidad, oh, qué vergüenza, por favor.

—Eres una ingrata. Yo, por mi parte, estoy encantada de tener un par de rostros alegres más a la mesa. Y si sus propietarios son jóvenes y agradables, mejor que mejor. Además tengo que decir que el doctor Kerr es un joven bastante atractivo.

Las joviales y escandalosas voces de Perdita y Úrsula se oyeron en el recibidor, seguidas de un estrépito; Perdita habría tropezado con la mesa del recibidor, probablemente. Su hermana entró, frotándose la cadera.

—¡Alix! ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído patinando y me he torcido el tobillo. Voy a subir a mi cuarto y comeré en una bandeja.

—Rokeby ya te la está llevando a la biblioteca —dijo Trudie.

Alix percibió la vacilación en su voz, y comprendió que su tía estaba pensando en que a la abuela la enojaría que se contravinieran sus órdenes. Peor para ella.

—Dile a Phoebe que la lleve arriba. Prefiero estar en mi cuarto.

—Oye —dijo Úrsula—, ¿has sido rescatada por un caballero andante en un Bentley? Dos caballeros andantes, concretamente, a juzgar por el recuento de cabezas mirando el motor.

—Se dice caballeros andantes —la corrió Perdita—. ¿Sí, Alix? ¿Lo sabe la abuela? Se va a poner negra.

—Hombres extraños en la casa —dijo Úrsula con tono de desaprobación—. ¿Qué opina, que son gentuza o cazadores de fortunas?

—Imposible con un Bentley —afirmó Perdita categóricamente—. Qué coche tan magnífico.

—¿De cuál te vas a enamorar? —le preguntó Úrsula a Alix.

—Querida —la interrumpió Trudie mirando alarmada a la puerta, por si su madre estaba escuchando.

Alix no pudo evitar reírse a pesar del tobillo dolorido.

—¿Es obligatorio?

—Oh, yo creo que sí. ¿Tú no? Solo que no habéis sido presentados formalmente, así que por supuesto tu familia no aprobará la relación. Acabará en fuga, ya lo sabes.

—¿Y después qué? —Gritó Trudie—. De verdad, Úrsula, menuda imaginación tienes.

—O puede que sea una historia de amor trágica. Un romance condenado. Lo verás partir hacia la guerra, con el corazón roto porque tus padres han prohibido las amonestaciones, y tú sabes que nunca lo vas a volver a ver.

—¿Guerra? —Preguntó Trudie—. ¿Qué guerra?

—Ves demasiadas películas sentimentales —se burló Perdita—. Si piensas escribir libros como esos, nadie te va a leer.

—Claro que sí. Millones de mujeres llorarán encima de cada página, y yo me volveré increíblemente rica y famosa.

—Gracias de todos modos —dijo Alix—, pero no cuentes conmigo. Solo os pido que no prestéis atención a ninguno de los dos, ni a Freddie ni a Michael, sí, Úrsula, se llaman así, no tienen nombres nada románticos, estoy de acuerdo contigo. Por el amor de Dios, Perdy, ni los mires, o la abuela se va a poner como una fiera. Ya ha armado un escándalo porque Freddie me ha traído en coche.

—¿Tienen algo de malo, aparte de la inusual manera en que los has conocido? —preguntó Úrsula mientras se observaba en el enorme espejo sobre la chimenea. Intentó alisarse el pelo alborotado, después lo dejó por imposible—. A mí me parecen majos.

—Son desconocidos, eso es todo —Alix había llegado hasta la puerta, y se apoyó en el pomo antes de abordar el recibidor y las escaleras.

—¡Hombres! —Dijo Perdita—. ¡Lo prohibido! Y además, uno alto, moreno y atractivo, justo la clase de varón que le provoca espasmos a la abuela. Apóyate en mí, Alix, y levanta el ánimo, chica. Tienes que reponerte pronto, para el baile de los Grindley.

—Señor, se me había olvidado —dijo Alix—. Espero estar bien para entonces, de verdad, si no se me habrá acabado el baile, qué aburrimiento, y tendré que sentarme con las horribles viudas.

—Y con la abuela —dijo Perdita—. Menudo lujo. Aquí está otra vez el doctor Kerr, vamos a preguntarle.

—¿Cuánto va a tardar en curarse? —Freddie observó el modo en que Alix evitaba descansar el peso sobre el pie, con la mano en el hombro de Perdita.

—Por lo menos una semana antes de que desaparezca el cardenal, y no te puedo recomendar que vuelvas a patinar en esta temporada.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Con toda la alegría que le había proporcionado el lago helado, había tenido que cometer la estupidez de torcerse el tobillo, y ahora se veía condenada a no usar más los patines en lo que quedaba de vacaciones.

—¿Te duele? —Preguntó Freddie—. Llamaré a tu médico para que te recete algo. De momento, tómate una aspirina. El dolor no es bueno para nadie.

Podía tomarse una aspirina para el tobillo, pero no para lo que la había hecho llorar, no para la oleada de decepción que se apoderaba de ella: se había terminado el patinar, y Edwin solo parecía interesado en la tal Lidia, ¿para eso había venido al norte? Casi había decidido pedirle a Phoebe que le prepara la maleta y que llamara a Eckersley para que la llevara a la estación a coger el tren nocturno a Londres. Después vio la preocupación en la cara del abuelo, y consiguió sonreír. Despreciaba la autocompasión, en ella misma tanto como en los demás, y se esforzó por recomponerse. Ya había huido una vez y había regresado, así que esta vez iba a quedarse, con patinaje o sin él.

—Me acaba de dar un pinchazo el tobillo —dijo como quien no quiere la cosa—. Seguiré el consejo de Freddie y me tomaré una aspirina. Ahí está el gong para el almuerzo, venga, Perdy, o llegarás tarde.

Capítulo 19

En la biblioteca, después del desayuno, si tienes un momento libre —le dijo Peter a Hal—. Hay unos asuntos del negocio que tenemos que discutir.

Eve sonrió cómplice a su marido por encima de la enorme cafetera, una monstruosidad georgiana que había desenterrado de la caja fuerte donde se guardaba la plata y que había decidido utilizar cuando tenían invitados.

Aún arrancaba las risitas de Úrsula cada vez que la veía.

—No me extrañaría que saliera huyendo de la mesa con esas patitas ridículas —le confió a Cecy, que estaba repelando una raspa de arenque.

—Tiene que pesar una tonelada —le susurró a su vez Cecy—. Diría que es de plata maciza. Eve es más fuerte de lo que parece.

—Vaya que sí —dijo Úrsula mientras adoptaba una expresión neutra y educada al percibir la mirada desaprobadora de su madrastra.

—Es de muy mala educación cuchichear en la mesa —dijo Eve.

Cecy y Úrsula bajaron la mirada a sus platos.

Ya fuera la cafetera o no, aquel café sabía espantoso, y Hal pensó con nostalgia en el excelente café que le había ofrecido su padrino. Haría otra visita a Wyncrag; añoraba el sabor del buen café como no lo había hecho antes. Seguro que ni Delia le habría servido una cosa tan aguada, no recordaba que el café fuera imbebible en aquella época. A lo mejor la culpa era de Estados Unidos, por haber acostumbrado su paladar a brebajes más intensos.

Supuso que la convocatoria para una charla de negocios era inevitable, se la vio venir en cuanto Peter apareció en la mesa del desayuno. Peter normalmente se levantaba temprano, desayunaba solo y salía hacia la oficina antes de que el resto de la casa se reuniera alrededor de la mesa.

—Estoy de vacaciones hasta después de Navidad —le dijo a Hal mientras conducía a sus hermanos fuera del comedor.

—¿También pueden disfrutarlas los trabajadores? —preguntó Hal, mientras se sentaba en el que le pareció más cómodo de todos los asientos de aquella sala tan poco frecuentada. Estiró las piernas y cruzó los tobillos.

—No seas ridículo —contestó Peter irritado—. Se les da una hora libre extra en Nochebuena y ya pueden dar gracias, no tienen ni idea de lo que me

cuesta pagar hombres que no trabajan.

—Una hora entera, ¿también el día de Navidad y san Esteban? — Preguntó Hal sin esperar respuesta—. Bueno, a eso le llamo yo suerte. —Le pasaron por la cabeza algunas escenas de Cuento de Navidad, antes de que las palabras afiladas de Roger le hicieran prestarle atención de nuevo.

—Puedes burlarte, pero no ignoro que vives bien de los beneficios que las acciones te rinden. Por ejemplo, ese traje que llevas no es de confección barata. ¿De dónde lo has sacado? Desde luego no lo has comprado en Estados Unidos —Roger era una especie de *dandy* y llevaba observando el traje de *tweed* de Hal desde que había bajado a desayunar.

—De Savile Row. Me lo han hecho en Urquhart —respondió Hal.

—Ahí lo tienes —intervino Peter—. Te parece perfecto coger el dinero pero no te cuesta nada criticarme por cómo lo obtengo. Deberías agradecerme, y cómo, que me encargue con tanto acierto de tu herencia; trabajo muchísimo. No debería tomarme tantas vacaciones en Navidad, así que me he traído a casa una cantidad de trabajo ingente.

—No lo dudo —murmuró Hal.

Había pasado mucho tiempo en la biblioteca de niño y en su juventud. Su abuelo había sido un hombre muy instruido, que había aumentado considerablemente la colección del siglo XVIII que ya existía. Hal apreciaba tanto los libros como la soledad.

Ni Peter ni Roger habían tenido nunca tiempo para libros como esos. Roger poseía una visión absolutamente práctica de la lectura: si un libro le resultaba útil por cualquier motivo, lo leía; si no, no. Peter ojeaba de vez en cuando algún libro de pesca, pero su gusto por la palabra impresa no iba más allá de la prensa diaria y la publicidad del mundo de los sanitarios.

Eso explicaba el ambiente de escaso uso que se respiraba en la biblioteca. Una pena, pensó Hal, pues era una sala preciosa, concebida en estilo Adam y con una luz de la que carecía casi todo Grindley Hall.

Como si le leyera la mente, Peter informó a Hal que Eve tenía grandes planes para la biblioteca.

—Va a rehacerla por completo; Eve tiene un gusto fantástico.

La admiración y la adoración brillaron en sus ojos por un instante, antes de dirigir su atención a asuntos más inmediatos y vitales.

—¿Cómo van los negocios en América? —preguntó a modo de preámbulo.

Hal arqueó las cejas.

—¿Mis negocios concretos o los negocios en general?

—¿Tus negocios? ¿Qué negocios? Tú no tienes allí ningún negocio, ¿no?

—Me refiero al negocio del teatro.

—Ah, eso. No, Henry Ford, el petróleo, las fábricas, ese tipo de negocios.

—Deprimidos, diría yo.

—¡Deprimidos! ¿Es eso todo lo que puedes decir?

—Parece que empiezan a apreciarse los resultados del *New Deal*.

—El *New Deal* no es nada más que el comunismo bajo otro nombre. Ese Roosevelt no es más que un canalla, no está preparado para ser presidente, no sé cómo consiguió que lo votaran, y cuanto antes recupere el sentido común el electorado y lo saque fuera, mucho mejor.

—Se ha hecho con el voto de las mujeres —dijo Roger.

—¡Mujeres votando!

Hal suspiró. Aquello iba a resultar mucho más tedioso de lo que se temía.

—El desempleo es intolerablemente elevado, ya que lo preguntáis, y la gente de color se ha visto muy afectada por la depresión.

—¿La gente de color? ¿Te refieres a los negros? Ojalá tuviéramos aquí unos cuantos de esos, están dispuestos a trabajar una jornada entera por poquísimos dinero.

—La esclavitud ya fue abolida en Estados Unidos, me parece.

Peter le lanzó una mirada hostil.

—¿Pretendías que ese comentario fuera chistoso?

Roger intervino.

—Creo que sería mejor que volvamos al tema nuestro propio negocio, Peter. No puedes esperar que Hal esté al día de la economía americana, simplemente no entiende de ese tipo de cosas.

A Hal le pareció que ya era hora de abandonar ese terreno peligroso. Su desagrado hacia Peter y hacia todo cuanto él representaba era tan intenso en aquel momento que temía perder los papeles, y con ellos, cualquier tipo de ventaja sobre él.

—¿Me has llamado aquí para hablar sobre Estados Unidos?

—Por supuesto que no, ¿qué te hace pensar eso? —Dijo Peter—. Queremos hablar de tus acciones en Jowetts. ¿Aún las tienes?

—Sí. ¿Por qué no iba a tenerlas?

Peter se estaba poniendo como un tomate.

—No te hagas el tonto —dijo Roger—. Nos preocupa, nos inquieta que pudieras vender tu parte de la compañía a algún extraño. O incluso a la competencia.

—Ya veo. ¿Pero qué más os da a vosotros quién posea mis acciones? No tengo más del veinte por ciento, creo.

—Lo que te da una participación mayoritaria —espetó Peter. Al principio se había sentado en la gran mesa redonda en el centro de la sala, pero ahora se había levantado y paseaba de arriba abajo por el parqué de manera sumamente irritante.

«Cómo detesta estar en desventaja», pensó Hal. ¿Y qué pretendería? Peter debía de tener más de un motivo para mostrarse tan ansioso por hacerse con sus acciones. Los tres hermanos poseían la misma participación, y el cuarenta por ciento restante estaba a nombre de la hermana de su padre, que las había heredado al morir el abuelo, pero que jamás había mostrado el menor interés en nada que tuviera que ver con la fábrica. Peter era su apoderado, así que siempre podría hacer lo que quisiera.

—Mi veinte por ciento solo tendría importancia si la tía Daphne quisiera implicarse, y no lo ha hecho nunca, ¿no? —preguntó Hal.

—Es cuestión de presentar un frente común —dijo Peter.

«Está mintiendo —pensó Hal—. ¿Por qué?».

La puerta se abrió, y entró una doncella con café.

—¿Quién te ha pedido que traigas eso? —dijo Peter.

El rostro de la doncella no se vio afectado ni un ápice por el tono agresivo.

—La señora Grindley me dijo que trajera café, señor. ¿Les sirvo?

—No, déjalo, déjalo. Ya lo haremos nosotros —Peter esperó hasta que la puerta se hubo cerrado tras la doncella con un portazo desafiante—. ¿Por dónde íbamos?

Roger cogió una taza de café, añadió varios terrones de azúcar moreno y removió el brebaje con movimientos pulcros y precisos.

—Si me permites, Peter —dijo, volviéndose a sentar. Mordisqueó ruidosamente una galleta—. ¿Tú no tomas café, Hal?

—No, ya he tomado suficiente en el desayuno, gracias.

—Las cosas están así. Peter y yo estamos preocupados por ti —levantó una mano cuando Hal hizo ademán de hablar—. No, déjame terminar. Tienes una profesión incierta, y aunque nos alegra ver que intentas mantener las apariencias, somos conscientes de que tu carrera dramática no ha sido coronada con el tipo de éxito que proporciona recompensas financieras apreciables. De hecho, creo que no me equivoco si digo que hace años que no trabajas.

—Pero bueno, ¿y cómo demonios sabes tú eso? —dijo Hal. Vaya, había subestimado la astucia malsana de sus hermanos. ¿Qué estarían tramando?

—Hemos investigado —repuso Roger.

Lo que significaba que se habían gastado dinero, bastante, probablemente. Desconocía el motivo por el que querían sus acciones, pero resultaba evidente que las querían. Perfecto, le gustaba negociar desde una posición de fuerza. Estaba claro que no se les había ocurrido pedirle que se las vendiera, cosa que habría aceptado. Podía invertir el dinero en cualquier parte, las acciones de la familia no tenían para él ningún valor sentimental, y si sus hermanos las necesitaban para cualesquiera que fueran sus planes, se las habría concedido gustoso. En cualquier caso, habían decidido tomar el camino complicado, así que los observaría sudar un ratito.

Les negaría el placer de conseguir rápidamente sus objetivos. Justo en un momento en que Peter tomó aire para defender su caso, se oyeron voces en la puerta de la biblioteca. Peter se detuvo abruptamente, invadió su rostro un expresión entusiasta y llena de felicidad e, ignorando a Roger y a Hal, se dirigió a la puerta de un salto.

Al abrirse, apareció una bella y exquisita joven vestida con lo que Hal creyó que era un modelo parisino, con una piel echada por los hombros. Tenía enormes ojos azules, boquita enfurruñada y un aire afectado.

—Rosalind, criatura —gritó Peter—. ¿Cómo estás, pétalo mío?

¿Pétalo? ¿Qué era aquello? ¿Había sucumbido a Peter al más peligroso de los anhelos, el de una madurez tardía deslumbrada por una menor de veinte años? No, decidió Hal, al observarlos juntos. El afecto de Peter era definitivamente paternal, brillaba un orgullo en sus ojos que no había detectado cuando estaba con sus hijos o con Úrsula.

Eve, que entró en la biblioteca tras los talones de su hija, no sentía ninguna preocupación por un afecto íntimo e indecoroso por parte de su marido. Y Hal calculaba que era lo suficientemente astuta para haberse percatado de su tendencia, pues Eve no era del tipo de mujeres que se dejan engañar.

La boca de Rosalind, ahora más un capullito que un mohín, sonrió cuando se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla a Peter.

—Hola, papi Peter, ¿me has echado de menos?

¡Papi Peter! Hal intercambió una mirada con Roger, que tenía la expresión que ponía en los juicios de profunda desaprobación y decepción exagerada.

—Rosalind, cariño, ven a conocer a tu nuevo tío. Este es Hal.

Hal bajó la vista para apreciar a su recién adquirida sobrina. Desde luego era bonita, aunque ni remotamente el tipo de mujer con quien él decidiría pasar tiempo; no solo porque era muy joven y, por tanto, también aburrida, sino sencillamente porque no era su tipo.

Coqueteó con él de manera vergonzosa, tras la sorpresa inicial.

—Pero si no te pareces en nada ni a papi Peter ni a tío Roger —dijo.

A Hal le pareció divertido que le patinaran un poco las erres. No era exactamente tío Goger, pero se le parecía. Tío Goger y tras un escueto saludo, se dio a la fuga. Bien, eso significaba que los negocios habían terminado por hoy y que, también él, podía escapar.

Eve le puso una mano sobre el hombro. Parecía no esforzarse, pero lo agarraba con fuerza.

—No puedes salir corriendo, Hal, no es justo que te escabullas cuando acabas de conocer a tu nueva sobrina.

Hal estuvo a punto de responderle que una sobrinastra, que para él era lo mismo que ninguna sobrina, pero detectó la fiereza en los ojos de Eve. Daría cualquier cosa por una vida tranquila. Pero, demonios, ¿por qué esa maldita mujer le hacía sentir como un invitado en la casa en la que había crecido? ¿Por qué lo aceptaba, por qué no le decía, perdona, Eve, tengo mejores cosas que hacer?

Porque sí y porque hacerlo supondría molestar a Peter, y Hal no tenía ganas de fastidiar. Además, quería echarle otro vistazo a Rosalind; había detectado cierta familiaridad cuando la chica entró en la biblioteca. ¿Estaría sufriendo algún tipo de manía, a causa de la blancura cegadora de la nieve o del impacto de volver a casa? ¿A qué se debía esa tendencia de dotar a cada extraño que veía con la identidad de alguien que conocía o había conocido?

Se rio de sí mismo, dijo que se quedaba a almorzar en el Hall y se dirigió a la sala, donde llamó a una doncella para que le preparara una taza de café con doble cantidad de café, por favor, el café le gustaba bien fuerte.

La doncella parecía dubitativa. La señora Grindley insistía especialmente en cómo debía hacerse el café, había dado órdenes en la cocina de que se usara una medida específica que no debía sobrepasarse.

—En ese caso, use su medida para el café pero hágalo con la mitad, no, un tercio, de la cantidad de agua. Estoy convencido de que eso no causará problemas en la cocina.

Fue su sonrisa, más que el razonamiento, lo que le ganó una risita sofocada y, un poco más tarde, una cafetera de algo que parecía café.

No le permitieron disfrutarlo en paz. Roger entró dando grandes zancadas en la sala en la que Hal se había escondido tras el periódico y olisqueó el ambiente.

—Eso huele estupendo. ¿Te importa si pido otra taza? En el desayuno nos han dado una porquería.

Por lo menos Roger no era hablador, y los hermanos pasaron la mañana envueltos en la compañía taciturna de las familias inglesas antes de que sonase el timbre para el almuerzo.

Angela le hizo un gesto a Hal para que se acercara a sentarse junto a ella.

—¿Qué opinas de la joven dama? —le preguntó en voz baja cuando se quitó la servilleta.

—Me reservo la opinión —respondió.

Lo miró divertida.

—Ya no tienes que decir más. Lo siento mucho por Úrsula.

Úrsula tenía una expresión resignada mientras Eve animaba a Rosalind a que narrara a la concurrencia sus éxitos en Munich.

—Apuesto a que se ha enamorado del maestro de esgrima —murmuró Cecy tapándose la boca con la servilleta. Úrsula sonrió y le dio una patada de complicidad a su prima por debajo de la mesa.

Peter estaba de un humor excelente, Eve triunfante, Rosalind habladora y el resto, cabizbajos.

Hal se comió el estofado sin prestar atención a su naturaleza frugal, pues acababa de acordarse de dónde había visto a Rosalind. Había sido en Euston, cuando subía al tren del norte. Le había llamado la atención porque parecía muy joven, tanto que tendría que ir acompañada de madre o institutriz —¿aún tendrían las chicas inglesas institutriz, se preguntó por un momento, o iban todas a la escuela como Úrsula?—, y aun así, iba vestida con demasiada elegancia como para ser una colegiala. Sobre todo con aquel sombrerito. El sombrero tenía un propósito, sin embargo, algo en lo que reparó más tarde, cuando se bajó el velo y la convirtió en una mujer anónima, una criatura misteriosa.

Aquella criatura misteriosa había bajado del tren antes que él, en Preston, y se había apresurado, maletita en mano, hacia la salida.

Ahora allí estaba, hablando como si hubiera pasado toda la noche viajando en el tren del norte. Estaba intrigado. Se había quedado, suponía todo el mundo, en casa de unos amigos en Londres desde que llegara de Alemania. Amigos importantes, a juzgar por la manera en que Eve repetía sus nombres con satisfacción intensa; Hal no había oído nunca hablar de ellos.

Se hacía una idea bastante aproximada de lo que podría estar tramando una muchacha de diecisiete años cuando fingía estar en un sitio y en realidad viajaba sola a otro, y no era algo que Eve, y mucho menos Peter, fueran a aprobar. De hecho, se morirían de la vergüenza. De todos modos, él no era quién para sermonear a nadie sobre esas cuestiones, y los líos en los que se metiera doña perfectita no le importaban lo más mínimo, aunque podría utilizar la información para callarle la boca si seguía tratando a Úrsula con condescendencia.

—¿No sabes eso, Úrsula, querida? —decía ahora Rosalind.

—No, no lo sé. Nunca he estado en el extranjero, así que puedes seguir fanfarroneando de que si los extranjeros esto o lo otro todo lo que quieras. No puedo decir que me interese lo más mínimo.

«Esa es mi chica», se dijo Hal, mientras Úrsula atacaba un pudín mediocre con una cucharada agresiva.

Capítulo 20

Después del almuerzo, Úrsula escribió enfurecida en su diario.

«No me importaría ni la mitad si papá no fuera tan tonto con Rosalind. ¿Es que no ve cómo es en realidad? No, no puede. Es el tipo de hija que le habría encantado tener, tan femenina, bonita y dulce. Es incapaz de oler su aliento avinagrado. Y no voy a ganar nada diciéndole lo tacaña que es Eve cuando se trata de gastar dinero conmigo, dado que no está dispuesto a escuchar ni una palabra de lo que tengo que decir al respecto. Eve quiere ser una madre para mí, me dice, solo piensa en mi bien, sabe lo que es bueno para una chica de mi edad.

»Uno de estos días, se me va a agotar la paciencia y le voy a acabar gritando "Yo ya tengo una madre y vale cien veces más que Eve". Es muy deprimente no poder ver a mamá, sigo pensando que no me importa tanto a medida que pasa el tiempo, pero sí me importa. Aun así, ayer recibí una carta. Creo que Eve sospecha de la correspondencia de Nanny, espero que no empiece a espiar. Tendré que avisar a Nanny de que se ponga en guardia.

»De todos modos, ya está bien de hablar de mí, este diario es para entrenarme como escritora, no para contar mi vida. Así que haré unas cuantas observaciones. Una, creo que el tío Hal va a dar el campanazo. Papá y el tío Roger contaban con que fuera pan comido, un actor de mala muerte que agradecería sus limosnas. Pero si así fuera, ya habría vendido esas acciones hace años. Tiene que ganarse la vida de alguna manera, pues su aspecto es el de alguien increíblemente próspero. A lo mejor es un gigoló; resulta extraño que no se haya casado, porque ya es viejo.

»Dos, mis hermanos. Algo le pasa a Nicky y no sé de qué se trata. Diría que tiene que ver con la escuela, pero se cierra en banda cada vez que le pregunto. Lo observaré a ver qué puedo deducir. Tres, Simón está loco por Rosalind, ya me pareció que le gustaba bastante la última vez que estuvo aquí, y pone una expresión realmente babosa cuando la mira. Más le vale esforzarse si quiere enfrentarse a papá para poder alistarse en el ejército cuando termine en Cambridge en lugar de enrolarse en los retretes; si se pasa el día soñando con Rosalind, nadie lo va a tomar en serio.

»Ahora tengo que parar, Cecy acaba de avisar de que ella y el tío Hal se van a Wyncrag. Yo también, a ver a Perdy, y a tomar el té. La comida es cada vez peor en esta casa, pero siempre es fantástica en Wyncrag».

Capítulo 21

—Hal —dijo una voz familiar y distinguida.

Hal, sorprendido, se dio la vuelta y vio a *lady* Richardson de pie junto a la puerta de la sala.

—Cecy, Alix está en el comedor —dijo—. Úrsula, encontrarás a Perdita en la antigua habitación de los niños.

A Hal le hizo gracia la rapidez con que Cecy y Úrsula desaparecieron en busca de sus respectivas amigas. Hal tenía intención de preguntar por *sir* Henry, pero antes de poder hacerlo, *lady* Richardson lo condujo por el recibidor a través de una puerta que Rokeby abrió solícito. Hal la siguió obedientemente hasta la sala.

Qué grande era Wyncrag. Los lugares que uno recuerda de la infancia resultan con frecuencia decepcionantemente pequeños cuando se visitan años más tarde, pero con Wyncrag ocurría lo contrario, todo resultaba aún más grande, como aquella enorme sala, ubicada bajo una cúpula impresionante. Perteneecía a otra época, un tiempo de familias extensas y de grandes celebraciones en las casas. Se sentó en medio de un grupo de helechos altos apiñados alrededor de una palmera, hundió sus pies en una densa alfombra roja estampada.

—El té estará servido en veinte minutos —dijo *lady* Richardson—. Me han dicho que ya has visto a *sir* Henry.

Se lo habría contado Lipp, la doncella de *lady* Richardson, esa atroz francesa que fisgoneaba en todo y siempre iba vestida de negro. Debió de verlo cuando estaba con *sir* Henry.

—Me cuentan que ahora eres actor —la voz de *lady* Richardson contenía todo el desprecio de su clase y generación por una vocación tan insensata—. No tienes aspecto de actor.

Lady Richardson siempre había intimidado a Hal, y ahora sentía que aquel antiguo pánico volvía a despertarse en él. Lo sofocó. Ya no era un niño, ni un vecino, solo podía exigirle buenos modales.

—Hace muchos años que escogí una profesión relacionada con el teatro, cuando me marché de casa.

—Hay muchas ramas en esa profesión. Podría decirse que Shakespeare era miembro de la profesión teatral.

¿Cuánto sabía o imaginaba de su breve carrera como actor? La contempló allí sentada, con su rostro inescrutable y la presencia tiesa propia de su edad. Llevaba bien los años, no parecía mucho más vieja que la última vez que la había visto. Tenía los párpados algo más caídos, pero su mirada penetrante no había cambiado en absoluto, y aún contaba con el poder necesario para hipnotizar y aterrorizar.

—Yo no soy Shakespeare, ni siquiera me he planteado nunca escribir una obra. Mi talento no va en esa dirección.

—¿No? —Había todo un mundo de significados en la manera que tenía de entonar una palabra tan simple.

—La de dramaturgo no es una profesión fácil.

—Habría dicho, a juzgar por cómo eras de niño, que incluso si te dejabas arrastrar al mundo del teatro elegirías un papel más importante que el de mero intérprete.

Hal fijó su mirada en la vegetación.

—¿En serio? La gente muy pocas veces llega a ser aquello que los demás esperan de ellos.

—¿Hablas por propia experiencia? Por mi parte, suelo intuir sin errores el tipo de adultos en que se convierten los niños.

—Aún no he coincidido con Edwin —repuso Hal, deseoso de cambiar de tema. Para su gusto, *Lady Richardson* se estaba acercando demasiado a la verdad; no es que tuviera ninguna razón particular para mantener en secreto su carrera, pero sería incómodo tener que explicarse ante su familia justo en aquel momento—. Aunque sí he vuelto a ver a Alix, patinando. Me han dicho que se ha hecho daño en un tobillo, espero que no sea nada grave.

—Un tobillo torcido no es algo de lo que haya que preocuparse —el tono de *lady Richardson* sonaba ácido, parecía mejor dejar de lado el asunto de Alix y su tobillo. Volvió a tomar la palabra antes de que tuviera tiempo de reaccionar y buscó un tema más seguro—. Se te hará extraño visitar Wyncrag sin Helena.

Hal se estremeció en su interior, pero mantuvo una apariencia tranquila, o eso esperaba.

—Aquello fue tristísimo. También Isabel.

—No fueron las peores de mis pérdidas.

Maldita mujer. Daba a entender que Jack había sido mayor pérdida que Helena y que su nieta. Para él no había sido así, desde luego.

—Tú estabas muy unido a Helena —comentó con total naturalidad—. El primer amor es siempre dolorosísimo.

Hal se quedó mirándola. Ahí estaba él, una visita, casi un extraño, que se acercaba a saludar tras casi dieciséis años, ¿cómo podía hacerle esa observación? ¿Sobre él mismo?

«Con calma», se dijo. *Lady* Richardson siempre había atacado directamente a la yugular.

—Supongo que no te habrán contado los detalles del accidente. Fue un asunto muy desafortunado.

¿Desafortunado?

—Estaba ebria y tomó la peligrosa decisión de conducir un coche bajo la influencia del alcohol. Pagó el precio por ello, como su hija.

—No recuerdo que Helena bebiera normalmente.

—La muerte de Neville la venció por completo.

Eso sí que Hal no se lo creía. Y tenía las cartas de Nanny para demostrarlo. Helena se desmoronó pero lo llevaba bastante bien, le había dicho Nanny, dadas las circunstancias. Había tenido mucho que hacer con Isabel, que había estado enferma, y eso la ayudó a alejar su mente de la trágica pérdida de su marido.

¿Por qué le contaba *lady* Richardson todo aquello? ¿Qué respuesta esperaba de él?

—Contó con el apoyo de todo el mundo. La gente es una insensata, piensa que la pérdida de un marido es más terrible que la de un hijo. Se equivoca.

Recordó de repente que Helena había amado a Neville profundamente; ¿habría sentido alguna vez *lady* Richardson sentimientos tan intensos por su marido?

—¿Sigues soltero? O a lo mejor estás casado y divorciado. Tengo entendido que en América la gente es partidaria del divorcio.

—Yo no me he casado ni me he divorciado —respondió incómodo.

—Confío en que no sigas penando por Helena tras todos estos años.

—No sé qué se imaginará que... —empezó a decir, después se detuvo. Lo estaba incitando, lo aguijoneaba para que dijera más de lo que quería decir—. Nunca encontré a la mujer adecuada, y la mía es una vida errante, nosotros, la gente del espectáculo vamos de acá para allá, no es una situación propicia para fundar un hogar; en eso coincidirá conmigo. —¿Por qué le estaba hablando de aquella manera forzada, por qué pensaba que así podría desviar su atención?

Probablemente no podría, pero, para su gran alivio, entró Rokeby en la habitación, encabezando una procesión de portadores de té: un lacayo alto que empujaba una camarera tintineante, una doncella primera que transportaba una bandeja de plata, otra que llevaba una tarta en alto. Mientras encendían el pequeño hornillo para poner a hervir la tetera y disponían exquisitamente la porcelana de Dresde, la caja del té de plata, la tetera, la jarra de agua, el filtro con su platito, el cuenco con terrones de azúcar, el azucarero con el azúcar blanco, las pinzas, las cucharillas, el plato de las madalenas y otros objetos brillantes cuyo uso Hal no podía ni imaginar, abandonaron el tema de Helena y el matrimonio.

Solo temporalmente. Alix entró cojeando, apoyada en un bastón. Cecy venía detrás de ella, para ayudarla a sentarse.

—Déjala sola, Cecy —dijo *lady* Richardson—, o tendremos que pedirle a Hal, nuestro experto en drama, que le dé algunos consejos interpretativos. ¿Dónde están los demás?

—La señorita Perdita y la señorita Úrsula se están lavando las manos —dijo Rokeby mientras hacía girar sobre su base el pie de tres pisos que contenía la tarta, tras cogérselo a la doncella y depositarlo encima de la mesa—. El señor Edwin acaba de llegar y se está quitando el abrigo. *Sir* Henry se encuentra en su taller, pero vendrá aquí directamente.

—Siéntate ahí, Alix, y no montes un drama —le ordenó su abuela.

Eso era bastante injusto, pensó Hal, pues Alix no lo estaba haciendo en absoluto.

—Estábamos hablando precisamente de tu difunta madre —prosiguió *lady* Richardson.

Hal se quedó de piedra. ¿Qué pretendía? Reparó, pues tenía práctica en ello, en que Alix no pudo evitar ponerse ligeramente en tensión.

—¿Ah, sí? —Dijo con estudiada indiferencia—. ¿La conocía bien, señor Grindley?

—Los Grindley y los Richardson siempre han mantenido una relación de estrecha vecindad —respondió sin comprometerse lo más mínimo.

Se oyó un alboroto en el recibidor, y Perdita entró con Úrsula. *Lady* Richardson atacó.

—Este es el señor Grindley, Perdita. Abandonó el lago antes de que tú nacieras, pero era amigo íntimo de tu madre.

—Y de tu padre —añadió Hal.

Perdita no parecía interesada ni en Hal ni en sus padres; solo tenía ojos para las tartas.

—Ya me lo han presentado, en el lago. Estaba con Cecy —dijo—. Rokeby, ¿es tarta de café?

—¿Qué has estado haciendo esta tarde? —preguntó su abuela con una voz fría y dura que escandalizó a Hal. ¿Qué había hecho Perdita para merecer aquello? Él no le hablaría ni a un perro en ese tono, y aquella niña era la nieta de *lady* Richardson, por el amor de Dios.

—Escuchar el gramófono en la antigua habitación de los niños —mintió Perdita.

—Bailando —añadió Úrsula, igual de falsa—. Practicando los pasos.

Hal tenía claro que se estaban cubriendo; se preguntó qué secretos de juventud estarían ocultando.

Rokeby entró en acción, sacó rápidamente la tetera de plata del hornillo, pidió a las doncellas que sirvieran tostadas, bollitos, madalenas, mermelada de frambuesa y fresa, miel, crema de limón, membrillo.

Hal había olvidado el ritual del té inglés de media tarde. Eve, quizá por cuestiones económicas, había prescindido de aquel ceremonial. «Nadie quiere otra cosa que no sea una taza de té corriente y una galleta o dos; sobre todo después de la comida y con la cena a punto de llegar».

«Tendría que ver esto», pensó Hal, admirando el ataque de su sobrina a la comida, hábilmente secundada por Perdita. Una cría muy simpática, pero no le gustaba nada ver una niña de aquella edad con una expresión tan cerrada cuando hablaba con su abuela. La misma expresión impenetrable de Alix.

Una cara que cambió por completo, en el caso de Alix, al abrirse la puerta y aparecer Edwin, con las mejillas brillando por el aire fresco.

—Té —gritó—. Estoy hambriento.

—¿Y dónde has estado tú? —La voz de *lady* Richardson perdió algo de su dureza, Edwin, una vez recuperado, poseía un estatus diferente al de sus nietas.

—Ah, bueno, en mi estudio —dijo Edwin—. Revelando unas fotos que he hecho del lago. —Se acercó a Hal, con la mano extendida—. Tú debes de ser Hal. ¡Bienvenido a casa! Hace mucho tiempo que no nos vemos.

Así que revelando fotos; otro mentiroso, pensó Hal mientras le estrechaba la mano. Y este gemelo sí le recordaba a Helena: el pelo, los ojos, el porte, la mandíbula. Era asombroso, incluso algo perturbador. Hal tomó aire y se lanzó a una serie de comentarios anodinos sobre el tiempo, el hielo, la helada, los patinadores. ¿Pensaba Edwin competir en alguna carrera? ¿Había sacado el velero sobre hielo? Cualquier excusa era válida con tal de no mirar a *lady*

Richardson, que observaba con malicia las reacciones de Hal al mirar a Edwin, que tanto se parecía a su madre.

Por lo menos ahí la había despistado, pensó Hal, mientras mordía un bollito y volvían a él los recuerdos de los gloriosos té de su juventud. Aquella hora de la media tarde tenía algo de intemporal, con el fuego ardiendo y crepitando en la enorme chimenea de mármol. De todos modos, necesitaba un elenco mayor, que contara al menos con una docena de personas con sus tazas, platillos y bandejas de dulces hablando de las actividades del día.

Se fijó en los colores de la habitación, la oscuridad de los paneles de cristal de la cúpula, la tenue luz que iluminaba cada cuadro, y menudos cuadros. ¿Cómo es que nunca había reparado en la estupenda colección que decoraba aquella habitación? Un Sargent del padre de *sir* Henry inspeccionaba la sala desde encima de la chimenea, tres pinturas de primera clase de la escuela alemana en la pared del fondo, una maravillosa escena de carreras que debía de ser un Sisley y varios cuadros franceses de finales del diecinueve, todos ellos impresionistas, irradiaban luz y color.

Absorto en las pinturas, no se percató de las otras llegadas, y salió de su ensimismamiento artístico para pedir disculpas, levantarse y besar a Jane. — Dios santo, ¿qué la atormentaba?—, estrechar la mano de Saúl, completamente pulcro e impregnado del aire de prosperidad inglesa de clase alta. Un aspecto del sur, pensó; los norteños tenían su propia aura de éxito, pero era menos depurada, carecía del brillo de Saúl.

—Hal, querido.

Trudie, con sus chales vaporosos y su expresión y maneras distraídas, de la que siempre había sospechado que era mucho más inteligente de lo que aparentaba. Lo abrazó con cariño.

—Pero qué atractivo te has vuelto, y qué urbano. Veo que América te sienta bien. Rokeby, más té para el señor Hal. Ven y siéntate conmigo, aquí en este sofá. Bueno, cuéntame de ti, mira cuánta gente, tantos viejos amigos, te habrás llevado una buena impresión, diría yo, buceando en el pasado. No es muy buena idea en muchos casos, y claro, la última vez que estuviste aquí, era 1920, ¿no? La Navidad de 1920... Te fuiste a Londres para Fin de Año, y lo siguiente que supimos es que estabas en América. No fue muy buen año 1921, no en esta casa, pero eso ya lo debes de saber, y no hay que vivir en el pasado. En América es todo el mundo tan moderno, como casi no tienen historia, no revuelven tanto el pasado, me parece a mí.

Hal escuchaba solo a medias la conversación un tanto desarticulada, aunque pacífica, de Trudie. Le llegaban retazos de las conversaciones de los otros.

Perdita también hablaba del pasado. Fantasmas. Jemima, de la escuela, vivía en un ala de un castillo, su padre se encargaba de su conservación, era casi una ruina, pero lleno de fantasmas que vagaban por el lugar como si lo poseyeran.

—Que yo creo que lo poseen, en cierto sentido —terminó diciendo.

Lady Richardson le lanzó una mirada de desaprobación.

—La abuela no quiere saber nada de lo sobrenatural —susurró Perdita a Úrsula—. Siempre le molesta cualquier mención de fantasmas.

—No te escucha, le está diciendo a tu tío Saúl lo que tiene que pensar sobre Churchill y todos sus discursos acerca de la guerra —contestó Úrsula.

—De todos modos, cree que todo lo que digo son tonterías, así que no importa si hablo de fantasmas. Me pregunto cómo será vivir en un sitio en el que ha pasado o al que le ha pasado por encima toda la Historia inglesa: guerras, y disputas, y católicos y protestantes, e hijos que se van a la guerra y todo eso.

—Ojalá yo tuviera una amiga con un fantasma —dijo Úrsula con envidia.

Sir Henry se había sumado a la reunión y masticaba vigorosamente un sándwich mientras escuchaba la conversación de las niñas.

—Cuentan que había un fantasma en el Hall, Úrsula. Pregúntale a tu padre sobre él. Sombras que rondaban la antigua lechería. Ahora han desaparecido, claro.

Úrsula hizo una mueca.

—Es inútil preguntarle a papá, no se enteraría aunque entrara en la habitación el mismísimo Carlos I con la cabeza bajo el brazo. Él no cree en los fantasmas. Me encantaría disfrazarme y darle a Rosalind un buen susto —le confesó en voz baja a Perdita. Levantó la vista, y vio que Hal la estaba mirando—. Menudas orejas más largas tienes, tío Hal; no le vayas contando a Eve lo que digo, ¿vale?

Hal levantó una ceja.

—¿Me tomas por un chivato?

—La verdad es que no.

—En Wyncrag no tenemos fantasmas, ¿verdad, abuelo? No es suficientemente antiguo para tenerlos.

—No, Wyncrag no está encantado. Mejor, lo último que quisiera es doblar la esquina y darme de morros con mi antiguo director, seguro que me diría

que estaba haciendo algo mal.

La atención de Hal volvió a lo que Trudie estaba diciendo.

—Claro que una siempre se imagina espectros reales, solo que los fantasmas llegan en muchas formas y mucho más terroríficas que una figura de blanco que ronda por los pasillos. Los fantasmas recientes son más amenazadores que los reyes decapitados, ¿no te parece? No creo que desaparezcan nunca. A algunas personas los persiguen en sueños, y eso es delicado, pues piensas que solo se trata de un sueño y puede ser mucho más. A lo mejor algún estadounidense inteligente podría contarnos cómo controlar nuestros sueños y deshacernos de las pesadillas y los espíritus, ¿no, Hal?

Hal había estado observando a Alix y tuvo que recobrar la compostura para lidiar con este inesperado y firme final de la frase de Trudie.

—¿Sueños? Bueno, los sueños americanos son todos buenos, no se consienten los malos.

—Pero tío Hal —protestó Úrsula—. Los americanos deben tener...

Perdita le clavó un codazo en las costillas.

—Está bromeando.

La cara de Alix, cuando no estaba ensombrecida y cerrada, sino como ahora, riéndose de las niñas, era cautivadora. Había algo en ella, distinto del encanto y el atractivo de Helena, una especie de dureza y de carácter que le dieron a Hal ganas de conocerla mejor. La palabra interesante volvió a aparecer en su mente. ¿A qué se refería con interesante? ¿Poco común, distinta? ¿Inteligente, misteriosa, intrigante? Llegó a la conclusión de que poseyera o no Alix cualquiera de esas cualidades, lo que quería decir es que le interesaba. La encontraba atractiva, la quería conocer mejor, le gustaría saber lo que había dentro de su cabeza y si tenía corazón.

Podría resultar sin embargo, que la hostilidad entre ella y su abuela ocultase una similitud esencial entre ambas. En ese caso, que el cielo ayudara a cualquiera que se le acercara demasiado. Nadie en su sano juicio querría a Caroline Richardson en su vida.

Capítulo 22

Alix estaba preocupada por su tobillo. No porque le doliera en exceso, en realidad solo le dolía si apoyaba peso sobre él, sino porque detestaba tener que arrastrarse con un bastón y, aún más, merecer la compasión de nadie. Hal tenía en su rostro esa misma expresión, le daba lástima, estaba segura. Sonrió a Jane, que hablaba con Cecy del divorcio de la Simpson para darle ánimo.

—Si se casa con ella, la actitud de la gente hacia el divorcio va a cambiar —dijo Jane.

—¿Eso crees? Ojalá sea verdad —dijo Cecy—. Conozco a mucha gente que está atrapada en matrimonios rotos, y que solo siguen juntos por miedo al estigma social.

—¿Qué opina tu generación del divorcio? —le preguntó tía Jane, sacando una fina pitillera de oro y ofreciéndole un cigarrillo a Cecy.

—Yo no, gracias —dijo Cecy—. Intento dejar el vicio, a los pacientes no les gusta que les atienda un médico mujer con aliento a tabaco.

—Los médicos parecen estar fumando siempre —dijo Jane, inclinándose hacia delante para que Hal le encendiera el suyo con su mechero—. Los del campo siempre aparecen con una pipa en la boca, y el mío de Harley Street fuma puros. Supongo que es distinto para una mujer. Debo decir que encuentro la idea de mujeres médico ligeramente desagradable. Perdona que te lo diga.

—Es una opinión que compartes con gran parte de la población —contestó Cecy con serenidad—. Incluidos mi padre y tío Peter.

—¿Te han vuelto a agobiar con eso? —preguntó Alix.

—En realidad, de lo que se trata es de mantener viva la polémica. En cuanto me ven, empiezan a soltarme sus discursos —sonrió de repente—. Espera, porque eso no va a ser nada cuando papá descubra que mamá está poniéndose al día en sus estudios. Dice que cuando llegue la guerra, necesitarán cualquier médico que sea capaz de mantenerse en pie y recordar su nombre. Viejos, borrachos, mujeres, todos los que encuentren.

Jane se estremeció.

—No menciones la palabra guerra, por favor, Cecy.

Cecy le lanzó una mirada rápida y prosiguió.

—Mamá discutió anoche con el tío Peter por referirse a mi formación con demasiada dureza, pero a él eso le resbala. Además, Eve tampoco ayuda, con sus grititos de consternación sobre lo poco femenina que me estoy volviendo y lo mucho que se alegra de que Rosalind no quiera hacer el trabajo de un hombre. Cosa de la que yo también me alegro, porque tiene el cerebro de una gallina y es prácticamente analfabeta.

Jane jugueteó con sus perlas.

—Ojalá no hubiera presentado nunca a Peter y a Eve. Pero ya sabes lo que suele ocurrir, cuando tienes cerca a dos personas aburridas, te alegras de poder juntarlas y huir.

—Dios santo, ¿fuiste tú? —Dijo Cecy—. ¿Estuvo el tío Peter en Londres?

—Sí. Yo conocía a Eve ligeramente, de un comité en el que estábamos juntas, aunque no era una amiga íntima. Más bien, era un parásito, una esnob increíble con ese estilo tan deprimente de la clase media. Se pegó a mí por la posición de Saúl. En cualquier caso, me culpo un poco, pues Trudie me cuenta que no es muy amable con los niños.

Como siempre, sus ojos se nublaron un poco con la sola mención de la palabra niños. Alix, inusualmente perceptiva por tener que estar tumbada y quieta, se sorprendió. A lo mejor la tía Jane lamentaba no tener hijos. La abuela siempre había mantenido que no quería niños por el riesgo genético, porque era muy sensata en ese aspecto, como había comentado la abuela en más de una ocasión.

Pero la tía Jane estaba siendo más franca de lo habitual, casi imprudente, como si acabara de tomar una decisión sobre su vida. A lo mejor iba a divorciarse del tío Saúl, pensó Alix, y después se rio de una idea tan absurda; la abuela jamás toleraría un divorcio en la familia, bajo ningún concepto. La única posibilidad que tenía la tía Jane de divorciarse era que el tío Saúl se lo concediese, y él jamás de los jamases contravendría los deseos de su madre.

En la distancia, se oyó el sonido de la puerta principal. No se veía a Rokeby por ningún sitio, aun cuando un segundo antes estaba de pie junto a la tetera, pero reapareció enseguida para anunciar dos visitantes.

—El doctor Kerr y el señor Wrexham —dijo, y con un leve movimiento del párpado indicó a la doncella más joven que fuera a por dos tazas, platillos y bandejas más.

El abuelo los llevó hasta la chimenea, casi sin permitirles que saludaran.

—Hemos pasado para preguntar por el tobillo de la señorita Richardson —dijo Freddie cuando le dejaron hablar—. Aún lo mantiene en alto, por lo que veo; eso está bien.

A Alix le gustaba, porque no era condescendiente ni exhibía ningún tipo de prepotencia. También le gustaba su amigo, Michael Wrexham, pues no era el tipo de hombre con el que se relacionaba normalmente y sentía curiosidad. Era diseñador de aviones, le había dicho su abuelo. Un joven inteligente, en su opinión, y había oído hablar de su jefe, Giles Gibson, que estaba haciendo grandes cosas con la compañía que había fundado.

—Venga y siéntese aquí —le dijo, al ver que Freddie y Cecy se habían reconocido y comenzaban una charla de trabajo sobre el hospital St. Luke, donde Cecy estudiaba y Freddie había sido residente—. Hábleme del tipo de aviones en los que trabaja —le dijo—. ¿Son de los que la gente se compra para divertirse o tienen fines más serios?

Él se rio y aceptó una taza de té de la doncella. Le puso dos terrones y lo removió sin gracia con la pequeña cucharilla de plata.

—En mi opinión, todos los aviones son serios. Ahora, con lo que está sucediendo en España, la mayoría nos preguntamos si no vamos a necesitar aviones de combate y bombarderos, así que en eso es en lo que estoy trabajando.

Sus palabras coincidieron con uno de esos silencios repentinos propios de las reuniones sociales, y tanto los Grindley como los Richardson se quedaron helados ante la mención del tema prohibido.

A Alix le divirtieron las expresiones que pusieron, que iban desde una preocupación moderada en la cara del abuelo, a la visible alarma en las de Edwin, tío Saúl y tía Jane, pasando por el desconcierto de Freddie. Hal se fijó en cómo Alix observaba a los demás; una sonrisa cruzó su mirada, y se le curvaron las comisuras de la boca. Ella apartó la vista y reparó en el gesto despectivo de la abuela.

—No estoy segura de si lo suyo es un negocio o una profesión, señor Wrexham —dijo.

—En cierto sentido son ambas cosas a la vez, *lady* Richardson —respondió inmediatamente—. Sin clientes, no habría dinero para diseñar. No somos un centro de investigación, tenemos que vender nuestros aviones para poder avanzar con nuevas ideas y planos. Giles Gibson, el propietario de la empresa, es un diseñador competente, pero en estos días actúa más como un vendedor. No hay otro remedio.

—Desde luego. ¿Y no le parece que es un modo de desperdiciar su talento profesional?

—No, en mi campo no. Nadie compraría un aeroplano de un hombre que desconociera el funcionamiento interno de su maquinaria.

—Ya veo. ¿Y dónde se formó usted?

—En la universidad de Edimburgo, después pasé tres años en el Instituto Aeronáutico.

Alix veía que Michael, aunque aguantaba bien el interrogatorio, empezaba a sentirse incómodo. Intentó captar la atención de su abuelo para que le pusiera fin, pero este observaba a Michael con aprobación y no se percató de su gesto.

Alguien tenía que intervenir, pensó. Bueno, también podría hacerlo ella, estaba acostumbrada a despertar las iras de la abuela.

—¿Tienen intención de vender aviones a alguno de los bandos en España? —le preguntó a Michael.

Él se volvió hacia ella agradecido.

—Todos los aviones que se usan en España se hallan en el mismo bando y son alemanes. Muchos expertos en mi campo creen que practican para objetivos de mayor envergadura.

La voz de *lady* Richardson sonó glacial.

—Creo que este país está vendiendo motores de aviones a Alemania. Desean fortalecer su industria aérea para transporte y tráfico de pasajeros. El primer ministro aprueba esas ventas.

Michael dejó escapar una especie de suspiro compungido.

—Bueno, *lady* Richardson —empezó a decir—, el señor Baldwin puede que quiera... —En ese momento se produjo un estrépito de porcelana rota.

—Qué manazas que soy —exclamó Edwin—. Lo siento mucho, abuela.

Demonio de abuela, pensó Alix. No la iban a desviar del tema, excepto para hacer un gesto con la cabeza a una de las doncellas pidiéndole que lo limpiara, no cuando salía el tema de Alemania.

—Tu hermanastra acaba de regresar de Alemania, ¿no, Úrsula?

Úrsula se tragó el último bocado de panecillo demasiado rápido y le dio un ataque de tos, se puso roja por la falta de aire y la vergüenza.

—Sí, *lady* Richardson —consiguió decir—. De Munich. Ha vuelto terriblemente pronazi.

—Será interesante escuchar lo que tiene que contar. Aunque no se puede esperar de ella que haya entendido la realidad política y económica de la vida alemana, por lo menos tendrá una experiencia de primera mano de la Alemania moderna.

—Hasta cierto punto, querida —intervino *sir* Henry.

—La gente en este país condena con demasiada soltura a los nazis. Me pregunto cómo nos sentiríamos si los países del otro lado del canal se

dedicaran a denigrar un gobierno que nosotros hubiésemos elegido democráticamente.

Otra vez los nazis, pensó Alix abatida. Incluso aquí, donde cualquier conversación sobre la guerra estaba prohibida, la abuela estaba dispuesta a ensalzar las virtudes de los nazis, del mismo modo que Cecy no iba a parar de decir lo horribles que eran. La situación acabaría con una de esas educadas pero despiadadas discusiones inglesas en las que se insinuaba mucho más de lo que se decía.

Lipp entró en la habitación, con aspecto furtivo, pensó Alix. Se acercó a *lady* Richardson y le murmuró algo al oído.

—Me perdonarán, pero tengo una llamada telefónica que debo atender. Buenas tardes, señor Wrexham y señor Kerr, no, por supuesto, doctor Kerr, ¿no es así? Por favor, saluda de mi parte a tu familia, Cecy.

Alix se dio la vuelta para observar la majestuosa salida de su abuela de la sala. ¿La abuela atendiendo al teléfono en medio del té? Dónde se había visto... ¿Quién sería tan importante para merecer una atención como esa? Vio a Edwin observar la puerta cerrarse tras su abuela y supo que se preguntaba exactamente lo mismo. Se volvió y le sonrió, con un ligero encogimiento de hombros para indicar que no tenía ni idea de quién estaría al teléfono.

—¿Más té? —Preguntó *sir* Henry señalando el carrito—. Rokeby, estoy seguro de que a estos jóvenes les vendría bien algo más de té. ¿Han patinado mucho? ¿Habían venido alguna vez con el lago helado?

—Nunca, señor —dijo Freddie—. Pero Michael estuvo aquí hace dieciséis años, cuando era niño, y cuenta que entonces estaba helado.

—¿En serio? —Le preguntó *sir* Henry a Michael—. ¿Con su familia? ¿Dónde se alojaron?

—No lo recuerdo demasiado bien —contestó Michael—. Cogí una neumonía, así que mi memoria de esas vacaciones es algo difusa.

—Ya veo, ya veo; un asunto delicado la neumonía. Ahora bien, confío en que usted y Freddie cenarán con nosotros mientras estén aquí. Quisiera oír más cosas sobre ese negocio aeronáutico.

Michael llamó a Freddie, que estaba otra vez enfrascado en la conversación con Cecy.

—*Sir* Henry nos está pidiendo que cenemos aquí un día.

—Eso es auténtica hospitalidad norteña —respondió Freddie—. Acepto encantado, *sir* Henry. Por cierto, la señorita Grindley nos estaba invitando a un baile en Grindley Hall.

—Juraría que Eve estará encantada de tener a dos hombres más en el baile —intervino Jane.

Lo que realmente quería decir, y Alix lo sabía perfectamente, era si resultaría apropiado que Cecy invitara gente al baile.

Cecy también adivinó enseguida lo que Jane quería decir.

—No pasa nada, Eve dijo que invitara a cualquier amigo que quisiera. No se relaciona con gente de nuestra edad, y quiere que Rosalind conozca a tantos jóvenes como pueda.

—No te pongas tan contento, Freddie —intervino Úrsula—. Es lo peor.

—Úrsula, no deberías usar el nombre de pila de la gente de esa manera —la reprendió Cecy.

—Bueno, a Freddie no le importa, ¿verdad, Freddie?

Perdita se había acercado al enorme piano en cuanto *lady* Richardson abandonó la estancia, y había estado tocando suavemente arpegios para sí. Alix le había preguntado si usaba a menudo aquel piano, pero Perdita sacudió la cabeza, no, casi nunca, prefería tocar el viejo piano de la habitación de los niños, donde nadie podía oírla.

—Si tocara aquí, Lipp se chivaría, aunque la abuela no estuviera, ya sabes cómo es. Ojalá pudiera tocarlo más a menudo, es un piano fantástico. La tía Trudie le pide a Rokeby que lo mantenga afinado, por si tengo oportunidad. Es muy amable por su parte.

Trudie se había acercado a Perdita y, allí de pie junto a ella, la animaba a tocar. Perdita le sonrió con dulzura y agachó la cabeza para seguir con los arpegios.

—Toca para nosotros, Perdy —le pidió Alix—. Algunos villancicos. ¿Por qué no? Estamos en Navidad.

La expresión más bien seria de Perdita se iluminó, y empezó a tocar la melodía de *The Holly and the Ivy*, repitió el estribillo e improvisó alguna variación antes de empezar con *Wassail Song*.

—Me trae tantos recuerdos —dijo Hal, colocándose junto a Alix justo a tiempo de ayudarla a levantarse.

—El espíritu de la Navidad no parece demasiado presente en Wyncrag, ¿también era así en su época? —Eso sonó maleducado, aunque en realidad solo pretendía mantener las distancias.

—Bueno, recuerdo un par de momentos felices.

—¿Cuándo mis padres vivían?

—Sí —respondió Hal con soltura—. Helena sabía celebrar la Navidad, estoy convencido de que las Navidades de vuestra infancia fueron felices.

—Por desgracia, no duraron. No, no hace falta que se disculpe, solo mencionaba un hecho, no busco compasión.

—No pensaba ofrecérsela. Aquí tiene su bastón, mejor será que no intente salir huyendo sin él; de lo contrario, podría caerse, y entonces tendría que ayudarle a levantar y se vería obligada a darme las gracias por ofrecerle mi fuerte brazo.

Capítulo 23

Alix se despertó con la imagen de un vestido rojo en la cabeza. Era el vestido de noche de Perdita.

¿Por qué? Acababa de verlo en un sueño, no podía recordar los detalles, solo le quedaba un vago recuerdo de Perdy con enormes conchas alrededor del cuello y de ella misma pensando en lo inapropiado que le parecía aquel collar. Conchas de la colección de la gran galería, sin duda, ensartadas en un collar. Qué sueño más raro...

Con todo, le asaltó una duda. ¿Qué joyas llevaría Perdy con el vestido rojo de noche que había comprado en Manchester? No tenía un escote especialmente bajo, pero debería llevar algo. Los complementos que poseía serían similares a sus ropas; así que ese collar de conchas tal vez no se alejara demasiado de la realidad.

Esa debía de ser la propia Perdy, tropezando con la puerta de vuelta del baño. Alix salió de la cama y abrió la puerta para llamar a su hermana.

Una Perdita mojada, con el pelo chorreando, vestida con un lamentable batín de franela y una esponja en la mano, se detuvo y miró a su alrededor.

—Uy, perdona, Alix, ¿te he despertado?

—No. Entra un momento. ¿De dónde has sacado ese horrible batín?

Perdita se miró.

—Espantoso, ¿a que sí? Es uno de los viejos del abuelo, los míos ya no me entran y no he tenido tiempo de comprarme uno nuevo.

—Por el amor de Dios, encuéntralo, en mi vida he visto algo tan deprimente. Ahora escucha, ¿qué joyas tienes para el baile?

—Un relicario de plata —contestó Perdita inmediatamente—. Y algunas pulseras de cuentas.

Alix esperó.

—¿Eso es todo?

—El relicario me lo regalaste tú, tú y Edwin.

—Eso fue hace años.

—Lo llevo siempre.

«No, para el baile no lo vas a llevar», se dijo Alix.

—Vas a necesitar algo más vistoso, que vaya con el vestido nuevo.

—Bueno, en cuanto a eso —dijo Perdita—, ojalá no me lo hubiera comprado, aunque pareció una buena idea en su momento. Sé que tan pronto como la abuela le ponga los ojos encima, me obligará a quitármelo, y me hará ponerme mi viejo organdí. O directamente no me dejará ir —añadió sombría.

—No te pongas en lo peor.

—¿Por qué no? Es lo que pasa siempre, o lo que suele pasar si la abuela anda por medio.

Alix abrió su joyero. Tenía algunas piezas bonitas que se había comprado ella o que le habían regalado varios admiradores, pero sus gustos eran más bien modernos. Allí no había nada que le fuera bien a Perdita, pensó. Además, Perdy era muy alta y ancha de hombros. Nada sencillo le sentaría bien, y menos aún llevando ese vestido.

Cerró la caja.

—Déjame a mí.

¿Qué había pasado con las joyas de su madre? Las palabras de su abuelo volvieron a su mente, Neville le compraba joyas a Helena. Y ella, probablemente, tendría también algunas anteriores a su matrimonio. La abuela sabría dónde estaban, pero no deseaba tratar con ella ese asunto. Empezaría preguntándole al abuelo.

Se encontraba en su estudio después de desayunar, organizando unos papeles, y se le iluminó la cara al verla.

—Estás recuperando algo de color en las mejillas, eso es gracias al excelente trabajo de la cocinera, las buenas comidas te sientan muy bien. Vosotras, las chicas que vivís en Londres, no os cuidáis.

A Alix no le apetecía perder el tiempo escuchando una vez más lo mucho que le beneficiaría regresar a Wyncrag.

—Abuelo, ¿dónde están las joyas de mamá?

Una mirada cauta asomó en sus ojos apagados, pero su voz se mantuvo calmada y práctica. Una vida entera lidiando con preguntas incómodas lo había convertido en un experto. Le respondió tras una pausa, un silencio que le indicó a Alix que no iba a sacar nada en limpio de aquella conversación.

—En cuanto a las cosas de tu madre... fue tu abuela quien se encargó de todo. Trudie la ayudó, supongo. Es una tarea terrible la de organizar las posesiones de alguien que se ha ido.

—Las joyas no son como la ropa o los cepillos. Las joyas tienen un valor.

—Ah, bueno, de eso se ocuparon los albaceas. En esos casos es lo normal.

—Abuelo, tú eres uno de los albaceas.

—Un albacea con mucho que hacer, y todo resultó tan complicado..., tu madre murió en un accidente poco después de la caída de Neville en los Andes. Los impuestos también fueron un problema, recuerdo que mantuvieron ocupados a los abogados durante un tiempo considerable.

Alix se parecía demasiado a su abuelo para dejarse embrollar por aquello.

—Las joyas, sus joyas, ¿qué pasó con ellas?

Arrugó el entrecejo.

—Murió en Estados Unidos, ¿lo entiendes? Llevaba con ella sus joyas, o muchas de ellas. Su familia...

—¿Intentas decirme que su familia se quedó con las joyas? ¿Por qué iban a hacer algo así? Los abogados no lo habrían permitido nunca, debían tener los informes de peritaje del seguro y hasta las facturas de las piezas que dijiste que mi padre le compró. Era un hombre muy ordenado.

—No todas, pero las que llevaba con ella sí, estoy seguro de que esas joyas se quedaron en América —hablaba con voz firme y un tono que revelaba impaciencia e irritación—. Yo dejé todas esas cuestiones a tu abuela, cariño. Tendrás que pedirselas a ella, yo no puedo ayudarte.

Aquello no la estaba llevando a ninguna parte. Abandonó el brazo del sillón en el que estaba apoyada y se sentó como es debido. Su abuelo la observó sin entusiasmo y movió unos papeles de un lado a otro del escritorio. Después abrió y cerró la tapa de su enorme tintero de plata con el pulgar.

—¿Necesitas algo más? Esta mañana ando bastante ocupado. Habla con tu abuela a su debido momento. Yo evitaría molestarla ahora con demasiadas preguntas, se encuentra muy ocupada con la Navidad y las celebraciones. No es un buen momento. Pregúntaselo más tarde, en Fin de Año.

Alix se preguntaba qué habría hecho si hubiese sido Helena. Viuda reciente, había llevado a una hija convaleciente a América para estar con su familia. Por lo menos, ese era el motivo por el que se había ido, ¿no? Isabel se había puesto enferma en Fin de Año, y la habían traído de vuelta a casa durante el trimestre de primavera, bajo un temporal, dijeron. Después llegaron las vacaciones de Pascua con Isabel fuera, recuperándose Dios sabe dónde. Eso no se lo dijeron, pues aquella época terrible había sido un tiempo de puertas cerradas e infinitos «no delante de los niños» que la incluían a ella y a Edwin, y después, llegó la tristeza inmensa al conocer la noticia del accidente de su padre escalando.

De haber sido Helena, ella no se habría llevado las joyas consigo a Estados Unidos, no habría elegido más que unas cuantas piezas apropiadas

para la ropa de luto que llevara. Se había marchado sola, sin doncella, Alix recordaba habérselo oído comentar a una de las sirvientas de Wyncrag.

—Había un retrato de ella con unas perlas.

—Unas perlas preciosas —dijo el abuelo, con la mirada puesta en el pasado, en aquel tiempo perdido—. Qué brillo tenían. Se las regalaron sus padres como regalo de boda.

Esas se las habría llevado, pensó Alix. Pero los diamantes no, seguro. Tenía una tiara de diamantes, Alix se la puso una vez, cuando era pequeña y jugó a ser Cenicienta en el baile, girando y girando. Mamá no había parado de reír. También recordaba habérsela visto puesta a su madre para alguna gran celebración. Un vestido rojo, llevaba un vestido rojo oscuro con un poco de cola, como se estilaba entonces.

Alix sacudió la cabeza y volvió al presente.

—Tuvo que dejar algunas de sus joyas aquí en casa. En Wyncrag.

—Tu abuela sabía mejor que nadie qué hacer con ellas. Helena las dejó en herencia a sus hijas, en fideicomiso. Las heredarás cuando cumplas veinticinco.

—¿Así que las tiene la abuela?

—Bueno, yo diría que están en el banco.

—Y Perdita heredará las suyas cuando tenga veinticinco, es decir dentro de diez años. Si recibo las mías cuando cumpla veinticinco, las compartiré con ella. Tiene muy pocas, no posee nada, aparte de un relicario que es lo único que puede ponerse con su nuevo vestido.

Enfrentado a una necesidad concreta como aquella, el abuelo se sintió en terreno más seguro.

—¿No puedes prestarle un collar, pulseras, un broche, lo que necesite? —Entonces se percató de algo—. Claro, supongo que tú tampoco tienes joyas.

—Tengo. Heredé algunas piezas de mi tía abuela, seguro que te acuerdas. Repartió el dinero entre nosotros, pero Edwin se quedó con el piso de Londres y yo, con las joyas. Perdita posee algunas acciones, pero no puede tocar nada hasta que cumpla veintiuno. Lo que ocurre es que ninguna de mis joyas le sirve a Perdy.

—A lo mejor Trudie...

—No te preocupes, abuelo —dijo Alix. Se levantó y se inclinó para darle un beso en la frente.

—Ten presente, Alix, que a tu abuela no le gusta que le mencionen a Helena. Sintió un profundo pesar por su pérdida.

Alix sonrió y salió del estudio de su abuelo. La abuela podía sentir pesar, pero no a causa de su madre muerta, eso seguro.

—Tía Trudie, le he preguntado al abuelo por las joyas de mamá.

Trudie se encontraba en el secadero, un lugar que años antes se usaba para secar las hierbas medicinales del jardín y que ahora se empleaba para dar de comer a los perros. Miró a Alix, sostenía un paquete de pienso para perros encima de los cuencos de esmalte desportillados.

—Alix, ¿ha sido prudente? A mí me parece...

—Solo quería saberlo. Tenía joyas, y deben ser para Perdy y para mí. Solo que, ¿dónde están? El abuelo dice que se las dio a la abuela para que se encargara de ellas; en ese caso, es como si no estuvieran, de acuerdo, y supongo que tampoco me las va a querer entregar cuando cumpla veinticinco, dirá que no son adecuadas para una mujer soltera o cualquier cosa por el estilo. Los otros albaceas no van a preguntar qué ha hecho el abuelo con ellas, y él no le va a pedir a la abuela que me las dé, ¿verdad? ¿Pero por qué las quiere? Tiene millones.

—Las habrá metido en el banco, donde deben estar. No te preocupes por ellas hasta que tengas veinticinco.

—Cumpliré veinticinco en mi próximo cumpleaños.

—¿En serio? Madre mía, cómo vuela el tiempo. Bueno, ya se encargará de darte las joyas entonces.

Alix no vio a la tía Trudie muy convencida.

—No se trata solo de las joyas. Tenemos muy pocas cosas que pertenecieron a mamá. Únicamente una fotografía, de ella y papá. Parece que hayan escondido todo lo demás.

—La mayoría de su ropa y de sus cosas se entregó a la beneficencia. Es lo que ella habría querido. Tú no necesitabas su ropa, eras muy pequeña entonces.

—He hablado con el abuelo de sus perlas. Había un retrato de ella, con traje de noche, con aquel collar.

¿O tal vez había soñado el cuadro y las perlas, incluso hasta la cara de aquella pintura?

Trudie dejó escapar un pequeño suspiro y sacó un trozo de carne maloliente de una sartén abollada, que depositó en los cuencos de los perros.

—Lo pintó Tanner. Se le parecía tanto, me rompía el corazón verlo cuando... cuando supimos las noticias de América. Lo encargó tu padre y estaba encantado con él.

—¿Qué le pasó?

—Creo que el cuadro lo dejaron en el banco.

—¿En el banco?

—Podría haberos disgustado a ti y a Edwin, os habría recordado a vuestra madre cada vez que lo vierais.

Alix se dio cuenta de que no iba a sacarle nada más a su tía sobre el retrato.

—¿Y las joyas, se las llevó mamá a Estados Unidos cuando se fue con Isabel?

—¿Eso es lo que te ha dicho tu abuelo?

—Más o menos, y después ha intentado despistarme diciéndome que le pregunte a la abuela, que él de eso no sabía nada. Que podría ser verdad, o podría ser un farol, con él nunca se puede decir. Por eso ha hecho tanto dinero, supongo, como en el *poker*.

—Madre está bastante preocupada en estos momentos, ya lo ves... Él no quiere que nadie la moleste, y a ella le disgusta que se le mencione aquellos días. Es mejor no remover el pasado, Alix, esa es la única verdad que me ha enseñado la vida.

La mente de Alix seguía puesta en la abuela.

—¿Por qué está preocupada? El abuelo dice que anda liada con los preparativos navideños, pero no es verdad, lo haces todo tú, no ella.

—Alix, tu abuela no se fía de lo que me encarga —aquella era una de las inesperadas afirmaciones que Trudie hacía de vez en cuando. Alix miró a su tía como si la descubriera por primera vez.

—Tía Trudie, ¿no te importa? ¿Que no delegue realmente en ti y no te dé autoridad real?

—Llevo la casa —Trudie había traído a la casa un bocado desde los establos para limpiarlo, y ahora lo cogió para darle una última pasada. Brillaba entre sus manos y hacía un ruido metálico cuando lo movía—. Y tengo mis caballos —sonrió a Alix con una de sus sonrisas perdidas—. Puede que no trabaje en una oficina ni cobre un sueldo al final de la semana, pero tengo una vida muy ocupada. Cuidar de una casa como Wyncrag es un trabajo a tiempo completo.

—Pero no te pertenece, ni te pertenecerá nunca. ¿No te importa?

—Probablemente a ti te importan demasiadas cosas. Supongo que a mí también, cuando tenía tu edad. A mi hermana le importaba, a tu tía Dorotea todo le importaba mucho, durante años y años. Y, al final, consiguió escapar y dejó todo esto. Le irritaba muchísimo vivir aquí.

A Alix le impactaron sus palabras. Consiguió escapar. Huyó, solo que difícilmente se puede decir de una mujer de cuarenta años que huyó de su casa.

—¿Crees que la abuela la perdonará alguna vez? ¿Por marcharse y casarse?

—No —Trudie no entró en detalles.

—A la abuela no se le da bien perdonar.

—Ni perdona ni olvida, eso es parte de lo que... le da su poder —Trudie sostuvo el bocado a la luz y frotó una pequeña e invisible opacidad con precisión.

«Poder», pensó Alix.

—¿Y eso no significa que no avanza?

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Lo que más quería ha quedado en el pasado, el resto la vuelve indiferente. Incluido el presente.

—¿Esa indiferencia nos incluye a todos nosotros?

Trudie no pensaba responder a eso.

No era extraño. Trudie tenía la desconcertante costumbre de decir siempre la verdad. Cuando no quería, no decía nada, se retiraba en su serena distracción, con la mirada en otra parte, el espíritu y la mente separados.

Era una técnica que le habría ido bien a Alix, le habría servido para mantener a raya las críticas de la abuela.

La mención de las joyas parecía preocupar a todo el mundo, Trudie incluida, así que no la presionaría. Podría, si conseguía interesar a Edwin en el asunto, abordar a su abuela sobre el tema.

O no.

Saúl regresó a casa solo poco después de que su madre volviera de un almuerzo. Quería aprovechar la oportunidad que le ofrecía tanto la ausencia de *lady* Richardson como la de su esbirra; al saber por Eckersley que el chofer se dirigía a recogerlas a ambas, volvió a toda prisa a Wyncrag. Y había corrido escaleras arriba a su cuarto para sacar el regalo vistosamente envuelto de Mavis. Lo había traído con él, metido en su cartera ministerial, y lo había escondido encima del gran armario. No se sentía cómodo con él allí, donde Chard podía encontrarlo.

Pero cuando estaba en la puerta de su habitación, con el paquete en la mano, oyó el sonido del coche que volvía. Bajó rápidamente, se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde esconderlo y después, desesperado, corrió al escondite de su infancia: dentro de la caja del reloj del recibidor. Oyó el coche

aparcar, y el clic clac de la puerta que separaba las habitaciones de la servidumbre al oscilar, seguido de los pasos rápidos de Rokeby.

Saúl salió del recibidor sin hacer ruido, se metió en el ropero de la derecha, donde se quedó enredado entre impermeables y botas de goma.

—¿Quién está ahí? —Habló la voz imperiosa de su madre—. Rokeby, ¿qué es ese ruido en el guardarropa?

Con la cara como un tomate, salió.

—Soy solo yo, madre, me he dejado algo en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que las chaquetas se suben a las habitaciones, no se dejan en el guardarropa? No es su sitio.

—No, mamá.

Pasó a su lado con la cabeza en alto, Lipp trotaba detrás de ella como un cerdo al galope, demonios de mujer, qué mirada sospechosa le echó, como si supiera de sobra que no tenía la chaqueta ahí dentro.

Se quedó a solas con Rokeby.

—Rokeby.

—¿Sí, señor Saúl? ¿Puedo hacer algo por usted?

Le faltó el valor.

—No, no, nada importante.

Rokeby estaba acostumbrado a las cosas del señor Saúl.

—Muy bien, señor.

Saúl se metió en la sala de billar, quería fumarse un cigarrillo para calmar sus nervios. No había conseguido preguntarle al mayordomo algo tan sencillo como si podía ser cierto que hubiera visto a la hermana de Rokeby, Mavis, aquella misma mañana que había ido a Askrigg en coche. Cuando encontró un sitio para aparcar, ya había desaparecido.

Pensaba que pasaría la Navidad en Londres, pero tenía todo el derecho de estar en Westmoreland, se dijo, mientras entizaba generosamente un taco que no lo necesitaba. Era su condado natal, y había trabajado en Wyncrag hasta que mamá despidió a casi todo el servicio de dentro de casa tras la muerte de Helena, y Mavis se fue a Londres.

Disgustado consigo mismo por sentirse culpable, hizo sonar la campana y le pidió a Rokeby que le llevara un buen vaso de *brandy*. Maldita Mavis. Malditas todas las mujeres.

Capítulo 24

Escribo esto bajo las sábanas «a la luz de una linterna». Así empezó Úrsula aquella noche su diario. «Hoy he escuchado a escondidas una conversación muy útil. Estaba leyendo en la biblioteca, donde Eve y Rosalind no van nunca» escondida detrás de la cortina, con solo un agujerito para ver, cuando papá ha entrado como indignado, con el tío Roger. Arrastraban con ellos al tío Hal, que parecía no tener ningunas ganas de estar allí dentro con los dos.

»Estaban otra vez con lo de las acciones.

»—Bueno, Hal —dijo papá—. Tenemos que arreglar este asunto de una vez. Eres consciente de que Jowetts posee una serie de compañías subsidiarias. Todas están relacionadas con nuestro negocio principal, pero no creo preciso meternos en preocupaciones que no atañen a lo que conocemos. En cualquier caso, tenemos una compañía cuya fábrica principal se halla cerca de Appleby y está muy especializada. Confecciona pequeños artículos de porcelana para fines diversos.

»Papá no pudo disimular su sorpresa cuando el tío Hal le respondió inmediatamente:

»—Hablas de Palfrey, supongo. ¿La quiere comprar alguien?

»Papá se extrañó de que Hal conociera aquel nombre; el tío Hal le respondió que no, que no era raro, que se acordaba de los preparativos que hizo su padre para comprarle la compañía al hombre que la fundó, justo después de la guerra.

»Roger dijo, con esa manera tan precisa que tiene de hablar, que si Hal conocía el negocio, sería todo mucho más fácil. Papá no parecía tan seguro, y yo vi por el agujero que ponía esa expresión taciturna que le sale cuando no tiene la situación totalmente bajo control.

»El tío Hal, que posee unas piernas larguísimas, las había cruzado a la altura de los tobillos, muy a su aire, y daba una imagen en la que resultaba difícil penetrar. Por qué querían vender la compañía, preguntó.

»Papá se lanzó al instante a hablar de hechos y cifras, madre mía, qué aburrido es cuando habla de dinero. Dicen que nadie es aburrido cuando habla de lo que más le gusta, lo que en el caso de papá yo diría que es el dinero,

aunque últimamente se le cae la baba con Eve. En cualquier caso, no es verdad, ¿quién querría oír a alguien dando la tabarra sobre lagartos o sellos a menos que le interesara personalmente?

»El tío Hal escuchaba, sus ojos medio perezosos se le entornaron aún más mientras escuchaba, como si se hubiera quedado medio dormido. De repente contraatacó, demostrando que no estaba nada soñoliento. Interrumpió a papá y le dijo:

»—Vale, dices que necesitas el dinero de la venta para invertir en nueva maquinaria para Jowetts. ¿Quién quiere comprar Palfrey? ¿Por qué? ¿Y qué les va a pasar a la fábrica y a sus empleados?».

»—Estamos negociando con un tal Philip Shackleton, el director de una compañía del sur —repuso el tío Roger—. Quieren expandirse en este campo.

»—¿El sur? —Preguntó el tío Hal—. La fábrica y sus trabajadores están en el norte.

»Entonces se oyeron ejems y vacilaciones por parte de papá y Roger, pero quedó bastante claro que los jefes del señor Shackleton cerrarían la fábrica y desplazarían el negocio a otra parte.

»—¿Cuántos puestos de trabajo se perderían? Papá se estaba poniendo colorado:

»—De verdad, Hal, no salgas ahora con esa tontería del desempleo. Son trabajadores preparados, volverán a encontrar trabajo en su momento.

»—¿Cuántos? ¿Hay también mujeres empleadas?

»—Desde luego que no podemos ofrecer trabajo a todas las mujeres que lo pierden. Las mujeres deberían estar en casa cuidando de sus familias; en cualquier caso, no puedo hacer nada por las mujeres. Intentaremos incorporar a algunos de los hombres, si extendemos el negocio principal. A su debido tiempo, todo a su debido tiempo.

»EL tío Hal jugaba con ellos aunque ninguno de los dos fuera consciente del juego. Les estaba haciendo mala sangre, no sé por qué. No creo que le importe un pepino el negocio, en ningún sentido. Parecía empezar a aburrirse, descruzó las piernas y se puso en pie.

»—Encontrad trabajos para la gente que vaya a ser despedida, hombres y mujeres, y me plantearé votar con vosotros.

»—Resultaría mucho más sencillo y rápido, Hal —dijo el tío Roger—, si pudiéramos comprarte las acciones. El paquete entero. Cuando este tipo de situación se vuelva a plantear, sin duda estarás de nuevo en América, y no podremos contactar para consultarte. Reflexiona sobre lo difícil que nos pones

las cosas, nos dejas con las manos atadas. Y a ti no te importa dónde está tu dinero.

»—¿De dónde vais a sacar el capital para comprármelas?

»Yo sé de dónde, y él también, pero papá y tío Roger adoptaron un aire solemne y empezaron a hablar de bancos y cosas por el estilo. Está claro que piensan sacar el dinero de la venta de porcelanas Palfrey.

»—Pensaré en vuestra oferta —dijo el tío Hal—. Hacedme saber lo que estáis dispuestos a pagar por mis acciones. Después hablaré con mi asesor financiero y veremos qué dice.

»S. F., menudo cabreo llevaba papá.

»—No acabas de comprenderlo —repuso muy rígido—. Esta oferta no permanecerá mucho tiempo encima de la mesa, irán a buscar otra si no llegamos pronto a un acuerdo. También ocurre que el señor Shackleton se encuentra aquí ahora, ha venido al norte a patinar. Le gustaría dejar el asunto cerrado antes de Fin de Año.

»Las cejas del tío Hal se dispararon hacia arriba, me pregunto cómo hace eso, es impresionante.

»—Yo llamo a eso precipitación, Peter —fue lo único que dijo y entonces se escabulló de la biblioteca antes de que pudieran decir ni una palabra más.

»Casi me descubro, intenté no hacer ruido porque no podía evitar reírme al verlos tan disgustados por no salirse por una vez con la suya. Ojo, que yo pienso que alguien tendría que decirle al tío Hal que el tal señor Philip Shackleton es uno de esos hombres de los que todo el mundo dice que son camisas negras. ¿Está mal venderle una fábrica a un fascista? El señor Baldwin le vende de todo a todo el mundo, eso nos dijo la señorita Hazelton, nuestra profesora de Economía. Ella es antifascista. Su hermano está luchando en España contra Franco, así que tampoco se la puede culpar porque le parezca mal».

Capítulo 25

¿Me podrías prestar algo de dinero?

Perdita llevaba otra vez los pantalones de montar de su tía, que no la favorecían en absoluto. En la excursión a Manchester solo se había hecho con algunas de las cosas que necesitaba. Las prendas raídas que se amontonaban en los armarios medio vacíos de aquella casa junto con la obligación de ir por ahí hecha un espantajo constituía motivo más que suficiente para abatir a una mujer de cualquier edad.

Alix sintió un ataque de ira, sorprendentemente intenso, al mirar a Perdita, allí de pie, incómoda y avergonzada. Evidentemente, detestaba tener que pedir dinero. Su ira no se dirigía a Perdita, sino a la culpable de que su hermana pasara tantas penalidades. Recortar su dinero siempre había sido una de las mejores armas de la abuela, también a Alix le había preocupado muchísimo disponer de tan poco dinero cuando tenía la edad de Perdita. Mientras estuvo en la escuela, la abuela le enviaba el dinero de sus gastos, siempre lo justo para pagar lo básico: doce sellos por trimestre para enviar cartas a casa, un tubo de pasta de dientes a mitad de trimestre, un par de cordones por si tenía la mala suerte de romper los suyos, y betún para zapatos. En vacaciones, tenía que pedirle a la abuela cada penique, con una explicación detallada de en qué pensaba gastárselos; y detestaba ambas cosas, pedir y dar explicaciones.

Nada de aquello, ahora ya lo sabía, nacía de la tacañería o de la necesidad de ahorrar, sino que formaba parte del deseo de la abuela de controlar y suprimir cualquier rasgo de autosuficiencia. Maldita sea, Perdita no tenía por qué pasar esas penalidades. Heredaría una buena cantidad de dinero de sus padres y de la tía cuyo legado había cambiado la situación de Alix y le había dado, al fin, independencia de su abuela. ¿Eran los albaceas conscientes de lo mal que andaba Perdita de dinero? Desde luego no tendría por qué pedirle dinero prestado a su hermana, aunque a Alix la conmovió que pensara que podía hacerlo.

—Edwin me prometió que me daría algo —dijo Perdita—. Las dos últimas Navidades lo hizo, y me dijo que también lo haría este año. Así que te lo puedo devolver en cuanto lo haga. Pero es que no anda nunca en casa, y no

se ha acordado de que tengo que hacer mis compras navideñas cuanto antes. Me gustaría ir hoy. Eckersley tiene que acercarse Lowfell esta mañana, y podría llevarme.

Maldito Edwin. Estaba tan atontado con su Lidia de las narices que ni siquiera pensaba en su hermana.

—Voy a por mi monedero. ¿La abuela no te ha dado nada para que compres regalos?

—Media corona. Con eso no puedo hacer gran cosa.

Media corona, desde luego... Alix estaba a punto de entrar en su cuarto, pero se detuvo en la puerta. No, se le había ocurrido una idea mejor.

—Ven conmigo —dijo volviendo hacia las escaleras.

El abuelo escuchó a Alix decirle con enorme firmeza que Perdita debía contar con algo de dinero para hacer sus compras de Navidad.

—Yo le daré, pero me parece que debería haber salido de ti.

Parecía desconcertado.

—Desde luego que Perdita necesita dinero para comprar. Pero seguro que la abuela te ha dado algo, ¿no, Perdy?

—Dos chelines y seis peniques no se pueden estirar mucho —dijo Alix—. No cuando hay que comprar regalos para una docena de personas, papel y postales de Navidad. Edwin le dio diez chelines más el año pasado.

—Menuda diferencia —dijo Perdita—. Hasta me sobró algo para comprarme música.

Sir Henry se acarició su canoso bigote. Alix se dio cuenta de que estaba dividido entre el deseo de mantenerse al margen de aquello y su bondad natural. Tomó una decisión, abrió la llave del primer cajón de su escritorio y extrajo un rollo bien apretado de cheques. Sacó uno, extendió el papel blanco encima de su escritorio y alargó la mano para coger la estilográfica. Después desenroscó la tapa y firmó el cheque.

Perdita lo observaba con interés.

—Siempre me he preguntado cómo se firmaban. Abuelo, no hace falta que me des tanto. Además, en ninguna de las tiendas de Lowfell podrán cambiarme un cheque de cinco libras.

—Tienes razón. Llévalo al banco y que te lo cambien, te darán billetes y monedas a tu gusto. No lo gastes todo en regalos, guarda algo para comprarte música.

Perdita estaba encantada.

—Gracias, abuelo —dio la vuelta a la mesa a toda velocidad y le plantó un beso en la mejilla—. Si no te importa, no se lo voy a decir a la abuela, no

me dejaría quedármelo.

Parecía alarmado.

—No, no, que esto quede entre nosotros tres. Compra todos los regalos que quieras —se le pasó algo por la cabeza, y sacó un segundo cheque—. Alix, quiero que cojas esto y le compres algo bonito a Perdita, algo que le vaya con su nuevo vestido para el baile. Seguro que sabrás qué comprar.

—Imagínate, cinco libras enteras —dijo Perdita cuando Alix cerró la puerta del estudio al salir—. Nunca he tenido ni la mitad. Voy a poder comprarle una cinta para la cabeza a Polly, además de todo lo demás.

—Yo te voy a dar otros diez chelines —no, no protestes—, y Edwin también. Lo puedes ahorrar para el próximo trimestre, si no te lo quieres gastar todo ahora.

¿Quién sería Polly? ¿Una amiga? ¿Una de las criadas? ¿Por qué querría Perdita comprarle una cinta para la cabeza? Se lo preguntó, y Perdita estalló en carcajadas.

—No, tonta, Polly es una yegua.

—¿Tu yegua?

—No, claro que no, es del abuelo, pero yo soy la única que la monta, la tía Trudie es demasiado pesada para ella. Ven a verla, venga, por favor. Eckersley no se va hasta las once y media, tenemos mucho tiempo.

A Alix, que no le gustaban mucho los caballos, no le apetecía demasiado acercarse a los establos, pero notó que aquella era la manera que Perdita tenía de darle las gracias.

—Puedes ponerte una de las chaquetas viejas y un par de botas de goma que cuelgan al final del pasillo junto a la puerta trasera —le dijo Perdita—. No hace falta que te vistas, solo que te abrigues.

Alix se arrebujó en el abrigo cuando salieron al exterior helado y atravesaron juntas el patio de la cuadra hasta el establo de Polly. La yegua las oyó llegar, sacó su cabeza por la puerta con cierta elegancia y aguzó sus orejas, pequeñas y bonitas. Incluso Alix, que no solía fijarse demasiado en los caballos, tuvo que admitir que Polly era especial cuando la hermosa criatura le dirigió unos ojos lustrosos e inteligentes, relinchó levemente y olisqueó a Perdita, que rebuscaba en el bolsillo de sus pantalones un terrón de azúcar.

—¿Es árabe, no? —preguntó Alix mientras le acariciaba el cuello de seda.

—Sí. Quince manos, y corre como el viento.

—¿De dónde ha salido? ¿Cuándo la compró el abuelo?

—Pertenece a Delia Grindley; ya sabes, la madre de Úrsula, no se le permite mencionarla.

—Claro que sé quién es Delia. ¿Pero por qué ha terminado Polly aquí?

Perdita bajó la voz.

—El padre de Úrsula se portó realmente mal cuando su madre se marchó con aquel hombre. Hizo una cosa espantosa. Exigió que mataran a su perro.

Alix se la quedó mirando, horrorizada.

—¿Aquel *cocker* tan bonito al que quería tanto?

Perdita asintió.

—Y le iba a pegar un tiro a Polly, porque sabía que eso le dolería muchísimo a Delia, que adoraba a Polly. Pero cuando ella se enteró de lo del perro y se dio cuenta de los horrores que Peter Grindley era capaz de cometer, le envió a su abogado para que no lo hiciera, porque el caballo era de su propiedad. Era horrible con el dinero, dice Úrsula, pero su madre tenía un montón de dinero propio que él no podía tocar, y eso lo enfadó aún más. Úrsula sabía que su padre le pegaría un tiro a Polly dijera lo que dijera cualquier abogado, así que le pidió a uno de los mozos de cuadra que la soltara. Pero ninguno lo hizo, porque sabían que los despedirían en cuanto se enteraran. Pero el chofer, ¿te acuerdas de Wilbur?, prometió que él se encargaría de ese asunto. Úrsula me contó que Wilbur le había dicho que clamaba al cielo cómo había tratado a su madre y que él no podía soportar a la gente que pagaba sus miserias con los animales. Así que robó a Polly del establo y la trajo aquí, después de contarle a la señora Grindley dónde estaba. Cuando Peter Grindley se enteró se puso terriblemente furioso y amenazó a Wilbur con todo tipo de represalias. A Wilbur no le importaba, de todos modos ya llevaba tiempo pensando en unirse al ejército y no necesitaba las referencias del señor Grindley, de modo que se marchó al día siguiente.

—Santo cielo —dijo Alix—. No tenía ni idea de lo que había pasado. Edwin no me ha contado ni una palabra.

—Oh, Edwin decía que estabas demasiado ocupada en Londres como para interesarte por nuestros pequeños escándalos locales.

—¿Se enfrentó el abuelo a Peter? ¿Qué dijo la abuela?

—Pues la verdad es que lo hicieron bastante bien. Ya sabes que el abuelo es muy astuto, y cuando Delia le llamó por teléfono para pedirle que cuidara de Polly y que evitara que Peter Grindley se acercara, inmediatamente respondió que lo más sensato era que comprarle a Polly, así que le firmó un cheque y se lo envió. Verás, la yegua era suya, Delia podía venderla si le apetecía y de ese modo Grindley ya no se atrevería a robársela al abuelo por muy furioso que estuviese, ¿verdad que no? Aunque sí que montó una buena y despotricó lo impensable, incluso amenazó con demandar al abuelo y con

otras barbaridades por el estilo. La abuela le dijo que se estaba comportando irracionalmente y perdió la paciencia con él. Eso le cerró la boca definitivamente —concluyó Perdita con gran satisfacción.

Capítulo 26

Michael volvió a tener pesadillas. Vividas y terroríficas, exactamente igual que la primera noche y, de nuevo, terminaron cuando empezaba a desplazarse hacia el origen de aquellos extraños quejidos que oía en su sueño.

Esta vez se despertó y se encontró solo, no estaba allí la señora Dixon para devolverle a la normalidad con una taza de té y un fuego bien alimentado. En esta ocasión amaneció en medio de la oscuridad, en una habitación fría y preso de un sentimiento de aprensión.

Llamaron a la puerta. Se puso tenso, ¿seguía soñando? Le había pasado antes: se despertaba de un sueño, en apariencia en su propia cama, para únicamente cambiar a otro. Poco a poco reparaba en la sutil extrañeza del entorno familiar y comprendía, cuando al final se despertaba, que había estado soñando todo el tiempo.

Se incorporó y buscó a tientas el interruptor de la lamparita junto a la cama, agradecido de que la posada tuviera, tal y como había alardeado de ello el señor Dixon, electricidad en todas las habitaciones desde el año anterior.

—Hasta entonces usábamos velas y lámparas de aceite, y aunque algunas personas las encontraban pintorescas, es una manera sucia y desagradable de iluminar una casa, sobre todo si lo comparamos con la electricidad.

Estaba despierto. Había oído que llamaban a la puerta.

—Adelante.

Asomó la cabeza de Freddie, que parecía medio dormido.

—¿Estás bien, amiguito? No es mi intención inmiscuirme, pero armabas un escándalo del demonio, gritabas en sueños y todo eso. Una de tus pesadillas, supongo. Parecías pasarlo mal y he pensado que querrías que te despertaran.

—Gracias, Freddie —Michael se desembarazó de las sábanas revueltas—. Sí, otro de esos malditos sueños. Pasa, esta habitación ya está bastante fría, no hace falta que dejes entrar más corrientes de aire.

Freddie, bien abrigado con un batín de lana, entró y cerró la puerta tras él. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una petaca de cuero.

—He traído esto. Raciones de emergencia. ¿Un traguito?

—Solo hay una taza para lavarse los dientes.

—Servirá, yo me quedaré con el tapón. No, tú quédate ahí donde estás, y yo intentaré convencer a estas ascuas moribundas de que hagan su trabajo — le tendió a Michael un buen trago de *brandy* y se dedicó al fuego, le echó más carbón y lo atizó vigorosamente hasta que volvió a la vida.

Las llamas devolvieron inmediatamente el calor y su aspecto hogareño a la habitación, y alejaron la noche oscura y el bosque. Michael empezó a relajarse.

—Mucho mejor.

Para sorpresa de Michael, Freddie no se marchó, sino que se acomodó en una confortable silla de madera junto al fuego.

—He estado pensando en esos sueños tuyos. Desde luego no tratamos eso demasiado en la carrera, pero hay un sentimiento generalizado de que deberíamos hacerlo. De todos modos, tengo un par de amigos metidos en ese asunto, que se dedican al cerebro, psiquiatría y esas cosas. He leído a Freud, como supongo que también tú, y un poco a Jung, que tiene algunas ideas algo locas, pero que también puede resultar interesante.

—Nada de Freud —dijo Michael—. Que me aspen si voy a leerme eso. Mi inconsciente o subconsciente y todos esos como se llamen, mi *ego*, el *ello* y lo demás pueden cuidarse solos, muchas gracias.

—Precisamente, a juzgar por cómo sonaban, no pueden. Si has empezado a tener pesadillas iguales a las que tenías cuando eras niño, es que hay algo removiéndose en esa cabeza tan dura que tienes, y sospecho que, sea lo que sea, estará mejor fuera que dentro.

—¿Te refieres que le cuente mis sueños a un tipo con gafas para que él me diga que mi madre me pegaba cuando era pequeño?

—Si lo hizo, seguro que te lo merecías. No seas burro. Los sueños significan algo, por lo menos los sueños vividos en color que no paran de repetirse.

Michael estaba pasmado. Siempre había considerado a Freddie uno de los hombres más racionales que conocía. Listo, desde luego, muy listo, nada proclive a fantasías.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Algo como eso, que no para de dar tumbos por tu cerebro, no te puede hacer ningún bien. Para empezar, no te deja dormir y si tienes muchas pesadillas, llegará un momento en que no querrás ir a dormir. Y eso le va a sentar a tu trabajo estupendamente, ¿a que sí?

—Me he estado dejando la piel en el trabajo en los últimos meses, debe de ser eso lo que ha provocado tanta pesadilla.

—Podría ser, aunque lo dudo. Déjame que te haga algunas preguntas.

—Freddie, si planeas psicoanalizarme, ya te digo, desde ahora mismo, que no lo pienso consentir.

—No estoy cualificado para eso, y además, se tarda siete años y cuesta un riñón. Cállate la boca y analicemos los hechos. Me dijiste que la primera vez que tuviste esa pesadilla te encontrabas enfermo. Habías estado en los lagos en invierno y enfermaste de neumonía.

—Exacto. Temperatura elevada, alucinaciones. No hace falta que te cuente qué es la neumonía.

—¿Cómo cogiste esa neumonía?

Por el amor de Dios, Freddie, ¿cómo la coge todo el mundo? No lo sé.

—¿Habías tenido un resfriado fuerte, alguna otra enfermedad?

Michael suspiró, cerró los ojos, pensó.

—No. Fue un poco sorprendente, la verdad. Nunca me había puesto enfermo. Había pasado por todas las enfermedades de la infancia sin complicaciones, y no era un niño enfermizo con problemas de garganta ni de pecho. Estaba sano y bien. Muy bien. Siempre. Me quedé fuera hasta tarde, eso fue todo, cogí un resfriado.

—Que se convirtió en neumonía. Yo a eso lo llamo raro, si estabas tan sano como dices.

—Yo a eso lo llamo cosas que pasan.

—Dejemos la neumonía, entonces. Enfermaste en invierno. ¿Cuándo?

—Estábamos aquí pasando la Navidad.

—Después, cuando volviste a tener el sueño, ¿ocurría en alguna época particular?

Demonio de hombre.

—Ahora que lo mencionas, creo que sí. Esta época del año. Navidad, Fin de Año. Cielo santo, ¿por qué no se me había ocurrido antes?

—Porque estabas ocupado con la escuela, después con la carrera y las notas, lidiando con un trabajo duro y tenías mejores cosas en las que pensar. Es fácil y perfectamente natural arrinconar una pesadilla en el último reducto de la mente.

—Sí, pero no se repetía todas las Navidades. Y cuando crecí, no lo tuve durante años. Hasta ahora. Podía decir que lo había olvidado. Así que no está relacionado con la Navidad. ¿Qué opinas, que la emoción excesiva y el pudín de ciruelas recalientan el cerebro?

—Seamos un poquito más científicos.

—No llames científico a tomarse los sueños en serio. Los sueños no son más que basura que flota en nuestra mente y que cobra vida cuando dormimos.

—¿Te parece que el sueño que acabas de tener, que te ha hecho gritar con auténticos alaridos, no es más que basura?

—¿Y cuál es tu conclusión?

—Mi conclusión es que te ocurrió algo cuando estuviste aquí aquella Navidad. ¿Tuviste un accidente, te caíste en el hielo algo así? Un chapuzón es estas aguas heladas podrían provocarle una neumonía al más sano de los niños.

—No, que yo recuerde.

Freddie se levantó.

—Vuelve a dormirte, compañero. Que tu subconsciente haga el trabajo por ti. Hay algo ahí enterrado que quiere salir. Cuando recuerdes a qué se debe, te apuesto una botella de buen clarete a que no te volverá a perturbar el sueño.

Michael miró a su amigo.

—No quiero obligarte a seguir despierto, y sé que al minuto empezarás a bostezar, pero me gustaría contarte el sueño.

Freddie se sentó inmediatamente otra vez.

—No voy a bostezar. No quería sugerirlo, pero me parece una buena idea.

—Los sueños de los demás son tan aburridos...

—A mí este no me lo parece.

—¿Qué pasa, qué sueñas exactamente?

—Es sobre un cerdo salvaje. Colmillos, ojos inyectados en sangre y esas cosas.

—¿Un jabalí? Eso suena interesante.

Michael le contó el sueño, al principio vacilante, mientras intentaba describir lo que sentía y qué aspecto tenía el lugar donde se encontraba. No estaba acostumbrado a relatar aquel tipo de cosas, pero a medida que el sueño avanzaba, se expresaba con menos dificultad. Terminó y se quedó callado.

Freddie no dijo nada durante un rato. Se levantó y volvió a atizar el fuego, después sirvió más *brandy* a los dos antes de volverse a sentar.

—¿Y bien? —preguntó Michael.

—Impresionante —fue el veredicto de Freddie—. Creo que si tuviera una pesadilla como esa, despertaría a la casa entera, no solo al tipo de la puerta de al lado.

—Freddie, ¿crees que los sueños pueden hablar del futuro?

—¿Me preguntas si son premonitorios?

—Sí. ¿Puede alguien soñar algo que aún no ha sucedido?

—Yo diría que no. Hay un tipo llamado Dunne que te respondería que sí. Ya que preguntas, en mi opinión este no es un sueño que haya salido de la nada. Más bien lo contrario, estás recordando algo que te sucedió. Solo que fue una experiencia tan mala que la has relegado a tu inconsciente para poder olvidarla.

—En ese caso, es una pena que no lo haya conseguido.

—Aseguran que es mejor traer los terrores del pasado a la mente consciente. Como les ocurre a los pacientes traumatizados por la guerra. Una mala experiencia puede enterrarse, pero si no se aborda, causa problemas mayores después. Igual que una herida infectada que cicatriza.

—Oh, muchas gracias, Freddie, ahora tengo un inconsciente séptico.

Freddie se rio.

—Solo partes de él.

—¿Y cómo puedo dejar de tener este sueño? —dejó expuesta su debilidad, estaba admitiendo ante Freddie que le perturbaba profundamente aquella pesadilla recurrente.

—La mejor manera es recordar lo que sucedió.

—¿Pero cómo voy a hacer eso tras media vida sin acordarme?

—Creo que el recuerdo intenta salir a la superficie por algún motivo. Dale una oportunidad y acabará regresando. Mientras estás despierto y no en sueños, quiero decir.

Lejos, en algún lugar, cantó un gallo.

—Maldito bicho —dijo Freddie poniéndose en pie—. Canta horas antes de que salga el sol. Si fuera mío, lo mandaría a la cazuela el día de Navidad.

—Descansa esta noche, Freddie. O lo que queda de ella... Y gracias. Vas a ser un médico magnífico. Estás desperdiciando tanto talento curando huesos, me parece.

—Los huesos son fáciles en comparación con las mentes. Con los huesos sabes qué te traes entre manos. Buenas noches.

Capítulo 27

Mientras bajaba por la escalera principal, Hal escuchó el ruido de un coche que se aproximaba. Quiso ver quién era y se asomó a una ventana del rellano, una de las más pintorescas de Grindley Hall, reestructurada en su etapa gótica. A través de su elegante arco ojival pudo contemplar un magnífico Rolls Royce. Un Rolls Royce brillante y morado.

«Dios santo», se dijo. Un chofer elegantemente vestido con librea morada abrió la puerta del copiloto. Una joven de aspecto altanero bajó de un salto, y después se produjo una pausa antes de que sacara un sombrero de plumas lilas y moradas. Debajo de aquella prenda sorprendente reconoció a la enjuta y familiar figura de una mujer vestida con un traje morado que anunciaba a gritos proceder de París. Su cuello y sus hombros iban envueltos en pieles opulentas.

La tía Daphne, bendita la hora. No parecía ni un día mayor que la última vez que la había visto y seguía teniendo el mismo mal carácter a juzgar por su expresión. Su voz le llegó flotando.

—¿Por qué no ha venido nadie a recibirme?

Bajó disparado por las escaleras, ganándole la carrera hasta la puerta principal a una doncella con cara de preocupación.

Entonces abrió la puerta de par en par. La tía Daphne hizo su aparición, y la doncella dio un paso atrás, abrumada por el aura de fragancia cara que la envolvía.

Hal —dijo, besando el aire tras sus orejas—. ¿Qué estás haciendo aquí? Lo último que oí de ti es que te encontrabas en Nueva York. Habrás regresado por el hielo, supongo, no te puedes imaginar lo espantoso que es este frío. Y por lo que veo el Hall no está bien caldeado. Dile a quien corresponda que se asegure de que mi habitación tenga la temperatura adecuada, ¿quieres? Y asegúrate de que el salón no esté congelado. Mi constitución no soporta el frío.

La doncella se recompuso.

—¿A quién debo anunciar como visita, señora?

—Soy la señora Wolf, y no estoy de visita, he venido para quedarme. No te molestes en anunciarme, Hal me acompañará. Espero que el té esté listo,

me siento hambrienta tras el viaje, bastante hambrienta. Mi doncella y mi chofer también tomarán té. Encárgate de eso, por favor.

El placer de Hal ante la escena que se avecinaba era inmenso.

Eve vaciló ante la identidad de su visitante, pero la sacó de dudas Él «¡Tía Daphne!» estupefacto de Roger al entrar. Avisaron a Peter que, cuando se sobrepuso de un asombro similar, revoloteó inquieto alrededor de su tía de manera más que divertida.

Eve fue presentada formalmente a tía Daphne e intentó, sin conseguirlo, parecer encantada. Quedó bastante desconcertada cuando, al llegar Rosalind al salón y ser presentada a su vez, la señora Wolf observó de arriba abajo a su preciosa hija y pronunció un fulminante «Ya veo». Después preguntó por Angela y les reprochó que ninguno de sus sobrinos nietos y sobrinas nietas tuvieran suficiente educación como para esperarla cuando sabían que llegaría a esa hora.

Peter envió a toda prisa a una doncella para que reuniera a la generación más joven, mientras Eve, con una sonrisa congelada en los labios, le explicaba a tía Daphne que su llegada al Hall había sido totalmente inesperada aunque, por supuesto, estaban encantados de verla.

La tía Daphne le prestó escasa atención mientras sus ojos repasaban la sala y se posaban, por último, en la frugal bandeja del té.

—¿A qué hora se toma el té estos días? Es extremadamente malo para la digestión tomar el té demasiado tarde, y estropea el apetito para la cena. Peter, dile a esa pánfila de doncella que lleve mi equipaje arriba, a la habitación roja. Bonnet se encargará de deshacerlo.

Una expresión de horror cruzó el rostro de Eve.

—¿Se va a quedar a pasar la noche?

—Querida, como he dejado perfectamente claro al llamar por teléfono, mi visita durará toda la Navidad. Me iré el dos de enero, fecha para la que mi cuerpo estará hecho pedazos, por lo que tendré que someterme a una cura. Y eso si no he fallecido de hipotermia mucho antes de Fin de Año. Peter, díles que alimenten el fuego, esto es una casa, no una nevera.

Eve parecía enfurruñada.

—Lamento decirle que no teníamos la menor idea de que venía a visitarnos.

—Tonterías, dejé un mensaje por teléfono. Ahora, por favor, pide el té directamente, vengo de muy lejos y lo mínimo que se puede esperar del norte de Inglaterra es un té como es debido.

—Le diré a la doncella que traiga otra taza. Y algunas galletas, a lo mejor.

—¿Galletas? ¿Qué es eso de las galletas? Grindley Hall era famosa por su excelente té, todos nuestros invitados lo comentaban. ¿Galletas?

—Ahora, en muchas casas se acostumbra a servir únicamente una taza de té sin...

¡No mientras yo esté aquí! No se me ocurre de dónde has podido sacar una idea tan estafalaria. ¿De qué país proviene?

Hal observó cómo enrojecían las mejillas de Eve a pesar del maquillaje.

—En cuanto a su habitación, señora Wolf, me temo que...

—No te preocupes por la habitación —intervino Hal—. Yo me encargaré de que todo esté listo para la tía Daphne.

Eso aún irritó más a Eve.

—Me temo que no te corresponde a ti organizar la distribución de los cuartos en el Hall.

—Oh, pero en este caso sí que me corresponde. Literalmente. No te preocupes, Eve, me encantará trasladarme a mi antigua habitación. Daré instrucciones para que enciendan la chimenea, si no te importa, creo que de otro modo, tía Daphne encontrará la habitación roja algo helada.

—Gracias, Hal. Ahora, Eve, ¿no? Sí. Por favor, asegúrate de que mi doncella se aloja cerca, de modo que pueda llamarla en medio de la noche si lo necesito. Sufro de insomnio y ella me lee.

—¿Doncella?

—Bonnet. Ya te lo he dicho, se llama Bonnet.

—¿Una doncella francesa?

—Por supuesto que es una doncella francesa.

En la confusión que siguió a la llegada de la tía Daphne, Hal supuso con acierto que nadie lo echaría en falta. Así que mientras su tía se daba un baño de vapor y preparaba la elaborada *toilette* que consideraba necesaria incluso para una reunión familiar, él tomó uno de los coches de Peter tras darle a Parsons un billete de diez chelines y condujo hasta Wyncrag. A *Sir Henry* le encantaría, sin duda, la noticia de la llegada de tía Daphne.

¿Y los otros?, se preguntó mientras maniobraba con el enorme coche por las esquinas traicioneras. ¿Se acordaría Alix de Daphne?

—Claro que me acuerdo —contestó.

Ella y *sir Henry* estaban jugando al billar cuando llegó, pero sus espectaculares noticias hicieron que acabaran la partida.

—Es mi madrina.

—¿Sí?

—Aunque apenas la recuerdo, era muy pequeña la última vez que la vi., debía de tener cinco años.

—Exacto —confirmó *sir* Henry, mientras colocaba su taco en su sitio—. Hará unos veinte años que subió hasta aquí por última vez. Me tomaré la revancha otra noche, Alix —y añadió mirando a Hal—. No la desafíes nunca al billar, es una jugadora endiablada.

—Algún día podemos echar una partida —le dijo Hal cortésmente a Alix. Qué guapa estaba esa noche, pensó, al ver que tenía algo de color en las mejillas por primera vez y los ojos brillantes tras haber vencido a su abuelo. Parecía menos tensa, quizá porque su abuela no estaba allí en ese momento.

—¿Por qué la señora Wolf no regresó? ¿Hubo alguna pelea? —Preguntó Alix—. Abuelo, ¿llamo para que te traigan un *brandy*?

—Sí, por favor, cariño —contestó mientras se hundía en uno de los sillones y le hacía un gesto a Hal para que ocupara el otro—. ¿Hal? ¿Un *brandy*? ¿O prefieres un *whisky*? Vosotros los americanos siempre preferís el *whisky*. Rokeby —dijo cuando el mayordomo entró—. ¿Tenemos algún *whisky* americano en la casa?

—¿*Bourbon*, señor? Creo que sí.

—Ahí lo tienes, Hal. Toma un *bourbon*. ¿Alix?

—Un cóctel, por favor, Rokeby.

—En respuesta a tu pregunta, Alix —prosiguió *sir* Henry—, Daphne dejó Grindley Hall cuando se casó con Wolf. Formaba parte de la familia licorera, ya sabes, y tenía una gran habilidad para hacer dinero. Se quedó varias semanas durante la guerra, pero Peter hizo unos cuantos comentarios imprudentes sobre su marido y se marchó enfadada. Wolf murió hace algunos años, ahora ella es una viuda muy acaudalada, pero no creo que haya perdonado nunca a Peter. Me pregunto por qué habrá venido.

—Vive en Francia —dijo Alix—. Me envía cada año una postal por mi cumpleaños y un regalo que siempre resulta excesivo: perfume, chales y cosas parecidas. Yo los aprecio, la verdad.

Tiene una villa en el sur, cerca de Mentone, y un apartamento en París —dijo Hal—. Ahí es donde la vi la última vez, en París. Hace diez años.

¿Estabas en Europa hace diez años? —Dijo Alix—. No viniste a Westmoreland.

—No. Pasé unas cuantas semanas en Londres y después volví a coger el barco a Nueva York —vio la expresión burlona de los ojos de Alix—. Te preguntas cómo un actor ambulante puede permitirse los billetes y las facturas de hotel.

—Hal es un Grindley —dijo *sir* Henry—. En el testamento de tu padre te correspondía una buena herencia, y tu madre también te dejó algo, ¿no es así, Hal? No hay ningún motivo para que no puedas cruzar el Atlántico de vez en cuando.

El mayordomo volvió a aparecer, transportando una bandeja de plata con licoreras, vasos y una coctelera.

—Alix, ¿qué clase de brebaje tienes ahí?

—Rokeby lo sabe: hace unos cócteles increíbles. Deberías probar uno, abuelo.

—Me quedo con mi *brandy* con soda, gracias.

—Tu tía no conocía a Eve, ¿verdad? —le preguntó Alix a Hal.

—No, y a juzgar por la primera impresión, no creo que a la tía Daphne llegue a gustarle Eve. Intuyo que esta Navidad va a ser más divertida de lo que esperábamos.

—Daphne tiene que cenar en Wyncrag —dijo *sir* Henry—. He invitado a esos dos jóvenes que se alojan en el Faisán a que vengan un día. Podían coincidir todos. Para ser sincero, Daphne y Caroline no siempre han contemporizado bien.

¿Sería menos arriesgado juntarlas si el grupo es más grande, abuelo?

Se rio.

—Las dos se conocen desde hace mucho, y nunca se tuvieron demasiado aprecio. Piedra y pedernal, piedra y pedernal. Daphne es una mujer efusiva, ¿no estás de acuerdo, Hal? A veces resulta casi histriónica, como si siempre estuviera actuando. En realidad, de ahí lo debes de haber heredado tú, ahora que lo pienso.

—Dudo de que las tendencias dramáticas se hereden.

—Deben de heredarse —dijo Alix—. Ahí están las grandes dinastías del teatro.

Puede que eso sea solo oportunismo y nepotismo —contestó Hal—. ¿Qué hay del primer miembro de una familia que salta al éxito y la fama? ¿De dónde lo sacan? Tu hermana Isabel, por ejemplo, era una actriz en potencia, se le daba fenomenal interpretar papeles en pequeñas farsas desde que era pequeña. ¿De dónde le vino ese talento?

—No de su abuela —prorrumpió *sir* Henry con una risita y un graznido—. No, desde luego, no de Caroline. Ni de mí. Me pregunto si habría llegado a los escenarios, pobre criatura.

—No si la abuela hubiera podido evitarlo —respondió Alix—. ¿Te lo imaginas?

Alix se bebió su cóctel lentamente, solo escuchando a medias la conversación de Hal y el abuelo sobre Nueva York, una ciudad que el abuelo había visitado en varias ocasiones, y después sobre otros lugares de Estados Unidos: Chicago, Texas, la agradable California, el crudo invierno de Boston...

Alix no había estado nunca en Estados Unidos, y se sintió ligeramente excluida de la conversación, pero eso no le importaba demasiado. Por una vez estaba tranquila, y la cálida sala, con la luz tenue, el crepitar del fuego, el leve aroma de puro en el aire, la ayudaban a relajarse. Sus pensamientos iban y venían, descansaban en su cóctel cuando levantaba el vaso y observaba las llamas titilantes a través de él.

¿Estaría su madre realmente borracha cuando se estrelló el coche? ¿Era del todo fiable la memoria de una niña de nueve años? ¿Significaba algo que ella no hubiera visto jamás a su madre bebida? Ya había visto antes gente borracha, pues recordaba claramente a algunas visitas demasiado alegres tras haber dado cuenta de una opípara cena y varios vasos de oporto; también recordaba al tío Saúl, pálido e infeliz, hablando con lengua de trapo; incluso a Peter Grindley en el Hall y gritándole a Delia, que solo se apartaba un poco para que no la oyera, comentándole a Helena que su marido venía con una resaca terrible de una cena oficial y que tenía el hígado hecho pedazos.

Conocía a muchas mujeres en Londres que bebían demasiado con regularidad, chicas de su edad que iban de fiesta en fiesta borrachas, mujeres mayores con vasos de ginebra en la mano, todas formaban parte de su entorno social. La gente más joven montaba follón y salía a toda velocidad en sus ruidosos coches, lo que suponía una amenaza para ellos mismos y para cualquiera en la carretera o las aceras. Era todavía peor en los años veinte, decía la gente, los locos años veinte, cuando murió su madre.

Y el alcohol en América, destilado en casa y de contrabando, suponía que bajo las opresivas leyes de la prohibición debía de tener efectos mucho más potentes y peligrosos que cualquier cosa que se bebiera en Inglaterra. Aún así.

Le había preguntado a Edwin. No, él tampoco recordaba que su madre bebiera mucho.

—Solo que hace mucho tiempo de eso, Lexy, éramos muy pequeños como para habernos dado cuenta de algo así. Además, nadie se habría podido inventar una historia como esa si no fuera cierta. Deja de darle vueltas. Si lo que deseas es estar triste, busca otra manera. O empieza a pensar en la gente que hay en el mundo mucho más desgraciada que nosotros, eso permite cambiar la perspectiva, ya lo sabes.

«Sí, pensaré en Lidia, por ejemplo», pensó con amargura.

Le preguntó a la tía Trudie, aunque tampoco fue de mucha ayuda, no, claro que Helena no era alcohólica, nada de eso, pero aquella época fue muy dura para ella, no era extraño que la gente ahogara sus penas bebiendo. Y también ella le aconsejó a Alix que no le diera más vueltas.

—Recuerda a tu madre tal y como la conocías. Esa es la manera más bondadosa de honrar su memoria.

Alix no quería bondad, quería la verdad.

Desde su llegada a Wyncrag en este último viaje, veía a su familia de modo diferente, tal y como solía suceder tras un período de tiempo tan largo, y se hacía preguntas que no se había planteado nunca. ¿Qué le había pasado a Isabel? ¿Por qué su padre estaba escalando en los Andes cuando su hija mayor, a la que se sentía increíblemente unido, no se encontraba bien? ¿Por qué Estados Unidos le había parecido un buen lugar para pasar la convalecencia? ¿Por qué no el sur de Inglaterra o Suiza?

—¿En qué estás pensando?

La voz de Hal interrumpió sus pensamientos. Parpadeó.

—¿Dónde está el abuelo?

—Ha ido a buscarme unas fotos. De cuando estuvo en el Lejano Oriente.

—¿Cuándo fue eso? No recuerdo ningún viaje a Oriente.

—Fue a principios de los años veinte, estaba preparando el viaje más o menos cuando yo me fui a Estados Unidos. Visitó Singapur, y creo que Shanghai y hasta Japón. Los ingenieros suelen ser grandes viajeros, ya sabes cuánto le gusta salir al extranjero.

El abuelo se hallaba fuera el otoño en que murió su madre, recordó. No sabía dónde había ido, aunque debieron mencionarlo. Estaban ocurriendo demasiadas cosas a la vez para que una niña de nueve años reparara en la ausencia de su abuelo. De repente tuvo un recuerdo fugaz: la abuela de pie en el recibidor, hablando con una apagadísima tía Trudie, con la frente arrugada del mismo modo en que se le seguía arrugando cuando estaba angustiada, y la abuela repitiendo que menos mal que Henry estaba fuera, que ella se apañaba siempre mucho mejor sin él, empeñado en poner siempre las cosas más difíciles.

—¿Se llevó la cámara grande con él, esa que a Edwin le gusta? Debía de llevar un regimiento de maletas.

—Así son los ingleses cuando viajan por el extranjero.

—Tú viajas con poco equipaje, por supuesto.

—Mi generación muestra una actitud diferente ante un viaje. La rapidez y la sencillez son prioritarias, por encima de las comodidades o de cargar con medio armario. Tendrías que haber visto cuántos baúles y maletas consideraba mi madre necesarios para un par de semanas en Londres.

—¿Sabes? Eso es lo que más echo de menos de mi madre, los detalles que tú sí recuerdas de la tuya. Era demasiado pequeña para que me quedaran grabados. Aunque un montón de baúles sí me despierta algún recuerdo.

Miró a Hal, frente a ella, que aquella tarde parecía pertenecer a aquel entorno de tranquila oscuridad inglesa de invierno, fuego y silencio. Tenía un aire sólido y reconfortante de competencia natural, muy distinta de la vida precaria que se suponía que llevaba. Era, después de todo, uno de ellos; aunque hubiese huido de sus raíces norteañas, había nacido y se había criado entre aquellas colinas. Era un Grindley, no un extraño.

—¿Te gustaba mi madre? —le preguntó de sopetón. Si quería cumplir su deseo de averiguar más datos de su madre, tenía que hablar con alguien que la conociera y que no tuviera ningún lazo familiar con ella.

—¿Que si me gustaba? —repitió Hal mientras estiraba las manos delante de él con los dedos entrelazados y el dorso de la mano hacia dentro. Se puso en pie.

¿Un cigarrillo?

—Por favor —contestó Alix. Hal abrió su pitillera y encendió el suyo y el de ella. Tiró la cerilla apagada a la hoguera y observó el brillo momentáneo al ser absorbido por las llamas—. Yo no tenía la misma edad que Helena —empezó a decir. Alix percibió la cautela en su voz, y se puso alerta—. Era bastante mayor que yo, así que no la veía de la misma manera en que la veían tus tíos y tías, o mis hermanos. Si tengo que ser sincero... —Su voz se apagó mientras miraba el fuego—. Verás, estaba encaprichado de Helena. No es extraño, sabrás de otros casos: un hombre muy joven y una mujer algo mayor.

¿Te enamoraste de ella?

Tenía el rostro en sombra, no estaba segura de si hablaba en serio. Si era así, ¿por qué se lo contaba a ella, entre todas las personas posibles?

—Si has heredado algo del carácter de Helena, compartirás con ella una de sus más notables características, su honestidad. A Helena no le gustaban las situaciones desagradables de ningún tipo, pero nunca fingió que no ocurrió. Lo cierto es que estaba enamorado de Helena. Un primer amor, la pasión de un muchacho cuando descubre qué es el amor.

—Pero ella... quiero decir, tampoco es que... —«Dios, sueño como la tía Trudie», pensó Alix. ¿Cómo se le preguntaba a un hombre directamente si

había tenido un romance con su madre? La sola idea la horrorizaba, aunque no se paró a pensar en qué medida su desagrado se debía a que la mujer era su madre, y en qué grado se debía a que eso convertiría a Hal en un tipo despreciable.

—¿Si fuimos amantes? Por supuesto que no. En primer lugar, tu madre adoraba a Neville y jamás miró a otro hombre; además, ella era una criatura profundamente moral, y le horrorizaba la simple idea del adulterio, pues suponía romper un voto solemne. Alix se sintió vagamente corregida, pero había sido una pregunta bastante razonable.

¿Era un amor secreto? —Preguntó, y después añadió con maldad—. ¿O una de esas adoraciones desde lejos que casi llegan a divinizar a la persona amada?

Me sacas las uñas —dijo Hal, y eso era todo un elogio—. Ella lo sabía. Me trataba con amabilidad y tacto, y sí, me temo que la idolatraba como si fuera una mujer fuera de lo común.

Alix profirió un chasquido de desagrado.

Hal se rio.

¿No has perdido nunca la cabeza por un hombre? ¿O por una mujer, incluso, dada tu educación? Déjame que te diga, de todos modos, que no era el único. Tu madre era una sirena, pero de la especie más rara, pues no tenía conciencia del poder hipnotizador que ejercía sobre muchos hombres. Esa fue la razón por la que tu padre se enamoró de ella tan apasionadamente, y por la que *sir* Henry la defendía de la hostilidad de tu abuela; siempre estaba de acuerdo con ella.

—Aún sigue estándolo. Le hace la vida más fácil.

—Exactamente —se calló y formó unos anillos de humo perfectos en el aire—. Como ves, poco puedo ayudarte, dado que la mujer que yo tanto adoraba era una criatura de mi imaginación en la misma medida que una mujer real. Seguro que sabes en qué consiste ese tipo de proyección de nuestra fantasía, siendo como eres una mujer moderna. Puedo decirte que tenía sentido del humor y se reía mucho, con una risa preciosa, profunda y contagiosa. No sé si tú la has heredado, no parece reír mucho.

El mismo empezó a reírse: de ella. ¡Hombre del demonio!

—Angela es la persona con quien tienes que hablar. Jane la conocía bien, pero no te hará un retrato honesto. Tu propia familia, bueno, eso lo sabes tú mejor que nadie. Pero Angela era más o menos de su edad, y es una mujer muy intuitiva.

—¿Sabía todo el mundo que babeabas por mamá, o lo mantenías en secreto?

Se estremeció al oír «babea».

—Yo creía que nadie tenía ni idea. En realidad, lo sabían todos bastante bien, e incluso les divertía, me entendían o les molestaba según su carácter. Peter me dijo que dejara de emborricarme con la mujer de otro y que madurase. Por aquel entonces ya tenía problemas con Delia. Y tu abuela lo sabía perfectamente. Entonces no me dijo nada, pero me lo echó en cara el otro día. ¿Está bien, por cierto? Parece algo crispada. —La gente cambia después de dieciséis años.

Capítulo 28

Lowell estaba lleno de gente que hacían sus compras de Navidad, y presentaba un aspecto muy alegre gracias a los vistosos adornos colgados en la plaza del pueblo, un árbol de Navidad lleno de farolillos y la piedra gris claro del lugar emitiendo destellos cuando la luz del sol incidía sobre la escarcha. Los compradores y los chicos de los recados tenían las mejillas sonrosadas, y la mercería de la esquina estaba haciendo un buen negocio vendiendo gorros de lana con pompones.

Alix se preguntaba si comprarle o no un gorro a Úrsula cuando vio a Angela y a Cecy meterse en el salón de té más importante del pueblo con sus cestas totalmente cargadas. Se apresuró a cruzar la plaza y maldijo su bastón por tropezar con él en los adoquines.

Las dos Grindley estaban sentándose ya en una mesita redonda, y dejaron los paquetes y las bolsas a un lado para hacerle sitio. Cecy atrajo la atención de la camarera y se adelantó a varios clientes no habituales del local al gritar «Hey, Rose» a una joven que se afanaba arriba y abajo con un delantal de flores.

—Hola, Rose —la saludó Alix al reconocer a una antigua amiga del pueblo.

—Pensaba que te habías mudado a Manchester cuando te casaste.

—Sí, señorita Alix, pero hemos vuelto a casa por Navidad, no queríamos perdernos el hielo. Así le echo una mano a mi madre en el negocio, estamos muy ocupados con tantos visitantes. ¿Quieren una cafetera para tres? La tarta de nueces está muy buena hoy.

Alix se desenrolló la bufanda, agradecida por el calor vaporoso del establecimiento. Vaciló, después se lanzó directamente.

—Angela, ¿puedo hablar contigo de mamá?

—¿Sobre Helena? Claro, si quieres.

—He llegado a la conclusión de que jamás la conocí bien. Bueno, eso es evidente, solo tenía nueve años cuando murió, una niña con recuerdos de niña. Para mí era solo mamá, no alguien con una personalidad definida.

Angela esperó a que Rose volviera con una bandeja y les pusiera delante tazas y platos. Después habló.

—Es mejor que le preguntes a tu familia.

—¿Eso crees? La tía Trudie se vuelve dos veces más dispersa de lo normal cada vez que menciono su nombre. El abuelo dice que era una mujer estupenda para Neville, y tengo la sensación de que le gustaba mucho, pero luego se cierra en banda. Del tío Saúl no se puede esperar nada, aparte de tópicos, con hombres como él no hay nada que hacer. Jane dice que la conocía muy bien y que la adoraba..., ¿pero de qué me sirve eso?

—Sí, Jane y Helena eran buenas amigas. Muy parecidas, en cierto sentido, centradas en su hogar y su familia, no es que la pobre Jane haya conseguido la familia que quería, pero compartían las mismas visiones convencionales a propósito del lugar que ocupan las mujeres.

—¿Convencional?

—Helena era muy convencional. No soy la persona más adecuada para hablar de ella, Alix, porque tu madre y yo nunca congeniamos. Ella misma había sido bien educada, se había formado en una de esas universidades para mujeres de Estados Unidos, pero desaprobaba profundamente que las mujeres trabajaran. Que yo fuera médico la sacaba de quicio, tenía la impresión de que le había quitado el empleo a un hombre, y pensaba que estaba muy equivocada por querer entrar en una profesión masculina en la que nunca estaría en igualdad con mis colegas masculinos; ninguna mujer puede aspirar a igualarse a un hombre en habilidad ni en inteligencia, ¿ves lo que quiero decir?

—¿Y qué ha cambiado? —Dijo Cecy con alegría—. Esta tarta está buenísima, Pruébala Alix.

Alix miró la tarta y cogió un trocito de nuez.

—Cecy, puede que ahora te parezca duro —repuso Angela con sequedad—. Era mucho peor cuando yo estudié. Se nos veía como a simples curiosidades, y antes de la guerra nos trataban como bichos raros. Había muchísimos prejuicios y hostilidad por parte de los profesores y de los otros estudiantes, además de que las enfermeras nos detestaban.

—¿Crees que a mamá no le habría gustado que me fuera a Londres a trabajar?

—Se habría opuesto implacablemente a algo así. No habrías ido, eso es lo que yo pienso. Tenía un carácter muy fuerte, de acero, cuando creía estar en lo cierto.

—A la abuela no le gustaba.

—Caroline estaba enfadada con Neville por escoger esposa por sí mismo, habría odiado a quienquiera que fuese si no la hubiera elegido ella. Además,

Helena era una mujer religiosa, y ya sabes lo que opina Caroline de la iglesia.

—¿Religiosa? —dijo Alix, y se alzaron ante sus ojos crucifijos, y estatuas de la Virgen María.

—Que no te parezca tan raro, no quiero decir que fuera católica, ni que ayunara, ni nada de eso. No, procedía de esa parte de Estados Unidos en que se toman la fe muy en serio. No sé en qué fe la criaron, pero aquí iba a la iglesia la mar de contenta, y una vez me dijo que los buenos principios cristianos no eran exclusivos de ninguna rama de la iglesia.

—La abuela debía de detestar eso.

—Desde luego. Sus comentarios más suaves eran *idólatra y superstición mal entendida*.

—Helena era adepta a la ciencia cristiana.

—¿Adepta a qué?

—Sí que me extrañaría —repuso Angela.

—No me lo estoy inventando. Muchos americanos son adeptos a la ciencia cristiana. Alix, nosotras teníamos una en nuestro colegio de Oxford, aquella chica alta que llevaba siempre una trenza. Nada de cumpleaños ni de médicos es poco más o menos lo que sé de ellos.

—Celebrábamos los cumpleaños.

—Supongo que tu padre insistiría en lo de los cumpleaños. Aunque no recuerdo que festejarais nada más.

Alix empezó a recordar. Ahora que lo mencionaban, su cumpleaños y el de Edwin habían sido siempre muy discretos. Un regalo para cada uno de parte de sus padres; ella aún conservaba el osito que le habían regalado en su cuarto cumpleaños, un osito verde un poco raro para distinguirlo del dorado idéntico de Edwin. Nanny les regalaba cosas útiles, pañuelos o bolsas para el pijama, bordados con sus nombres en punto de cruz. La abuela les regalaba libros, no muy interesantes, aunque el *Libro de la fotografía para niños* había sido todo un éxito para Edwin.

Los únicos gestos extravagantes venían de parte del abuelo, que traía siempre juguetes maravillosos de Manchester: un mecano, un tren de juguete, un caballito balancín. Y sí, su alegría al recibir aquellos placeres se había visto apagada por la recepción contenida de mamá. «Los regalos son para Navidad, Henry», le dijo, pensando que los gemelos no la oían.

—¿De dónde has sacado esa idea? —Preguntó Angela a Cecy—. De verdad, no sé cómo te las apañas en tus estudios, tienes la cabeza llena de datos aislados sobre la gente, y la mayoría son equivocados, estoy segura.

—Me lo dijo el doctor Johnstone.

—¿Quién? ¿Esa vieja gárgola? ¿Pero aún está vivo? —preguntó Alix.

—Vaya que sí y se pasa el tiempo pescando, si te refieres al viejo doctor Johnstone. Fue su hijo el que me lo contó, sustituyó a su padre cuando se retiró. Echó al viejo, supongo; le ponía nervioso la cantidad de pacientes que se le estaban escapando a los cuidados temblorosos de su padre.

—Cecy, no deberías decir esas cosas. Es poco profesional.

—Todavía no estoy licenciada, así que puedo decir lo que quiera de otros médicos. De todos modos, es verdad. El joven doctor Johnstone, que ahora tendrá unos cincuenta años, me habló de tu madre, Alix. Se armó un follón terrible cuando tú y Edwin cogisteis el sarampión y tu madre no quiso llamarlo. Al final, lo hizo tu abuela, y se ve que aquello trajo mucha cola.

—¿Compartía papá esas creencias?

—Neville era un hombre sanísimo —contestó Angela—. No creo que fuera nunca a un médico. Dejaría la atención médica que tú o Edwin necesitarais en manos de tu madre, ni siquiera se lo plantearía.

—A lo mejor ese es el motivo por el que Isabel estuvo enferma tanto tiempo aquel invierno antes del accidente. Porque mamá no la dejó ver a un médico. ¿Sabes qué le pasaba, Angela?

Angela sacudió la cabeza. Tenía las manos alrededor de la taza de café y miraba el remolino de espuma en la superficie, viendo el pasado.

—Se puso enferma unos días antes de Navidad. Roger y yo nos fuimos el día de san Esteban, aquel año pasamos con mis padres el resto de las vacaciones de Navidad. Delia me escribió y me contó que Isabel no se encontraba bien, pero no me dio detalles, nadie parecía saber qué le pasaba.

—Tuvo que ser una enfermedad repentina —dijo Alix—. Fue todo horriblemente rápido, una tarde se armó un jaleo terrible y a nosotros nos mandaron callar y nos enviaron a la habitación de los niños. Y a Isabel la encerraron en una habitación en el otro extremo de la casa. Así que supongo que debía de ser infecciosa.

—Yo me planteé que fuera tuberculosis —dijo Angela—. A la gente la pone nerviosa y se procura mantenerlo oculto. Sin embargo, Delia me dijo que vio a Isabel antes de que ella y Helena se fueran a Estados Unidos y pensó que Isabel gozaba de un aspecto muy robusto. Literalmente robusto, deduje yo; estaba bastante gordita cuando era pequeña. Tú en ese sentido tuviste suerte, Alix, nunca estuviste tan rolliza.

—Y no como yo —dijo Cecy—. Señor, gordinflona era poco para como estaba... Y después, gracias al cielo, la mayoría de la grasa desapareció unas vacaciones de verano. ¿Y si fue apendicitis o algo así?

—Lo habría sabido, habría necesitado una operación. Y cualesquiera que fueran las creencias de Helena, Neville y Caroline habrían corrido al hospital para eso, pues de no haberlo hecho, no habría sobrevivido.

—En cualquier caso, no lo hizo —repuso Alix—. Si no se hubiera puesto enferma, ella y mamá no se habrían marchado a Estados Unidos, y hoy seguirían vivas.

—No se gana nada con ese tipo de pensamientos —Angela fue rotunda—. Lo que ocurrió, ocurrió, no tiene sentido pensar en lo que habría podido ser.

Se quedaron calladas unos cuantos minutos. Alix desmenuzaba la tarta entre sus dedos, intentando asimilar la idea de una madre religiosa. Nadie le había dicho nunca nada. ¿Lo sabía Edwin? La tía Trudie seguro que sí, ¿por qué no se lo había mencionado?

—¿Era muy beata la madre de Alix? —preguntó Cecy.

—Tenía un estricto sentido de la moral, una idea clara del bien y el mal. Sobre la moralidad sexual en particular. Eso era lo único que la redimía ante Caroline, pues ya sabes cómo es de puritana para el sexo, Alix. Siempre ha querido mantener alejadas a sus hijas y a ti y a Perdita de los machos depredadores. De todos modos, aunque el fin era el mismo, ella y Helena mantenían puntos de vista distintos. Helena sostenía que los hombres eran casi siempre los culpables de lo que ella llamaba «lapsos morales». Caroline cree que las depredadoras son las mujeres, y que tienen que mantenerse a salvo de sus propias inclinaciones perversas, que seducen y conducen a los hombres por el mal camino.

Cecy se rio, escupió algunas migas por el aire.

—Oh, qué cómoda es esa teoría para los hombres. Ojo, que al final da lo mismo, las chicas que sean correctitas y formales para no meterse en problemas, y los hombres pueden hacer lo que quieran. ¿Cómo encajaba *lady* Richardson las barrabasadas de su hijo Jack? ¿No era un bruto desalmado?

El rostro de Angela se volvió pétreo.

—Incluso ahora prefiero pensar en Jack. Era un salvaje. Como una enfermedad de la que te recuperas pero nunca vuelves a ser el mismo. Mira a Jane.

—¿Tía Jane? —gritó Alix, y provocó que unas cuantas cabezas se volvieran en su dirección. Bajó la voz—. ¿Qué tuvo que ver tía Jane con Jack?

—Nada —dijo Angela—. No sé por qué lo he mencionado. Es una vieja historia, y Jane se casó con Saúl, así que...

—Suéltalo, venga, mamá —dijo Cecy—. Cuéntanoslo, será un secreto.

—No, de hecho no debo. Estamos hablando de Helena, no de Jane, cuya vida privada es asunto suyo, no vuestro. Siento no poder ayudarte más, Alix, pero ya ves por qué tu madre y yo no nos llevábamos demasiado bien. Nunca discutimos, con Helena no se discutía, no sé por qué, pero estábamos en desacuerdo en demasiadas cosas fundamentales como para ser auténticas amigas. Y yo me llevaba muy bien con Delia, que por aquel entonces... Bueno, ese matrimonio nunca fue muy feliz, así que ¿quién puede culpar a Delia por lo que hizo? Helena no hacía concesiones. El matrimonio era de por vida, la cama había que compartirla con el marido así se acabara el mundo. El divorcio era impensable; la infidelidad, imperdonable; una mujer que cometía adulterio no podía ser aceptada nunca más.

A Alix la cabeza le daba vueltas. Fuera lo que fuese lo que pensaba sobre su madre, no tenía nada que ver con todo aquello. A lo mejor Edwin llevaba razón; se sentía como si hubiera estado pisando terreno supuestamente firme para descubrir que se desmoronaba bajo sus pies.

—Puede que tengas la sensación de que tu educación ha sido muy estricta, con tu abuela acechándote de cerca, pero te aseguro que habría sido igual de dura si tu madre hubiera sobrevivido.

¿Cuánto sabía Angela de su vida en Londres? ¿Había hablado Cecy más de la cuenta?

—A mí no me mires —dijo Cecy—. Hace mucho que no nos vemos, como muy bien sabes, y yo no le he dicho a mamá ni palabra de ti.

—Pero las noticias llegan de todos modos —dijo Angela—. Aunque espero que no lo hayan hecho a los oídos de tu abuela.

Alix se encogió de hombros.

—Lo hecho, hecho está. Soy mayor de edad, económicamente independiente y ya no puede controlarme.

Angela soltó un bufido de burla.

—De acuerdo, admito que todavía me asusta, y me resulta difícil hacerle frente cuando estoy en Wyncrag, pero yo no paso aquí más de dos semanas. Y por algún motivo, parece menos inclinada a tomarla conmigo. Supongo que se reserva para Perdita. ¿Está bien, Angela? ¿Tú que opinas? Parece algo menos alerta que de costumbre.

—Tiene casi setenta años, eso no hay que olvidarlo, pero por lo poco que he visto estas vacaciones se encuentra en una forma espléndida. Tan vigorosa como siempre.

—Anda distraída, eso es lo que le pasa. Como si algo le rondara la cabeza, y por una vez no somos nosotros. Pero la toma con Perdy casi tanto como la

tomaba conmigo. Peor, de hecho.

—Eso me cuenta Úrsula.

—Y hablando de Úrsula, parece un poco triste últimamente —comentó Cecy—. Demasiado oprimida por Eve, supongo. Señor, qué laberinto tan oscuro es la familia. Pienso quedarme soltera, o si no, me casaré con alguien tan normal que no suponga ningún peligro.

Angela se rio.

—Los normales son los que guardan los secretos más oscuros y tienen familiares más malévolos. Y los hombres dulces se convierten en monstruos una vez casados. No, te cases con quien te cases tendrás que aprender a caminar sobre ascuas.

—Mujer prevenida vale por dos, cuando creces conociendo a los Grindley y a los Richardson —dijo Cecy—. La felicidad consiste en quedarse soltera, no me cabe duda.

Capítulo 29

Porras las asquerosa de Rosalind ha estado espiando en mi cuarto. Su patética excusa ha sido que buscaba unas medias de seda para que le prestara, como si a mí me sobraran las medias de seda.

No es que me importe, lo malo es que ha encontrado una carta de mamá y la ha leído. ¿Quién la ha educado para meterse en la habitación de alguien sin ser invitada y leer su correspondencia?

»Se lo dije, pero se ha reído de mí y me ha contestado que seguro que papá Peter estaría muy interesado en leer la carta. Si le hago de intermediaria y le llevo notas a un hombre con el que se está viendo, me asegura que no se chivará a papá y me devolverá la carta.

»Le he dicho que se pierda, que si cuenta lo de mi carta, yo les diré lo de ese hombre que, sin duda, debe de ser alguien inadecuado, porque si no, ¿por qué le escribe notas en lugar de invitarlo al Hall? Dice que no solo se trata de mí, pues la carta estaba en un sobre dirigido a Nanny y seguro que la despedirán si se enteran de lo que ha estado haciendo.

»Eso es chantaje. No tenía ni idea de que fuera tan mezquina como para caer en algo así. No sé qué hacer. He hablado de ello con Perdy, y ella me ha dicho que lo cuente todo, como hizo el duque de Wellington. Que está muy bien, claro, pero ¿qué pasa con Nanny? De todos modos, me dijo después Perdy, lleva la nota y averigua quién es el amiguito de Rosalind. Si es alguien por el que la querida Eve y su adorado papi Peter pondrían el grito en el cielo, entonces la tendré cogida. Será más que un empate, diría. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

»Acaba de entrar para darme un sobre cerrado. Solo está dirigido a unas iniciales: JR. Se aloja en casa de la señora McKechnie, dice. Lo que Rosalind no sabe es que la señora McKechnie es una mujer malvada. No creo que me deje entrar por la puerta principal para entregar nada. Y la idiota de Rosalind no se da cuenta de que la McKechnie va a poner la carta encima de un hervidor en menos que canta un gallo. Se piensa que es increíblemente lista; en realidad, es más tonta que tonta.

»Lo ha estropeado todo. No puedo escribir sobre ella de manera tranquila o pensar en ella como tema para mis escritos, porque me dan ganas de

escupirle, y todo el mundo sabe que para escribir hay que tratar con emociones procesadas y analizadas; los sentimientos en carne viva son sencillamente vergonzosos cuando se ponen en una página.

»Quisiera ver a Rosalind en una página, es verdad: pero aplastada como una mosca».

Capítulo 30

Hal encontró a Alix sentada en el embarcadero de Wyncrag, con el bastón a un lado y balanceando las piernas. Se acercó a ella patinando.

—¿Te parece sensato? Podrían encontrarte congelada aquí mismo, una especie de gnomo de jardín de nuestros días, solo te falta la caña de pescar.

—¿Sabías que mamá era una maníaca religiosa?

Se deslizó hasta la orilla, caminó torpemente por los guijarros junto al embarcadero con los patines, se los quitó, los colgó del último poste y se acercó sobre las planchas de madera para sentarse a su lado.

—Son peligrosos estos tablones, incluso sin estar helados. ¿Es que has decidido romperte una pierna o las dos para pasar el rato?

—Si quieres saberlo, me he sentado en aquel extremo y me he acercado hasta aquí arrastrándome sobre mi trasero. Si no puedo estar en el lago, por lo menos puedo estar encima. No has respondido a mi pregunta.

—Es una pregunta absurda. Claro que Helena no era ninguna maníaca religiosa. Era una mujer devota que iba a la iglesia y que estaba convencida de que Dios curaba mejor que los médicos pero ¿quién sabe si no estaba en lo cierto? ¿Sabes que hay una tumba en la *Vía Apia*, en Roma con una inscripción que dice «Cuidaos de los médicos, pues ellos acabaron conmigo»?

—¿En serio? —Alix se rio sin poder evitarlo—. Nunca he estado en Roma.

—Es un lugar interesante, aunque en la actualidad está plagado de camisas negras.

—Angela me ha contado que mamá era una cristiana convencida que no aprobaba el adulterio, el divorcio ni las costumbres relajadas.

—Bueno, yo tampoco. ¿Tú sí? —Notaba desesperación en sus preguntas y quería que dejara de pensar en eso, pues estaba claro que la angustiaba—. No pretendo decir que tu conducta sea laxa, pero ¿andas preguntándote por un casual cómo te habría juzgado tu madre? Si es así, deja de hacerlo. Es inevitable que a una generación le parezca mal la moral de la siguiente. Las obsesiones religiosas no tienen nada que ver. Hicieras lo que hicieras, me atrevería a decir que a tus padres no les habría gustado. A menos que te comprometieras con un joven aburrido a los dieciocho y formaras un bonito

hogar con un montón de niños. Eso constituye la seguridad para una mujer, al menos en apariencia, y los padres sueñan con que sus vástagos estén seguros y sean felices.

—Independientemente de si los vástagos quieren correr aventuras y salir por el mundo. Como tú.

—Y tú. O estudiar para ser médico, como Cecy. ¿Qué crees que hará la joven Perdita para disgustar a sus mayores?

Alix suspiró.

—Quiere ir a un conservatorio de música.

—Ah. En ese caso tampoco seguirá la ruta del marido aburrido. Solo una cosa: no acabo de ver a *lady* Richardson dándole su bendición a una carrera musical. ¿Qué toca Perdita? Oh, cielos, no me digas que es de las que cantan y bailan. No con su altura y constitución, seguro.

—El piano. Beethoven y otras piezas similares. Toca muy bien, pero tiene que ser artera en extremo para agenciarse las lecciones que precisa.

—Artera. Me gusta la manera en que lo dices, no es una palabra que se escuche cada día.

—Lo harías si procedieras de Wyncrag. Así es como vivimos todos.

Otro silencio.

—Se puede decir lo mismo de Grindley Hall.

—¿Cuándo has tenido que recurrir a la astucia para obtener lo que querías?

—Mi querida muchacha, desde que tuve edad para caminar y hablar. Con mis hermanos, ¿qué creías?

—Tú los conoces mejor que yo.

—Lo bueno que tienen las familias es que uno puede escapar de ellas.

¿Era eso verdad?, se preguntó a sí mismo. No. Te marchabas físicamente, pero la maraña psíquica de la infancia y la adolescencia seguía formando parte de ti. Inalienable, intocable, tan presente en tu cuerpo como los dientes, los huesos y los tendones. La gente con la que crecías era la gente que te enseñaba cómo son los seres humanos. Nunca se conocía a nadie tan bien como a la propia familia. Todas las demás personas con las que se vive, llegan con sensibilidades, mentes y emociones adultas. Y con defensas. Por eso no es comparable.

Le dio una patada al poste que tenía delante. Le parecía un pensamiento deprimente, y confiaba en estar equivocado.

—No se puede deshacer la infancia, ese es el problema —sentenció Alix—. Dicen que se puede psicoanalizar todo, pero solo rascarían la superficie, lo

evidente, como que tu padre te pegaba, o que tu madre te quería demasiado o demasiado poco. Pero no se pueden borrar los minutos, horas, días y semanas que se pasan creciendo en el entorno familiar. No creo que ni el mismo Sigmund pudiera sacarme a la abuela del inconsciente.

—Estoy bastante convencido de que *lady* Richardson daría guerra a Freud, Adler, Jung o a cualquier otro maestro de nuestros *yoes* ocultos.

—Tengo una amiga que se está analizando. Parece aburridísimo hablar de ti misma, de tus sueños y de tus represiones semana tras semana. Siete años me ha contado que dura. Y se supone que no debe hacer ningún gran cambio durante el análisis. De todos modos, aunque un psicoanalista no pudiera llegar al fondo de los problemas con la abuela, imagina la cantidad de complejos que se encontraría por el camino.

—A mí me viene a la mente Edipo —dijo Hal sin pensar.

—¿Edipo? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede tener un complejo de Edipo? ¿Eso lo tienen los hombres, no?

—Sí, sí, no me he expresado correctamente.

—Querías decir algo. Dilo. ¿Te parece que la abuela estaba enamorada de sus hijos?

—Tu abuela, como tú muy bien sabes, se sentía profundamente unida a tu tío Jack.

—Ah, él. Por lo que dicen era un canalla. ¿Lo mimó mucho? No me la imagino mostrando cariño real a ninguno de sus hijos. Tú conocías a Jack, ¿no tenía tu edad? Debisteis de ser amigos de la infancia y eso.

—Jack no tenía amigos. Era un poco mayor que yo, y me cuidaba mucho de no meterme en su camino. Murió joven, ¿quién sabe a qué hubiera llegado de adulto? La guerra cambió a mucha gente, y Jack tenía grandes habilidades, era inteligente y perceptivo, además de un fantástico atleta y deportista. Lejos de su madre, en el mundo, con una profesión y un objetivo en la vida, habría podido ser un miembro útil para la sociedad.

Alix se quitó los guantes y se echó el aliento sobre los dedos entumecidos.

—No crees ni una palabra de eso que estás diciendo. Piensas que era perverso y despiadado y que no hubiera cambiado jamás. Me doy cuenta de que todo el mundo piensa lo mismo, excepto la abuela y, tal vez, el abuelo, pues me da la sensación de que la abuela consiguió ocultarle muchas cosas sobre Jack.

—Quizá sea cierto —dijo Hal—. Pero *sir* Henry es un viejo y astuto pájaro. Apostaría a que veía mucho más de lo que tu abuela quería que viera.

Alix volvió la cabeza para mirarlo bien. Tenía la cara helada, la nariz y las mejillas enrojecidas por el frío, los ojos turbados.

—Por eso mismo quiero saber más sobre mi madre. Conozco mi herencia por la parte Richardson, pero no la otra mitad de lo que soy.

—Y confiabas en encontrar en tu madre una princesa de cuento, cariñosa y amable, cosa que sí era, y caritativa, tolerante, sabia y abierta de mente, cosa que no. Alguien segura y estable sin un punto de neurosis. Resulta que era una mujer inteligente, complicada, con sentido del humor y un montón de creencias e ideas por las que no sientes ninguna simpatía. ¿Qué importa? ¿Escalas? —concluyó abruptamente.

—¿Escarar, con esta pierna?

—No, cuando estás en perfecto estado. ¿Te gusta escalar?

—Me da vértigo subir tres peldaños en una escalera.

—Mira, tu padre era montañero y tú no lo eres. Tu madre era de naturaleza religiosa y tú no. Probablemente procedes de ancestros lejanos que no se parecían en nada a tus actuales familiares. Mira a Trudie, ¿se parece a alguno de sus padres?

Alix se rio.

—La tía Trudie es única en su género.

—Ahí lo tienes —se protegió los ojos de la luz inclinada del sol con la mano—. ¿Esa no es Cecy? —La saludó vigorosamente con el brazo.

—Todo esto no tiene nada que ver —dijo Alix inesperadamente—. Lo que quiero en realidad es saber por qué mi madre estaba borracha, por qué estrelló el coche y qué estaba haciendo en Estados Unidos. Quiero saber qué pasó hace quince años y nadie parece dispuesto a contármelo.

Hal silbó con fuerza.

—Los que saben no cuentan y los que cuentan no tienen nada que decir. Entiendo tu frustración. Pero, honestamente, Alix, ¿no estás creando un misterio donde no hay ninguno? Enfermedad, accidentes, ¿es preciso que ocurriera algo más aparte de eso?

—No tiene por qué, pero sé que hay más.

Cecy llegó al embarcadero y frenó espectacularmente, despidiendo una lluvia de cristales de hielo con las cuchillas.

—Hola, tío Hal. Puedes hacer de *husky* y ayudarme a tirar de Alix. El trineo está al otro lado del embarcadero.

Bajó hasta el hielo y miró por debajo de la estructura de madera.

—Así has llegado hasta aquí —le dijo a Alix. Le tendió los brazos—. Déjate caer y yo te recogeré antes de que llegues al hielo.

—¿Para que nos caigamos los dos y añadamos unos cuantos huesos rotos a la lista de bajas? No, gracias, será más seguro volver arrastrándome hasta el final de la pasarela.

—No confías en mí —se quejó.

—No confío en nadie —fue su respuesta—. Lecciones que aprendemos en la infancia, ¿recuerdas de lo que estábamos hablando?

—Eso es un disparate —intervino Cecy, mientras salía de debajo del embarcadero y se incorporaba y estiraba del trineo—. Confías en Edwin.

—Ya no —repuso Alix.

Capítulo 31

Ursula y Perdita patinaban lentamente, pues Ursula se mostraba reacia a llegar a su destino.

Me ha dicho que solo una nota, y que después me devolvería la carta. ¿Tú opinas que puedo creerla?

—Perdita se detuvo y se estiró hacia arriba los pantalones de montar antes de empezar a patinar otra vez y alcanzar a su amiga.

No. Los chantajistas nunca están satisfechos.

Tienes razón, en los libros nunca lo están. Los chantajistas son siempre unos villanos. Ningún autor ha dicho jamás nada bueno sobre ellos.

—Perdita meditó el asunto.

Pero tampoco puedes creerte todo lo que ponen los libros. Los libros no son la vida.

—¿Y dónde voy a aprender cómo son los chantajistas? En los periódicos, supongo, pero aunque están llenos de titulares escandalosos, conmoción, horror, tristeza, en realidad no dicen nada. No hay ningún detalle que me pueda ayudar en mi asunto con Rosalind.

Yo creo que lo malo de los chantajistas es que les gusta hacerlo. Así que siguen y siguen, les des o no lo que quieren.

Rosalind disfruta haciendo que la gente se retuerza, pero este chantaje tiene un objetivo, me está utilizando.

Sí, y aunque tú hagas lo que quiere, podría acusaros a ti y a Nanny solo para divertirse.

—Úrsula se desinfló consternada.

Es inútil.

Hazlo lo mejor que puedas, es tu única opción. Anímate, ya casi hemos llegado, ese es el cobertizo de la señora McKechnie, cerca de donde desemboca el arroyo.

Desembocaba —dijo Úrsula mientras trepaban hasta el camino junto al lago—. Ahora está helado.

—Se sentaron para desabrocharse los patines.

—Si toda el agua que llega al lago está congelada, y el río que sale de él no, el lago tiene que estar encogiéndose —dijo Perdita.

—Úrsula se puso en pie.

Se nivela todo cuando se descongela, es lógico. Venga, muévete.

No es preciso que me mueva, porque no voy. Me quedo aquí a vigilar los patines.

—Úrsula se mordió el labio y se metió la mano en el bolsillo del abrigo para comprobar que tenía la carta perfumada que le había dado Rosalind.

Me gustaría que vinieras.

Eso es una tontería. No quieres caer en manos de Rosalind. Te dijo que lo hicieras sola. Se enterará si no es así, y después se le ocurrirá alguna nueva trastada. Venga, hazlo y termina.

—Perdita observó a su amiga subir pesadamente hasta la casa cuadrada de piedra gris. Avanzaba con aspecto lúgubre, y no era de extrañar, la verdad. Nanny era la única persona en Grindley Hall a la que le importaba Úrsula, y si Eve conseguía deshacerse de ella, no solo le rompería el corazón a Nanny, sino que también dejaría a Úrsula completamente a merced de su madrastra. A Perdita no le tenían que explicar lo que significaba estar a merced de alguien.

—La señora McKechnie abrió la puerta negra de la entrada, tan cuadrada y gris como su casa. Fulminó a Úrsula con la mirada.

Y tú, ¿qué quieres?

He traído una nota. Para uno de sus huéspedes.

—Dámela y la pondré en la mesa del recibidor —tendió una mano que parecía una garra, pero Úrsula se abrazó al sobre.

No, debo entregarla en persona.

Pues entra. Límpiame las botas, no quiero que me llenes de porquería el suelo limpio.

Dentro es una casa horrible —le contó Úrsula a Perdita, jadeando, mientras volvían a toda velocidad por el hielo, aliviada por haber cumplido la misión—. Oscura y apestosa.

—¿Perros?

Nada tan agradable. Limpiador Jeyes, cera barata y repollo. La señora McKechnie me llevó a la parte de atrás de la casa, y abrió la puerta de una habitación grande y tétrica. Había un fuego, un buen fuego, lo que alegraba aquello un poquito.

Pues habrán ido sus huéspedes a por el carbón, ya sabes cómo es de tacaña.

Creo que les tiene miedo. No me habría dejado entrar, estoy convencida, pero cuando le dije que la persona para quien era la nota se enfadaría si no se la entregaba personalmente, no puso pega.

—¿Cómo era?

Repulsivo. Tiene una gran cicatriz en una mejilla y es bastante viejo. Es alto y lleva el pelo muy corto. Su cara es de esas que no se mueven, inexpresiva. Me miró como si fuera una araña que acabara de pasar por el suelo. Le tendí la carta y él la cogió sin dar las gracias ni nada. Me preguntó quién era, y yo le respondí que no necesitaba saberlo. Después empezó a leer la carta y ya estaba a punto de irme cuando levantó la mirada y dijo «así que tú eres Úrsula, la pequeña de Peter. Bueno, bueno, bueno». Lo dijo de una manera tan horrible que me entró frío.

—Tenías frío, venías del hielo —dijo Perdita práctica.

No, escalofríos que me recorrieron la columna, ese tipo de frío. Supongo que Rosalind le hablaría de toda la familia.

Si es más bien viejo, seguro que es menos apropiado para Rosalind de lo que pensabas. ¿Llevaba una camisa negra?

—Úrsula aminoró y tendió una mano para detener a Perdita.

—¿Cómo lo sabes?

—Perdita hizo un sinuoso ocho antes de volver hacia Úrsula.

Todo el mundo dice que esos hombres lo son. Camisas negras, fascistas, seguidores de Mosley. Ya sabes.

Me pregunto si lo habrá conocido en Munich.

No era alemán, ¿no?

No lo parecía. Sonaba normal, justo como nosotras.

Aun así, creo que a todos esos fascistas les encanta visitar países fascistas, como Alemania e Italia, así que podría haberlo conocido allí.

Tuvo que conocerlo antes de venir al Hall, en cualquier caso. No ha podido conocer a ningún extraño desde que está aquí, Eve y Peter se pasan todo el día arrullándola.

La nota tiene que ser para concretar una cita. Vigílala, a ver si la sorprendes escabullándose de la casa. Después puedes meterte en su cuarto y reclamar tu propiedad, antes de chivarte de lo que está haciendo.

Seguro que saldrá con mi carta en el bolsillo. Y aunque me creyeran, que no lo van a hacer, no importa lo horrible que sea el lío en el que se meta. Si se enfadan con ella, conmigo se enojarán el doble. Ya sabes cómo es papá con mamá. Y Nanny acabará en la nieve.

No lo pienses —le aconsejó Perdita—. Escucha, ¿crees que te dejarán venir a Wyncrag en Nochebuena? ¿Y quedarte un poquito más después? La tía Trudie me ha dicho que debería invitarte.

—¿Y *lady* Richardson?

—La tía Trudie me ha asegurado que ella se encarga de eso —como siempre, la tía Trudie se las apañaría, fiel a su palabra, y sería genial tener a Úrsula cerca. Ahora que Edwin no salía de Lowfell con esa supuesta amiga de visita y Alix se pasaba el día enfurruñada y poco comunicativa, Perdy no había notado demasiados cambios en su solitaria vida por tener a sus hermanos en casa. Y no poder sacar a Polly empeoraba las cosas.

Lo preguntaré. Pero no cuentes con ello, la casa está manga por hombro con la tía Daphne dando bandazos por allí todo el día.

—¿Quiere que estés allí?

A mí me parece que no. Nunca vi una tía con menos sentimiento familiar. Me miró de arriba abajo y solo dijo «Oh, cielos» y después «Bueno, aún es joven, tiene tiempo para mejorar».

Qué desagradable. ¿Por qué ha venido?

No lo sé. Venga, te echo una carrera hasta la isla.

Capítulo 32

A Daphne se le había metido en la cabeza acabar con las estrictas normas de Grindley Hall y ponerlo patas arriba. Le había pedido a Hal que la acompañara, le dijo que quería saberlo todo de su vida en Nueva York; eso lo preocupó un poco, pues Eve se levantó de la mesa del desayuno con la intención evidente de acompañarlos.

—¿Qué quieres ver, tía Daphne? —le preguntó.

—Daphne a secas está bien, o señora Wolf si lo prefieres, gracias, Eve. Las tías están muy bien cuando los sobrinos ocupan la habitación de los niños, pero son ridículas cuando crecen. Además, yo no soy tu tía. Hal, camina delante de mí, quiero visitar las cocinas, y si me caigo por ese tedioso tramo de escaleras de ahí atrás, por lo menos aterrizaré encima de ti.

—¿Las cocinas? —preguntó Eve. Síguele la corriente, sé amable con ella, cautívala, habían sido las instrucciones de Peter. Necesitaba su apoyo para las acciones, Eve lo sabía, así que puso su mejor sonrisa y le dijo a Daphne que la puerta a la izquierda del recibidor conducía a las cocinas.

—No necesito una visita guiada —repuso Daphne—. Crecí en esta casa, la conozco mucho mejor que tú. ¿Cuánto llevas aquí? ¿Un año? Bien entonces —y mientras bajaban el corto tramo de escaleras que llevaba hasta el reino de las cocinas añadió— siempre le decía a Delia que tendría que poner una alfombra en estas escaleras. Algo sencillo y sufrido; en mis tiempos las doncellas se pasaban el día tropezando y rompiéndose tanto sus extremidades como la vajilla.

Daphne conservaba un recuerdo muy preciso de cómo eran las cosas en sus tiempos, o eso fue lo que pensó Hal. Hizo un cálculo veloz: sus tiempos debían de ser 1890.

—Evidentemente, ahora tenemos demasiadas habitaciones y despachos para nuestras necesidades —dijo Eve, y añadió imprudentemente que planeaba cerrar la despensa, el botellero y la habitación de las botas, que ya no eran necesarias en el mundo moderno.

—¿Y dónde limpia los zapatos el limpiabotas?

—Ya no tenemos limpiabotas. Las doncellas se encargan de eso.

—He notado que una de ellas tenía manchas negras en las manos. Es un falso ahorro desprenderse del servicio, supone mucho más trabajo para los que se quedan, que sé resienten y acaban marchándose.

—La mayoría de nuestro personal está tan agradecido por tener un trabajo que ni siquiera soñarían con marcharse —contestó Eve.

—A juzgar por los pocos con los que he hablado, la mayoría solo se quedan porque no hablan suficiente inglés como para encontrar otros empleos —repuso Daphne—. La casa está llena de extranjeros, me cuenta Bonnet. No le gustan los extranjeros.

—Pensaba que Bonnet era francesa —dijo Hal.

—Y lo es. Francesa no es sinónimo de extranjera. Te creía más inteligente, Hal. Cielo santo, ¿qué has hecho con la cocina, Eve? ¿Dónde está la antigua?

Eve miró a Hal con los ojos desorbitados, que se apiadó de ella.

—Eso no es culpa de Eve, Delia la hizo quitar hace años, e instalar una moderna.

—Yo no podría soportar una cocina de estas —dijo Daphne.

Hal pensó en la cocina moderna, que tanto trabajo ahorraba, del piso de París de su tía, pero no dijo nada.

—Y un frigorífico enorme, por supuesto. En mis tiempos teníamos la casa del hielo, con todo el hielo que deseáramos, todo el año.

—Peter convirtió la antigua casa de hielo en un cenador —dijo Hal.

—Justo el tipo de estupidez que haría Peter, ¿qué necesidad hay de un cenador construido en un lugar concebido para estar a la sombra la mayor parte del año?

—Le da el sol de la tarde —dijo Eve—. Es de lo más agradable en las tardes de verano.

—No, no lo es, no a menos que este clima haya cambiado muchísimo. Evidentemente, en el sur de Francia una puede sentarse fuera tan a menudo y durante tanto tiempo como quiera, el clima es otra de esas cosas que los franceses dominan mejor que los ingleses. ¿Este es tu cocinero?

El hombrecillo con gorro de chef miró a Daphne con gran desconfianza.

—No es inglés, eso ya lo he notado —se dirigió a él en francés, y él pareció sorprendido y respondió en el mismo idioma, con un marcado acento—. Ruso, justo lo que había pensado.

—Se educó en París —intervino Eve.

—¿Se educó en qué? —preguntó Daphne mientras abría la puerta del lavadero, olisqueaba y anunciaba que los desagües seguían mal, que era

extraordinario cómo aquel desagüe del lavandera desafiaba todos los esfuerzos por aliviar sus problemas.

—Jamás estuvo al cargo de la casa, era solo una hija más, ¿por qué tenemos que oír todo esto sobre desagües y escaleras de la cocina? —le dijo Eve a Hal ya completamente enfurruñada.

—Ah, estás ahí fuera. Cuando mi abuela murió, Daphne se convirtió en señora de la casa, y estuvo a su cargo durante varios años antes de casarse y marcharse.

—¿Crees que querrá inspeccionar los desvanes?

—No me extrañaría.

Con todo, Daphne se conformó con repasar las habitaciones —de las que criticó muebles, cortinas, alfombras—, comentar lo blando de los colchones, «Yo siempre duermo mejor en un colchón duro», y despreciar la extravagancia de los nuevos baños que habían sido instalados.

—Tanto mármol parece un vulgar anuncio del negocio familiar.

Hal sabía que su casa en el sur de Francia poseía varios cuartos de baño enormes, en su mayoría de mármol.

—Es mármol inglés —dijo Eve.

Hal se preguntó si Eve esperaba que el mármol nativo compensara el elemento foráneo de su plantilla.

—Un error. El mármol italiano es el mejor en todos los sentidos.

Colorada por el disgusto y el enfado, Eve observó a Daphne entrar en la habitación de Rosalind sin llamar a la puerta.

Estaba más bien sucia, Hal tenía que admitirlo, ¿pero era necesario decirle a Eve que su hija poseía tendencias dejadas que debían controlarse?

—Si una chica no mantiene ordenado su cuarto, ¿qué puede esperarse de sus modales y de su moral?

Eve espetó enojada que la doncella aún no había pasado por allí.

—¡Doncella! Se necesita más de una doncella para arreglar un desastre como este. Y he reparado en que la chica no ha bajado a desayunar, y ahora veo por qué, aquí sentada en el peignoir mirando una revista de la servidumbre. ¡A estas horas de la mañana! Me alegro de que no sea de mi familia.

—Peter la considera una hija.

—Otro ejemplo más de su insensatez.

Eve no lo pudo soportar más. Anunció que el café se serviría en la sala en cinco minutos, se excusó diciendo que debía atender unos asuntos y salió disparada, mientras escuchaba la voz aguda de Daphne señalándole a Hal que

no se le quitaba el polvo al riel de los cuadros del rellano desde hacía semanas.

—Pero cómo eres —le dijo Hal—. ¿Cuándo se le ha quitado el polvo a ese riel? ¿Y además, qué te importa el polvo?

—Mantener los niveles es importante. Peter se ha casado con esta doña nadie que es, esencialmente, una provinciana, eso se ve a primera vista, y tiene que aprender qué significa llevar una casa como esta. Y esa hija suya es una vergüenza. ¿Cuántos años tiene? ¿Diecisiete? Si su madre tuviera algo de sentido común, la casaría inmediatamente. Si no, le dará problemas, acuérdate de lo que te digo.

—Ten corazón. Acaba de volver de un colegio para señoritas.

—¡Colegio para señoritas! ¿De qué le sirve algo así a una chica como esa? Solo le da oportunidades para meterse en líos, eso es todo. ¿Dónde ha estado, en Suiza?

—Alemania.

—Una desgracia. Tengo que decírtelo, Hal, Alemania no está bien. Personalmente, no pondría un pie en Alemania en estos días. Vamos a tomarnos ese café, y espero que esta vez se acuerden de poner café en la cafetera.

—Ya me encargaré de eso —dijo Hal. Reflexionó sobre los comentarios de su tía mientras pasaban por el rellano. Daphne había sido siempre capaz de detectar una intriga a un kilómetro de distancia, no le hacía falta ver a Rosalind bajando de los trenes en Preston para saber que tramaba algo.

—Por lo menos la barandilla de la escalera está bien cuidada —dijo Daphne mientras pasaba la mano por la suave caoba—. Y los barrotes de hierro forjado tampoco parecen polvorientos.

Abajo, en el recibidor, Peter hablaba con un hombre grande con un traje oscuro. La doncella estaba de pie a su lado sosteniendo un abrigo en el brazo y un sombrero de fieltro negro. Se dieron las manos, el visitante se metió en el abrigo, y la puerta se abrió para dejar entrar una ráfaga de aire gélido. La doncella la cerró rápidamente tras él.

—¿Quién era ese? —preguntó Daphne mientras bajaba con gracia la bonita escalera curva.

—Alguien con quien ando en tratos —contestó Peter.

—¿El señor Shackleton? —preguntó Hal en un momento de inspiración. Peter le dirigió una mirada severa.

—Pues sí. Se muestra deseoso de seguir adelante, ya te dije que iba a pasar aquí unos días.

—No me gusta su corte de pelo —afirmó Daphne—. Demasiado corto. ¿Es que los hombres ingleses de negocios llevan el pelo así estos días? Casi un corte militar, diría yo.

—Me alegro de coincidir contigo —dijo Peter—. Me gustaría que charlásemos juntos.

—Tendremos muchísimas oportunidades para hablar, voy a pasar aquí varios días. Ahora me voy a tomar café.

Peter se volvió a la doncella, que se disponía a emprender la huida.

—Trae el café a la biblioteca. Hal, también te vamos a necesitar.

Daphne le guiñó un ojo a Hal.

—Reunión de accionistas, me parece —le dijo en un penetrante susurro—. Te regalo media hora de mi tiempo, Peter, no más. Después saldré a dar un paseo, quiero ver si has cortado los setos en forma de gallitos y ardillas.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Muchos cambios en el Hall. Parece una casa distinta.

—Eso es por Eve, tiene unos planes estupendos —el rostro de Peter se suavizó y adoptó una expresión de orgullo—. El invernadero, por ejemplo, es pequeño e inconveniente, lo va a derruir y construirá uno nuevo mucho mejor. Ya era hora de darle un nuevo aspecto al Hall, en eso estarás de acuerdo conmigo.

—Eso depende de quién se encargue de dar y quién del aspecto —repuso Daphne—. Surrey está estupendo en su sitio, pero yo diría que eso no ocurriría aquí.

—¿Qué tiene que ver Surrey con nada?

—Mi querido muchacho, si no lo sabes, yo no puedo perder tiempo explicándotelo. Ah, el café. Fuerte, espero. El café del desayuno era imbebible, Peter, sabía como si hubieran filtrado el agua del depósito de lluvia.

Los sillones de la biblioteca habían sido dispuestos en un semicírculo alrededor de la chimenea, en la que ardía un fuego escaso. Daphne se sentó en el sillón del medio, que según notó Hal, era justo donde había planeado situarse Peter.

—Estarás más cómoda aquí, cerca del fuego —dijo su hermano.

—No, no voy a estar más cómoda, aunque puedes añadir más carbón al fuego, resulta escaso para una habitación de este tamaño.

A Hal le dio pena su hermano, cuyo cuello enrojecía peligrosamente, aquello siempre era un aviso en el caso de Peter, y echó varias paletadas de carbón al fuego.

—Eso está mejor.

—Roger llegará en un momento —dijo Peter—. Ah, aquí viene. Ya estamos todos.

—Déjame decirte con franqueza, Peter, y también a ti, Roger, que si todo esto es para vender porcelanas Palfrey a Hardy, no quiero saber nada del asunto —dijo Daphne—. Y si Hal sigue mi consejo, tampoco permitirá que el plan siga adelante. Y ahora no empieces a dirigirte a mí como si yo fuera un auditorio público, porque no lo soporto. Y, Roger, tú tampoco te pienses que puedes intimidarme, ahórrate tus habilidades forenses para el tribunal.

Eso sí era poner los puntos sobre las íes, apreció Hal. La táctica apisonadora era, sin duda, la mejor manera de tratar con sus hermanos, aunque la batalla no había hecho más que comenzar.

—Bueno, tía Daphne...

—Con Daphne basta.

—No estoy seguro de las razones por las que tomas esta postura en algo que es una cuestión rutinaria en los negocios de la compañía. Después de todo, hemos actuado en tu nombre durante años y jamás has interferido ni te has quejado.

—No me ha parecido necesario. Ahora sí. Este trato me huele a chamusquina. No os sorprenderá saber que Hardy pertenece ahora a Morton and Sons, que a su vez son una compañía subsidiaria de otra entidad alemana.

A Hal le divirtió ver los esfuerzos de Peter y Roger por fingir sendas caras de asombro, cuando resultaba evidente que conocían este dato perfectamente. Peter, sin embargo, prefirió negarlo con descaro.

—Tonterías, Hardy es completamente inglesa. Una firma muy respetada que lleva funcionando siglos.

—Desde luego que sí, y eran ingleses hasta que fueron comprados hace dos años por Morton. El mayor accionista de ese negocio es ahora Heinrich Scholler Industrie, que forma parte del imperio Fürst & Sohne.

—De verdad, Daphne —protestó Peter—, no hay ninguna necesidad de que te pongas a la caza y captura de conspiraciones que no existen.

—¿Quién está hablando de conspiraciones? No hay ninguna conspiración en esto, esos datos figuran en los registros y pueden consultarse allí.

—No me puedo creer que te hayas tomado tantas molestias por una cuestión insignificante.

Daphne le lanzó a Roger una mirada fulminante.

—Soy una mujer rica, Roger, y pretendo seguir siéndolo. Tengo varias personas al cargo de mis asuntos, y les pago para que miren ese tipo de cosas.

Mi participación en el negocio familiar no constituye uno de mis mayores intereses, por eso me ha parecido bien dejar la dirección de la compañía en tus manos y las de Peter. Hasta ahora. Creo que Hal ha hecho lo mismo.

—Hal sencillamente se marchó, con sus acciones, a otro continente, sin dejarnos siquiera un poder —aseveró Peter enojado.

Evidentemente, ese era el problema de sus hermanos, como bien sabía y, al parecer, como también sabía Daphne. Con las acciones de su tía en los bolsillos, Peter y Roger no habían tenido necesidad de preocuparse por Hal. Con Daphne armando follón, necesitaban su voto. Parecía irracional que Daphne objetara vender una compañía a otra que resultaba estar en manos de otra más con conexiones alemanas, y Hal así lo expresó.

—Debajo de este asunto hay mucho más de lo que parece —explicó Daphne—. Albergo serias sospechas de por qué, en este preciso momento, está Hardy tan interesada en comprar esta compañía concreta. ¿Qué tiene de especial?

—De verdad, Daphne, nada en absoluto.

—Eso mismo opino yo. Una planta anticuada, productos anticuados, ¿por qué querría comprarla nadie? ¿Intentasteis venderla?

—No exactamente —dijo Peter incómodo.

—Nos abordó Hardy —añadió Roger—. Algo normal, una práctica rutinaria en el mundo de los negocios, no hay nada de siniestro en ella.

Daphne no había pasado todos aquellos años casada con el exitoso Daniel Wolf sin aprender una o dos cosillas sobre los negocios. Hal lo veía en el brillo escéptico de su mirada, que indicaba que no se iba a tragar esa explicación.

—El señor Shackleton ha venido hasta aquí para concluir la venta —dijo Peter—. Se irán a otro sitio si empezamos a vacilar. Ya casi es Navidad, no tenemos tiempo para escarbar en los motivos por los que quieren comprar.

—En ese caso analizaremos por qué estáis tan ansiosos por vender.

Silencio.

—Así que también tendré que descubrir eso.

Roger se aclaró la garganta.

—Tía, quiero decir, Daphne, estamos preparados para hacerte una oferta muy generosa por tus acciones. Tú misma has dicho que no tienen una importancia significativa entre tus propiedades y...

Daphne lo interrumpió.

—He dicho que no poseen ninguna importancia financiera clave. Desde el punto de vista familiar sí son muy importantes para mí. Sigue. ¿Quién me

compra las acciones?

—Peter y yo, por supuesto.

—¿Hal no?

—También me han ofrecido comprar las mías —dijo Hal—. Les he dicho que me lo pensaré.

—Para cuando vosotros dos hayáis escarbado y pensado, y todo absolutamente para nada —intervino Peter irritado—, el trato será imposible.

—En cuyo caso habrá alguien más dispuesto a comprar la compañía. Si Hardy le ha visto futuro, ¿por qué no se lo vería otro comprador?

—Nadie pagaría tanto —contestó Roger sin darse cuenta y se ganó una mirada furiosa de Peter.

A Hal le entraron ganas de complicar un poquito más la situación.

—Evidentemente, si la compañía vale tanto, a lo mejor tendríais que estudiar por qué sus beneficios son tan bajos en la actualidad. Es raro que Hardy se disponga a pagar tanto por una empresa renqueante, ¿no?

Daphne asintió enfáticamente con la cabeza.

—Lo has resumido a la perfección, Hal. Peter, ya no digas nada más. Te he dicho que te concedería media hora de mi tiempo, y has dispuesto de treinta y tres minutos. Más que de sobra. Ni me vas a atemorizar, ni amenazar, ni engatusar para hacer algo que no quiero hacer. Si eres capaz de hacerme ver por qué una compañía alemana quiere esa parte agonizante del negocio familiar y el motivo es inocente, puede que cambie de idea. De todos modos, puede que no. En la actualidad no me siento proclive a hacer demasiados favores a los alemanes.

Se levantó de la silla, recogió del suelo su bolso morado de cocodrilo y salió de la habitación con gracia, casi antes de que los hombres tuvieran tiempo para levantarse.

—Maldita mujer —dijo Peter, con cuidado de empezar a hablar una vez que la puerta se hubo cerrado tras ella—. ¿Quién se cree que es? Hal, a ti te importan un pimiento las sociedades alemanas y toda esa basura. Deja de nadar entre dos aguas y vota con nosotros o, si quieres lavarte las manos, véndenos las acciones, ya te hemos dicho que estamos dispuestos a pagar un buen precio. Sea lo que sea lo que inspira tanto recelo a Daphne, no tiene por qué preocuparte a ti. Francamente, creo que le está afectando la edad. Se ha trastornado.

—No está trastornada. Olvidas que Wolf era judío. Creo que eso es lo que late detrás de todo esto —dijo Hal, dirigiéndose también él hacia la puerta.

—¿Wolf? ¿Y qué tiene él que ver?

—Bueno, Peter, si tú solo no eres capaz de verlo, me parece que el que se ha trastornado eres tú.

Capítulo 33

¡Judía!

Lidia se quedó helada. Agarró el asa de su cesta de la compra tan fuerte que empezó a temblar. Una manzana cayó al suelo, salió rodando por la acera y se metió en la alcantarilla.

—Métete con ella en la alcantarilla a la que perteneces —resonó la voz en el aire frío.

Ya no estaba en una pequeña población del norte de Inglaterra. Había vuelto a Viena y mientras un grupo de oficiales de la Heimwehr la apartaba a empujones, uno de ellos le cogió la cesta, la volcó y se rio de su propia gracia. Había comprado huevos que se estrellaron contra el suelo; las yemas amarillas rotas y las claras resbalaron hasta la alcantarilla húmeda.

Se rieron aún más.

—Tú eres la próxima, judía. Tú y toda tu raza.

Se obligó a volver al presente, un presente que hasta ese momento había estado a un mundo de distancia de las peligrosas calles de Europa y de las humillaciones diarias infligidas a los de su raza. Estaba en Lowfell, donde la gente era amable con ella y el oficial de policía inglés extendía la mano para parar el tráfico cuando ella tenía que cruzar la calle. Pero incluso aquí, en este lugar remoto y pacífico, alguien pronunciaba aquellas terribles palabras.

Le entraron ganas de soltar la cesta y correr, salir huyendo de la voz amenazante. Solo que no había dónde salir corriendo si tampoco allí estaba segura. Sintió que le desbordaba la ira, que le anegaba el miedo.

Se dio la vuelta, con los ojos encendidos por la furia.

—¿Se dirige a mí? —preguntó en inglés.

Se trataba de uno de los hombres de los que se decía que eran camisas negras. Había oído hablar de ellos, eran dos y se alojaban en casa de la señora McKechnie, una escocesa que alquilaba habitaciones. Camisas negras ingleses, no como los alemanes, se dijo. Los ingleses no iban a tolerar a los de su clase. Estos serían *boy scouts* crecidos, nada más.

En el instante en que posó la vista sobre aquel hombre, supo que se había equivocado. No se trataba de ningún provinciano disfrazado para ocultar una naturaleza tímida y fracasada. Aquel hombre no era ni un fanfarrón ni un

imbécil. Formaba parte de ellos, de esos hombres terribles que mandaban bandas de matones y criminales con consentimiento oficial contra los enemigos del estado: judíos, gitanos, homosexuales.

—Sí, hablo contigo, judía.

Sus ojos la traspasaron amenazantes, al igual que su actitud; su rostro estaba marcado por una cicatriz morada desde el ojo a la boca, y todo él era duro y enjuto a la manera aria que adoraban los nazis alemanes. No era un imbécil, ni parecía un hombre que se dejara intimidar por las habilidades de la gente distinta a él; sus ojos eran los de un fanático. Estaba lleno hasta los topes de energía violenta, y parecía que le gustaba infligir daño y dolor, alardeando de su hombría y fuerza inglesa. Su voz pertenecía a la clase alta, dotada de la seguridad propia de un hombre que se sabe nacido para mandar. Un hombre criado para perseguir, disparar, cazar y hacer presa de criaturas más débiles y pequeñas que él.

En esta ocasión, la presa era ella.

Se encontraba de pie al otro lado de la estrecha calle. No había mucha gente, era la hora del almuerzo, las tiendas estaban cerradas, Lidia había salido a toda prisa a comprar fruta para el almuerzo antes de que cerrara la verdulería. El chico del carnicero pasó con la bicicleta, los miró con curiosidad, y siguió su camino, silbando y sin prestar demasiada atención. La chica de la mercería, de camino a casa para comer al mediodía, cruzó a su lado de la calle en lugar de pasar por donde estaba el hombre.

El pánico se apoderó de Lidia. Eran dos, según había oído. Esos hombres no cazaban solos, siempre iban en grupos, en pandillas, les gustaba la superioridad numérica, que los animaran a comportarse de un modo que su educación y código social les impedía. O, en el caso de los hombres como aquel, les gustaba tener otros a los que dar órdenes. Había placer y satisfacción en observar cómo sus esbirros se convertían en bestias a sus órdenes.

—¡Judía! —volvió a gritar—. Escoria judía. Vuelve al agujero de ratas de donde procedes, entre las greñas grasientas y las narices ganchudas de los de tu raza. Sabemos trataros como merecéis, como ratas.

—¡Cállate! —le gritó en voz alta perdiendo el control. No debía permitirse sonar como una víctima, no debía perder el sentido de quién era—. Esto es Inglaterra, ¿crees que la gente te va a permitir comportarte así?

Lanzó una mirada arriba y abajo de la calle.

—No veo a nadie. Ningún ciudadano se lanza a defenderte. A nadie le importas, zorra judía. No más de lo que les importan las alimañas del campo.

Lidia retrocedió. ¿Por qué no venía nadie? ¿Es que no oían lo que decía, no sabían que quería matarla solo por ser quien era? No, no podía matarla, aunque quisiera. Estaba en un país en el que no podía asesinar a una mujer y salirse con la suya solo porque él fuera de clase alta y su víctima, una refugiada. Una judía. Por mucho que les desagradaran los extranjeros, los ingleses no se comportaban así.

¿No?

—¿La está molestando este hombre, señorita?

Lidia no podía creérselo: ante sus ojos inundados se erguía la figura recia, de uno ochenta de altura y uniformada de azul, del agente Ogilvy.

—Me ha parecido oír alboroto aquí fuera, mientras almorzaba y he pensado «Voy a salir a ver qué pasa». ¿Conoce a este caballero, señorita? Quiero decir. ¿Es su marido, su hermano o su novio?

«Sacudió la cabeza» temblando ahora tanto de alivio como por la impresión.

—No, oh, no, no lo conozco de nada.

—Quisiera tener una palabra con usted, señor —dijo. Sacó una libreta del bolsillo de su uniforme y empezó a cruzar la calle.

—¿Estás bien, joven?

Lidia había girado ciento ochenta grados y empezado a correr en cuanto el policía se acercó al hombre, con el corazón desbocado en el pecho. Por la calle dio la vuelta a la esquina y subió la ligera pendiente hasta la casa de Edwin. Se dio la vuelta al oír la voz tras ella.

—¿Quién es usted?

Sabía quién era, era la americana de los pañuelos en la cabeza y las gafas de sol, la que llevaba pantalones que provocaban que los habitantes del pueblo sacudieran la cabeza y predijeran toda clase de desastres si sus jóvenes empezaban a vestirse de aquel modo. La que todos pensaban que era una artista de cine; americana y con gafas de sol, no podía ser de otro modo.

Era joven, tras las gafas oscuras no había arrugas. Sonrió, mostrando unos dientes blancos y regulares. Los americanos siempre tenían dientes maravillosos.

—Llámame Tina, ¿vale? ¿Ha pasado algo ahí detrás? He visto al policía y después te he visto corriendo. ¿Tienes algún problema?

—Oh, gracias, no quería ser grosera. No, no tengo problemas, es solo que ese hombre, que es un camisa negra... Mira, soy judía y extranjera, es solo que no esperaba que... aquí.

Le temblaba la mano mientras metía la llave en la cerradura.

—Déjame a mí —la mujer le cogió la llave. La giró, la puerta se abrió y Lidia casi se cae al entrar. La americana la siguió.

—Necesitas una taza de algo caliente —dijo Tina—, y dulce. Esto parece una especie de estudio fotográfico, ¿eres fotógrafa?

—No, no, yo estoy arriba.

—¿Cómo se llega a tu apartamento?

Lidia no quería a aquella mujer extraña en su habitación. Por otro lado, sentía tanta debilidad en sus piernas que no sabía si podría subir las escaleras sin ayuda. Estaba furiosa consigo misma, nadie la había tocado, no había tenido ningún accidente, y lo que el hombre había dicho no era una novedad para ella. Aun así, allí estaba, temblorosa y sin poder hacer nada.

—Es esa puerta de ahí.

—Vamos.

Arriba, Lidia se sentó en el sofá, aún con el abrigo y las botas.

—Si te parece que te vas a desmayar, mete la cabeza entre las rodillas, reina.

Se le pasó el vahído, dejó de llorar, sus manos se tranquilizaron. Había recuperado de nuevo el control de sí misma. Se puso en pie, se quitó el abrigo y se agachó para quitarse las botas.

—Me sentía tan segura aquí. No es que en Londres corriera peligro, no es que haya hecho nada, o yo sea alguien especial.

—Lo único que pasa es que eres judía, y extranjera, y eso es suficiente para esa gente grotesca que tiene la cabeza completamente nublada —Tina le tendió una taza de café—. No sé cómo lo tomas normalmente, pero dulce y con leche es como lo necesitas justo ahora —se sentó enfrente de Lidia—. He leído sobre esos camisas negras. No hay ninguno de esos en Estados Unidos, por lo menos no donde yo vivo. De todos modos, tenemos nuestros propios problemas, sobre todo en el sur, allí hay bastante intolerancia racial.

Lidia tragó el café dulce, agradeció que estuviera caliente y fuerte. Tenía que hacer un esfuerzo.

—¿Qué parte de América es esa? La parte de donde vienes.

—California.

—Naranjas —dijo Lidia—. Naranjas y sol, ¿verdad?

—Muchas naranjas, y sol también.

—Esto debe de parecerte muy frío. Comparado con ese sol.

—Crecí en el norte de Inglaterra antes de volver a Estados Unidos. Me estoy acostumbrando de nuevo, aunque desde luego me tengo que abrigar. Los ingleses no dominan aún la calefacción central.

—Aquí se está bien.

—Esta casa es de un chico, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Aquí vive un hombre. ¿Es tu amante? Lidia se la quedó mirando.

—¿Qué?

Tina se rio.

—No me hagas caso. Soy curiosa por naturaleza, y hace años que me deshice de mi pudor inglés. Sé que aquí vive un hombre por el aspecto que tiene.

—Ahora no vive aquí. No mientras esté yo. No sería apropiado, tiene amigos y familia, les escandalizaría y me llamarían puta.

—Lo dudo mucho, chata, no es una palabra que esta gente use habitualmente. ¿Dónde vive mientras tú utilizas su apartamento?

—En su casa. Al otro lado del lago. Este es su lugar de trabajo, su estudio, y a veces también se queda aquí. Pero no mientras esté yo, soy estricta con eso.

—¿Qué haces durante el día? ¿Sales a patinar?

La cara de Lidia se iluminó.

—Me encanta patinar, y tengo unos patines, así que voy casi cada mañana, a primera hora, casi antes de que amanezca.

—Eres madrugadora, entonces. Yo me pego a las sábanas siempre que puedo. ¿Qué haces el resto del día?

—Toco unas cuantas horas cada día.

—¿Eres música? ¿Eso es alguna especie de piano?

—Es un clavicémbalo.

Tina se levantó para examinar el instrumento.

—Es bonito, ¿eh? ¿Es eso que suena como un tintineo?

—Te lo enseño —Lidia terminó el café y se sentó delante del clave.

—Toca algo ligero —dijo Tina cuando vio a Lidia vacilar, las manos merodeando sobre las teclas negras—. No soy experta en música clásica.

Lidia asintió ligeramente y tocó.

—Eso me ha gustado —dijo cuando Lidia terminó y descansó las manos sobre el regazo—. ¿Cómo se llama?

—Es de Handel, un compositor alemán que vivió y trabajó en este país. Se llama Aire y variaciones.

—Conozco a Handel. Escribió el Mesías. Dan conciertos todas las Navidades. Mi padre cantaba una parte.

—¿Tu familia se dedicaba a la música?

—Señor, ¡no! Pero mi padre cantaba de vez en cuando en algún coro. Disfrutaba con ello. Puramente *amateur*. Tú no eres *amateur*, ¿verdad?

—No, yo estudié. Toqué profesionalmente. En Europa.

—¿Y ahora?

—Ahora soy una refugiada, mantengo el clave solo gracias a mi amigo.

—¿Quién es ese amigo tuyo?

Lidia vaciló.

—Se llama Edwin.

—¡Edwin!

—Pareces sorprendida, ¿es un nombre poco frecuente?

—¿Cómo se llama de apellido?

—Richardson. Pertenece a una familia rica e importante aquí, creo. Tienen una casa muy muy grande. Wyncrag.

Pronunció la W como si fuera una V. Tina la corrigió, pero distraída.

—Wyncrag, querrás decir. ¿Es majo ese tal Edwin Richardson? Háblame de él.

Capítulo 34

Perdita tomó un té más que sustancioso: bollitos, varios sándwiches y un buen trozo de tarta de chocolate. Cenarían en Grindley Hall antes del baile, y Úrsula le recomendó que se alimentara bien a la hora del té en Wyncrag.

—No te imaginas lo escasas que se han vuelto las comidas, aunque creo que Eve tendrá que hacer algo al respecto. La tía abuela Daphne no parece muy contenta con los menús.

—Vive en Francia, seguro que le gustan las ancas de rana y otros platos así.

—Madre mía, figúrate qué espanto si las sirvieran en Grindley Hall.

—Mejor que no lo hagan, no pienso comérmelas si me las sirven.

Perdita se detuvo camino del piso de superior antes de vestirse.

—¿No subes a cambiarte, Alix?

—No sé si quiero ir al baile. Se me ha vuelto a hinchar el tobillo, tanto que no puedo ponerme un zapato. Sencillamente, me niego a asistir a un baile con un calcetín en un pie.

—¿Qué va a decir la abuela si no vas? Ya sabes cuáles son sus normas: una vez aceptada una invitación, hay que asistir.

—¿Qué gracia tiene ir a un baile si no puedes bailar? Ya sé, la abuela insistirá en que vaya y dirá que tengo que sentarme con las madres y las viudas y dar conversación. No quiero hablar con ellas, y desde luego ellas tampoco quieren hablar conmigo. No puedo hablar de niñeras e institutrices, o criados, u operaciones, ni de quién está teniendo un romance con quién; no estoy casada. Les corto las alas. Francamente, Perdy, no me importa lo que diga la abuela.

—Pero ven, Alix. Michael y Freddie estarán allí, ambos te caen bien.

—Se lo recordaré a la abuela. Le encantará que no me codee con una pareja tan peligrosa.

—¿Qué tienen de peligroso?

—Son hombres jóvenes. Por lo tanto, peligrosos para las mujeres jóvenes. Oh, ya sabes cómo es. Venga, sube, si no se te hará tarde y tendrás problemas de verdad.

Parecía que Alix estaba decidida a no ir, porque cuando Perdita bajó una hora después, su hermana seguía en el salón, con el tobillo apoyado en un reposapiés. Estaba mirando las llamas, meditando, y no fue consciente del paso del tiempo hasta que levantó la mirada y vio a Perdita allí de pie.

Perdita se había puesto el vestido rojo que habían comprado en Manchester. El terciopelo de seda rojo parecía muy suntuoso bajo la tenue iluminación, y hacía que el adorno de oro y granates que llevaba alrededor del cuello no pareciese una baratija. Estaba magnífica.

—¡Perdy! —exclamó Alix. El vestido no era adecuado para una quinceañera, reparaba en ello ahora; había sido concebido para una mujer mucho mayor y sofisticada. Pero con las piernas largas y la complexión delgada de Perdita lucía perfecto. ¿Por qué no había reparado en lo inapropiado que resultaba en la tienda? Porque era el único vestido que le iba bien, y en el probador, con la mala iluminación, y el cabello de Perdita cayéndole por la cara, no le había resultado tan arrebatador—. Parece que tengas veinticinco —dijo.

—Oh, no, por favor, no digas eso, qué horror, la abuela me va a decir que me lo quite inmediatamente.

—Tienes razón. Es maravilloso, y estás estupenda, pero a la abuela no va a gustarle.

—Bueno, me quedaré aquí sentada y esperaré la matanza —dijo Perdita con estoicismo—. Por lo menos me lo he puesto un poco. No creo que se pueda devolver, ¿verdad? La abuela lo encerrará en algún sitio o lo enviará a un mercadillo, supongo. Me pasaré la tarde aquí contigo, aunque supongo que no será de muy buena educación que no vayamos ninguna de las dos. ¿Estás segura de que no quieres venir? Igual conoces al hombre de tu vida.

Alix se rio.

—«Conozco a todos los que estarán allí» conozco a la mayoría de toda la vida. Estoy segura de que ninguno es mi alma gemela.

—Es una pena.

—¿Qué es una pena? —preguntó Edwin al unirse a ellas junto al fuego. Vestía frac, y apoyó un zapato bien lustroso en el guardafuego. Asimiló la ropa de Alix—. ¿No vas a venir, Lexy? ¿Te sigue doliendo el tobillo?

—Más bien. Así que me quedo. Cenicienta junto a la chimenea.

—¿Le has dado la noticia a la abuela?

—No, Perdy y yo estábamos aquí en ascuas, esperando que descienda.

—Tienes suerte. Tú también, Perdy, debo decir que estás impresionante con ese vestido, pero no me parece que a la abuela le vaya a hacer gracia.

Dejad que sea yo el que os traiga la buena nueva. Me acabo de encontrar a Lipp en el recibidor y me ha anunciado con sus irritantes modos que *madame* tiene dolor de cabeza, ha tomado un remedio y va a pasar la noche con la habitación a oscuras. No debemos hacer ruido ni al salir ni al entrar.

Alix sintió un tremendo alivio.

—Gracias a Dios. ¿No será una migraña, por una maravillosa suerte del destino?

—Lipp mucho se teme que así es.

—Oh, qué bien —dijo Perdita, olvidándose de ser adulta—. La última vez duró tres días, eso nos deja tranquilos hasta Nochebuena.

—Niña perversa —añadió Edwin—. ¿Es que no tienes compasión? Las migrañas son muy dolorosas, o eso dicen.

—Supongo que se la habrá dado el mal genio —comentó Alix—. Michael y Freddie han pasado por aquí esta mañana, y no te puedes imaginar lo maleducada que ha sido con ellos.

—No puedo evitar sentirme contenta, ahora no me podrá prohibir ir —dijo Perdita, roja de alegría—. Imagínate, ha cancelado un compromiso, y a última hora. Tiene que encontrarse con la cabeza fatal. Alix, ahora tienes que venir. ¿No ves que será mucho más divertido si la abuela no está allí para desaprobarnos todo lo que hagamos? Mucha gente se sentará contigo y hablará, sabes que sí.

—Venga, ánimo —dijo Edwin—. No bailaré más de lo que dicta la buena educación, nos podemos sentar y criticar a las parejas que bailen.

Alix sabía que Edwin no tenía intención de bailar mucho porque la mujer con la que le gustaría bailar no estaría allí. Por otro lado, la perspectiva de pasar varias horas en su compañía era algo que no podía desaprovechar. Aunque terminara hablando de Lidia, al menos estaría con ella en Grindley Hall, y no en Lowfell con Lidia.

—Tienes unas zapatillas doradas sin talón —le dijo Perdita; había pasado unas cuantas horas felices inspeccionando la ropa de Alix—. Póntelas, impedirán que se vea tu venda.

—Está bien —aceptó Alix, poniéndose en pie con dificultad—. Me daré tanta prisa como pueda.

Trudie entró chasqueando la lengua, como si fuera un remolino de gasa azul oscuro.

—Alix, cariño, ¿aún no te has cambiado? Vamos a llegar tarde, ¿en qué estabas pensando? Y mamá no viene, supongo que ya lo sabéis. Cielo santo, Perdita, ¿ese es el vestido que te compraste en Manchester? Quizá sea mejor

que mamá se encuentre indispuesta. Subiré y te ayudaré a vestirme, si quieres, Alix. Edwin, dile a papá que bajaremos directamente y que Saúl está esperando a que Jane acabe de arreglarse.

—Bueno, bueno —dijo *sir* Henry mirando a su nieta pequeña con mirada aprobadora—. Pero qué guapa estás esta noche, Perdita. ¿Ese es el vestido que compraste en Manchester?

—¿Te gusta?

—Mucho, aunque no estoy seguro de que tu abuela lo considerase apropiado.

—¿Se lo vas a decir?

—Ni una palabra.

Alix observó a su familia desde arriba, en las escaleras, donde se había detenido un momento. El abuelo estaba fumando un puro, algo que la abuela no habría tolerado; su camisa almidonada relucía contra las solapas brillantes. Perdy parecía una extraña con aquel vestido de terciopelo rojo. La tía Trudie, algo detrás de los demás, como solía hacer, con una estola de piel alrededor de los hombros. Tío Saúl estaba junto a su hermana, pulcro, con aspecto seguro y preocupado, las arrugas en el puente de la nariz se veían más pronunciadas a la luz de los apliques. La tía Jane se había apartado de él, exquisita y elegante en verde pálido. Demasiado delgada, pensó Alix, al mirar los ojos hambrientos y enormes de su tía. Se estremeció. Que Dios la librara de acabar alguna vez así. Y Edwin, a sus anchas, con el pelo engominado por una vez, en lugar de cayéndole encima de la frente. Bajó el tramo que le quedaba de escaleras y se unió a ellos.

Perdita se metió dentro de su viejo abrigo de *tweed*, y los otros miraron sorprendidos a la extraña figura con aspecto de vagabundo que resultó de aquella insólita operación.

—Cielo santo, ¿es que no tienes una capa o un chal? —preguntó el abuelo.

Trudie, que había desaparecido en cuanto Perdita empezó a meter un brazo por la manga, volvió al recibidor.

—Tengo justo lo que necesitas —le dijo—. Quítate el abrigo, Perdita. —Llevaba en la mano una media capa negra de terciopelo, que le echó por encima de los hombros—. No te abrigará, pero solo vamos a estar fuera unos minutos, y te puedes tapar en el coche.

Rokeby ayudó a Alix a ponerse su capa de noche, le tendió a *sir* Henry el sombrero de copa, los guantes y el bastón de plata.

—¿Tú vas con tu coche, Saúl?

—Sí.

—Pues nos vemos allí, en ese caso.

Rokeby abrió la puerta de entrada.

Capítulo 35

Estoy sacando tiempo para escribir en mi diario, en mi cuarto, en mi mesa, sin miedo a miradas indiscretas. Estoy en ropa interior, en lamentable ropa interior, a juzgar por el aliento entrecortado de Bonnet y los chasquidos de su lengua. Nunca me he fijado demasiado en la ropa interior, pero estoy de acuerdo en que mis enaguas han visto tiempos mejores y de hecho, tienen un aspecto algo deprimente. No importa, nadie va a verla.

»Excepto Bonnet, motivo por el que estoy aquí, media hora antes de que empiecen a llegar los invitados a la cena, mientras los demás están en la sala del piso de abajo escuchando a la tía abuela Daphne explicarles un par de cositas sobre cómo era Grindley Hall en los buenos y viejos tiempos, cuando los bailes eran bailes y no esta cosa absurda y cicatera.

»He subido a vestirme al mismo tiempo que todos los demás, y solo me ha llevado como cinco minutos ponerme mi viejo vestido verde y volver a bajar. He llegado antes que el resto, claro, porque se acicalan y emperifollan demasiado, especialmente la horrible Eve y la querida Rosalind; o en el caso de los hombres, se bañan, se afeitan y así se entretienen.

»Eso ha estado bien, porque me ha permitido probar unos pequeños canapés que había tenido la amabilidad de sacar un lacayo, uno de los contratados para esta noche, debo decir, que seguro que se ha quedado horrorizado por los comentarios bajo la escalera.

»Han llegado papá y Roger, muy almidonados, en blanco y negro y lustrosos, después Angela, que siempre está fantástica pero que parecía un poco malhumorada, y Cecy, que tenía aspecto de haber estado llorando. Después ha hecho su aparición el tío Hal, y debo decir que estaba magnífico, supongo que se debe a que es más joven y esbelto que papá y el tío Roger, aunque el tío Roger ha hecho un comentario ácido sobre los sastres de Savile Row, algo así como que los actores necesitaban trajes de noche bien cortados para subirse al escenario.

»Después han bajado Simón y Nicky, Nicky con el frac viejo de Simón, que no le queda especialmente bien, y detrás la horrible Eve toda brillante y ceñida, y al cabo de un rato ha hecho su entrada Rosalind. ¡Bueno! A Simón se le iban los ojos. Desde luego parecía una princesa de cuento, con un

vestido blanco moteado de plata. He oído al tío Hal murmurar algo a propósito de merengues, lo que ha enojado a Eve. Poco después se ha enojado aún más, porque la tía abuela Daphne le ha robado el protagonismo a Rosalind tras bajar solo unos segundos más tarde, vestida de morado, como siempre, y como salida de una película. Se nota que tiene un estilo tremendo y se gasta una fortuna en ropa.

»Le ha dicho al lacayo que le sirva una copa de champán, momento en el que Eve ha sido tan tonta como para comentar que estaba sirviendo jerez. Daphne le ha dicho que ella, Eve, sabe perfectamente que ella nunca ha tocado el jerez; Eve no sabe que la mayoría de las noches se trasiega los cócteles como si fueran agua, y que la bebida adecuada antes de una cena y de un baile es el champán. Papá ha puesto fin a una prometedora pelea pidiéndole al lacayo que abriera una botella, desde luego se nota que quiere tenerla contenta con esos pequeños detalles. ¡Madre mía, qué mirada de odio le ha lanzado Eve! Después la tía abuela Daphne le ha dicho a Rosalind que parecía un adorno de Navidad, demasiado emperejilada para la moda actual, y que resultaba provinciano llevar un vestido como ese para un baile de invierno en casa.

»A Rosalind se le ha desencajado la mandíbula, y se le notaba el odio en la cara, pero antes de que ella o Eve pudieran decir nada más, la tía abuela Daphne ha fijado su atención en mí.

»—Cielo santo, niña —ha gritado—. No puedes aparecer así en público. Ve arriba y cámbiate inmediatamente, eres una vergüenza para la familia, ¿cómo puede una hija de Delia tener un gusto tan espantoso?

»Ahí estaba papá, a quien casi le da una apoplejía con Rosalind puesta de vuelta y media y la tía abuela mencionando el nombre de mamá en público; no ha parecido importarle que me criticara a mí. Simón boqueaba como un pez al ver a su adorada tan disgustada, Eve estaba blanca de ira, Angela se reía, y hasta Cecy parecía mucho más alegre. Tío Hal lo observaba todo con un aire que solo puedo describir como altanero acompañado de una sonrisa malvada. Solo Nicky ha salido a defenderme, bendito sea, se ha puesto como un tomate, se ha enfrentado a la tía abuela Daphne y le ha dicho que no era culpa mía, que es el único vestido que tengo y que había mucho dinero para comprarle ropa a Rosalind pero que a nadie le importaba un pepino el aspecto que yo tuviese.

»EL tío Hal ha susurrado por lo bajo (aunque yo lo he oído): "Muy bien, Nicky". Eve ha entrado al trapo y ha sentenciado que yo no soy más que una

colegiala, que ya llegaría mi turno, y que aún estaba creciendo y no valía la pena gastar dinero en ropa que luego me quedaría pequeña.

»La tía abuela Daphne, entonces, ha avanzado hasta donde yo estaba y ha exigido inspeccionar mi armario. Eve no parecía en absoluto dispuesta a transigir, pero la tía abuela la ha avasallado y en dos segundos estaba aquí arriba, exigiendo que llamaran a Bonnet en ese mismo instante, mientras ella hacía todo tipo de comentarios consternados ante mi escaso guardarropa.

»—No puedo creer lo que ven mis ojos, pero compruebo que dices la verdad, Úrsula, cuando aseguras que es tu único vestido de fiesta. Bonnet, ¿dónde está esa mujer, corcho? Bonnet, ya ves qué aspecto tiene la señorita Úrsula —la cara de Bonnet era un poema—. Quítatelo, Úrsula, y que Bonnet le dé por lo menos un par de puntadas para que te sienta como es debido. Y cuando termines eso, Bonnet, arrégale el pelo a la señorita Úrsula y empólvale la nariz. Y ve a buscar ese collar de filigrana de diamantes que nunca me pongo —lo guardo por motivos sentimentales —me dijo a mí—, me lo regaló mi querido Wolf en un cracker—, y la pulsera y los pendientes de oro y diamantes.

»Después reparó en mis zapatos, que también han vivido días mejores. Más gritos de consternación. Echó un buen vistazo a mis pies, que a diferencia del resto de mi persona, están bastante bien. No son como los de Perdy, que hacen juego con su tamaño y lo pasa fatal para encontrar zapatos de su talla. Alix dice que va a tener que hacérselos a medida, y al parecer su abuela está de acuerdo, ya que los zapatos no es algo a lo que se pueda oponer en serio, aunque seguro que tampoco le deja llevar nada que no sea el prudente calzado de cordones. En cualquier caso, la tía abuela Daphne y Bonnet han llegado a la conclusión de que mis pies son del mismo tamaño que los de la tía abuela, y le ha dado órdenes a Bonnet de traer unos zapatos dorados junto con las joyas. No creo que ni siquiera una doncella francesa sea capaz de modificar gran cosa mi vestido, pero me voy a sentir estupenda con diamantes, por pequeños que sean. Espero que los zapatos no me aprieten, porque aunque nadie más quiera bailar conmigo, sé que Nicky lo hará.

»Después la tía abuela Daphne ha dicho cosas muy groseras sobre la horrible Eve, que he disfrutado, y sobre lo angustiada que se sentiría mamá si supiera cómo me están tratando. Eso me ha entristecido bastante».

Capítulo 36

Las antorchas ardían a cada lado del camino de entrada al Hall, las llamas y las débiles humaredas resaltaban contra el cielo oscuro. El abuelo emitió un gruñido.

—Todo lo grande, por lo que veo.

Alix, envuelta en una manta de pieles en la parte trasera del coche, miró por la ventanilla las antorchas y las lucecitas eléctricas dispuestas a lo largo de la fachada de la casa. De repente fue asaltada por un repentino y doloroso recuerdo, del último baile en Grindley Hall al que había asistido, cuando tenía veintiún años, durante las vacaciones de Oxford, con un vestido sin gracia y languideciendo por la ausencia de John.

Se unieron a una fila de coches.

—La cena será numerosa, por lo que veo —comentó el abuelo.

—Creo que habrá treinta invitados, sin contar a la familia —le informó Trudie desde la oscuridad.

Alix se imaginaba lo que se les avecinaba. Una cena de por lo menos cinco platos, en el comedor. Era una de sus habitaciones favoritas en el Hall: una preciosa sala oval construida en la época de un antepasado Grindley amante de Robert Adam, con un techo de escayola precioso con un fresco oval de las musas encima de la mesa también oval. Además, el cuadro del techo hacía juego con una alfombra Aubusson oval en tonos rosas y grises.

Alix siempre había considerado que las musas eran un motivo poco adecuado para el negocio familiar, y ella y los Grindley más jóvenes a menudo habían especulado qué divinidad del panteón griego resultaría más adecuada. El voto más aplaudido fue el de Simón a favor de los titanes.

La comida sería abundante, el vino bueno, la conversación la típica de amigos y vecinos que en su mayoría se veían varias veces a la semana, se conocían de toda la vida y, por lo tanto, tenían muchas cosas de qué hablar. Normalmente la conversación preferida versaba sobre matar bichos peludos, plumíferos o escamados, pero ahora todo lo que podían hacer era quejarse porque el hielo había puesto fin a sus deportes favoritos.

Ese año la cosa se aligeraría con rostros menos familiares, pues el hielo había traído de vuelta a casa a muchos exiliados, Hal, por ejemplo. Su último

baile en el Hall debió de tener lugar cuando también él era un joven universitario. Ella podía haber cambiado en los últimos tres años; cuánto no habría cambiado él desde su última visita a Westmoreland. En realidad no era un Grindley, decidió; era demasiado refinado. Debía de parecerse a la familia de su madre, o al Grindley que había construido el comedor.

Después de la cena, llegarían más invitados. La orquesta, probablemente de Manchester, en caso de que Peter hubiese decidido tirar la casa por la ventana, afinaría antes de su primera pieza, y se reunirían en el salón de baile, un añadido de la casa bastante menos estético que el resto, debido a su estilo victoriano medio y algo abrumador en carpintería y pilares. Lo mejor ocurría en el invernadero adyacente, que se extendía todo lo larga que era la casa; allí se sentaría la orquesta entre palmeras y plantas exóticas. Las enormes macetas con limoneros y naranjos habrían sido apartadas para dejar más espacio para bailar, y el techo de cristal estaría decorado con cientos de lucecitas.

Si el baile fuera en verano, todas las puertas del invernadero permanecerían abiertas a la terraza; aquella noche, para un baile de Navidad, colgarían grandes cortinas con guirnaldas para impedir la entrada del frío de la noche y el cielo claro iluminado por la luna.

Los faros de los coches que se desplazaban lentamente trazaban dibujos de luz sobre el césped escarchado. Eckersley aparcó en la puerta principal y bajó del coche para abrir portezuelas, doblar y apartar mantas y sostener el bastón de Alix mientras su abuelo y su hermano la sacaban con pocas ceremonias del coche y la apoyaban sobre el pie bueno. El frío les hizo arder los ojos, y Trudie apresuró a Perdita para que se metiera en casa como si fuera uno de sus perros, murmurando frases inconexas sobre constipados, pechos, bronquitis cuando era pequeña, capas como era debido y la locura de salir en invierno con vestidos sin mangas, escotes pronunciados y espaldas al aire.

Alix subió con cuidado el par de escalones bajos y entró en el recibidor cálido e iluminado. Una doncella le cogió la capa e intentó liberarla de su bastón, que el abuelo rescató con un bufido de impaciencia ante la temeridad de la doncella.

Le alegró descubrir que se sentaría junto a Hal en la cena, aunque se sintió algo desconcertada cuando este la informó de que había cambiado de sitio las tarjetas para disfrutar de su compañía.

—Eve me había puesto junto a Sybil Braithwaite. Puede que haga dieciséis años que no vuelvo, pero toda una vida no sería suficiente para olvidar a esa mujer.

Alix se rio, pero la complació el cumplido.

—¿Quién iba a sentarse donde estás tú?

—Un tal Gerald Carson. ¿Lo conoces?

—Un pesado terrorífico. Bueno, me alegro de que me hayas evitado una hora en su compañía; aún es más divertido de lo que piensas, pues los Carson y los Braithwaite son enemigos desde hace años, por no sé qué disputa sobre unas lindes.

—Excelente. Eso es lo fantástico de este tipo de reuniones, nada más que amigos y enemigos, y todos tan contentos de verse. Ahora bien, conozco a mucha gente de aquellos tiempos, algunos muy envejecidos, compruebo con tristeza, otros no parecen haber cambiado un ápice. También veo a completos desconocidos, ¿quién es, por ejemplo, ese joven pelirrojo que se parece tanto a un salmón?

Alix nunca se había entretenido tanto en aquella sala. Al otro lado de Hal había una mujer muy alegre, de aproximadamente la edad de Hal, que le hablaba sobre la vida en Nueva York. Al otro lado de Alix se sentaba un primo Grindley muy sordo, que nunca daba conversación y se concentraba totalmente en la comida y el vino. Así que Alix era libre para dedicar toda su atención a Hal; le hizo gracia descubrir que le daba un poco de rabia la confianza con que Pansy, como se llamaba por desgracia la vecina de Hal, hablaba con él, pero no había nada de insinuante en su forma de responder, e introdujo a Alix en la conversación tan pronto como se hizo evidente que Joseph Grindley no iba a decirle ni una palabra.

Más tarde, cuando subieron arriba para empolvase la nariz, Pansy compadeció a Alix por haber tenido que sentarse junto a un hombre tan aburrido.

—Es famoso por ser un invitado espantoso —le informó Alix con una sonrisa—, pero dado que es rico y carece de descendencia, a Peter Grindley no se le ocurriría no invitarlo a una cena antes de un baile.

Pansy resultó estar casada con uno de los exiliados, y aquella era su primera visita a Westmoreland en invierno.

—Y la última, si de mí depende —le confió—. Sé que el hielo es bonito y todo eso, pero también lo es Suiza y tiene todas las comodidades. ¿Sabes que mi suegra no permite calefacción en las habitaciones? No puedes ni imaginarte el frío que hace. Me meto en la cama con jerséis y calcetines de lana, y por la mañana sigo congelada. Tenemos una estufa eléctrica con dos resistencias en la habitación, y una noche que la dejé encendida, temiendo una hipotermia, mi suegra se coló dentro a las tres de la mañana y la apagó. Debía

de haber estado observando la ruedecilla del termómetro subir y se puso a curiosear hasta que encontró lo que había encendido.

Alix se rio. Pansy le caía bastante bien, aunque hubiera expresado en voz alta su placer por la compañía de Hal.

—Querida, qué hallazgo, ¡qué delicia en esta selva de hombres aburridos! Un hombre que habla y no te aburre con la caza y la pesca. Incluso ahora que no se pueden dedicar a nada de eso, siguen y siguen. Mi Reggie es bastante normal en Londres, pero en cuanto llega al norte se vuelve completamente peculiar; me pregunto por qué me casé con él. Qué cosas, Hal un Grindley, con lo distinto que es del resto de la familia. ¿Lo conocías? ¿Tú no eres de aquí, verdad? No con ese vestido.

Alix había elegido un vestido de pedrería de seda con mucha caída, cortado al bias para que se ciñera a su figura, y se habría movido con gracia de no ser por el bastón, que se la arrebatava por completo. Tenía el pelo recogido —bien tirante— hacia atrás con un broche de seda gris con plumas.

—Tienes un aspecto muy moderno —le dijo Hal después de pedirle un baile.

—Pansy ha dicho lo mismo de ti. Le sorprende que seas un Grindley. Y no puedo bailar, por cierto.

—Ya lo sé, así que te propongo que nos sentemos juntos.

—Mejor ve a cumplir con tu obligación en la pista. Eres uno de los hijos de la familia anfitriona.

—El baile está lleno de hijos de la familia, puedo hacer lo que me parezca. Aunque tengo que bailar con Daphne, ¿no la encuentras fantástica? —Daphne estaba rodeada de admiradores, una bandada de viejos conocidos —. Diría que hay aquí unos cuantos corazones que robó en el pasado —dijo Hal—. ¿Has visto el cambio que ha obrado en Úrsula?

Alix miró y parpadeó.

—Cielo santo, qué diferencia, y con el pelo así aún se parece más a Delia. Una desgracia, si te paras a pensar en el rencor que le guarda Peter. ¿Has visto a mi hermana?

—Perdita. Menudo vestido lleva. A quien no he visto es a *lady* Richardson. ¿No ha venido?

—No, tiene migraña, y por eso Perdy lleva el vestido que lleva.

La entrada de Michael y Freddie captó la atención de Alix. Michael vestía un frac impecable, Freddy estaba muy atractivo y gallardo con el traje completo de las tierras altas escocesas.

—Qué injusticia —se quejó Hal—. ¿Cómo vamos a competir los ingleses con eso?

Freddie no era el único escocés que llevaba el kilt y la chaqueta de terciopelo al baile, pero sí era con diferencia el más llamativo.

—¿Quién es ese hombre? —Escuchó Alix preguntar a una recia matrona—. Si va a estar aquí en Año Nuevo deberíamos conseguir que fuera nuestro primer visitante.

Freddie y Michael se acercaron para saludarla.

—Freddie, te advierto de que hay una mujer que pretende abalanzarse sobre ti para que seas su primera visita en Año Nuevo, así que te voy a cazar yo primero, para Wyncrag —llamó al abuelo para que se acercara, que observaba la escena con gran satisfacción. Se unió a ellos, les estrechó la mano y se mostró muy contento de verlos—. ¿No te parece, abuelo, que Freddie sería un perfecto portador del carbón de Año Nuevo?

—Sin duda, sin duda, y también espero que Michael y Freddie cenén con nosotros el día de Navidad. Seremos bastantes, es costumbre que los Grindley se unan a nosotros, pero cuantos más seamos, mejor, una fiesta de Navidad nunca es demasiado grande.

Era difícil para el abuelo, Alix lo sabía; adoraba la Navidad, mientras que la abuela habría evitado cualquier festividad si hubiera podido. Nunca habían pasado solos la Navidad en familia, no desde que ella podía acordarse. El abuelo sabía perfectamente que la hospitalidad era la única manera de mantener el desagrado de su esposa bajo control.

Alix se había preguntado si tendría que ver con el hecho de que su tío Jack hubiese muerto en diciembre, pero cuando se lo preguntó a tía Trudie, que en ese momento tejía feliz más guirnaldas de ramas por entre los balaustres, su tía le contestó que no.

—Viene de mucho antes, yo creo que es porque mamá fue criada en una casa tan atea.

—Qué aburridos debieron de ser sus padres, ¿qué celebraban?

—No los recuerdo muy bien, verás, murieron cuando yo era todavía muy pequeña. Eran gente muy seria, con un enfoque científico de todo, la ciencia tenía todas las respuestas. No eran puritanos exactamente; más bien realistas lúcidos, o eso decían. Solo que realista se usa muy a menudo en sentido negativo, me parece, y eso resulta descorazonador.

—Tú no eres seria ni negativa, tía Trudie —le dijo Alix, dándole a su tía un abrazo impulsivo—. Ojalá no me hubiera torcido el tobillo, te podría ayudar a adornar la casa.

—La última vez que estuviste aquí por Navidad, te burlaste del árbol, de las luces y de los adornos. Creo que dijiste que era mejor dedicar el dinero a los pobres. Tampoco se gasta demasiado: las guirnaldas vienen del jardín y las luces sirven de un año para otro.

—¿De verdad dije eso? Qué mojigato por mi parte —eso había sido una combinación de odio juvenil por todo lo familiar, mezclado con una buena dosis de las austeras visiones de John sobre todo lo que oliera a frivolidad—. Bueno, tía Trudie, creo que la casa está preciosa con esta decoración navideña, además de que es hermoso poder ver la nieve desde todas las ventanas.

Ahora veía a la tía Trudie enfrascada en lo que, para ella, era una animada conversación con el vicario. Lo encontró diferente a la última vez que había estado en Westmoreland, un hombre de aspecto agradable, de unos cuarenta años, con una cara cómica y sin aspecto de clérigo pomposo. A diferencia del anterior titular, pensó, que sí era un hombre de lo más aburrido.

Cómo le habría gustado bailar, le daba rabia tener que aguantarse quieta envidiando a los de la pista. Con todo aquello, su faceta de observadora constituía una novedad con cierto interés; antes no había tenido la oportunidad de sentarse y examinar el movimiento constante de los invitados.

Michael bailaba con Cecy. Llevaba un vestido rosa que resaltaba su piel clara y el pelo rubio. Había ido sin gafas al baile, lo que significaba que, tal y como le confesó a Michael, no veía casi nada.

Por otro lado, Michael, que tenía una agudeza visual excelente, notó que había estado llorando no hacía mucho. La agarró con firmeza y le preguntó qué le pasaba. Cecy, le parecía, era una persona que tendría que estar contenta, y le disgustaba su expresión tensa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué debería pasar algo? Todo va como la seda.

—No, de eso nada. No me lo cuentes si no quieres, ¿pero puedo hacer algo para ayudarte? Pídele consejo al tío Michael, contestamos a todas las cartas y el lector que vea su carta publicada en mi sección recibirá una guinea.

Ella se rio sin poder evitarlo.

—Es un problema familiar.

Bailaron un rato en silencio.

—Yo no tengo familia —dijo Michael—. Mis padres están muertos, y fui hijo único. Tengo una tía que vive en los Borders, que se encargó de mí durante la universidad, pero es una viejecita muy dura, así que comprenderás que no surjan problemas familiares.

—¿Me estás diciendo educadamente que debería estar agradecida de tener familia, haya o no problemas?

—Santo cielo, no —repuso Michael, desconcertado—. Eso sería imperdonable. Lo que quiero decir es que me lo puedes contar si necesitas un punto de vista imparcial y lejos de consideraciones familiares sobre el problema —hablaba como quitándole importancia, no quería que Cecy supiera lo mucho que le disgustaba verla infeliz.

—En realidad no es un secreto, pues se sabrá tan pronto como no regrese a Londres tras las vacaciones de Navidad.

—¿No vuelves a Londres? ¿Seguirás tus estudios de medicina en el norte, entonces?

—No voy a seguir en ningún sitio. Papá dice que ya no va a pagármelos. No es que no quiera, dice, es que no puede; que tiene que reducir gastos. No sé por qué, tiene una participación en el negocio familiar, además de su sueldo como abogado, y sus tarifas son elevadas, ahora que es abogado de la Corona. Pensaba que lo hacía solo por rencor, siempre ha estado amenazando con impedir que me convierta en médico, porque lo desaprueba moralmente, no por el dinero. Solo que ahora sí lo es. Mamá no dice demasiado, pero creo que papá se ha metido en el mercado de valores, y tal y como están las cosas, debe de haber perdido bastante dinero.

Michael no era un hombre con una cartera de valores y acciones, ni tampoco se tomaba especial interés por lo que ocurría en Londres, pero tenía amigos que sí, y sabía que algunos de ellos se habían visto muy perjudicados en los últimos tiempos.

—¿No hay planes para ayudar a los estudiantes de medicina que se quedan sin fondos? ¿O becas?

—Los hay, pero siempre prefieren dedicar el poco dinero del que disponen a los hombres. Dicen que las mujeres que estudian y que se convierten en médicos después se casan, así que todo ese dinero se malgasta. Yo les puedo jurar que no pienso casarme nunca, pero no me van a creer.

—¿Es cierto? —Dijo Michael—. ¿Estás realmente en contra del matrimonio?

Casi al borde del llanto otra vez, se limitó a asentir.

—Cambiarás de idea.

—No tengo intención. Supongo que echarás de menos a tus padres, y me atrevería a decir que fueron una pareja feliz, pero cuando veo lo que el matrimonio le ha hecho a mi madre, me convengo de que no quiero caer en la misma trampa.

A Michael le pareció una declaración disparatada. Miró a Cecy con asombro.

—Pero si todas las mujeres sueñan con casarse y formar una familia.

—Yo no, y te sorprendería saber cuántas mujeres de mi generación se muestran reacias a casarse. Cuando te casas, lo pierdes todo, quiero decir, puedes conservar tu dinero si lo tienes, pero te obligan a convertirte en parte de la vida de tu marido, sin profesión propia.

—¿Las mujeres quieren desempeñar una profesión?

—No creo que haya demasiadas mujeres en tu campo, así que no lo debes de saber, pero sí, a muchísimas mujeres les gustaría tener una profesión.

—No podía imaginármelo.

A Alix le pareció divertido que muchos de sus antiguos conocidos y amistades no la reconocieran inmediatamente.

—¿Alix? ¿Alix Richardson? ¿Eres tú realmente? Madre mía, no te habría conocido nunca.

—«Cielo santo» Lexy, he tenido que mirar dos veces para darme cuenta de que eras tú. Había oído que venías al norte, y estaba deseando volver a verte. Estoy casada y ahora vivo en Herefordshire, te invité a la boda, no sé si te acuerdas, pero estabas en el extranjero o algo así. Cuéntame qué has estado haciendo, seguro que tu vida en Londres es de lo más emocionante.

—Hola, Alix. Pareces otra. Edwin me avisó de que estabas, si no, no te habría reconocido, qué elegante te veo. Ya he reparado en ti en la cena, sentada al lado de Hal Grindley, qué suerte, es muy atractivo, ¿no?

Maldito Hal, pensó Alix.

—¿Sí?

—Vamos, ni siquiera en Londres caen hombres así de los árboles. Bueno, cuéntame qué está tramando Edwin, ¿quién es esa mujer que tiene escondida en Lowfell? Los rumores vuelan, ya sabes.

—Marjorie, es una amiga, extranjera, que está buscando un sitio donde vivir, cosa que no puede hacer en Navidad. Nada más.

¿Por qué defendía a Edwin, cuando le parecía que las sospechas de la cotilla Marjorie estaban más que justificadas? Porque era su hermano gemelo y aunque ella misma albergara pensamientos perversos sobre Lidia, no iba a permitir que Marjorie Geddison criticase a Edwin, fuera cual fuera el motivo.

De repente, oyó los grititos de alegría de una antigua compañera de escuela, que llegó con un apuesto joven a sus espaldas, un joven que Alix

conocía desde que ambas eran muy niñas.

—Alix, pero si es Alix, sabía que eras tú; ¡madre mía, qué vestido más divino! ¿Y qué te has hecho en la pierna, no puedes bailar? Pobrecita. Tony, mira quién está aquí, es Alix, nada menos, después de todo este tiempo. Casi pensamos que no volverías a hablarte con tu abuela, que solo podríamos verte si visitábamos el pérfido Londres, que te confieso que es algo que me encantaría hacer.

Sus amigas se dispersaron hacia la pista de baile y ella se quedó sola. Un hombre mayor la estaba mirando, y cuando se cruzaron sus miradas, él se le acercó. Estaba segura de conocerlo, pero no podía asignarle nombre a la cara. Era un hombre fornido, con el rostro bronceado y la mirada de una persona que pasa la mayor parte de su tiempo al aire libre.

—¿Alix? No te acordarás de mí, la última vez que nos vimos eras una niña —le tendió una mano—. Soy Alan Hemmings, y era amigo de tu padre. Veo que te has lastimado —y señaló su pie—. Nada serio, espero. ¿Puedo sentarme?

Alix le explicó que no era más que una fea torcedura de tobillo en el hielo.

—Usted es el montañero y explorador, ¿verdad? He leído sobre sus hazañas en los periódicos.

—Eso es. Escalaba mucho con tu padre. No puedo decirte lo que sentí el accidente de Neville. Sigo echándolo de menos. Jamás he tenido un compañero mejor. Menuda pérdida fue su muerte para nuestro deporte.

—¿Era realmente tan buen montañero? —Oh, uno de los mejores. Creció escalando estas colinas. Nuestros mejores escaladores han tenido siempre un origen muy parecido: Escocia, el distrito de los lagos o las colinas de Gales. Tu padre era un escalador muy meticuloso, instintivo pero siempre con la mente clara. No era de los que corrían riesgos, y te puedo asegurar que cuando estás en un extremo de la cuerda, no quieres que en el otro haya ningún temerario—. Aun así, se cayó.

—Eso puede ocurrirle a cualquiera. Adoraba las montañas y aunque fue una tragedia que muriera tan joven, sé que le habría gustado terminar sus días en medio de las altas cumbres.

Alix recordó aquel año trascendental. Papá haciendo el equipaje, encargando el equipo, las botas, discutiendo el cierre de las gafas con alguien. Apenas hablaba con mamá, y ella estaba pálida, hermética, preocupada, cansada; Alix la recordaba ahora con claridad. Qué extraño, todos aquellos años sin ser capaz de visualizarla en absoluto, y de repente, ahora podía verla con nitidez.

—Me parece que mamá no quería que fuera. —No, no quería. Me dijo que era una mala época para que fuera, había problemas en la familia, creo—. Mi hermana estaba enferma.

—Exacto. Y me contestó justo antes de que partiera que no le parecía que estuviera preparado mentalmente para el tipo de montaña que se disponía a escalar. No le habría importado tanto si hubieran sido los Alpes, que conocía bien y estaban cerca. Lo que la alarmaba era que se fuera a los Andes, que no había escalado nunca. Eso y la distancia. Yo no pude acompañarlo, y siempre me he culpado por ello. A lo mejor, si hubiese ido... Pero no fui.

—Mamá estaba otra vez embarazada; siempre me ha parecido muy raro que papá se fuera tan lejos, con su embarazo e Isabel enferma.

—Estaba muy preocupado por todos vosotros —dijo Hemmings—. Lo vi en Londres justo antes de marcharse. Al día siguiente se iba a Liverpool, para coger el barco hasta Chile. Estuvimos en la cena de la Royal Society, y dimos un paseo hasta su club después. Yo no sabía lo de Helena y el bebé. Supongo que pretendía regresar antes de que naciera. ¿Esa es tu hermana pequeña?

Alix asintió.

—Perdita. La chica alta de allí, con el vestido rojo.

—¿Es ella? Cielo santo, así que esa es la hija pequeña de Neville. Qué orgulloso habría estado de ella. Es clavada al hermano pequeño de Neville, ¿cómo se llamaba?

—Jack.

—Jack, sí, eso es. Solo lo vi en un par de ocasiones, debió de ser alrededor de 1916, cuando estaba en casa de permiso. Evidentemente, él y Neville no se llevaban bien.

—¿No? Tío Jack murió cuando yo era muy pequeña, así que no lo conocí.

—Neville era un hombre muy sereno. La mayoría de los escaladores lo somos, te puedes imaginar, necesitas un temperamento estable para ser un buen montañero. Pero cada vez que el nombre de Jack se mencionaba, incluso después de muerto, Neville se calentaba bastante y decía cosas muy amargas de él. Pero todo eso es historia, querida, no hay por qué revolver el pasado. Me alegro de volver a verte, y de encontrarte tan encantadora, si me permites decírtelo. Y la joven Perdita... ¿qué edad tiene? Quince años, madre mía cómo vuela el tiempo, parece ayer cuando despedí a Neville en el tren hacia Liverpool. ¿Está tu hermano aquí?

—¿Edwin? Sí.

—Voy a saludarlo.

—Señor Hemmings —dijo Alix cuando su compañero se levantó—. Ha dicho que papá estaba preocupado por nosotros cuando lo vio en Londres. ¿Es eso todo? Quiero decir, estaba enfadado, o deprimido... ¿Algo que le indicara que no tuvo tanto cuidado escalando como habría debido?

—¿Deprimido? Estaba algo desanimado, no puedo decir que se sintiera especialmente eufórico, pero eso es normal cuando vas a emprender un largo viaje que te apartará de tu familia durante varios meses.

—¿Cree que fue por eso por lo que se cayó?

—Oh, no, en absoluto. Créeme, en cuanto Neville llegara allí, se habría concentrado totalmente en las montañas y la tarea que tenía por delante. Era esa clase de hombre.

—Aun así cometió un fallo, resbaló y se cayó. —Cerró los ojos para alejar la imagen de una figura cayendo desde una altura inimaginable, desplomándose sobre las rocas, el hielo y la nieve a cientos de metros a sus pies.

—Querida, eso le puede ocurrir a cualquiera.

Sonrió y se marchó, dejando a Alix absorta en sus pensamientos. Ahora, a sus veinticuatro años, el comportamiento de su padre en 1920 le parecía insólito. ¿Qué tipo de hombre dejaría —abandonaría— a su mujer embarazada y a una hija enferma para viajar hasta el otro lado del mundo a escalar montañas?

Hal había ido en busca de refrescos, sediento tras bailar un foxtrot muy animado con Pansy. Cogió un vaso de ponche de un camarero que pasaba, y se apartó a un lado para beberse.

—Ese ponche es horrible —le dijo una voz desde el otro lado del pilar, y Simón, más bien colorado, dio la vuelta para ponerse al lado de Hal—. Si fuera tú, me pasaría al *whisky*.

Y tú ya has tomado mucho más *whisky* del que te conviene, se dijo Hal a sí mismo. Reconocía las señales, y Simón pronto tendría que retirarse al cuarto de baño para una desagradable sesión. ¿Qué le había dado al chico para emborracharse en un baile en su propia casa y tan temprano? ¿O es que era uno de esos desgraciados que sencillamente no toleraba el alcohol?

—He decidido emborracharme —le informó Simón—. Mejor vivir en una nube, impide que pienses y te preocupes por las cosas.

Hal suspiró. Estaba acostumbrado a tratar con jóvenes en su trabajo y reconocía las señales de una confesión —y confusión— inminente. Simón no era ni un joven actor ni un joven escritor, pero Hal no creía que sus problemas fueran muy distintos en términos generales.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó atento.

—El jefe y el negocio, y cómo le digo que no quiero pasar el resto de mi vida haciendo váteres.

—Cuando lo planteas así parece una existencia muy aburrida, pero no es muy justo en realidad, ¿verdad? Muchísimos jóvenes considerarían que un negocio familiar próspero constituye una gran herencia.

—No seguirá prosperando mucho tiempo si yo estoy al cargo —dijo Simón sombrío—. Soy un inútil con los números, y lo último que quiero es quedarme sentado en una oficina todo el día.

—Dudo mucho que Peter haga eso.

—No, pero él espera que yo sí lo haga. Que aprenda cómo funciona todo, para pasar después seis meses en la planta, fabricando los malditos váteres.

—De ahí procede la fortuna familiar; alguien tiene que hacerlos.

—Pues que lo haga alguien que necesite el trabajo, yo solo voy a quitarle el pan de la boca a algún pobre desgraciado. ¿Y sabes qué? Si hay una guerra, que la va a haber, todo el mundo lo dice, todos los chicos en Cambridge, los que son mucho más listos que yo, todos dicen que se está avecinando, y si, como digo, hay una guerra y estoy en el negocio, el jefe va a remover cielo y tierra para que me quede aquí durante todo lo que dure.

Hal pensó que eso parecía bastante probable.

—¿Prefieres el uniforme si el globo estalla? —Vaya, empezaba a hablar del mismo modo que todos lo hacían en 1918.

—¿Si lo prefiere? El rostro de Simón adoptó una tonalidad más intensa aún de rojo. —¡Pues claro que sí! Ya sabes cómo es, río Hal, tú estuviste en la última.

—Sí. ¿Tengo que mencionarte lo terrible que fue la experiencia?

—No se trata solo de que estalle una guerra o de que quiera entrar cuanto antes. Se trata de que deseo ser soldado, soldado profesional. Es lo único que siempre he querido ser. Solo que si hay guerra y he perdido todo este tiempo, entreteniéndome aquí en el norte, bueno, aunque consiga escaparme de la fábrica, voy a pasarlas canutas para meterme en un regimiento decente, porque todos los demás ya estarán allí antes que yo. ¿No lo ves?

—Simón, ¿por qué demonios quieres ser soldado? —Hal era incapaz de entender aquella ambición—. Es una vida durísima. ¿Tienes idea de para qué te van a usar?

El rostro de Simón brilló de entusiasmo.

—Es la mejor vida que se puede tener. Podría entrar en la academia militar de Sandhurst en otoño si empollara un poco mates, y entonces

obtendría un grado de oficial con tiempo de sobra antes de que empiecen los tiros.

—Ser soldado significa que te entrenas para matar a otros hombres.

—No solo, también te entrenas para pillarlos antes de que ellos te pillen a ti. Eso es lo que significa la guerra, tío Hal, quieren matarte o encerrarte, a ti, a mí, y a todas las mujeres y los niños. Alguien tiene que luchar para defenderlos. ¿Por qué no yo?

—Eso, ¿por qué no? —murmuró Hal.

Simón se agarró de la manga de su tío.

—El asunto es, tío Hal, que tú podrías hablar por mí con el viejo. Tú eres su hermano, a ti te escucharía.

—Si Peter me escuchara, haría justo lo contrario de lo que yo le pidiera.

—Podrías negociar con él. Con esas acciones. Total, a ti no te importan demasiado. Y a él mucho, ya lo ves, está loco por vender esa compañía de porcelana. Aceptaría que yo ingresara en el ejército si eso le permitiera hacerse con tu parte del negocio. Estoy desesperado, tío Hal. Esperaba que Rosalind intercediera por mí, el jefe está tonto con ella, lo hace girar alrededor de su dedo como quiere, y no me extraña. Quiero pedirle que se case conmigo, ¿sabes? Cuando obtenga el puesto. Pero no piensa hacerlo, solo se ríe de mí y me dice que yo pelee mis propias batallas, y que en cualquier caso no va a haber ninguna guerra tonta, y que yo voy a ser un soldado sin nadie con quien pelear y que no se le ocurre nada más absurdo.

Simón empezaba a resbalar hacia el suelo. Hal le hizo un gesto con la mirada a un lacayo y señaló a su sobrino.

—Acompañe al señor Simón al lavabo más cercano —dijo. Después miró más atentamente al lacayo—. Hola, ¿no es usted Parsons, el chofer?

—Esta noche soy lacayo. Es divertido. Me llevo al caballero a que vomite, y después le prepararé algo fuerte.

—No más alcohol.

Parsons pareció dolido.

—Eso lo sé. Mi hermano, cuando no está luchando contra Franco, está borracho. Yo me encargo.

Pasaron dos mujeres y miraron al trío por el rabillo del ojo. Hal escuchó sus cuchicheos.

—Madre mía, ese es Hal, la oveja negra, de vuelta de América o dondequiera que fuese. Y Simón, como un piojo.

—¿No es el lacayo uno de los extranjeros de Eve?

—Sí, tiene la casa llena. ¡Imagínate, aquí arriba! Dice que son baratos.

—Solo tiene dos o tres, ese hombre y una doncella de Portugal, así que tampoco ahorrará tanto. Además, es una tontería, a la gente del pueblo no le gustan nada, no los engaña poniéndoles nombres ingleses. Esto no es como Londres, donde todos nos estamos acostumbrando a los españoles, los austriacos y Dios sabe cuántos más extranjeros que llegan en los trenes. No es conveniente ponerse a la gente en contra, no cuando vienes de fuera, como Eve. Pobre Simón, no me extraña que esté achispado, tiene que ser un infierno para esos niños sufrir a una madrastra como Eve.

—Delia debería haberlo pensado antes de plantar a Peter.

—Quien la plantó fue Peter.

—Oh, sí, pero solo después de que...

—¿Simón está otra vez borracho? —Preguntó Nicky, a su lado—. Ojalá no lo hiciera, no le sienta bien y lo deja como un cretino.

—¿Bebe a menudo?

—Más bien. Aunque desde hace poco tiempo. Es por culpa de ese amor sin esperanza por Rosalind y de estar a punto de perder la cabeza porque no sabe qué hacer cuando termine en Cambridge este verano.

—Me ha dicho que quiere ser soldado.

—Está loco, completamente loco, aunque creo que lo haría bastante bien, si te soy sincero. Me lo imagino en uniforme comandando tropas para la batalla. ¿Crees que va a haber guerra, tío Hal?

Hal miró a su sobrino más joven con una irritación moderada. Esos chicos le hacían sentir viejo, cuando no lo era, e inútil, algo que desde su punto de vista, sí era en realidad.

—No soy la persona adecuada para preguntárselo —dijo quitándole tanta importancia como podía—. En mi lado del Atlántico las cosas se ven de otro modo.

—Supongo. ¿Diriges algo mientras estás aquí o solo has venido de vacaciones?

Hal pegó un salto.

—¿Qué has dicho?

—Sé que no eres el actor sin éxito que todos piensan que eres. No te preocupes, no voy a decir una palabra, no soy tonto, veo que prefieres que no lo sepan. ¿Por eso te cambiaste el nombre?

—No me lo he cambiado. Me llamo Henry, por supuesto. Ivison es mi segundo nombre.

—Pensaba que la «I» venía de Ian.

—No, Ivison, el nombre de soltera de mi abuela.

—¿Lo sabe la tía abuela Daphne? No me parece que se le puedan ocultar muchos secretos.

—Es cierto, y sí, lo sabe. Sé buen chico y sigue guardándotelo para ti, ¿quieres?

—En cualquier caso nadie escucha nada de lo que digo —repuso Nicky con alegría—. Podría gritarlo por los conductos de las chimeneas y no me prestarían atención, solo dirían por qué Nicky arma tanto escándalo, y después seguirían con sus cosas. Ojalá Simón se hiciera soldado, así a lo mejor mi padre me dejaría formar parte la empresa.

Las sorpresas de la familia de Hal no parecían tener fin aquella noche.

—¿Eso es lo que quieres?

—Me encantaría. Todo lo que hacemos está pasado de moda, ya lo sabes. Hay que ponerse al día, tú debes de apreciarlo, viviendo en América.

Hal estuvo a punto de plantear una objeción, pero a lo mejor Nicky estaba en lo cierto.

—Si hay una guerra, algo que como ya he dicho antes no puedo predecir, Jowetts podría transformarse en una empresa que hiciese miles de lavabos y urinarios sencillos para las tropas.

—Eso lo sé. Se puede hacer mucho dinero en tiempos de guerra, si abasteces al ejército o fabricas armas. Después, cuando termine, habrá dinero para invertir en nuevas fábricas y nuevas ideas.

—Siempre que el país no acabe dirigido como parte del Reich.

—¿Crees que podemos perder? —Nicky se quedó conmocionado—. Bueno, aun así, seguirán necesitándose váteres, bañeras y pilas, ¿no?

Hal decidió que sencillamente no entendía a la nueva generación.

—¿No quieres ir a la universidad?

—No. Lo he discutido largo y tendido con Berris, mi mejor amigo de la escuela, y ambos pensamos que es una pérdida de tiempo terrible, a menos que quieras ser maestro de escuela o algo así. Berris va a ser pintor. Ojalá lo conocieras, sé que te gustaría.

—Ya veo.

Los ojos de Nicky seguían a Freddie, que bailaba al otro lado de la habitación.

—Ese es el doctor Kerr. ¿No te parece increíblemente atractivo?

Bueno, pensó Hal, cuando el baile terminó y él se fue a buscar a su pareja para el siguiente. Nicky podría tener una trayectoria brillante al frente del negocio familiar. Tenía cabeza y estilo, y cualquier cosa que lo mantuviera alejado del uniforme sería una bendición. ¿Tendría Peter la más mínima idea

de cómo se estaba criando su hijo pequeño, o cuáles parecían ser sus inclinaciones? Hal creía que no. Nicky podía tener por delante un camino mucho más duro que recorrer que el de Simón, con o sin campos de batalla.

Capítulo 37

Daphne prácticamente asaltó a Alix enfundada en su vestido morado. Alix, sorprendida, agarró su bastón, preparada para ponerse en pie, pero Daphne se lo impidió.

—No, no, no te levantes. ¿Sabes quién soy?

—¿La señora Wolf? ¿Mi madrina?

—Qué lista demuestras ser al reconocermte.

No tan lista, cuando el Rolls, las libreas y las ropas moradas —¡hasta eran moradas algunas de las pieles!— eran la comidilla del lago, y Alix había recibido una descripción con pelos y señales del asalto de la tía abuela Daphne a Grindley Hall por parte de Cecy.

—Qué triste es que no pueda bailar alguien tan joven como tú. Bueno, déjame que te felicite por tu vestido. Es muy sensato por tu parte vestirme aunque no vayas a bailar. Céline, ¿no? Sí, se nota, no hay nadie en Londres que se le compare en el corte de los trajes de noche. En París hay muchísimos, claro, pero allí es diferente. ¿Cómo te puedes permitir esos trajes? ¿Eres una mantenida?

Alix estuvo a punto de protestar, pero decidió reírse.

—No, por desgracia, no.

—No creo que Caroline le permita Henry darte una asignación suficiente para comprarte ropa como esa.

—Heredé un poco de dinero de una de las hermanas del abuelo.

—Ah, esa sería Gertrude, seguro que dejó una cantidad apañadita, siempre fue una criatura tacaña. Los psicoanalistas dicen que todo se debe a que nos enseñan a usar el orinal, ¿verdad?, o a cuánto nos pegaban o nos dejaban de pegar cuando éramos pequeños. Yo no me creo una palabra. Gertrude nació tacaña. Con todo, me alegro de que te dejara algo de dinero. Una chica nunca tiene suficiente dinero. ¿Y tus padres? Debieron de dejarte bien provista. Qué pérdida tan espeluznante para ti, tus padres y una hermana. Neville heredó una buena fortuna de su abuelo, de tu madre no sé nada, era americana.

—Lo que nos dejaron está en fideicomiso hasta que cumplamos veinticinco.

—¿Cumpláis? Ah, tú y Edwin, los gemelos, claro que sí. Bueno, eso va a veniros muy bien. ¿Tiene que esperar esa niña alta también a cumplir veinticinco? ¿Cómo se llama?

—Perdita. Podrá disponer de la herencia de la tía abuela Gertrude cuando cumpla veintiuno. También la va a agradecer mucho.

Las cejas de Daphne se dispararon hacia arriba.

—Caroline sigue con sus juegucitos de siempre, ¿verdad? La controla con mano de hierro y poco dinero. No parece haber funcionado en tu caso. ¿Sigues viviendo en Wyncrag?

—No, tengo un trabajo en Londres.

—¿Un trabajo? —La voz de Daphne sonaba incrédula, y Alix se puso roja.

—Trabajo en una agencia de publicidad.

—¿Para qué, si tienes dinero de sobra?

—Me gusta.

—Yo de verdad que no entiendo a las jóvenes de hoy en día. U os pasáis el tiempo intoxicadas, venga cócteles y cocaína, o trabajando en oficinas aburridas y dirigiendo organizaciones benéficas aburridas. ¿Qué os divierte de eso?

Alix consideró prudente no responder.

—Y publicidad, ¿por qué publicidad?

—Resulta que no se me da mal redactar textos publicitarios.

—No vas a conseguir un marido nunca, si sigues así. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro.

—Madre del amor hermoso, ya hace mucho que deberías estar casada. ¿Comprometida?

Alix sacudió la cabeza.

—Mi sobrino Hal, ¿te gusta?

—¿Hal? ¿Qué tiene que ver Hal en esto?

—Sí, Hal. Es un hombre interesante. Atractivo.

—Seguro.

—Le gustas —Alix le lanzó a Daphne una mirada que esperaba fuera represora, pero Daphne cambió de tema sin problema—. Ahora bien, esa hermana tuya podrá parecerse a su tío, pero tú a quien te pareces es a Caroline.

Eso es todo lo que necesitaba.

—No estoy de acuerdo, y menos aún si pienso en el retrato que hay de ella en Wyncrag de cuando tenía mi edad.

—No se trata de los rasgos, sino de esa mirada tan directa que compartís las dos. La conocía cuando era una niña. De hecho yo se la presenté a Henry, a decir verdad. Lo peor que he hecho en mi vida, aunque supongo que ha sido feliz después de toda una vida con ella. Por aquel entonces era mi novio, y había venido conmigo a un baile en Cambridge. Conoció a Caroline y eso fue todo.

—¿Te importó? —Lo que quería preguntar era si Daphne había estado enamorada del abuelo; le parecía increíble, absurdo, pensar en aquella generación destrozada por el mismo tipo de emociones que preocupaba a la gente de su edad.

—Sentí despecho, eso es todo, porque esa misma semana conocí a Wolf, y para mí no ha habido nadie más después de él. Señor, qué lío se montó. Mi padre, y mi hermano —el padre de Peter y de Hal— se habían convencido de que me iba a casar con Henry y viviría en Wyncrag, uniría ambas casas: un enlace perfecto. En cambio, Henry se trajo a casa a la hija de un profesor de Cambridge, precisamente, y yo me casé con un judío. Sé quién se llevó la mejor parte, pero así es la vida.

A Alix le intrigaban esos follones tan antiguos.

—¿Y a la familia del abuelo tampoco les gustaba Caroline?

—Desconfiaban de ella, de su ateísmo, de su entusiasmo por la ciencia y de aquel código tan rígido. Eso sí, era preciosa y tenía un encanto fascinante.

—Hoy resulta difícil de creer —murmuró Alix.

—¿Qué has dicho, querida?

Vaya, su madrina conservaba la audición perfecta, aunque tuviera la misma edad que el abuelo y la abuela.

—Nada.

—Fue una pena que el único de sus hijos que heredara su encanto fuera Jack. La cuestión de la herencia es un asunto muy curioso.

—¿El tío Jack? Todo el mundo habla de lo horrible que era, un abusón y eso, nadie menciona nunca su encanto.

Daphne dio un resoplido más bien poco elegante.

—¿Un abusón? Sí, seguro, pero también un seductor, eso era lo realmente peligroso de Jack. Nadie podía resistirse a su encanto.

—¿Te refieres a mujeres casadas? —preguntó Alix.

—Eso no hubiera sido ni la mitad de malo. No, a Jack le gustaban jóvenes, cuantos más jóvenes mejor —su rostro adquirió una expresión zorruna—. Pregúntale a tu tía Jane sobre eso.

Ahí estaba otra vez, el nombre de la tía Jane ligado al de Jack.

—Violencia, tenía fama de que le gustaba la violencia. Con las mujeres. Y dado que las mujeres en cuestión eran en su mayoría muy jóvenes, y por lo tanto ignorantes e inocentes, era un hábito desde luego desagradable — Daphne le dirigió a Alix una mirada perspicaz—. Me atrevería a decir que sabes de qué te hablo, de oídas, por lo menos. No, no intentes poner expresión consternada, ninguna chica de veinticuatro años con tu aspecto y ese vestido va a convencerme de que es una señorita inocente. Coge un cigarrillo.

¿Por qué estaba su madrina diciéndole todo aquello? Alix se quedó mirando el cigarrillo entre sus dedos. ¿Morado? ¿Un cigarrillo morado?

—Me los hacen especialmente —dijo Daphne metiendo el suyo en el extremo de una boquilla decorada con amatistas—. En cualquier caso, puente de plata para tu tío Jack —prosiguió—. Lo mejor que hizo fue dejarse matar en la guerra. Caroline no opina igual, pero todos los demás suspiraron aliviados. Incluyendo sus hermanos y hermanas, debo añadir, así que no te dejes engañar por ninguna de esas tonterías de Jack el héroe, con cruz militar o sin ella.

Alix no había terminado con el tema.

—¿Así que la tía Jane se casó con el tío Saúl de rebote?

Otra carcajada.

—¡De rebote! Es una manera de decirlo. Fue tu abuela la que arregló ese matrimonio, qué mujer más entrometida ha resultado ser. Siempre ha organizado de modo inflexible la vida de los demás para adaptarla a sus propios deseos.

—La tía Jane y el tío Saúl no pueden tener hijos. Porque son primos, dice la abuela.

—Ah, le preocupa que los lazos familiares que los unen produzcan bichos raros.

—Tiene que ver con que la tía Trudie naciera con seis dedos y con el nacimiento de algún sordomudo en la familia, hace ya tiempo. La abuela dice que por las leyes de la transmisión genética, los primos tienen muchas más posibilidades de engendrar niños subnormales.

—Sí, me acuerdo del dedo extra de Trudie. Jane es prima por parte de padre.

Alix parecía sorprendida.

—Si no entiendes lo que quiero decir, pues no lo entiendes. ¿Se ha metido Caroline en la eugenesia? Es el tipo de tontería peligrosa típica de ella.

—Lo ha mencionado.

—A veces pienso que habría que haber encerrado a Caroline.

¿Estaba la señora Wolf borracha? A Alix no se le ocurría por qué decía aquellas cosas aparentemente carentes de sentido. Evidentemente, también podía estar chocheando sin más por culpa de su edad...

Jane estaba bailando con Freddie y disfrutando de la música, de la compañía de su pareja y del sentimiento de libertad que siempre le daba bailar. Saúl bailaba muy rara vez.

—Mis días de baile quedaron atrás —le gustaba decir. Como si fuera algo de lo que se sintiera orgulloso.

Jane no pretendía dejar atrás sus días de baile. Mira a Daphne Wolf, setenta como poco y más ligera sobre sus pies que la mayoría de las jóvenes. ¿Cómo lo hacía? Le había preguntado Jane en la cena.

—Vivo en el extranjero, querida. No hay nada como el sol y el aire para mantenerse ágil. Además de la luz. La luz es el gran don del sur, especialmente para los ingleses, nacidos y criados en lo gris. No es de extrañar que nuestros huesos se vuelvan quebradizos y nos encojan los tendones. Sí, la luz del sol es la clave. Además de tener hombres jóvenes a tu alrededor, que te recuerdan para qué sirve la vida.

Jane había puesto cara de mojigata. La señora Wolf estaba de broma.

La señora Wolf no estaba de broma.

—Si una tiene mucho dinero, que es otro secreto de la juventud eterna, siempre encuentra hombres jóvenes encantados de pasar tiempo en su compañía.

Jane pensó que esa no era manera de hablar para una viuda de avanzada edad, por muy bien que se moviera en la pista de baile.

—La memoria de su esposo... —empezó a decir.

—Amaba a Wolf profundamente hasta el día en que murió, y lloré su pérdida con sinceridad. Pero precisamente por haber tenido un marido tan excepcional me acostumbré a la compañía masculina, y ahora es para mí una prioridad no privarme de ella.

Jane había pensado en Saúl, al que no describiría bajo ningún concepto como un marido excelente, y dijo que el sur de Inglaterra era lo más lejos donde llegaba su ambición.

—Créeme —repuso Daphne—. No es lo mismo que Mentone.

Freddie era médico, él podía saber qué le confería a una mujer como Daphne Wolf su increíble vitalidad.

—Su constitución, diría yo. Algunas personas están hechas para durar, y ella evidentemente es de esa clase.

—Supongo que se reduce a una cuestión de herencia genética —dijo Jane.

—Las leyes de la transmisión genética son demasiado complicadas para que las entendamos perfectamente, pero sí, un padre vigoroso puede transmitir ese vigor a la siguiente generación. O no, hay muchos vástagos enfermizos de padres saludables y fuertes.

—Los alemanes no piensan eso, ¿verdad? ¿No muestran mucho interés por engendrar superhéroes?

—Como Hitler, y ese bello espécimen de hombría aria, el doctor Goebbels. Dudo de que lleguen muy lejos. Los americanos tienen unos cuantos hombres que también muestran interés en ese campo, pero se armaría un escándalo público si intentaran siquiera poner en práctica sus teorías. ¿Te gustaría que te dijeran que no puedes tener hijos por una supuesta carencia de tu herencia, de tus genes?

Jane se quedó helada, se detuvo, miró a Freddie con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo puedes decir eso?

Freddie se la quedó mirando.

—¿Qué pasa, qué he dicho?

Jane se apartó de él y salió de la pista de baile, con la cabeza bien alta.

—Me he torcido el tobillo —le dijo en respuesta a una pregunta amable de Cecy, que estaba bailando con Michael y se había detenido al ver el rostro descompuesto de Jane.

—¿Un tobillo? —preguntó Freddie al alcanzarla y guiarla hasta una silla—. Parece una costumbre en tu familia.

Deseó que se marchara y la dejara sola. ¿Quién le habría estado hablando de ella? ¿Quién habría sido tan insensible y falto de tacto como para contarle a nadie de fuera de la familia por qué ella y Saúl no podían tener hijos? Y a un hombre que era prácticamente un extraño.

—Mira, escúchame —le dijo Freddie—. No creo que te hayas torcido un tobillo, creo que te ha herido profundamente algo que he dicho. No tenía ninguna intención de herirte, no sabía que estaba hablando de un tema delicado. Te aseguro que no había nada personal en los comentarios que he hecho. Si he tocado una fibra sensible, solo puedo disculparme.

Jane consideró lo que estaba diciendo. Sonaba sincero, y quería creerlo así.

—No tengo hijos.

—Eso lo sé.

—¿Te ha dicho alguien en Wyncrag por qué mi marido y yo no tenemos hijos? ¿O te lo ha mencionado alguno de los Grindley?

—No me han dicho nada.

Examinó el rostro de Freddie con sus enormes y turbados ojos, y no leyó más que preocupación y algo de alarma.

—Lo siento —le dijo mientras se levantaba de su asiento—. He sacado de quicio algo que no era más que un comentario casual. ¿Podemos volver al baile?

Le tendió su brazo y ocuparon sus puestos en la pista de nuevo.

Al cabo de un rato, Jane dijo:

—Si no te importa, me gustaría contarte por qué he montado en cólera por lo que has dicho. Creo que te debo una explicación.

—En absoluto, pero si tienes ganas de hablar, adelante. Te escucho.

—Fiebre glandular. O algún desorden de ese tipo.

Alix se había encontrado frente al viejo doctor Johnstone en un momento de la cena, y había pensado que era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Quería saber qué le había pasado a Isabel quince años atrás.

—¿Por qué fiebre glandular?

—Las niñas de esa edad a menudo caen víctimas de esa enfermedad. No tengo ni idea de lo que afligía a tu hermana, así que fiebre glandular es una hipótesis tan buena como cualquier otra. Como todos los diagnósticos, encaja con los hechos.

—Pero no lo sabe. ¿Por qué no lo llamaron? ¿O sí?

El doctor Johnstone había traído a Alix y a Edwin al mundo, junto con la mitad de los allí reunidos, y no se iba a andar con rodeos.

—Lo que estás haciendo, mi querida Alix, es desobedecer esa excelente máxima que invita a no revolver el pasado, y, conociéndote, no solo te dedicas a removerlo, sino que estás poniéndolo patas arriba. Sigue el consejo de un viejo. No lo hagas.

—¿Que no haga qué, exactamente?

—No hagas demasiadas preguntas. Deja que el pasado entierre a sus muertos.

—Doctor Johnstone, tenía nueve años cuando mis padres y mi hermana murieron. Ahora tengo veinticuatro. Fue hace mucho tiempo, y eso supone que ya no duele de la manera en que lo hacía, pero también es justo que

quiera saber. Necesito aclarar las ideas. Lo que ocurrió aquel año no ha dejado de afectarnos a Edwin, a Perdy y a mí, estoy convencida de que eso puede entenderlo.

Aquello era un modo velado de recordarle lo duro que había sido ser criados por la abuela en lugar de por sus propios padres.

Él no dijo nada.

—Fue el peor año de mi vida, y el hecho que inició la cadena de desgracias fue la repentina enfermedad de Isabel. Es una de las piezas que me faltan del *puzzle*, me gustaría saber qué enfermedad tenía. Habría podido ser mortal, habría podido significar que en cualquier caso no habría llegado a la vejez. Pensaba en tuberculosis.

—¿Tuberculosis? —El doctor Johnstone se quedó estupefacto—. Oh, no creo. Isabel no cuadraba con el tísico característico. Todo es posible, pero me sorprendería.

—¿No la visitó? ¿No lo llamaron?

—Tu madre, la querida señora Neville, tenía ideas poderosamente formadas a propósito de la profesión médica. Creo que su desconfianza o desagrado por los médicos provenía de sus principios religiosos. No, no me llamaron para que visitara a Isabel. Y, sabes, de haber sido fiebre glandular, una enfermedad de lo más debilitadora, aunque no fatal, no habría podido hacer mucho más aparte de prescribirle reposo y puede que algún tónico. El tiempo es la única cura. Y si su madre, tu madre, decidió rezar por ella, ¿quién puede decir que las oraciones no iban a ayudarla?

—Nos despertamos una mañana y descubrimos que Isabel había sido encerrada en la otra ala, se nos prohibió estrictamente acercarnos a ella.

—Eso suena a una infección de algún tipo. ¿Escarlatina? No, tuvo la escarlatina de niña. Sin complicaciones, afortunadamente.

—Volvió al colegio quince días más tarde, en enero. Si hubiera sido algo realmente infeccioso, no habría podido, ni Edwin y yo habríamos vuelto a la escuela del pueblo. Nos habrían tenido en cuarentena.

—Cierto, cierto. Eso no me llamó la atención. Evidentemente, dado que nunca fui consultado, no se me ocurrió planteármelo.

—Se marchó en las vacaciones de Pascua. Para recuperarse, nos contó Nanny.

—Vuestra niñera, ella debería saber qué problema tenía.

—Doctor Johnstone, sabe tan bien como yo que Nanny nos dejó hace años.

—¿Ah, sí? Sí, vaya que sí, vaya que sí. Bueno, entonces no parece que nadie pueda ayudarte. Tu abuela, *lady* Richardson, lo sabrá. Podrías preguntarle a ella.

¿Estaba siendo el doctor Johnstone deliberadamente obtuso, obstinado o malicioso? Posiblemente las tres cosas.

—Podría, pero no obtendría ninguna respuesta.

—*Lady* Richardson sabe todo lo que ha ocurrido en Wyncrag en estos últimos cincuenta años. Todo.

—Si lo sabe, no lo va a contar.

—Ah, querida Alix, ese es su privilegio. Todos necesitamos nuestros secretos. Y algunos secretos están mucho mejor guardados. No hace falta removerlos, como te he dicho; incluso el más apacible de los cenagales puede despedir un olor terrible si se remueve.

Michael empezaba a desear no haber venido. Aquel no era su tipo de gente, tenía calor y estaba incómodo, y excepto cuando podía bailar o hablar con Cecy, se aburría. La pajarita le apretaba demasiado y el cuello le rozaba.

Freddie en cambio sí que disfrutaba, no se perdía un baile, coqueteaba con varias chicas bonitas e incluso con Jane Richardson, que debía de tener al menos diez años más que él, aparte de estar casada. Michael no le dedicaba mucho tiempo a las cuestiones morales, tenía la cabeza demasiado llena de aviones, pero mantenía la idea sencilla y directa de que era mejor que la gente casada siguiera casada, así que mantenía a todas las esposas fuera de su campo de acción, incluso para un simple flirteo.

Freddie querría quedarse hasta el final de todo, iban a bailar reehy unos bailes típicos escoceses, y Freddie adoraba el reel.

¿Podría abrir una ventana? El lugar parecía herméticamente sellado, con cortinas de terciopelo y damasco, cada una de las cuales era suficientemente grande como para cubrir todas las ventanas de la vivienda de la señora Knight, tapando cada centímetro de cristal.

—¿Calor? —dijo Úrsula, que apareció junto a su codo—. Mucho —dijo Michael.

—Te estás marchitando. Mira, ven conmigo. Conozco un sitio fresco de verdad.

El sitio fresco era el rellano de las escaleras de la bodega, con la puerta abierta. Michael había estado en sitios más agradables, pensó, cuando el frío que subía de las profundidades empezó a bajarle la temperatura.

—Cielo santo, ¿qué vive ahí abajo?

—Setas, básicamente. No es la bodega de vino, esa está en la otra parte de la casa. Esta es la bodega de los contrabandistas, donde se escondía el vino y el *brandy* de contrabando de las aduanas.

—¿Contrabandistas? Pero si esto no está cerca del mar.

—Está más cerca de lo que crees, y debía de salirles a cuenta a los contrabandistas traerlo aquí, porque lo hacían, durante años y años, en el siglo dieciocho.

—Veinticuatro ponis, que en la noche van —dijo Michael, el verso llegaba flotando de algún ejercicio lejanísimo del colegio.

—Brandy para el cura, hebra al sacristán —repuso Úrsula—. ¿Estás más fresco ahora?

—Voy a coger una neumonía, si me quedo aquí.

—¿Has tenido alguna vez neumonía?

—Cuando era niño.

—¿Cómo fue? ¿Horrible? ¿Tuviste respiración entrecortada y visiones terribles?

—No recuerdo demasiado, afortunadamente. Ocurrió cuando estuve aquí en Navidad. Salí por la noche y cogí un buen resfriado. Como me va a pasar ahora, vamos, volvamos al baile.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1920.

—Cuando el lago heló por última vez.

—Eso es. Salí a patinar bajo la luz de la luna —su voz era queda, pues en su mente apareció un recuerdo nítido: estaba sobre el hielo, patinando y dando vueltas para evitar las extrañas sombras azules que despedía la luna llena. Llevaba un traje completo de *tweed* con bombachos y una chaqueta Norfolk. La chaqueta le venía estrecha, fue el año que empezó a pegar el estirón.

—¿Qué estás pensando? —dijo Úrsula.

—¿Qué? Ah, perdona, qué maleducado por mi parte. De repente me he recordado patinando sobre el hielo, cuando era un niño. ¿No es extraño cómo vuelven a veces esos recuerdos, igual que un fogonazo? No lo había hecho en todos estos años. Incluso puedo ver la ropa que llevaba puesta...

—Supongo que guardas dentro de ti un cúmulo de represiones que bullen —le dijo Úrsula con voz amable—. A mucha gente le pasa. A lo mejor tienes algún complejo con el hielo, ¿te mareas o te desorientas cuando patinas?

—No. ¿Por dónde vamos?

—Yo te lo enseño. ¿Estás seguro de que quieres volver? Mi madrastra probablemente se abalanzará sobre ti y te obligará a bailar. No hay suficientes hombres jóvenes, dice. Está furiosa porque gente como mi tía abuela o Jane Richardson están bailando. Verás, ellas se llevan a los hombres y dejan a las chicas a dos velas. No sé por qué se enfada, Rosalind tiene mil pretendientes pidiendo su mano. ¿Tú se lo has pedido?

—¿Que tu hermanastra me conceda un baile? No.

—Tampoco Edwin, y ella ha intentado atraerlo de una manera vergonzosa. Al pobre Simón lo pone frenético, pero la verdad es que ahora está un poco desmejorado. Edwin la mira como si fuera un gusano, y ella le hace mohínes y lanza la cabeza hacia atrás y le pregunta sobre fotografía parpadeando mucho y lanzándole miradas cargadas de significado.

—Cielo santo —dijo Michael, deteniéndose para echarle un vistazo a su extraña compañía. ¿Habría bebido demasiado champán?

—No estoy chispa. Practico para ser escritora, así que observo y escucho.

—¿Quieres decir que escuchas a escondidas?

Úrsula se encogió de hombros.

—En una familia como la mía, es la única manera de enterarse de qué está pasando. ¿Te escandaliza?

—No me gustan los entrometidos. Solo oyen cosas malas.

—Esa es la típica basura que te dicen en la escuela. Pero no es verdad. Si no me mantuviera alerta, acabarían enviándome a una escuela para señoritas, o a casa de la prima Adelaide, en Bognor Regis, siempre están hablando de cosas así a mis espaldas. Chica prevenida vale por dos, en eso sí que coincidirás conmigo.

—Así que eres una observadora de los hombres de tu familia.

—Sí. Miro y escucho lo que dicen, y si es interesante, averiguo más. Es muy divertido.

Y una manera estupenda de granjearse enemigos, pensó Michael, pero no lo dijo.

—¿Qué tipo de escritora? ¿Periodista? ¿Novelista? ¿Biógrafa?

—Sería increíble ser biógrafa, ¿no crees? Aunque puede que encontrara algo cansado tener que ceñirme una vida en cada ocasión. Y el problema de trabajar de reportero, reportera, en mi caso, es que hay que ser fiel a los hechos.

—De eso no estoy tan seguro.

—En teoría sí. Planeo escribir novelas. Llenas de interés humano, que muestren el bajo vientre de las clases altas.

—Dios santo.

—A mi familia puede que no les guste. Al principio opinarán que no es apropiado, y me preguntarán si he pensado trabajar de secretaria. Para mantenerme ocupada. Hasta que me case, quieren decir. Después, cuando sea una escritora famosa, les preocupará que los saque en mis libros.

—Eso me lo imagino. ¿Reúnes material esta noche?

—¿Te refieres a ti? No seas tan presumido. No sé lo suficiente de ti como para averiguar si podría basar un personaje en ti o no. ¿Tienes secretos?

—¿Qué? —No se podía creer que estuviera manteniendo aquella conversación. ¿Qué edad tenía Úrsula Grindley? ¿Quince? Que Dios ayudara a su familia cuando creciera.

—Secretos. Oscuras acciones del pasado. ¿Eres quien parece ser? Sé cómo te ganas la vida, o cómo dices que te ganas la vida. Pilotas aviones.

—Soy diseñador aeronáutico —eso debería sofocar su entusiasmo para que dejara de acribillarlo a preguntas, no había nada interesante, secreto ni de clase alta en el diseño aeronáutico. Pero no, sus ojos refulgieron.

—¿Aviones de guerra?

—Todo tipo de aviones.

—¿Crees que va a haber guerra? Yo lo creo. Si la hay, tendrás que diseñar cazas y bombarderos a toda mecha, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—No creo que tengas tiempo para secretos con la cabeza llena de aviones. ¿Tampoco guardas ningún terrible secreto de la infancia?

—No —pensó que si los tuviera jamás se los contaría a Úrsula; la chica iba a convertirse claramente en una amenaza para todos sus amigos y conocidos, no digamos su familia. Casi compadecía a los Grindley.

—Todos reprimidos, diría yo —dijo con aire filosófico—. Una pena, de verdad. ¿Me traes un helado? El de fresa es mi preferido.

Se abrió paso hasta el extremo de la pista de baile donde estaban los helados. Qué chica más desconcertante. Tenía que preguntarle a Cecy por ella. Secretos oscuros, desde luego.

Entonces recordó la fría negrura de sus pesadillas y, olvidando los helados, fue a buscar otra copa.

Capítulo 38

Alrededor de las once, en el invernadero de cítricos hacía casi demasiado calor. El aroma de los puros y los cigarrillos se mezclaba con los perfumes femeninos y el débil —aunque más oscuro— olor de sudor. Edwin abrió su pitillera y cogió un cigarrillo. Lo encendió, lanzó una bocanada de humo y observó el humo cambiante.

Tenía cierto sentimiento de desapego. Aquel era el mundo en el que había crecido, aquella gente su familia, sus amigos. Los más jóvenes eran sus amigos y vecinos de toda la vida. Había jugado a los indios y vaqueros con ellos en Wyncrag, habían formado juntos la banda de alegres ladrones de Robin Hood en los bosques de Grindley Hall, había sido pirata y explorador en el lago en verano, superviviente polar y montañero en expedición de rescate en invierno. Había ido con ellos a la escuela, a la universidad, y después se había tenido que poner el chaqué cada vez con más frecuencia para figurar como padrino o testigo en sus bodas, cuando se casaban con gente de su misma clase y posición. La diferencia estribaba en que ahora se había levantado un muro entre ellos y él. Y lo había levantado él mismo, puso los cimientos cuando empezó a dedicarle más y más tiempo a la fotografía; una afición inaceptable se convirtió en una profesión al margen de las aprobadas por los de su clase. Con la llegada de Lidia a su vida, el muro se hacía aún más alto, mucho más alto: él y Lidia a un lado, su antigua vida al otro.

Hasta ahora había conseguido hacer malabarismos con ambas. Los malabarismos no durarían siempre. No albergaba dudas sobre cuál sería su elección, pero aún no podía enfrentarse a todas las implicaciones y consecuencias que suponía su elección personal.

Fumó y escuchó a medias las conversaciones que tenían lugar a su alrededor.

Una de las jóvenes esposas maldecía su vestido de lame plateado.

—No es una mala orquesta, por lo menos no para este lugar —comentó Pansy cuando la música terminó y abandonó a su pareja para unirse a una amiga.

—Hola, Pansy. Señor, me siento como una lata de sardinas dentro de este vestido. Es divino para lucirlo, eso lo admito, pero un horror para llevarlo

puesto. Qué calor hace aquí dentro, ¿no?

—Abre una ventana, Vee. Te vas a llevar un grito, pero te refrescarás en un santiamén.

—Me pillaré una neumonía en un santiamén. ¿Alguna otra idea fabulosa?

—Baila con algún hombre estupendo y se te olvidará el calor enseguida. ¿Qué me dices del impecable y exquisito Hal Grindley? ¿Dónde está? Señor, sentado con la chica Richardson de la pata coja, me imagino que se cayó patinando. Podíamos acercarnos y arrebatárselo.

—Parecen demasiado enfrascados en la conversación para que les arrebatemos nada. Ella lleva un vestido fantástico. Anda, ya sé qué quería preguntarte, Pansy. ¿Sabes algo de la mujer que está alojada en la granja Grindley?

—Oh, la misteriosa americana de la que todos los sirvientes aseguran que es una artista de cine. Ellos saben más de ella que yo. Al parecer, el joven que la acompaña no es su marido, sino su secretario.

—¿Secretario? —exclamó Vee.

—No da el tipo de hombre casado, es poco más que un chico, por lo menos debe tener diez años menos que ella. Cinco, tal vez, ella debe de rondar ya los treinta.

Vee estaba lista para dejarse impresionar por el conocimiento mundano que Pansy tenía de los hombres.

—¿Quieres decir que es un gigoló?

—«Las mujeres no son lo suyo» querida, eso es todo. Rory dice que es homo.

—¿Quién, el secretario? ¡No!

—Eso es lo que dice. Lo reconoció al instante, y después de todo, si alguien lo puede saber aquí, ese es él.

—A lo mejor ella es actriz de cine y él es su guardaespaldas. Esas actrices de cine son terriblemente neuróticas, ya lo sabes, tienen un montón de problemas para conseguir que trabajen por las mañanas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en una de esas horrendas revistas que compra mi doncella.

—Claro, piensan que todas las americanas son artistas de cine.

Vee estaba pensando.

—¿Por qué se supone que Rory es un experto en ese tema?

—Querida, eres la monda. Todo el mundo sabe lo de Rory.

—¿Sabe el qué? Es mi primo, después de todo, y no sé a qué te refieres.

Unos esbeltos hombros se encogieron.

—Pues eso, ya sabes... —Pansy se apartó de ella con suavidad en busca de una nueva presa. Vee la observó marcharse, envidiando el tipo que lucía en aquel vestido que dejaba su espalda prácticamente al descubierto.

—No sé de qué hablas —le gritó.

A Edwin le dio pena la americana desconocida de la granja Grindley. Ese era el problema de los pueblos pequeños, los cotillas despedazaban a cualquier extraño que no reconocieran inmediatamente. Sin duda, sus lenguas se dispararían como locas en cuanto supieran de Lidia.

Se le acercó uno de sus más viejos amigos.

—¿Qué es eso que me cuentan de que has instalado a una pimpolla en tu nidito de Lowfell? Pillín, pillín, a *sir* Henry y *lady* Richardson no les va a gustar nada, amiguito —terminó dándole un codazo a Edwin en las costillas.

Edwin estuvo tentado de devolverle un codazo mucho más fuerte, pero se contuvo.

—No sé de qué me hablas.

Se les unió otro joven, un individuo de rostro rubicundo y constitución achaparrada que poseía un enorme número de hectáreas sin ninguna utilidad al otro lado del lago. Bertie lo saludó con alegría.

—Hola, Toby. Tómate una copa.

Toby aceptó la bebida y volvió sus ojos saltones hacia Edwin.

—Bertie está hablando de esa inquilina tuya, ¿no? Vaya, y cómo está, por cierto —sus manos dibujaron una figura lasciva en el aire—. Extranjera, ese es el único problema.

—Ni siquiera habla bien —añadió Bertie con una carcajada—. Por mi parte, encuentro el acento extranjero encantador. Eso sí, en el momento adecuado y en el lugar adecuado.

Otro codazo en las costillas, lástima que a Bertie no le ocurriera ninguna desgracia por ser un cretino tan insultante.

—Aun así, no creo que a ti te importe, ¿no, amiguito? Quiero decir, los Richardson nacéis prácticamente hablando alemán, ¿no?

Señor, qué imbéciles eran aquellos tipos. Zafios. Salvajes. Y vulgares de narices. Se lo dijo.

—Tranquilo, Edwin, muchacho —Toby se ofendió—. Los colegas siempre juntos, ¿eh?

Edwin se preguntó cómo era posible que de entre un grupo sin ningún interés en el sexo y a los que solo les gustaba hablar de perros, caza y armas, hubiera terminado con aquellos dos tipejos, con la moral y los instintos predatorios de los jeques de las películas.

—Yo no hago comentarios desagradables sobre vuestros inquilinos, así que ¿por qué no cerráis el pico?

—¿Una inquilina, dices? Buena palabra para describirla —Toby emitió el gemido ahogado que era su risa.

—Hoy la han atacado, uno de esos tipos que van por ahí haciéndose los duros. Lleva una camisa negra, dicen que es simpatizante de Mosley. En la calle. ¿Lo has oído?

—¿Qué? —Edwin se quedó frío. Seguro que Bertie se lo estaba inventando, no podía ser verdad.

—¡No! —dijo Toby impresionado—. Pensaba que esos tipos se limitaban a pavonearse y a saludar, sin hacer nada más que eso.

Bertie bajó la voz hasta un susurro ronco.

—La llamó zorra y puta y todo tipo de cosas. Es judía, o él piensa que lo es, claro, no soportan a los judíos.

—Ahí tienen razón —dijo Toby.

—Aun así, no se puede ir gritando a las mujeres por la calle, sean como sean. Asusta a los caballos y son malas formas. Oye, Edwin, no hace falta que me empujes así para pasar.

—Todos los Richardson parecen haber perdido sus modales esta noche —rezongó Toby—. He bailado con Perdita, solo por hacerle un favor, Cristo, de verdad que es solo una niña, y ha malinterpretado un apretoncillo, ya sabes —elevó la voz por la indignación—. Me ha dado una patada en la espinilla.

—A saber dónde ha aprendido a hacer eso —dijo Bertie—. Yo no la habría reconocido, no con ese vestido, normalmente parece un espantajo.

Alix estaba en la sala, observando a Perdita. Estaba sentada al piano; alguien había sacado las partituras de unas melodías de baile, y las estaba tocando ante un público admirado. Eran piezas pasadas de moda, *ragtime* y charlestones; los hombres y las mujeres algo mayores seguían el ritmo con el pie y cantaban fragmentos de las melodías con gran entusiasmo.

Saúl buscaba a Jane.

—De verdad, tenemos que volver, no me gusta que mamá esté sola toda la noche, ¿y si no se encuentra bien?

—No se encuentra bien, tío Saúl. Tiene migraña.

—A vosotros los jóvenes no os importa ser tan despreocupados. Alguien tiene que cuidarla.

—Está Lipp —Alix podía haber añadido que no sabía de nadie que cuidase de sí misma mejor que la abuela.

Miró a su tío mientras se abría paso entre la multitud que rodeaba al piano y llegaba junto a Jane. Le habló, ella se dio la vuelta, y Alix palideció. Le alarmó que su tía Jane pusiera esa cara. Que cualquier mujer reflejara ese odio en los ojos cuando hablaba con su marido. ¿Detestaba realmente la tía Jane al tío Saúl? ¿O es que acababan de pelear?

A lo mejor su padre y su madre también se miraban de esa manera. No lo sabría nunca. ¿Y sus abuelos? El abuelo siempre se mostraba educado y afectuoso con la abuela; pero eso era en público. Jamás los había oído pelearse, no en voz alta y con el ánimo caldeado. Tenían desavenencias, claro, nadie podía convivir con la abuela sin discutir con ella, pero de algún modo el abuelo suavizaba las cosas, calmaba, postergaba el problema, huía de la confrontación.

Empezó a mezclar pensamientos y meditó sobre la aparente felicidad e incluso disfrute de la vida de la tía Trudie; sobre el abuelo, que llevaba viviendo cincuenta años con la abuela. Entonces se le ocurrió por primera vez que el matrimonio podía representar tanto peligro como amor verdadero.

—Qué aspecto más serio tienes —le dijo Cecy. Había venido a la sala con Michael—. Michael se aburre, lo niega, pero se lo veo en los ojos. Así que lo he traído aquí para que escuche a Perdy. ¿En qué estabas pensando que parecías tan enfadada?

—No estoy enfadada, solo reflexiono. Observaba al tío Saúl y la tía Jane y me preguntaba si quiero casarme.

—¿Tú también? —Dijo Michael con una sonrisa—. Cecy me ha dado unas cuantas lecciones sobre las ventajas de la soltería. ¿Pero qué pasa con los niños? Alguien debe tenerlos. ¿Son tan molestos como para haceros renunciar al matrimonio?

—Los niños no son ningún problema mientras son pequeños. Los problemas empiezan cuando crecen.

Al otro lado de la sala, Jane levantó la voz.

—No, no me pienso callar. No sé por qué tenemos que irnos pronto solo para que tú veas cómo sigue tu madre. Tu madre estará completamente dormida con la malvada Lipp rondando su puerta. Me lo estoy pasando bien por una vez, aquí no hay nadie con quien tenga que ser educada solo por si no te votan. Si quieres irte a casa, vete. Yo me quedo.

—Jane, sé razonable —le insistió Saúl con la cara roja de vergüenza—. No puedes quedarte si yo me voy. Es absurdo que te pongas así. Te estás comportando como una debutante en su primera temporada, quedarse tarde en los bailes es para gente joven.

—¿Tengo que considerarme vieja, y sentarme con las viudas, eso es lo que debería hacer? Ellas tienen hijos y nietos de los que hablar, yo no, por favor, recuérdalo. Yo me siento vieja cuando estoy contigo.

En ese momento, gracias a Dios, el abuelo apareció junto al tío Saúl.

—¿Por qué no vuelves a casa conmigo, Saúl? Yo no me voy a quedar mucho más. Edwin se ha marchado, me parece, así que hay sitio en el Bentz para ti. Deja que Jane disfrute, es estupendo verla tan contenta. Puede conducir ella misma de vuelta a casa.

—No, no puede. Ha bebido demasiado, mírala. Está borracha.

—Si parezco borracha es por efecto de la música y la compañía agradable. Solo he bebido una copa de champán, y no he tomado nada más que ponche de frutas. Puedo conducir de vuelta perfectamente.

Cecy y Michael se acercaron al piano. Alix sintió que alguien le tiraba con urgencia del brazo.

—¡Edwin! Tienes un aspecto horrible, ¿qué ha pasado? Pensaba que te habías ido. ¿Ha ocurrido algo?

—Necesito tu ayuda, Lexy. Ahora. Ven fuera donde el abuelo no pueda vernos ni oírnos. Pídele a alguien tu capa, debemos irnos. Ahora.

—¿Irnos? ¿Adónde? —Alix estaba realmente alarmada.

—Acabo de oír una noticia espantosa; tengo que ir a verla, ahora, no debo perder ni un minuto. Pero no puedo ir solo, no a esta hora de la noche.

—¿A ver a quién? ¿Y por qué no puedes ir solo? ¿Es que hay matones y bandidos por todos lados de repente? Por el amor de Dios, Edwin, no entiendo nada.

—No te equivocas al hablar de matones, pero no, no se trata de eso, es por decoro, maldita sea. Si voy a casa a esta hora de la noche, alguien me va a ver entre todas esas cortinas que mueven, ya sabes cómo son los gatos en Lowfell... Ya le he causado demasiados problemas.

—Edwin, cálmate y dime de qué estás hablando —aquel era un nuevo Edwin; diferente al hermano que conocía tranquilo y racional. Parecía totalmente enajenado.

Ahora se hallaban solos en el cuarto de las armas. Edwin estaba recostado contra un arcón, y se pasó los dedos por el pelo. Los mechones casi parecían negros en contraste con su mano.

—Se trata de Lidia. Había dos hombres hablando de ella, de manera ofensiva, ya sabes cómo. Y por si no fuera bastante, Bertie me contó, como quien no quiere la cosa, que había sido atacada por uno de esos fascistas que se alojan en casa de McKechnie.

—¿Bertie quién?

—Bertie como se llame, ya sabes quién, Bertie Longton. ¿Qué importa? Lo que importa es que ese hombre, ese cabrón, se ha metido con Lidia. ¿Cómo se habrá sentido? ¿Qué estará sintiendo ahora? Lexy, por lo que sé, podría haber hecho las maletas y marcharse.

Tampoco estaría tan mal, pensó Alix, pero no le podía decir eso a Edwin.

—No la he visto esta tarde. Me daría de patadas. Intento no ir cada día, aunque Dios sabe que gustoso me pasaría el día entero con ella. Pero tenía que llevar el velero de las narices al herrero, hay que ajustar uno de los patines, así que no he ido a patinar con ella esta mañana, y después he pensado que lo dejaría para mañana. Quería estar con ella, ¿por qué no he ido?

—Probablemente te habrías enzarzado en una pelea con el camisa negra y entonces se habría armado la de Dios es Cristo —repuso Alix con calma—. ¿Le ha hecho daño ese tipo?

—No lo sé... No estoy seguro. Ese idiota de Bertie... Dijo que el camisa negra la llamó zorra y puta. Y judía, por supuesto.

—Eso habrá sobresaltado a los vecinos.

—¡No es gracioso!

—Por el amor de Dios, Edwin, no he dicho que lo fuera. Me parece horrible. Vale, te acompaño. Dile a alguien que vaya a buscar a Eckersley, puede llevarnos a casa y volver a por los otros. No, yo me encargaré de eso. Tú dile al abuelo que me duele mucho el tobillo, y que quieres llevarme a casa. No, no discutas, no quieres armar jaleo. Hazlo y punto —Alix se inclinó hacia delante—. No, Eckersley nos llevará a Wyncrag y después volverá a por los otros. Cállate, Edwin. No voy a ir a ninguna parte con este vestido, y mientras me cambio tú puedes sacar tu coche.

Edwin abrió la boca para protestar, pero ella lo hizo callar.

—Wyncrag, y me pongo algo más cómodo, o no voy.

Edwin la esperó en el recibidor, tamborileando con los dedos sobre una mesa de mármol.

—Hola, Rokeby, ¿aún sigues levantado?

—Sí, señor Edwin. Eckersley ha traído su coche y me ha pedido que le diga que ha vuelto al Hall. Esperaba que no le importara que regresara, no quería hacer esperar a *sir* Henry.

—No.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

—No, no. Sí, espera un minuto, tráeme una botella de champán.

—Desde luego, señor Edwin. ¿Quiere una botella de la reserva especial de *sir* Henry?

—Mejor no. Solo algo fuerte y burbujeante y bueno para los nervios.

—Enseguida.

La casa estaba muy tranquila. Hasta las tuberías habían dejado de hacer ruido y las escaleras no crujieron ni una vez mientras Alix subía por ellas, escalón a escalón. En ninguna parte se oyeron portazos ni resonó el eco de los pasos por los pasillos. Era como si estuviera sola en la casa. Aunque no lo estaba, por supuesto.

Sintió como si la casa estuviera bajo un hechizo, presa de la de un castillo sombrío habitado por criaturas de otra especie, como si en cualquier momento fuera a enfrentarse cara a cara con una bruja malvada o una forma endemoniada. Se dijo a sí misma que no fuera tan tonta, pero aun así, sintió alivio al llegar a la puerta de su habitación.

El tic tac del reloj encima de la chimenea era suave, el fuego silbaba y gemía para sí, con un sonido tranquilo y apagado. Solo estaba encendida una lámpara, la de la mesilla. Más allá del pequeño círculo de luz la habitación estaba a oscuras, excepto por el tenue titilar de las llamas que despedía lenguas de sombras que bailaban sobre la pared cubierta de madera. Si aquello fuera una novela, una novela gótica, en aquel momento un monje sin cabeza o la sombra de una doncella mancillada habrían hecho su aparición. Phoebe se había llevado el traje de *tweed* que se había puesto aquel día. Cruzó hasta el armario y estaba sacando una falda de la percha cuando oyó un ruido.

Venía de las escaleras, seguro que era Edwin, que venía a meterle prisa. Paró un momento para escuchar, con la falda en la mano, pero todo estaba otra vez en silencio. Debía de haber sido Lipp, pasando sigilosamente, como de costumbre, para buscarle una tisana a la abuela o una de aquellas pastillas que olían tan mal y que le encantaba quemar en una habitación de enfermos. No se le ocurría nada peor que tener a Lipp rondando a la vez que se padecía de dolor de cabeza, pero la abuela debía de haberse acostumbrado tras tantos años.

Aún así, había algo ligeramente extraño en aquella migraña. La abuela había comido abundantemente, pese a su mal humor. Normalmente cuando estaba a punto de tener uno de sus fatales dolores de cabeza, no podía

enfrentarse a la comida durante horas antes de que empezara. Ni tampoco su rostro había adquirido aquella expresión blanquecina que todos conocían tan bien.

Alix casi había sospechado que estaba fingiendo el dolor de cabeza para no ir a casa de los Grindley, pero ¿por qué iba a romper la costumbre de toda una vida inventándose una excusa? Una invitación aceptada no admitía mentiras, así debía ser.

Otra vez aquel ruido. Había alguien allí fuera, y no era Lipp. Todo el mundo en Wyncrag conocía los pasos furtivos de Lipp cuando caminaba por la casa, encantados de sorprender a los malhechores; o a aquellos que se dedicaban a hacer su trabajo como es debido, dado que a la casa al completo le molestaba amargamente la sensación de ser espiada. Esa persona era más pesada que Lipp.

Si fuera Edwin ya estaría llamando a su puerta en aquel momento. Pero si no eran ni su hermano ni Lipp, ¿quién? ¿Alguno de los otros sirvientes? Seguro que no. Ella reconocería el paso constante de Rokeby en cualquier lugar, y el resto del personal masculino no tenía nada que hacer en el piso de arriba.

Alix apagó la luz y llegó en silencio hasta la puerta. Giró el pomo lentamente y sin hacer ruido, y la abrió unos centímetros con cautela. El amplio pasillo estaba iluminado por lámparas de pared, lo que proporcionaba poco más que una tenue luz; la abuela no soportaba los pasillos bien iluminados.

¿Era una sombra aquello al final del pasillo, junto a la habitación de la abuela, o una silueta?

Santo cielo, allí había alguien. El corazón le dio un vuelco incontrolable. ¿Qué debía hacer? ¿Salir corriendo de su cuarto a grito pelado para despertar a toda la casa? Bueno, sí, no tenía mucho sentido enfrentarse al intruso ella sola. Mientras vacilaba antes de lanzarse al pasillo, oyó abrirse una puerta. La figura había salido de las sombras; era un hombre. Iba vestido de oscuro y llevaba los zapatos en una mano. Por eso hacía tan poco ruido.

La ira empezaba a desplazar al miedo y el asombro, pero el grito de alarma se apagó en su garganta cuando la puerta de la habitación de la abuela se abrió completamente. La habitación estaba bien iluminada; la abuela se alzaba visible en el umbral y metió al intruso en su cuarto. Después cerró su puerta, y unos cuantos segundos más tarde, la rendija de luz bajo la puerta desapareció. Había apoyado cojines contra la puerta, según adivinó Alix. Eso

era lo que ella hacía cuando no quería que nadie supiera que estaba leyendo en la cama mucho después de la hora en que tenía que irse a dormir.

Tanto hablar de dolores de cabeza y de quedarse acostada en habitaciones oscuras. Tanto decir que no había que utilizar una enfermedad como excusa para hacer algo que no te apetecía, lo que constituía un gran pecado según la abuela. Así que, ¿qué estaba tramando? ¿Quién diantres era aquel hombre? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué tanto secreto? ¿Dónde estaba Lipp, siempre presente cuando algo indecoroso tenía lugar?

Ahí estaba Lipp, Alix la oyó subir por las escaleras. En un santiamén volvió a cerrar la puerta, sujetando el pomo para no hacer ruido. Los pasos estaban más cerca, se detuvieron fuera de la puerta, quieta.

Alix tenía ganas de reírse. De repente le pareció gracioso que ella estuviera a un lado de la puerta, tensa, en silencio y a oscuras, y al otro Lipp, aguzando el oído para escuchar. Casi abrió la puerta y le gritó ¡Buu!, pero se contuvo. ¿Sabría siquiera Lipp que había vuelto pronto del baile? No, probablemente Lipp habría oído la puerta abrirse y su natural suspicacia la habría llevado a investigar.

Maldita sea, intentaba abrir el pomo. Alix lo sujetó fuerte, y Lipp chasqueó la lengua cuando tiró de la puerta. Justo a tiempo, soltó el pomo y la puerta se cerró con un clic. Lipp emitió un leve suspiro de satisfacción y Alix la oyó alejarse por el pasillo. Gracias al cielo, solo había supuesto que se la habían dejado entreabierta.

¿Por qué tenía que sentirse tan aliviada, como si hubiera vuelto a la escuela y se hubiera librado de que la descubriera alguna supervisora o alguna vigilante? Aquello era Wyncrag, ¿qué motivo tenía para preferir que nadie supiera que estaba en su habitación?

Una cosa era segura: ni la abuela ni Lipp se habían dado cuenta de que no seguían todos en el baile. Era evidente que la abuela había planeado recibir a su misterioso visitante mientras todos los demás estaban fuera.

Aquello era de lo más extraño.

Capítulo 39

—Si no hay luces encendidas, no podemos entrar sin más —dijo Alix, que desearía no haber ido. Todo Lowfell y medio condado estaba hablando probablemente de Edwin y Lidia, así que, ¿qué sentido tenía aquella preocupación por el decoro a esas horas de la noche? Si instalaba a una extranjera joven, soltera y, según él, guapa en su casa, ¿qué esperaba? ¿Que la gente supusiera que tenía a una tía doncella de visita? Si era respetable, ¿por qué, dirían, no estaba en Wyncrag en Navidad?

Sus esperanzas de encontrarse con una casa a oscuras desaparecieron en cuanto miraron hacia arriba y vieron que había una débil luz en los bordes de la ventana del piso superior. Respondieron a la llamada de la puerta, pero solo después de que Edwin avisara de que era él.

—Y Alix, mi hermana, está conmigo.

Se abrió la puerta.

Edwin tenía razón. Lidia era muy guapa.

Un solo vistazo le indicó a Alix qué le había cautivado a Edwin. ¿Pero en qué estaba pensando? No era ninguna refugiada tierna y agradecida, que recordaba tiempos mejores en casa y lamentaba la vida que había dejado atrás. Edwin hablaba de ella como si una paloma se hubiera posado en su mano, pero había trabado amistad con un águila. Lidia era una mujer sofisticada, cultivada, segura de sí misma, con talento y, en aquel momento, extremadamente enfadada.

Enfadada consigo misma tanto como con todo lo demás, lo que la hacía más atractiva, sintió Alix, y su hostilidad disminuyó hasta convertirse en una nimiedad. Lidia, estaba claro, no había querido llamar la atención. Había sido aquel hombre temible el que había llamado la atención, no al revés.

—Solo había un policía —dijo Lidia con vehemencia—, y un par de personas que pasaba por allí, y que aceleraron cuando vieron que había una discusión. ¿Cómo es posible que cuando he vuelto a salir ya lo supiera todo el mundo?

Edwin frunció el ceño.

—¿Han sido descortesos contigo antes? Los del pueblo. No me lo has dicho.

—Nadie. Al contrario. Y ahora están preocupados, les parece mal que un fascista me pare en la calle y me insulte.

—Bueno, es que está mal —intervino Alix con firmeza. ¿Qué esperaba Lidia? Aquello era Inglaterra, y el campo, no una ciudad extranjera como Berlín o Viena. La gente de Lowfell podía sospechar de los extranjeros, pero sospechaba aún más de los hombres excesivamente musculosos y agresivos que fanfarroneaban por el lugar y se mostraban desagradables con todo el mundo—. No se me ocurre qué pueden estar haciendo aquí —prosiguió—. Quiero decir, ¿por qué aquí? No hay trabajadores de fábricas descontentos a los que se pueda arengar.

—¿Tampoco judíos a los que atacar? —La voz de Lidia sonaba amarga.

—De hecho, hay varias familias judías desperdigadas por el lago —dijo Edwin—. Pero no son vulnerables a sus ataques pues son ricas y residentes en el lugar desde hace tiempo. Ya sabes cómo son los abusones, nunca se meten con nadie de su tamaño.

A Alix no le gustaron las arrugas tensas alrededor de la boca de Lidia. Era una boca generosa, hecha para la risa y el placer, no para el miedo y la rabia.

—Edwin, ¿por qué no abres esa botella de champán? —Y a Lidia le dijo—. Mi hermano temía que te hubieras marchado, que te pareciera imposible quedarte en un lugar en el que sucedieran esas cosas. Pensaba que te habrías ido ya.

—¿Adónde puedo ir donde no sucedan esas cosas? —Respondió Lidia sin más—. Si pueden suceder aquí, en este lugar tranquilo y precioso, con el lago y la nieve, y en Navidad, ¿dónde voy a estar segura?

—No lo estás —contestó Edwin—. Necesitamos copas.

Lidia fue a por tres copas, y observó mientras la descorchaba.

—¿Estamos celebrando algo?

—Tu valor —repuso Alix—. Tienes agallas, lo sabes.

Por primera vez desde que llegaron, Lidia sonrió. Alix se quedó patidifusa. Lidia no se parecía en absoluto a los amores previos y sin importancia de Edwin. Si aquello salía mal, como probablemente saldría, dadas sus circunstancias y las de Edwin, no sería para él ninguna menudencia. Podría no olvidarse jamás de una mujer como aquella.

Edwin alzó su copa.

—Por ti, Lidia.

También Alix alzó su copa por Lidia.

—Por la Navidad —dijo Lidia tras una pequeña pausa.

—Esto lo sella —añadió Edwin—. Alix, no quiero que sea un secreto, especialmente no para ti.

Alix sintió frío en su interior. Sabía lo que Edwin iba a decirle. Evidentemente Edwin y ella se habían guardado secretos a medida que habían ido creciendo, pero nunca nada realmente importante. Y sus sentimientos por Lidia eran muy distintos de los dolores y placeres pasados que tan a menudo habían compartido. Lo que Edwin estaba haciendo marcaba el final de su estrecha relación de toda una vida; una empatía normal en los gemelos, magnificada por su orfandad. Uno de los pilares de su existencia iba a ser reemplazado por su relación con otra mujer. No le gustaba ni un ápice la perspectiva. «Eres mezquina», se dijo. ¿No podía alegrarse por Edwin? ¿Tan difícil le resultaba estar contenta porque hubiera encontrado una mujer a quien amar como amaba a Lidia?

—Quiero casarme con Lidia —declaró Edwin—. Estoy enamorado de ella y deseo que sea mi esposa. Quiero que deje de vivir en habitaciones alquiladas y que sea objeto de chismes, y sobre todo, quiero darle un nombre y una posición que impida que lo que ha pasado hoy se repita.

Lidia sacudía la cabeza.

¿No quería casarse con Edwin? ¿Cómo se atrevía aquella mujer a sacudir la cabeza de aquella manera? Estaba claro que ella y Edwin eran amantes. ¿Por qué rechazaba su oferta de matrimonio? Tenía que conocer a Edwin lo suficiente para reparar en que no era casual, ni una decisión repentina.

—El matrimonio me resultaría muy difícil en este momento. Además Edwin siente pena.

—Eso no es verdad —dijo Edwin dolido—. La compasión no tiene nada que ver.

Alix no necesitaba la certeza interna de los gemelos para saber que Edwin decía la verdad. Había amor en sus sentimientos hacia Lidia, pero no pena. Cualquier pena que pudiera haber sentido desapareció tan pronto como se enamoró profundamente de ella. De los sentimientos de Lidia estaba menos segura. En aquel momento, estaba dolida y enfadada; bueno, tenía derecho a estarlo después de lo que había ocurrido. Pero bajo el miedo y la furia, ¿había amor por su hermano gemelo? Después de todo, apenas lo conocía. ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? Unas cuantas semanas, eso era todo.

Suficiente para que Edwin se hubiera dado cuenta de lo que sentía por Lidia.

La parte más mezquina de Alix se alegraba de que Lidia no conociera tanto a Edwin como para saber que no le pedía matrimonio por pena. No

quería que Edwin se casara, o más bien, para ser sincera consigo misma, no quería que Edwin estuviera enamorado de Lidia.

No iba a defender a Edwin, y tampoco le apetecía escuchar cómo él lo defendía. Lidia no se daba cuenta de la suerte que tenía, por contar con un hombre como Edwin a sus pies.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dijo, poniéndose en pie y dejando su copa, aún medio llena de champán, encima de la mesa—. Es tarde y estoy cansada.

Lidia también se puso en pie.

—Por supuesto. Yo también estoy cansada. Ha sido muy amable por tu parte haber venido para preguntar por mí.

Edwin explotó.

—¡Amable! Es tarde, estás cansada, ¿qué es esto? No estamos hablando de la fiesta de la iglesia del año que viene, ya lo sabes. Quiero que Lidia vuelva con nosotros a Wyncrag, Alix, como tu amiga y mi futura esposa. Donde pertenece.

—No pertenezco a Wyncrag. No pertenezco a ninguna parte —contestó Lidia.

La voz era orgullosa, pero Alix captó la desdicha que subyacía a sus palabras.

—Desde luego que perteneces —repuso enojada—. Vaya que sí. Has venido a este país, vas a hacer tu vida aquí, con Edwin o sin él, por supuesto que perteneces. Y siento que ese patán fuera tan horrible contigo, y me avergüenza que un inglés se comporte de ese modo, pero ahora es tu país, y si a la gente le gustas —o te quiere— es solo porque sí, no por pena, desprecio o cualquier cosa fea.

Lidia la miró con ojos enormes y sorprendidos. Edwin reía.

—Bien por ti, Alix.

—Ojo —añadió Alix, conteniéndose de nuevo—. No estoy muy segura de que Wyncrag sea ahora mismo un lugar agradable para ninguna visita. La abuela está tramando algo, Edwin, seguro.

Pero Edwin no la escuchaba; no tenía ojos ni oídos para nada ni nadie que no fuera Lidia.

Capítulo 40

Saul le pidió a Rokeby una copa de *brandy* y se la llevó a su cuarto. Su habitación era cálida, cómoda, estaba ordenada y vacía. La amplia y alta cama tenía las sábanas desplegadas por ambos lados, su pijama estaba a la izquierda, el camisón de seda gris de Jane, a la derecha.

Un camisón de seda gris, ¿por qué llevaba tanto gris? Tampoco es que no tuviera gracia o tuviera un aspecto deprimente de gris, su ropa no era del triste gris de los uniformes de escuela y el cielo inglés; eran grises sutiles, elegantes, pero grises. Cuando no los vestía, llevaba azul muy pálido o, ¿cómo se llamaba aquella tonalidad? *Eau-de-nil* Colores distantes, descoloridos. Tonos que hacían juego con su pálido rostro y su pelo claro. Se quitó el traje de fiesta, lo colgó bien doblado, como siempre había hecho desde que era un niño. Se puso un batín de terciopelo, regalo de Jane y afortunadamente no gris. Le había gustado, y le dio unas gracias muy sinceras por escogérselo de un verde oscuro intenso.

—No he escogido el color. Llamé a Harrods y les pedí que me enviaran algo adecuado.

—Acercó uno de los sillones tapizados con botones junto al fuego y se sentó, bebiendo a sorbos su *brandy* y observando las llamas. Mañana, Nochebuena. Miró el reloj. Hoy, ya había pasado la medianoche. Si él y Jane tuvieran hijos, no estaría en el baile contenta por su marcha. Estaría en casa, envolviendo regalos, decorando el árbol. Aquella noche, habría calcetines colgados de la chimenea, llenaría la casa un sentimiento de expectación y emoción, voces felices, risas.

—La Navidad sin niños era estéril.

—Observó las llamas danzarinas. Fuera, ululó una lechuza, y otra. Él no las oyó. Tenía la cabeza en otra parte, recordando la angustia infantil de la espera para que terminaran las últimas horas de la Nochebuena, querer irse a la cama, saber que la manera más rápida de que llegara la Navidad era irse a dormir, pero desear quedarse despierto para ver a Papá Noel bajar por la chimenea. Dormirse mucho antes de la medianoche. Despertarse mucho antes del alba para palpar las atrayentes formas en el calcetín lleno a los pies de su cama. La niñera llamarlo desde su cuarto y decirle que volviera a dormirse,

que aún no era por la mañana. La envidia de Neville por el bonito tren que le habían traído, sus propios regalos arrebatados o rotos por Jack. El rostro de Trudie iluminado por la alegría al ver el árbol. Los grititos de alegría de Dodie cuando descubrió un cerdito rosa de azúcar en su calcetín.

—Se desperezó, tamborileó sobre los brazos de su sillón, enfadado consigo mismo por invocar recuerdos tan penosos. ¿Aún seguiría llegando la banda de viento del pueblo para tocar villancicos delante de la sala la mañana de Navidad? ¿Seguiría la abuela regalando tela para los uniformes y una modesta suma de dinero, mientras el abuelo entregaba a escondidas a cada sirviente una cantidad más generosa? Supuso que nada de eso cambiaría hasta que sus padres murieran. Allí estaba él, un hombre de cuarenta años con una esposa que lo detestaba, una amante con la que no se podría casar nunca, y un aburrido trabajo en un ministerio menor en el gobierno, un trabajo en el que jamás sería ascendido.

—¿Una época de buena voluntad y alegría? Maldita Navidad, pensó.

—Estaba Neville, su cuerpo enterrado en una tumba al otro lado del mundo, y Jack, cuyo cuerpo estaba Dios sabía dónde, Trudie aún una solterona que parecía que siempre seguiría así, y Dodie, que había jurado no volver a poner los pies en la casa después de que su madre fuera tan grosera con su marido más joven.

—Incluso hacía dieciséis años, cuando el lago tenía el mismo esplendor helado que aquella noche, y la escarcha atenazaba el campo con mano de hierro, incluso entonces había sido capaz de sentir algo del espíritu de la Navidad. Aquel año él tenía veintisiete. Jane, veintiuno, y él estaba enamorado de ella. Le compró una pulsera, de oro con zafiros del color de sus ojos. Se preguntó dónde estaría, hacía años que no se la había visto puesta.

—Probablemente aún seguía llorando a Jack, aunque llevaba muerto cuatro años. No se hacía ilusiones, sabía que Jack era el hermano que Jane había amado, y no él. ¿Se habría casado con él porque podía reconocer un leve recuerdo de su hermano pequeño en sus rasgos, en sus ojos, en su boca? No se parecían en nada, Jack era el alto y delgado; él había heredado la corpulenta y fuerte constitución y la frente alta de su padre.

—Le empezaban a salir entradas. Jack había tenido una espesa y oscura mata de pelo, motivo de conflictos interminables entre él y las supervisoras de la escuela, que jamás habían conseguido domeñar su crecimiento por mucha maña que se dieran con las tijeras. ¿Se habría quedado calvo? No, habría conservado el pelo, y probablemente no habría tenido ni una mota de gris. Su

pelo, rubio cuando era joven, y desde hacía mucho, castaño mediocre, estaba empezando a encanecer. Neville comenzó a tener canas cuando se fue a Chile. ¿Comenzó? Saul habría jurado que el pelo de su hermano se volvió blanco ante sus ojos aquellas últimas semanas antes de marcharse.

—Dios, cuánto echaba de menos a Neville. Sabía que su madre sentía la pérdida de Jack más que ninguna otra de sus penas, pero Neville había sido el mundo para él. Y la encantadora y risueña Helena, tan hermosa, graciosa y amable. Muerta ahora, junto con su hija Isabel, tan cautivadora de niña y más tarde, una adolescente gordita como se llevaba entonces. ¿En qué se habría convertido de haber vivido? ¿En una belleza como su madre? A lo mejor.

—Qué desperdicio, qué desperdicio tan terrible había sido todo aquello. Y ahora venía otra guerra. En España se estaban matando unos a otros, y los alemanes probaban allí sus monstruosas bombas, y pronto el cáncer se extendería por Europa y habría más matanzas, más pena, más horror.

—Saul sintió una lágrima resbalar por su mejilla. Se estaba volviendo sensibilero, eso es lo que te hacía la Navidad cuando llegabas a esa edad y a nadie le importaba un pimiento si estabas allí o no. Ni siquiera a su madre. Lipp lo había echado a cajas destempladas cuando había subido para preguntar cómo estaba mamá. ¿Cómo podía soportar a una doncella tan desagradable? Nadie más la soportaba. Sería fantástico si volvía a Francia *tout de suite*. Especialmente si los alemanes invadían su país, que se quedaran también con Lipp, en lo que a él se refería.

—Se levantó cansado del sillón, atizó el fuego sin ganas, se quitó el batín y se metió en la cama. Jane volvería pronto, supuso. Mejor si dejaba una luz encendida. No, qué demonios, se apañaría solo con la luz del fuego. Nunca podía dormir bien con la luz encendida.

Capítulo 41

Hal se levantó en un Grindley Hall silencioso a la mañana siguiente del baile. Peter se había retirado a su estudio a trabajar, según dijo. Para pasar la resaca, pensó Hal. La señora Grindley y la señora Wolf estaban desayunando en la cama. El señor y la señora Roger habían salido a dar un paseo, y las señoritas y señoritos seguían todos dormidos.

Hal desayunó solo y sin prisas en el comedor, con los periódicos. Iría a Wyncrag, decidió, y vería si Alix estaba despierta, a o mejor la podía retar a una partida de billar.

—La señorita Alix está en el secadero, señor Hal, ayudando a la señorita Trudie con las flores, hay mucho que hacer, hoy es Nochebuena.

Hal siguió las instrucciones de Rokeby por el laberinto de habitaciones que era la zona de servicio de la planta baja de Wyncrag. Los amplios pasillos tenían misteriosas puertas que conducían a despensas, habitaciones de las botas, habitaciones de la plancha, antecocinas y trascocinas, y todas las dependencias antaño necesarias para el funcionamiento correcto de una gran casa victoriana en el campo, ahora silenciosa y vacía.

La vida volvió a medida que se acercó al secadero: voces, cacharreo de la cocina, el chico de la panadería siendo expulsado por una cocinera airada por meterse dentro con las botas embarradas y traer dos hogazas menos, unos ladridos repentinos, risas. Lo recibió el aroma de las flores que flotaba en el ambiente, y descubrió que el secadero era una enramada de flores y vegetación. Trudie sostenía un jarrón de plata lleno de rosas en el aire para inspeccionarlo.

—Buenos días, Hal —le dijo—. Alix, voy a llevar esto a la biblioteca, aquí necesitamos más espacio.

—¿Te lo llevo yo? —preguntó Hal.

—Gracias, Hal, pero no pesa. Alix, esos gladiolos son para la iglesia, no para aquí. —Salió al mismo tiempo que entraba un jardinero con los brazos llenos de hojas argentadas.

—¿En la mesa, señorita Trudie? —preguntó.

—En los cubos de debajo, por favor.

A solas con Alix, Hal apartó un jarrón de jacintos a un lado y se apoyó en la mesa.

—Nunca había visto tantas flores en mi vida.

—Algunas son para la casa; la mayoría se van a la iglesia. Trudie siempre se encarga de la decoración de la iglesia en Navidad.

—¿Va a ir a la iglesia a ayudar?

—Sí —respondió Alix, y llenó un jarrón de cristal en el grifo de la pica en la esquina.

—¿Puedo echar una mano?

—Sí, ven. Perdy y Ursula también nos ayudan. Ursula se ha quedado con nosotros, ¿lo sabías? Vino anoche, después del baile. Sospecho que se alegra mucho de estar lejos de Grindley Hall durante una temporada; creo que le resulta difícil soportar a Rosalind. Señor, esa chica es preciosa.

—Anoche parecía como si le hubiesen espolvoreado azúcar escarchada encima, pero sí, es una chica guapa.

Mientras que tú, se dijo Hal mientras observaba a Alix arreglar un mazo de gladiolos, con el delantal verde atado alrededor de la cintura de manera profesional, el pelo hacia atrás y metido detrás de la oreja, no te quedas atrás en absoluto. Achinó los ojos concentrada en una pelea con un tallo duro. Le encantaba estar allí sentado mirándola.

—Tienes algo verde en la nariz —le dijo.

Se pasó el dorso de la mano para quitárselo.

—Un pulgón —exclamó sorprendida—. Aunque no entiendo qué hace aquí en diciembre.

—Hola, señor Grindley —dijo Perdita, que entró de sopetón por la puerta con Ursula detrás—. ¿Nos va a ayudar a terminar el árbol de Navidad? Siempre lo montamos en Nochebuena, y como la abuela está acostada podemos colocarle las luces eléctricas antes de que nos diga que no lo hagamos. Cuando todos los demás adornos están puestos, es difícil cambiar las luces por velas.

—No pongas esa cara de confusión, tío Hal —le dijo Ursula como si hablara con alguien un poquito retrasado—. *Lady Richardson* desaprueba las luces eléctricas, prefiere velas. Solo que estas son unas luces muy especiales, las trajo *sir Henry* de América.

—Las velas son bonitas —comentó Hal.

—Bonitas y peligrosas también —repuso Perdita—. Un año el árbol prendió, mucho antes de que yo naciera. ¿Tú te acuerdas de eso, Alix? Rokeby nos lo ha contado a Ursula y a mí.

—El tío Jack se volvió loco con las velas —explicó Alix—. Fue deliberado, quiero decir que quería prenderle fuego al árbol, no es que una vela se volcara.

—Rokeby dice que podía haber quemado la casa entera.

—Seguro que tu tío se llevó una buena bronca de *lady* Richardson —dijo Ursula.

—Seguro que no —dijo Perdita con certeza—. Nunca se enfadaba con él por nada, eso es lo que dice todo el mundo.

—El hijo pequeño —añadió Ursula seria—. No es infrecuente. Ojalá también se aplicara a las hijas, eso es todo, me encantaría que alguna vez me mimaran.

—Oh, Freud y todas esas porquerías, ¿a quién le importa? Supongo que si intentaba reñirle, él se ponía desagradable con ella y por eso no se atrevía. No importa, lleva años muerto y ella lo compensa enfadándose con todos los demás.

—Por favor, Perdita —dijo Trudie entrando con dos jarrones color crema en cada mano.

—Detesto que la gente diga «Por favor, Perdita». Le estaba contando a Hal lo del árbol. Lo han cortado el abuelo y Sanders —prosiguió Perdita—. Desde luego es un trabajo duro, pero el abuelo dice que trae mala suerte que no lo corte el cabeza de familia. Tía Trudie, Sanders ha dicho que ha dejado el remolque en el patio para cuando estés lista. Hay una pila de acebo dentro, nunca has visto tantas bayas rojas. Ursula y yo iremos andando a la iglesia y después volveremos con el trineo. Sería fantástico si pudieras meter el trineo en el remolque, debajo de las flores, quiero decir.

Alix suspiró.

—Y yo tendré que ir en el tractor como la mujer del granjero. No, no preguntes, tengo el tobillo mucho mejor, pero caminar cuesta arriba por un camino congelado me supera.

—Que Hal te lleve en el remolque y después lo traiga —sugirió Trudie—. Yo iré andando con las niñas.

—Cielo santo —exclamó Hal mientras inspeccionaba el viejo tractor en el patio—. No conduzco un tractor desde que tenía veinte años. Al menos este se parece al que conducía entonces.

—Probablemente sea el mismo —dijo Alix—. Échame una mano con el remolque, nadie diría que se necesitan los dos pies para hacer algo con las

manos, pero se necesitan. El abuelo le compró el tractor a tu hermano hace mucho, para darse vueltas por la propiedad.

—¿*Sir Henry* conduce esto?

—Desde luego.

—Pues si él puede, yo también —dijo Hal—. Me temo que va a haber que meterte ahí dentro con un empujón poco refinado.

Alix se acomodó en la cabina junto al conductor y le dio instrucciones mientras Hal forcejeaba para arrancar el tractor y luchaba con las marchas. Que lo asparan si se iba a dejar derrotar por el trasto, no tenía ninguna intención de quedar en ridículo frente a Alix, por no mencionar a Trudie y las niñas, amén de la cocinera y un par de doncellas que habían salido a mirar. Se habría convertido en un urbanita, pero aún sabía conducir un tractor. Solo rezaba por no hacer nada estúpido, como volcarlo por la pista helada y rodada que era el atajo desde Wyncrag a la iglesia.

Los perros dando vueltas a su alrededor e intentando perseguir las ruedas no lo ayudaban lo más mínimo, y se alegró considerablemente cuando Trudie los llamó y abandonaron la pista para subir por el paseo colina arriba.

Alix estaba contenta de tener a Hal para ella sola, se moría por hablar con alguien sobre los extraños acontecimientos de la noche anterior. Había intentado contárselo a Edwin mientras volvía a casa en coche desde Lowfell, pero como su cabeza estaba llena de Lidia, de los problemas de Lidia, y de la negativa de Lidia a casarse con él, no escuchó ni una palabra. Cuando al final consiguió informarle de que la abuela, lejos de haberse quedado tumbada con una migraña, había estado recibiendo visitas a altas horas de la noche, solo le dijo con impaciencia que no le importaba lo que estuviera tramando, lo que importaba era Lidia.

Ese mismo día había bajado a Lowfell mucho antes de que ella se levantara, le había informado la tía Trudie. Aún seguía petrificada no solo porque Edwin estuviera enamorado de Lidia, sino también porque pretendiera casarse con ella. Sabía que Edwin se casaría algún día, pero siempre había pensado que sería con alguien que ella conocía, una amiga, «uno de nosotros», como lo habría dicho el tío Saul. Ni tampoco había imaginado nunca que los estrechos lazos entre gemelos quedarían cercenados de una manera tan abrupta. Edwin no estaba interesado en ella, en sus problemas o en saber si le gustaba Lidia. No tenía tiempo para pasar con su familia, las

preguntas sobre su madre le parecían un aburrimento, un revolver el pasado que carecía de sentido.

—Hoy no viene con nosotros —dijo en voz alta.

—¿Quién? —preguntó Hal, demasiado ocupado en conducir el tractor para querer hablar demasiado.

—Edwin.

—¿Le gustan las flores de la iglesia?

—Hoy es el cumpleaños de nuestro padre. Normalmente traemos flores en su memoria.

—Tú no puedes haberlo hecho en los últimos años, si no has estado en casa. ¡Maldito trasto!

Era cierto, Edwin las había traído los últimos tres años, se lo había dicho la tía Trudie. ¿Por qué no habría de perderse este, cuando ya estaba ella aquí para hacerlo?

—La abuela no está enferma de verdad —le gritó, ansiosa por volver al otro tema prioritario en su cabeza—. Ayer estaba levantada y bien cuando volví a casa y me metí en mi cuarto. La visitó un hombre extraño.

—¿Qué? —dijo Hal mientras maniobraba con el tractor por una curva horrenda.

—Ojo con la zanja.

—¿Extraño por singular o por desconocido? —le preguntó en cuanto hubo salvado la curva satisfactoriamente.

—Desconocido.

—A lo mejor ha perdido una fortuna jugando a las cartas y el hombre vino para comprarle sus joyas —sugirió Hal.

—No te lo estás tomando en serio.

—¿Y por qué debería? No puedes conocer a todas las amistades de tu abuela, ¿no? Supongo que habrá una razón perfectamente lógica para que la visitara entonces, fuera quien fuera. ¿Pensaste que era un fantasma, que acecha por los pasillos de Wyncrag? O una visita temprana de Papá Noel.

Por la mañana, con el aire fresco y luminoso, y la nieve que los deslumbraba desde las colinas a su alrededor, donde estaba posada, las elucubraciones de por la noche parecían algo ridículas.

—Daba un poco de miedo, no había nadie en aquella parte de la casa excepto yo.

—¿Qué me dices, no estaba Lipp?

—Oh, sí apareció, husmeando, como de costumbre, comprobando las puertas.

—A lo mejor el hombre tenía una cita con ella.

Una idea tan absurda los hizo estallar en carcajadas a los dos, y a Hal casi se le caló el tractor.

—Ahora cierra el pico y déjame concentrarme —le dijo—. Luego podemos volver a los cuentos góticos nocturnos y al fantasma de Hamlet.

Alix contuvo la respiración al entrar en la iglesia con olor a piedra. Había dos estufas de parafina que despedían un tipo de olor distinto, pero a pesar de ellas, la iglesia estaba congelada. Apretó los dientes para impedir que le castañetearan.

El vicario estaba hablando con Trudie. Tenía un aspecto sospechosamente abultado; ¿cuántas capas extra se habría puesto debajo de la sotana para protegerse contra el frío? Probablemente procedía de una parroquia más al sur; su último vicario era inmune al frío, iba en bicicleta a llamar a sus parroquianos con los climas más adversos, y no llevaba más que su sotana raída.

Alix paseó por la iglesia, su aliento formó pequeñas nubes de vapor al inclinarse hacia delante para leer las familiares inscripciones en el suelo.

Hal, tras una breve lucha con un ramo de acebo, estaba de pie delante de una placa alargada de mármol negro colocada en el muro debajo de una de las ventanas.

Alix se sabía las palabras de memoria:

En memoria de Neville Henry Richardson,

nacido el 24 de diciembre de 1876, muerto el 2 de abril de 1921.

Debajo de aquello habían añadido:

Y de su esposa, Helena Alexandra

y su hija, Isabel Caroline,

fallecidas en 1921.

Aquellas palabras siempre le provocaban un nudo en la garganta. Se mantuvo ocupada cogiendo uno de los grandes jarrones y colocándolo en el suelo debajo de la placa. Trabajaba sin hablar, consciente de que Hal la observaba, agradecida por su silencio. Utilizó flores crema y rojas entrelazadas con enredadera y ramas de acebo. Era bonito y navideño, y de repente la ira se apoderó de ella, porque aquello fuera lo único que tenía para su madre, su padre y su hermana.

Se puso en pie con dificultad.

—No son suficientes —comentó Hal.

—¿Las flores?

—No, las palabras.

—¿Qué se puede decir en una piedra? —Añadió Alix con amargura—. Ni siquiera están enterrados aquí. Mamá e Isabel fueron enterradas en América, y papá en Chile.

—¿Viene aquí *sir* Henry alguna vez?

—Nunca. Insistió en el memorial, bastante tiempo después. La abuela estaba en contra, pero él se salió con la suya. Esa fue la única vez que vino, dice la tía Trudie, cuando descubrieron la placa. No debe de ser un lugar muy alegre para él, con esto y la ventana del tío Jack, ¿no?

—No había reparado en ella —dijo Hal, contemplando horrorizado la vidriera al otro lado de la iglesia—. Eso es de mi época.

—Creo que la abuela pensó que si había algo en memoria de Neville, tendría que haber algo también para Jack.

La vidriera, en su mayoría en tonalidades marrones y verde fangoso, era de estilo neorrealista. Representaba a un joven en uniforme, con la cinta de la cruz militar arriba, equilibrado sobre un enorme montículo de hierba verde brillante y mirando en la distancia, con una pistola en una mano, y la otra cubriéndose los ojos, bajo su gorra de oficial. A sus pies había un casco alemán volcado.

—Eso —dijo Hal— es espantoso. Desde un punto de vista estético, no debía de haberse permitido. ¿No protestaron los coadjutores?

—Supongo —repuso Alix con indiferencia—. Normalmente lo hacen, pero seguro que la abuela hizo una enorme donación a los fondos de la iglesia para comprarlos.

—Jack no está enterrado aquí, ¿verdad? —preguntó Hal mientras ayudaba a Alix y a Perdita a retorcer trocitos de cable.

—Nunca encontraron su cuerpo. Podría ser el soldado desconocido, solo que lo trajeron de una parte distinta de donde estaba Jack. El abuelo fue a la abadía de Westminster cuando trajeron al soldado desconocido para enterrarlo, pero la abuela no.

—¿Para él no hay flores hoy?

—No —repuso Trudie, mientras le tendía al servicial vicario un mazo de enredadera y un par de tijeras de podar.

No dijo nada más y Alix le comentó a Hal en un susurro que siempre había pensado que Trudie y Jack no se llevaban bien; ninguna de sus hermanas apreciaba mucho a Jack.

—La tía Trudie ni siquiera mira la ventana.

Capítulo 42

Lidia había visto la iglesia en la distancia, desde el lago, pero jamás había pensado en visitarla.

Se sentaron y se quitaron los patines. Tina llevaba botas de caminar colgadas alrededor del cuello, y se las sacó por encima de la cabeza, las desabrochó y empezó a ponérselas. Su compañera se quitó los patines y se puso un par de botas de goma. Lidia tenía zapatos con suelas de goma. Avanzar desde el lago hasta la colina de la iglesia resultaba lento y fatigoso.

—Hay gente allí —dijo Lidia agradecida—. No será buen momento para entrar.

—Es Nochebuena, tiene que haber gente decorando la iglesia —dijo Tina—. Mira, se marchan.

Había insistido en que Lidia saliera a tomar un poco el aire.

—Las intrusas juntas —dijo—. Estoy convencida de que tengo una reputación de lo más terrible por estar aquí con Newman, así que corres un gran riesgo si te dejas ver con nosotros.

—Le dije a Edwin que iba a practicar. Volverá más tarde.

—Como tú. Escucha, no perteneces a ese Edwin. Te deja su casa, se porta bien contigo, vale, pero no le perteneces, chica. Estoy convencida de que apenas has puesto un pie fuera desde que ese bruto te gritó; ¿estoy en lo cierto?

Lidia tuvo que admitir que lo estaba.

»Venga, pues ven con nosotros. Me muero de ganas por visitar la pequeña iglesia de allí arriba. Oh, ¿te importa? Como eres judía, a lo mejor no quieres entrar en una iglesia cristiana.

Lidia le aseguró que no tenía escrúpulos en ese aspecto.

—Mi familia no es religiosa en absoluto. Íbamos con mucha frecuencia a los conciertos en las iglesias de Viena y a las bodas de mis amigos.

—Y en cuanto a esos desgraciados, Newman nos acompañará, es un tipo duro que jugaba a fútbol en Yale, nadie va a insultarte mientras esté cerca.

Newman le sonrió.

—El aire fresco le sentará bien, señorita Weiss. Tiene un aspecto paliducho, si no le importa que lo mencione. Podemos cruzar el lago

patinando y después no hay más que un paseíto hasta la colina. Hacemos nuestra visita turística y después regresamos otra vez patinando antes de que llegue su amigo.

Estaban en el patio, ocultos tras un antiguo tejo.

Lidia dejó escapar una exclamación cuando vio a Alix.

—¿Los conoces? —preguntó Tina.

—La mujer con la chaqueta de pieles es la hermana de Edwin. Se llama Alix.

—No me digas —Tina observó el grupo con interés renovado.

—Edwin también tiene otra hermana. Perdita. Puede que sea una de las dos chicas.

—¿La que lleva la boina o la del gorro de lana, tú que crees?

—Ninguna de las dos se parece a Edwin.

—¿Quién es el hombre alto que está con la hermana de Edwin?

Lidia no lo sabía. Edwin hablaba mucho de Alix, y sabía que no estaba casada ni comprometida, eso era todo. Un amigo íntimo, debía de ser, a juzgar por cómo hablaban el uno con el otro.

Trudie apareció también, enfrascada en una conversación con el vicario.

—Eso —comentó Newman admirado— es lo que yo llamo un prototipo de dama inglesa. Madre mía, ¿dónde se compran los sombreros? Es como las amigas de mi madre en Boston, tienen un proveedor secreto, y llevar el sombrero constituye entre ellas una señal de pertenencia al grupo.

Lidia estaba intrigada por Newman y por Tina. ¿Qué estaba haciendo allí en el lago una americana? Una americana glamorosa, a juzgar por lo que veía bajo las gafas oscuras y el destello de sedoso pelo rubio que cubría su gorro. ¿Y por qué tenía un secretario? Lidia se moría de ganas de saberlo, pero era demasiado educada para preguntarlo.

Era un hombre agradable, con sentido del humor, y también era un hombre instruido. La mención de Tina de Yale le había confirmado lo que ya había visto por sí misma cuando él cogió la partitura de Scarlatti e hizo algún comentario sobre la España del siglo XVIII.

—Me licencié en historia europea —explicó—. No todos los americanos somos ignorantes.

Lidia había protestado, horrorizada porque la hubieran considerado capaz de una presunción tan burda.

—Mi padre tenía el máximo respeto por los escritores y eruditos americanos, mantenía correspondencia con muchos de ellos, gente de las

universidades norteamericanas, y venían a pasar temporadas a Viena, a nuestro apartamento, cuando estaban en Europa.

Tina la había desconcertado aún más al decirle que, a pesar de lo que dijeran las habladurías, no había nada entre ella y Newman.

—Por ese motivo lo contrato a él, me hace la vida mucho más sencilla. Verás, solo le gustan los hombres.

Eso la había sorprendido aunque no la había conmovido, en el círculo de su padre también había hombres como él, los escritores y los músicos se inclinaban a menudo por esa opción, pero ¿un joven americano musculoso y bien cuidado? Era muy raro.

—En Inglaterra no mencionan esas cosas —le dijo a Tina.

—En Inglaterra es ilegal. Y en la Alemania de Hitler te encierran en un campo por eso, ¿no es así? Aunque dicen que todos los camisas pardas son maricones. —Después se detuvo en seco y le pidió disculpas a Lidia por haber mencionado a Hitler tras su reciente encuentro con un fascista inglés.

—No hablar de él, por desgracia, no lo hace desaparecer —repuso Lidia.

Observaron el tractor marcharse traqueteando, con Alix bien agarrada y riéndose de algo que decía el conductor.

La chica pelirroja gritó a la otra:

—Vamos, Perdy, date prisa con ese trineo.

—Ahí lo tienes —dijo Tina—. La chica alta es la que se llama Perdita.

—¿Estás bien? —le preguntó Newman, mientras buscaba un pañuelo en su bolsillo.

—Es el musgo de los árboles, me hace estornudar —repuso, y se sonó la nariz—. Me parece que ya va siendo hora de que Edwin te presente a su familia, Lidia. ¿O es que no se atreve?

—Creo que no desea montar un escándalo. Me parece que tiene miedo de su abuela.

—Si se parece a la mía, hace bien en tenerle miedo —comentó Newman—. Tina, ¿vamos a entrar, o nos vamos a quedar aquí fuera hasta que nos convirtamos en estatuas de hielo?

Tina abrió la pesada puerta, que se desplazó con un chirrido de protesta.

Lidia la siguió en la penumbra, sus ojos tardaron un tiempo en acostumbrarse tras la brillante nieve de fuera. Gradualmente el interior se fue volviendo más nítido.

—Bancos —dijo Newman—. No sabía que aún los hubiera en Inglaterra.

—¿Tiene cada familia un lugar asignado? —preguntó Lidia, mientras se inclinaba para leer las placas de metal colocadas en los extremos de algunos

bancos.

—Antes sí, no creo que ahora lo sigan haciendo muchas —contestó Tina.

Newman había cogido un folleto de una pila en el arcón de las capas. Rebuscó en los bolsillos y metió una moneda de tres peniques en el cepillo encima del arcón.

—Aquí dice que la iglesia es del siglo xv. Construida en el reinado de Eduardo iv, la torre terminada en el de Enrique vii, el coro añadido en la época isabelina. Quinientos años de historia. ¿Crees que siempre ha hecho tanto frío? ¿Cuántos años conseguirán vivir los ministros de este lugar, me pregunto? Diría que deben desplomarse encima del púlpito, deben de pillarse neumonías, tras una década pelándose aquí de pie.

—Bolsas de agua caliente —dijo Tina en tono práctico—. Y calentadores de manos en los bancos.

Lidia se estremeció.

—¿Tenemos que quedarnos aquí y helarnos? —Preguntó Newman—. O si quieres puedo ir a buscar el interruptor de la luz. Tampoco es que vea ninguno.

—Probablemente no lo haya —repuso Tina—. Dudo de que haya electricidad aquí arriba; estará iluminada con velas y lámparas de aceite para los servicios.

—¿Lo dices en serio?

Tina pasó una mano por la parte de atrás del banco, la madera barnizada y fría era suave al tacto. En el saliente delante de cada uno de ellos había dos pequeños libros de oraciones, el *Libro de oración común*, azul oscuro, y el himnario *Hymns Ancient and Modern* atado con una cinta roja. Se inclinó y cogió un ejemplar del libro de oraciones. Se abrió por la, «Orden para la oración vespertina», y empezó a leer en voz alta.

Qué bien lee, pensó Lidia. Desde luego, si era actriz, leería bien.

—¿Qué es eso que lees? —gritó Newman, que paseaba por el otro lado de la iglesia, estudiando los epitafios.

—Una oración. *El Nunc Dimittis*, por si te interesan los detalles.

—*Deja ahora a tu siervo ir en paz según tu palabra* —cantó Newman con una agradable voz de barítono.

—Estoy impresionada.

—Cantaba en el coro de la capilla en la universidad. Tenor. A veces hasta solos —se había detenido junto a la placa negra de mármol—. Mira esto, ¿no es tristísimo? Papá, mamá y niña, todos muertos el mismo año. Debió de ser un accidente de coche.

Tina se acercó y se puso a su lado.

—No seas obvio, Newman. Las familias, y las muertes familiares no siempre son lo que parecen.

—Oh, seguro que hay infinitas posibilidades. Papá pudo enajenarse y asesinar a su amantísima esposa e hija. O mamá pudo echar arsénico en la sopa, del que también comió la hija. O la cría pudo salir como Lizzie Borden, cargarse a los padres y después acabar con su vida por los remordimientos.

—Tienes una mentalidad tan vulgar...

Lidia estaba junto al banco de los Richardson.

—Pone *sir* Henry Richardson. ¿Es un aristócrata? —El pensamiento la alarmó. Había visto Wyncrag, desde lejos, y sabía que Edwin, a pesar de su profesión, era un hombre acaudalado. ¿Sería su familia, además, noble?

—En realidad no —dijo Tina—. El tipo es un *baronet*, una especie de nobleza menor.

—¿Sus hijos serán también *sir*? —preguntó Newman.

—El mayor heredará el título —le contestó Tina. Volvió a dejar el libro de oraciones en su sitio y se puso en pie—. ¿Vienes, Lidia?

Lidia estaba deseosa de marcharse. Aquella iglesia fría y de piedra le parecía ajena, y la había inundado una oleada de añoranza terrible por Viena, tan lejos de allí, no solo en kilómetros, más aún en ambiente y recuerdos.

—¿Tienes intención de asistir al servicio mañana? —le preguntó Newman mientras le abría la puerta y dejaba pasar una ráfaga de aire más frío pero también más fresco.

—Dejé de ir a la iglesia hace mucho, cuando descubrí que Dios no estaba en casa —respondió Tina.

Capítulo 43

Wyncrag presentaba un aspecto distinto aquella Nochebuena. Hal concluyó que se debía a la ausencia de *lady* Richardson, que seguía encerrada su cuarto bajo los cuidados de Lipp. *Sir* Henry les aseguró que se encontraría bien al día siguiente, lista para presidir las celebraciones del día de Navidad. A Hal le pareció, al mirar a Alix y a Perdita, que a sus nietas no las alivió en absoluto la noticia.

¿Cómo era posible que se obrara aquel cambio, que el ambiente se distendiera tanto? Se había quedado a comer y a ayudar a decorar el árbol de Navidad. Abandonaron la sala del té en ausencia de *lady* Richardson, y la cocinera les envió unos deliciosos pasteles de carne y unos rollitos de salchicha en miniatura con una masa exquisita y ligera que se deshacían en la boca. *Sir* Henry salió de su estudio para supervisar la preparación del vino caliente.

—Es un desperdicio terrible de buen vino, pero sabe como jarabe para la tos si usas del barato, y a las chicas les va a gustar. Y es la época del año perfecta.

La altura de Hal sirvió de gran ayuda a la hora de colocar los adornos en la parte de arriba del árbol, y cuando Perdita se aburrió se colgar farolillos en las maliciosas ramas de pino, se metió en la sala, dejó la puerta abierta y tocó villancicos al piano.

Por primera vez desde que había vuelto a Westmoreland, Hal se sintió completamente a gusto y feliz. En aquel momento, no había ningún otro lugar en el que quisiera estar, ni con ninguna otra gente. Sorprendido, reparó en que hacía días que no había pensado en Margo. Estaría en Nueva Inglaterra, en Navidad, como había hecho los dos últimos años. Mucho más elegante que aquello, pero ni la mitad de divertido, pensó, mientras se pinchaba con un adorno roto y maldecía.

Bajó de la escalera para contemplar su obra.

—Tiene buen aspecto —dijo—. Podíamos ponerle unas cuantas bolas de cristal más, pero eso es todo.

Alix ya había preparado unas cintas plateadas para dejar caer por las ramas y dar el toque final.

—Más sería rizar el rizo —dijo.

Se sentaron juntos en el gran sofá cerca de la chimenea mientras Trudie iba de un lado para otro, recogiendo agujas y trozos de espumillón, con la cabeza en otra parte, como a menudo le sucedía. Inquieta por su madre, probablemente. Bueno, sería él el insensato y se arriesgaría a pisar terreno minado.

—Trudie —le dijo desde el otro lado de la sala—. ¿De qué parte de Estados Unidos era Helena? Nunca se lo pregunté. En aquellos días para mí estaba lejísimos.

Alix levantó la mirada, de repente atenta. Le siguió el hilo.

—Sí, yo tampoco lo sé, tía Trudie. Cuando estábamos haciendo las flores para el memorial esta mañana, le hablé a Hal de que ella e Isabel estaban enterradas en América, y he pensado que un día iré y visitaré sus tumbas, pero después me he dado cuenta de que no sé dónde están.

Trudie se puso en marcha.

—¿Ir a América? ¿Quieres ir a visitar sus tumbas? Oh, Alix, eso no está bien, créeme, no.

—¿Por qué no?

—Mejor que no. Es morboso. Son los vivos los que cuentan —después, en uno de sus fognazos de coherencia—. Además, no lo sé. Idaho, a lo mejor venía de Idaho. ¿O era Oregón? O no, puede que Ohio. Sé que tenía una O.

—Tía Trudie, si tú no lo sabes, ¿quién? No, no me lo digas. La abuela, por supuesto, me va a encantar preguntárselo. ¿No lo sabe el tío Saul, o la tía Jane?

—Bueno, puedes preguntárselo. A lo mejor Jane lo sabe, eran muy amigas. América es enorme.

—Abuelo —preguntó Alix cuando *sir* Henry entró para ver qué tal iban—. ¿De qué parte de Estados Unidos era mamá?

—Era de alguna parte en el Medio Oeste, creo. ¿O sería la costa oeste? Verás Helena conoció a tu padre cuando estaba en casa de unos amigos en las montañas y Neville estaba escalando allí. Después, cuando se casaron, su padre se retiró y volvieron a su estado natal. No me acuerdo muy bien dónde estaba. Tu abuela seguro que lo sabe.

Hal vio la decepción en el rostro de Alix. No solo porque quería saberlo, pues seguía ansiosa por averiguar todo lo relativo a su madre, sino también porque le dolía que *sir* Henry no se acordara ni lo considerara importante.

—¿Cuál era el nombre de soltera de Helena? —preguntó.

—Browne —contestó Alix—. Con E.

Cosa que no era de gran ayuda. Los Browne de Idaho, Oregón, Ohio o la costa oeste resultarían ser, estaba convencido, una estirpe numerosa.

—¿No conociste nunca a tus abuelos americanos? —le preguntó a Alix—. ¿No tienes tíos, tías y primos, no os mantenéis en contacto?

Sacudió la cabeza.

—Mamá era hija única, así que nada de tíos y tías. Y sus padres están los dos muertos, ahora.

—Ibas a ir a América ese verano —dijo Trudie inesperadamente—. Toda la familia. Después con lo que pasó, con Neville en Suramérica e Isabel... Isabel no demasiado bien, Helena solo se la llevó a ella.

—¿Edwin y yo? ¿Íbamos a ir a Estados Unidos? —Alix parecía incrédula—. Sí.

—Nadie dijo nunca nada de eso.

—Tu madre no os lo quería decir hasta que no se acercara el momento. Teníais todos una reserva en el *Queen Mary*. Después, no fue así. Ella e Isabel navegaron en el *Normandie*, un barco francés.

—Y Edwin y yo nos quedamos en casa y nunca conocimos a nuestra familia de allí.

—No. Una pena.

—¿Estás absolutamente segura de que no sabes dónde están enterradas mamá e Isabel?

—Ya me volverá ese lugar con O. ¿Ontario? No, eso es Canadá, qué tonta soy. Y por supuesto, un estado es un lugar muy grande, los estados norteamericanos lo son, ¿no, Hal? Era una ciudad pequeña. Helena siempre decía que era una chica de un sitio pequeño. Le gustaba Lowfell por ese motivo.

A Alix se le pasó otra idea por la cabeza. Tenía un trozo de espumillón entre los dedos y Hal la observó retorcerlo con varias vueltas virulentas.

—¿Cómo regresó Perdita a Inglaterra? ¿Quién la trajo?

—Fue hace mucho tiempo. Era tan pequeñita. No, eso no es verdad, nunca fue pequeñita, era un bebé grande, pero daba tanta pena.

El espumillón se rompió entre sus dedos y una ducha de fragmentos plateados se esparció por el suelo. Trudie los observó, sorprendida de que hubieran llegado allí.

—Perdóname un momento, Hal. No quiero que a los perros se les meta eso entre las patas.

Rokeby llamó a una doncella para que barrierá los restos de espumillón. Emitió una tosecilla mientras dirigía las operaciones. Habló en voz muy baja.

—La he oído preguntar por la señorita Perdita, y por cómo volvió a casa cuando era un bebé. Fue mi hermana quien la trajo a Inglaterra, mi hermana Mavis.

Capítulo 44

Alix se llevó una desilusión cuando bajó a desayunar la mañana del día de Navidad y vio a la abuela en su habitual lugar en la mesa. Le dio un beso de compromiso y uno más entusiasta al abuelo antes de ir a por un cuenco de gachas. Perdita y Ursula entraron, despeinadas, con los ojos brillantes y felices, llevaban paquetes envueltos con mucho colorido.

—El desayuno antes de los regalos —dijo la abuela, pero Ursula ya le estaba entregando un paquete al abuelo, y Perdita, tras una mirada rápida a la abuela, alargó una mano hacia uno de los suyos.

El abuelo le había regalado a Alix una lechuza blanca de porcelana rematada en oro, de los talleres Herend. Sabía que le gustaban las lechuzas.

—Y he enviado una donación a ese orfanato tuyo, sabía que no me aceptarías un cheque.

Alix se levantó de su sitio para darle un abrazo. El orfanato era pequeño, en East London, y los niños eran en su mayoría vástagos de los marineros que pasaban por allí y las chicas de los muelles. Una amiga de Alix dedicada a obras de caridad la había convencido para que la ayudara en un mercadillo que pretendía recaudar fondos para el orfanato; Alix, que sentía una simpatía natural por todos los huérfanos y que se había quedado conmocionada por las diferencias entre sus circunstancias y las de aquellos niños abandonados, los visitaba siempre que podía, les enviaba dinero y atosigaba a amigos y familia para que enviaran sus propias contribuciones.

Perdita le regaló otra lechuza, en forma de funda de lana para la botella de agua caliente.

—La he tejido yo, en la clase de trabajos manuales —le dijo orgullosa.

La tía Trudie también había enviado dinero al orfanato, y le había buscado una edición del siglo XVIII de los poemas de George Herbert, forrada de cuero gastado; sabía cuánto le gustaban a Alix los poetas metafísicos.

Edwin le había hecho un álbum de fotos del lago helado, con unas cubiertas fascinantemente modernas. La tía Jane entró con un paquete envuelto de manera exquisita que contenía unas sales de baño que olían a gloria.

—Voy a oler fantástica con estas y las que Perdy me ha metido en el calcetín —dijo Alix.

Ella había sentido un ataque de cobardía a la hora de entregar su regalo para la abuela y le había dado la biografía de un científico muy aburrido que *lady* Richardson admiraba.

La abuela le regaló un abrecartas de plata en forma de cuchillo.

—He reparado en que sigues abriendo tus regalos arrancando el papel —le dijo.

—Muchas gracias, abuela —le dijo diligentemente y después, por lo bajo «no se regalan cuchillos».

El abuelo siempre le regalaba a la abuela una joya. Aquel año era un colgante con un único rubí brillante.

¿Qué había ocurrido con todas las joyas que le había regalado todos aquellos años? Alix no recordaba habérselas visto puestas nunca después del día de Navidad. En las grandes ocasiones siempre se ponía el mismo juego de diamantes, nunca ninguno de aquellos regalos anuales. ¿Reparaba en ello el abuelo? ¿Le importaba?

Más tarde, después de la misa, Edwin y Hal salieron al hielo, con todos los demás veleros. Las velas rojas estaban preciosas recortadas contra el cielo brillante de Navidad y las cumbres cubiertas de nieve, las blancas se fundían con el paisaje helado. Los veleros viraban hacia la cabeza del lago, después regresaban, el hielo silbaba al paso de las cuchillas.

Alix y Cecy los observaban desde el patio de los constructores de barcos en Lowfell, bebiendo café con leche y comiendo pasteles calientes que Cecy había ido a buscar patinando al medio del lago, donde estaba la parada con toldo a rayas de Watkin. La comida en Wyncrag iba a ser un bufé frío, que se servirían ellos mismos; a la hora de la comida los criados celebraban su fiesta de Navidad.

—Después tendrán que digerir el pudín de ciruelas y asumir los efectos del segundo mejor oporto del abuelo —le dijo Perdita a Ursula—. Vas a necesitar ese chocolate que te he dado, la cena siempre se retrasa el día de Navidad.

El regalo de Edwin a Lidia le había provocado mucho rebuscar en su corazón. Se moría de ganas por comprarle algo maravilloso y personalizado —y caro—, pero sabía que no aceptaría un regalo así. Al final se había

decidido por un libro de música isabelina, de virginales, y un chal de seda de Liberty.

—Me encantará tocar esto —dijo, examinando la música con auténtico entusiasmo—. A primera vista es muy sencillo, pero hay mucho más en ellos de lo que parece. Es una pena que no cantes.

—Mi padre cantaba. Solo de manera *amateur*, cantaba en un coro en Manchester. Perdy canta en la escuela. Yo sencillamente no tengo nada de voz. Alix tampoco, no podría entonar una melodía ni para salvar su vida. Solo el Señor sabe cómo Perdy ha salido con tanto talento musical.

A Lidia le gustó el chal de seda, que se ató alrededor del cuello inmediatamente con un elegante nudo. Edwin no sabía cómo Lidia, que tenía tan poca ropa, y ningún dinero para gastar en ella, vestía siempre con sentido del gusto, cuando la mayoría de inglesas que él conocía se gastaban una fortuna en ropa y seguían pareciendo espantajos.

Ella le entregó su regalo, lo dejó en la mesa delante de él de manera extraña. Entre risas, empezó a abrir capas de papel cebolla, y la risa se le apagó en la garganta al ver la exquisita pieza de cristal translúcido, decorada con bandas rojas.

—¡Lidia!

—¿Te gusta? Lo traje conmigo de Viena. Pude traer muy pocas cosas. Estaba en nuestra casa de allí.

—Lidia, no puedes regalarme esto. Significa demasiado para ti, y sé algo de cristal. Esto es un Hoffman. ¡Solo piensa en lo que vale!

Lidia se encendió con sus palabras.

—¿Crees que porque soy refugiada y limpio escaleras no puedo regalarte algo bonito? No me importa lo que vale. No tiene precio, ningún dinero podría comprármelo. Me has devuelto mi música, ¿y yo no puedo regalarte un jarrón, un objeto sin vida?

Edwin se quedó frío. Se sentía amargado por la disparidad en los regalos. Él había sido racional y se había gastado dinero; ella le estaba regalando desde el corazón. Después había rechazado su ofrecimiento, lo había desdeñado, porque era valioso. ¿Cómo podía ser tan idiota e insensible?

—Lidia, mi amor, lo siento —dijo angustiado porque le había herido los sentimientos, pero el corazón no le cabía en el pecho de la alegría, seguro— ¿seguro? —Que un regalo así no obedecía solo a la gratitud. Apreciaba sus palabras, casi sin atreverse a confiar en que el afecto que él sabía que ella sentía estuviera empezando a convertirse en algo más profundo.

Volvieron a pelearse después, porque Lidia iba a pasar la noche de Navidad sola.

—Ya pasamos juntos Nochebuena, y esa es la parte importante de la Navidad en Austria. Tendría que haberte dado entonces tu regalo, pero como es costumbre en Inglaterra entregarlos el día de Navidad, y estamos en Inglaterra, he sido inglesa en eso.

Edwin se había preguntado si Lidia, de familia judía, celebraría la Navidad, pero sí.

—A mi padre le gustaba celebrar cualquier festividad, le encantaba pasarlo bien. Tenía un espíritu generoso.

Como ella.

A las cinco en punto, cuando sabía que pronto tendría que volver a Wyncrag para cambiarse para la cena, tomó una decisión. No iba a dejar allí a Lidia, sola, en Navidad. ¿Que la abuela se pondría furiosa? Al infierno con la abuela.

—¿Dónde está Edwin? —Preguntó Trudie a Alix—. ¿No irá a llegar tarde la noche de Navidad?

—No sé qué estará haciendo. Se ha vestido antes que ninguno, ha entrado, se ha cambiado y ha salido disparado de nuevo.

Alix tenía sus sospechas y esperaba no tener razón. Le había preguntado a Edwin, medio en broma, si al final había invitado a Lidia. Iban a ser muchos, si se lo preguntaba al abuelo, le diría que sí; claro que sí, cuantos más mejor.

Edwin le puso una cara larga.

—Podría decir «pregúntaselo a tu abuela». Además, Lidia no va a venir, ya sabes que no va a venir.

Alix no pudo evitar sentirse aliviada. Quería a Edwin para ella sola, por lo menos el día de Navidad. No le gustaba la idea de meter a Lidia en el círculo familiar, el foco de toda la atención de Edwin.

Michael estaba hablando con *sir* Henry de su trabajo, aunque no paraba de mirar la puerta. ¿Esperaba a Rosalind? Se preguntó Alix. Confiaba en que no, era un hombre demasiado agradable para enamorarse de aquella damita. Freddie estaba a su lado, y miraba a su alrededor.

—¿Dónde está Perdita?

—Úrsula se queda con nosotros, ya sabes cómo son a esa edad, se olvidan de cambiarse —escuchó una zapatista familiar bajando por las escaleras—. Ahí está Perdy.

La puerta se abrió y Perdita y Ursula entraron, riéndose por algo que una de las dos había dicho.

Perdita llevaba el vestido de terciopelo rojo.

La abuela se levantó indignada.

Perdy levantó la cabeza bien alta cuando los ojos fríos se clavaron en ella.

—¿Qué te has puesto, Perdita? —La voz de la abuela podía cortar acero—. Vete arriba y cámbiate inmediatamente.

—De verdad, Caroline —protestó Jane mientras Perdita se ponía colorada hasta la raíz del pelo.

Alix se puso colorada también, avergonzada y disgustada; ¿cómo podía la abuela hablarle así a Perdy, en Navidad y delante de todos?

—¡Abuela, no!

La abuela cargó contra ella.

—Tú eres la responsable de esto.

—¿Por qué? —preguntó Perdita empezando a avanzar—. ¿Qué le pasa a mi vestido? Lo llevé en la fiesta de los Grindley y a nadie le pareció fuera de lugar.

—¿Lo llevaste a la fiesta de los Grindley? ¿Sin mi permiso?

—Estabas enferma, abuela —dijo Alix—. Y al vestido no le pasa nada. Ni es escotado, ni ceñido, es perfectamente apropiado.

—Es el color. Es demasiado mayor para ella. Ve y quítatelo, Perdita. Inmediatamente.

Alix observó cómo las lágrimas y la rabia luchaban en el rostro de Perdita. Ganó la rabia.

—Si me lo quito, tendré que bajar con mis pantalones o la vieja falda de *tweed*, porque no tengo nada más que ponerme.

—Puedes ponerte el que has llevado las otras noches.

—No puedo. Lo he roto al quitármelo, y no, no ha sido torpeza, me viene pequeño.

—Entonces te subirán una bandeja a tu cuarto.

Ursula la rodeó con un brazo.

—Yo cenaré contigo.

—Tonterías —dijo *sir* Henry. Había estado tan enfrascado en la conversación sobre aviones con Michael que no había prestado demasiada atención a la escena que se desarrollaba frente a él. Michael había intentado mantener la mente en revoluciones y lubricantes mientras se distraía con el espanto helado que le produjeron los improprios de *lady* Richardson.

—No armes tanto escándalo, querida. Perdita no puede cenar arriba el día de Navidad. Yo creo que está espléndida, y si no tiene nada más que ponerse, no hay más que hablar. Ahora, ¿qué ha pasado con Edwin?

La abuela podría reprender a Perdita en cualquier momento y cualquier lugar, por público que fuera, pensó Alix, pero su código le impedía discutir con *sir* Henry delante de los demás. Gracias a Dios.

—Más champán, Rokeby —dijo *sir* Henry, de manera bastante innecesaria, dado que Rokeby ya estaba rellenando las copas.

—Creo que ese es el señor Edwin, señor —murmuró Rokeby a *sir* Henry.

Alix supo que recordaría aquella sala en ese momento durante toda su vida. Era un retablo congelado en su mente. Las llamas del fuego. La iluminación tenue, la tapicería de seda y las cortinas de terciopelo, los colores ricos y afelpados de la sala. Los hombres, con el pelo engominado hacia atrás en una perfección brillante, notas en blanco y negro en las colas de sus fracs y las pajaritas blancas almidonadas. El vestido de terciopelo rojo de Perdita. La seda gris nacarada del traje de la tía Jane. Daphne vestida de morado, la abuela de azul marino intenso con su habitual cinta de encaje en el cuello. Rokeby, una estatua con bandeja de plata, las burbujas en las flautas de champán el único movimiento en toda la habitación.

—Buenas noches —dijo Edwin—. Abuela, quisiera presentarte a la señorita Weiss.

Capítulo 45

Jane fue la primera en romper el silencio.

—Feliz Navidad, señorita Weiss —le dijo con auténtica amabilidad—. ¿Ha venido desde lejos? Veo que viene de la calle, con el frío que hace. Acérquese a sentarse junto a mí, cerca del fuego.

La tensión disminuyó. Edwin llevó a Lidia hacia su abuela. Alix los observó, con el corazón en la boca al percibir la mirada dura e implacable de la abuela repasando a Lidia de arriba a abajo.

—Por su acento, debe de ser extranjera.

—Sí, *lady* Richardson. De Viena.

—¿De Viena? No es preciso preguntar por qué ha abandonado su país natal.

—Vine a Inglaterra como refugiada.

—Tenemos demasiados refugiados en este país. Si de mí dependiera, los devolvería a todos.

Perdita y Úrsula corrieron arriba después de la cena, a la habitación de Perdy. Se miraron un momento, y después se derrumbaron entre risas en la cama.

—Bueno, debo decir que los Richardson sabéis celebrar fiestas —exclamó Úrsula cuando pudo volver a hablar.

—¿No ha sido simplemente horrendo?

—Sí, excepto por Michael y Freddie que han estado maravillosos, como si no hubiera pasado nada. ¿Por qué se ha puesto así tu abuela?

—Bueno, odia a los judíos.

—No hace falta odiar a los judíos para que te dé un ataque cuando tu nieto y heredero del título de *baronet* se presenta con una judía refugiada del brazo.

—¡Ursula! Pero qué cosas dices.

—A mí no me importan los judíos, aunque tengo que decir que a papá tampoco le entusiasman, excepto los Rothschild y gente como esa. Solo está bien ser judío en este país si eres fabulosamente rico, tú sabes que eso es verdad. El tío Roger dice que están aliados con los bolcheviques para destruir Europa.

—Menuda tontería —dijo Perdita—. Nunca he oído una cosa tan idiota.

—Es horrendo —concordó Ursula—. La tía abuela Daphne es distinta, por supuesto. Es tan increíblemente cosmopolita que no le importa lo que la gente sea, mientras sean divertidos, inteligentes o famosos. Además, su marido era judío.

—Lidia es música. Muchos músicos brillantes son judíos.

—Seguro que con eso se granjea el cariño de tu abuela, ya lo estoy viendo.

—Bueno, a mí me ha gustado Lidia. Me ha gustado mucho. Creo que será una *lady* Richardson mucho mejor que la abuela.

—Olvídalo —dijo Ursula haciéndose la mundana—. Tu hermano puede tener un romance con ella, pero nunca permitirán que se casen.

—¿Cómo van a detenerle?

—Perdy, no digas tonterías. ¿Cómo impiden las familias que sus jóvenes hagan lo que quieran? ¿No es lo que hacen las familias?

—Tu madrastra ha estado bastante espantosa con Lidia, ¿verdad?

—Vaya que sí, bien maleducada, de hecho. Me sorprende que Rosalind no se haya metido con ella, de todos modos, con lo que le gusta hablar de lo maravillosos que son los nazis en Munich. Está constipada, por eso se habrá callado la boca.

—Vamos —dijo Perdita, mientras se alisaba la falda de terciopelo, llena de arrugas porque se había sentado encima arrodillada—. Mejor bajamos y nos enfrentamos a la animada concurrencia de nuevo.

—¿Tenemos que hacerlo?

—*Noblesse oblige* y todo eso. Esperemos que la abuela haya acabado ya para lo que queda de noche.

Edwin estaba en el salón con Lidia. No parecía muy contento, pensó Perdita; y no era de extrañar, dadas las circunstancias.

—Dile a Lidia que aún no se puede ir —dijo Edwin.

—Por supuesto que no —repuso Perdita.

Sir Henry apareció en la sala de billar, fumándose un gran puro y balanceando un colorido regalo que sostenía con un dedo.

—Venid, venid, vamos a cantar villancicos. Caroline ha subido a su cuarto, otra migraña, me parece. Nada de qué preocuparse. Ahora, ¿esto de quién es? —Sostuvo el paquete en alto—. Lo he encontrado en el reloj.

Alix percibió el rostro del tío Saul. Madre mía, ¿qué estaba pasando? Parecía estar a punto de morir de la vergüenza. ¿Sería algo que había

olvidado entregarle a tía Jane?

Rokeby dio un paso adelante.

—Creo que eso es mío, señor. No sé cómo ha ido a parar al reloj.

—¿Tuyo? Anda, pues toma —dijo el abuelo divertido.

Era algo que tenía que ver con el tío Saul, cayó Alix en la cuenta sorprendida, cuando el rostro de su tío recuperó una tonalidad aproximada a la natural.

Se desplazaron todos hasta la sala, para reunirse alrededor del piano.

—Qué horrible es la abuela, por favor, qué horrible —le susurró Alix a Edwin mientras Perdita atacaba con alegría los primeros acordes de *The First Noel*—. Lo siento mucho por Lidia. De todos modos, podría haber sido peor.

—¿En serio? ¿Peor que preguntas groseras en la sopa sobre su familia? ¿Dónde estaban, quiénes eran, a qué se dedica su padre? Después comentarios agresivos sobre los refugiados y la sensata actitud que los alemanes han adoptado para limpiar su país de indeseables, mientras intentábamos comernos el pavo y las castañas.

—El abuelo le ha cerrado la boca sobre eso.

—Pero no la ha detenido, ¿verdad? Hemos acompañado el pudin de ciruelas con eugenesia, cómo la mezcla racial y la endogamia provocan que nazcan degenerados, y se introduzcan así debilidades en la raza. ¿De dónde saca esas ideas insólitas? Si eso es lo que le ha hecho una formación científica, gracias al cielo que ninguno hemos tenido una inclinación semejante.

—La arenga sobre la eugenesia ha parecido disgustar a la tía Jane.

—Freddie ha intentado rebatir a la abuela.

—No lo van a volver a invitar.

Alix le dio un apretón en el brazo a su hermano.

—Debo decir que tu Lidia tiene un valor tremendo. Creo que se ha comportado fantásticamente bien. Debe de haberle alegrado que Hal y Daphne Wolf conocieran la obra de su padre.

—Daphne está hecha de muy buena pasta, y comprende lo que significa para Lidia, apuesto a que también se armó un escándalo gordísimo cuando quiso casarse con Daniel Wolf.

Ambos sabían que la diferencia residía en que el marido de Daphne era un hombre increíblemente acaudalado y con buenos contactos, no un refugiado sin un centavo. El hecho de que el padre de Lidia fuera un distinguido hombre de letras, a la abuela le dejaba fría.

—¿Tienes idea de por qué ha subido a su cuarto? Aunque esté enfadada por lo de Lidia, es algo que no hace nunca.

—No creo que tenga nada que ver con Lidia.

—¿Está enferma?

—No, pero algo le ronda por la cabeza. He intentado decírtelo. ¿No te has dado cuenta de lo rara que se comporta estos días? Más de lo normal, quiero decir.

—A lo mejor se ha escabullido para verse con un visitante secreto, un amor perdido —Edwin estalló en carcajadas, y Perdita se dio la vuelta para hacerlo callar.

—Aunque no sepas cantar, no tienes por qué hacer ruido.

A Alix, que tenía presente la oscura figura que había visto la noche del baile, no le hizo gracia.

Capítulo 46

El inspector Pritchard era una figura fuera de lugar con el abrigo oscuro y el sombrero de fieltro. A pesar de aquello, se sentía como en casa entre las grandes colinas y el lago helado. Le recordaban las colinas de Gales, y eran mil veces mejor que el frío y asqueroso Londres, con sus montones de nieve gris apilados a los lados de la carretera. Casi le parecía un delito que un hombre como Jago Roberts pudiera mancillar con su presencia aquel paisaje bonito y sereno.

Paseó por los crujientes guijarros y recorrió la orilla con la mirada.

—Debe de conocer todas las residencias junto al lago —le dijo al agente Ogilvy.

—Pues sí, señor. Todos son gente de aquí, los conozco muy bien. Excepto los que se alojan en la posada, y el señor Dixon dirige un establecimiento respetable, no permite que se queden allí individuos sospechosos. De hecho, rechazó a esos dos hombres por los que usted está preguntando, no quería gente así bajo su techo, y en mi opinión tiene derecho a hacerlo.

El inspector Pritchard se alegró de que el agente Ogilvy fuera el típico policía de pueblo hablador. En demasiadas investigaciones le había dificultado la tarea un agente del orden cohibido al que difícilmente se le podía sacar algo más que un «sí, señor; no, señor», y al que era imposible convencer de que proporcionara un relato inteligible de los hechos en vez de leer literalmente la jergonza recogida en su libreta de notas oficial.

—Eso es interesante —fue todo lo que dijo el inspector. Se sacó la pipa del bolsillo y se agachó para darle golpecitos contra una roca. Sacó una bolsa de tabaco y empezó a rellenar la cazoleta, prensando las hebras con dedo firme. Miró al cielo. Jirones de nubes blancas flotaban inocuamente sobre la más alta de las montañas alrededor del lago.

—¿Va a cambiar el tiempo? —preguntó.

—Probablemente, señor. En uno o dos días.

El inspector conducía un Riley de la policía que había tomado prestado en la estación central más cercana y se estaba dedicando a lo que él llamaba hacerse con el ambiente del lugar, conducía por carreteras resbaladizas y tortuosas mientras el agente le señalaba los lugares más notables.

El agente Ogilvy abrió la boca, se lo pensó mejor, y la volvió a cerrar, vio la mirada que le echó el inspector y se apresuró a abrirla de nuevo.

—¿Vamos a ir a visitar a la señora McKechnie, señor? ¿Ver si ese tal Roberts está en casa? Vive al otro lado.

—No tenemos motivos para suponer que ha abandonado la zona, ¿verdad?

—No, señor. Lo he visto esta mañana, patinando por el lago con su amigo. Otro matón, también, ha embestido contra un grupo de jóvenes como un *bulldozer* y ni siquiera ha mirado atrás para ver si estaban bien los que ha tumbado.

—No veo necesidad de hacerle saber que estamos detrás de él. Quiero averiguar por qué está aquí, para empezar.

—¿Para patinar? —Pritchard le lanzó una mirada helada.

—Perdón, señor.

—Está aquí con un amigo, dice. Otro hombre que parece seguidor de Mosley.

—Con el pelo rapado y todo eso. Y lleva casi siempre una camisa negra, como el señor Roberts.

—¿Y el señor Roberts se pasa el tiempo patinando e insultando a los locales?

—La señorita Weiss no es exactamente una local. Más bien una visitante.

—Peor aún. No querrá ahuyentar a los excursionistas, ¿verdad, agente?

—No, señor —contestó el agente Ogilvy con fervor. Sus padres regentaban un hostelito en Lowfell y les estaba yendo estupendamente con el lago helado.

—¿Así que no tiene ninguna idea de qué pueden estar haciendo aquí?

—Tengo entendido que el otro hombre se llama Shackleton, y que está aquí por negocios.

—¿Qué negocios?

—Ha subido a ver al señor Grindley, a Grindley Hall, más de una vez.

—¿A qué se dedica el señor Grindley?

El agente Ogilvy estaba sorprendido.

—Señor, es el dueño de Jowetts. Una de las fábricas más importantes de por aquí, vaya que sí. Hacen lavabos, y... bueno, instalaciones sanitarias. Para los baños y eso.

Pritchard inspiró una bocanada de su pipa y expulsó una nube de humo.

—Extraña época del año para hacer negocios. Y en casa de un hombre, en vez de en su lugar de trabajo.

—Hay que levantarse temprano para coger al señor Grindley fuera. Si diera beneficios, trabajaría todas las Navidades, en el Hall o en la fábrica.

—Suenan inofensivo. No hay nada sospechoso en las instalaciones de baños, ¿verdad?

—No, señor.

Pritchard estaba consultando su mapa.

—¿Es eso Grindley Hall? ¿Esa casa extraordinaria de la colina?

—No, eso es Wyncrag. No tiene nada de extraordinaria, por lo que yo sé, los Richardson están muy bien considerados. Son una familia acaudalada, llevan viviendo allí más de cien años.

—Me refiero a la arquitectura, agente, no a los ocupantes, por lo que yo sé todos hijos del Señor. ¿Y dónde está Grindley Hall?

—No se ve desde aquí señor. Se la puedo mostrar de vuelta, se ve desde la carretera.

—Pues mejor que nos demos prisa, entonces —dijo Pritchard—. Va a oscurecer pronto para verlo todo.

El agente le indicó al inspector cómo regresar a Lowfell, hicieron una parada rápida para ver Grindley Hall.

—¿Cree que hay algo sospechoso en que el tal señor Shackleton visite el Hall? —Preguntó Ogilvy mientras le mostraba a Pritchard la oficina que le había preparado cuando llegó la llamada de Scotland Yard—. Los Grindley son una familia importante aquí arriba, no me gustaría...

Pritchard colgó en el perchero el sombrero cortesía de la señora Ogilvy y se quitó el abrigo. Se sentó en el escritorio y abrió su cartera negra oficial.

—Nadie, por importante que sea, está por encima de la ley. Me atrevería a decir que no hay nada de qué preocuparse. Me atrevería a decir que aunque el señor Shackleton huela un poco a podrido, el señor Grindley no es consciente de ello. Este tal Jago Roberts no es un seguidor de Mosley corriente, y cualquier información sobre él podría resultar valiosa. Así que nos corresponde a nosotros mostrar interés por todos y cada uno de sus contactos y conocidos.

—Ya veo, señor.

—¿Habla de su trabajo en casa, agente? —El agente Ogilvy se puso colorado—. Se lo pregunto porque sé que su padre estaba en el cuerpo. Llegó a sargento, ¿no?

—Eso es, señor —repuso el agente Ogilvy, no sin orgullo.

—Porque lo que le cuente de Jago Roberts no debe salir de aquí. Su padre comprenderá por qué no puede hablar del caso. No se trata de los típicos

asuntos de la policía local.

—Eso lo sé, señor.

—Déjeme que le cuente lo que sabemos de Jago Roberts —el inspector ordenó los papeles que tenía delante de él en una pila. Después se retrepó en su asiento, miró el techo de vigas—. Para empezar, ese no es su nombre real. No sabemos cuál es, pero no hay ningún informe de ningún Jago Roberts hasta hace tres años. Hemos investigado a docenas de James Roberts, y a todo tipo de «Roberts» pero no, no hay ni rastro de él. Por lo tanto, es un nombre falso. Así que, hace tres años, aparece como de la nada dentro de los seguidores de Mosley. Encaja con los encopetados del movimiento, acento de colegio privado; uno de ellos, le dan la bienvenida.

El inspector había estado encendiéndose la pipa mientras hablaba. Apagó la cerilla con una sacudida y aspiró una profunda bocanada, emitiendo los bufidos del fumador de pipa experimentado.

—El señor Roberts resulta tener un magnífico don para agitar, organizar asaltos, marchas, machacando a la oposición. Nos preocupa en el servicio secreto porque hay en lo que hace un toque de experto que no habíamos visto antes entre los de su grupo, y no nos gusta el aspecto que tiene. ¿Dónde aprendió sus habilidades, eh?

—No lo sé, señor —repuso el agente Ogilvy, inseguro de que esa fuera la respuesta que se esperaba de él.

—Use la cabeza, agente. ¿Dónde son buenos enseñando a ser desagradables en uniforme?

—¿En la academia de policía, señor?

—No, no. No nosotros. Roberts. ¿Dónde puede haber aprendido esas técnicas que utiliza?

El agente Ogilvy se rompió la cabeza.

—No lo sé, señor.

—Piense, hombre. Solo piense en ello. ¿Habrá oído hablar de *herr* Hitler, supongo?

Ogilvy volvió a pensar.

—¿Alemania, señor?

—Bingo. Alemania. Ahora bien, ¿qué ha estado haciendo este caballero fascista y con buen acento en Alemania? ¿Vivía allí? ¿Era un alemán educado en Inglaterra? ¿O un inglés que decidió vivir en Alemania y que se ha dejado engatusar por las bonitas palabras de Hitler?

—¿No puede arrestarlo e interrogarlo, señor?

—Oh, sí lo hemos hecho. Más de una vez. Cuando dijimos que no podíamos encontrar rastros de él anteriores a los últimos tres años, se rio en nuestra cara y nos dio una lista de nombres, lugares, referencias.

—¿Eran falsas, señor?

—No, al menos en lo que se refiere a lo que nosotros descubrimos. Eran referencias auténticas. Coroneles, una antigua niñera, el informe de la escuela, todo impecable.

—¿No habrá estado en el ejército, señor? Tiene unos cuarenta años, tuvo que haber ido a la guerra.

—Exento por razones médicas, un soplo en el corazón, y un certificado médico para probarlo. Un médico de Harley Street.

—A juzgar por cómo patina, no me parece un hombre con problemas en el corazón. Pero si todo está correcto, ¿no arregla eso el asunto?

El inspector dio una palmada en la mesa, y provocó que el agente diera un salto.

—No. Me hace albergar aún más sospechas. Porque si nuestro amigo no es lo que parece, alguien se está tomando muchas molestias y gastos, gastos y molestias enormes, de hecho, para darnos gato por liebre. Ahora bien, ningún poder extranjero haría eso por ningún Tom, Dick o Harry, ¿verdad?

—No, señor.

—Así que podemos suponer que este tal Jago Roberts es un pez gordo. Si hay guerra, y yo estoy convencido de que la habrá, hombres como Jago Roberts podrían dedicarse a otras tareas bien distintas de organizar a unos cuantos cabezas de chorlito vestidos con camisas negras y botas.

—Botas ya no, señor —dijo el agente Ogilvy, consciente de la prohibición del gobierno de que los miembros de los movimientos como los fascistas británicos llevaran uniformes.

—Olvídese de las botas. Concéntrese en la mente; agudísima, por cierto, y en la habilidad del hombre para fundirse a la perfección con el medio. Clase alta inglesa, lejos de toda sospecha, ¿qué podría ser más útil para los pérfidos planes que los alemanes podrían tener?

—Difícil, señor. No, si ya lo ha interrogado y tiene su nombre en un archivo.

—Podría convertirse en otra persona.

El agente Ogilvy se quedó desconcertado por un momento. Después la comprensión le inundó el rostro.

—Ah, ya veo, señor. Adoptaría una nueva identidad.

—Exactamente. Así que lo que resulta tan interesante es por qué ha venido a este lugar en vez de a otros. ¿A patinar, dice usted? ¿Solo de negocios con el señor Shackleton? Lo dudo, nada de lo que sabemos de él parece relacionarlo con ningún tipo de negocio. No, lo que supongo es que en algún lugar de por aquí, en medio de estas majestuosas colinas, vive una persona, o personas, que lo conocen, que saben quién es, y qué está haciendo. Tengo el presentimiento de que está relacionado con esta parte del país. Mi tarea es averiguar cuál es esa conexión.

El inspector Pritchard se inclinó y vació su pipa en la chimenea.

El agente Ogilvy se aclaró la garganta y se pasó un dedo por el cuello del uniforme.

—No creo haber visto nunca a ese tal Roberts antes, y cuando pregunté por ahí después de aquel problema en Lowfell, no encontré ni un alma que lo hubiera visto antes, excepto el viejo Foreby, y él no cuenta porque está medio ciego y se le han reblandecido los sesos, con la cerveza y los años, ya ve usted. Pensé que el sentimiento inexplicable que tenía de que me sonaba su cara se debía a que se parecía a alguien de su familia, un hermano, o un padre, a lo mejor. Solo que nunca he oído hablar de ningún Roberts por estos lares, aparte del viejo Reuben Roberts, que vivía en Bray Beck y nunca se casó. Además lleva muerto diez años.

El inspector Pritchard volvió a encender la pipa y se retrepó en su asiento mientras el agente Ogilvy proseguía con su voz pausada y mesurada. Se oía el tic tac de un reloj en la repisa de la chimenea. Alguien pasó fuera, los tacones resonaban en el suelo helado.

—No es más que un parecido, eso es todo. Como dije, tuve la sensación de reconocerlo cuando vi su foto, y se me ocurrió a quién me recordaba. Mi madre trabajaba en Wynncrag, en los tiempos del viejo *sir* James Richardson. Tiene una fotografía suya en el álbum. Bueno, hay cierto parecido, eso es todo.

—¿Era *sir* James el tipo de hombre que *esparcía sus rasgos* por el lugar?

El agente Ogilvy no pareció comprender.

—Quiero decir —aclaró Pritchard siendo más explícito—, ¿era el tipo de hombre que mantenía relaciones ilícitas con las mujeres locales? —El desagrado en la voz del inspector revelaba su puritana alma galesa—. ¿O su hijo, el actual *baronet*, qué reputación tiene?

—*Sir* Henry es un caballero tan intachable como se pueda ser —repuso el agente Ogilvy conmovido—. Eso le dirá todo el mundo.

—Me atrevería a decir que tiene usted razón —contestó el inspector plácidamente—. Pero no hace ningún daño hacer unas cuantas preguntas. — Se levantó despacio—. Póngame una llamada a Scotland Yard. Hablaré con el oficial de servicio.

Veremos que más podemos sacar de estos Grindley y Richardson.

Capítulo 47

Alix miró a *Mavis* y se maravilló. La última vez que la había visto, hacía quince años, *Mavis* era una doncella segunda tímida, encargada de la ropa de cama de la habitación de los niños y a la que *Nanny* ponía constantemente en su lugar. Recordaba a una muchacha delgada, y frente a ella tenía a una mujer opulenta de unos treinta y tantos, con ojos chispeantes y sonrisa generosa.

Rokeby le había dicho a *Alix* dónde podía encontrar a su hermana, lo que la dejó con el problema de llegar hasta allí. *Eckersley* la podría llevar, pero *Eckersley* hablaría, y el abuelo se enteraría y a lo mejor le preguntaría a *Alix* para qué había ido a *Askrigg*, por interés, no por entrometerse, la abuela podría enterarse y ella verse sometida a uno de sus terribles interrogatorios.

En cambio, llamó a *Hal*, con cierto sentimiento de sorpresa mientras le pedía a la operadora el número de *Grindley Hall*. *Hal* era el hombre sofisticado que se había convencido de que no iba a gustarle, pero eso había sido al conocerlo como un extraño. Ahora lo contemplaba como un amigo, alguien en quien podía confiar. «Y, no te engañes», se había dicho, un hombre de cuya compañía disfrutaba. Era inteligente e ingenioso, aunque mundano, y muy amable.

No le había oído antes la voz por teléfono y, aunque algo distorsionada, le gustó su sonido. Debía de ser porque era actor, supuso. Hay que tener buena voz.

—Yo no sé conducir, y *Edwin* no quiere venir, está en un estado de ánimo delicado. ¿Puedes pedir un coche prestado?

Hal podía, por el sencillo método de dejarle caer a *Parsons* un billete de diez chelines, y llevó a *Alix* por *Fiend's Fell* hasta *Askrigg*, que estaba en el corazón del valle vecino. *Mavis* se alojaba en la Cabeza de la Reina, donde, les contó, había trabajado de camarera.

A *Hal* le gustó *Mavis* inmediatamente, lo que no sorprendió a *Alix*. Estaba segura de que muchos hombres respondían a los encantos de *Mavis*.

—Bueno, señorita *Alix*, me alegro de volver a verla, ha pasado mucho tiempo. ¿Y el señor *Edwin*, está bien?

—Sí.

—Me han dicho que se ha buscado una joven, aunque no del tipo que le gustan a *lady* Richardson. No es que eso vaya a importarle, tiene sus propias ideas, el señor Edwin, vaya que sí. Como usted, siempre lo he dicho, esos gemelos no van a dejar que los mangoneen.

—Ojalá fuera verdad, Mavis.

—Y la señorita Perdita. No la reconocería si me la cruzara por la calle, esa es la verdad, solo la vi cuando era un bebé. Ojo, que Albert me cuenta que es un escupitajo de su tío Jack, así que puede que sí la reconociera. Era un hombre guapo, madre mía si lo era. Aunque no muy seguro en las alacenas.

—¿Qué? —dijo Alix, sorprendida hasta parecer grosera.

—Es lo que decíamos las doncellas. Jamás tuvimos ningún problema auténtico en Wyncrag, no después de que falleciera el padre de *sir* Henry, créame, vaya si era travieso en su juventud, dicen, y tampoco se portaba demasiado bien en la vejez. Pero jamás hubo ningún problema con los otros chicos: ni con su padre, el señor Neville, ni con el señor Saul. Solo había que andar al tanto con el señor Jack. Solíamos advertir a las nuevas, porque le gustaban las jóvenes. Me atrevería a decir que estaban demasiado nerviosas para decir nada; bueno, una chica de catorce años o así en su primer trabajo, ¿cómo iba a defenderse de un hijo de la familia como Jack? Pero no quiero hablar mal de los muertos, y su tío murió por este país, que tal y como yo lo veo, compensa por todo lo demás.

—Es por Perdita, por quien quería preguntarte —intervino Alix rápidamente, aprovechando la oportunidad que le ofrecía el flujo de recuerdos—. Tú la trajiste de vuelta de América, ¿no es cierto? Cuando era un bebé.

—Sí.

—¿Fuiste allí solo para recogerla? ¿Te envió *lady* Richardson?

—Madre mía, no. Ya estaba allí, en América, fue por eso. —Se detuvo y observó a Alix con atención—. ¿Sabe que *lady* Richardson me dio la patada?

—¿En serio? —Alix se sentía avergonzada, ¿estaría removiendo viejas heridas?—. No, no lo sabía.

—Sí, más o menos limpió la casa. Así que, cuando recibí la orden de que me tenía que marchar, decidí irme a Canadá. Tenemos familia en Nueva Escocia, y se me ocurrió que podía instalarme allí. Tenía el dinero que me había dado la señora, pues debo decir en su favor que liquidó generosamente. Solo que Canadá no me encantó, y Albert sabía que no estaba a gusto y que agradecería la oportunidad de regresar, así que cuando la pobre señora Neville murió, dejando al bebé, él lo arregló con *sir* Henry y *lady* Richardson para que viajara hasta Estados Unidos y trajera de vuelta a la niña conmigo. Me

alegré de poder ayudar, qué tragedia fue, su mamá y la señorita Isabel, y después de que su padre muriera.

—¿Dónde recogiste a Perdita? —Preguntó Alix, conteniendo el aliento—. ¿Fue en Oregon o algún sitio así?

—¿Allí era dónde vivían? No, la recogí en Nueva York, de donde partía el barco. La llevó hasta allí una enfermera, era de una agencia. Ojo, que cuidó muy bien del bebé, y la señorita Perdita era una cosita tan buena, no daba ningún problema.

—¿Entonces no conociste a mis abuelos americanos?

—No, nunca. Me atrevería a decir que estaban destrozados, perder a su hija y a su nieta de aquella manera, no es razonable esperar que viajaran en un momento como aquel.

Alix estaba decepcionada, había confiado tanto en que Mavis le dijera de dónde era su madre.

Hal intervino.

—Señorita Rokeby —empezó a decir.

Ella se rio.

—Llámemme Mavis, todo el mundo lo hace.

—Mavis, entonces. ¿Por qué *lady* Richardson te dio, a ti y a todos, la patada, como tú dices?

—Bueno, señor Hal, eso es una pregunta que yo me he hecho a menudo, y no conozco la respuesta. Albert dice que fue como si estuviera decidida a que nadie le recordara los días en que estaban allí el señor y la señora Neville e Isabel, pero eso no tiene sentido. Aún tenía a los gemelos, usted y el señor Edwin, señorita Alix, y también a la pequeña Perdita.

—La tía Trudie dice que la abuela pensaba que sería más fácil para Edwin y para mí que no nos animaran a pensar en nuestros padres, a lo mejor lo hizo por eso —dijo Alix.

—A lo mejor.

—¿Cuántos criados se fueron? —preguntó Hal.

—Todos, por lo menos todos los del servicio interno, y éramos unos cuantos entonces. Todos, excepto Albert, y por qué lo conservaron es un misterio para mí y siempre lo ha sido. Dijo que *sir* Henry se plantó, pero no estoy tan segura. Albert es un tipo muy oscuro, vaya que sí, siempre ha sabido cómo tener la boca cerrada. Aun así, yo seré la última que le guarde rencor por haber conservado su puesto. Le ha ido muy bien en su familia, señorita Alix, tiene una buena pensión que esperar y una mención en el testamento de

sir Henry, eso le ha dicho *sir* Henry, aunque esperemos que eso suceda dentro de mucho tiempo.

—A la familia también le ha ido muy bien con él —repuso Alix con afecto—. No podríamos haber tenido un sirviente más leal.

—Bueno, así es Albert. Aunque creo que fue muy duro para usted y el señor Edwin que los enviaran a la escuela de esa manera, y que despidieran a su niñera. Cuánto lloró cuando se tuvo que ir.

—La abuela me contó que quería irse, que le había surgido un puesto en Australia y que siempre había querido ir allí.

—¿Eso dijo la señora? No, Nanny tenía tantas ganas de ir a Australia como de ir a la luna. Les quería tanto a usted y al señor Edwin, y estaba tan encariñada con la señorita Isabel que no se puede ni imaginar. Se quedó destrozada cuando murió de aquel modo. Pero le dejaron muy claro que no habría referencias si se quedaba en Inglaterra, así que se las apañó como pudo, y al final tampoco le salió tan mal, porque se casó con un australiano y allí se quedó, más feliz que unas castañuelas. Tiene tres niños, me escribe cada año.

—Prometió escribirnos, pero no lo hizo nunca.

—Como usted ha dicho, diría que su abuela no quería que les recordaran aquella época.

Y con eso se tuvo que conformar Alix, por insatisfactorio que fuera. Mavis había despertado más preguntas de las que había contestado. Tomaron una taza de té, y Mavis les contó que dejaba Londres y que volvía al norte para casarse con Joseph Harkness, el propietario de la Cabeza de la Reina.

—Fue mi amorcito entonces, pero cada uno se fue por su lado. Después vino a Londres, me buscó, y bueno, aquí estamos.

Alix le dijo que se alegraba mucho, y Hal bajó a decirle hola a Joe, a quien conocía de sus viejos tiempos. Después se despidieron y se marcharon.

—Un callejón sin salida detrás de otro —dijo Alix desanimada, mientras volvían lentamente por las carreteras heladas.

—Sé práctica —la animó Hal—. Si *sir* Henry y tu abuela no te ayudan, y Trudie se cierra en banda, tendrías que intentarlo con esos albaceas tuyos, tienen que tener detalles de la familia de tu madre.

—El abuelo los tiene a todos en el bolsillo —comentó Alix con tristeza—. Vacilan, tosen y me dicen que le pregunte a él. Y él me dice, pregúntale a la abuela. Ya te digo, es dar vueltas y vueltas en círculos. Pero no pienso desistir. Voy a averiguar qué ocurrió aquel año, le guste a la abuela o no.

—Muy bien. Bueno, lo primero que tienes que hacer es contactar con tus abogados cuando llegues a Londres. No, no me lo digas, son los abogados de la familia. Ve a otro, ya te buscaré un nombre, un despacho poco relacionado con tu familia, o con cualquiera de por aquí arriba. Les puedes pedir que busquen a tu madre, lo pueden hacer, aunque a lo mejor tarda. También será caro, así que es una suerte que tengas dinero para pagarlos. Si no lo consiguen, o tardan demasiado, cuando vuelva a Nueva York, me pondré en contacto con mis abogados para que la busquen por ti. Les resultará más fácil, ya que están allí. Pueden contratar a un despacho que se especialice en buscar gente.

—¿La agencia de detectives Pinkerton?

—Probablemente. Cuando tengas los detalles que quieres, podrías pedir una excedencia sin sueldo en tu trabajo, si te lo permiten, y coger el primer barco que vaya a Estados Unidos, para visitar la ciudad natal de tu madre y su tumba y la de tu hermana.

—Me gustaría hacer eso —dijo Alix—. Gracias, Hal. Se queda una tan atrapada por la familia cuando está en Westmoreland que tiende a olvidar lo que pasa fuera. —Después, tras una pausa—: ¿Te has fijado en Cecy y Michael? —Hal se rio de ella.

—¿Ahora estás de casamentera?

—No, en absoluto. Me gusta Michael. Parece preocupado, espero que no sea porque los Grindley lo rechazan.

—Los Grindley no parecen haberle prestado la más mínima atención. Dado que no es rico, ni de buena cuna, ni tiene buenos contactos, es normal en ellos.

Condujeron en silencio, mientras el sol se ponía, teñía el cielo del oeste de rojo y convertía el lago helado en una fiera imagen especular.

—Tuvo que ser muy duro para ti perder además a tu niñera —comentó Hal al poco.

—Lo fue, pero estábamos un poco apabullados, así que solo fue una cosa más. La abuela dijo que las niñas y los niños mayores ya no necesitan niñera, y que vendría una nueva para encargarse de Perdita que no tendría tiempo de ocuparse de nosotros. De todos modos, Edwin había empezado la escuela, después de Navidad. A mí me enviaron también.

—¿Guardas rencor por eso?

—No demasiado. No era una mala escuela, de hecho, me gustaba mucho más que la siguiente, que fue espantosa. Verás, me iban a separar de Edwin de todos modos, no importaba demasiado si en Wyncrag o en mi propia escuela.

Por lo menos allí tenía compañía. Y lamento decir que tenía unos celos horribles de Perdita; como era un bebé y huérfana, se llevaba muchísima atención. No de la abuela, que siempre la ha tratado como si fuera una paria, o por lo menos como si careciera de cualquier sentido común o virtud, pero sí por parte del abuelo y tía Trudie. Y todos los criados pensaban que era una cosa terriblemente trágica, como sacada de un cuento de hadas, y la mimaban muchísimo. Así que estaba mejor en la escuela.

—En Estados Unidos muy pocas familias envían a sus hijos fuera a un colegio cuando tienen ocho o nueve años. Tienen la costumbre de gustarles tenerlos por allí.

—No lo concibo.

—Creen que los ingleses somos crueles por enviar a nuestros hijos a internados.

—¿A ti te importó?

—Yo lo detestaba, pero era inútil decirlo.

—Si me caso y tengo hijos, no voy a permitir que vayan a un colegio internos —dijo Alix.

—Puede que tu marido insista.

—No me casaría con un hombre así —se rio—. Tampoco hay muchas posibilidades de que surja; no creo que me vaya a casar nunca, no digamos tener hijos. Lo que he visto de la vida familiar ha sido suficiente para quitarme la idea de la cabeza.

Capítulo 48

—¿Dónde está Perdita? —preguntó Alix a Ursula, que estaba en el recibidor poniéndose unas botas.

—Arriba, en la habitación de los niños, tocando el piano. Ha dicho que todos esos villancicos y canciones festivas le han dado ganas de volver a Beethoven. De hecho, está practicando escalas, con una copia de *Emma* delante de ella. A mí me iban a pillar tocando en vacaciones, pero bueno, yo no me tomo la música en serio.

Alix se preguntó si a Ursula le importaría ser abandonada de ese modo. Era una invitada, la invitada de Perdita.

—Estoy acostumbrada a ella —le aseguró Ursula con alegría—. Cuando le da un ataque musical, no cuenta nada más. Dudo mucho de que ni siquiera *lady* Richardson fuera capaz de arrancarla del piano. En cualquier caso, hay algo que tengo que hacer, así que no me importa, de verdad que no, Alix.

—«Ya cree que estoy molestando —pensó Alix—. Para ella soy una adulta, preocupada solo por los modales, las apariencias y lo que uno debe y no debe hacer». En otras palabras, un aburrimiento.

—¿Vas a patinar? —le preguntó a Ursula, que ya se había puesto el abrigo.

—Esta mañana no.

—Ahora era una adulta entrometida.

—Qué gorro y bufanda más monos.

Ursula sonrió.

—No tan bonitos como el gorro que tú me regalaste, pero ese está arriba, es demasiado bonito para esta mañana. Estos son de la querida Rosalind, que se los dejó la noche de Navidad. Tengo que llevárselos cuando vuelva, pero mientras tanto, me los pondré. Están hechos de angora, o moaré o algo así, con seda, Rosalind se los compró en París. No creo que el rojo sea mi color, se mata con mi pelo, más bien, pero son calientes.

Qué chica más curiosa, se dijo Alix. Se preguntó qué estaría tramando Ursula, qué sería aquel misterioso recado. ¿Una cita? Difícil. Y la muchacha no parecía muy entusiasta con su misión, fuera lo que fuera. Bueno, no era asunto suyo.

Y todos los pensamientos sobre Ursula desaparecieron con la llamada que hicieron solo minutos después. Era Mavis.

—Estaba pensando en usted y sus preguntas sobre la señora Neville, y sé que *lady* Richardson insistió mucho en que había que hacer desaparecer cualquier rastro de su madre. A mí me pareció una conducta muy rara, pero no me correspondía decirlo. Bueno, la señorita Trudie y yo nos encargamos de sus pertenencias, y enviamos a la beneficencia sus ropas y sus cosas. Pero había algunas más personales, cartas no, de eso se encargó *lady* Richardson personalmente. Las cosas cotidianas que ella usaba, que nadie habría querido, pero a mí me pareció mal tirarlas.

Alix contuvo el aliento.

—¿No las tiraron?

La voz de Mavis se volvió un hilillo.

—No. La señorita Trudie dijo que las tiráramos, pero tengo que confesar, y nunca se lo he dicho a nadie, que no pude hacerlo.

—¿Qué hiciste con ellas?

—Las subí a los desvanes. Allí hay muchos armarios, y ningún motivo para que subiera nadie a ir registrando, ni siquiera esa vieja Lipp. Bueno, lo que metí allí dentro no va a serle de mucha ayuda, excepto para traerle recuerdos, pero había una especie de carpeta, como las de oficina. Creo que la señora debió olvidarla, o meter dentro papeles que no importaban para que la tiraran con todo lo demás. Pero yo eché un vistazo, y había una o dos fotografías. Es el tipo de cosas que creo que le gustaría tener. Personales. Si la carpeta sigue allí, claro está, pues hace mucho tiempo y nunca se puede saber.

—¿Recuerdas qué desván?

—Sí, cosa curiosa después de tanto tiempo. Están todas numeradas, esas habitaciones de ahí arriba, eran de los criados. Lo metí en la número cinco.

«Alix esperó, presentía que Mavis tenía algo más que decir». Hay un aparador grande, y uno pequeño junto a la chimenea. La carpeta está en el pequeño.

Fotos, de su madre. «En la casa, todo el tiempo».

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Perdona, Mavis. Sí, sigo aquí. No sé cómo darte las gracias. Voy a ir a buscarla inmediatamente.

—Haga eso, pero siga mi consejo y sea discreta, suba cuando Lipp no ande por el medio. Puede que sucediera hace mucho, como ya he dicho, pero me apuesto mi mejor boina de domingo a que *lady* Richardson sigue sin

querer que nada de aquella época salga a la luz. Y usted no sabe nada de ese aparador por mí.

Alix se rio y le dijo que no, que si alguien lo descubría o preguntaba diría que había sido simple curiosidad.

Perdita se metió en la sala sigilosamente, confiando en no llamar la atención. Se había quedado ensimismada en su música, supuso Alix, y había perdido la noción del tiempo. Vio que su hermana no había parado para lavarse las manos ni cepillarse el pelo, sin duda en el convencimiento de que era mejor llegar sin asear que tarde.

Los esfuerzos de Perdita no tuvieron éxito, los ojos de águila de la abuela se lanzaron sobre ella.

—¿Dónde has estado, Perdita? ¿Qué has estado haciendo? No te has peinado, y me atrevería a decir que tampoco te has lavado las manos. ¿Cuántas veces tengo que decirte que te des tiempo suficiente para arreglarte antes de las comidas? ¿Dónde está Ursula?

—No lo sé —repuso Perdita—. En realidad no la veo desde el desayuno.

—Perdita, es tu obligación atender a tu invitada. Si no estás preparada para hacerlo, no creo que podamos permitirte que vengan más amigas tuyas a quedarse.

—Abuela, eso no es justo —explotó. Alix se estremeció. Era un error contestarle, y se dio cuenta de que Perdita se arrepintió en el momento en que las palabras salían por su boca—. Quiero decir, Ursula no quiere estar conmigo todos los minutos del día —le llegó la inspiración—. Creo que dijo algo de escribir unas cartas de agradecimiento.

Eso fue muy astuto. La abuela aprobaba esa actividad, aunque insistía en que su propia familia se dedicara a la tarea el día de san Esteban.

—Puede que se le haya pasado por alto el gong, ¿subo corriendo a su cuarto a ver?

—Sí, aunque a menos que haya sufrido una sordera repentina, no veo cómo es posible que no lo haya oído. Está pensado para que se oiga.

Perdita escapó, y subió las escaleras a todo correr.

—Perdón, tía Jane —le dijo cuando se la cruzó en el rellano.

Jane levantó las cejas y se apartó para que su sobrina pasara.

—¿No vas en dirección contraria? ¿No tendrías que estar abajo?

—Voy a por Ursula, creo que estará en su cuarto.

—Antes ha salido con el trineo —dijo Alix, saliendo al recibidor cuando Perdita y Jane, pero no Ursula, bajaron las escaleras.

—¿Cuándo? —preguntó Jane.

—Hace una hora o así. Le he dicho que se asegurara de volver a tiempo para el almuerzo. Sabe lo quisquillosa que es la abuela con la puntualidad, y si no lo sabe, es que se ha vuelto de repente inusualmente obtusa.

—Oh, Señor —exclamó Jane con tono cansino—. Vamos a tener para largo.

—A pesar de los intentos del abuelo por quitarle importancia a la desaparición de Ursula (probablemente se estaba divirtiendo en la nieve, se habría encontrado con algunos amigos en el hielo, y era, después de todo, vacaciones) la abuela no pareció impresionada. Fue una comida nefasta.

Perdita persiguió con aire sombrío una ciruela guisada por su plato.

—Perdita, no juegues con la comida.

—Perdona, abuela. —Adentro la ciruela. Volvió el silencio.

—Cuando te levantes de la mesa, Perdita, te pondrás el abrigo e irás a buscar a Ursula. Quisiera una explicación de por qué se ha perdido el almuerzo.

—Más vale que sea buena —murmuró Alix. Perdita reprimió una risa, se tragó el hueso de ciruela y se atragantó. Alix le dio unas palmadas en la espalda, la abuela las miró a las dos airada, dejó la servilleta, y se levantó de la mesa. Un arrastrar de sillas cuando todos se pusieron en pie apresuradamente y, por fin, terminó la incómoda comida.

—Ursula es un fastidio —rezongó Perdita mientras se ponía las botas—. Ya podía haber dicho donde iba.

—Rokeby la ha visto subiendo por la loma de ahí detrás —dijo Alix.

—Oh, pero qué gran ayuda. Hay docenas de sitios a los que podría haber ido en cuanto llegara a la cima.

—¿Adónde le gusta ir en trineo?

—Pues no lo sé. El campo que llega hasta el lago, supongo. Pero la verdad es que ya era para que se hubiera cansado de eso. Quiero decir, en cuanto remolcas el trineo por esa colina cuatro o cinco veces, empiezas a pensar que ya no vale la pena.

—A lo mejor ha cogido los patines, después de todo. O puede que haya vuelto a por ellos y esté patinando. Quizás haya cruzado hasta la otra parte del lago.

—No los ha cogido. Mira —Perdita se incorporó, con la cara roja por atarse los cordones, y señaló los patines de Ursula—. Son esos, y no, no puede haber cogido los de nadie más, tiene los pies de tamaño normal, nadaría en cualquiera de los nuestros.

El tío Saul apareció por la puerta.

—Mamá quiere que vaya contigo, Perdita. No quiere que salgas fuera sola.

—Oh, por el amor de Dios, ¿por qué siempre tiene que ser una vieja tan mangonera y horrible? Estoy perfectamente bien sola, no soy un bebé.

—No hables así de tu abuela, Perdita.

—Perdona, tío Saul, pero de verdad, es una tontería, no vayas sola, dónde vas, cuánto tiempo vas a tardar. ¿Qué piensa que me puede pasar en el lago? Conozco a todo el mundo y todo el mundo me conoce.

A Alix no le sorprendió el tono de rabia reprimida en la voz de Perdita. A ella, a su edad, también la irritaban los infinitos haz esto y no hagas lo otro de la abuela.

La voz de Saul adoptó un punto didáctico.

—Hay muchos extraños por ahí, ahora que el lago ha helado.

—No, aquí no. Sabes que no vienen tan lejos. De todos modos, no importa, es exactamente igual cuando no hay nieve y hielo por todas partes. «Si vas a salir a cabalgar, que vaya Mungo contigo». A ver, ninguna otra chica de mi edad tiene que ir con un mozo de cuadras cuando sale a cabalgar por el campo. No puedo salir a cabalgar sola, no puedo salir a pasear sola, no puedo ir a patinar o con el trineo sola tampoco, o se arma siempre el mismo jaleo. ¿Qué puedo hacer?, responde, ¡nada!

Se abrochó el último botón del abrigo y se encasquetó un gorro de lana encima del pelo revuelto.

»Venga, vamos, tío Saul, tampoco creo que tú tengas ningunas ganas de venir, te parece tan pesado como a mí.

—¿Te apetece dar un paseo, querida? —le preguntó Saul a Jane.

—No. Estoy bastante cansada, voy a reposar un rato. De todos modos, supongo que encontraréis a la niña al final del camino.

—Exactamente —repuso Perdita, llevando a su tío hasta la puerta de enfrente.

—Rokeby llegó antes que ellos. Estaba a punto de abrir la puerta cuando se detuvo a escuchar.

—Oigo un coche acercándose.

—Una visita —dijo el tío Saul irritado—. Lo que nos faltaba. ¿Quién es, Rokeby?

Rokeby abrió y salió a las escaleras.

—No reconozco el coche, señor Saul.

Perdita salió tras él.

—Es el coche que han alquilado la americana y su amante. Me pregunto por qué estarán aquí.

—¿Su qué? —preguntó el tío Saul horrorizado.

—Eso no importa. Mira, tenía razón, es el aman... Quiero decir el hombre de la granja Grindley.

Un segundo más tarde, Perdita bajaba volando las escaleras.

—Alix la siguió, tan rápido como le permitía su tobillo. ¿Qué estaba haciendo Ursula en el coche con un extraño?

El tío Saul la adelantó.

—La niña está herida.

Alix y Perdita se hicieron cargo de Ursula, que estaba pálida y temblorosa. Alix observó con espanto las manchas de sangre en la cara.

—¡Ursula! —Gritó Perdita—. ¡Ursula! ¿Qué te ha pasado?

—¿No ves que ni siquiera puede hablar? Tráela dentro.

—Llevala a la sala, tumbadla en el sofá —dijo el tío Saul.

Ursula sacudió la cabeza.

—Arriba, entonces —repuso Alix rápidamente—. A su cuarto. Apóyate en Perdy, Ursula, tú solo apóyate.

Saul condujo al desconocido a la sala.

—¿Quién es usted? ¿Le importaría explicarme qué hacía la señorita Grindley en su coche y en ese estado?

—Me llamo Newman. Yo no le he hecho daño, si es lo piensa. Regresaba a la granja Grindley cuando la he visto salir tambaleándose del bosque, justo delante de mí. Estaba descompuesta, aunque no parecía herida. Así que he parado, la he metido en el coche y la he traído aquí, era el lugar más cercano. Debería verla un médico.

—¿No está herida? ¿Y la sangre? ¿Le ha explicado qué le ha pasado? ¿Fue un accidente? Creo que salió con un trineo.

—No he visto ningún trineo. Me parece que es mucho más grave que eso. Me ha dicho, bastante incoherentemente, pero sin dar lugar a dudas, que la ha atacado un hombre en el bosque.

—Puede que la hayan dejado inconsciente, aunque ahora parece encontrarse mejor, dice que no tiene dolor de cabeza. La sangre es de la nariz,

y tiene el labio partido.

—¿Dónde ocurrió todo exactamente?

—¿Conoce el lugar donde los bosques dan a una pequeña explanada de guijarros? ¿Junto a una especie de cobertizo?

—Sí, por supuesto, es el cobertizo de Wyncrag. Aunque no sé qué haría ahí si había salido con el trineo... ¿Ha visto a alguien más?

—No. En cuanto me he asegurado de que estaba bien, la he dejado en el coche un momento y he corrido al bosque para mirar. No he creído que hubiera nadie más. Me he metido entre los árboles hasta la orilla del lago, por si acaso, y ahí sí he visto marcas de patines. Aunque podrían pertenecer a cualquiera, y haberse producido en cualquier momento. Nadie llega por el hielo hasta esta orilla, ¿no?

—No, no, solo alrededor de la ciudad y los embarcaderos de aquella parte —Saul sacudió la cabeza—. Es increíble. Atacar a una niña a plena luz del día. Supongo que tendría una cita. Puede haber trabado amistad con algún muchacho local, a quien le haya dado alas para después asustarse.

—No sonaba como si se hubiera encontrado con un conocido, a menos que sea una actriz estupenda. Ni, por lo que ha conseguido decir, parece que fuera ningún muchacho. Se trataba, sin duda, de un hombre. Seguro que la chica podrá describírselo mejor cuando se calme un poco. Ha sufrido una impresión de mil demonios.

—Sí, sí, debe de haberlo sido. Una experiencia terrible. Solo de pensarlo... Una invitada nuestra... ¿Qué va a decir mi madre?

—Mire, me marchó, no creo que deba estar aquí en un momento como este. Cualquier cosa que pueda hacer, pídanmela. ¿Quieren que llame a la estación de policía y les diga que envíen a un agente? ¿O prefiere llamar por teléfono?

—No, por favor, no lo haga. Nosotros nos encargaremos de eso —vaciló—. Sería una desgracia si, bueno, si corriera la noticia.

—Hay un tipo en estos bosques que asalta a niñas, no creo que puedan mantenerlo oculto. Además, la noticia debe saberse, pues hasta que atrapen a ese maníaco todas las mujeres del lugar han de ser muy cuidadosas.

—¿Cuidadosas? Bueno» seguro que ya no vuelve a atacar.

—¿No? —Newman parecía perplejo—. Yo pensaba que haría precisamente eso. A lo mejor los criminales ingleses no operan como en Estados Unidos.

—No lo entiende. Verá, está la prensa. Es el tipo de historia que a la prensa amarilla le encantaría conocer. ¿Qué pensaría su familia si viera su

nombre por todos los periódicos? La publicidad no es algo que busque la gente de nuestra clase, señor Newman.

—Tampoco yo quiero para mí ningún tipo de publicidad, señor Richardson.

—Son casos diferentes. Los periodistas no van a estar ni mínimamente interesados en mencionar su nombre ni el de su compañera, la señora... esto, Newman.

—¿Eso cree?

—Soy miembro del Parlamento y ministro de la Corona. Un americano puede que no aprecie lo terrible que sería que el más mínimo escándalo...

—Los políticos son iguales al otro lado del Atlántico, créame. Haga lo que quiera, mientras sea discreto. Si me está amenazando de algún modo, solo quiero decirle que no tengo ningún deseo de involucrar a la prensa; por nuestro bien y por el de la señorita Ursula. Ahora me marchó, pero creo que tienen que llamar a un médico. Estoy convencido de que habrá algún médico local que conozca a todos los miembros de la familia desde que estaban en pañales, el tipo de hombre en el que pueden confiar y no dirá ni una palabra. Buenos días.

Arriba, Perdita se sentó al lado de Ursula mientras Alix le preparaba un baño.

Perdita había ido a llamar a Phoebe, pero Alix la detuvo.

—No creo que Ursula quiera demasiada gente alrededor —fue todo lo que dijo—. Ursula, tienes la bañera lista. Ven a darte un baño bien caliente.

Ursula ya no temblaba, pero aún seguía terriblemente pálida.

—¿No debería tomar algo para relajarse? —Preguntó Perdita—. ¿Té dulce o *brandy*? No tengo que llamar, puedo bajar y subirlo.

—Brandy, en ese caso.

Llamaron a la puerta, y Alix la abrió para encontrarse allí a Phoebe, con cara de preocupación e interés.

—El señor Saul ha dicho que la señorita Ursula ha tenido un accidente, y me ha pedido que le subiera una taza de té caliente y dulce. El señor Rokeby ha dicho que un *brandy* también, así que he traído la licorera y un vaso. ¿Puedo hacer algo más?

—Gracias, Phoebe —dijo Alix—. Ya que estás aquí, por favor, sube una botella de agua caliente, la señorita Ursula está helada después de pasar tanto tiempo fuera.

Cogió la bandeja con el té y el *brandy* y cerró la puerta.

—Le podíamos haber dado la ropa de Ursula para que la lavara —dijo Perdita—. ¿La has visto? Está toda sucia y tiene la manga rota. ¿Qué le habrá pasado?

—Espera a que Ursula acabe de bañarse a ver si nos lo puede contar —se acercó a la puerta del baño y llamó—. Ursula, ¿prefieres té o *brandy*? ¿Brandy? Voy a entrar, si no te importa.

Ursula salió diez minutos después, envuelta en un batín, pero temblando.

—A la cama directamente —dijo Alix—. No discutas, sé que no te encuentras enferma, pero tienes que entrar en calor. Phoebe ha traído una botella de agua caliente, está en la cama y quema, así que cuidado con los pies.

Ursula consiguió sonreír a pesar de que le castañeteaban los dientes.

—Eso es justo lo que diría Nanny.

Alix la arropó y se sentó al final de la cama. Perdita se colocó en la silla junto al fuego, con los codos en las rodillas, la barbilla apoyada en las manos.

—¿Te has caído en el hielo, Ursula? ¿O has tenido un accidente con el trineo?

Ursula sacudió la cabeza.

—Nada de eso —hablaba como si le doliera la boca y el labio empezaba a hinchársele de manera alarmante.

—Te vendría bien un poco de hielo —dijo Alix—. Perdita, llama, ¿quieres? —Y añadió mirando a Ursula—, continúa.

—Fue un hombre —dijo Ursula. Las palabras salían a trompicones, como si se alegrara de contárselo a alguien—. Estaba en esa parte del bosque, junto al lago, ya sabéis, donde se encuentra el bosque encima de la colina, y después la carretera, y un pequeño claro, y después árboles hasta el lago. Me harté del trineo, así que lo dejé junto a los escalones de la cerca. Oh, aún debe de estar allí.

—No te preocupes, ya mandaré a alguien para que lo recoja —dijo Alix—. Has ido al bosque.

—Sí. Hay una explanada de guijarros junto a la orilla, paseé por allí. Habría jurado que no había nadie más. Eso demuestra que no se puede confiar en la intuición, después me cansé de mirar el lago y de buscar una piedra perfectamente redonda, ya sabes, esas cosas que uno hace —se tocó el labio con cuidado—. Estoy perfectamente bien, de verdad, solo ha sido...

—No hables si contarlo te altera —le dijo Alix.

—No, está bien. Así que he vuelto, iba a subir por la carretera y recoger el trineo, casi perdí la noción del tiempo, y cuando miré el reloj, vi que llegaba tarde a comer, así que me apresuré para regresar lo más rápido posible. Entonces apareció de detrás de los árboles. De repente... —Su voz se convirtió en un hilillo.

—¿Quién, Ursula? —Preguntó Perdita—. ¿Quién te asustó? Qué idea más estúpida, alarmarte de ese modo.

—Cállate la boca, Perdy —le dijo Alix sin acritud—. ¿Lo conocías, Ursula? ¿Lo habías visto alguna vez?

—Llevaba un gorro bien encasquetado y tenía una bufanda enrollada alrededor de la barbilla y la boca, pero no lo reconocí —cruzó la mirada con Perdita por un momento—. Era alto... y moreno. Pero no lo he visto bien. Estaba allí en medio, en mi camino, y yo intentaba pasar, entonces me agarró —se estremeció—. Fue horrible. Era muy fuerte, y me dio un bofetón cuando grité —se llevó un dedo al labio—. Así me hice esto.

—Toma un poco más de *brandy* —le sugirió Alix, mientras se levantaba de la cama. Le preocupaba lo pálida que estaba Ursula, la palidez le destacaba las pecas y le daba un aspecto más infantil. Parecía una niña.

—Casi prefiero té, si es que me lo puedo beber con esta boca —se incorporó, las mantas formaron una montañita a su alrededor, y bebió el té como pudo cuando Alix se lo sirvió—. Qué frío tengo, no sé por qué.

—La conmoción —dijo Alix—. Es natural. Si yo fuera tú, ahora estaría histérica. Eres muy valiente.

—No me sentí valiente —dijo Ursula temblando—. Pensé que iba a matarme. Sabía que quería hacerme daño, estaba enfadadísimo. Sus ojos eran horribles, no creo que estuviera loco o no supiera lo que estaba haciendo; disfrutaba viéndome asustada. Creo que eso fue lo peor —tragó saliva mientras dos lagrimones le corrían por las mejillas—. Lo siento. Fue horrible, y ahora habrá un escándalo terrible, y vendrá la policía, y todo. Madre mía.

—Llamaron a la puerta, pero antes de que nadie pudiera responder, se abrió y entró *lady* Richardson.

A pesar de la chimenea, la habitación parecía helada. Perdita miró a su abuela y se abrazó.

Una de las cortinas de damasco corridas frente a las ventanas se había enganchado. *Lady* Richardson se desplazó con rapidez por la habitación para colocarla en el sitio.

—Después, se dio la vuelta y miró a la chica tumbada en la cama y, para su sorpresa, Alix vio la ira reflejada en el rostro de la abuela.

Ursula pareció intuir el enfado y se incorporó sobre los cojines, se tapó con la manta hasta la barbilla y quedó reducida a un halo de pelo rojo, un rostro blanco y un par de ojos asustados.

—Has traído la vergüenza sobre ti misma y sobre tu familia. ¿Qué tipo de comportamiento es ese?

Capítulo 49

Alix no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Qué le habían dicho a la abuela? ¿Le habría contado el tío Saul una versión distorsionada de los hechos?

Perdita saltó de la silla.

—¡Abuela, Ursula no ha hecho nada malo!

—Cállate, Perdita. En un minuto hablaremos de tu responsabilidad en este lamentable asunto.

La abuela estaba tan segura de sí misma, intimidaba tanto de pie junto a la cama...

—Ahora, Ursula, cuéntame la verdad. No eres, afortunadamente, miembro de mi familia y por lo tanto no tengo que dar cuenta de ti. No pienso responsabilizarme de las carencias en tu educación que te hayan llevado a comportarte de ese modo.

Ursula estaba demasiado perpleja, o demasiado afligida, para decir una palabra.

El fuego había disminuido hasta quedar convertido en un leve resplandor. Alix cogió la pala y añadió mecánicamente carbón al fuego. Emitió un silbido, y escupió una humareda negra, suficientemente acre para provocarle un picor en los ojos. Dejó una capa de hollín en la habitación, pero la abuela ni siquiera reparó en ella. Tenía los puños apretados como garras, sus nudillos estaban blancos y en tensión.

—Sé perfectamente lo que hacéis las jovencitas como tú. Eres una insensata por meterte sola en el bosque. Está claro que habías quedado con algún joven. Seguro que pensabas que controlabas la situación. Cuando descubriste que no, gritaste y pediste ayuda.

Alix no conseguía entrar en calor con la chimenea. Cada vez sentía más frío y las palabras de la abuela le martilleaban los nervios helados. Deseaba saltar, gritarle que parara.

—No te hagas la inocente. Ese hombre del bosque no estaba allí por casualidad, ¿verdad?

¿Ayuda y comprensión hacia un huésped atribulado? Si Ursula había albergado alguna esperanza, ahora resultaba evidente que no obtendría nada

de eso. Alix no esperaba demasiado; la abuela no poseía ni una gota de indulgencia en su carácter. No por carencia de compasión, sino por pura hostilidad.

Y, sí, también había miedo.

¿Miedo a qué, por el amor de Dios? ¿Qué había en aquello de lo que la abuela pudiera tener miedo? ¿Temía que el atacante de Ursula viniera a Wyncrag? Difícil. ¿Que la gente hablara? Los Richardson nunca habían estado implicados en ningún escándalo, bastaba con su buen nombre para alejar problemas más gordos que aquel sin causar revuelo. El mundo exterior, los aldeanos y los vecinos, reaccionarían con conmoción y rechazo. Sentirían pena por Ursula y simpatía tanto por *lady* Richardson como por los Grindley, por haber sufrido la angustia de que una joven invitada fuera atacada estando en su casa. ¿Qué miedo había que tener a aquello?

Con todo, se palpaba el miedo en aquella habitación, y era el miedo de la abuela, no el de Ursula.

—Tenías una cita con él, admítelo.

—Se equivoca —gritó Ursula—. Se equivoca por completo. Se lo está inventando todo.

Alix estaba consternada, pero aun así, captó ahora un punto de falsedad en la voz de Ursula.

—Eres tú la que está inventando, no yo. Lo conociste patinando, ¿verdad? Coqueteaste con él sobre el hielo, he visto cómo os comportáis las jóvenes ahí fuera.

Alix cayó en la cuenta de que aquel ataque venenoso tenía un objetivo. Pretendía confundir las cosas y hacerles dudar de lo que había sucedido realmente. La abuela intentaba tender una cortina de humo.

—Así que le hiciste todo tipo de señales para darle a entender que estabas interesada, que te ofrecerías para compartir un poco más de diversión en privado.

Eso fue demasiado para Perdita.

—¡Abuela, no puedes decir esas cosas! —gritó.

—Te he dicho que te calles. Diría que también tú has desempeñado tu papel, Perdita, yendo a patinar sin escolta, sin pensar en tu educación y tu reputación. Qué suerte que no seas el tipo de chica que llama la atención de los hombres.

—No tengo la culpa de que me atacaran, ¡yo no! —Gritaba ahora Ursula—. Es a ese hombre a quien tiene que culpar, no a mí.

Lady Richardson se abalanzó sobre ella.

—Tonterías. Nadie te ha atacado. ¿Por qué no lo admites? Has quedado con un hombre en el bosque, en una cita, lo has engatusado. Cuando has descubierto que quería algo más que escarceos, te has asustado.

—¡No lo he engatusado! —Las lágrimas se derramaban ahora por las mejillas de Ursula.

—Mírale la cara, abuela. Le ha pegado.

Lady Richardson se volvió sobre su silla.

—Si lo ha provocado hasta la violencia, la culpa es solo suya. Lo ha provocado, y no hay juez en esta tierra que no esté de acuerdo conmigo.

—Ursula necesita un médico, no que tú te metas con ella —le gritó Perdita—. Espera a que venga la policía. La van a creer. Irán a buscar a ese hombre y tendrás que retirar todo lo que has dicho.

—Bajo ningún concepto vamos a implicar a la policía.

La firmeza de sus palabras dejó a Alix sin aliento. Se clavó las uñas en las palmas, contó inspiraciones para calmar sus nervios a flor de piel. No suenes desesperada. No supliques. Sé razonable.

—Tienes que contárselo a la policía, abuela. Ese hombre es peligroso. Podría atacar a alguien más.

—La policía no se va a creer esa historia más de lo que me la creo yo. No van a buscar a ningún hombre que ataca a las chicas en el bosque por el simple motivo de que saben que ese peligroso sujeto no existe. ¿Crees que tu amiga es la primera joven que se inventa ese tipo de historias? ¿Es que no entiendes que todos los agentes de policía saben que no hay que creer nunca a chicas de esa edad? ¿Que todo lo que dicen es fantasía e invención?

—Si tú no quieres ir a la policía, tendrá que hacerlo Ursula.

Lady Richardson cambió de táctica. Su voz era ahora baja y controlada.

—Estoy convencida de que Ursula es consciente de que en cuanto llegue el asunto a la policía, la prensa sabrá de ello y su nombre aparecerá en todos los periódicos. Otra vez. Volverán a rescatar todas las historias sobre el vergonzoso comportamiento de su madre y de su divorcio.

—No, no lo van a hacer —Alix levantó la voz—. Ursula es la víctima, no pueden hacer público su nombre.

—Lo harán —repuso Ursula desconsolada.

¿Es que la abuela pensaba, de algún modo retorcido, que Ursula estaba imitando a pesar de su edad la misma trayectoria amorosa de la que habían acusado a Delia, su madre? ¿O creía en serio que Ursula no había sido víctima de un hombre, sino de su propia imaginación?

Bajó la voz deliberadamente.

—Abuela, deja de ser tan dura con Ursula. Está herida, mírala, ¿es que no lo ves?

—Tengo algunas preguntas para ti también, Perdita. Ahora, cuéntame, por favor, por qué Ursula ha salido sola desobedeciendo mis instrucciones. ¿Dónde estabas tú? ¿También fuera, sola, sin decirle una palabra a nadie?

Alix se quedó patidifusa ante la inquina de las palabras de su abuela. También Perdita, a juzgar por la manera en que estaba allí de pie, mirándola.

—Espero una explicación.

La respuesta de Perdita rompió el silencio expectante.

—Estaba tocando el piano.

—¡Tocando el piano! Qué tontería, no intentes mentirme, Perdita. Lipp se encontraba abajo, si hubieras estado tocando el piano, me lo habría dicho.

—Me había metido en la habitación de los niños.

—¡En la habitación de los niños! ¿Qué hacías allí?

—Tocaba el viejo piano de la habitación de los niños.

Alix dio un brinco. Aquel no era momento para que Perdita confesara que tocaba el piano.

—¿El viejo piano de...? ¿Esa es una costumbre que tienes? ¿Escabullirte dejando a tu invitada sola y sin preguntar si nadie te necesita para algo?

—Nadie me necesita nunca para nada, y necesito practicar.

—Necesitas mejorar tus modales. Me parece increíble que estés aquí, tan tranquila, diciéndome que estabas aporreando el piano mientras tu amiga paseaba por ahí sola.

Alix cerró los puños con tanta fuerza que le dolieron. Deseaba que Perdita no respondiera, que no se defendiera. Con todo, la admiraba. ¿Habría podido ella, a esa edad, enfrentarse a la abuela un solo instante? No.

—No lo aporreaba. Además, Ursula no tiene por qué estar pegada a mí las veinticuatro horas del día.

—No, Ursula tiene que atender a sus citas y encontrarse con hombres.

—No pueden ser las dos cosas —espetó Perdita rápidamente—. No puede haber quedado con un hombre y habérselo inventado todo.

—Quedó con el hombre, las cosas no fueron como esperaba, y se inventó la historia del ataque. Eso está bastante claro.

—Sabes que todo eso de que Ursula engatusó a un hombre no es verdad. Se hallaba en un estado terrible cuando ha llegado, tú no la has visto, no lo puedes saber.

—¿Crees que no he pasado por esto antes? ¿Crees que llego a estos extremos por vuestra seguridad y protección solo por capricho? Las chicas

solas se meten en problemas, y también consiguen enredar en sus problemas a los demás. Ursula te ha traído complicaciones a ti, y si yo no fuera lo suficientemente sabia para mantener el asunto en silencio, le causaría muchísimos problemas a ese pobre desgraciado y a ella misma.

—La que causa problemas eres tú por no creer lo que dice.

—No tengo nada más que decir. El asunto está zanjado. Ursula, me harás un favor si no bajas a cenar esta noche. Lipp les dirá a los sirvientes que has cogido un resfriado por pasar fuera demasiado tiempo de forma estúpida y desconsiderada. Te traerá una bandeja con tu cena.

La puerta se cerró tras ella dando un golpe brusco.

—Ursula, lo siento mucho —empezó a decir Perdita.

—¡Márchate! Solo márchate. Déjame sola —Ursula se dio la vuelta y enterró la cara en los cojines.

Alix encontró a Perdita una hora más tarde, sentada en el taburete del piano de la habitación de los niños, llorando desconsolada.

—Perdita, no llores. Ursula está disgustada, claro que sí, pero se sentirá bien cuando haya dormido. La abuela es vieja, no pretende... ¡Oh, Cristo!

Perdita señaló sin palabras la parte de arriba del piano. Alix se quedó mirando, incapaz de creer lo que veía: libros de música rasgados por la mitad, partituras hechas pedazos.

—Toda mi música... —dijo con la voz desinflada.

Alix observó las partituras rotas y arrugadas, apiñadas en las papeleras, tristes fragmentos desparramados por los suelos siempre pulidos.

—Oh, Perdy. Oh, no, ¿cómo ha podido...? —Estrechó a Perdita entre sus brazos, abrazando el cuerpo en tensión de su hermana.

Por encima de su hombro, sus ojos se cruzaron con los de Edwin. Se hallaba de pie en el umbral, oteando la sala con asombro.

—He oído lo de Ursula. Me lo ha contado Rokeby, me ha dicho que estabais aquí arriba. Los criados parecen conmocionados, piensan que hay un monstruo suelto. Lipp dice que es todo un cuento. ¿Qué está pasando realmente? —Miró la habitación horrorizado—. ¿Quién ha hecho esto?

—La abuela —contestó Alix.

—¿La abuela? No me lo puedo creer. ¿Por qué haría algo así? No es propio de ella, Lexy, es una locura.

Locura... y odio.

—Creo que no tenemos ni la menos idea de cómo es la abuela en realidad, ni de lo que es capaz de hacer.

—¿Piensas que está enferma? ¿Qué ha tenido un ataque? Lo que quiero decir es que si estás en lo cierto, ¿qué demonios puede haberle provocado este tipo de comportamiento?

—Odio. Puro y simple odio. Tenemos que sacar a Perdy de aquí. ¿Crees que Lidia...?

—Por supuesto. Tengo el coche ahí delante —vaciló—. Se lo diré a Rokeby, ¿no? Lo de este desastre de aquí arriba. Preferiría que ninguno de los demás criados...

¿Criados? ¿Qué importaban ahora los criados?

—Intenta encontrar al abuelo. Tiene que saber lo que ha pasado antes o después.

Alix observó el coche de Edwin salir a toda velocidad por el camino y girar la curva hasta las puertas. Se dio la vuelta para meterse dentro, después escuchó otro, con un motor más potente, que subía.

—Me he cruzado con Edwin, que iba a toda mecha —dijo Michael, saliendo del Bentley de Freddie—. ¿Era Perdita la que iba con él?

Alix se quedó mirándolo con la mente a kilómetros de distancia.

—Perdona, no te estaba prestando atención. ¿Has venido a tomar el té?

—Mal momento, ¿no? —Dijo Michael con perspicacia—. Había quedado en pasarme por aquí para charlar un rato con tu abuelo.

—Oh, ya veo. En ese caso —Alix seguía mirando el Bentley—, ¿has escondido a Freddie en el maletero o le has robado el coche?

—Freddie está pasando la tarde con sus tomos médicos.

—¿Estudiando? —preguntó Alix distraída por un momento.

—Señor, sí, estos médicos no paran nunca, ya sabes. Ortopedia implica cirugía, y eso supone un montón más de exámenes para su ingreso en el Colegio Real de Cirujanos. Así que le he preguntado si no le importaba que cogiera el Bentley y él me ha dicho que hiciera lo que quisiera, así que aquí estoy.

Alix intentó recomponerse un poco.

—Perdona, debe de parecer que no eres bienvenido. Las cosas están un poco tirantes ahora mismo.

—Tranquila, lo entiendo. ¿Me disculpo ante *sir* Henry y me largo? ¿O hay algo que pueda hacer para ayudar?

¿Podía confiar en él? ¿Debería decirle a un extraño lo que había ocurrido? Maldita sea, la abuela podía pensar lo que quisiera, lo que importaba era asegurarse de que Ursula estuviera bien. Michael no parecía el tipo de hombre hablador.

—A lo mejor puedes. Ursula ha sido atacada hoy, junto al lago. No, no busques un coche de policía, no hemos llamado a la policía. La abuela está decidida a taparlo todo. Pero yo creo que Ursula tendría que ver a un médico, y se me acaba de ocurrir...

Michael la interrumpió.

—Cuando dices atacada, ¿a qué te refieres?

—Un hombre la ha asaltado. Estaba sola, y bueno, habría podido ponerse aún más feo si no hubiera aparecido el americano que está con la mujer misteriosa en la granja Grindley. Le ha pegado, pero no la ha herido gravemente —se detuvo—. Se le ha hinchado un labio y podría tener otras contusiones. Por lo que ha dicho, no ha sido nada más que eso. No la han violado —añadió sin ambages—. Pero yo estaría mucho más tranquila si la viera un médico, eso es todo. Para asegurarnos de que no se ha roto nada y no necesita puntos.

—Así que te preguntabas si podríamos traer a Freddie. ¿Podemos hacerlo? Desde un punto de vista ético, si aquí hay un médico, ¿no debería ocuparse él?

Alix se mostró impaciente.

—No hay tiempo para escrúpulos, de verdad que no. Freddie me reconoció el tobillo, por el amor de Dios. No le voy a pedir que la opere, solo que me diga si debería recibir atención médica, se oponga o no la abuela.

—¿Lo sabe su padre?

—La abuela se encargará de eso. Dirá que Ursula ha tenido un accidente patinando o un cuento por el estilo. Su padre no va a preocuparse, ¿por qué debería hacerlo? No la aprecia demasiado.

—Ya me he dado cuenta.

—Por favor.

Michael, gracias a Dios, no tenía intención de discutir.

—De acuerdo, se encargará Freddie. ¿Voy a buscarlo?

—Ese es el problema. No puede venir aquí, la abuela no lo dejaría acercarse a ella. Mantiene a Ursula bajo vigilancia.

—¿Para qué? No pensará que el atacante podría intentarlo de nuevo, ¿no?

—Nada de eso, lo hace todo en nombre de la discreción.

—Me imagino que alguien de su generación querrá ser extremadamente cuidadoso con el buen nombre de la chica.

Mejor que pensara eso para ahorrarse más explicaciones de momento.

—La guardiana es Lipp, una persona realmente espantosa que trabaja como doncella de mi abuela.

—Pues va a costarnos conseguirlo en ese caso. ¿Qué sugieres?

Alix pensó un instante.

—Sería mucho mejor sacar a Ursula de Wyncrag. La abuela se ha enfadado con ella y no creo que Ursula se sienta cómoda aquí.

Alix casi podía leer los pensamientos de Michael. La curiosidad le empujaba a preguntarle qué estaba pasando; sus buenos modales le hacían contenerse.

—Tendré que pedirle al abuelo que llame a Lipp. Él pensará en algo. Después, yo puedo sacar a Ursula.

—Ursula es una invitada, ¿no se opondrá *sir* Henry a se vaya a ninguna otra parte?

—Creo que no podemos ocuparnos de ese tipo de sutilezas.

—A tus órdenes —dijo Michael, haciendo un ademán hacia el coche—. Entra dentro y rapta a Ursula. Yo iré a por Freddie y nos encontraremos en Lowfell —se metió en el coche—. Voy a por Cecy. Alguien de su familia debería estar con Ursula.

—Oh, sí, por favor, iba a llamarla por teléfono para que bajase a Lowfell. Si puedes buscarla, mucho mejor. Pero no la alarmes, y por el amor de Dios, sé discreto si hay alguien más con ella.

—Seré el tacto personificado.

Cuando Alix se dio la vuelta para meterse en la casa, sonrió. Le gustaba Michael, y presentía que podía —casi— ser lo suficientemente bueno para Cecy.

Capítulo 50

La casa de piedra de South Street constituía un auténtico santuario para Lidia, un lugar en el que podía relegar al fondo de su mente el horror del hombre que la había insultado en la calle. En comparación con lo que ocurría en el mundo oscuro que había dejado atrás, aquello era una nimiedad, aunque la hubiera perturbado tanto. Le había ayudado la abertura de miras que Tina traía consigo del Nuevo Mundo, así como su simpatía despreocupada y la furia e indignación de Edwin ante la naturaleza nada inglesa del incidente. Entre ambos habían disipado sus miedos a quedarse donde estaba y la habían convencido de no seguir sus primeros instintos y huir de vuelta al sur.

—La ciudad de Londres no es un buen lugar para vivir, chata. Es una ciudad vieja y triste en sus mejores momentos, y también es allí donde se pasean la mayoría de los camisas negras esos, según creo.

—¿Dónde vas a ir? —Le había preguntado Edwin, con bastante sensatez—. Podrías quedarte con tu hermana y tu cuñado, pero no tienen mucho sitio en la granja, eso me lo has dicho tú misma.

Tuvo que admitir que llevaban razón. Aquella pequeña ciudad junto al lago no era tan peligrosa como lo eran Berlín o Viena, ni ahora ni nunca. Poco después del ataque, el alto policía se acercó con su casco en la mano mientras se erguía de pie con la cara colorada y aspecto de estar incómodo en su salón. Expresó su preocupación, dijo que les habría soltado un par de cosas a los visitantes en caso de que no hubieran huido en medio de la noche, dejando sin pagar la cuenta de su alojamiento. No lo confesó, pero ella notó que él pensaba que le estaba bien empleado a la señora McKechnie por alojar en su casa visitas tan desagradables.

Ella y el policía procedían de mundos tan distintos que no parecía que hubiera puntos de contacto entre ellos. Con todo, ambos compartían el mismo sentido de afrenta provocado por el hecho de que un extraño transgrediera los límites de la buena conducta y pisoteara los derechos de los habitantes y visitantes tranquilos, fuera cual fuera su color de piel o su nacionalidad, en aquel lugar donde la vida era tan pacífica.

—Yo no aguanto a esos tipos fascistas, señorita, se lo digo como lo siento —le dijo mientras se detenía en el umbral saliendo ya—. Si vuelven a asomar

la nariz por aquí los detendré por perturbar la paz. O incluso por alteración del orden público.

Lidia pasaba mucho tiempo sola cuando Edwin se encontraba en Wyncrag. Estaba acostumbrada, en aquella otra vida de Viena, a vivir en una casa llena de familia, de visitas, de actividad.

Así que le encantó tener consigo a aquellas dos niñas tan requeteinglesas en la casa, y a Edwin, de nuevo furioso y sombrío, y con un aspecto no tan inglés después de todo, airado contra el atacante de la chica pelirroja. También parecía enfadado con su abuela. Eso no duraría. Lidia lo sabía todo sobre cómo funcionan las familias. Y allí estaba Ursula, hablando con el joven médico de la voz agradable y la sonrisa amable, decepcionado porque no hubiera ningún hueso roto en aquel caso.

—Necesito practicar —le decía a Ursula—. Una fractura decente y me habría puesto a tu servicio —mientras movía y giraba una muñeca con dedos amables, sus ojos buscaban otras señales de herida o traumatismo—. Te las apañarás. Tómate una aspirina cuando vayas a la cama. Eso te ayudará a aliviar los dolores de los moratones también —le miró las manos y les dio la vuelta para observar los nudillos—. Tú también has repartido algún buen golpe, así que probablemente no serás la única con cardenales.

Lidia había preparado las camas para Perdita y Ursula en una habitación del piso de arriba, bajo los aleros inclinados. Supuso que agradecerían dormir acompañadas, aunque parecía que se estaban conteniendo.

Alix habría podido contarle toda la historia, pero se sentía demasiado cansada para extenderse en explicaciones, y Lidia, con su aceptación práctica y calmada de las visitas, no las pidió. Además, por lo menos Perdita no estaba ya preocupada por Ursula; tenía otras cosas en la cabeza. Tan pronto como vio el clavicémbalo, olvidó todo lo demás. Pulsó algunas teclas, anunció que estaba desafinado, y le preguntó a Lidia qué música tenía que ella pudiera tocar.

—Posees un oído perfecto, algo muy útil para un músico —le dijo Lidia, y le enseñó cómo afinar las cuerdas y le trajo una caja de partituras.

Alix se preguntó por un momento si Perdita recordaría de nuevo sus partituras rotas y si aquello podría ensombrecer su placer ante el nuevo instrumento, pero no fue así en absoluto.

—Madre mía —exclamó Perdita—. Es tan difícil como un arpa, hay una niña en la escuela que toca el arpa, y está siempre toqueteando las cuerdas. No hay demasiada diferencia, total, nunca suena afinada —después se sentó para entrar en contacto con el extraño instrumento, se rio ante sus intentos de

usar el pedal de sordina, pero luego se maravilló porque Scarlatti sonaba muy muy diferente en un clavicémbalo.

Llamaron a la puerta. Lidia levantó la mirada, de repente muy atenta.

—Voy a ver quién es —dijo Edwin, y regresó a los pocos minutos con Michael y Cecy.

Cecy se hundió junto a Ursula.

—¿Estás bien?

Explicaciones. Miradas cargadas de significado por parte de Alix. Afirmaciones reconfortantes de Freddie. Palabras de sosiego de Michael.

—¿Puede alguien poner la mesa? —Pidió Lidia, mientras sacaba un mantel del cajón del pequeño aparador y lo extendía sobre la mesa redonda en la esquina de la habitación—. Me parece que cabremos todos.

Era una persona capaz de sosegar a su entorno, decidió Alix. A pesar de su elegancia y de su notable talento artístico según Edwin, Lidia se comportaba muy cómoda en su papel doméstico; hizo caso omiso de las protestas de Michael y Freddie que temían resultar pesados y que aseguraban que debían irse y dejar a los demás en paz, y se limitó a tenderles un capazo de cuchillos y tenedores con una de sus arrebatadoras sonrisas.

—Edwin puede llamar a la posada para comunicarles que cenáis fuera.

—Qué bien huele —dijo Freddie—. Todo un cambio con respecto al estofado. La señora Dixon es buena cocinera, pero estamos de estofado, pastel de carne y puré de patatas hasta las orejas.

—¿Y Wyncrag? —preguntó Alix. Estaba sentada en una mesa baja, observando el fuego con ojos soñolientos.

Edwin la azuzó con la parte roma de un sacacorchos.

—Eh, despierta, no nos dejes a todos haciendo el trabajo. Ayuda a Lidia en la cocina. No te preocupes por Wyncrag, le he dicho a Rokeby que ninguno cenará hoy en casa.

Alix sintió que las tensiones del día se desvanecían cuando se apretaron todos alrededor de la mesa para comer sopa de fruta caliente seguida de pollo —según Lidia— a la húngara.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así, Lidia? —le preguntó Michael, rebañando la *mousse* de chocolate que acababa de dejar encima de la mesa.

—Me enseñó mi madre. Nuestra cocinera era excelente, pero mi madre decía que si no sabías cocinar, siempre te la darían con queso en la cocina. Ahora creo que siempre es útil saber cocinar, aunque sea poco. Las cocineras desaparecen en tiempos de guerra.

—No menciones la guerra —dijo Perdita mientras comía una cucharada de *mousse*—. Todo el mundo habla de ella, y puede que nunca llegue a estallar.

—Ya está sucediendo en España —dijo Edwin.

—Una farsa de guerra —arguyo Freddie—. Una guerra civil. ¡Bah! No entiendo por qué la gente se marcha allí a pelear, cuando nosotros tenemos una guerra a la vuelta de la esquina.

—¿Puedo repetir, por favor, Lidia? —Preguntó Perdita—. Edwin, ¿te vas a casar con Lidia? Imagínate comer así todos los días.

—Es tentador —repuso Edwin—. Pero ella no me quiere.

Lidia se levantó de la mesa.

—Voy a hacer café.

Ursula bostezó con ganas, y Cecy le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, ya ha llegado la hora de que te vayas a la cama.

Había vuelto antes de que los otros terminaran el café.

—Se ha ido derecha a dormir, después de que le prometiera que buscaría el gorro y la bufanda de Rosalind y se los devolvería. Mañana iré al lago a ver dónde están.

—Y podrías buscar el trineo cuando estés allí —dijo Edwin mientras los acompañaba, a ella, a Michael y a Freddie, al piso de abajo.

Despedidas, el ruido de la puerta, voces en la calle que se lamentaban por el rigor del frío, risas cuando Cecy se encaramó en el regazo de Michael, el rugido del motor del Bentley al reverberar por las calles desiertas y brillantes y alejarse en la distancia.

Alix bajó con la intención de ayudar a Lidia a fregar, mientras Edwin se fumaba un puro y Perdita volvía al clavicémbalo.

—Yo friego y tú secas —propuso Alix—. Sabes dónde va todo —puso el tapón y llenó el fregadero de agua, añadió jabón y empezó con los vasos—. Lidia, ¿por qué no te quieres casar con Edwin? Está loco por ti, es evidente.

—¿Sí? Es posible, pero el amor y el matrimonio no siempre van unidos, digan lo que digan las canciones.

—¿No estás enamorada de él?

—Sí, en cierto sentido lo estoy. Demasiado como para casarme con él.

Alix frotó una marca de pintalabios del borde de una copa de vino.

—Ese es el típico comentario listillo que no entiendo.

—Eres su hermana, y tenéis mucha confianza, creo. Un gemelo es algo especial. ¿Quieres compartirlo?

—Lo que yo quiera no importa en este caso. Lo que quiero en realidad es que sea feliz, y no lo es. Ahora mismo, no.

Lidia secó un vaso, lo sostuvo frente a la luz y lo frotó una vez más antes de colocarlo en el aparador.

Alix sintió que vacilaba antes de volver a hablar.

—Hay un abismo entre nosotros, entre tú y yo, y entre la familia de Edwin y yo. Eres la hermana gemela de Edwin, y sois muy parecidos en muchos aspectos. Cuando estoy con él, olvido lo inglés que es, pero cuando le veo contigo, reparo en lo enormes que son las diferencias que nos separan. El amor está muy bien, pero hace falta algo más que amor para casarse.

—Bueno, no es un punto de vista muy romántico.

—No vivo en un mundo romántico. He aprendido el peligro que traen consigo los lazos amorosos y familiares. Rehenes *del destino*, creo que los llamáis en inglés. Sí, estoy enamorada de Edwin, aunque me he ido enamorando poco a poco y todavía me sorprende, porque después... porque pensaba que jamás volvería a amar a un hombre.

—Pero si lo quieres, eso es lo único que importa.

Al pronunciar esas palabras, Alix se dio cuenta de lo burdas que resultaban. No era más fantasiosa que Lidia. Sabía que enamorarse y ser felices por siempre jamás no solía corresponderse con la vida real.

—Arrastro muchos recuerdos, muchos malos recuerdos conmigo —prosiguió Lidia—. Eso por un lado. Por otro, cuando veo a Edwin en la casa familiar, en la enorme casa de su familia, rodeado de criados, de la plata, de toda la parafernalia que conlleva el dinero, pienso, ¿qué tengo yo que ver, una inmigrante judía de una familia intelectual vienesa, con un hombre así?

—Pero no somos ninguna familia aristocrática —protestó Alix—. Lo dices como si hablaras de un noble en su castillo, y no es así. Nuestro dinero es dinero nuevo, procede de la industria y los negocios, no de la tierra ni de los grandes matrimonios. Además, la abuela es de una familia académica, como la tuya. Su padre trabajaba como profesor en Cambridge.

Lidia empezó con los platos de la sopa.

—Ajá, tu abuela. Ahí hay un buen motivo por el que no debería casarme con Edwin. Tu abuela odia a los judíos. Se mostrará hostil a que su nieto traiga a casa a una novia judía. De hecho, tal cosa no va a suceder, pues no me dejará entrar en la casa, y si lo intento, expulsará a Edwin de su hogar y su familia. No puedo arrebatárselo a uno de sus seres queridos, después de saber que ya ha perdido dos hijos y una nieta.

—En realidad no le importamos ninguno. Desprecia a Trudie y yo la enojo la mayoría del tiempo; tolera a Edwin, pero no mantienen una relación estrecha. Ni siquiera con el tío Saul, aunque él vive siempre a su sombra, esperando que le lance una migaja de interés o afecto. Si yo fuera la tía Jane, detestaría el servilismo con que obedece a todo lo que dice la abuela.

Atacó un plato con el cepillo, provocando que Lidia la interrumpiera ante su vigoroso esfuerzo.

—Ten cuidado, romperás eso o le arrancarás la decoración.

—A veces pienso que a la abuela le falta un tornillo.

Lidia se detuvo antes de dejar un cuenco en su sitio.

—¿Le falta un tornillo?

—Que está un poco loca. No del todo cuerda. Lo que quiero decir es, bueno, mira cómo se ha tirado hoy a por Ursula, parece una locura. Sé que siempre ha sido un poco rara con los hombres y las cuestiones sexuales, con ese tipo de cosas, ¡pero comportarse así! Y lo que le ha hecho a Perdita es imperdonable. ¡Su propia nieta! Controla a Perdita con mano de hierro, como si estuviera siempre a punto de hacer algo horrible. No me sorprendería en absoluto que al final acabara haciendo algo espantoso solo porque es lo que se espera de ella.

—Lo hará —dijo Lidia con certeza—. No será tan espantoso a los ojos del mundo, y no tendrá nada que ver con hombres y sexo, pero tu abuela la odiará. Perdita es música, solo hay que escucharla para oír el talento que tiene, y al observarla y hablar con ella se repara inmediatamente en la seriedad y la dedicación con la que afronta su música. Será músico profesional si encuentra los medios para hacerlo, y eso será muy angustioso para tu familia.

—¿Tan prometedora es? Yo no sé nada de música.

—Necesitará buenos profesores, y pronto, porque hay que aprender joven. Tendría que estudiar en el extranjero, eso es lo mejor para el piano. El problema es que esa formación es cara y tiene que contar con el apoyo de su familia.

—Se oyeron pasos en las escaleras y Edwin entró en la cocina. Lidia lo ahuyentó del fregadero. —Aquí no hay sitio para ti.

—Pues me quedaré holgazaneando en la puerta y os observaré mientras trabajáis —dijo, y cumplió su palabra.

A Alix le dio un vuelco el corazón cuando vio la expresión de sus ojos, fijos en Lidia, y el brillo repentino en la mirada que ella le devolvió.

Alix cambió el agua y metió otra pila de platos en el jabón, la porcelana tintineó y rompió el silencio.

—Lidia dice que Perdita es un músico de verdad. Que debería ser profesional.

—¿Por qué no?

—Oh, Edwin, piensa en ello. ¿La abuela permitiría que Perdy ingresase en un conservatorio? ¿Cómo profesional? ¿Te lo imaginas? Ya has visto lo que le ha hecho a las partituras de Perdy.

—Eso ha sido un arrebato porque Ursula... De acuerdo, no me mires así. Sé que la abuela no está por la labor de permitirle estudiar música, pero podríamos intentar convencer al abuelo.

—Ayudará si puede hacerlo sin que la abuela se entere, pero es difícil que colabore mucho. No se va a poner de parte de Perdy, sabes que no. No si implica ir en contra de la abuela.

—¿Qué le ha hecho a las partituras? —preguntó Lidia—. ¿Qué partituras? Alix se lo contó. Lidia estaba horrorizada.

—Pues está loca de verdad. ¡Cómo ha podido hacer eso! ¡Cuánto odio! ¿Por qué? ¿Qué ha hecho Perdita para merecerse eso?

—Nada —repuso Edwin—, nada de nada, Satanás se la lleve. Perdonad el lenguaje, pero es que me hace hervir la sangre, de verdad os lo digo. Mira, Alix, tenemos que hacer algo por Perdita. No puede seguir así, vestida como un espantajo, atacada tanto si habla como si no, bajo constante sospecha por delitos indescriptibles. Va a crecer como una pervertida, no se trata solo de la música.

—Tú tienes dinero, ¿no, Edwin? Y tú también, ¿verdad, Alix?

—Sí.

—¿De vuestros padres?

—Lo tendremos en nuestro próximo cumpleaños. Está en fideicomiso.

—¿No es Perdita también hija de vuestros padres? ¿No hay dinero para ella?

Los gemelos se miraron.

—Suponemos que sí —repuso Edwin—. Es una de esas cosas que no se comentan. Tendrá su parte del dinero cuando cumpla veinticinco años, lo mismo que nosotros. El abuelo le paga el colegio y sus cosas, como hizo con nosotros, así que el capital y los ingresos se conservan. De hecho, para cuando sea mayor de edad, se hallará muy bien situada.

—¿No podría conseguir algo de su dinero ahora? Para pagar sus estudios. Para comprarse ropa, para ella, para ir a conciertos. También es importante

que escuche música.

—Podríamos pedírselo a los albaceas —dijo Edwin dubitativo.

—Olvídalo —repuso Alix. Metió los cuchillos y tenedores en el agua y, sin volver la cabeza, dijo—, los albaceas, Lidia, son el abogado de la familia de Manchester, abogados estadounidenses de los que no sabemos nada, y el tío Saul. El viejo Noakes, el abogado inglés, está totalmente controlado por la abuela, y en cuanto al tío Saul...

—Jamás contrariará los edictos de la abuela —concluyó Edwin por ella.

—Podríamos pagárselo nosotros. A mí me encantaría hacerlo.

—Y a mí, pero no es una cuestión de libras, chelines y peniques, Lexy, sabes que no. Es una cuestión de que Perdita sigue bajo control de la abuela y se tiene que quedar aquí los próximos seis años, y pasarán cuatro años más antes de que reciba su dinero.

—¡Seis años! ¡Diez años! *Du lieber Gott* —exclamó Lidia, cerró el cajón de los cubiertos con un golpe seco—. Seis años es demasiado. En seis años la destruirá.

Capítulo 51

—Están las dos dormidas —dijo Alix. Había entrado sigilosamente en su cuarto para ver cómo seguían Perdita y Ursula—. He dejado una luz encendida.

—Muy sensato —dijo Lidia—. Así no tendrán pesadillas.

—Bueno —dijo Edwin—. Ahora quiero la verdad de lo que ha pasado hoy.

Alix suspiró, metió los pies debajo de sus piernas y se recolocó el cojín de la espalda.

—Estate quieta, Lexy, y suéltalo —dijo Edwin.

—Ursula había quedado con alguien y se llevó más de lo que esperaba. Pero no quería ir y no fue *motu proprio*.

—¿Fue como intermediaria? —preguntó Edwin.

—Exactamente. Perdy no estaba dispuesta a chivarse, pero al final conseguí sacárselo casi todo. Ursula fue a ver a aquel hombre de parte de Rosalind; ella está resfriada y no podía asistir a la cita que tenían. Al parecer, la encantadora Rosalind ha estado chantajeando a Ursula: encontró una carta de Delia que le había llegado gracias a Nanny, y amenazó con contárselo a Peter si Ursula no hacía lo que le pedía. Me ha dado la sensación de que no es la primera vez que Rosalind obliga a Ursula a hacer el trabajo sucio y, evidentemente, no tiene intención de devolverle la carta a la niña.

—Esa Rosalind no es buena persona, me parece —dijo Lidia.

—A mí no me gustó nada desde el principio —repuso Edwin—. Qué pequeña rata... Así que allí fue Ursula, con su gorro y su bufanda, y supongo que el hombre la confundió con Rosalind.

—Sí. Al parecer se enfureció al descubrir que no era Rosalind, y entonces le dio un mensaje de vuelta para Rosalind, después la agarró y empezó a besarla. Ella, horrorizada, se apartó, sintió que era lo más repugnante que le había sucedido nunca. Entonces él se puso violento.

—Es indignante —dijo Edwin—. ¿Quién es ese hombre? Déjame que le ponga las manos encima, solo pido eso.

—Perdy dice que no tiene ni idea. No estoy segura de que diga la verdad, pero se cerró en banda, no pude sacarle nada más.

—¿Qué esta haciendo esa chica, esa Rosalind, con un hombre así? — Preguntó Lidia—. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete, creo —contestó Edwin—. Y no me sorprende que haya estado teniendo citas en los bosques con hombres desagradables.

Alix se puso en pie, bostezando con ganas.

—No tengo ganas de volver a Wyncrag, pero el abuelo estará preocupado por mí. Si la abuela me echa a la nieve, volveré a despertaros.

Edwin se levantó para cogerle el abrigo.

—Esto estaba dentro —dijo tendiéndole un sobre manila.

—Madre mía, ¿cómo puedo haberme olvidado de esto? —Dijo, y se detuvo para cogerle el sobre a Edwin—. Estaba dentro con otras cosas de mamá en una alacena del desván. He subido esta mañana a rescatarlo, pero entonces ha sonado el gong y se me ha ido de la cabeza, con todo lo de Ursula.

—Oh, Señor, no seguirás con lo de mamá, ¿no? Como si no tuviésemos ya suficiente en lo que pensar como para rebuscar en el pasado.

—Podría haber algunas fotos, y a lo mejor alguna pista de dónde estaban mamá e Isabel en Estados Unidos cuando tuvieron el accidente, y de dónde procedía la familia de mamá. Sigue siendo un misterio y no entiendo por qué tiene que serlo.

—Bueno, si piensas seguir rebuscando en anuarios, hazlo, pero de verdad creo que es mejor que lo dejes estar.

Lidia no estaba de acuerdo.

—Te equivocas, Edwin. Cuando quedan interrogantes abiertos, uno no descansa hasta que los resuelve. Alix tiene razón en querer saberlo.

—Gracias —dijo Alix, encantada de recibir aquel apoyo inesperado.

Edwin observó el documento más bien ajado.

—En ese caso, ábrelo. A ver qué hay dentro. Después puedes volver y mirarlo mejor mañana.

Alix desenrolló la cinta marrón que cerraba el sobre. Dentro había un montón de papeles, aparentemente desordenados, pero con aspecto de haber sido metidos cuidadosamente.

Un periódico doblado, amarillento, de formato más pequeño que los diarios ingleses, cayó al suelo. Edwin se agachó para recogerlo y lo desdobló. *El Peel Reporter*, dijo leyendo el nombre de la primera página.

—¿Peel? ¿Eso es un sitio?

—Eso parece. Hal puede que sepa donde está. También podemos buscarlo en el índice geográfico.

Notó que Alix no podía apartar los ojos de la foto de portada.

—Esa es mamá —gritó arrebatándole el periódico.

Edwin se inclinó por encima de su hombro y leyó el titular.

—«Trágica muerte en accidente automovilístico». Está todo ahí, Lexy, todo lo que querías saber. Dónde ocurrió, a las diez de la noche, poca visibilidad en una carretera con niebla.

—No dice nada de la bebida —dijo Alix repasando el texto.

—Eso no lo pondrían —añadió Edwin—. Por respeto a la familia.

Se oyó el sonido de una puerta abrirse, y una adormilada Perdita entró en la habitación, vestida con un pijama a rayas de Edwin.

—Hacéis mucho ruido —dijo—. ¿Qué estáis mirando todos? Parece que hayáis visto un fantasma —se acercó y miró el periódico—. ¿Esa no es una foto de mamá? Oh, mira, es sobre el accidente —empezó a leerlo—. Es curioso que no mencione a Isabel.

—Ahora que lo dices, es verdad —comentó Alix—. No me había dado cuenta.

—Probablemente no sabían que también estaba en el coche. Los periodistas lanzan la noticia en cuanto la reciben y no escuchan el resto de la historia, ya sabes cómo son —supuso Edwin.

—¿De dónde ha salido el periódico? —preguntó Perdita cuando terminó de leer el informe.

—Estaba metido en una alacena de los desvanes en Wyncrag —repuso Alix.

—Supongo que la familia americana mandó el periódico —dijo Perdita. Después volvió a coger el diario—. Aquí hay algo que está mal.

—¿El qué? —preguntó Alix.

—Mira la fecha.

—El veintinueve de agosto —dijo Edwin—. ¿Y?

—¿Agosto? —Espetó Alix—. Edwin, mamá no murió en agosto. Murió en septiembre. El cumpleaños de Perdita es el veintitrés de septiembre, y mamá murió unos cuantos días después.

—Era muy pronto para que condujera después de tener un bebé —observó Lidia.

—Qué raro —comentó Edwin.

—Debe de ser un error de imprenta —añadió Alix.

—Los periódicos no suelen cometer ese tipo de errores —repuso Edwin sin más—. El veintinueve de agosto es cuando salió a la calle. Lo que significa que mamá murió un mes antes de lo que pensábamos.

—¿Y Perdy?

Edwin y Alix intercambiaron miradas.

—Puede que hubiera una confusión con la fecha de nacimiento de Perdita —intervino Lidia rápidamente—. Eso puede ocurrir, sobre todo cuando el nacimiento tiene lugar en otro país. Eso le ocurrió a una prima mía que nació en Francia. Cuando registraron su fecha de nacimiento en Viena, le pusieron otro año. Los errores ocurren, y cuando una familia está en crisis tras una muerte es aún más probable que sucedan.

—Sí, eso será —dijo Edwin—. No te preocupes, Perdy. Vete a la cama y ya hablaremos mañana.

—Pero Isabel...

—Primera regla, no creas nada de lo que lees en los periódicos.

Perdita no escuchaba. Frunció el ceño y recogió el periódico mientras miraba fijamente la primera página.

—La hermana pequeña de Mungo en realidad es su sobrina —dijo.

Los otros se la quedaron mirando.

—Janet es su hermana mayor. Empezó a salir con un soldado raso justo antes de que acabara la guerra. No volvió nunca. No es que lo mataran en las trincheras ni nada de eso; Mungo me contó que ya estaba casado. Cuando Janet tuvo la niña, su madre fingió que era suya.

Silencio.

—Así que supongo que eso es lo que pasó cuando nací. Supongo que la abuela lo querría así. Probablemente deseara que viviéramos en la antigua Grecia, así me habría podido abandonar en una colina.

—¡Perdy!

—No pasa nada. No lo hizo, y aquí estoy, y soy huérfana, más o menos, de un modo u otro. En realidad no me importa demasiado.

Lidia se levantó.

—Te voy a hacer un chocolate, Perdita, a la manera vienesa, bien fuerte, delicioso, y dormirás como un tronco.

Entre enormes bostezos, Perdita se bebió el chocolate, volvió a dar las buenas noches y se metió otra vez en la cama.

—Fiuuu —resopló Edwin—. Alix, dame ese periódico. —Lo puso encima de la mesa y los dos lo estudiaron juntos—. Qué rabia que este sea el único periódico —dijo, mientras rebuscaba en el resto de papeles—. Seguro que hubo un seguimiento, una descripción del funeral, detalles de la familia de duelo, ese tipo de cosas. Esto es un periódico local, no ahorrarían detalles en una noticia como esta. Este artículo solo recogió los primeros datos cuando

saltó la noticia. Oh, demonios, Lexy, ojalá no hubieras encontrado esto nunca, te lo digo de corazón.

Capítulo 52

Alix se levantó temprano tras una noche inquieta, y decidió saltarse el desayuno. No tenía ganas de enfrentarse a la abuela, ni siquiera al abuelo o a la tía Trudie, pero había que hacerlo. Esperó hasta oír el sonido del motor del coche de Edwin subiendo por el camino, después bajó por las escaleras traseras, pendiente de que no la viera Lipp. Edwin metería el coche por los establos, así que caminó por el amplio pasaje de losas que conducía a la parte trasera de la casa.

Edwin parecía sombrío, pero abrazó a Alix.

—¿Dónde está la tía Trudie?

La encontraron en el secadero, encargándose de las flores antes de revisar los menús con la cocinera. Era todo absolutamente normal, la tía Trudie atendía a sus labores de la casa, sus firmes manos cortaban tallos y enroscaban alambres. Una pila de enramado de invierno estaba sobre la mesa de madera, las flores del jardín de invierno estaban dentro de cubos a sus pies. Hacía frío allí dentro, aunque una estufa en una esquina despedía humo denso. Los *setters* se encontraban junto a la estufa, encima de una vieja alfombra y saludaron con sus colas peludas a los gemelos que entraban.

—Hola, cariñitos —les saludó Trudie—. Estoy preparando flores frescas, nunca duran demasiado cuando está encendida la calefacción central todo el tiempo. No os esperaba tan pronto. ¿Cómo sigue Ursula? ¿Y Perdita?

Edwin apartó a un lado una pila de hojas rayadas y trozos de tallos, secó el agua con la manga y dejó el periódico delante de su tía.

—Deja de hacer eso un momento, tía Trudie. Necesitamos que te centres y nos prestes atención.

Trudie se quedó de piedra, con las tijeras de podar en una mano, y una rama de griñolera en la otra.

—Helena... —dijo sin poder articular palabra—. Madre mía.

—Léelo —le dijo apartándole la podadora de la mano.

Su mirada vagaba perdida por todos los rincones de la habitación, posándose en cualquier cosa excepto el periódico.

—Sé que es horrible verlo escrito... Vuestra pobre madre.

Edwin se mantuvo implacable.

—Olvida los detalles trágicos. Mira la fecha.

—Madre, madre mía.

Alix cogió una silla y logró que su tía se sentara en ella.

—Edwin, no hace falta que seas tan bruto.

—¿Yo? Yo no soy bruto, la brutalidad la ha cometido la gente que se inventó todas las patrañas con las que nos han estado tomando el pelo años y años.

Trudie se recompuso.

—Debe tratarse de un error. La fecha. Helena murió en septiembre. ¿O fue en octubre?

—Nos estás diciendo que murió después de que naciera Perdita, que fue el veintitrés de septiembre, ese es su cumpleaños, ¿no?

Trudie asintió. Estaba enrollándose un cordel alrededor de los dedos, con tanta fuerza que se le hincaba en la carne.

—Pues no cuela —dijo Edwin.

—¿Y si el periódico no está equivocado? —Preguntó Alix—. Si mamá murió en agosto y Perdita nació en septiembre, en ese caso, mamá no pudo ser la madre de Perdita. Perdy no es nuestra hermana, ¿verdad?

Trudie se miró las manos y el cordel, pero no dijo nada.

Edwin, haciendo caso omiso de las miradas de aviso de Alix, no estaba de humor para ser amable.

—Si lees el artículo, y no tienes que hacerlo porque ya te ahorro yo la molestia, verás que no se menciona a Isabel. Isabel no estaba con Helena en ese coche, admítelo, tía Trudie.

Trudie suspiró.

—No. No estaba.

—¿Y dónde estaba? ¿Dónde entra Perdita en la historia? Aunque eso nos lo podemos imaginar nosotros.

Alix hablaba con tono más dulce.

—Tía, no hagas caso de la crudeza de Edwin, pero necesitamos saberlo. Te das cuenta, ¿verdad?

—Tendrían que habérselo dicho hace años. A todos. Las mentiras engendran mentiras, y nada bueno sale de ellas, por bien intencionadas que sean. Corcho, este cordel...

Mientras se desenrollaba el hilo, oyeron pasos rápidos acercándose. Se dieron la vuelta y la puerta se abrió de golpe. Allí estaba Saul, impecable y con el ceño fruncido, seguido de su pálida e indiferente esposa. Jane se adelantó a su esposo.

—Venía a echarte una mano con las flores, Trudie, pero Saul oyó las voces y vino corriendo a salvarte. A lo mejor ha pensado que el atacante de Ursula se había metido en la cocina.

—No es un asunto como para tomárselo a la ligera —dijo Saul—. Alix, Edwin, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Qué le habéis dicho a Trudie para disgustarla? Está blanca como el papel. Qué desconsiderados podéis llegar a ser. Jane, llama a Rokeby, dile que traiga *brandy*.

—Gracias, Saul, pero lo último que necesito a esta hora de la mañana es *brandy*. ¿Dónde está mamá?

—En su cuarto. Afortunadamente. De no ser así, habría oído todo este jaleo y necesita estar tranquila tras la conmoción de ayer.

—¿La abuela necesita estar tranquila? —repuso Alix indignada—. ¿Por qué...?

—Cállate —dijo Edwin.

Saul vio el periódico.

—¿Qué es esto? ¿Pero qué es esto? —Se fijó en la fotografía y el titular, y su rostro se ensombreció—. ¿Qué significa esto? ¿De dónde has sacado ese periódico? Trudie, ¿es cosa tuya?

—Para, Saul. Fingirte indignado y resoplar no va a ayudar. Edwin y Alix encontraron el periódico, no me preguntes dónde, y me lo han traído para enseñármelo. Querían que respondiera a unas cuantas preguntas.

—No tienen derecho a preguntar nada. No es asunto suyo.

—¿Y de quién es el asunto, me lo puedes explicar? —preguntó Alix. Maldito tío Saul, por aparecer precisamente en el peor momento a meterse en medio. Apeló a la tía Jane—. ¿No te lo puedes llevar de aquí?

Jane encogió sus elegantes hombros.

—Déjalo que se desahogue. Irá corriendo a contárselo a Caroline de todos modos.

—Ni se te ocurra, tío Saul —amenazó Edwin—. Nadie le dirá nada a la abuela hasta que hayamos llegado al fondo de la cuestión. Y no finjas que no es asunto nuestro —golpeó con la palma de la mano la fotografía—. ¿De quién es este asunto, si no es nuestro? Esta es nuestra madre, ¡por el amor de Dios!

—Y la esposa de mi hermano —repuso Saul con rigidez.

—Oooh —Edwin se volvió hacia Trudie y se agachó junto a la silla, para ponerse a su nivel—. Por favor, tía Trudie, cuéntalo todo.

—Sí, por favor, tía Trudie —repitió Alix—. Ahora que sabemos esto, vamos a averiguar el resto de un modo u otro, sabes que lo haremos.

Trudie se sentó muy recta.

—Como estábamos diciendo cuando... yo creo... que os tendrían que haber contado la verdad. Hace mucho.

Saul se cernió sobre su hermana.

—Trudie, te prohíbo que digas nada más.

Trudie no hizo caso a su hermano y se dirigió a Edwin en un arrebató de coherencia.

—Helena no era la madre de Perdita, y Perdita no es vuestra hermana. Es vuestra sobrina. Su madre era Isabel.

Jane dejó escapar un largo silbido.

—¿De verdad que...? —Rodeó a Saul para mirarlo a la cara—. Tú lo has sabido durante todo este tiempo, ¿no es cierto? —Cogió el periódico y repasó la columna—. ¿Dónde estaba Isabel cuando Helena murió?

—En una clínica, esperando a que naciera la niña.

—Basta —Saul casi aullaba de los nervios—. Por el amor de Dios, ahórranos los detalles sórdidos, mamá se angustiara cuando sepa que se ha descubierto todo esto. Y precisamente en este momento.

Edwin, Alix, Trudie y Jane se quedaron mirándolo en silencio durante un largo instante. Saul hizo caso omiso.

—En su momento dije que había que enviar a la niña en adopción.

—¿Adopción? —exclamó Edwin furioso—. ¿Adopción? ¿Mi hermana en adopción?

—No es tu hermana, de eso se trata —repuso Saul con irritación—. Una sobrina, eso es todo. Una sobrina ilegítima. Sabía que la intención de Helena de pretender hacerse pasar por su madre no iba a funcionar. Sabía que antes o después saldría a la luz, y se armaría un escándalo.

—El escándalo es que lo hayáis callado tanto tiempo —dijo Edwin—. Y no me importa que Perdy sea mi hermana o mi sobrina; es de la familia y su lugar está en Wyncrag, como siempre.

—Nos lo tendríais que haber dicho —dijo Alix—. Y también a Perdita. Tiene derecho a saber quién es.

—De eso no estoy tan seguro, Alix —intervino Edwin.

—Mejor ser una huérfana respetable que una bastarda.

Saul dio un brinco.

—Trudie, modera tu lenguaje.

—Si de lo que estás hablando es de moralidad, ¿qué pasa con Mavis? Mejor que te calles la boca de una vez.

Los ojos de Jane se achinaron.

Alix se quedó impresionada al observar el efecto que aquello tuvo en Saul, quien se desinfló como un globo. Mavis... Vaya, ¿podría ser que...? No, seguro que no.

Jane le lanzó a Saul una mirada glacial. Se subió la rebeca por los hombros mientras jugueteaba con su collar de perlas.

—Sabemos qué le pasó a Perdita. ¿Qué pasó con Isabel?

—Murió —repuso Saul de manera brutal—. Dando a luz. Muy triste, pero fue lo mejor.

Los otros se quedaron mirándolo otra vez.

—¿Lo mejor? —repitió Jane.

—Pensad que solo tenía catorce años cuando, esto... cuando se metió en problemas. Debía de tener una mala disposición natural.

—Cállate la boca, Saul, ya has dicho suficiente —dijo Trudie—. Me avergüenzas. Santo cielo, como sí Jack no fuera bastante, también tenía que haber en la familia un tonto de nacimiento como tú.

—Es peor que un tonto —repuso Edwin cargado de desdén—. Decir eso de su propia sobrina, mi hermana, y sí, Isabel era mi hermana, aunque Perdita no lo sea. ¿Mejor que muriera? Cristo bendito, tío Saul, si el Gobierno al que sirves comparte tu sentido pervertido de la moralidad, que Dios ayude a este país.

—Su sentido de la moralidad lo comparte con su madre —comentó Jane casi con la más absoluta naturalidad—. Si queréis saber quién está detrás de toda esta farsa y encubrimiento, no busquéis más lejos. Podéis estar seguros de que vuestra abuela lo organizó todo. Y, en mi opinión, aún no habéis llegado al fondo. Si yo fuera vosotros, Edwin y Alix, empezaría a hacer más preguntas sobre vuestra hermana muerta.

Capítulo 53

Michael se encontraba esperando fuera de la oficina de correos cuando el furgón de correos se detuvo. Cecy salió junto con dos mujeres con sombreros de fieltro, que llevaban cestos en los brazos. El conductor le dio otro tirón al freno y bajó. Saludó a Michael con la cabeza y entró en la oficina para recoger la saca y tomarse una taza de té.

Michael, cansado y distraído, sintió que se le alegraba el corazón cuando se dirigió hasta Cecy.

—Hola —le dijo ella—. No esperaba encontrarte.

—Me he levantado temprano y he pensado en venir hasta aquí a por el periódico.

—¿Sueles madrugar? —Después, al verlo vacilar, se apresuró a disculparse—. Perdona, olvídalo. No quería entrometerme.

—No lo haces. Me gusta que te intereses por mi vida. La verdad es que normalmente me levanto a una hora razonable, ni demasiado temprano ni demasiado tarde, con tiempo suficiente para el aseo masculino habitual antes del desayuno. Solo que últimamente no duermo muy bien.

Salieron del pueblo y tomaron la carretera hacia la posada, caminando por el medio, donde el tráfico había vencido el hielo.

—¿Los estofados de la señora Dixon? La comida de anoche no puede tener la culpa, la cena de Lidia estaba buenísima.

—Mis digestiones son correctísimas. No se trata de la comida, sino de una especie de aflicción mental.

—¿Qué?

—No, no es que esté de manicomio. Solo tengo pesadillas.

—Ah, eso. Son horribles. ¿Algo te preocupa?

—Es una pesadilla recurrente. Empiezo a preguntarme si no será más que eso. A lo mejor un recuerdo de la infancia; olvidado de día, totalmente inalcanzable para el recuerdo consciente, de modo que regresa por las noches para acechar mis sueños. Lo tuve muchísimas veces cuando era pequeño, después no volvió durante años. ¿O puede que sea un modo de vislumbrar algo del futuro? Con todas esas teorías de que el tiempo no es lo que parece, supongo que es posible. Sea lo que sea, guarda relación con este lugar.

—¿Con el pueblo? ¿Habías estado aquí antes?

—Con el pueblo no. Con el lago... Sí, solíamos venir aquí de vacaciones cuando era niño. Desde que llegué, la pesadilla se ha repetido con virulencia. Prácticamente, cada noche.

¿Por qué le estaría contando aquello? ¿Se estaba convirtiendo en una especie de viejo marinero, obligado a contarle la historia de su sueño a cualquier conocido dispuesto a oírle?

—Las pesadillas pueden ser peores que los fantasmas —dijo Cecy—. Piensa en Hamlet: *Me consideraría rey del espacio infinito, si no fuera porque tengo malos sueños*. Alix siempre dice que Shakespeare era insomne, por eso hay tantas referencias al sueño perturbado en sus obras.

—No conozco mucho de Shakespeare, solo lo de la escuela.

—¿No te gusta el teatro?

Michael meditó la pregunta.

—Me gusta, pero no he tenido demasiado tiempo para ir desde que dejé la universidad. No estaba en el lugar adecuado o no tenía tiempo.

—Tendrías que ir más a menudo. Yo adoro el teatro. Y ver películas. Te sacan de tu propia rutina.

—Yo voy cuando tengo tiempo. Supongo que te parezco muy aburrido —añadió repentinamente irritado—. Trabajo y más trabajo, así es como me paso la vida.

Cecy se metió las manos en el abrigo.

—¿Hace más frío que antes?

Agradeció que no respondiera a su arrebato.

—No es posible.

—Tengo una teoría: el frío que da fuerzas y entusiasmo antes de Navidad abrumba al organismo para Fin de Año.

—¿Cómo se recupera uno?

—Cogiendo un tren a Londres. No, no te rías.

—Pensaba que las familias del lago solo os sentíais felices cerca del lago y las colinas.

—Yo también pensaba eso, solía decir que era nortea hasta la médula. No lo soy. Estoy mucho mejor en Londres, al menos eso es lo que he decidido. La gente allí es más o menos normal. Por lo menos lo son las personas que yo conozco. A diferencia de mis familiares. A diferencia de los Richardson.

Habían llegado a la posada. Michael la hizo pasar al zaguán.

—No tardo nada —le dijo, mientras subía por las escaleras de madera.

El señor Dixon salió para desearle buenos días.

—Me alegro de volverla a ver, señorita Cecy. ¿Cómo se encuentran el señor y la señora Roger? —preguntó minuciosamente por su familia, y después le dijo que disfrutara del patinaje mientras pudiera—. Pues huelo viento y un cambio de tiempo. Hay nieve en el ambiente.

—¿Cómo puede decir eso si el cielo es de un azul brillante y la temperatura está muy por debajo de cero?

—No será hoy ni mañana, pero espere unos días y verá como tengo razón.

Michael y Cecy bajaron por el embarcadero de la posada, que apenas estaba unos treinta centímetros por encima del lago. Cecy se sentó con las piernas a un lado, metió primero un pie y después el otro, para abrocharse los patines. Después se apoyó en el hielo y se deslizó. Michael la siguió con más cautela.

—No me ayudas haciendo piruetas en todas direcciones. Digamos que no soy un gran patinador.

—Iremos juntos y patinaremos arriba y abajo como dos holandeses por un canal.

—Supongo que has patinado todos los años desde que sabes caminar.

—La mayoría de los años, especialmente cuando era pequeña. Todos patinábamos. Isabel, la hermana mayor de Alix era la mejor de todos, sabía hacer de todo sobre el hielo. Era buenísima en un montón de cosas. Cabalgaba fantásticamente bien y hacía unas imitaciones estupendas, además de disparar de manera increíble. A los Richardson no les gusta mucho salir de caza, *sir* Henry prefiere la pesca, así que Isabel venía con nosotros a cazar. Nuestro guardabosques decía que era mejor con una escopeta que ninguno de los Grindley —dibujó sin esfuerzo un ocho en un pedazo de hielo virgen—. Pobre Isabel.

—¿Era buena amiga tuya?

—Era unos cuantos años mayor que yo, así que no —se dio una sacudida y se tambaleó al pasar por un surco en el hielo—. No hablemos del pasado.

—¿La isla pertenece a alguien? —preguntó Michael cuando Cecy empezó a girar para darle la vuelta.

—A *sir* Henry.

—De ahí el embarcadero. Vamos a aprovecharnos de él y a sentarnos para fumar un cigarrito en compañía.

—Nos vamos a helar —le avisó Cecy—. Nos encontrarán como dos pedazos de hielo abandonados.

—No en el tiempo en que tardamos en fumarnos un cigarrillo, estoy convencido.

—Lo he dejado.

—No al aire libre, sobre todo ahora que no tenemos a la vista a un posible paciente o médico jefe. Permíteme.

Antes de que pudiera protestar, le puso las manos en la cintura y la subió al embarcadero, más alto que el de la posada. Después él subió de un salto para sentarse a su lado. Sacó una pitillera, se palpó los bolsillos en busca de una caja de cerillas y encendió los cigarrillos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Estás preocupada por Ursula?

—No. Es otra cosa.

—No me lo cuentes si no quieres.

—Me gustaría hacerlo. No eres chismoso, y no creo que te interese lo suficiente como para divulgarlo.

Se quedó callado. No le gustaba que le confesaran secretos, pero se percató de que algo preocupaba a Cecy y le emocionó enormemente que confiara en él.

—En mi trabajo, ya sabes, tenemos que mantener la boca cerrada.

Le sonrió.

—Estoy segura. Bueno, es más un asunto de familia que un secreto de estado. Alix me ha llamado esta mañana. Cuando nos marchamos ayer, ella y Edwin empezaron a revisar algunos viejos papeles, no me preguntes por qué, y descubrieron algo sobre la muerte de su madre.

—Murió en Estados Unidos, ¿no? Hace bastante, en un accidente de coche, con su hija. Justo después de tener a Perdita.

—De eso se trata. Resulta que Helena Richardson murió antes de que naciera la niña. Ese bebé era hija de Isabel, no hija suya.

Michael pensó en ello mientras daba una calada.

—Así que Isabel era la madre real, pero se decidió que Helena debía ser la oficial.

—Resumido, sería más o menos así.

—¿Cuántos años tenía Isabel?

—Catorce. Catorce cuando tuvo a Perdita. Acababa de cumplir los catorce nueve meses antes, cuando Perdita fue concebida. Debió de ser en esta época del año.

Michael dejó escapar un silbido.

—¡Catorce! Madre mía. ¿Quién era el padre?

—Dios sabe —miró las cumbres—. Los páramos parecen cernirse sobre nosotros. Como sí estuvieran más cerca y se nos vinieran encima. Amenazantes.

Michael saltó del embarcadero y se irguió sobre los patines, apoyándose con un brazo en la madera. Aún sostenía el cigarrillo entre los dedos.

—Vamos —dijo—. Iremos a buscar ese gorro y esa bufanda. Y un trineo, ¿no?

Cecy se dejó caer para unirse a él.

—No, Alix me ha dicho que Sanders ha ido a recogerlo.

—¿Dónde está ese sitio?

—No muy lejos. Daremos la vuelta a ese pequeño promontorio y después veremos el cobertizo. ¿No has estado en esa parte del lago antes?

—No, solemos ir al otro lado, donde brilla el sol. Esta parte se encuentra casi siempre a oscuras.

Ahora patinaban por la sombra que proyectaban las montañas adyacentes.

—Ahí está el cobertizo —gritó Cecy, y salió disparada hacia delante—, vamos.

Michael no fue. De hecho dio un frenazo tan brusco que le faltó poco para caer de bruces sobre el hielo.

Cecy no miró hacia atrás y siguió acelerando, redujo después y frenó con maestría en la explanada de guijarros. Se dio la vuelta, entre risas, y vio a Michael detenido sobre el hielo.

—Michael, date prisa —entonces reparó en su seria expresión, que también a ella le borró su sonrisa de la cara—. ¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

Capítulo 54

Daphne acorraló a Hal poco después del desayuno.

—Esta mañana iremos a Wyncrag a ver a Henry.

Hal recelaba; ¿qué tramaba su tía?

—Me encantará ir contigo. ¿Algún motivo especial para nuestra visita?

—Quiero sonsacar a Henry. Apuesto a que sabe un par de cosillas sobre el negocio Grindley, y bastante más sobre qué están comprando los alemanes estos días y para qué. No sé por qué no se me ha ocurrido antes.

Hal no creía que su padrino pudiera arrojar mucha más luz sobre la venta propuesta. Él consideraba que aquella conexión alemana era una idea descabellada. En cualquier caso, si Daphne estaba convencida de que el Reich se beneficiaría de la adquisición de una fábrica de porcelana, nada que él dijera la convencería de lo contrario. Ella no accedería a la venta; él podía hacerlo o no. Empezaba a aburrirle, casi tanto como sus hermanos. Pensaba que acabaría vendiéndoles las acciones; así por lo menos dejarían de incordiarle.

—Le he dicho a mi chofer que traiga mi coche en media hora.

—¿Sabe *sir* Henry que vamos?

—Lo sabe. Por lo menos le he dejado un mensaje a Rokeby y, a diferencia del personal de esta casa, él es capaz de transmitirlo.

El Rolls morado aparcó enfrente de Wyncrag y el chofer con librea morada salió de su puesto en un periquete para dar la vuelta y abrir la portezuela de los pasajeros para una Daphne morada.

Hal la siguió y le hizo un guiño al chofer, que se lo devolvió.

Rokeby los esperaba dispuesto a recibirlos.

—Buenos días, señora Wolf. Buenos días, señor Hal. La señorita Alix querría hablar un momento con usted antes de que pase a ver a *sir* Henry, señor Hal, si tiene la amabilidad. Está en la nueva sala de mañanas, en la tercera puerta a su izquierda, señor.

—Estoy contigo en un minuto, Daphne —le dijo—. Ve tú primero y pon a *sir* Henry en situación.

—De acuerdo, pero que Alix no te entretenga. Deseo que oigas lo que Henry tenga que decir; luego no quiero oírte decir que no lo has entendido o

que él no ha apreciado las sutilezas.

Hal se retiró hasta la nueva sala de mañanas, caracterizada por ser el doble de grande que la antigua sala de mañanas y por el hecho de que la abuela de Alix había colocado allí todos los muebles que su marido había comprado en una visita a la China, y que había empapelado e iluminado a la manera china, para rematar. Era impresionante, pero Hal, tras quedarse sin aliento al admirar la habitación en toda su gloria, no prestó atención alguna a la decoración.

Alix estaba sentada en el borde de un sillón tapizado con dragones rojos de seda. Fumaba un cigarrillo como si su vida dependiera de ello, con el ceño fruncido. Al ver a Hal, su expresión se suavizó.

Él entró en la sala y cerró la puerta.

—¿Pasa algo?

—Así que ya ves —concluyó Alix—, eso explica lo que ocurrió en 1921, por qué mamá se marchó con Isabel y todo lo demás.

«Ni de lejos, desde luego que no», pensó Hal.

—¿Qué ocurrió con Isabel? ¿Qué le pasó?

—El tío Saul, que ha sabido todo el tiempo que Perdy era hija de Isabel, dice que murió en el parto.

—¿Le crees?

—Es posible. Probable, incluso, porque era muy joven, y debía de estar en un estado lamentable, con la muerte de mamá, además del miedo a tener un niño. No puedo soportar pensarlo.

La opinión personal de Hal se resumía en que si Saul decía que era martes, él miraría el calendario para comprobarlo.

—¿Sabe *lady* Richardson que lo habéis averiguado? ¿Crees que fue idea suya que Helena fingiera que la niña era su hija y se llevara a Isabel de aquel modo?

Alix se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No es raro que una abuela se haga pasar por la madre, para evitar el escándalo, para guardar las apariencias. No me extraña que la abuela haya sido siempre tan horrible con Perdita, desprecia a los bastardos, como ella los llama con su habitual dulzura. Si lo que dices es cierto, mamá habría querido proteger a Isabel y el buen nombre de la familia. Debía de considerar que la ilegitimidad era un estigma, ¿no?

—Sí. Y a los trece años, Isabel no podía casarse.

—Claro que no.

—¿Alguna idea de quién es el padre de Perdita?

—Ninguna en absoluto. Le hemos dado muchas vueltas, pero nada, ni idea. Tiene que tratarse de alguien de por aquí. Supongo que su romance debió de descubrirse aquella Navidad y por eso se sucedieron aquel alboroto y aquellas escenas una tras otra. Pobre Isabel, debió de ser horrible para ella.

Hal había echado cuentas.

—Si Perdita nació en septiembre, nadie podía saber que Isabel estaba embarazada en diciembre o enero. Me pregunto por qué la encerrarían y fingirían su enfermedad.

—Para castigarla por haberla encontrado con un hombre —repuso Alix con tristeza—. La abuela probablemente la tuvo a pan y agua de pura rabia. Pero mamá no parecía enfadada con Isabel. Se le notaba mucho cuando estaba enojada con alguien. Estaba enfadada con la abuela, bueno, eso no era nada raro, y empezó a tener peleas con papá, cosa que antes no había sucedido nunca. A Edwin y a mí nos echaban continuamente, nos mandaban a patinar al lago, o nos obligaban a quedarnos en la habitación de los niños a leer o hacer deberes; nos sentó muy mal, nunca habíamos tenido que hacer tareas en Navidad.

—¿Sabe Perdita todo esto?

—En teoría no, pero no me extrañaría que lo hubiera deducido ya. Puede que hayas reparado en que Perdita es una chica muy lúcida. Se toma las cosas con una calma de la que yo carecía a su edad. Para ella, los hechos no son más que hechos, y por eso mismo no hay motivo para ponerse sentimental. Reserva todos sus sentimientos para su música y su caballo.

Hal pensó que si viviera con los Richardson habría aprendido a no dejarse llevar por las emociones.

—Francamente, tu familia me aterroriza.

—¿Yo también?

—Tú también. Has perseguido todo esto como un hurón dentro de una madriguera de conejos, y mira lo que ha salido. Además, tampoco me parece que todo quede aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Una educación clásica nos llevaría directamente a la caja de Pandora, la caja de las tempestades y un sinfín de riñas familiares como las que tuvieron lugar entre los amigos y familia de Atreo, lo mismo que pasó con Penteo, por no mencionar a Medea.

—De verdad, Hal, ¿crees que los Richardson servimos bebés dentro de pasteles y matamos a nuestros niños por venganza, o que sufrimos una

especie de locura divina?

—Si te soy franco, Perdita, huele un poco a pastel de bebé.

Capítulo 55

Daphne estaba en pleno discurso cuando Hal entró en el estudio de *sir* Henry, y su padrino escuchaba atentamente lo que le estaba diciendo. Le indicó a Hal que se sentara con un gesto de la mano. Escuchó algo más y después la interrumpió.

—Ya, ya, Daphne, no hace falta que entres en detalles. Lo sé todo de Palfrey, fui yo el que aconsejó a tu hermano que comprara la compañía. No veo dónde reside el problema. Es porcelana, la porcelana no tiene nada de especial.

—Henry, acabas con mi paciencia. Aquí está el país vendiendo...

Volvieron a interrumpirla, esta vez Rokeby.

—Perdone, señora Wolf. *Sir* Henry, el señor Wrexham está aquí para verle. Dice que lo espera.

—Dígale que... No, pídale que entre. Daphne, deja de mirarme así. Michael es un joven muy sensato, y trabaja en la industria aeronáutica, algo sabrá sobre qué buscan realmente los alemanes. Hace solo unos días mantuvimos una charla sobre los extranjeros que compran compañías inglesas para sus propios fines. Veamos qué tiene que decir.

Momentáneamente frustrada, Daphne la emprendió con Hal.

—Y tú no te limites a quedarte ahí sentado y fingir que no tiene nada que ver contigo. Ya va siendo hora de que desarrolles algún sentido de la responsabilidad moral.

«No se la llevarán los demonios», pensó Hal. Palfrey era una fábrica de porcelana, caramba, no una empresa de casquillos, ni de pistolas, ni de piezas para tanques. Entonces recordó repentinamente una historia publicada en la prensa que causó mucha diversión en su círculo, sobre un trabajador de una fábrica de carretillas del Ruhr que había robado las piezas para montar una carretilla en su casa y usarla allí, hasta acabar descubriendo que, al unir todas las piezas, lo que obtenía era una ametralladora. A lo mejor las teorías de Daphne no eran tan ridículas, después de todo.

Michael escuchó atentamente lo que *sir* Henry tenía que decir, pensó un momento y después habló.

—Los alemanes están ahora comprando en el mercado todo lo que podría resultarles útil. Podría decirse que quieren bienes de consumo, que una fábrica de porcelana no es nada más que un signo de un deseo de paz y prosperidad. Yo diría que eso sería un razonamiento equivocado. Tienen un numeroso grupo de hombres en la oficina de patentes al tanto de lo que podrían pescar, eso lo sé de buena tinta. Es como cuando dicen que compran motores de aviones para construir una flota civil. Es todo mentira. Tengo colegas que han decidido ir a ver qué pasaba y echar un vistazo, y cuentan una historia totalmente distinta. Porcelana. Déjenme pensar.

Miró el techo, y Daphne, acallada por su vehemencia, lo observó con ojos aprobadores.

—La porcelana es un aislante de primera clase —dijo Michael de repente—. Se usa en las instalaciones telegráficas, seguro que lo han visto, en los postes, junto a los cables.

Sir Henry se puso inmediatamente alerta.

—Palfrey fabrica esas piezas.

—¿Las fabrica? Pues ahí lo tiene. Mucha gente que conozco dice que las comunicaciones harán ganar la próxima guerra. Los aparatos de radio, de código y todo eso. A mí me parece que una fábrica que produce aislantes de porcelana de varios tipos y tamaños...

Daphne se sentía triunfante.

—Lo sabía. Hal, tenemos que acusar a Peter de esto.

—¿Tenemos? —preguntó Hal—. Mira, Daphne, ¿por qué no te vendo mi parte de las acciones? Así tendrás el sesenta por ciento, y no podrán hacer nada.

—Hal, eres un cobarde. Quieres escabullirte. En lugar de plantar cara a Roger y a Peter y decir que no vas a votar con ellos pretendes que cargue yo con todo.

—Es una solución simple y fácil.

—No te mojas, Hal, y no soporto a los hombres que no se mojan —dijo Daphne enojada—. ¿Debería gastar mi dinero solo porque tú no quieres cumplir con tu deber?

¿Deber? ¿Qué tenía el deber que ver con aquello?

—Te regalo las acciones, Daphne.

—Te levantarás y votarás conmigo, Hal, eso es lo que vas a hacer.

Oh, ojalá estuviese en Londres, se dijo Hal a sí mismo. La vida familiar, la suya propia y la complicada variedad de los Richardson convertía el más enrevesado folletín en la misma esencia de la simplicidad. *Edipo Rey*... Hacía

tiempo que no se representaba el *Edipo* en Nueva York; a lo mejor podía iniciar una temporada de tragedias griegas.

—Hal, no me estás escuchando.

—Sí te escucho, Daphne, no me pierdo ni una de tus palabras, te lo puedo asegurar.

Edwin, aún enfadado tras su encuentro con tío Saul, estaba en el recibidor a punto de ponerse el abrigo, cuando oyó llegar a alguien. Rokeby apareció de repente para abrir la puerta principal e hizo una reverencia formal a Lucy Lambert.

—Cielo santo, Lucy, ¿qué haces aquí?

Lucy se quitó las pieles y besó a su primo en ambas mejillas.

—Hola, Edwin. Tenía que venir. Había pensado en llamar por teléfono, pero me he metido en el coche y me he acercado.

—Nos encanta tenerte aquí siempre, Lucy, pero no podías haber elegido peor momento.

—Querido, lo que he venido a deciros va a complicarlo todo aún más, sea lo que sea lo que está pasando aquí —se volvió hacia el mayordomo—. Rokeby, no anuncie mi llegada a *lady* Richardson.

—Muy bien, señora.

—Aunque estoy convencida de que esa horrenda doncella suya andará fisgando por ahí y verá mi coche.

—En realidad —dijo Edwin, a la vez que conducía a Lucy en dirección a la sala de estar en busca de algo de intimidad—, creo que la abuela y Lipp se encuentran encerradas arriba, cocinando lo que Lipp llama una tisana y cualquier otro reconocería inmediatamente como una poción de brujas. ¿Quieres ver al abuelo? Está dentro con Daphne Wolf y Hal Grindley, además de con otra visita que no creo que conozcas.

—¿Daphne? ¿Daphne está en Inglaterra? ¿En invierno? Edwin, me tomas el pelo.

—Palabra de escocés.

—Y Hal también, el divino Hal, todo Londres habla de él.

Edwin se estaba preguntando por qué la gente de Londres hablaría de Hal, cuando el siguiente comentario lo sobresaltó y le hizo fijar de nuevo su atención en Lucy.

—Tengo malas noticias, y creo que debo contártelas a ti primero. Tú sabrás cómo transmitírselas mejor a Henry.

—Suéltalo, Lucy.

—Antes tienes que jurarme que Rollo no va a saber nunca que he estado aquí. Se pondría furioso, el honor del regimiento y todo eso.

—¿El honor del regimiento? —Edwin estaba desconcertado. El marido de Lucy era soldado profesional, coronel con todos los honores, vivía para su regimiento y el ejército.

—Sí. Esta noche saldrá en todos los periódicos de Londres, dice, y en primera página de toda la prensa nacional mañana por la mañana. No sabe cómo se han enterado los periodistas, pero siempre parecen conseguirlo, ¿verdad? Rollo lo sabe desde hace dos o tres días, desde que un hombre del servicio secreto fue a visitarlo, y les hicieron sacar todos los informes. Rollo se encuentra consternado, no sabía que hubiera sucedido nada de eso. No iba a decírmelo, dado que concernía a mi familia, quería protegerme, dijo, el muy tonto. Solo que ya que va a salir en los periódicos, pensó que era mejor para mí que conociese toda la historia en lugar de leer una versión tergiversada en la prensa.

—Lucy, ¿de qué estás hablando?

—Te lo diré ahora mismo, y después decidiremos qué hacer con Henry.

Capítulo 56

Esa noche, el sueño de Michael siguió implacable hasta el final.

De nuevo, oyó los gritos. Pero esta vez se acercó más al lugar de donde venían los sonidos, llevado por una curiosidad capaz de vencer su propio miedo. Los gritos le resultaban extraños, poco familiares y amenazadores, pero en ese momento, una visión aún más extraña se presentó ante sus ojos.

El chico creyó ver dos personas en el suelo. Parecían ser un hombre y una mujer peleando.

El adulto que soñaba entendió enseguida qué estaba ocurriendo.

No era un episodio de sexo romántico. El hombre actuaba con brutalidad, la mujer se mostraba frenética y asustada. El chico, y el hombre que volvió a convertirse en chico en su pesadilla, se quedó otra vez paralizado. Con un miedo distinto, no se trataba del miedo hacia una bestia mitológica ni hacia un jabalí, sino del miedo hacia aquel tipo que se inclinaba de manera tan horrenda sobre la figura tumbada boca arriba.

La cara del hombre estaba en sombras, no podía discernir ni los rasgos ni el color. Después se levantó y habló bruscamente a la chica, pues ahora veía que no era más que una niña.

—Levántate.

No dijo nada, solo se dio media vuelta, se escondió la cara bajo el brazo, le temblaba todo el cuerpo.

—Pues quédate ahí, zorrita estúpida, vas a morir, ya lo sabes. No me importa un comino.

La voz sonaba espeluznante, y pertenecía a un supuesto caballero. Aquel hombre brutal no era un bruto de los bosques, ni un marginado, ni un vagabundo que caía sobre una presa desprevenida. Aquel hombre debía de haber ido al mismo tipo de escuela a la que iba él y procedía de un hogar civilizado, de un lugar en el mundo.

—Solo que entonces —siguió aquel hombre—, se armaría un tremendo escándalo. Una chica muerta en los bosques. Daría lugar a demasiadas preguntas impertinentes de nuestra estúpida policía británica.

La raíz en la que Michael estaba de pie cedió de repente, y él cayó hacia un lado. Se agarró a una rama para evitar caerse. En un momento el hombre

se puso alerta, con la cabeza alta, los ojos escrutando los árboles alrededor del claro.

Michael se quedó helado, no movió ni un párpado.

No funcionó. Unos ojos duros y brillantes se posaron en su matojo de maleza, y después lo miraron a los suyos propios, lo congeló con la mirada.

—¿Tenemos un espía? —Se acercó el hombre—. Un joven mirón, qué mala suerte. Para mí y para ti, seas quien seas.

Michael esperó, como un animal deslumbrado por los faros de un coche, a que su destino le cayera encima. Después, otra voz sonó entre los bosques: era una voz aguda y cargada de urgencia.

—¿Quién está ahí? ¿Quién anda ahí?

El hombre blasfemó, se dio la vuelta, y salió corriendo por el claro para zambullirse entre los árboles al otro lado.

Liberado de aquel instante hipnótico, Michael salió corriendo de su escondite hasta la niña, que ahora solo era una sombra en un claro de nuevo oscuro.

—¿Estás herida? ¿Puedo ayudarte?

En ese momento lo agarraron por el cuello y lo tiraron al suelo. Un demonio de mujer se le vino encima y empezó a pegarle patadas en los costados, profiriendo una cascada de insultos.

Intentó hacerse a un lado para escapar de los golpes, pero ella lo volvió a agarrar.

—¿Qué le has hecho, monstruo? Animal, vas a pagar por esto.

Entonces oyó a otra mujer hablar con una voz distinta, más suave, más amable.

—Déjalo en paz, madre, ¿no ves que solo es un niño? Esto no lo ha hecho ningún niño. ¡Harías mejor en envolver a este crío con una manta y meterlo en casa en la cama antes de que coja una pulmonía!

Desde la distancia llegó el sonido de una motocicleta que aceleraba y después, el rugido de un motor que cogía velocidad.

—Ha sido él —dijo la chica del suelo, entre las lágrimas que ahora corrían a mares—. No el chico, sino él.

—No digas eso. No ha sido él, estás mintiendo, mintiendo. Te digo que mientes.

—No está mintiendo —dijo la mujer más amable, que se había quitado el abrigo y ahora rodeaba a la chica temblorosa con él.

—Miente —insistió la mujer seca.

—¿Te ha pegado? —le preguntó la mujer amable—. Te llevaremos al coche, no está lejos. No te preocupes, nos encargaremos de que pague por lo que ha hecho.

—¿Que pague el qué? —Dijo la mujer endemoniada—. ¿De qué estás hablando? No va a hacer nada que no sea mantener la boca cerrada, si sabe lo que le conviene —sus ojos se posaron sobre Michael, que se mordía el dorso de la mano para no llorar—. ¿Qué vamos a hacer con este?

—Descubrir dónde vive y llevarlo a casa en cuanto nos hayamos encargado de ella.

—¿Sabes quién soy?

Claro que no lo sabía. No conocía a ninguna mujer loca ni a ninguna bruja, que era lo que aquellas mujeres debían de ser.

—¿Y bien?

—No —susurró.

—Mejor para ti. ¿Quién eres? —No esperó respuesta y prosiguió—. Algún paleta que cazaba furtivamente, supongo. Escúchame. Ni una palabra de lo que has visto u oído esta noche a nadie, y quiero decir a nadie. Ni a tus padres, ni hermanos, ni hermanas ni a tu mejor amigo. ¿Me oyes? Ni esta noche ni nunca.

Dado que parecía esperar una respuesta, asintió.

—Si lo haces, me enteraré, y será mucho peor para ti. Ahora, ¡largo de aquí!

Retrocedió, con los ojos como platos, con el corazón desbocado.

—Por el amor de Dios —dijo la otra mujer—, ¿tienes que asustarlo más de lo que ya está? No puedes mantener algo así en secreto. Es un crimen, admítelo. Él es un testigo.

—Será un testigo por encima de mi cadáver; y del suyo, si es necesario. Esto es un asunto completamente familiar.

Por fin logró mover sus piernas y huyó de allí.

Michael se despertó del sueño empapado en sudor frío, aún aterrorizado y con el corazón desbocado. Se sentía mareado. Salió a trompicones de la cama, fuera de la habitación, cruzó el pasillo hasta el baño.

Se abrió una puerta, oyó pasos y después Freddie le sostenía los hombros mientras vomitaba miserablemente.

—Está bien —dijo—. Venga, a la cama.

Le alisó las sábanas, le buscó un pijama limpio en un cajón, le ayudó a ponérselo y lo metió otra vez en la cama. Michael se quedó allí, helado de frío, con los dientes castañeteando.

La señora Dixon estaba en la puerta, envuelta en un batín de franela roja, con expresión preocupada.

—Se encuentra enfermo, pobre hombre. ¿Voy a por una botella de agua caliente?

Con unas mantas más de la habitación de Freddie y la botella de agua caliente de arcilla esmaltada, Michael recuperó gradualmente el color de la cara.

—¿Es algo que has comido? —le preguntó Freddie.

—No, no estoy enfermo. Ha sido la pesadilla. No podía despertarme.

Freddie le dio tres aspirinas, que se tomó con una taza de leche que la señora Dixon le había calentado.

—Gracias, Freddie. Ahora estaré bien. Deja la luz encendida, eso es un amigo. No creo que vuelva a dormir.

Cecy llegó temprano con los patines colgados de una mano y unos prismáticos en la otra.

—Nos vamos a ver pájaros —le dijo a Freddie—. Pero si Michael no se encuentra bien, mejor lo dejamos.

—Estoy perfectamente —dijo Michael mientras bajaba por las escaleras, agachándose para evitar la viga sobre la puerta al entrar en la pequeña salita—. Pero me parece que no me apetece salir a patinar hoy, Cecy. ¿Te apetece un paseo?

Quería contarle a alguien el terrible final de su pesadilla, y enseguida cayó en la cuenta de que la persona a quien se lo quería contar era Cecy.

Lo miró de reojo mientras paseaban.

—¿Has tenido una mala noche?

—¿Tanto se me nota?

—Pareces demacrado, y tienes unas buenas ojeras. ¿Ese sueño otra vez?

—Sí, y esta vez he llegado hasta el final. No es un sueño, Cecy. Lo es en tanto que sueño lo mismo una y otra vez, pero estoy convencido de que revivo algo que ocurrió. Solo que se mezcla todo, como se mezclan los sueños, y la gente que aparece en él se convierte en gente que conozco ahora, o por lo menos hay dos personas que lo son. Creo que eso fue casi peor que el resto del sueño.

Cecy se desenrolló la bufanda y se la volvió a enrollar alrededor del cuello para protegerse las orejas del frío viento que se había levantado.

—Me dijiste que el lugar en el que atacaron a Ursula era el que viste en tu sueño.

—Sí.

—¿Y fue allí donde te viste anoche? En tu sueño, quiero decir.

—Sí. Creo que regresar a ese lugar, en la nieve, desencadenó los recuerdos, de modo que los detalles que había olvidado, o reprimido si prefieres un término freudiano, salieron de repente a la superficie. Solo que como era un sueño, lo hicieron de forma distorsionada.

—Cuéntamelo.

Vaciló, quería contárselo, pero no le resultaba sencillo encontrar las palabras para hacerlo.

—Tenía doce años. Estaba en aquella zona del bosque, por la noche, a la luz de la luna.

—¿Por qué?

—No lo sé. No recuerdo nada de eso, excepto la parte que volví a ver en sueños, la parte terrorífica. Sé que me puse enfermo más tarde, probablemente como resultado de permanecer a la intemperie, hacía un frío espantoso. También por culpa de aquel horror, creo. Cuando me recuperé, guardaba muy pocos recuerdos del lago helado y ninguno del incidente en el bosque.

—¿Cuál fue el incidente?

—Vi cómo violaban a una chica.

Cecy se quedó mirándolo. Se quemó los dedos con el cigarrillo que sostenía en la mano, lo soltó y lo dejó caer en la hierba.

—¿Viste cómo violaban a una chica?

—En el bosque.

—¿Por qué no lo impediste? ¿Por qué no la ayudaste?

—Estaba congelado, temblando de frío y de miedo. No sabía con seguridad qué estaba sucediendo. Tenía doce años, era un crío. ¿Qué sabía yo del sexo excepto lo que nos contaba a medias el capellán de la escuela? No digamos sobre un ataque violento, sexual y criminal.

Cecy siguió paseando, sin decir nada.

—Dices que lo viste, ¿y luego lo olvidaste? Durante cuánto, ¿quince, dieciséis años? En tu sueño...

—No es solo un sueño, Cecy. Créeme, lo vi.

—Muy bien, cuéntamelo todo. Sigue, sácalo. Y si ocurrió aquí, entonces es algo local. Tiene que haber algún registro de un ataque como ese. Podemos

buscarlo, preguntar. ¿Te tranquilizaría eso?

Cuando se lo contó todo, se detuvo.

—Por el amor de Dios —dijo tendiéndole una mano.

Caminaron en silencio cogidos de la mano, inconscientes de lo que estaban haciendo. Después se metieron por unos árboles y llegaron al lago.

—Mira —dijo Cecy, entrecerrando los ojos hacia el cielo.

—¿Qué pasa?

Señaló.

—Ahí arriba, en Fiend's Fell.

Michael miró y vio un pequeño jirón blanco, un suspiro de nube, suspendido inmóvil encima de la silueta escarpada de los riscos.

—Mucho más pequeña que la mano de un hombre.

—El señor Dixon dijo que se avecinaba mal tiempo. Suele llegar con la luna llena.

—¿Va a llegar el deshielo?

—Nieve, diría yo, pero aún no, aún sigue haciendo frío.

Llegó un grito desde el lago, y Michael le soltó la mano a Cecy para cubrirse los ojos y mirar a las oscuras figuras apiñadas en el hielo.

—Ha pasado algo.

—¿Crees que se habrá caído alguien?

Michael empezó a caminar por la orilla.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

Una de las personas en el hielo se separó del grupo y se acercó patinando hacia ellos.

—Ha habido un accidente. Hemos encontrado un cuerpo en el hielo. Ya llega la policía, pero sería mejor que se llevara de aquí a la señorita. Oh, es usted, señorita Cecy.

—Hola, señor Jessup. ¿Es alguien que conozcamos?

—No es de aquí. Uno de esos que se alojaban donde la señora McKechnie. Londinenses.

—¿Se ha roto el hielo?

—Parece que tropezó mientras patinaba y se ha dado con una roca en la cabeza.

Capítulo 57

—Al parecer ha salido en todos los periódicos —dijo Edwin.

Estaban en el salón de Wyncrag. La luz que entraba inclinada por las ventanas, tan brillante y luminosa hasta entonces, había quedado apagada por las nubes que cubrían el sol. Alix había encendido varias lámparas.

Trudie había llamado por teléfono a Edwin a Lowfell y le había pedido que regresara a Wyncrag.

—En un momento como este es mejor que la familia no siga enfrentada. ¿No crees que la unidad debería ser nuestra consigna? Además, podemos mantener mejor a raya a los periodistas en Wyncrag que en Lowfell.

Edwin dudó de que hubiera periodistas.

—Es una época floja —respondió Trudie sin que su voz sonara muy firme—. Sin crisis mundiales. La prensa estará de maniobras, me temo.

Edwin se excusó, no quería ver a su abuela y prefería quedarse con Lidia.

—No me apetece enfrentarme a la abuela, para ser sincero.

—Mamá está en su cuarto —le dijo Trudie—. No tiene intención de bajar. Y papá se ha encerrado en su estudio. Saul ha visto a mamá unos minutos, pero no quiere hablar de ello.

Lo volvió a llamar una hora más tarde.

—Edwin, tienes que venir y traer contigo a Perdita y a Ursula. Ha venido Jimmy Ogilvy. Hay un inspector de Londres que quiere hablar con todos los que estaban en Wyncrag el día de Navidad.

—Lidia estaba en Wyncrag el día de Navidad. No querrá venir, y no voy a dejarla sola.

—Edwin, no lo entiendes. Este inspector Pritchard no es como un agente local. Será mucho mejor que vea aquí a Lidia. También para ella, ¿no lo ves? Donde estará entre amigos. No, mamá no, ya te lo he dicho, está en su cuarto, y sin duda el inspector la visitará allí. Por su edad y esas cosas. Pero el resto... Bueno, creo que deberíamos hacer lo que nos pide. Por favor, Edwin.

—¿Qué pasa con el contingente Grindley? ¿Los has convocado?

—Los Grindley estarán aquí después del almuerzo, y he enviado un mensaje a Michael y a Freddie a la posada.

Era extraño, pensó Alix, mientras cambiaba su periódico por el que acababa de terminar Edwin. Parecían más una familia en aquel momento de crisis de lo que lo habían parecido desde que mamá y papá estaban muertos.

—¿Crees que lo sabían? —preguntó, mientras leía otro titular, más o menos igual que los demás: «Héroe de guerra desertor del ejército»—. La abuela, el abuelo, tía Trudie y tío Saul.

—Estoy seguro de que la abuela lo sabía —dijo Edwin.

—Hay una ventana de la iglesia en su memoria. De verdad que no entiendo cómo pudo poner eso ahí si sabía que no estaba muerto, sino que era un desertor —dijo Alix—. Especialmente, la pose heroica de soldado.

Edwin se encogió de hombros.

—Podemos otorgarle el beneficio de la duda, y creer que descubrió lo de Jack más tarde, después de que le dedicara la ventana. Difícilmente la habría podido mandar retirar, no sin decir por qué.

—No me importa lo que digáis, el abuelo tenía que saberlo —dijo Perdita. Edwin no estaba de acuerdo.

—La abuela podría habérselo ocultado perfectamente. Si ella lo sabía y no se lo dijo, ¿cómo iba a averiguarlo? Estaba todo enterrado. Y la abuela pondría cuidado, no podía estar segura de cómo se tomaría ese tipo de comportamiento. No aprobaría la deserción, fuera o no su hijo.

—Ojalá contáramos con más detalles —dijo Alix—. Todo lo que dice aquí es que el tío Jack no murió, sino que desertó y apareció en Alemania unos cuantos años más tarde, siendo uña y carne de los dirigentes nazis, al parecer. Hay una foto de él con Hitler; de verdad, me avergüenza.

Edwin inspeccionó la foto del *Daily Mail*.

—Me pregunto de dónde sacaría esa cicatriz.

—¿Heidelberg? —Sugirió Alix—. Una honorable cicatriz de duelo.

—No parece haber nada honorable en el tío Jack. ¡Jago Roberts! Menudo nombre fue a elegir. ¿Cómo descubrirían los periódicos que este tal Jago Roberts era el tío Jack, de todos modos?

—Una filtración del servicio secreto, o alguien de Horseguards —repuso Edwin.

Perdita no había mostrado demasiado interés en la historia.

—Dado que nunca conocí al tío Jack, perdón al tío abuelo Jack, no me importa si murió, se convirtió en huno, o lo que fuera. Me da igual toda mi familia, las cosas como son.

Ursula adoptó un enfoque más sofisticado.

—Una oveja negra, eso es lo que era. Todas las familias tienen una. Es terriblemente bochornoso que descubran que eres un cobarde, y supongo que para la generación de *sir* Henry sería un espanto, y una vergüenza y todo eso. Pero la guerra terminó hace años. Yo sé que si me hubiera visto envuelta, habría huido. Como el primo Bill de mamá, que se pegó un tiro en el pie para que lo devolvieran a Inglaterra. Muchos soldados hacían eso cuando no podían soportar más las trincheras.

—¿Le salió bien la jugada? —preguntó Perdita, levantando la vista de la copia de Lidia de los *Cuarenta y ocho preludios y fugas*, que se había traído de Lowfell. Había estado tocando hasta que los demás le pidieron que parara. «Sé que Bach te parece maravilloso —le había dicho Ursula—, pero, de verdad, suena como una sierra».

—Pues lo cierto es que sí. Tendrían que haberle hecho un consejo de guerra y fusilarlo, claro, pero había suficientes dudas como para que se saliera con la suya. La familia jamás volvió a dirigirle la palabra, claro está.

Lidia se había sentado ensimismada junto al fuego, y estaba, le pareció a Alix, extraordinariamente bella, con la piel y los ojos aún brillantes por el frío. ¿Qué pensaba de ellos? ¿Cómo les afectaría aquello a ella y a Edwin? ¿Podía contemplar el matrimonio con un hombre cuyo tío perdido hacía tanto había vuelto de la tumba convertido en un fascista con conexiones nazis?

Rokeby entró con una bandeja de bebidas.

—El chico acaba de volver de hacer un recado a Lowfell —le dijo a Edwin—. Cuenta que ha habido un incidente en el hielo. La ciudad está llena de policías, coches de policía, y hombres con perros.

—¿Un incidente? —Preguntó Alix—. ¿Una pelea? ¿Un motín? ¿Qué?

—Parece ser que han encontrado el cuerpo de un hombre.

—¿Alguien que conozcamos, Rokeby?

—No creo.

—¿Nos ponemos los patines y vamos a echar un vistazo, Perdy? —sugirió Ursula.

—Oh, Perdita, no —respondió la tía Trudie.

—Desde luego que no —intervino Edwin.

—No me apetece ir, Ursula es una morbosa. De todos modos, si había un cadáver, ya lo habrán retirado.

—Parece que el hombre estuvo un tiempo en el hielo antes de que lo vieran —prosiguió Rokeby—. Debajo de una de esas ramas que cuelgan junto a la posada Dixon.

—Es uno de los lugares en sombra —dijo Alix—. No se ven muchos patinadores por allí.

—Ojalá sea el tío Jack —dijo Perdita.

Hubo un silencio. Rokeby se retiró, envuelto en una dignidad cargada de desaprobación.

—No deberías decir esas cosas, Perdy —repuso Edwin.

—¿Por qué no? Es lo que piensa todo el mundo. No me vengas ahora con el rollo de la pena y el llanto, porque ya lo dábamos por muerto. Y eso les cerraría la boca a los periódicos.

Lidia miró a Perdita, con una sonrisita en los labios.

—Eres implacable.

—No, solo evito la hipocresía. ¿Para qué?

—¿Creéis que ese es el motivo por el que la policía nos quiere a todos aquí? —Preguntó Alix—. ¿Porque han matado a un hombre?

—No tiene lógica —dijo Perdita, mientras pasaba varias páginas de partituras y tarareaba de vez en cuando—. A menos que muriera el día de Navidad y sospecharan de nosotros, en cuyo caso probablemente se trate del tío Jack, aunque apuesto a que se ha ganado enemigos por todo el lugar y habrá gente haciendo cola para cargárselo, no hace falta que vengan a por nosotros.

Edwin se acercó a Lidia y la rodeó con un brazo protector.

—No te gusta mucho la idea de que te interrogue la policía, ¿verdad?

Una oleada de desolación y pérdida se apoderó de Alix al ver su gesto. La única preocupación de Edwin ahora era Lidia, ni ella ni el resto de su familia.

Lidia sacudió la cabeza.

—No te preocupes, ningún oficial de Scotland Yard te someterá a un interrogatorio penoso, no en esta casa, ni en ninguna otra parte.

—¿Por qué deberían hacerlo? —Preguntó Perdita—. No, a menos que sospechen que Lidia le pegó un empujón al tío Jack por ser un bruto con los judíos.

—Haz el favor de callarte la boca ya con el tío Jack, que por desgracia parece capaz de vivir eternamente —espetó Alix con severidad.

—No recuerdo que sucediera nada el día de Navidad de interés para el inspector —afirmó Edwin—. Voto por que respondamos cualquier pregunta tan brevemente como podamos, con sí y no a ser posible, de ese modo no les daremos información sobre los asuntos de la familia.

Hal entró en la sala y oyó las últimas palabras de Edwin.

—¿Asuntos de familia? Espero no entrometerme. Daphne quería venir antes que los demás y coger de la mano a *sir* Henry, pues hemos oído en el Hall que *lady* Richardson no hace acto de presencia. Así que he venido con ella.

—La abuela se ha encerrado en su cuarto —dijo Alix—. Con Lipp.

—¿Está muy disgustada?

—Enfadada, diría yo. Edwin cree que siempre ha sabido que Jack desertó y no murió.

—Así que la conmoción se debe más a la revelación que a los hechos —no era una reunión familiar acogedora, pensó Hal mirando a su alrededor. Se acercó al sofá en el que Alix estaba acurrucada, bastante desamparada, le pareció a él—. ¿Puedo sentarme junto a ti?

Le sonrió.

—Siéntate. Aparta esos periódicos. Supongo que ya habrás leído esas historias.

—Sí, ha habido mucha emoción en Grindley Hall y se han encargado en el pueblo periódicos de los que jamás se leen allí. Creo que Roger planea defender el caso de Jack para dejarlo libre de todos los cargos. Probablemente alegando locura.

—¿Pueden acusarlo de algo después de todo este tiempo? —Preguntó Ursula—. Ocurrió hace casi veinte años.

—En circunstancias normales, no creo, teniendo una cruz militar, además; el ejército se saldrá por la tangente y dirá que perdió la cabeza. De lo que no estoy tan seguro es de si podrá librarse tan fácilmente de haberse ido a Alemania y unido a los seguidores de Mosley —no añadió que un inspector del servicio secreto en el caso suponía que Jack había estado metido en algo más que activismo político y deserción.

—La abuela tendrá que devolver su cruz militar al Rey —dijo Perdita—. Eso no le va a gustar nada.

—Espero que los alemanes pasen volando por encima y lo devuelvan a la madre patria —dijo Ursula—. ¿Cuándo vienen los otros, tío Hal?

—Después del almuerzo. Excepto Eve, que está postrada con un mareo, y Rosalind, que dice que se queda a cuidar a su madre.

—Algo trama —replicó Ursula al instante—. La horrible Eve podría morir a los pies de Rosalind y, lejos de actuar de amantísima hija, pasaría por encima de su cadáver y seguiría con sus asuntos.

—¿Qué va a decir el inspector a eso? —Le preguntó Alix a Hal—. La policía quiere aquí a todo el mundo.

—Tendrán que ir al Hall e interrogarlas allí.

Capítulo 58

La gran sala jamás había parecido tan sofocante, el cielo cargado de presentimientos, el sonido de los pasos amortiguados sobre la alfombra.

Alix se llevó un susto cuando Lipp llegó como avanzadilla de *lady* Richardson anunciando que la señora bajaría en unos instantes, y preparó un sillón como a ella le gustaba, exactamente a noventa y un centímetros de la chimenea. Después le lanzó una mirada venenosa a Lidia, y se marchó, dejando detrás un sentimiento de agobio.

Perdita le había dicho a Alix:

—¿Crees que tengo que llamarla bisabuela?

¿Cómo se cambiaban las costumbres de toda una vida?, se preguntó Alix mientras miraba a la abuela, sentada rígida sobre su sillón, su expresión inescrutable.

Perdita se sentó junto a Ursula en un sofá de damasco rojo, bien lejos de la abuela. Freddie estaba por allí también, deseando no estar allí. Se había sentado en un sillón amplio y sin brazos, con los pies separados y las manos sobre los muslos. Parecía perdido en sus propios pensamientos, a diferencia de Michael, situado al otro lado de la sala, sentado en un sofá de terciopelo con botones junto a Cecy, hablando con ella en voz baja. Edwin permanecía apoyado contra la pared junto a la puerta, Lidia había decidido sentarse cerca de él, bien atrás de los demás y fuera de la línea de visión de la abuela.

La abuela parecía tensa. El abuelo, sentado en un sillón de orejas, no. Tenía aspecto de que alguien le hubiera dado un puñetazo y hubiera conseguido levantarse a duras penas. Parecía viejo, y de algún modo encogido, en tamaño y personalidad. Estaba inclinado hacia Daphne, como buscando el apoyo y el consuelo que su esposa no tenía intención de ofrecerle.

¿Cómo podía un hombre tan grande parecer tan marchito? El tío Saul, otro hombre grande, no parecía pequeño, sino preocupado, con grandes ojeras. Alix podría apostar que la tía Jane le había cantado las cuarenta por su participación en aquel asunto. La propia tía Jane estaba sentada, calmada e inexpresiva como de costumbre. No, no lo estaba... Tenía la levísima sonrisa

del gato que se ha hecho con un bocado de nata, tal vez le gustaba ver sufrir al tío Saul. Y a la abuela; siempre la había odiado.

¿Podía alguien culparla por ello? No.

La tía Trudie era la única de todos ellos que parecía estar a sus anchas. Sirvió té y le dijo a Rokeby que trajera un pedazo de pastel para el inspector.

El inspector era quien debía sentirse fuera de lugar en aquella habitación, con su traje Burton y sus zapatos corrientes, pero no lo estaba. Su mirada parecía observadora e inteligente, y daba la sensación de encontrarse bastante a gusto en el enorme sillón que habían colocado en el centro de la sala. Tras él, el fuego crepitaba en la gran chimenea, los troncos ardían con llamas suaves tras una rejilla guardallamas ornada.

La escena al completo le recordó a Alix un cuadro que había visto en una galería, una familia reunida alrededor de un sofá, cuatro generaciones, todos mirando al mundo con ojos cautelosos y bien abiertos.

Entraron los Grindley, Peter y Roger con sendos trajes oscuros. Roger con pinta de abogado de los pies a la cabeza; Peter, enfadado. Nicky y Simón se metieron en la habitación sigilosamente detrás de ellos y dieron un rodeo para apoyarse en una otomana situada detrás de un helecho. Angela miró alrededor de la sala, después se acercó a sentarse junto a Freddie.

El inspector Pritchard dejó su taza. Alix se preparó, aquel era el momento que todos habían estado esperando.

—Gracias por reunirse para verme —irrumpió con voz afable.

Era galés. ¿Por qué se sorprendía? De algún modo, no se imaginaba que un policía de primer orden, un agente del servicio secreto, pudiera ser galés. Con todo, le resultó reconfortante, a lo mejor podría entender las costumbres de su familia mejor que un londinense.

—A estas alturas todos saben ya que el hombre que se hacía llamar Jago Roberts era Jack Richardson, hijo de esta familia.

Solo el abuelo se movió. Se pasó una mano por la frente, cubriéndose los ojos, después la volvió a dejar caer sobre su regazo. Alix le echó una mirada rápida, después la aparto, incapaz de soportar el dolor reflejado en su rostro.

—Con el permiso de *sir* Henry, mis hombres están en este momento realizando un registro en la casa, por si el señor Roberts se encuentra aquí oculto. Ya hemos buscado en los terrenos de alrededor. No pretendo angustiarlos más de lo necesario, *sir* Henry y *lady* Richardson. De todos modos, considero correcto exponerles los hechos para que entiendan por qué me veo en la necesidad de hacerles determinadas preguntas sobre los movimientos y las motivaciones de Jack Richardson, alias Jago Roberts.

—¿Podemos llamarlo Roberts, por favor? —Dijo el abuelo, y algo de su antigua autoridad consiguió regresar a su voz—. Mi hijo Jack ha estado muerto para mí durante todos estos años. Me resulta mucho más sencillo pensar en ese hombre como Roberts.

—¿Acepta que es su hijo?

—Eso dicen.

—Sin duda habrán leído en los periódicos que su hijo no murió en la guerra como se suponía, sino que era un desertor.

—¿Ha venido a decirnos lo que ya sabemos, inspector? —La voz de la abuela sonaba ácida y contenía todo el desprecio de la clase alta por aquel hombre que se sentaba frente a ellos.

No era momento de adoptar manera de *grande dame*, ¿no se daba cuenta de lo que estaba pasando?

El inspector Pritchard no le hizo caso.

—Por desgracia, no se limitó a desertar. Eso habría sido un crimen punible en un consejo de guerra, pero no exigiría la intervención de mi departamento, ni entonces ni ahora. Lo que hizo, en cambio, fue pasarse al lado alemán. Fue hecho prisionero, liberado al final de la guerra, y decidió quedarse y convertir Alemania en su hogar. Adoptó un nombre falso e instaló su residencia en Berlín. Más tarde se convirtió en ciudadano alemán —se detuvo—. No creo que todos estos detalles hayan aparecido en los periódicos.

¡Berlín! Esa ciudad oscura. Las imágenes se sucedieron en destellos en la mente de Alix: iluminación de farolas, calles peligrosas; hombres vestidos como mujeres, bailando en los clubes nocturnos; hombres amenazantes con uniformes negros de pie junto a un Mercedes.

Eso era Berlín ahora. ¿Había sido lo mismo tras la guerra? No, la capital de un país derrotado habría sido probablemente un lugar horrible para vivir, y con todo, era el lugar que había elegido el tío Jack.

El inspector continuó hablando tras beber pausadamente algo más de té, como si actuara ajeno a los ojos que seguían todos sus movimientos.

—Tengo entendido que su hijo hablaba un alemán fluido, *sir* Henry.

—Tuvo una institutriz alemana. A menudo me acompañaba en mis viajes a Alemania. Antes de la guerra.

—¿Siente admiración por ese país? ¿Tiene amigos allí?

—No dispongo de tiempo para el nacionalsocialismo, ni para el fascismo en ninguna de sus formas, si eso es lo que está sugiriendo. Soy anticomunista, pero como hombre de negocios y ser humano solo siento odio y desprecio por Hitler y su pandilla. ¿Responde eso a su pregunta?

El inspector no contestó a *sir* Henry; en cambio, se dirigió a *lady* Richardson.

—¿Y usted, *lady* Richardson, desaprueba el actual régimen en Alemania?

—Mis opiniones políticas son asunto mío.

—¿Siente simpatías fascistas?

Esta vez no respondió. Él asintió levemente y miró su bloc de notas.

«Con simpatías fascistas se queda corto», pensó Alix. Podría darle a esos imbéciles de los nazis alemanes unas cuantas lecciones de fascismo. No podía concebir qué le ocurría a la gente como la abuela. Que no le sucediera nunca a ella. Por favor, Dios, si había un Dios, que no permitiera que se volviera como la abuela.

Sus pensamientos debieron de reflejarse en su cara, porque Hal, sentado hacia atrás y ligeramente separado de la escena, se inclinó hacia delante y rodeó su hombro con una mano.

Se sintió extrañamente reconfortada.

—Mí departamento ha vigilado muy de cerca a Jago Roberts. Se nos informó de que había abandonado su residencia londinense, y durante un tiempo perdimos la pista de sus movimientos. Lo siguiente que supimos de él fue gracias a un informe de la policía local. Verán, habíamos iniciado una investigación. Estábamos un poco desconcertados, no parecía que este fuera un lugar probable para que hiciera acto de presencia. ¿Por qué estaba aquí? ¿Había venido para patinar en Navidad? ¿O por algún otro motivo?

—Venga, suéltalo —dijo Edwin por lo bajo. Alix notó que Lidia le daba un apretón en la mano: ¿un rasgo de afecto?, ¿un aviso?

—Creemos que vino para ponerse en contacto con sus padres, con ustedes, *sir* Henry y *lady* Richardson, y puede que con su hermano y con su hermana. Son una familia acaudalada y eso nos resulta de especial interés, pues hemos estado muy preocupados por averiguar cómo financiaba el señor Roberts sus actividades mientras se hallaba en Inglaterra. Sin duda, el gobierno alemán le paga para fomentar el descontento y espiar a los de su propia clase; él proporciona a Berlín los nombres de aquellos que podría considerarse que estarían dispuestos a apoyar a los alemanes, especialmente aquellos con influencia y poder. De todos modos, su estilo de vida va más allá de las posibilidades de un hombre de su posición.

El abuelo cambió de postura inquieto, pero no dijo nada. Alix lo miró impotente, llena de preocupación. No podría soportar aquello por más tiempo, no era un hombre joven. ¿Es que aquel policía inhumano no veía lo que le estaba haciendo?

La voz de la abuela sonaba helada, débil, remota.

—¿Está acusando a mi hijo de ser un espía? ¿Se le ha pasado por la cabeza que sentía que servía a su país haciendo lo que hacía?

—¿Qué país es ese, *lady* Richardson?

—Encuentro sus preguntas muy impertinentes.

—Soy un agente de policía que conduce una investigación sobre un hombre cuyas actividades han dado motivo de alarma en ciertos departamentos. Además de la cuestionable naturaleza de dichas actividades, también era compañero de un tal Philip Shackleton. El señor Shackleton ha sido encontrado muerto en circunstancias sospechosas.

Aquel nombre no significaba nada para Alix. Detrás de ella, escuchó a Hal decir para sí.

—Ahí tenemos quién era.

—El señor Shackleton murió, según el forense, el día de Navidad. Dado que esto puede convertirse en la investigación de un asesinato, haré las preguntas que considere necesarias. Si decide no responderlas, tomaré nota de ello. Le he aconsejado a *sir* Henry que llamara a su abogado para que estuviera presente esta tarde; él se ha negado a hacerlo.

Quince a cero para el inspector.

Nadie le dijo al inspector Pritchard lo que quería saber. Alix no mencionó al hombre que vio en el pasillo la noche del baile, aunque sabía ahora que debía de ser Jack. *Sir* Henry no habló de las joyas que habían pasado por las manos de su esposa, utilizadas —ahora se daba cuenta— para sufragar las actividades traidoras de Jack. *Lady* Richardson, de la que todos los presentes sabían que conocía cuanto había estado haciendo Jack así como su paradero actual, permanecía sentada sin romper su rígido silencio.

El inspector consultó su bloc de notas. Un tal señor Foreby había asegurado ver a Roberts entrar en Wyncrag la noche del veintitrés de diciembre.

—Mi hermano conocía el lugar, seguro que tomó un atajo por nuestras propiedades —dijo Saul.

—Podría querer echar un vistazo a la casa en la que creció —dijo *sir* Henry, que habló por primera vez, si bien dio la impresión de que encontrar las palabras le suponía un enorme esfuerzo. Alix se estremeció ante el cansancio de su voz—. Además, el viejo Foreby está tan ciego como un murciélago, y normalmente, también borracho.

—El señor Foreby asegura haber visto a Roberts en las cercanías de Wyncrag la última vez que el lago se heló. Eso sería hace dieciséis años.

Un músculo vibró un instante en el párpado de la abuela.

—Se lo está inventando —concluyó el abuelo.

El equipo de búsqueda no encontró rastro alguno de Jago Roberts en Wyncrag, ni en la casa ni en los terrenos.

—Tampoco esperaba encontrarlo —comentó el inspector con voz cansina al agente Ogilvy, mientras se marchaban de la casa en el gran coche negro de policía.

—¿Cree que su familia lo cobijaba y le proporcionaba dinero? No parece propio de *sir* Henry.

—La sangre tira mucho.

—¿Cree que Roberts mató a Shackleton?

—Eso creo. Supongo que Shackleton empezaría a albergar dudas sobre su compañía. Jack Richardson fue entrenado para matar hombres en el ejército. Esta vez ha sido muy listo, no creo que podamos probar nunca que fue asesinato.

—Pero allí ha dicho...

—Quería ver cómo reaccionaban ante lo del asesinato. Pero si pudiéramos probar que era un caso de asesinato y acusáramos a Roberts, su fantástico clan Richardson le buscaría una coartada, aunque hayan dicho esta tarde que no le habían visto. Una panda de mentirosos, todos.

Sacó su pipa del bolsillo y bajó la ventanilla para vaciar la ceniza sobre la nieve.

—Y los Grindley no son mucho mejor. Esos hermanos sabían perfectamente con qué tipo de hombre estaban tratando. El señor Shackleton quería comprar la compañía para sus amos alemanes, no para ningún motivo pacífico, y eran conscientes de eso. La moralidad se va por la ventana con hombres así cuando se trata de dinero.

La tía Jane sacó un cigarrillo de la pitillera de Saul, que se la había dejado encima de la mesa de la sala. Cogió el mechero y protegió la llama con la mano mientras lo encendía.

Su suegra la observó. No permitía que se fumara en la sala.

Estaban juntas a solas. Jane observó su rostro indómito e impenetrable. No sentía ninguna lástima por aquella mujer cuyo hijo había muerto, y cuyos esfuerzos por mantener su casa alejada del escándalo se habían desperdigado a los cuatro vientos. No le importaba que la vergüenza y el oprobio cayeran sobre ella del mismo modo que sobre el resto de la familia.

—Lamento que Jack siga vivo —dijo—. Me alegro de no haberlo sabido. Creo que el mundo sería un lugar mejor si se hubiera deshecho de él.

—Nunca fuiste justa con Jack. Tienes una mente perversa y una personalidad malvada. Destruyes a los hombres a los que atraes —a lo que siguieron las palabras *carámbanos, puñalada, puñalada, puñalada...*

—Me sedujo cuando no era más que una niña, me pegó y me insensibilizó. Tú lo sabías. Me hiciste casarme con Saul y me he arrepentido cada día de mi vida desde entonces. No tengo hijos, y eso es obra tuya. Has controlado y gobernado a tus hijos, y a tus nietos —y sí, a tu bisnieta, ahora hablaremos de ella—, y no ven el momento de largarse. Quieres lealtad y devoción, pero tu única recompensa es miedo y odio.

—Yo no te obligué a casarte con Saul. Nadie te ha obligado nunca a hacer algo que no querías, ¿por qué pretendes culparme de tus errores? ¿Es que no tienes voluntad?

—Ahora la tengo. Entonces no. Como tú tampoco la tenías, no cuando se trataba de Jack. Lo amabas con un amor irracional, él no podía obrar mal, así que lo ayudaste tanto como pudiste, se lo perdonaste todo y no le criticaste nada. Te puso en ridículo y volviste a por más. Me alegro de que haya salido a la luz, de que sea una vergüenza ante todo el mundo. Me alegro de que sus pérfidos planes de traicionar a su país hayan fracasado. Y, sobre todo, me alegro de que Saul deba renunciar ahora a su puesto y de que yo ya no tenga que soportar su pomposa inconsistencia de político fracasado.

—Saul es el único hijo que me queda. Jack habrá vuelto a Alemania a estas horas. No volverá por aquí.

Jane deseó con todo su corazón que eso fuera cierto.

—En ese caso, bienvenida a Saul. Jamás sentiste ni un ápice de afecto verdadero por él, solo te divertía observarlo danzar a tu son.

Rokeby entró en la sala, abriendo la puerta sin una gota de su habitual suavidad.

—He traído la bandeja con las bebidas, señora —dijo.

—Apuesto que Rokeby sabe más de todo esto que cualquiera de nosotros —comentó Jane. Recogió su bolso de mano y salió de la habitación envuelta en una nube de humo—. Se avecinan buenos tiempos.

Edwin quería marcharse y llevar a Lidia de vuelta a Lowfell, pero *sir* Henry le pidió que se quedara.

—Tú también, querida —le dijo a Lidia, mirándola con ojos cansados pero amables—. Si puedes soportar relacionarte con una familia como la nuestra. Tendremos una cena tranquila. No creo que Caroline baje. Daphne se quedará de momento; volverá con Hal y Cecy más tarde.

Lidia le acarició un brazo.

—Nos quedaremos.

—Nosotros mejor nos marchamos —dijo Freddie.

—Creo que es mejor que os quedéis también —dijo Alix, mientras miraba a un Michael protector de pie junto a Cecy.

Parecía que las predicciones del tiempo estaban equivocadas. El viento amainó, el cielo se despejó y, una a una, las brillantes estrellas de invierno fueron apareciendo, sin quedar deslumbradas por la luna, que aún debía alzarse en el cielo.

—Aunque esta noche no hace demasiado frío —dijo Alix, mientras apartaba una de las pesadas cortinas de la sala para mirar el lago. Frío claro, dotado de un brillo fantasmagórico. Un mundo sin tiempo ni emociones, aparte de la humanidad. Un mundo apaciguado.

—Hay gente patinando al otro lado, justo donde se ven esas luces —comentó Edwin.

—Aprovechan el hielo al máximo, por si acaso nieva de verdad —Alix volvió a correr la cortina—. Sigo alegrándome de estar dentro y no fuera.

—Es extraño —dijo Hal—. El drama ha terminado, la policía ha venido, ha salido la verdad sobre Jack, y aun así tengo la sensación de que esto no es más que un entreacto.

—Ahórranoslo —añadió Edwin, que estaba sentado en un sillón mullido con un *brandy* en la mano—. A mí me da la sensación de que ha tenido lugar un funeral solo para descubrir que no había cadáver.

Jane entró. Se había cambiado para cenar al igual que lo habían hecho el resto de los Richardson, como si manteniendo las convenciones formales fuera posible volver la normalidad. Llevaba un vestido del color de las uvas rojas; no era una prenda que hubieran visto antes. Se arremolinaba a sus pies cuando entró. Miró toda la estancia, después cerró tras ella la puerta con un sonido suave pero definitivo.

—Tengo que contaros algo que no debe salir de aquí —cruzó la sala, se sentó en un sillón amplio junto al fuego y sacó un cigarrillo de una pitillera de oro de su bolso de noche.

—¿Me marchó? —preguntó Hal.

—No. Conocías a Jack. Tendrías que oírlo.

Edwin lo miró sorprendido, después se apresuró a encendérselo con su mechero. Ella le ofreció un cigarrillo, y él lo cogió.

—¿Alix? —preguntó.

—No, gracias. No antes de la cena —cigarrillos en la sala de estar. ¿Es que la reina del hielo había sido derrotada para que la primavera floreciera? Lo dudaba. La abuela tendría mucho que decir si olisqueaba el mínimo tufillo a humo.

—Acabo de llamar por teléfono a Lucy —dijo Jane—. Tiene todos los detalles de la deserción de Jack, por fin ha conseguido sacárselos a su marido. Se tomó la molestia de hablar con un antiguo coronel del ejército, el que estaba al mando en 1917, cuando todo aquello sucedió. Al parecer, Jack no desertó porque sí. Huyó porque era probable que fuera sometido a un consejo de guerra.

—¿No es eso lo que les ocurre a los desertores? —Preguntó Alix—. ¿O es que normalmente los fusilan sin más?

—No, Alix, por favor, escúchame y no me interrumpas. El consejo de guerra fue el motivo de su deserción, no su consecuencia. Una chica local, una muchacha francesa apenas adolescente, fue violada y golpeada. La dieron por muerta pero sobrevivió. Aseguró que Jack había sido el responsable. Él lo negó, por supuesto.

Alix sintió que no le quedaba aire en los pulmones y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para respirar y hablar.

—Cristo bendito. Eso va a matar al abuelo.

—No, no lo va a hacer —dijo Jane—. No si no se entera. No se lo dirán aunque lo sepan. Lucy está tan preocupada por Henry como tú, y utilizará toda su influencia para mantenerlo oculto. Ocurrió hace mucho tiempo, durante la guerra, y nadie quiere airear ese tipo de asuntos.

—Ursula —dijo Perdita—. ¿Qué pasa con Ursula?

Alix frunció el ceño a su hermana. ¿Pero es que Perdita no entendía de qué estaba hablando Jane? ¿Qué tenía Ursula que ver con aquello?

—¿Dónde está Ursula? —Jane miró a su alrededor—. Espero que no se encuentre aquí. Esto es una cuestión estrictamente familiar, y tengo entendido que lo escribe todo en un diario.

—No, me refiero al ataque de Ursula. Junto al lago. ¿Crees que...?

Perdita se había percatado antes que el resto. Dejó caer aquel nuevo horror en la discusión con una clarividencia que a Alix le pareció envidiable.

Se miraron unos a otros. Edwin se tapó los ojos con la mano por un momento, y habló con voz débil.

—Me temo que Perdita probablemente tenga razón.

Alix no quería creerlo.

—Podría ser una coincidencia. Quiero decir, aquel incidente en Francia pudo ocurrir sin más. Una acusación de una joven contra un oficial británico habría traído cola. O puede que se acostara con él y la familia la montara. Solo un incidente extraordinario. Las cosas que pasan en la guerra.

—¿Era un hombre violento? —Preguntó Edwin—. Tú lo conocías, tía Jane.

También Hal, se dijo Alix, y, a juzgar por la expresión de su rostro, parecía dispuesto a aceptar que Jack no solo había asaltado a una chica en Francia, sino también a otra en 1936, aquí, en el lago.

Jane se quedó callada un instante antes de responder.

—Jack siempre se sintió atraído por las chicas jóvenes. Vulnerables.

—Entonces es mejor que mantengamos la boca cerrada y nos guardemos nuestras sospechas —dijo Edwin—. La cosa se pone cada vez peor.

—¿Es justo que Ursula no lo sepa? —preguntó Perdita.

—No seas insensata —la voz de tía Jane sonó tajante—. No digas ni una palabra, Perdita; ni tú, Alix. Por vuestro abuelo, aunque solo lo hagáis por él.

—¿Se lo has dicho a la tía Trudie? —le preguntó Edwin a Jane—. Supongo que el tío Saul lo ha sabido todo el tiempo.

—Saul no lo sabe, y no se lo voy a decir. Solo daría lugar a otra sesión de bravatas y justificaciones sobre la conducta de su hermano. Habla siempre por boca de Caroline en lo que respecta a Jack, y no soporto más esa actitud. Tampoco se lo voy a decir a Trudie, pues ahora mismo está descompuesta. Vosotros tres no conocíais a Jack, ni albergáis los sentimientos encontrados que sus padres y sus hermanos sienten. Tampoco será una gran sorpresa para Trudie. Jack era violento desde niño.

Rokeby entró en la sala con la bandeja de bebidas.

—¿Alguien quiere cócteles? —Preguntó Edwin—. Rokeby, te dejamos al cargo de los combinados.

—Desde luego, señor.

—El abuelo le está enseñando a Lidia la caldera —dijo Perdita rompiendo el silencio.

Hal estalló en carcajadas, y un momento después, al ver lo absurdo de la situación, Alix descubrió que también estaba riendo.

—Menuda emoción para Lidia.

—No, gracias Rokeby —dijo Perdita—. Llévate ese zumo de lima. Odio el zumo de lima. Tía Jane, ¿crees que estaría bien que me tomara un cóctel?

Jane se volvió a Rokeby.

—Sírvete un cóctel a la señorita Perdita.

El alivio de la tensión y los efectos relajantes de los cócteles no duraron mucho. Alix estaba saboreando la embriagadora bebida que Rokeby le había tendido cuando se abrió la puerta y entró *lady* Richardson.

¿Cómo podía bajar después de todo lo que habían pasado aquella tarde? Alix supuso, al igual que todos los demás, que pediría que subieran una bandeja a su cuarto. Pues no, allí estaba, y también ella iba vestida de noche.

—Tiene la cara de mármol —le susurró Alix a Edwin. Deseaba que la abuela se hubiera quedado arriba.

—Mármol de tumbas —contestó él por lo bajo.

Alix vio que Perdita miraba su vaso y engullía el último trago. Rokeby lo hizo desaparecer discretamente y le colocó un zumo de lima en la mano. La abuela no pareció notar el humo de cigarrillo.

El tío Saul se frotaba las manos en lo que a Alix le pareció una manera particularmente estúpida. Se acercó a la ventana y miró fuera.

—Madre mía, sí que se están avvicinando rápido las nubes —comentó—. Pensaba que no las volveríamos a ver, pero parece que tendremos una tormenta de nieve.

—Espero que todos los patinadores hayan abandonado el hielo —dijo Perdita.

Saul se puso tenso.

—No —acercó la cara más a la ventana—. Estoy seguro de que veo a alguien... Sí, hay dos personas ahí fuera, en el hielo, cerca de nuestra orilla.

Hal se unió a él en la ventana y miró fuera a la oscuridad.

—La nieve está rompiendo el hielo tras ellos, se está convirtiendo en una ventisca.

Edwin se puso en pie.

—Esperad, no podéis...

Hal ya estaba dirigiéndose hacia la puerta y le dijo Alix volviendo la cabeza:

—Hay que rescatar a esos patinadores ahora, nunca llegarán a un lugar donde cobijarse, no con este viento.

—Vamos, Saul —dijo Edwin—. Muévete.

Edwin y Saul siguieron a Hal fuera de la sala, donde Michael, que se había quedado con Cecy para hacer compañía a Lidia, se estaba poniendo las botas.

—¿Habéis visto a esa pareja en el lago? Tendrán serios problemas si no podemos sacarlos de ahí. Cecy, pásame la chaqueta.

El abuelo le había pedido a Rokeby que trajera antorchas.

—Y prepara un ponche caliente o *whisky* con limón. Tendrán frío y estarán mojados. Madre mía, ¡escucha ese viento!

La puerta de entrada se abrió de golpe, y entró un vendaval por el recibidor, trayendo consigo una nube de nieve que dio vueltas a las sillas y se posó sobre el suelo pulido. Los hombres se desvanecieron en la oscuridad mientras Rokeby y *sir* Henry cerraban con dificultad la puerta.

—Corre todas las cortinas de esa parte de la casa, Rokeby. Diles a las chicas que te ayuden. Enciende todas las luces, les costará encontrar el camino de vuelta a casa con este tiempo.

A la expedición de rescate le llevó más de media hora cubrir la corta distancia que separaba la casa del lago y volver con los patinadores perdidos. Helados hasta los huesos, se quedaron en el recibidor sacudiéndose montones de nieve, mientras Trudie bajaba corriendo para ofrecer baños calientes y bebidas.

—Son la mujer misteriosa y su novio, quiero decir el señor Newman —anunció Perdita cuando regresó a la sala—. Ahora descubriremos de verdad si es una estrella de cine.

—¿Una estrella de cine? —La voz de la abuela era fría y débil—. ¿Por qué tendría que ser una estrella de cine?

—Porque es una mujer misteriosa que deambula con gafas de sol —contestó Jane.

—Qué tontería.

Alix miró su vaso vacío, dudando si quería otro cóctel. Fuera, el viento soplaba como un lamento e, incluso a través de las densas cortinas oía la nieve golpear contra las ventanas. Hacía una noche horrible.

—No durará mucho, señorita Alix —le dijo Rokeby cuando se acercó a cogerle el vaso y lo colocó sobre la bandeja que sostenía en la mano—. Se irá de repente, igual que vino. La tormenta se desvanecerá pronto y mañana

empezará el deshielo. Ya hace menos frío ahí fuera, aunque con este viento nadie lo diría.

Los hombres regresaron a la sala. Saul y Edwin se habían cambiado los trajes y se habían puesto unos nuevos, mientras que Michael y Hal iban vestidos con una extraña colección de prendas que les sentaban realmente mal; ambos eran más altos que los hombres Richardson. Newman le había cogido prestados a Edwin unos pantalones y un jersey.

—Por favor, disculpe la informalidad, señora —le dijo a *lady* Richardson.

Su compañera estaba en el umbral, llevaba un vestido que Alix conocía bien, una prenda de seda burdeos que era de sus favoritas. Trudie se lo debía de haber prestado a la inesperada invitada. Parecía que se lo hubieran hecho a medida a ella, de lo bien que le sentaba. Qué extraño que tuvieran una talla tan parecida. La mujer tenía un aspecto esbelto, elegante, y perfectamente compuesto, no parecía en absoluto que acabaran de rescatarla de una tormenta de nieve. Ya no llevaba gafas, y la melena rubia le caía con suavidad a un lado del rostro.

—Ya me anuncio yo, Rokeby —dijo.

Alix se quedó helada.

La mujer rubia entró en el centro de la sala y miró a todos a su alrededor.

—Menuda reunión familiar se ha congregado aquí. Buenas noches, abuela, ¿te acuerdas de mí?

Capítulo 59

Alix la reconoció en cuanto escuchó su voz. Edwin reconoció sus ojos; le provocó un escalofrío ver los ojos de ámbar de su madre en aquel precioso rostro.

Trudie enterró la cara entre sus manos con un sollozo. Saul se quedó completamente boquiabierto. El abuelo se le acercó.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¿Por qué te tiene que conocer mi mujer?

—Venga, abuelo, seguro que sabes quién soy.

Su voz tembló.

—No puede ser, no puedes ser Isabel.

—Era Isabel. Hoy en día me llamo Bettina.

Alix dio un paso hacia ella, se detuvo, y después se le acercó más.

—Eres tú, oh, sí, eres tú... Me acuerdo tan bien de tu voz. Pero no puedo creerlo. ¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo de verdad —el rostro de Isabel se iluminó con una sonrisa, igual que la de Perdita, y le tendió los brazos. Alix la abrazó, rodeó el cuerpo vivo de su hermana, de carne y hueso, y no muerta en alguna tumba lejana.

Edwin, aturdido e incrédulo, cogió la mano que Isabel le tendía, después le cogió la otra, mirándola.

—Hola, hermanito —le dijo con una sonrisa que devolvió a Alix a su infancia.

Después se apartó de Edwin y se acercó a darle un beso a su abuelo. Él la estrechó y le dio unas palmaditas en el hombro, incapaz de hablar.

Se sentó a su lado, lo agarró de una mano y le sonrió.

—Sí, soy yo, abuelo, de verdad —hizo un ademán de saludo en dirección a Saul—. Hola, tío Saul. ¿Qué, gobernando el país? Eso me cuentan. Tía Trudie, levanta la cabeza, que no muerdo.

Trudie alzó la vista para revelar un rostro que parecía una máscara de tragedia.

—Es demasiado. Todo esto es demasiado.

—Pensábamos que estabas muerta —dijo Alix.

—Oh, me parece que no —repuso Isabel—. Por lo menos uno de vosotros sabía que estaba vivita y coleando, ¿verdad, abuela? Me enviaba

felicitaciones por Navidad y por mi cumpleaños. Estoy bromeando, jamás oí una palabra de ti. Habrías preferido que muriera, ¿no?

Saul recobró la voz.

—Mi querida Isabel, ¿cómo puedes decir eso? Estamos, por supuesto, encantados de que sigas viva. Seguro de que mamá hizo lo mejor.

—Oh, desde luego, lo mejor para ella.

Con la confusión, nadie había prestado atención a Perdita. Estaba algo apartada, como petrificada. Entonces Isabel se levantó del sofá y se acercó a ella.

Perdita dio un paso atrás, Alix se dio cuenta que habría dado lo que fuera por apartarse de aquel rostro exquisito, de aquellos ojos refulgentes, de aquella voz vibrante.

—Tú eres Perdita. No es el nombre que escogí para ti, pero supongo que te queda bien. La perdida, ¿no es lo que significa?

—Es de Shakespeare.

—Lo sé. La interpreté una vez, en una temporada estival en Canadá. ¿Sabes quién soy? ¿Te lo ha dicho alguien?

—Lo descubrí ayer. Eres mi madre.

Newman se le escapó un grito.

—Su madre, por el amor de Dios. Bettina, ¿qué va a decir tu agente?

—¿Agente? —preguntó Edwin.

—¿Es que no la reconoces? —preguntó Jane—. No es una Bettina cualquiera. Es Bettina Brand, la actriz de cine.

Isabel giró sobre sus talones para mirar de frente a su compañero.

—Mi agente no va a decir nada, Newman, por el simple motivo de que nadie va a decírselo. Ni tú, ni yo, ni nadie. No me avergüenzo de haber tenido una hija, y Perdita será fascinante cuando crezca, pero se va a quedar con la familia que más le convenga. Te has criado como la hermana de Edwin y Alix, me imagino.

Perdita consiguió articular un sofocado *sí*.

—Probablemente eso sea bueno. Vivimos en un mundo perverso, bonita, y ayuda tener dos padres corrientes, por lo menos, sobre el papel.

—¿Quién es mi padre? —espetó Perdita antes de poder contenerse.

Parecía que todo el mundo en la sala contenía la respiración. Trudie tenía los puños cerrados. La abuela era granito; ni estaba conmovida ni conmovía a nadie.

—Hablaemos de eso en privado.

—¿Era...? ¿Fue...? ¿Lo querías mucho?

Bettina miró los ojos suplicantes de Perdita.

—Sí, lo quería —mintió.

Fue una noche extrañísima. Fuera, la nieve y la tormenta; dentro, la familia completamente aislada. Alix sintió que estaba observando la realidad desde fuera, como si fuera la espectadora de una obra que se desarrollaba en el escenario de aquella sala.

Trudie, feliz de poder hacer algo, subió arriba para preparar las camas y buscar pijamas y batines.

—Perdita está en tu antiguo cuarto —le dijo a Isabel—. Te pondré en la gran habitación al fondo.

—Donde consideres mejor, tía Trudie —le dedicó una sonrisa encantadora—. Me encanta poder llamar *tía* otra vez a alguien. Se hace muy solitario no tener familia.

Rokeby anunció la cena. Isabel le guiñó un ojo al salir de la sala cogida del brazo del abuelo.

—¿Sorprendido de verme?

—Me alegro de tenerla de nuevo entre nosotros, señorita Isabel, si me permite decirlo.

—¿Sabías que era yo la que se alojaba en la granja?

—La vi sobre el hielo cuando no llevaba las gafas puestas. Lo supe entonces.

—¿Y no dijiste una palabra? Estoy segura de que has sabido todo lo que ocurría en esta casa desde el primer día de limpiabotas, viejo zorro. Pasaré mañana por la cocina para saludar a todos los demás.

—Me temo que no queda nadie de su época, señorita Isabel.

Isabel mantuvo la compostura, pero Alix se percató de su leve endurecimiento de la mandíbula. Ahora estaban en el comedor e Isabel lanzó una mirada en dirección a la abuela.

—Hizo limpieza, ¿no? —Isabel se sentó a la derecha del abuelo, donde él le apartaba la silla—. Cómo vuelve todo. Recuerdo esta habitación perfectamente, aquellas comidas terroríficas en las que se me permitía bajar.

—No todo era terrorífico, espero —dijo el abuelo.

Alix se sentó en silencio, mirando a aquella exótica mujer que era su hermana; una extraña, y aun así, tan familiar. Qué día de sorpresas habían vivido... Jack había regresado de la tumba lleno de problemas, y ahora, como una compensación irreal, recibían la alegría de una hermana *resucitada*.

¿Cómo había pensado la abuela que se podría librar de aquello?

Fácil, lo había logrado con Jack, así que le debió de parecer sencillo volver a hacerlo. Pero ¿por qué? Menuda locura, solo en nombre de la moralidad y de salvar la cara. Resultaba del todo desproporcionado privar a una familia de su hermana, sobrina y nieta, y desterrar a Isabel, en plena pubertad, fuera lo que fuera lo que había hecho. Solo había tenido una niña, por el amor de Dios, no había cometido ningún crimen.

Sin embargo, para la abuela un hijo ilegítimo era un crimen. Aun así, Alix sospechaba que había algo más de lo que sabían hasta ese momento.

Isabel llamó a su hija al otro lado de la mesa.

—Dime, Perdita, Lidia me cuenta que tienes talento para la música. ¿Planeas seguir estudiando?

—Sí —repuso Perdita, tan alto que todos los demás abandonaron sus conversaciones y la miraron.

—Perdita irá a la universidad —dijo la abuela.

—Creo que Perdita hará lo que le apetezca.

Más tarde, cuando Perdita se fue a la cama, cansada tras las emociones del día aunque con un resuelto aire de felicidad, la tía Jane hizo la pregunta que nadie más se atrevía a formular.

—Todos son demasiado educados para preguntar, Isabel, pero yo creo que ya hay demasiadas verdades ocultas en el seno de esta familia. Me temo que sé la respuesta. ¿Quién es, o era, el padre de Perdita?

Como uno solo, las visitas se pusieron en pie.

—Quédate donde estás, Newman —dijo Isabel—. Cuando sepas toda la historia, estoy convencida de que tendrás menos ganas de irle con el cuento a algún periodista que conozcas en Estados Unidos.

—Michael debería quedarse —dijo Cecy con voz débil—. Sabe algo de lo que ocurrió aquí, hace dieciséis años, y creo que todos deberíais escucharlo.

¿Michael sabía algo sobre qué?, se preguntó Alix. Sus ojos se dirigieron donde Hal seguía apoyado contra la chimenea, como una figura tranquilizadora. Él le sonrió y le guiñó un ojo.

La abuela hizo ademán de levantarse.

—Llama a Rokeby —le dijo a tía Trudie—. Quiero que Lipp me prepare una tisana. Me voy a la cama.

—¿Te resulta aburrido escuchar esa vieja historia otra vez? —le preguntó Isabel.

Trudie levantó la mano para tocar la campana, pero no lo hizo.

El rostro de la abuela no había cambiado, pero Alix percibió la cautela en sus ojos. ¿Qué sabía?

—En mis tiempos, a esto se le llamaba lavar los trapos sucios en público.

—Si no hubiera trapos sucios no habría ningún problema con la parte pública —replicó Isabel. Miró a Cecy, y después a Michael—. ¿Qué es lo que sabe?

Michael sacudió la cabeza.

—Fue hace dieciséis años, la última vez que se heló el lago —dijo Cecy. Eso captó la atención tanto de la abuela como de Isabel; ahora miraba a Michael con ojos duros y malévolos—. Michael no era más que un niño. Estaba fuera, en el lago, era de noche. Vio cómo violaban a una chica. Ahí, en los bosques junto a la orilla.

Alix sintió el frío atenazarle el corazón. No. Eso no. No era posible.

Un grito ahogado de tía Jane, una inspiración repentina de Edwin, una especie de aullido de tía Trudie; pequeños sonidos de conmoción y consternación susurrados tras el silencio casi tangible que siguió a las bruscas palabras de Cecy.

Ahora todos miraban a Michael, excepto *lady* Richardson, con la mirada clavada en el vacío.

—Aquel hombre vio a Michael, pero entonces llegaron otras personas y el atacante salió huyendo. Rescataron a la chica dos mujeres. Una era amable; la otra, no.

—¿Quiénes eran? —Le preguntó el abuelo, completamente demudado, a Michael—. ¿Las reconociste?

—No, señor, jamás las había visto antes.

—¿Las has visto después?

Michael vaciló, buscando las palabras correctas.

—No estoy seguro. Fue hace mucho tiempo. Estuve enfermo... Aquello hizo estragos en mi memoria.

—Es una fantasía —dijo la abuela—. Nada más.

—Por supuesto que es algo más —repuso Isabel—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Y tú, abuela; y tú, tía Trudie —se volvió hacia Michael—. Tía Trudie era la mujer amable.

Sir Henry emitió un grito angustiado de desesperación.

—¿Violada? ¿Isabel fue violada? Es imposible, me lo habrían dicho. ¿Cómo podría haberse cometido un crimen así sin que yo lo supiera? Habrían llamado a la policía.

—No necesitábamos a la policía —dijo *lady* Richardson—. No hubo ninguna violación. Isabel engatusó a un joven y pagó las consecuencias.

—Igual que Ursula —masculló Alix. Dios santo, Ursula había tenido más suerte de la que pensaba.

—Las chicas son así.

«Solo en tu imaginación, abuela», pensó Alix.

—Ahí lo tenéis —dijo Isabel—. Para mí fue una violación. Para la abuela, yo era una seductora que se lo había estado buscando.

—Espera un momento —Newman estaba indignado—. Bettina, tú solo eras una cría. ¿Qué edad tenías?

—Catorce años —repuso Alix.

—¿Catorce? ¿Qué tipo de farsa tenía usted aquí montada? Que ella seducía hombres... Si eso es cierto, ¿qué hacía sola en medio de la noche?

—No se puede confiar en las chicas jóvenes. Son mentirosas —fue la respuesta desdeñosa de la abuela.

—¿Quién te violó? —le preguntó Edwin a su hermana.

Alix estaba convencida de que, como ella, ya sabía la respuesta.

—Lo conocí aquí, en Wyncrag, una vez que fui al baño bien temprano por la mañana, pero no sabía quién era. La abuela me hizo guardar el secreto. Un viejo amigo suyo, me dijo. Me enviaba al bosque, donde estaba viviendo, a la antigua torre de vigía, la que después se arregló para que viviera el guardabosques. Ya no está.

—Hace años que se derrumbó —dijo *sir* Henry con una voz inexpresiva.

Esto va a matarlo, pensó Alix. Daphne estaba a su lado y le puso una mano sobre el brazo.

—Estaba allí escondido, supongo —prosiguió Isabel—. Yo le llevaba comida, periódicos y dinero. Pensaba que era una especie de juego y que yo era la intermediaria, igual que aquellas historias de espías que solía leer. Me encantaba tener un secreto que mis padres, mi niñera y el abuelo no sabían. Yo era, como ha dicho Newman, solo una cría.

—¿Y de quién se trataba? —volvió a preguntar la tía Jane.

—Entonces no lo sabía. Solo pude saber con certeza su identidad este invierno, a mi regreso.

—¿Por qué has vuelto? —Las palabras salieron de la abuela como una explosión, gritaba y estaba enfadada—. ¿Por qué has tenido que volver? Todo es culpa tuya.

—He vuelto porque ya era hora de enfrentarme a unos cuantos fantasmas. Cuando supe que el lago había helado, decidí regresar. Aparte de todo lo

demás, confiaba en poder ver a Perdita. Deseé saber cómo era en cuanto me enteré de que estaría aquí.

—¿Dónde creías que estaba? —le preguntó Edwin.

—Mi abuela, mi otra abuela, me dijo que había sido entregada en adopción.

—Más mentiras —dijo Alix. Aquello era un trágico embrollo de mentiras, y todas ellas habían sido tramadas por la abuela.

—Después, el año pasado, justo antes de morir me confesó que mi hija no había sido adoptada, sino devuelta a Inglaterra con su familia en Wyncrag.

—La madre de Helena siempre fue una mujer estúpida —escupió la abuela.

—Quería enterrar mis demonios, pero descubrí que seguían vivos y coleando. Patinando en el lago, de hecho. No tienes que preguntarlo, tía Jane. Ya te lo has imaginado tú sola. El hombre que me violó, el padre de Perdita, es el tío Jack.

Capítulo 60

Desde aquel momento, Alix sintió que ella y todos los demás habían sido atrapados en una secuencia de una de las películas de su hermana. En parte por el drama, en parte por la extraordinaria y sobrenatural belleza de aquella noche. La tormenta de nieve se había desvanecido con tanta rapidez como había llegado, dejando remolinos de nieve sobre la superficie brillante del lago, un caleidoscopio trémulo de blanco y añil bajo la luna llena. Y todo parecía ocurrir a cámara lenta.

Un estrépito en el recibidor rompió finalmente el silencio que se hizo en la sala tras aquella última y terrible revelación.

Sonaba una voz extranjera, indignada y locuaz. Era Parsons, el chofer de los Grindley, que entró en la sala sin ser anunciado, haciendo a un lado a Rokeby mientras este protestaba.

Las palabras le salían a borbotones, en un inglés casi ininteligible, con invocaciones a la Virgen que intercalaba en su propia lengua.

Les llevó un tiempo entender lo que estaba diciendo y cuando lo comprendieron, Hal lo resumió en pocas y crudas palabras.

—Ibas en el Lagonda, y llevabas a la señorita Rosalind.

—Eso es. Eso es lo que he dicho.

—¿En una noche como esta?

—Era una locura, y eso le dije a la señorita, pero ella insistió. Me dijo que perdería mi puesto de trabajo si no hacía lo que decía. Con esa tormenta... Nunca había conducido con un tiempo tan horrendo, nunca.

—¿Y entonces te asaltó un loco?

—Eso hizo. Lo vi con los faros, no creía que pudiera parar. Pero paré, entonces abrió la puerta y me sacó fuera.

—¿Y te quedaste en la cuneta en medio de la nieve y el barro mientras ese maníaco se marchaba con el coche y la señorita Rosalind dentro?

Por segunda vez en la misma noche, se apresuraron todos hacia el recibidor, pidiendo abrigos, botas y antorchas. Esta vez Alix no tenía ninguna intención de quedarse atrás, así que se enfundó el primer abrigo que encontró a mano y metió los pies en un par de botas de goma que le venían demasiado grandes antes de lanzarse a la oscuridad.

Hal estaba con ella, la cogía de la mano mientras resbalaban y patinaban hasta el lago. Aquel simple contacto le proporcionó fuerza. Vio figuras en sombra cruzando los bosques y bajando por la ladera de la montaña, y oyó el agudo ladrido de los perros. Isabel iba delante de ellos, recorriendo la orilla a toda prisa como si intentara adelantar al enorme coche que conducía por el hilo plateado de la carretera. Llevaba una chaqueta de caza extragrande que había encontrado en el armero, y que ondeaba cuando corría.

Sonó una voz oficial: la carretera estaba bloqueada, el coche no podría escapar. Se oyeron gritos al otro lado del lago.

El Lagonda se salió de la carretera y se precipitó hacia el borde del lago. Un momento de vacilación y Alix gritó cuando una figura fue lanzada al suelo, aterrizando como una muñeca de trapo en el hielo. El rugido del poderoso motor sonó desde el otro extremo del lago mientras el conductor se metía en el hielo y emprendía rumbo a la otra orilla.

Cerca de ellos, uno de los perseguidores maldijo.

—¿Aguantará el hielo? —gritó alguien.

—Aguantará —la respuesta llegó también a gritos—. Y ese villano conoce cada palmo del lago y de la orilla, sabrá como llegar al otro lado y nadie va a detenerlo, habrá llegado al sur cuando consigamos rodearlo.

Un coche de policía, con la campana aún sonando, se había acercado con cuidado hasta el borde del lago. Salieron dos hombres que consultaban con otros mientras señalaban con el brazo el hielo.

Se oyó un estrépito parecido a un trueno que parecía no venir de ninguna parte. Después, un fantasmagórico momento de silencio, y a continuación, un silbido terrible al tiempo que una brecha negra se abría desde el centro del lago con una rapidez que la vista apenas podía seguir.

Se oyó un gran suspiro, como si el lago hubiera respirado. Una serie de crujidos abrumadores reverberaron en las montañas, y el hielo se rompió y despedazó en trozos gigantes.

A medio camino hacia la libertad, el Lagonda salió volando por los aires. Una rueda giraba por encima de una negrura enorme, después no se vio más el coche.

El hielo se desplazó y se movió como si el agua oscura fuera objeto de una marea.

Más allá de la orilla, donde la tierra se despeñaba directamente en el lago, Alix vio una plataforma de hielo, aún unida a la orilla, suspendida por encima de la superficie del agua. Seguía cogiéndole la mano a Hal, y posó la otra mano en su hombro.

—Hal, el hombre del coche. ¿Era Jack?

—Eso creo. No tenía ninguna oportunidad. El nivel del lago ha estado descendiendo todo el tiempo —dijo Hal mientras la abrazaba bien fuerte—. Claro. Los arroyos que alimentan el lago se han helado, pero el río que sale de él, no. Así que el nivel del agua ha descendido y ha dejado un hueco entre el agua y el hielo.

Alix, entumecida, observó que recogían a Rosalind y la metían en el coche de policía. Tenía la cara pálida, con restos de sangre, los ojos cerrados.

Vio a Isabel de pie en la orilla, con un aspecto extrañamente sereno.

Todo había terminado.

Capítulo 61

Ursula estaba escribiendo en su diario, sentada en la cama con un edredón alrededor de los hombros.

«Eve se encuentra ahora con Rosalind, a la que le han dado un sedante, gracias al cielo. En mi vida he asistido a un ataque de histeria como el suyo. Creo que se debía más a que la hubieran descubierto que al hecho de que la hayan tirado del coche ese tal Jack o Jago o quienquiera que sea quien se haya ahogado. Nanny ha puesto fin a sus gritos con un par de buenos bofetones, y luego Eve se ha enfadado con Nanny; tampoco consigue nada con eso, además, ¿dónde va a encontrar una enfermera diplomada en Fin de Año? Y alguien tiene que cuidar de sus cortes y moratones.

»De todos modos, ya está bien de hablar de la aburrida Rosalind. La auténtica emoción ha llegado mucho más tarde, cuando nos encontrábamos todos de vuelta en Grindley Hall. La tía abuela Daphne, muy enfadada, ha cogido y se ha hecho cargo de la situación. Ha ignorado a Eve por completo y ha dicho que quería hablar con papá, con el tío Roger y con Hal en la biblioteca. Después ha mirado a Simón y ha insistido: "Sí, y tú también, y Nicky y Ursula". Evidentemente a Eve se la comía la curiosidad y estaba decidida a seguirnos, pero la tía abuela Daphne le ha cerrado la puerta en la cara. Yo he visto que a papá no le ha hecho ninguna gracia, pero ni siquiera él se ha atrevido a enfrentarse a la tía abuela con ese humor de perros. Hasta yo veía que era ella quien tenía todas las cartas en la mano.

»Primero la ha emprendido un rato con papá y el tío Roger, por la manera vergonzosa en que se habían comportado y porque sabían con qué gente lamentable estaban dispuestos a hacer negocios. Papá intentaba defenderse, pero supongo que se ha dado cuenta de que no tenía sentido, y el tío Roger le lanzaba auténticas puñaladas con la mirada, así que ha terminado aplacándose, excepto por un par de resoplidos. El tío Hal parecía que solo pensase en regresar a Estados Unidos. En cualquier caso, la tía abuela Daphne ha hecho una especie de anuncio. Hal le entregaría a ella sus acciones —papá y el tío Roger se morían de ganas por saber cuánto ha pagado por ellas—, de modo que ella quedaba al mando de la fábrica. Dejará que papá siga al cargo del negocio principal, pero va a comprarles porcelanas Palfrey y la dirigirá

con la ayuda de un gerente con experiencia cuyo trabajo consistirá en enseñarle a Nicky el negocio, que trabajará como asalariado a jornada completa.

»Nicky no podía decir ni una palabra de lo pasmado que estaba. De todos modos, si las miradas mataran, habría habido un infanticidio, si esa es la palabra correcta para que un padre mate a un hijo suyo que ya es casi un adulto. Madre mía, qué enfadado estaba papá. Le ha gritado a la tía abuela Daphne que Nicky iba a ir a la universidad, y que nadie tomaría decisiones sobre la compañía por encima de él y, en fin, todo eso. Ella le ha dejado despotricar y enfadarse un rato y después le ha asestado un "Sesenta por ciento, Peter", con el que le ha bastado para cerrarle la boca. Después él ha empezado a alegar que Nicky no tiene la edad necesaria y que le correspondía a él decidir sobre su futuro. "Tonterías", le ha contestado la tía abuela, argumentando que Nicky ya es lo suficientemente adulto para tomar sus decisiones. Que los niños no eran piezas de ajedrez a los que controlar y mover como si no tuvieran opiniones y deseos propios. Y que si papá decía algo más retiraba su oferta para comprar Palfrey.

»Se notaba que papá estaba realmente dividido. El tío Roger se hallaba detrás de él, hablándole al oído; evidentemente a él no le importa Nicky un pimiento, solo quiere no perder su dinero. De verdad, me avergüenzan los dos, y no siento nada de lástima por papá.

»La tía abuela Daphne es fantástica. Les ha sacado a papá y al tío Roger todo tipo de concesiones a cambio de salvarlos del lío en que se habían metido los dos, como ella dice. Es tan maravilloso que casi no quiero ni escribirlo, no vaya a ser que no ocurra. ¡Va a obligar a papá a que nos permita a Nicky y a mí ver a mamá! Oh, eso sí que le ha dado rabia, casi más que lo de Nicky trabajando en Palfrey, me parece. Ha puesto una cara de lo más amargada, y la tía abuela Daphne le ha dicho que se recompusiera, "No soporto a los hombres enfurruñados", le ha espetado. Y después ha arremetido contra el tío Roger: "Ya puedes ir quitándote esa expresión tan desagradable de la cara, Roger. Si pretendes frustrar el deseo de Cecy de convertirse en médico apretando demasiado las tuercas de sus ingresos, yo misma pagaré el resto de su educación". Luego le ha obligado a pasarle una buena asignación, así que no se sale de rositas, cosa que él probablemente pensaba que había conseguido.

»Y por si fuera poco, después ha mirado con unos ojitos brillantes al tío Hal y le ha dicho que ya iba siendo hora de que aclarara lo de su profesión. No me lo puedo creer: después de todo no es un actor fracasado, sino un

director de teatro famoso e importante con obras en Broadway. Ha hecho muchísimo dinero produciendo espectáculos de éxito; y enterarse de todo eso ha supuesto otro duro golpe para papá y el tío Roger. La tía abuela Daphne les ha dicho que si no fueran tan cernícalos, habrían oído hablar de Henry Ivison y habrían reparado en quién era.

»Papá estaba de color azul. Se ha dado la vuelta hacia Hal y le ha dicho: "Nos has hecho pasar por tontos fingiendo que eras un actor de tercera cuando no era verdad".

»EL tío Hal se ha puesto un poco pálido, pero se ha limitado a encogerse de hombros. Algo muy sensato, porque no se puede discutir con papá cuando se enfurece.

»La tía abuela Daphne me ha dicho en privado que se encargará de que siga en la escuela y vaya a la universidad si me apetece, que hará por mí lo mismo que está haciendo por Cecy. Y eso no es más que la guinda del pastel. No me puedo ni creer que vaya a volver a ver a mamá, que pueda escribirle, llamarla y hablar con ella por teléfono cuando quiera. Bueno, por teléfono no será todo lo que me apetezca, porque Eve empieza enseguida a angustiarse cuando alguien habla mucho más después de que dé señal.

»Mañana iré a Wyncrag, no puedo esperar más para contarle a Perdy las noticias. Seguro que las cosas allí siguen regular; ya ves, resulta que su hermana es su madre, y que ha estado viva todo este tiempo, no me lo podía ni creer cuando el tío Hal me ha contado que la artista de cine patinadora era Isabel Richardson resucitada».

Capítulo 62

Alix se quedó asombrada al ver cómo se recuperó el abuelo en cuanto tomó conciencia de la dimensión de las acciones de su esposa. Él y la abuela se sentaron cara a cara, ajenos al resto de la familia, que estaba reunida a su alrededor en la sala.

—Le has estado dando dinero a Jack todo este tiempo, supongo. Dinero que ha servido para financiar sus actividades políticas, no solo para mantenerlo vivo, cosa que podría perdonarse.

—¿Perdonarse? —La abuela convirtió la palabra en un insulto—. Le habría dado más si hubiera podido. Usé mi dinero y le di mis joyas para que las vendiera.

Así que por eso su esposa solo se ponía los últimos regalos de Navidad que el abuelo le había regalado. Alix pensaba que las habría guardado a buen recaudo, pero no, las tenía Jack.

—¿Y las joyas de mi madre?

La abuela no mostró arrepentimiento.

—Procedían de Neville y Jack era su hermano. ¿Qué eran aquellas perlas y diamantes alrededor de tu cuello en comparación con la causa a la que Jack servía?

Las joyas fueron la gota que colmó el vaso para el abuelo. Se levantó de la silla, demostrando que era un hombre anciano pero indómito, y le dijo a la abuela que debía abandonar Wyncrag. Le concedería una asignación generosa y permitiría que fuera donde quisiera, con o sin Lipp, pero no podía quedarse en Inglaterra.

—Papá, no puedes hacer eso —protestó Saul.

—Ya va siendo hora de que te sueltes de las faldas de tu madre —repuso *sir* Henry con voz cansada—. No puedo prohibirte que la visites, ni quiero. Apostaría a que decidirá irse a vivir a Alemania, así que te hará bien viajar allí y ver donde conduce la política que tanto le gusta.

Para Alix estaba claro que la tía Jane, una nueva Jane, no iba a permitirle hacer tal cosa.

—Siempre supe que todo aquello de la herencia genética era una tontería —dijo—. Después de todo, no era en mi parte de la familia donde estaban los

problemas. Y Perdita está bien, solo hay que pensar en sus genes.

Ese era el auténtico problema, qué decirle a Perdita. El abuelo pensaba que había que decirle a Perdita la verdad.

—Tiene una mente clara, libre de hipocresía, y muchísimo valor. Preferirá enfrentarse a los hechos.

Alix no estaba de acuerdo con él, se le helaba el corazón solo de pensarlo. ¿Estaba realmente preparado para decirle a la niña, que era su nieta y su bisnieta, que su nacimiento había sido el resultado de una violación y un incesto?

—Es monstruoso —dijo—. No veo cómo Perdita podría digerirlo.

—Ni puede ni se debe esperar que lo haga —dijo Saul irritado—. Legalmente, todo debe quedar como está, a menos que Isabel planea reclamar su parte de la herencia de sus padres, que en la actualidad está en fideicomiso para Perdita.

—Dejadla como está —dijo Isabel—. Soy una mujer rica por mis propios medios. Quiero que sea para Perdita.

Alix veía que la tía Trudie no estaba de acuerdo. ¿Habría mantenido durante tanto tiempo aquel secreto que solo si lo revelaba obtendría algo de paz?

—Deberíamos decírselo —dijo Trudie—. Los jóvenes son resistentes y ella tiene toda la vida por delante, no hay razón para que viva en el pasado.

Jane estaba de acuerdo.

—Las verdades ocultas siempre acaban saliendo, como hemos visto. Perdita puede descubrir la verdad en el peor momento para ella.

—Dejadla tranquila —dijo Isabel—. Yo soy su madre, soy la familia más cercana que tiene y deseo que lo mantengamos en silencio. No quiero volver a oír el nombre de Jack nunca más, y no quiero que tenga que asumir esa carga para el resto de su vida.

—¡Carga! —La abuela escupió la palabra a Isabel—. Jack no era una carga. Era el único de todos vosotros que valía algo. Era la única persona a la que he querido, y por tu culpa, Isabel, ha sido destruido.

—Abuela, Jack llevaba la destrucción dondequiera que fuese hasta acabar destruyéndose a sí mismo —Edwin sonaba a punto de perder la paciencia.

Alix intervino rápidamente.

—Puedes pensar lo que quieras, abuela. Ninguno de nosotros está de acuerdo contigo; es más, no creo que ni siquiera el tío Saul sea capaz de justificar lo que el tío Jack hizo, no solo a Isabel, recuérdalo, también... —

Estaba a punto de añadir «a Ursula, y a otras jóvenes» pero el rostro afligido de su abuelo la detuvo.

Saul enrojeció y la miró con odio. Bastante idiota le había hecho parecer ya su doblegamiento ante la abuela.

—Decírselo o no decírselo —apostilló la abuela—. Se lo contaré yo. La compadezco por tener una madre que es una ramera, una mujer que comparte casa con un hombre que no es su marido, que aparece en ropa interior ante millones de personas. Su padre era un buen hombre, y habría podido ser grande, con un papel que desempeñar en el nuevo orden en el que tan firmemente creía. Perdita es todo lo que me queda de Jack. Yo decidiré si se lo digo o no.

—No dirás nada —concluyó *sir* Henry—. Jamás tendrás más contacto con ella. ¿No has hecho ya bastante? ¿No se te ha ocurrido que Neville sabía lo que había pasado y por eso se marchó a los Andes? ¿Tan destrozado como para querer morir? La carrera de Saul ha terminado, deberá solicitar un puesto en el Chiltern Hundreds y renunciar a su escaño en el Parlamento. No podrá seguir ejerciendo de diputado ahora que se sabe la verdad de la desertión de Jack. ¿Crees que voy a seguir permitiendo que hagas aún más daño a nuestros hijos, nietos y bisnieta?

Sin mediar palabra, la abuela se levantó del sillón y salió de la habitación. Erguida, sin rendirse ni conmovearse.

Edwin hizo ademán de salir tras ella.

—Puede que vaya a buscar a Perdita. Es capaz de decírselo solo por despecho, ya la conoces.

—No la verá —dijo el abuelo—. Rokeby sabe que no deben encontrarse.

—¿Y qué pasará con Perdita ahora? —preguntó Alix.

Perdita entró en la sala como si acabaran de dar pie en aquella obra improvisada.

—He oído mi nombre. ¿Qué hacéis todos aquí encerrados? ¿Más secretos?

Su voz sonaba despreocupada, sus ojos revelaban ansiedad.

Isabel la cogió de la mano.

—Escucha, cielo, estamos decidiendo qué es lo mejor para ti. Esa música que quieres estudiar, ¿dónde se hace? ¿Puedes empezar directamente o tienes que esperar a ser mayor?

—Se puede ingresar en una escuela de música en Londres a los quince años, pero es un poco pronto.

—Dinos lo que te gustaría hacer, Perdy —insistió Edwin—. Si pudieras elegir, que escogerías.

Perdita se quedó callada.

—Yo os lo digo —intervino Alix—. Sé lo que quiere hacer. Quiere volver a su escuela hasta el verano y trabajar con su profesora de piano allí. Como es debido, con permiso de la junta, los padres, bueno, tutor, un caso especial en la escuela, ese tipo de cosas. Después podría empezar en Londres en otoño.

—Ni lo menciones —intervino rápidamente Perdita—. Sé que es imposible. Tengo que terminar mis estudios, la abuela quiere que vaya a la universidad. Jamás va a dejarme abandonar la escuela el año que viene, y menos aún para estudiar música. Tampoco le gustará la idea de Londres, según ella es una ciudad grande y mala. Me quiere internada dentro de algún viejo colegio para señoritas en el que las puertas se cierran todas las noches a las nueve.

—Tu abuela no está bien, Perdy —dijo el abuelo—. Se ha encontrado mal estas vacaciones y, según los médicos, padece un severo ataque de nervios. Tendrá que marcharse fuera, puede que a otro país, durante mucho tiempo. Así que de ti depende, de tu madre y de tu tío Saul, que es uno de tus albaceas, tomar la decisión de lo que quieres hacer.

Perdita pareció transformarse. Sus ojos se iluminaron de un modo que Alix no había visto nunca.

—¿Creéis que es posible que alguien se desmaye de alegría? —preguntó.

—No vas a desmayarte —dijo Jane—. Siéntate, porque tenemos que hablar de dónde vas a vivir en Londres. Serás bienvenida en nuestra casa si quieres vivir con nosotros, pero Saul deberá renunciar a su escaño y nos iremos a vivir al campo. A Dorset, creo. Nos encantará tenerte en casa en vacaciones... ¿Te dan vacaciones en la escuela de música? Sí. Cierra la boca, Saul, no parezcas más tonto de lo que el Señor te ha hecho.

Alix no podía ocultar su asombro. Cielos, vaya si la tía Jane había acabado imponiéndose. Estaba convencida de que no tardarían mucho en sonar en esa casa de Dorset voces de niños y de piecitos correteando.

Alix no sabía nada del colorido paquete de Navidad que Rokeby entregó a Saul, en el que estaban todas las joyas que le había regalado a Mavis en los años con ella. «Excepto el último broche, cariño —le había escrito Mavis—. Que me guardo por los viejos tiempos».

—Querida Perdy, puedes quedarte conmigo, en mi piso hay mucho espacio, pero yo trabajo y podría parecerme un poco solitario —le dijo.

—Perdita, ¿te apetecería volver conmigo a Estados Unidos? Lidia dice que allí hay profesores de primera clase —dijo Isabel.

—Tú vives en Hollywood. Allí no hay profesores.

—No, supongo que se refiere a Nueva York. Podrías estudiar allí y venir a California en vacaciones.

—De repente todos me quieren —dijo Perdita.

—Tú decides, Perdita —dijo su abuelo—. Yo me encargaré de que ninguno de los albaceas te ponga obstáculos. Tu casa está aquí en Wyncrag, y siempre lo va a estar, eso no cambiará. Estudia en Londres, París o Nueva York, y vuelve en vacaciones. Supongo que los pianistas tienen vacaciones. Necesitarás un piano de cola de primera clase, yo me encargaré de eso.

Perdita se echó al cuello de *sir* Henry.

—Gracias, abuelo. Alix tiene razón, querría estudiar en el conservatorio de Londres, por lo menos durante un tiempo. Después puedo ir al extranjero, en uno o dos años, si me apetece.

—Pues eso está hecho.

—¿Qué pasará con Polly? No vas a vender a Polly, ¿verdad?

Isabel parecía perpleja.

—¿Quién es Polly?

—Polly —la informó Edwin— es el caballo de Perdita.

—Polly no puede irse a Londres contigo, echaría de menos sus montañas. Se quedará aquí, Mungo la sacará a hacer ejercicio, y tú podrás montarla siempre que estés en casa, como haces ahora.

Capítulo 63

En el mundo gris que se veía por las ventanillas del tren se arremolinaba la nieve. Alix y Hal tenían el compartimiento de primera clase para ellos solos, con cuatro lámparas, cada una encima de los cuatro anchos y confortables asientos, que despedían un tenue brillo. Hal le había dado una propina al guarda para que se asegurara de que nadie les molestaba.

—Tampoco habrá muchos viajeros, señor, no el día de Año Nuevo y con un tiempo como este.

—¿Llegaremos a Euston?

—Llegaremos, pero dudo que a su hora.

El camarero del coche-restaurante atravesó el pasillo, haciendo sonar su pequeño gong para avisar de que la cena estaba a punto de servirse.

Alix y Hal se levantaron.

Alix disfrutó de la sensación de estar resguardada en un pequeño mundo protegido de la dura intemperie exterior. El blanco almidonado de los manteles, la flor en el vaso, el leve repiquetear de la plata, el fluido movimiento de los camareros con los vaivenes del tren, el rítmico sonido de las ruedas al girar sobre los pernos en las vías, el lamento y repique de las señales, el traqueteo al pasar el tren sobre las agujas: era familiar, corriente, tranquilizador.

Hablaban sobre el mundo mucho menos corriente que habían dejado atrás, en el norte, más lejos de ellos a cada kilómetro que recorrían.

—¿Crees que Daphne le dejará sus acciones a Nicky?

—Sí, siempre que lo haga tan bien en la empresa como creo que lo hará. De otro modo, no. Daphne es implacable en temas de negocios.

—¿Querías venderle tu veinte por ciento?

—¿Para que se lo dé a Nicky? Sí, desde luego. Le otorga un lugar sólido en la compañía, y aunque Peter nunca vaya a perdonar a Daphne, agradecerá mucho la ayuda de Nicky cuando el país salga de la recesión.

Sí, pensó Alix, mientras degustaba el salmón. Daphne había sido implacable. Un hada madrina, sin duda, pero muy dura.

—Yo siempre voy a ser de tercera clase para Peter —dijo Hal con un resquicio de amargura en la voz. Alix le acarició una mano.

—De tercera clase nunca, tú no.

Les retiraron el pescado, y un diestro camarero les sirvió la carne.

—Supongo que la abuela y Lipp estarán ya en Francia.

Comieron otra vez en silencio. El camarero les trajo la tabla de quesos, y Alix apartó su mente de la blancura helada de Wynwater por la suave comodidad del coche-restaurant.

—¿Crees que Lidia accederá a casarse con Edwin?

—Ahora que siente que tiene cierta ventaja moral, sí, diría que sí.

—¿Ventaja moral?

—Antes su historia se parecía a la del rey y la doncella mendiga. Ahora que Edwin tiene un nombre mancillado que ofrecerle, ella se sentirá más inclinada a aceptarlo.

—Eres un cínico.

—Y tú muestras una tendencia casamentera a lo *Emma*. Me atrevería a decir que Edwin y Lidia vivirán en Wyncrag para hacerle compañía a *sir* Henry.

—Me alegraría si lo hicieran. Al abuelo le gusta Lidia.

—¿Qué pasa con Michael y Cecy?

—Cecy no va a casarse con él, no puede, sin abandonar sus estudios de medicina, y eso no va a hacerlo por nadie. Pero diría que ya se buscarán alguna solución.

—Me gusta Michael.

—A mí también, y Freddie. El abuelo va a hacerle una visita al jefe de Michael, le apetece invertir en aeronáutica.

—Viejo zorro.

—No creo que Isabel se case nunca. Supongo que ese es otro legado del tío Jack. La verdad es que me estuve preguntando por ella y ese tal Newman, pero solo es lo que dice que es, su secretario, y parece que no le gustan las mujeres. ¿No es increíble que haya resultado ser artista de cine?

—Tiene planta, talento, coraje y la determinación Richardson para salvar todos los obstáculos. No resulta nada increíble.

Alix miró a Hal fijamente.

—¿Así me ves a mí?

—De casta le viene al galgo.

—Si hubiera imaginado, cuando decidí venir al norte en Navidad a patinar en el lago helado, que ocurriría algo de esto, me habría reservado una habitación en un hotel elegante de Torquay para todas las vacaciones.

—Mentirosa. Eres incapaz de estarte quieta. ¿Cenas conmigo mañana? Podemos ir a algún sitio y salir a bailar después.

Cenar e ir a bailar. Qué normal sonaba eso, igual que lo era su vida antes de volver al norte. No, si lo pensaba bien, no sonaba tampoco a su vida anterior. Salir a cenar y a bailar con un hombre agradable —más que un hombre agradable— no había formado nunca parte de su vida. Nunca. En Wyncrag cada movimiento que había hecho como joven mujer había sido controlado y sometido a escrutinio. Cuando llegó a Londres, se sintió cautivada por John, y a él nunca le habían gustado esas actividades tan frívolas. Iban al teatro y, en raras ocasiones, al cine, a ver siempre obras serias, a menudo de escritores y directores extranjeros. Después de John, vino su vida atolondrada, vivía mecánicamente como parte de una multitud, una vida aullada, frenética e insatisfecha.

Qué fácil era sentarse y hablar con Hal. Toda una red de lazos los unía, lazos de familia y amistad, una unión emocional muy fuerte que nacía la experiencia común así como de sus raíces compartidas entre los páramos y lagos del norte.

Ambos habían escapado de su tierra natal del norte, ella a Londres y Hal, aún más aventurero, a Estados Unidos. Allí se había hecho un nombre considerable. ¿Por qué habría preferido mantener oculta esa parte de su vida a su familia? A lo mejor ella habría hecho lo mismo en su lugar, sobre todo si se paraba a pensar en el carácter de Peter. Los hermanos de Hal eran profundamente convencionales; mientras que Hal tenía un espíritu competitivo: era un jugador, un bohemio.

Tampoco creía que aquel fuera el término exacto para definirlo. Podía tener alguna traza de bohemio en su naturaleza, pero era un hombre cosmopolita que se sentía a sus anchas en un buen traje, un auténtico hombre de mundo. Un caballero atractivo, atractivo para muchas mujeres, imaginaba. Su aire relajado y aquellos comentarios graciosos la habían engañado al principio, llevándola a negar su atractivo e inteligencia. Pero algo en ella le permitió darse cuenta de que, bajo su elegante exterior, latía un hombre apasionado con un alma de acero.

Un hombre en el que se podía confiar, como ya le había demostrado. Aún así, sus acciones y frases resultaban siempre imprevisibles, y eso lo volvía fascinante.

Incluso mientras aquellos pensamientos le pasaban por la cabeza, sabía que se estaba engañando. Podía analizarlo minuciosamente, pero ¿con qué propósito? Su corazón le decía algo distinto. Quería ver a menudo a Hal,

quería ahogar la infelicidad del pasado con el placer que sentía junto a él. Era mitad un extraño que anhelaba conocer mejor, mitad parte de ella. Compartía sus secretos; los mismos que seguirían siendo secretos para el resto del mundo durante toda su vida.

Le dedicó una sonrisa rápida y encantada, una sonrisa con la que reconocía ante sí misma —y ante él— que se embarcaban juntos en una aventura completamente nueva.

—Me encantaría —se detuvo y le dio unas vueltas al *brandy* en su copa—. Hal, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Lo que quieras.

—Cuando llevaron a Rosalind de vuelta a Wyncrag tenía un brazo roto, pero no había cortes, nada que hubiera podido sangrar.

—¿No?

—Aun así, tenía sangre en la cara y en la ropa.

—Sí.

—Justo antes de que cediera el hielo, con aquel ruido que pareció un trueno, ¿no oíste otro sonido?

—¿Qué clase de sonido?

—El de una escopeta.

Hal meditó antes de responder.

—Isabel siempre tuvo una puntería excelente.

Alix expulsó el aire de golpe.

—Me alegro, porque no dejo de pensar que aunque el coche desapareció, no han encontrado el cadáver y me preguntaba si era posible...

—¿Que tu tío Jack le hubiera vendido el alma al diablo y fuera indestructible? No, Alix, creo que está definitivamente muerto y se quedará para siempre en el fondo del lago helado.



Elizabeth Edmondson De madre sudamericana y padre inglés, nació en Chile, pero ha pasado la mayor parte de su vida en distintas zonas de Inglaterra.

Actualmente vive entre Oxford e Italia.

Sus raíces inglesas se encuentran en el Distrito de los Lagos, de donde procede su familia paterna.

Está casada; tiene dos hijos mayores.

Para escribir cuando el lago se hiela se inspiró en una antigua fotografía en la que una excéntrica tía suya caminaba sobre el hielo, así como en multitud de recuerdos familiares e historias de la vida en los lagos durante los años treinta.